

se

Maryse
Condé
Segu



Lectulandia

A finales del siglo XVIII, el reino bambara de Segu destacaba por su bonanza económica —obtenida, en gran medida, con el comercio de esclavos— y por un fuerte enraizamiento en la religión animista. En este escenario, Dusika Traoré, jefe de una influyente familia noble cercana al poder real, será testigo de la desmembración de su pueblo: la sombra del islam ha empezado a cernirse sobre Segu abriendo brechas en un mundo anclado en la tradición y dejando entrever la nueva cara de África.

Los destinos tan opuestos de los descendientes de Dusika y los del amplio abanico de personajes secundarios que los acompañan simbolizan la división del pueblo africano; mientras algunos miembros decidirán partir y conocerán la conversión, la esclavitud o la emigración, otros se negarán a abandonar sus tierras y se mantendrán fieles a sus orígenes y sus valores ancestrales.

Segu es una gran saga familiar en el África del animismo, del colonialismo, de los reinos de jardines exuberantes al borde del declive, de los sentimientos más profundos. Con un lirismo y una fuerza evocadora inusuales, Maryse Condé se adentra en la memoria y los paisajes del pueblo africano y nos ofrece un fresco de inusual riqueza cromática protagonizado por seres inolvidables.

Lectulandia

Maryse Condé

Segu

ePub r1.0

Titivillus 22.11.2018

Título original: *Ségou*
Maryse Condé, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

No puedo citar a todos los que me han ayudado con sus indicaciones bibliográficas o me han permitido acceder a su documentación.

No obstante, deseo expresar mi agradecimiento de forma muy especial a mis amigos, historiadores e investigadores especializados en ciencias humanas, Amouzouvi Akakpo, Adame Ba Konare, Ibrahima Baba Kake, Lilyan Kesteloot, Elikia M'Bokolo, Madina Ly Tall, Olabiyi Yai, Robert Pageard y Oliveira dos Santos.

Gracias a ellos, esta ficción no se toma demasiadas libertades con la realidad.

PRIMERA PARTE

LA PALABRA QUE CAE DE NOCHE

1

Segu es un jardín donde crece la astucia. Segu está construida sobre la traición. Habla de Segu fuera de Segu, pero no hables de Segu en Segu.

¿Por qué Dusika no podía apartar de su mente ese canto de griots, que había oído tantas veces sin prestar demasiada atención? ¿Por qué sentía esa angustia, persistente como las náuseas de una mujer embarazada? ¿Por qué lo asaltaba ese temor en el umbral del día? Dusika escrutó sus sueños para distinguir una señal, una indicación de lo que quizá le esperaba. Nada. Había estado sumido en un sueño profundo durante el cual ningún ancestro se había dirigido a él. Sentado sobre una estera en el vestíbulo de su cabaña, Dusika tomó un poco de *degué*, las gachas de mijo, requesón y miel que acostumbraba desayunar. Lo encontró demasiado líquido para su gusto e, irritado, llamó a su primera mujer, Nya, para reprenderla. Mientras la esperaba, cogió su frotadientes de *n'tomi* y lo introdujo entre sus hermosos dientes limados a fin de que la savia, al mezclarse con la saliva, alimentara su fuerza física y su potencia sexual.

En vista de que Nya no contestaba a su llamada, se levantó, salió de la cabaña y entró en el primer patio de la concesión.

Estaba vacío. ¿Vacío?

Tan sólo unos cuantos harneros que se utilizaban para cribar el mijo descansaban sobre la arena inmaculada, junto a unos pequeños escabeles de madera.

Dusika era un noble, un *yewolo*, miembro del consejo real, amigo personal del *mansa*^[1] y padre de una decena de hijos legítimos. En su calidad de *fa*, es decir, de patriarca, reinaba sobre cinco familias: la suya y la de sus hermanos menores, que vivían con él. La concesión de Dusika se hallaba a la altura del rango que éste ocupaba en la sociedad de Segu. Su alta fachada de tierra batida estaba decorada con esculturas y dibujos triangulares grabados directamente en la muralla, y en los extremos había unas torrecillas de diferentes alturas que daban al conjunto un aspecto agradable. El interior constaba de una serie de cabañas también de tierra, con los tejados en terraza, que se comunicaban unas con otras por una sucesión de patios. En el primero había un magnífico *dubal* cuyo penacho, auténtica cúpula de vegetación, reposaba sobre cincuenta columnas formadas por las raíces que bajaban del tronco primitivo.

En cierto modo, el *dubal* era testigo y guardián de la vida de los Traoré. Bajo sus poderosas raíces se había enterrado la placenta de innumerables antepasados tras el feliz alumbramiento. A su sombra se sentaban las mujeres y los niños para contarse historias, y los hombres para tomar decisiones relativas a la vida de la familia. En la estación seca, protegía del sol. En la temporada de lluvias, daba leña para calentarse.

Al caer la noche, los espíritus de los ancestros se ocultaban entre su follaje y velaban el sueño de los vivos. Cuando estaban disgustados, lo expresaban emitiendo una serie de tenues sonidos misteriosos y transparentes a un tiempo, como un código. Entonces, aquellos a los que la experiencia les había dado la capacidad de descifrarlos, meneaban la cabeza: «¡Cuidado, esta noche han hablado nuestros padres!»

Todos cuantos cruzaban el umbral de la concesión de los Traoré sabían con quién estaban tratando. Enseguida se percataban de que sus ocupantes poseían grandes extensiones de tierra fértil, donde centenares de esclavos domésticos y de cautivos cultivaban mijo, algodón y fonio. Sacos de cauris y de polvo de oro generosamente donado por el *mansa* se amontonaban en cobertizos, y en un cercado, detrás de las cabañas, retozaban caballos árabes comprados a los moros. La opulencia se percibía en miles de detalles.

¿Cómo es que el primer patio estaba vacío, cuando habitualmente era un hormiguero de gente? Muchachas y muchachos desnudos por igual, las primeras con un collar de perlas o de cauris en torno a la cintura, los segundos, con un cordel de algodón. Mujeres ocupadas triturando mijo, cribándolo o hilando algodón, mientras escuchaban las palabras de un bufón o los cantos épicos de un griot deseoso de un plato de *to*.^[2] Hombres que preparaban flechas de caza o afilaban utensilios de labranza charlando. Cada vez más irritado, Dusika entró en el segundo patio, al que daban las cabañas de sus tres esposas y de su concubina, Sira.

Encontró a esta última postrada en una estera; una expresión de sufrimiento deformaba su hermoso rostro, reluciente de sudor.

—¿Se puede saber dónde se han metido todos? —le preguntó.

Ella se esforzó en incorporarse y murmuró en su bambara mal pronunciado:

—En el río, *koké*.^[3]

—¿En el río? —repuso Dusika casi gritando—. ¿Y qué han ido a hacer allí?

—¡Un hombre blanco! —consiguió decir ella—. ¡Hay un hombre blanco en la orilla del Djoliba!^[4]

¿Un hombre blanco? ¿Acaso esa mujer deliraba? Dusika bajó la mirada hasta su vientre, enorme bajo el pareo medio suelto; luego, asustado, la dirigió de nuevo hacia las paredes de barro mezclado con caolín de las cabañas. ¿Se hallaba solo con una mujer a punto de dar a luz!

—¿Qué te pasa? —preguntó con rudeza para disimular su miedo.

—Creo que ha llegado el momento... —balbuceó ella, como excusándose.

Hacía varios meses que Dusika no se acercaba a Sira, embarazada por segunda vez, por consideración a la vida que llevaba en sus entrañas. También tendría que permanecer alejado de ella durante todo el parto y aparecer con el sacerdote-fetichero después de que hubiese dado a luz, cuando ya tuviera al recién nacido entre sus brazos. ¿No se exponía, estando presente mientras ella tenía dolores, a irritar a los

ancestros? Antes de que se decidiera a retirarse, a dejarla sola, apareció Nya con un niño a la espalda y otros dos agarrados al pareo de algodón teñido de color índigo.

—¿Dónde estabas? —le espetó—. Comprendo que todo el mundo pierda la cabeza aquí, ¡pero tú!...

Sin una sola palabra de explicación, y todavía menos de disculpa, Nya pasó por delante de él y se inclinó sobre Sira.

—¿Hace mucho que han empezado los dolores? —le preguntó.

—No... acaban de empezar —contestó Sira en un susurro.

A otra que no fuese Nya, Dusika no le habría consentido semejante descaro rayano en la impertinencia. Pero ella era su primera esposa, su *bara muso*, en quien había delegado parte de su autoridad y que, como consecuencia de ello, estaba facultada para hablarle de igual a igual. Además, era una Kulibali, estaba emparentada con la antigua familia reinante en Segu, y Dusika, pese a ser noble, no podía vanagloriarse de un origen tan prestigioso. Los antepasados de Nya eran los que habían fundado, a orillas del Djoliba, esa ciudad que muy pronto se convirtió en el corazón de un vasto imperio. Y los hermanos de sus antepasados reinaban en Kaarta. De modo que en el amor que Dusika le profesaba había una gran dosis de respeto, casi de temor. Éste se retiró y en el primer patio se encontró con un mensajero de palacio. El hombre se arrojó al suelo en señal de respeto.

—¡Tú y el día! —dijo a modo de saludo, antes de recitar la divisa de los Traoré—: Traoré, Traoré, Traoré, el hombre de largo nombre no paga por cruzar el río.^[5] — Finalmente, transmitió el mensaje—: ¡Traoré, el *mansa* reclama urgentemente tu presencia en palacio!

Aquello sorprendió a Dusika.

—¿En palacio? ¡Pero si hoy no es día de Consejo!

El hombre levantó la cabeza.

—No es para el Consejo. Hay un hombre blanco en la orilla del río que pide ser recibido por el *mansa*...

—¿Un hombre blanco?

Entonces, ¿Sira no deliraba? La verdad era que Dusika ya había oído hablar de ese hombre blanco. Unos jinetes procedentes de Kaarta afirmaban haberlo visto montado en un caballo tan exhausto como él. Pero había pensado que se trataba de uno de esos relatos con los que las mujeres entretienen a los niños por la noche y no le había dado ninguna importancia. Tras ponerse su gorro cónico, pues el sol empezaba a elevarse, Dusika salió de la concesión.

En 1797, Segu, la ciudad de los 1.444 *balanzas* —árbol sagrado y avatar terrestre de Pemba, dios de la creación—, capital del reino bambara del mismo nombre, era una enorme aglomeración dividida en cuatro barrios dispuestos a lo largo del Djoliba, que allí tenía una anchura de más de trescientos metros. Segu-Koro albergaba el mausoleo del fundador, Biton Kulibali, mientras que en Segu-Sikoro se alzaba el palacio del *mansa* Manson Diara. A una distancia de varios días de marcha a la

redonda, era imposible encontrar un lugar más animado. El mercado principal se hallaba en una gran plaza cuadrada, alrededor de la cual había unos cobertizos con las paredes de tablas o de pleitas y el techo recubierto de tierra batida, bajo los cuales las mujeres vendían todo cuanto se puede vender —mijo, cebollas, arroz, batatas, pescado ahumado, pescado fresco, guindillas, manteca de karité, pollos—, mientras que los artesanos colgaban de cuerdas los objetos de su comercio: tiras de algodón tejido, sandalias, sillas de montar, calabacinos finamente decorados... A la izquierda del mercado estaba el bazar donde hacinaban a los cautivos de guerra, atados unos a otros con ramas arrancadas de árboles jóvenes. Dusika no prestaba atención alguna a ese espectáculo de sobra conocido. Exponiéndose a menoscabar su dignidad, avanzaba presuroso, deteniendo con gesto firme a los griots que, como siempre, permanecían en las calles al acecho, dispuestos a cantar las alabanzas de los hombres bien nacidos.

Segu se encontraba en la cima de la gloria. Su poder se extendía hasta la frontera de Djenné, la gran ciudad comercial situada a orillas del Bani. Se la temía hasta Tombouctou, en la linde del desierto. Los peul de Macina eran sus vasallos y le pagaban anualmente elevados tributos en ganado y en oro. A decir verdad, no siempre había sido así. Cien o ciento cincuenta años antes, Segu no figuraba en absoluto entre las ciudades de Sudán. No era más que un pueblo en el que Niangolo Kulibali se había refugiado, mientras que su hermano Barangolo se instalaba más al norte. Más tarde, Biton, su hijo, se había hecho amigo del dios Faro, el señor del agua, el señor del conocimiento, y con su protección había transformado un puñado de cabañas de adobe en una orgullosa construcción cuyo mero nombre hacía temblar a los somono, los bozo, los dogon, los tuareg, los peul, los sarakolé... Segu peleaba contra todos estos pueblos, obteniendo así esclavos que vendía en los mercados o que utilizaba para cultivar los campos. La guerra era el nervio de su poder y de su gloria.

Si Dusika se apresuraba tanto era porque la llamada del *mansa* lo tranquilizaba, constituía una prueba de que no había caído en desgracia como él temía. En la corte no faltaban personas que sentían celos de su estrechísima intimidad con Manson Diara, de ese pacto de amistad, camaradería y ayuda mutua que existía entre ellos. Así que, con el pretexto de su actitud respecto a la guerra, susurraban al oído de Manson: «Dusika Traoré es el único que se opone a tu gloria. Dice que los bambara están cansados de luchar, pero lo que ocurre es que está celoso de ti y de tu fortuna. ¡No olvides que su mujer es una Kulibali!»

Y, poco a poco, Dusika veía aparecer en la mirada de Manson la desconfianza, y cada vez que se posaba en él, una pregunta: «¿Es mi amigo o mi enemigo?»

Dusika entró en el patio del palacio. Era un edificio magnífico, construido por albañiles de Djenné. Estaba rodeado de una muralla de ladrillos de tierra tan ancha como la de una ciudad, con una sola puerta ante la cual había permanentemente unos guardias armados con fusiles llevados desde la costa por la ruta de los traficantes. Dusika atravesó siete vestíbulos llenos de *tondyon*^[6] hasta llegar a la sala de

reuniones del Consejo, ante la cual había unos feticheros descifrando el futuro con ayuda de nueces de cola y cauris, mientras unos cortesanos esperaban que los griots tuvieran a bien conducirlos a presencia del *mansa*.

Manson Diara estaba tendido sobre una piel de buey, encima de una tarima, con el codo izquierdo apoyado en una almohada de piel de cabra decorada con arabescos. Parecía preocupado. Con una mano, acariciaba una de las dos grandes trenzas que partían del centro de su cabeza y se cruzaban bajo la barbilla. Con la otra, hacía girar el aro que adornaba su oreja izquierda. Tres esclavos lo abanicaban. Otros dos, en cuclillas, preparaban el tabaco en pequeños morteros antes de presentárselo en pesadas tabaquetas de oro.

El Consejo estaba al completo, y Dusika sintió que lo invadía la rabia al constatar que era el último en entrar en la estancia. Siguiendo la costumbre, se inclinó golpeándose el pecho y a continuación se dirigió de rodillas a su sitio, al lado de su mortal enemigo, Samaké.

Manson Diara había heredado la belleza de su madre, Makoro, en cuyo recuerdo los griots seguían cantando. Toda su persona inspiraba respeto y terror, como si la realeza usurpada por su padre, Ngolo, a los descendientes de Biton Kulibali, hubiera encontrado legitimidad en él. Llevaba un blusón de algodón blanco, tejido en los mejores telares de Segu, y unos pantalones del mismo color sujetos con un ancho cinturón. Una cinta también de algodón ceñía su frente, mientras que sus musculosos brazos estaban adornados con cuernos y dientes de animales destinados a protegerlo, así como con amuletos hechos por morabitos: bolsitas de piel delicadamente trabajada que contenían versículos del Corán. Manson dirigió la mirada a Dusika y dijo en tono burlón:

—Eh, Dusika, ¿cuál de tus mujeres te ha retenido hasta ahora?

La mezquina asamblea de cortesanos rompió a reír mientras Dusika, reprimiendo su cólera, contestaba en tono de excusa:

—Señor de las energías, tu mensajero acaba de venir a avisarme. Mira, he venido tan deprisa que todavía estoy sudando...

Tras esta interrupción, Tietiguiba Danté, jefe de los griots y encargado de transmitir a la asamblea las palabras del *mansa*, se levantó.

—El señor de los dioses y de los hombres, el que se sienta sobre la piel real, el gran *mansa* Manson os ha convocado por una razón. En la otra orilla del río hay un hombre blanco, blanco y con las orejas rojas como tizones, que solicita ser recibido por él. ¿Qué quiere?

Tras estas palabras, Tietiguiba se sentó y, siguiendo el ceremonial, otro griot se puso en pie. Tietiguiba era un personaje temido por todos a causa de su gran intimidad con el soberano. Vestía de una forma bastante impresionante, con un blusón de algodón azul índigo y blanco y, en la cabeza, un gorro adornado con pelaje de animales y cauris. Dado que una de sus funciones era ejercer de espía, su mirada recorría sucesivamente a todos los miembros del Consejo como si quisiera ver en su

interior para después elaborar un informe. Cuando el segundo griot se hubo callado, se levantó de nuevo:

—Ese hombre blanco dice que no es como los moros. No quiere ni vender ni comprar nada. Dice que ha venido a mirar el Djoliba...

Se produjo un estallido de risa. ¿Acaso en la tierra del hombre blanco no había ningún río? ¿Y no son todos los ríos parecidos? No, aquello escondía alguna trampa; el hombre blanco no quería revelar el verdadero objeto de su visita.

Dusika pidió la palabra.

—¿Se ha consultado a los *bugurilada*^[7] y los *mori*?^[8] —preguntó.

—No te han esperado a ti para hacerlo —dijo Samaké por lo bajo en tono burlón.

Dusika contuvo de nuevo su cólera y repitió la pregunta.

—¡No se pronuncian! —respondió Tietiguiba.

¿No se pronunciaban? ¡Aquello indicaba sin duda la extrema gravedad de la situación!

Dicen que, hagamos lo que hagamos en relación con ese hombre blanco — prosiguió Tietiguiba—, vendrán otros como él y se multiplicarán entre nosotros.

Los miembros del Consejo se miraron, estupefactos. ¿Iban a instalarse en Segu hombres blancos y a vivir entre los bambara? ¡Amigos o enemigos, aquello parecía imposible! Dusika se inclinó y murmuró, esta vez dirigiéndose a su amigo Koné, sentado a cierta distancia de él:

—¿Has visto tú a ese hombre blanco?

Por desgracia, en el silencio reinante todos oyeron la pregunta, bastante pueril por cierto. El *mansa* se incorporó y le espetó irónicamente:

—Si quieres verlo, está en la otra orilla del Djoliba. Allí encontrarás a las mujeres, los niños y los *nyamakala*.^[9]

La asamblea rompió a reír de nuevo y Dusika fue otra vez blanco de burlas y sarcasmos. En realidad, ¿qué le reprochaban? Que utilizara, en cierto modo, un doble lenguaje. Que hiciera profesión de su odio por la guerra, beneficiándose al mismo tiempo de su parte de botín y enriqueciéndose sin arriesgarse, pues raramente participaba en las expediciones; que se embriagara de su familiaridad con el *mansa* y de los orígenes reales de su mujer hasta el punto de tratar a todo el mundo con desprecio; en resumen, que fuera arrogante y vano. Algunos decían que tenía a quien salir, ya que su padre, Falé, había sido el más orgulloso de los yerewolow que hubiera pisado jamás el suelo de la ciudad, hasta tal extremo que los dioses lo habían castigado con una muerte ignominiosa: su caballo lo arrojó en medio de un pantano, donde agonizó durante horas.

No llegaban a desearle semejante fin a Dusika, pero en la corte todo el mundo opinaba que una buena lección no le sentaría nada mal.

Mientras tanto, Nya se ocupaba de Sira.

Las dos mujeres ya no estaban solas. Dada la cantidad de gente que quería ver al hombre blanco, las piraguas utilizadas para cruzar el Djoliba habían sido tomadas por

asalto. Y tras horas de espera, numerosas esclavas habían tenido que regresar, con lágrimas en los ojos, para cumplir con sus obligaciones en la concesión.

Nya se había apresurado a mandar a alguien en busca de Suka, la comadrona que había ayudado a dar a luz a todas las esposas de Dusika y reanimado con sus manos hábiles a más de un recién nacido que no se decidía a entrar en el mundo visible. En espera de su llegada, puso a hervir plantas destinadas a expulsar los malos espíritus y a favorecer la subida de la leche. Después volvió con Sira, que estaba en cuclillas para facilitar la expulsión.

Sira ocupaba una posición peculiar en la concesión. No era bambara, sino peul. En el transcurso de una expedición contra sus vasallos peul de Macina, cuyos *ardo*^[10] siempre se negaban a pagar los impuestos, el *mansa* Manson había capturado a modo de represalia a una docena de muchachos y muchachas escogidos entre las mejores familias de la capital, Tenenkou. Tenía la intención de devolverlos en cuanto se le pagaran las sumas debidas, pero un día Dusika, al cruzar uno de los patios del palacio para asistir a la sesión del Consejo, había visto a Sira y deseado de inmediato tenerla como concubina. Dados los vínculos que los unían, Manson, aun a su pesar, no había podido decir que no. Una vez pagado el impuesto, la familia de Sira había enviado una delegación en su busca, pero Dusika se había negado a entregarla. Además, ya era demasiado tarde: Sira estaba embarazada. Como era extranjera y cautiva, Dusika no había podido casarse con ella. Sin embargo, era evidente que la prefería a sus compañeras legítimas, con las que compartía su lengua y sus dioses.

Al principio, Nya odiaba a Sira. No era la primera concubina que tenía Dusika, desde luego. En su cabaña pasaban la noche innumerables esclavas. Sin embargo, nunca había valorado tanto a ninguna de ellas. Nya no estaba equivocada; percibía su pasión en miles de gestos, invisibles para los demás. Luego, sin que supiera cómo, su odio y sus celos habían cedido el puesto a sentimientos de compasión, solidaridad y afecto. El destino de Sira podía haber sido también el suyo. La violencia de los hombres o el capricho de uno de ellos hubiera podido apartarla de la casa de su padre, de los brazos de su madre, para convertirla en un objeto de trueque, de cambio. Entonces, para sorpresa de todos, había empezado a proteger a su antigua rival.

Pese a su dominio de sí misma, Sira dejó escapar un gemido. Nya, que no quería que se dijese que a su coesposa le había faltado valor en el momento de la prueba suprema, le tapó enseguida la boca con una mano. Al mismo tiempo pensó que, cuando Suka llegara, iría a la cabaña de los altares, en el último patio de la concesión, a depositar otra ofrenda. Ya lo había hecho al poco de despertar, pero, teniendo en cuenta que el invierno anterior Sira había dado a luz un niño muerto, había que redoblar las precauciones. Tenía reservado un gallo blanco cuyo color sería del agrado del dios Faro, que vela día y noche por la buena marcha del universo.

Suka entró. Era una mujer ya mayor, esposa de un forjador-fetichero, que también se comunicaba con los poderes tutelares y daba una gran impresión de autoridad. Llevaba en torno al cuello un collar de cuernos de animal llenos de polvos y de

ungüentos benefactores. Un vistazo a Sira le bastó para saber que le quedaban muchas horas por delante, de modo que se puso a machacar raíces y hojas en un mortero, murmurando plegarias que sólo ella conocía. Tranquilizada por su presencia, Nya salió para ir a buscar un poco de leche de cabra, a fin de dársela al recién nacido antes de que empezara a tomar la de su madre.

En los patios volvía a reinar la actividad. Al parecer todo el mundo había vuelto del río. Nieli, la segunda esposa, sentada a la puerta de su cabaña, comía vorazmente *n'gomi*, buñuelos de mijo que una de sus esclavas le había preparado. Nya se reprochaba los sentimientos que le despertaba Nieli. Debería considerarla una hermana pequeña, pero le resultaba imposible adaptarse a su pereza, a sus caprichos, a sus constantes berridos. Y es que Nieli no conseguía olvidar la manera en que había entrado en la concesión. Años atrás, Falé, el padre de Dusika, acompañó al *mansa* Ngolo Diara a Niamina. Pasaron una velada en casa de un noble bambara, y Falé se percató de que la esposa de su anfitrión estaba encinta. Siguiendo la costumbre, pidió a la futura criatura, en caso de que fuese una hembra, para su hijo.

Dusika era un hijo respetuoso. Siempre había tratado con justicia a esa esposa a la que él no había elegido, pero nunca la había querido. Desde la llegada al hogar de Sira, esa diferencia de sentimientos, perceptible en infinidad de detalles y pequeños gestos, torturaba a Nieli.

Nieli dejó de engullir buñuelos y preguntó:

—¿Ha parido la extranjera?

Siempre llamaba así a Sira. Nya, haciendo caso omiso de la expresión, se limitó a responder:

—No, el pequeño desconocido no se encuentra todavía entre nosotros. Los ancestros están haciendo que tenga un viaje fácil...

Nieli no tuvo más remedio que mascullar la plegaria habitual en tales casos. Nya se dirigió hacia la pequeña cabaña de los altares. Era un lugar secreto donde sólo penetraban los sacerdotes-feticheros vinculados a la familia, los jefes de las distintas células familiares y algunas mujeres dotadas, como ella, de cierta autoridad. En el segundo patio se encontró con Dusika, que había vuelto de palacio y estaba buscándola.

—Manson ha vuelto a humillarme y...

—Desabróchate el cinturón —lo interrumpió Nya—. Sira está de parto...

¿Es que no podía dominar su rencor? Lo que le reprochaba en realidad a Dusika ya no era la presencia de Sira, sino el hecho de que, con el paso del tiempo, sus sentimientos hacia ella se hubieran deteriorado. Que su deseo hubiese muerto. Que sus relaciones se hubieran vuelto rutinarias. Ahora, las noches que ella pasaba en su cabaña, dormían sin tocarse. Sus conversaciones giraban siempre alrededor de los hijos, del empleo de los bienes, de las preocupaciones de la vida pública. ¡Ah, qué duro es envejecer!

—¡Escúchame! —dijo él en tono de súplica—. Estoy diciéndote que Manson se ha burlado de mí dos veces en pleno Consejo... Haz venir a Kumaré...

Nya miró el suelo de arena blanca mezclada con piedras finamente trituradas.

—¿Cuándo quieres verlo?

—¡Pues cuanto antes!...

Kumaré era un forjador-fetichero y sumo sacerdote del Komo^[11] que, desde hacía años, interpretaba para Dusika los signos de lo invisible y lo visible y trataba de prevenir todos los acontecimientos desfavorables. De todas formas, habría que llamarlo en cuanto naciera el hijo de Sira a fin de que lo rodeara de protecciones. Nya siguió su camino, pero cuando iba a entrar en el tercer patio se apiadó de Dusika, que permanecía en pie, inmóvil, sin saber si tenía que seguirla o irse a su cabaña.

—Espérame, vuelvo enseguida —dijo cordialmente, volviéndose.

Él la miró alejarse, dividido entre el pesar que le causaba su indiferencia y el deseo de agarrarse a su pareo como un niño pequeño. ¿Qué edad tenía Nya? No lo sabía, como tampoco sabía la suya propia. Llevaban casados dieciséis estaciones secas. ¡Entonces debía de tener treinta y dos! Su cintura se había ensanchado, sus pechos se habían vuelto flácidos y las arrugas de la responsabilidad ya marcaban sus facciones, altaneras y finas como las de todos los Kulibali, de quienes se decía que eran los bambara más bellos. Normalmente parecía severa, pero, cuando sonreía, un destello iluminaba sus ojos rasgados. ¡Él necesitaba la fuerza de Nya! ¿Por qué se la negaba?

En la cabaña de los altares en la que Nya entró había un tronco llamado *pembelé*, representación del dios Pemba, quien, girando, había creado la tierra, mientras que el dios Faro se atribuía la creación del cielo y las aguas. Alrededor del *pembelé* había unas piedras rojas que representaban a los ancestros de la familia y unos *boli*, objetos fetiche hechos de los materiales más diversos —colas de hiena, colas de escorpión, cortezas y raíces de árbol, generalmente rociados con sangre de animal—, concentrados simbólicos de las fuerzas del universo destinados a garantizar dicha, prosperidad y fecundidad a la familia.

Nya cogió una pequeña escoba de fibra vegetal y barrió con cuidado el suelo. Todo estaba en orden, pero la sangre que cubría los *boli* se había secado. Volvería más tarde para refrescarlos, pues debían de tener sed.

Sira estaba sola con su miedo y su dolor.

Miedo, porque el año anterior había dado a luz un niño muerto. Nueve meses de angustia para traer al mundo una pequeña bola de carne a la que los dioses no habían querido insuflar vida. ¿Por qué? ¿Les irritaba esa alianza contra natura entre una peul y un bambara?

Tú, peul, vigila tu rebaño.

Negro, conserva tu arado, el-que-fatiga.

Así reza el poema pastoril. No era posible ninguna unión entre esas dos razas de hombres. Pero los dioses sabían perfectamente que ella no la había deseado, sino que era una víctima... Entonces, ¿por qué la habían castigado? ¿Y pensaban castigarla otra vez? ¿Pensaban condenarla a esta espera estéril, a otro entierro, cuando ella deseaba disfrutar de la gloria de un bautismo? Miró el montículo que había en la cabaña, allí donde habían enterrado al pequeño ser apartado inmediatamente de su afecto, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Suplicó que los dioses le concedieran la vida a su hijo, aun cuando también lo fuese de un bambara, de un hombre al que debería odiar.

A su pesar, gimió, y Suka se acercó para ayudarla a cambiar de posición; le hizo cruzar las manos detrás de la nuca y luego, canturreando, le masajeó suavemente el vientre. El olor de las fumigaciones de *wolo*, la planta predilecta del dios Faro y que favorece los nacimientos, le inundó las fosas nasales y le hizo estornudar, provocándole tal oleada de dolores que creyó morir. Recordó las instrucciones de su madre, de Nya, de todas las mujeres que habían pasado por lo mismo antes que ella. No moverse. Controlar el dolor. Pero le resultaba imposible. ¡Imposible! Apretó los dientes, se mordió los labios, notó el sabor dulzón de la sangre; luego abrió los ojos y vio la melena finamente trenzada y salpicada de grisgrises de Suka, que estaba inclinada sobre su vientre.

Cuando era pequeña, se había adentrado con uno de sus hermanos en la marisma de Dia, adonde éste llevaba las vacas a pastar durante la estación seca. Como era la temporada de lluvias, el nivel de las aguas era alto. Habían perdido pie y se habían visto arrastrados entre las plantas acuáticas que cubrían la superficie. Creían que no volverían a ver jamás ni a su madre ni la cabaña de su padre cuando, de pronto, apareció un arrozal, ofreciéndoles la ayuda de sus tallos todavía frágiles. Ahora sentía el mismo terror que en aquella ocasión, la misma angustia y, de repente, la misma paz. Inesperada.

Sira, incrédula, oyó un llanto, o más bien un chillido.

—¿Qué es? —balbuceó.

Suka se levantó, llevó hacia el calabacino de agua tibia un pequeño montón de carnes sanguinolentas y se puso a lavarlas con movimientos sorprendentemente suaves y cuidadosos.

—*Otro bilakoro.*^[12]

Las esclavas entraron apresuradamente y rodearon a Nya, unas con un caldo de pescado seco y guindilla, otras con bejucos triturados para hacerle masajes en el vientre.

—¿Está vivo? ¿Está vivo de verdad? —murmuró la joven madre dirigiéndose a Nya.

Nya fingió no oír esa desafortunada pregunta que podía irritar a los dioses.

Suka, por su parte, miraba al recién nacido. ¡A cuántos había recibido en sus manos anchas y fuertes! ¡Cuántos cordones umbilicales había cortado! ¡Cuántas placentas había enterrado! Por eso, le bastaba observar el perfil de unos labios o la forma de unos ojos para saber si un niño sería el orgullo de sus padres o, por el contrario, una criatura débil y escuálida. Y sabía que el niño que tenía sobre sus rodillas sería un aventurero con un destino singular. Convendría que Nya ofreciese a los *boli* familiares un huevo puesto por una gallina negra, sin una sola pluma blanca, y corazones de antílope. Además, Dusika no debería escatimar gallos de plumaje rojo, cuya sangre derramaría a fin de embadurnar con ella el sexo del recién nacido. Había que tomar esas precauciones para garantizarle una buena vida. Suka untó con manteca de karité el cuerpecito informe y tibio, lo envolvió en una fina tela blanca y se lo entregó a su madre, respondiendo silenciosamente a la pregunta que leía en la mirada de Nya:

—¡Sí, es hermoso! Y los dioses le darán vida...

Sira estrechó por fin a su hijo entre sus brazos. De acuerdo con la tradición, no se le pondría un nombre hasta el octavo día. No obstante, al haber venido al mundo inmediatamente después de otro hijo nacido muerto, sabía que le pondrían Malobali. Apretó la pequeña y frágil boca contra la suya, sorprendida de que una carne tan liviana tuviera ya un peso tan grande en su vida. Su hijo estaba allí, totalmente vivo. Fueran cuales fuesen las circunstancias de su nacimiento, la vengaba de su humillación, de sus sufrimientos, de su decadencia al pasar de ser hija de un *ardo peul*, criador de centenares de cabezas de ganado, a concubina de un agricultor.

Cuando Sira pensaba en su vida pasada, creía estar soñando. En Macina, las estaciones marcaban el ritmo de la vida, los rebaños iban y venían de los pastos de Dia a los de Mourdia. Las mujeres ordeñaban las vacas y elaboraban manteca que los esclavos cambiaban por mijo en los mercados de los alrededores. Los hombres estaban más enamorados de sus animales que de sus esposas y, por la noche, cantaban la belleza de aquéllos ante las fogatas, lo que era motivo de burla por parte de los otros pueblos:

*Tu padre ha muerto y no has llorado.
Tu madre ha muerto y no has llorado.
Un ternero la ha palmado y dices: ¡Ay!
¡La casa se ha venido abajo!*

Pero ¿tenían los otros pueblos alguna importancia? Sólo se relacionaban con ellos en la estación seca, a fin de negociar el acceso a los pastos y el agua para el ganado.

Y un día habían aparecido unos *tondyon* bambara tocados con gorros de dos puntas, vestidos con túnicas amarillas que les llegaban hasta la rodilla y cubiertos de cuernos y dientes de animales o de amuletos comprados a los musulmanes. Sira, con las fosas nasales impregnadas de olor a pólvora, se había encontrado en Segu, en el palacio del *mansa*. Pese a la tristeza que le causaba su cautividad, no podía evitar admirar su nuevo marco de vida. Detrás de los muros que desafiaban al cielo, esclavos sentados bajo tejadillos tejían ante unos utensilios hechos con cuatro maderos verticales clavados en el suelo y unidos por barras horizontales, y ella no se cansaba de mirar, fascinada, aquella tira que parecía una larga serpiente blanca. Albañiles reparaban y revocaban las fachadas. Por todas partes, comerciantes ofrecían tapices de Berbería, perfumes y sedas, mientras bufones cuyo cuerpo desaparecía literalmente bajo ropajes confeccionados con pequeños rombos de piel de animal, salpicados de cauris, hacían cabriolas para divertir a los niños reales. Como los peul no construían, sino que vivían en simples chozas redondas de paja trenzada o de ramaje, todo eso la fascinaba.

¿La habían entregado los dioses a Dusika para castigarla por sentir esa admiración involuntaria, casi inconsciente, hacia sus vencedores?

No, no debía pensar en Dusika; si lo hacía, estropearía la alegría del instante. Pero ¿se puede apartar a un hijo de su padre?

Justo en ese momento entró Dusika acompañado de Kumaré, a quien habían ido a buscar a toda prisa para que realizara los primeros sacrificios. Sira volvió la cabeza para no encontrar su mirada y no tener que compartir su alegría. Al mismo tiempo, se reprochaba su hipocresía. ¿Qué le impedía dejarlo, irse de Segu? Se convencía de que esperaba de los dioses o de su pueblo una venganza pública y notoria que la superaría a ella misma. ¿Era la verdad?

Unas semanas antes, un artesano *labo*^[13] había entrado en la concesión para ofrecer morteros, manos y mangos de utensilios. Se habían reconocido por el acento, el suave acento fulfuldé.^[14] El hombre le había dado noticias de su tierra. Los peul estaban hartos de la dominación de Segu, de las correrías y de las exacciones de los bambara. Le habían dado la espalda al *ardo* Ya Gallo, del clan de los Dialubé,^[15] para poner todas sus esperanzas en el joven Amadu Hamadi Bubu, del clan de los Baris, un musulmán ferviente, el cual había jurado unirlos en un estado único y soberano que no reconocería a otro señor que Alá. De repente volvía a hablarse de una predicción hecha varios siglos antes al *askia*^[16] Muhammad del reino songay de Gao.

Le habían anunciado que un peul asestaría un golpe mortal al reino bambara y fundaría un vasto imperio. ¡Amadu Hamadi Bubu era ese peul!

¿Sería posible?

Acariciando suavemente la cabeza del recién nacido, Sira imaginó la serpiente de fuego lamiendo con su lengua bífida el palacio del *mansa*, las concesiones y los árboles, y deteniéndose en la orilla del Djoliba tras haber calcinado las flotillas de piraguas de los somono. ¡Sí, hacía falta como mínimo eso para vengarla! Cerró los ojos.

Mientras tanto, Suka enumeraba todas las particularidades corporales que permitirían a Kumaré determinar a qué antepasado reencarnaba el recién nacido. A continuación, Sira oyó el batir de alas y el breve chillido del gallo que el fetichero estaba degollando. Finalmente se hizo el silencio y se encontró sola con su hijo.

Naba le tiró a Tiekoro del blusón y dijo en tono quejumbroso:

—Volvamos ya. Tengo hambre, estoy cansado...

Pero Tiekoro no se decidía a hacerlo: deseaba con todas sus fuerzas ver al hombre blanco.

—¿Lo has visto? ¿Cómo es? —le preguntó a un hombre con el torso desnudo bañado en sudor que se dirigía hacia ellos.

—Se parece a los moros —contestó éste haciendo una mueca—, pero tiene las orejas rojas y el pelo del color de la hierba en la estación seca.

Tiekoro tuvo una inspiración.

—¡Los árboles! ¡Hay que encaramarse a los árboles!

Al levantar la cabeza, se dio cuenta de que eso también era imposible. Las ramas de los karités y de las ceibas estaban cargadas de racimos humanos.

—¡Está bien, vámonos! —dijo, contrariado.

A sus quince años, Tiekoro, primogénito de Dusika e hijo de Nya, primera esposa de éste, era casi tan alto como un adulto. Los griots que iban a la concesión a cantar las alabanzas de la familia lo comparaban con un palmito que se alza en el desierto y le predecían un porvenir incomparable. Era un adolescente silencioso, reflexivo, al que coincidían en calificar de arrogante. Unos meses antes lo habían circuncidado, pero aún no había sido introducido en el Komo.

En realidad, Tiekoro tenía un secreto. Un secreto que lo corroía.

Todo había empezado un día que, por curiosidad, entró en una mezquita. El día anterior había oído la llamada del muecín y algo indescriptible había despertado en su interior. Esa voz sublime se dirigía a él, estaba convencido. No obstante, la timidez había sido más fuerte y no se había atrevido a imitar a los somono que entraban en el edificio. No se había decidido a hacerlo hasta el día siguiente, tras haber pasado toda la noche haciendo acopio de valor.

En un patio, un hombre de la edad de su padre estaba sentado sobre una estera. Vestía una amplia túnica azul oscuro sobre unos pantalones del mismo color. Iba calzado con babuchas amarillo claro. Sobre el cráneo, rapado al cero, llevaba un

pequeño gorro de color rojo oscuro. Hasta ahí, nada extraordinario. No era la primera vez que Tiekoro veía hombres ataviados así; hasta los había visto en el recinto del palacio del *mansa*, adonde en ocasiones acompañaba a su padre. Lo que le intrigó era la ocupación a la que el hombre estaba entregado. En la mano derecha tenía una varita de madera que terminaba en una punta acerada y con la cual, tras sumergirla en un recipiente, trazaba minúsculos dibujos sobre una superficie blanca. Tiekoro se agachó junto a él y le preguntó:

—¿Qué haces?

El hombre sonrió.

—Ya lo ves —contestó—, estoy escribiendo.

Tiekoro le dio vueltas y más vueltas en la cabeza a aquella palabra que escapaba a su comprensión. Luego un destello iluminó su mente. Recordó los amuletos que llevaban algunos y exclamó:

—¡Ah, haces magia!

El hombre se echó a reír.

—Eres bambara, ¿verdad? —le preguntó.

Al percibir cierto desprecio en su voz, Tiekoro contestó con orgullo:

—Sí, soy hijo de Dusika Traoré, consejero de la corte...

—Entonces no me extraña que no sepas lo que significa escribir —le interrumpió el hombre.

Tiekoro se sintió ultrajado. Buscó una respuesta hiriente, pero no encontró ninguna. Además, ¿qué poder tiene un adolescente frente a un adulto? Con todo, al día siguiente fue de nuevo a la mezquita y a partir de entonces sus visitas se hicieron diarias.

Ahora, Naba se quejaba:

—Vas demasiado deprisa...

Tiekoro aminoró la marcha.

—¿Qué harías si me fuese?

El niño lo miró, sorprendido.

—¿A la guerra? ¿Con el *mansa*?

Tiekoro negó vehementemente con la cabeza.

—¡Ah, no, yo no participaré nunca en esas guerras!

¡Matar, violar, saquear! ¡Cuánta sangre derramada! De hecho, ¿no era toda la historia de Segu sangrienta y violenta?

Desde que fue fundada hasta la actualidad, pasando por la expansión llevada a cabo por Biton, no había sino crímenes y matanzas. Jóvenes emparedados vivos, vírgenes inmoladas a la entrada de las ciudades, emperadores estrangulados por sus esclavos con cintas de algodón. Y los sacrificios como *leitmotiv*. Sacrificios a los *boli* de la ciudad, del reino, de los ancestros, de la familia. Cada vez que pasaba por delante de la cabaña que albergaba a los de los Traoré, Tiekoro se estremecía. Un día

se había atrevido a entrar y, aterrorizado, se había preguntado de dónde procedía la sangre que se coagulaba sobre aquellas formas inmundas.

¡Ah, otra religión que hablara de amor, que prohibiera esos fúnebres sacrificios, que liberase al hombre del miedo! ¡Miedo a lo invisible e incluso a lo visible! Al pasar ante la mezquita de los somono, Tiekoro, temiendo que lo reconocieran y que Naba descubriera su secreto, apretó el paso. Luego sintió vergüenza de su cobardía. ¿No debe un creyente estar dispuesto a morir por su fe?... Y él era creyente, ¿no?

«¡No hay más dios que Dios y Mahoma es el enviado de Alá!»

Esas palabras lo embriagaban. Sólo tenía un deseo: marcharse de Segu. Ir a Djenné o, mejor aún, a Tombouctou, e inscribirse en la universidad de Sankoré.^[17]

Los dos muchachos echaron a correr a toda velocidad por las calles tortuosas, saltando por encima de los corderos y las cabras y esquivando por los pelos a las mujeres peul, que a esa hora iban a ofrecer calabacinos de leche. Desde las tabernas, los *tondyon*, aficionados a beber *dolo*,^[18] les dedicaban palabras soeces.

Cuando llegaron sudando a la concesión, todo el mundo se precipitó hacia ellos y se organizó un alboroto.

—¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto?

—¿Al blanco?

No tuvieron más remedio que confesar que no había habido manera. Flacoro, la tercera esposa de Dusika, una muchacha apenas mayor que Tiekoro, hizo un mohín.

—No ha servido de nada pasar el día a orillas del río... —dijo—. Sira ha tenido un niño —añadió a continuación.

¿Un niño? ¿Y vivía? El corazón de Tiekoro se llenó de alegría.

Su intimidación con Sira había empezado al mismo tiempo que su interés por el islam. Había oído decir que muchos peul practicaban esa religión. Sin embargo, cuando reunió el valor necesario para interrogar a Sira sobre la cuestión, ésta no había podido informarle. Uno de sus tíos se había convertido, pero ella no sabía nada de él. El islam acababa de ser introducido en la región por las caravanas de árabes, igual que una mercancía exótica.

Tiekoro fue a merodear por los alrededores de la cabaña de Sira, cuyo acceso, lo sabía, estaría prohibido para todos durante ocho días. Vio salir de allí a su padre con Kumaré, el fetichero. Disimulando el miedo que le inspiraba este último, saludó educadamente a los dos hombres, y se disponía a alejarse rápidamente cuando su padre le hizo una seña indicándole que lo siguiera. Temblando, obedeció.

Unos años antes, Tiekoro admiraba a su padre como a un dios. Mucho más que al *mansa*. ¿Cuándo había empezado a considerarlo un bárbaro, además de un ignorante consumidor de alcohol? Cuando la obra de los musulmanes había llenado su vida. Sin embargo, el hecho de que ya no admirase a su padre no significaba que no lo quisiera. Así pues, Tiekoro sufría por ese divorcio entre corazón y mente, entre sentimientos instintivos y reflexiones del intelecto. Se sentó en silencio en un rincón del vestíbulo y, consciente del honor que se le hacía, cogió un pellizco de tabaco de la petaca que

su padre le tendía. No se atrevía a mirar hacia donde estaba Kumaré, pues creía que éste podría descifrar sus pensamientos, descubrir lo que escondía a todos. Y en efecto, el fetichero lo observaba con sus pupilas moteadas de rojo. En cuanto le fue posible hacerlo sin ser demasiado irrespetuoso, Tiekoro se levantó y salió. El estómago se le contrajo por efecto del miedo y del esfuerzo que había tenido que hacer, y, apoyado en la pared de una de las cabañas, vomitó convulsivamente una sustancia pardusca mezclada con flemas. Después permaneció inmóvil; le ardía la cara. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir ocultando su secreto?

Kumaré, por su parte, se había quedado pensativo. Su mirada no se apartaba de la puerta baja por la que Tiekoro se había retirado. Algo torturaba la mente de ese muchacho. Pero ¿qué?

Sacó de una bolsita un juego de doce cauris adivinatorios y los esparció por el suelo. Lo que vio le pareció tan sorprendente que los recogió y pospuso la operación para más tarde. Dusika se percató de su estupor y dijo en tono acuciante:

—¿Qué ves, Kumaré? ¿Qué ves?

En realidad, sólo pensaba en sí mismo y en las burlas del Consejo. Kumaré decidió no desengañarlo.

—No puedo decirte nada; el asunto no está claro. Trabajaré toda la noche y después podré informarte...

¡Ah no, el asunto no estaba claro! ¡Un hijo llegaba y otro se iba! ¡El padre ascendía y luego descendía! Un auténtico caos invadía la concesión, en la que hasta entonces reinaba el Orden. ¿Por qué?

Kumaré pertenecía a una de las tres grandes familias de forjadores «de raza» cuyos antepasados, originarios del pueblo subterráneo de Gwonna, habían descubierto el secreto de los metales. Un día que estaban calentándose ante un gran fuego, habían visto cómo una de las piedras del hogar se fundía. La habían retirado y entonces habían constatado que se trataba de un cuerpo duro que les resultaba imposible romper. Fue el primer pedazo de cobre. A continuación descubrieron los secretos del oro y del hierro. Entonces construyeron armas —cuchillos, flechas, punzones—, y gracias a ellos los bambara pudieron sustituir sus antiguos útiles, hechos de sílex. Como los forjadores se hallaban bajo la protección del dios Faro y de sus ayudantes, los genios señores del aire y del viento, eran también maestros de la adivinación.

Para Kumaré, lo invisible no tenía secretos.

«Lo que es oscuro es palabra de desconocido que cae en el seno del azar. La palabra mala hiede. Influye en la fuerza del hombre. Va de la nariz a la garganta, al hígado y al sexo.»

Eso es lo que pensaba Manson Diara mientras miraba a Samaké, de modo que lo interrumpió bruscamente:

—¿Qué prueba tengo de que tu palabra es buena? ¿Cómo sabes todo eso?

Samaké consiguió sostener aquella mirada que los griots comparaban a la del chacal y respondió:

—Señor, lo sé por mi primera esposa, Sanaba, que como sabes es del mismo grupo de edad que Nya, la primera esposa de Dusika. Además, pertenecen a la misma hermandad. Ya sabes cómo son las mujeres... hablan y hablan. Anteayer, Dusika recibió a una delegación de Desekoro, a quien derrotaste en Guémou y que se retiró a Dioka con su corte. Se le ha encomendado la misión de reconciliar a los dos clanes Kulibali, el de Kaarta y el de Segu, con una finalidad: derrocarte y unir los dos reinos bajo el gobierno de una sola familia...

Manson meneó la cabeza.

—No te creo...

Los Kulibali de Kaarta y los de Segu se odiaban. ¡Una reconciliación entre ellos resultaba inverosímil! Tietiguiba Danté, que había preparado aquella entrevista secreta y estaba conchabado con Samaké y los que querían hundir a Dusika, intervino:

—Señor de las energías, no te engañes. Los Kulibali no han aceptado jamás que tu padre los apartara del trono de Segu. No retrocederán ante nada con tal de recuperar el poder. Dusika, como sabes, es un hombre ávido de riquezas, pero carece de energía para obtenerlas luchando. Le habrán prometido oro...

Manson parecía sufrir.

—Dusika es mi hermano de sangre —murmuró—. Nos circuncidaron el mismo día. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué va a conseguir traicionándome que yo no pueda darle?

Samaké y Tietiguiba intercambiaron una mirada, sorprendidos por la sinceridad de aquel dolor. Luego, Manson se levantó de un salto y comenzó a caminar arriba y abajo por la estancia. Los esclavos, asustados, se apartaron, temiendo que la cólera real se volviera contra ellos. Manson volvió a sentarse sobre su piel de buey, recobrando el dominio de sí mismo.

—Mañana, en el Consejo, lo interrogaré, y con la espada en el cuello tendrá que confesar.

Tietiguiba Danté meneó la cabeza.

—¡Igual de impetuoso e iracundo que tu padre! No, señor, no es así como debes actuar. Atrápalo utilizando la astucia... —Se acercó al rey, aunque permaneciendo a una distancia prudencial a fin de que su aliento no lo rozara—. Deshóñralo. Repróchale haber hecho trampas con los impuestos y expúlsalo por ese motivo de la corte. Que no vuelva a sentarse ni en el Consejo ni en el Tribunal. Y entonces ponlo bajo vigilancia. Ya verás cómo reacciona.

Manson no dijo nada y se quedó sumido en sus pensamientos. Él no poseía la crueldad de algunos soberanos del pasado. La de Dekoro, por ejemplo, hijo de Biton, quien, furioso por los reveses que habían sufrido sus tropas ante Kirango y Doroni, ciudades que quería someter, había colocado a cuatro veces sesenta hombres en cada lado de un cuadrado trazado por su forjador-fetichero en el suelo, y había hecho que los incorporasen completamente vivos a una muralla, gritando: «¡Así viviré rodeado de mis esclavos, que me servirán de buen grado o por la fuerza!»

Manson, por el contrario, ejercía su oficio de rey con justicia y tolerancia. La traición de Dusika le dolía. ¿Qué ganaría éste cambiando de señor? ¿Lo colmaría más otro *mansa*? ¿Sería cierto que se hallaba sometido a la influencia de su primera esposa, Nya? En tal caso, todo era posible. ¿Quién sabe hasta dónde puede llevar una mujer a un hombre, si se adueña de su espíritu o de su cuerpo?

En ese momento, un esclavo fue a informarle de que Mori Zumana deseaba verlo. Mori Zumana era uno de los adivinos más poderosos de Segu. Trabajaba con los cuatro grandes *boli*, pero también había aprendido la magia de los árabes, cuya lengua conocía a la perfección. Iba vestido al estilo musulmán, con un *serual*,^[19] un caftán blanco y un *hayk*^[20] cubriéndole la cabeza. Para mostrar su independencia ideológica, en lugar de prosternarse ante el *mansa* se puso en cuclillas.

—Señor de las energías, el espíritu de tu padre ha venido para indicarme cómo debes actuar. Mañana por la mañana, envíale un mensajero al hombre blanco. Dile que, como deseas ayudarlo por encontrarse tan lejos de su país, le mandas una bolsa con cinco mil cauris para que compre víveres. Dile también que puede utilizar los servicios de tu mensajero como guía hasta Djenné, si es que tiene intención de ir allí. Pero no le permitas entrar en Segu.

Manson hizo un gesto de asentimiento antes de preguntar:

—¿Dónde está el hombre blanco ahora?

—Una mujer le ha dado cobijo.

Los cuatro hombres se miraron y se echaron a reír, y Manson, pese a que el anuncio de la traición de Dusika lo había puesto de mal humor, se permitió hacer un comentario jocoso:

—Pues entonces conocerá al mismo tiempo el agua de la mujer y el agua del río de Segu.

Samaké, Tietiguiba Danté y Mori Zumana se retiraron. Para pensar en otra cosa, Manson hizo llamar a Macalú, uno de sus griots favoritos, que entró con el *tamani*^[21]

bajo el brazo. Al ver el estado de ánimo en que se encontraba su señor, Macalú preguntó con delicadeza:

—¿Qué quieres que te cante? ¿La historia de la fundación de Segu? ¿O prefieres la historia de tu padre?

Manson hizo un gesto indicándole que lo dejaba a su elección y Macalú, que conocía sus preferencias, se puso a cantar la historia de Ngolo Diara.

«Como el padre de Ngolo había muerto, uno de sus tíos, Menkoro, tuvo que ir a ver al rey Biton para pagar el canon y llevó al niño con él a Segu. Menkoro, como de costumbre, se alojó en la casa de Danté Balo, esposa de uno de los forjadores de la corte. Como de costumbre, recorrió las tabernas y se llenó la barriga de *dolo*, y lo hizo con tal desenfreno que al día siguiente se dio cuenta de que se había gastado la totalidad de las medidas de mijo destinadas a pagar el canon. Entonces fue a ver a su anfitriona, le contó que durante la noche unos *tondyon* le habían robado y se lamentó de la suerte que Biton iba a hacerle correr. La buena mujer se dejó engañar por esa aparente desesperación y aceptó interceder en su favor ante Biton, pidiéndole a este que aceptara al niño en prenda...»

Manson escuchaba el relato, tan familiar a sus oídos: Biton, seducido por la inteligencia de Ngolo, le confió todos sus secretos; luego fue alertado y trató de deshacerse de él... en vano. Tras la muerte de Biton y años de anarquía, Ngolo se hizo con el poder. Entonces regresó a su pueblo y ordenó matar a todos sus parientes para vengarse por haber sido reducido a la esclavitud.

Al mismo tiempo, por encima de aquellas palabras familiares y aquellos acordes armoniosos, su pensamiento seguía a Dusika y también al hombre blanco que se hallaba a las puertas de su reino. ¿Estaban relacionados los dos hechos: la traición de su amigo y la presencia de ese desconocido, quizá repudiado por un mundo horrible? ¿Eran dos signos engañosamente distintos que le enviaban los dioses? ¿Contra qué querían ponerlo en guardia?

Él se creía invencible. Creía que su reino lo era también. Y ahora tal vez lo amenazaba algún peligro en la sombra. Se estremeció.

A su alrededor, la sala iba quedando sumida en la oscuridad porque las mechas de las lámparas habían absorbido la manteca de karité. Como era muy tarde, los esclavos, que además estaban medio dormidos, no se atrevían a cambiarlas.

Macalú proseguía su relato:

«Ngolo Diara reinó dieciséis años. Antes de morir, consultó a sus feticheros sobre el modo de hacer que su nombre no se olvidara. Ellos le aconsejaron que entregara una de sus hijas a Alá, cosa que hizo de inmediato confiándola al morabito Markaké Darbo, de la localidad de Kalabougou. También le aconsejaron que les pusiera pendientes de oro en las orejas a ciento veinte caimanes: “Así, tu nombre no perecerá mientras haya caimanes en el río...”»

¡Mientras haya caimanes en el río! ¡A los dioses les gusta burlarse pronunciando frases enigmáticas, abiertas a todas las interpretaciones! ¿Significaba eso que en mil,

en diez mil años, la posteridad conservaría el recuerdo de Ngolo? ¿Y él? ¿Qué quedaría de él? ¿El recuerdo de un *mansa* poderoso y justo? ¿Poderoso? ¿Acaso los peul, a los que nunca había sometido del todo, no empezaban a rebelarse de nuevo?... Esta vez habían encontrado otro pretexto: la religión. El islam. Manson, a pesar de que utilizaba los servicios de los morabitos musulmanes, sentía una gran repugnancia por el islam, que castra a los hombres, limita el número de sus mujeres y prohíbe el alcohol. ¿Puede vivir el hombre sin alcohol? ¿Dónde encontrar sin él la fuerza para afrontar un día tras otro?

Como para darle la razón, en otra sala del palacio Tietiguiba Danté y Samaké vaciaban calabacinos de *dolo* con Fantoma, el señor de la guerra, que también participaba en la conspiración contra Dusika, y unos *tondyon*.

—Muy pronto vestiré mis ropajes amarillos —gritaba el señor de la guerra—, mis ropajes de guerrear, y partiré para el combate. Segu no está hecha para la paz. A Segu le gusta el olor de la pólvora y el sabor de la sangre...

Todos eran de la misma opinión.

Samaké, sin embargo, tenía cosas que hacer y dejó a los bebedores embriagándose. Cada vez que atravesaba el palacio real de noche, con esa sucesión de vestíbulos escasamente iluminados o simplemente a oscuras, a Samaké lo invadía un miedo que no experimentaba nunca en el combate. Y es que de los hombres no hay por qué tener miedo. Tan sólo de los espíritus, y Samaké siempre esperaba verlos surgir de las panzudas tinajas de barro que contenían las ofrendas destinadas a apaciguarlos pero que no lo habían conseguido.

Fané, su fetichero, que estaba esperándolo, salió de entre las sombras del tercer vestíbulo.

—¿Qué? —le preguntó Samaké.

—Ha tenido un niño.

—¿Vive?

—Sí.

Samaké hizo un gesto de enfado.

—¿Para eso te pago?

Fané comenzó a caminar al mismo paso.

—Dusika Traoré es un hombre muy rico y no repara en gastos. Le ha dado a Kumaré el doble de lo que tú me ofreciste, así que no he podido deshacer su trabajo. El niño vive, pero, créeme, no tendrá una vida agradable. Sus padres no verán todos los frutos de su simiente y él no estará a su cabecera cuando llegue el momento de la gran partida. Será una flecha envenenada en el corazón de su madre. Tendrá una muerte horrible.

Samaké era el alma de la conspiración urdida contra Dusika. Él era también un noble, un *yewolo*, pero sus padres, procedentes de la región de Pogo, se habían enfrentado durante mucho tiempo a Segu. Era el primero de su familia que ocupaba un puesto en la corte, aunque Manson lo trataba sutilmente como a un vasallo

sometido. Después de las expediciones militares, en las que solía destacar por su insensato arrojo, su parte de botín siempre era más reducida que la de Dusika, que participaba lo menos posible en los combates. Además, éste lo había humillado dos veces quitándole mujeres que conseguía con presentes superiores a los que él podía permitirse ofrecer. Por todas estas razones, había decidido destruirlo.

Por la noche, en Segu, cuando no brillaba la luna, negándose a ascender sobre el Djoliba, uno creía estar envuelto en un tupido velo, más oscuro que el índigo más oscuro. Tan sólo brillaban algunas luces, las de las tabernas donde se consumía *dolo*. El *dolo* no era una bebida cualquiera que sólo servía para calentar el cuerpo. Desde los tiempos del antepasado Biton Kulibali, su comercio había sido objeto de un auténtico monopolio real, y aunque dicho monopolio ya no existía, Manson Diara mantenía sometidas a una estrecha vigilancia las tabernas donde se consumía. Sus espías, de común acuerdo con los encargados, se mezclaban con los grupos de bebedores que pasaban hora tras hora ante las borboteantes marmitas. En esos lugares se traficaba de todo. Comerciantes de Kangaba o del Bouré ofrecían oro a un precio inferior al establecido por el *mansa*, que era de quinientos cauris el *mutuku*,^[22] cola dulce procedente de Goutougou, amuletos comprados a los moros musulmanes. Y también se conspiraba. Fané y Samaké apretaron el paso, pues los dos temían ser devorados por la noche. El primero regresaba a su casa, en el barrio de los forjadores, situado junto al río. El segundo iba a reunirse en la taberna de Batanemba con sus amigos, que esperaban el resultado de su entrevista con el *mansa*.

«¡Se ha tirado al pozo! ¡Se ha tirado al pozo!»

Veinte cabezas se agolpaban sobre el agujero, del que subían vaharadas de frescor y en cuyo fondo espejeaba el agua. Mediante un complicado juego de cuerdas, de lianas, habían sacado el cuerpo frágil, de pechos puntiagudos como los de una muchacha apenas núbil y vientre abombado como un suave montículo. La habían depositado en el suelo, sobre esa tierra a la que tan grave ofensa había infligido al osar quitarse la vida, y una mujer, conmovida, había cubierto su desnudez con uno de sus pareos.

¿Quién tocaría ahora ese cuerpo, ese cuerpo de suicida, ese cuerpo torturado?

En ese momento del sueño, Siga se despertó.

La noche. La noche, presencia agobiante. Tenía miedo. ¿De la noche o del sueño? No sabía si había sucedido así. Él era demasiado pequeño, tenía dos o tres años, y desde entonces nadie le había hablado nunca de su madre. Sólo sabía eso, que se había tirado al pozo.

Siga era hijo de Dusika y había nacido el mismo día que Tiekoro, con unas horas de diferencia. Pero su madre era una cautiva a la que Dusika había poseído un día en que la visión de sus nalgas, demasiado ceñidas por el pareo, lo había excitado. Así pues, el octavo día, mientras que en honor de Tiekoro se derramaba la sangre de unos carneros blancos entre el estrépito de *burus*,^[23] *balas*^[24] y tam-tam de todos los tamaños, tan sólo se ofrecieron dos gallos a los dioses y los ancestros para que no le

tomaran ojeriza a Siga. Y lo mismo había ocurrido con motivo de la circuncisión, pese a que Siga y Tiekoro habían demostrado la misma valentía ante el cuchillo del forjador-fetichero. Hombres por fin a los que muy pronto se les permitiría llevar pantalones, habían bailado uno junto a otro, arrancando exclamaciones entre las mujeres, mientras sonaban los disparos y los griots anunciaban a voz en cuello el nuevo y sangriento nacimiento. Sin embargo, Dusika y el resto de la familia sólo tenían ojos para Tiekoro, vestido con un blusón de color ocre y tocado con un alto gorro de orejeras de las que colgaban cintas. De modo que aquella ceremonia que debería haber enorgullecido a Siga, le había dejado un regusto de frustración y de ceniza.

¡Ah, qué diferencias puede marcar una vagina! Si hubiera germinado en ésta y no en aquélla, toda su vida habría sido distinta. Era tan guapo y tan alto como Tiekoro. A menudo los confundían: tez muy oscura, como su padre, ojos brillantes y rasgados, labios carnosos y rojos, y en las mejillas, las escarificaciones rituales de los hijos de los nobles. Y sin embargo, nada era igual para ellos.

Por sorprendente que resultara, toda la existencia de Siga se había reducido a un combate, no para rivalizar con el favorito, cosa impensable, sino para obligarle a mirarlo de frente, si no como a un igual, al menos como a otro ser humano. Tiekoro, sin embargo, no veía a Siga. Adoraba a su hermano pequeño, Naba, que lo seguía fielmente a todas partes, y de Siga, hacía caso omiso. No lo despreciaba; simplemente, hacía caso omiso de él.

Desde hacía algún tiempo, Siga tenía también un secreto. Un secreto que lo corroía.

Era el secreto de Tiekoro.

Siga estaba al corriente de la presencia de musulmanes en Segú. Eran moros, somono, sarakolé... en cualquier caso, extranjeros y personas raras que llevaban largas y amplias túnicas y cuyas muchachas no iban con los pechos desnudos. Se los veía apiñarse como borregos para acudir a sus mezquitas, extrañamente tocados con una media luna, o simplemente prosternarse en las calles, las plazas y los mercados. Él sentía hacia ellos el mismo desprecio que todo buen bambara.

¡Y resultaba que había visto con sus propios ojos a Tiekoro entrando en el recinto de una mezquita! Pegado al muro, lo había visto quitarse las sandalias de piel de buey e inclinarse entre los demás. Otro día lo había visto trazar signos cabalísticos en una tablilla, siguiendo las instrucciones de un anciano. ¿Acaso se había vuelto loco? La primera reacción de Siga había sido ir corriendo a ver a Nya para contárselo todo. Pero luego le había dado miedo. Era una falta demasiado grave. ¿No se exponía a correr la suerte del mensajero portador de malas noticias, a ser castigado y caer para siempre en desgracia? Así que había callado, y ese silencio que lo convertía en cómplice lo torturaba. Estaba débil, no podía dormir y había perdido el apetito, hasta tal extremo que se murmuraba que su madre, cansada de vagar sola de rama en rama como un espíritu maléfico, privado de la posibilidad de reencarnarse, exigía su

compañía y le chupaba la sangre. Nya había acabado por apiadarse de él y lo había llevado a que lo viera Kumaré, quien no se había esforzado por el hijo de una esclava, limitándose a prescribirle baños de agua con raíces y polvo de palmito.

Al igual que Tiekoro, que Naba, que todos los vástagos de la familia, Siga adoraba y respetaba a Nya. Ella lo había criado. Tras el suicidio de su madre, había ido a buscarlo al foso de *banco*^[25] junto al cual se encontraba y lo había llevado a su cabaña. Lo había alimentado con su leche, destinada a Tiekoro. Le había dado el *degué* y el *to* que Tiekoro, saciado, no quería, los *n'gomi* que él se había negado a comer. Había sido justa. Había sido buena. Cada uno en su sitio: el hijo de una cautiva no es el hijo de una princesa.

Siga se levantó y pasó por encima de dos o tres cuerpos desnudos, pues aún no había alcanzado la edad suficiente para tener una cabaña propia y dormía junto con una decena de muchachos más, hijos de Dusika o de alguno de sus cuatro hermanos pequeños —Diemogo, Bo, Da y Mama—, a los que llamaban indistintamente «padre» y bajo cuya común autoridad crecían. Luego fue a sentarse junto a la puerta y miró el rectángulo negro pegado a ella.

La noche abatida sobre Segu.

Ni una estrella en el cielo. Por encima de los tejados en terraza de las cabañas, pegadas unas a otras como animales temerosos, se alzaban las copas de los baobab y las más espigadas de los palmitos. El olor de ostras y de limo del río quedaba atenuado por la brisa nocturna, fresca a pesar de que durante el día había hecho un calor sofocante. Esa clemencia que dispensaba la oscuridad a los cuerpos fatigados era uno de los encantos de aquella ciudad. Siga oía un concierto de ronquidos que empeoraba su insomnio. En alguna parte, un gallo cantó. Pero se trataba de un error de aquella estúpida ave. La noche todavía era joven, estaba rebosante de vigor, poblada de espíritus que finalmente se vengaban de los vivos por haberlos mantenido apartados y trataban de comunicarse con ellos a través de los sueños.

¿Hay países en los que no existe la noche?

¿El país de los hombres blancos tal vez? Como todos los habitantes de Segu, Siga había ido a la orilla del Djoliba para ver al extraño visitante. Pero no había visto nada. Tan sólo un gran tropel. Piraguas tomadas por asalto. Imprudentes debatiéndose en medio de la corriente. ¿Dónde estaría en ese momento el hombre blanco? ¿Habría encontrado un techo bajo el que refugiarse? Un terror supersticioso invadió a Siga. Quizá, después de todo, no fuera un hombre, sino un espíritu maligno. De ser así, el *mansa* había hecho bien no dejándolo entrar en la ciudad. Siga experimentó fugazmente un sentimiento de gratitud hacia el hombre que gobernaba. Después regresó a su estera y se acurrucó sobre ella.

«¡Se ha tirado al pozo! ¡Se ha tirado al pozo!»

El círculo se cierra. El cuerpo frágil. Los pechos puntiagudos. El suave montículo del vientre. El gesto compasivo de la mujer.

Siga se dio cuenta de que había dormido unos instantes, es decir, de que había vuelto a dominarlo su obsesión de las noches. ¿Cuál era preferible? ¡La de las vigiliass! Siga tomó una decisión. Sabía que Nya era la primera en despertar; tras haber rociado y fumigado su cabaña para expulsar a los últimos espíritus que quedaban después del amanecer, se dirigía a la caseta de baños de las mujeres y se lavaba interminablemente con jabón de sen. A continuación, sin buscar la ayuda de sus esclavos, pues le gustaba hacerlo todo ella misma, ponía a cocer *takula*^[26] en el homo de *banco* y preparaba el *degué* para los niños más pequeños.

Esos momentos no eran los indicados para abordarla. Se pondría en cuclillas a la izquierda de su puerta y esperaría a que, tras haber recibido los saludos de todos, decidiera sentarse para tomar la infusión de cañafístula con la que se trataba las migrañas. Se cogió la cabeza entre las manos, rogando a los dioses que lo perdonaran por el dolor que iba a causar.

Los pregoneros reales, deteniéndose en las encrucijadas, anunciaron a todos la destitución de Dusika Traoré, consejero de la corte y miembro del Tribunal real. ¡Hasta donde la memoria de los *segukaw*^[27] podía retroceder, jamás se había visto nada igual! ¡Un noble acusado públicamente de ladrón! La noticia salió de la capital y llegó hasta los pueblos de guerreros en los que a Dusika no le faltaban amigos. Todo el mundo percibió el olor a podrido de la artimaña. ¿Qué impuesto suntuario era ése, igual a la cuadragésima parte de la fortuna en oro y en cauris, que Dusika no había satisfecho? ¿Acaso esa fortuna en oro y en cauris no se la había proporcionado precisamente el *mansa*? ¿Cómo podía estar, entonces, sujeta a imposición? Algunos, en cambio, afirmaban que el *mansa*, que parecía querer degradar a Dusika, en realidad lo trataba con indulgencia. Era culpable de connivencia con el enemigo hereditario de Kaarta, y como tal merecía la muerte.

Esta última explicación no llegó a convencer.

Las causas de la querrela con los bambara de Kaarta se perdían en la noche de los tiempos, ya que ésta se remontaba a las peleas entre los hermanos Niangolo y Barangolo. Con el paso de los años, crecía, sobre todo desde el derrocamiento del clan de los Kulibali de Segu por parte de los Diara. ¿Qué habría ganado Dusika inmiscuyéndose en ella? Los que recordaban que su mujer era una Kulibali, olvidaban el odio existente entre los Kulibali de Segu y los de Kaarta... En medio de esta confusión, habría sido deseable que Dusika se defendiera como un hombre. Sin embargo, no hizo nada.

En cuanto se hizo pública la sentencia que lo expulsaba de la corte, dejó de vérselo por las calles de Segu escuchando a un *diely*^[28] en un cruce cualquiera, encargando unas sandalias a su zapatero preferido, vaciando un calabacino de *dolo* con los hombres de su edad o uniéndose a ellos bajo un *balanza* para charlar, reír o jugar al *wori*.^[29] Y una atmósfera luctuosa había invadido su concesión. Los curiosos que iban a merodear bajo sus muros afirmaban que no se oía nada. Ni el llanto de un niño ni una discusión entre mujeres.

Para Dusika, efectivamente, la noche se había adueñado del mundo. Para siempre. Con los ojos cerrados en la oscuridad de su cabaña, permanecía postrado sobre una estera mientras en su mente se agolpaban siempre las mismas preguntas. ¿Cuándo había descuidado a los dioses y a los ancestros? ¿Cuándo había dejado de ofrecerles una parte de sus cosechas? ¿Cuándo había dejado de rociar los *boli* con sangre? ¿Cuándo se había llevado a la boca un alimento sin saciar primero a la tierra, la madre de todos nosotros? La rabia lo dominaba. No se le podía hacer ningún reproche. La causa de todo aquello era su hijo mayor, Tiekoro, el que debería haber sido su orgullo. Recordaba la tranquila audacia del joven, de pie ante él: «¡*Fa*, te lo

aseguro, no hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta!» ¡Unas palabras peligrosas que habían desencadenado sobre él la furia de los dioses y de los ancestros, desencadenando a su vez la del *mansa*! ¡Un Traoré musulmán! ¡Un Traoré dándole la espalda a los protectores del clan!

No, no eran Samaké y sus acólitos los artífices de su degradación. Ellos eran simplemente el instrumento de una cólera más elevada que su propio hijo había provocado. Dusika gimió y se volvió febrilmente a derecha e izquierda. Luego oyó en el vestíbulo los pasos de Nya. Hubiera deseado que se compadeciese, que lo consolara como a un niño. Pero, si bien velaba por él y lo cuidaba en todo momento, su mirada y su voz dejaban traslucir cierta frialdad y un toque de desprecio, como si le reprochara que se abandonase tanto al desaliento. Nya se quedó de pie en un rincón de la estancia; después dijo:

—Kumaré está aquí y quiere verte.

Kumaré era, además de Nya, la única persona que cruzaba el umbral de su cabaña desde el anuncio de su destitución. Entró, y Dusika trató de ver en su expresión sombría, indescifrable, los signos de su futuro. Lo primero que hizo Kumaré fue echar unos pellizcos de polvo en las cuatro esquinas de la habitación. A continuación se puso en cuclillas y permaneció largo rato inmóvil, como si estuviera a la escucha. Finalmente, se acercó a la estera desde donde Dusika lo observaba, inquieto.

—Traoré, ha costado, pero al final tu padre y tu abuelo han venido a hablar conmigo. Esto es lo que me han dicho: «Dusika, deja que Tiekoro vaya adonde quiere ir.»

Dusika, atónito e incrédulo, consiguió incorporarse:

—¿Eso es todo lo que han dicho?

Kumaré inclinó la cabeza.

—Nada más. Así que deja que vaya a Tombouctou, que toque el suelo con la frente. Pero quisiera saber por qué los ancestros han dicho eso. Voy a seguir interrogándolos, y para hacerlo me retiraré siete días. No permitas que tu hijo se marche de Segu antes de mi regreso.

Tras pronunciar estas palabras, Kumaré se levantó. Las nueces de cola y las plantas adivinatorias que mascaba continuamente coloreaban de rojo el interior de sus labios, dando la impresión de que estaban ensangrentados, así como el blanco de sus ojos, que parecían habitados por el fuego de su fragua. Escupió cuidadosamente una sustancia negruzca en los extremos de la estera y salió. Junto al *dubal* encontró a Nya, que se había retirado por discreción durante su entrevista con Dusika. Ésta le preguntó humildemente, excusándose casi por su audacia:

—¿Qué le sucederá a mi hijo?

—¡Tranquilízate, va a marcharse! —se dignó mascullar Kumaré—. Nuestros dioses no reclaman su vida...

Nya, embargada de felicidad, fue incapaz de decir nada.

Dusika también se sentía dichoso, o al menos aliviado, ya que su padre y su abuelo habían aceptado dejar lo invisible para expresarle su voluntad a Kumaré. El hecho de que se entablara un diálogo significaba que el perdón era posible. Por primera vez en los últimos quince días, tuvo fuerzas para levantarse y salir de la cabaña.

No faltaba mucho para la mitad del día. El cielo de estación seca, semejante a un pareo de índigo completamente nuevo. En el centro, el ramaje de oro del sol. La vida continuaba.

Dusika pensó en su hijo recién nacido, Malobali. Dadas las circunstancias, había sido el mayor de sus hermanos pequeños, Diemogo, quien había presidido la ceremonia del nombre, efectuado los sacrificios junto a Kumaré y recibido a parientes y visitantes. Por eso se sintió un poco culpable y se dirigió a la cabaña de Sira.

Como el período de retiro ritual había terminado, se hallaba en el umbral con el niño en brazos. Al ver sus formas de nuevo esbeltas, sus hombros redondeados, su piel clara y brillante de peul, Dusika se sintió invadido por el deseo. Intentando que no se le notara, miró a su hijo. Le habían cortado el sedoso pelo, dejando una franja en el centro que iba de la frente a la nuca. Sus ojos rasgados, con los párpados oscurecidos con antimonio, poseían el mismo brillo que los de su madre, y la forma de sus altos pómulos tenía algo que recordaba indiscutiblemente su origen peul.

«¡Demasiado guapo! —pensó Dusika—. Sólo una mujer tiene derecho a tanta belleza...»

Estrechó el cuerpecito contra sí y luego, apartándolo, lo sujetó por los pies, cabeza abajo, para comprobar la flexibilidad de sus músculos. Sira protestó débilmente:

—Acaba de mamar, *koké*...

Pero Malobali no vomitó ni lloró, y su mirada chispeante iba de derecha a izquierda, como si tratara de comprender lo que de repente había invertido el orden del universo a su alrededor. Sería un muchacho aguerrido, dotado de curiosidad por los seres y las cosas. Dusika se lo entregó a su madre.

Un hijo llega, un hijo se va. La vida es la tira de algodón que sale del telar, tumba de la resurrección, cámara nupcial y matriz prolífica.

Dusika no había visto a Sira desde el parto y le habría gustado que comentara los terribles acontecimientos que se habían abatido sobre él. Pero ella guardaba silencio, con la cabeza ligeramente vuelta para no encontrar su mirada.

—¿Qué piensas de lo que le está ocurriendo a nuestra familia? —le preguntó.

—No es mi familia —repuso ella mirándolo a la cara.

—Es la de tu hijo...

—No es la mía-insistió Sira, desafiante.

Tenía razón. Dusika sintió vergüenza de sí mismo, allí, de pie, mendigando el amor de una cautiva. ¿Quién se preocupaba de él en la concesión? Nadie. Ni Nya ni

Sira, y sus compañeras no contaban, ya que no le otorgaban ningún valor. Abatido, regresó a su cabaña.

Nya, por su parte, había ido directamente al patio donde vivían los jóvenes de la familia. Tiekoro, que, lejos de intentar pasar inadvertido, ahora hacía gala de sus convicciones religiosas, estaba sentado en el umbral de una de las cabañas y trazaba signos en una tablilla, rodeado de un círculo de curiosos.

Nya se estremeció: ¡su hijo se había convertido en un mago de una clase especial! ¿Cómo se había producido esa metamorfosis? Y sin que ella se percatara... Una especie de terror sagrado reforzaba el amor ciego que siempre había sentido por él, como primogénito que era.

Tiekoro le señaló los signos que cubrían la tablilla.

—¿Sabes qué he escrito aquí?

Nya, naturalmente, no respondió.

—He escrito el divino nombre de Alá.

Nya agachó la cabeza, convencida de su ignorancia y de su indignidad. Sin embargo, Tiekoro no actuaba así para humillar a su madre, ni mucho menos. No hacía más que expresar la desbordante felicidad que sentía por no seguir ocultando su fe, por ver abrirse como un abanico de estrellas las cuatro letras sagradas: alif, lam, lam, ha.^[30]

Tiekoro recordaba las vacilaciones de su mano y las burlas de su maestro. Al-Hayy Ibrahim no le pegaba como a los niños moros o somono del colegio, cuyo cuerpo quemaba también con tizones cuando le irritaban demasiado sus errores recitando los versículos del Corán. No, lo que hacía con él era burlarse.

«¡Bambara! ¡Nunca serás más que un vil adorador de fetiches! ¡Un bebedor de *dolo!*»

«¡Vete a sacrificar pollos!»

Entonces Tiekoro apretaba los dientes, maldiciendo sus dedos entumecidos, torpes, y su escasa memoria. «Palabra venida de Dios, tú penetrarás en mí. Convertirás mi cuerpo en un templo.» Al finalizar un recitado perfecto, Al-Hayy Ibrahim le dedicaba una sonrisa, y él se llevaba esa sonrisa consigo a la concesión. Iluminaba sus veladas, sus noches, y le daba fuerzas para continuar estudiando.

Nya puso una mano sobre la de su hijo y murmuró:

—Tiekoro, Kumaré acaba de decirme que irás a Tombouctou. Los ancestros te abren el camino.

Madre e hijo se miraron. Tiekoro quería a su madre. A decir verdad, siempre había pensado en ella como en una parte integrante de sí mismo. Ella era el armazón de su ser y de su existencia. Él sabía que su adhesión al islam amenazaba con separarlos y eso le hacía sufrir. No lo aceptaba. Sin embargo, la realidad estaba ahí. Iba a dejarla. A vivir lejos de ella. ¿Durante cuántos años? Así pues, al enterarse de esa noticia que debería haberlo llenado de alegría, sus ojos se inundaron de lágrimas.

Palabras de perdón afloraron a sus labios, al tiempo que lo invadía una profunda exaltación.

Se levantó de un salto para ir a informar a su maestro.

Kumaré montó en una barca de paja y remó hacia una pequeña isla situada en medio del río.

Estaba anocheciendo, pues el trabajo que iba a hacer exigía oscuridad y secreto. Al verlo embarcar, los últimos pescadores somono volvieron prudentemente la cabeza, pues conocían a aquel temible forjador-fetichero y sabían que lo que iba a ocurrir no era de la incumbencia del común de los mortales. A medida que Kumaré remaba, la oscuridad engullía las murallas de Segu, sobre la cual bandadas de buitres, inmóviles, apretaban las alas, confundándose con las enormes estacas clavadas en ella. Al pie, en la playa rocosa, se dibujaban unas formas confusas. Como estaba refrescando, Kumaré ciñó en torno a sus hombros la piel de carnero que llevaba para protegerse de las variaciones de temperatura, sacó de un cuerno de antílope un poco de rapé y lo aspiró. Después siguió remando.

Llegó enseguida. Tras ocultar la barca entre las cañas, se dirigió al montículo sobre el que se alzaba un refugio de paja parecido al de los pastores peul, aunque nadie lo habría confundido con uno de ellos. Se sabía que era el templo de temibles diálogos con lo invisible.

Kumaré llevaba tres días sin tener relaciones sexuales con sus mujeres, ya que temía dispersar su fuerza vertiendo su semen. Asimismo, mascaba *daga*, que proporciona clarividencia. Inmediatamente se puso a buscar entre las plantas que crecían alrededor de la cabaña las que necesitaría para sus trabajos.

Le esperaba una dura tarea. La familia de Dusika parecía tener reservada una masa informe de trastornos y duelos. ¿Cuál era la causa? ¿La conversión del hijo mayor al islam? En tal caso, ¿por qué los dioses y los ancestros aceptaban que se fuese a Tombouctou? ¿Se trataba de un ardid? ¿De un medio más temible aún de acabar con Dusika? ¿Qué tormentas pensaban desencadenar sobre su cabeza?

Kumaré metió en un pequeño calabacino unas cortezas tiernas de cidro y unos pelos de facóquero, y vertió encima unas gotas de sangre menstrual de una mujer que había abortado siete veces. Luego añadió polvo de corazón de león seco, murmurando las palabras rituales:

*Ke korte, padre, ancestro
que estás en la región subterránea,
tú me ves, completamente ciego,
ke korte, préstame tus ojos...*

Puso con cuidado la pasta obtenida sobre una hoja de baobab, dobló ésta en cuatro y se la comió. Después se tendió sobre el suelo desnudo y pareció dormirse.

En realidad, había caído en trance. Dejando allí su cuerpo humano, su espíritu viajaba por la región subterránea.

Ese viaje duró siete días y siete noches. Pero el tiempo de los humanos y el de la región subterránea no se miden igual. En tiempo de los humanos, el viaje de Kumaré sólo duró tres días y tres noches.

Y durante esos tres días y tres noches, en Segu continuaba la vida. Las flotillas de piraguas civiles y militares que subían y bajaban por el Djoliba, cargadas de pasajeros, mercancías y caballos, rivalizaban en velocidad con los bancos de peces migratorios. Los asnos con los que se transportaban las mercancías trotaban dócilmente hasta los distintos mercados. Ya no se hablaba del hombre blanco, pues había otras preocupaciones y otros temas de conversación. ¡El islam!

¡Ahora golpeaba a una de las mejores familias del reino! Al parecer, el hijo mayor de Dusika Traoré había sido convertido por el imán de la mezquita de la Punta de los somono. Por un acuerdo tácito, hasta entonces aquella gente no hacía proselitismo entre los bambara. Puesto que ellos habían roto esa regla, el *mansa* debía intervenir y asestar un gran golpe. Cerrar todas las mezquitas, expulsar a todos los que osaban proclamar la obscena profesión de fe: «¡No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta!»

Sin embargo, en vez de actuar, Manson vacilaba.

Manson vacilaba porque era consciente de que el reino de Segu se parecía cada vez más a un islote, rodeado de países conquistados por el islam. Y la nueva fe no presentaba sólo inconvenientes. Para empezar, sus signos cabalísticos tenían tanto efecto como muchos de los sacrificios. Los *mansa* de Segu contaban desde hacía generaciones con los morabitos de las familias somono —Kane, Dyire, Tyero—, que eran capaces de resolver sus problemas tan bien como los sacerdotes-feticheros. Por otra parte, esos signos permitían mantener y consolidar alianzas con pueblos muy lejanos y creaban una comunidad moral a la que resultaba beneficioso pertenecer. Al mismo tiempo, el islam era peligroso porque minaba el poder de los reyes, depositando la supremacía en manos de un dios único y supremo, absolutamente ajeno al universo bambara. ¿Cómo no desconfiar de ese Alá cuya ciudad se encontraba en algún lugar situado al este?

Al finalizar su viaje por la región subterránea, Kumaré se despertó con los oídos zumbándole aún por el tumulto que allí reinaba. Gemidos de los espíritus olvidados por sus descendientes, que no realizaban los sacrificios y las libaciones necesarios. Lamentos de espíritus que intentaban reencarnarse en cuerpos de niños varones y no lo conseguían. Gritos de cólera de los espíritus irritados por esos crímenes odiosos que los humanos cometen sin parar. Fue a coger las raíces que había dejado en un calabacino. Picadas y masticadas, le permitirían reintegrarse en el mundo de los humanos.

Finalmente veía con claridad el futuro de los Traoré. La apacibilidad de los dioses y los ancestros hacia Tiekoro sólo era aparente. Los esfuerzos conjugados de los

numerosos enemigos de Dusika los habían vuelto sordos a todas las plegarias, insensibles a todos los sacrificios. Las cosas iban muy mal para Dusika y el trabajo denodado de Kumaré no había podido más que limitar los daños.

Cuatro hijos —Tiekoro, Siga, Naba y el recién nacido, Malobali— debían ser considerados rehenes, chivos expiatorios maltratados a voluntad por el destino con objeto de que no pereciera toda la familia. Cuatro hijos de veinte: Tiekoro, Siga, Naba y Malobali. Después de todo, Dusika salía bastante bien parado.

No obstante, Kumaré estaba consternado. Los espíritus de los dioses y de los ancestros no se lo habían ocultado. No se podía hacer nada contra el nuevo dios, ese Alá cuya fe el pequeño Tiekoro había abrazado. Sería como una espada. En su nombre, la sangre inundaría la tierra. El fuego crepitaría en los recintos. Pueblos pacíficos empuñarían las armas. El hijo le daría la espalda al padre. El hermano, al hermano. Otra aristocracia nacería, al tiempo que se tejerían nuevas relaciones entre los humanos.

Estaba amaneciendo. Espirales grisáceas se dispersaban por las cuatro esquinas del cielo, contra el que se recortaba la arrogante silueta de los palmitos. Hombres y animales despertaban, desprendiéndose de los miedos nocturnos. Los primeros escrutaban sus sueños. Los otros pasarían horas sumidos en el terror. Kumaré, pensativo, se dirigió hacia el río. Se metió en el agua fría, cuyo contacto le hizo estremecerse, y se zambulló. El agua del Djoliba, sede favorita del dios Faro. El agua esencial. El niño toma forma y vida en el agua del vientre de su madre. El hombre se regenera cada vez que vuelve a estar en contacto con ella. Kumaré nadó largo rato siguiendo la corriente. Los cocodrilos y los animales acuáticos se apartaban al percibir su poder. Luego regresó a la orilla y montó en la barca para volver a Segu.

¿Llegarían tal vez Alá y los dioses de los bambara a un acuerdo? Estos últimos dejarían que el orgulloso recién llegado ocupara el primer plano de la escena. Ellos trabajarían en la sombra, pues no era posible que fuesen totalmente derrotados. Makungoba, Nangoloko, Kontara, Bagala... grandes fetiches del reino, honrados todos los años con deslumbrantes ceremonias, no podían ser despreciados, olvidados, o entonces Segu dejaría de ser Segu. Sería una cortesana sometida a un vencedor, una cautiva...

En la ribera gris del Djoliba, sembrada de conchas de ostras gigantes, unas mujeres cogían agua con calabacinos. Unos esclavos se alejaban en fila, ordenadamente, bajo la dirección de un jefe. Todas aquellas personas evitaron cuidadosamente mirar al fetichero, pues no es prudente medirse con un maestro del Komo. Quién sabía si, irritado, no pondría en movimiento a esas fuerzas que provocan esterilidad, muerte violenta o epidemias. De modo que el fetichero sólo veía miradas gachas, ojos cerrados, expresiones furtivas y temerosas. No tardó en avistar la concesión de Dusika. Estaba impaciente por transmitirle las órdenes del más allá: «Sí, tu hijo Tiekoro debe partir. Pero debe ir acompañado de su hermano Siga. Siga y Tiekoro son los dos soplos opuestos de un mismo espíritu. El uno no

posee identidad sin el otro. Sus destinos son complementarios. Los hilos de su vida están tan mezclados entre sí como los de la tira de algodón que sale del telar.»

Cuando Kumaré entró en el primer patio, todavía desierto dado lo temprano de la hora, Tiekoro surgió de entre las cabañas. Sin duda iba a la primera plegaria, pues se oía la voz lejana del muecín en alguna parte, por encima de los tejados en terraza. Tiekoro se detuvo, visiblemente asustado. Kumaré nunca le había prestado una atención especial a aquel muchacho, que para él no se diferenciaba de los demás vástagos de la concesión. Le había cortado el prepucio con su cuchillo, pero en aquella ocasión, viéndolo apretar los dientes para no gritar, no le había parecido más valiente que los demás. Sin embargo, de repente descubría en sus rasgos todavía infantiles audacia e inteligencia, unidas a los signos de una sorprendente exigencia interior. ¿Qué fuerza había empujado a aquel adolescente hacia el camino del islam? ¿De dónde había sacado valor para apartarse de prácticas reverenciadas por su familia y su pueblo? Imposible imaginar ese combate solitario.

Tiekoro miraba a Kumaré y, poco a poco, su miedo iba desapareciendo. En lugar de una forma temible, tenía ante los ojos simplemente a un hombre de edad madura, casi un anciano, de barba lacia e hirsuta, que llevaba alrededor del cuerpo cabezas de pájaro, cuernos de cierva envueltos en tela roja, rabos de vaca y una piel de carnero grisácea: un auténtico espantajo. Con sosegada altivez, lo saludó:

—*As salam aleykum.*^[31]

A la salida de Segú se extiende el desierto.

La tierra es ocre y ardiente. La hierba, cuando llega a crecer, es amarillenta. Pero en general cede el puesto a una costra pelada y pedregosa de la que sólo se nutren los baobab, las acacias y los árboles de karité, símbolo de toda la región. De vez en cuando brota del suelo, como una muralla que cortara el camino hacia el horizonte, un precipicio que cae a plomo sobre el plano desnudo de la llanura circundante, a la vez montaña y ciudadela en la que se atrincheran los dogon. Todo se inclina ante el harmatán cuando sopla con fuerza, empujando a los peul y sus rebaños cada vez más lejos en dirección a los puntos de agua. Luego la piedra desaparece, vencida por la arena, salpicada aquí y allá de gramíneas de granos acerados como agujas. Hasta donde alcanza la vista se extienden grandes llanuras de un blanco tirando a amarillo, bajo un cielo rojo claro. Ni el trino de un pájaro. Ni el rugido de una fiera. Se diría que nada vive fuera del río que se deja ver en algunos lugares, como un espejismo provocado por la soledad y el pavor.

Y sin embargo, para su propia sorpresa, Siga y Tiekoro se enamoraron de aquellos paisajes áridos que no se preocupan de lo humano. Cuando Tiekoro se prosternaba entre los moros de la caravana en dirección a La Meca, se sentía lleno de Dios, inundado de su presencia ardiente como el viento. En cuanto a Siga, experimentaba una sensación de paz desconocida hasta entonces para él, como si el fantasma de su madre aceptara quedarse en el sudario. Y los dos hermanos se hallaban de repente juntos, unidos como viajeros en una balsa.

Cuando entraron en Tombouctou, ésta no era sino una cautiva que recordaba un pasado de esplendor. Siglos atrás, había sido con Gao el florón del Imperio songay, todavía llamado Imperio del oro y la sal. El Imperio songay había acabado con el de Malí arrebatándole las provincias del norte, a fin de controlar el oro de Bambuk y de Galamo. El comercio garantizaba su prosperidad. Pero no sólo el comercio de esclavos en dirección al Mogreb, como Segú, sino también el de cola, oro, marfil y sal. Caravanas armadas para defenderse del pillaje practicado por los moros y los tuareg partían hacia el «mar sahariano». El mar sahariano del que, en fin de cuentas, vendría el peligro y más tarde la ruina. En el siglo XVI, los marroquíes del sultán Mulay Ahmed, deseosos de apoderarse de las salinas y las minas de oro, habían destruido por completo el Imperio songay antes de entregárselo a sus descendientes, a los hijos que habían tenido con las mujeres de los *armas*, la aristocracia local. Tras esta conquista, Tombouctou, loada por tantos eruditos y viajeros como si se tratase de una mujer, o como un peul su rebaño de vacas, ya no era sino un cuerpo sin alma. Con todo, a Siga y Tiekoro no les pareció un lugar totalmente desprovisto de encanto.

Los dos muchachos y sus mentores entraron por el barrio de al-baradiou, que servía de caravanera para los viajeros, sobre todo para los que venían del Mogreb. Después se separaron de estos últimos, pues los moros sólo pensaban en descansar antes de recoger sus mercancías, encargar más y emprender el camino de regreso. No tardaron en llegar al *madugu*, es decir, el palacio construido por el *mansa* Mussa a su vuelta de La Meca. No sabían nada de la historia de la ciudad y no se atrevían a preguntar a los transeúntes, principalmente a los tuareg, imponentes con sus pesados *bubus*^[32] de índigo, sus turbantes y sus *litham*,^[33] sus sables de doble hoja y guarnición en forma de cruz y sus puñales sujetos a la muñeca mediante un ancho brazalete de cuero. Fueron a parar al mercado de carne, siniestro espectáculo con sus cuartos de buey o de cordero totalmente cubiertos de moscas. Unos musulmanes, reconocibles por sus ropas y por llevar el cráneo afeitado, asaban piernas de cordero sobre travesaños de madera.

De los dos jóvenes, el que se sentía más decepcionado era Tiekoro, pues al-Hayy Ibrahim, su maestro de Segu, le había hablado tanto de aquella ciudad, «residencia habitual de los santos y los hombres piadosos, cuyo suelo jamás había sido mancillado por el culto de ídolos», que se esperaba un lugar paradisíaco. En realidad, Tombouctou no era más hermosa que Segu. Pero, sobre todo, a Tiekoro le hacía sufrir el anonimato en el que vivía desde que habían perdido de vista las murallas de su ciudad natal. Para todo el mundo, él no era más que un bambara, perteneciente a un pueblo tal vez poderoso, pero que no gozaba de buena reputación y era considerado sanguinario e idólatra. Cuando se enteraban de que iba a estudiar teología a la universidad de Sankoré, se echaban a reír: «¿Desde cuándo se dedican los bambara al estudio y al islam?» O bien se burlaban de sus escasos conocimientos de árabe, del que al-Hayy Ibrahim sólo había podido enseñarle unos rudimentos en las clases que daba en Segu.

Tiekoro se volvió hacia Siga, de pie sobre la arena, aterrorizado por dos tuareg que a decir verdad no le prestaban ninguna atención. ¡Con cuántos pueblos se habían relacionado los dos hermanos durante aquel viaje! Primero con los bozo y los somono, a los que ya conocían, pescadores que vivían prácticamente en el lecho del río y se llamaban a sí mismos «señores del agua». Después con sarakolé, «señores de la tierra», grandes cultivadores que repartían por sus campos de algodón, de tabaco y de índigo pequeños espantapájaros clavados en gruesos palos ahorquillados; con dogon, temerosos y feroces a la vez, que salían en grupos de sus casas excavadas en las paredes de los peñascos o alojadas en sus cavidades; con malinké, señores comerciantes que vivían anclados en el recuerdo del gran imperio de Malí fundado por sus antepasados, negándose a admitir su decadencia, ya que era un simple vasallo de Segu. Y por doquier, con peul musulmanes o fetichistas, pero en cualquier caso llenos de desprecio por los demás pueblos, y con árabes dedicados a guiar interminables caravanas de camellos...

Al-Hayy Ibrahim le había entregado a Tiekoro una carta para su amigo al-Hayy Baba Abu, gran erudito musulmán de Tombouctou, pidiéndole que ayudara a aquel muchacho procedente de una familia fetichista, que había encontrado totalmente solo el camino del verdadero Dios.

Tras vagar interminablemente, Tiekoro y Siga llegaron al barrio Kisimo-Banku, al sur de la ciudad. Al-Hayy Baba Abu vivía en una preciosa casa de tierra batida como las de Segú. Pero no estaba recubierta, como en Segú, de un barniz rojizo mezclado con aceite de karité, sino enlucida con caolín. Tampoco ofrecía a la calle una fachada impenetrable, con una sola puerta. Estaba rodeada por un muro muy bajo, de forma que desde fuera se veía lo que pasaba dentro. El primer piso terminaba en una terraza en la que se hallaban tumbadas unas jóvenes que rompieron a reír al ver acercarse a los extranjeros. ¡Y a buen seguro que no debían de tener muy buen aspecto después de tantas noches pasadas en rudimentarios albergues de camino, lavándose apresuradamente la boca con el agua de un odre de piel de cabra y felices cuando la proximidad del río les permitía darse un baño! ¡No debían de imaginarse que se trataba de muchachos bien nacidos cuya genealogía cantaban los griots!

Tiekoro llamó a la puerta utilizando el bonito picaporte de cobre en forma de mano cerrada. Al cabo de un instante la abrió un joven delgado, vestido con un caftán de un blanco inmaculado.

—*As salam aleykum!* —dijo fríamente, con una actitud y una mirada arrogantes que desmentían el sentido de sus palabras.

Tiekoro se explicó lo mejor que pudo y a continuación extrajo de las profundidades de sus ropas la preciosa carta que había llevado celosamente guardada durante meses. El joven la cogió con cara de asco y dijo:

—Al-Hayy Baba está durmiendo. Tendréis que esperar.

Acto seguido cerró la puerta. Tiekoro y Siga se sentaron en un ancho banco de tierra batida, delante de la casa.

«El huésped es un presente de Dios.» Esta frase de al-Hayy Ibrahim de Segú no cesaba de acudir a la mente de Tiekoro mientras esperaba allí al sol, al lado de su hermano, observados ambos por los transeúntes. También recordaba cómo trataba su padre a los extranjeros, y que Nya los conducía a la cabaña de los visitantes y ordenaba que les llevaran agua caliente para bañarse antes de servirles una copiosa comida. Y si tenían que pasar la noche, se les ofrecía una mujer a fin de que pudieran satisfacer sus deseos. ¡Nada menos parecido a esa cortesía que el trato que se les estaba dispensando!

Al cabo de un rato interminable, al-Hayy Baba Abu terminó su siesta y apareció en la calle. Era un hombre alto, de tez muy clara que revelaba la presencia de sangre árabe y rostro de asceta. Llevaba la cabeza rapada al cero y en torno al cuello un *hayk* de fina seda blanca, y vestía una larga túnica de un estilo que Tiekoro y Siga no habían visto nunca.

—Sois dos —observó, tras un rápido intercambio de saludos—, y en la carta sólo se habla de un estudiante.

—El estudiante soy yo —farfulló Tiekoro—. Él es mi hermano y me acompaña.

—Si no es estudiante, y sobre todo si no es musulmán, no puedo albergarlo —dijo al-Hayy en tono categórico—. Tú, sígueme.

¿Qué hacer? Cuando su anfitrión abrió la puerta, Tiekoro, amedrentado, no pudo sino obedecer. Y Siga se encontró solo en aquella estrecha calle de una ciudad desconocida. Oyó de nuevo las risas de las muchachas por encima de su cabeza. ¿De qué se burlaban? ¿De sus trenzas? ¿De los amuletos que llevaba atados a los brazos y alrededor del cuello? ¿Del aro que le colgaba de una oreja?

Durante el viaje, los moros que guiaban a los dos hermanos, aunque amigables en general, habían bromeado sobre su forma de vestir, sus dientes limados y sobre todo sobre el color de su piel. Si bien Siga no se rebelaba tan violentamente como Tiekoro contra esas bromas, tampoco las comprendía. ¿Acaso no era hermoso ser negro, tener la piel fina y brillante, resbaladiza en las articulaciones, llevarla bien untada con manteca de karité?

Las burlas de aquellas jóvenes desconocidas le indignaron, y ese sentimiento se sumó a la soledad y la desesperación que lo invadían. ¿Qué iba a ser ahora de él en aquella ciudad donde no conocía a nadie?

¿Qué había ido a hacer allí? Acompañar a Tiekoro. ¿Y por qué? ¿Por qué lo habían convertido en el sirviente, casi el esclavo de su hermano? ¿Qué poco se había preocupado éste de él al seguir sin una palabra de protesta a su anfitrión! ¿No habría podido decir: «¡Imposible! Es mi hermano»? ¡No, lo había abandonado!

¿Qué diría la familia cuando se enterase? Claro que, ¿cómo iba a informarla de lo ocurrido? Siga se vio perdido, muerto tal vez, a jornadas de marcha de los suyos. Luego se rehízo y decidió buscar a los moros que los habían guiado, es decir, volver a la caravanera.

Como el barrio de Albaradiou se encontraba en el extremo norte de la ciudad, la distancia desde Kisimo-Banku hasta allí era considerable. Cuando Siga la hubo recorrido y llegó ala caravanera, empezaba a anochecer. El calor tórrido que había reinado todo el día, como si en algún lugar un incendio abrasara la arena y las piedras, había cesado. Pero, por más que miró en todas partes, no encontró ni rastro de los tres moros; por más que preguntó a otros caravaneros, tumbados junto a sus tiendas, ocupados con la interminable ceremonia del té verde, no obtuvo información alguna sobre ellos. Nadie los había visto. Nadie sabía qué dirección habían tomado ni lo que habían hecho de sus camellos. ¡Parecían haberse volatilizado! Siga le dio vueltas y más vueltas a esa desaparición. ¿No serían aquellos tres moros espíritus que obedecían las órdenes de los ancestros para llevar a buen puerto a los hijos de Dusika? ¿No era misteriosa la forma en que este último los había encontrado en el mercado de Segu? Siga trató de recordar algún detalle que corroborase el carácter sobrenatural de aquellos hombres, pero no encontró ninguno. Habían comido, bebido

y reído como humanos. Pero ¿no era precisamente privilegio de los espíritus engañar a los hombres?

¿Qué debía hacer? ¿Regresar a Segu? ¿Cómo? Siga se sentó sobre la arena. Mientras estaba allí, con la cabeza entre las manos, un muchacho de su edad se acercó a él y le preguntó:

—¿Hablas árabe?

Siga hizo un gesto para indicar lo exiguo de sus conocimientos en ese terreno.

—¿Y diula?^[34]

—Esa lengua se parece mucho a la mía.

—¿Dónde está el muchacho que te acompañaba esta mañana?

Siga se encogió de hombros. No tenía ningunas ganas de hablar de los sinsabores que le había causado su hermano. El desconocido se sentó a su lado y le puso familiarmente una mano en el hombro.

—Entiendo. Te ha abandonado y te encuentras solo aquí. Déjame que te dé algunos consejos.

Siga le apartó la mano con gesto huraño.

—Dime primero cómo te llamas —dijo.

El muchacho sonrió misteriosamente.

—Llámame Ismael... Oye, aquí no llegarás a ninguna parte si no eres musulmán. No puedes ni imaginarte cómo es la gente en esta ciudad. Si no rezas la plegaria cinco veces al día y no vas el viernes a la mezquita, para ellos eres menos que un perro. Te negarían hasta la comida si llegara a faltarte.

—No quiero hacerme musulmán —masculló Siga.

Ismael se echó a reír.

—¿Y quién te dice que te hagas musulmán? Basta con que lo parezcas. Córdete las trenzas, tira esos colgajos...

¿Tirar aquellas protecciones, algunas de las cuales llevaba desde su nacimiento y otras habían sido prendidas en su cuerpo tras la circuncisión, por no mencionar las que le había entregado Kumaré antes de partir de Segu para que lo amparasen en aquel país extranjero?

—Pues escóndelos —dijo Ismael, riendo de nuevo—. Haz lo mismo que todos. ¡Si supieras lo que esos grandes eruditos ocultan bajo el caftán! Di que te llamas Ahmed, evita beber en público, y los engañarás.

Siga lo miró con desconfianza.

—¿Y de qué me servirá eso?

—Si sigues mis consejos, puedo conseguir que empieces a trabajar mañana mismo. Yo soy arriero. Te presentaré al *ara-koy*...^[35] Es un buen oficio. Dentro de dos meses, tendrás lo suficiente para volver a tu casa. O para ir a otro sitio, si lo prefieres...

Siga hizo un gesto negativo con la cabeza. No le apetecía nada ser arriero, ocuparse de animales tercos y sucios. Se levantó y comenzó a alejarse, pero la voz

burlona de Ismael lo detuvo:

—Ni siquiera tienes donde dormir esta noche. ¿Sabes que los *hakim*^[36] se llevan a todos los que pasan la noche al raso, sobre todo cuando tienen la pinta que tienes tú?

Al-Hayy Baba Abu pertenecía a la familia del célebre jurisconsulto Ahmed Baba, cuya reputación se había extendido a través del Mogreb hasta Bugía y Argel. Él mismo era un erudito, autor de un tratado de astrología y de un libro sobre las diferentes castas sudanesas. Por todas estas razones, en varias ocasiones habían intentado convencerlo para participar en intrigas políticas. Pero él se negaba y vivía —holgadamente, eso sí— del fruto de su escuela coránica de ciento veinte alumnos, a los que preparaba para ingresar en las tres grandes universidades de la ciudad. Mientras cursaba estudios en Marrakech se había casado con una marroquí; luego, de regreso en Tombouctou, con una songay de origen servil para demostrar que, como su antepasado Ahmed Baba, condenaba esa «calamidad de la época» que era la esclavitud. Era un hombre despreciativo e impaciente, a quien sus elevados principios y su constante temor de Dios no hacían más indulgente ante las debilidades humanas. Encomendó a Tiekoro a su secretario, Ahmed Ali, con estas palabras poco caritativas:

—Encárgate de que se dé un baño. ¡Apesta!

En realidad, Tiekoro olía simplemente a la manteca de karité con la que se untaba abundantemente el cuerpo, al igual que todos los habitantes de Segu. Al-Hayy Baba Abu no estaba precisamente entusiasmado con la llegada de aquel muchacho tan tosco e ignorante. Sin embargo, no podía desairar a su amigo al-Hayy Ibrahim, que insistía en la importancia de reclutar alumnos procedentes de familias fetichistas, a fin de que éstos convirtieran a su vez a sus respectivas familias. En este punto, él no estaba de acuerdo, pues precisamente a causa de esos conversos el islam se había vuelto tan impuro y estaba tan mezclado con prácticas mágicas que ofendía a Dios.

Mientras esperaba en una esquina del patio, Tiekoro pensaba en Siga. ¿Qué haría? Solo, sin parientes, sin amigos. Sin oro ni cauris. Sin embargo, estaba demasiado preocupado por su propia situación en aquella morada, donde cada objeto y cada rostro le daban a entender sutilmente que no tenía que apiadarse de nadie más que de sí mismo. De pronto irrumpieron en el patio media docena de jóvenes vestidos con idénticos caftanes marrón oscuro, e inmediatamente media docena de pares de ojos intrigados se posaron sobre Tiekoro. Con misteriosa ironía, Ahmed Ali hizo las presentaciones:

—Vuestro nuevo condiscípulo, Tiekoro Traoré.

Uno de los muchachos arqueó las cejas.

—¿Tiekoro?

Ahmed Ali sonrió.

—Vuestro condiscípulo viene de Segu.

Afortunadamente, en ese momento los criados llevaron agua y una gran fuente de cuscús de mijo con carne de cordero. Todo el mundo se sentó en círculo y durante un rato no hubo más que viajes de la mano de la comida a la boca. Pese al hambre que lo

atenazaba, Tiekoro apenas se atrevía a saciarla. ¿Qué se le reprochaba? ¿Su origen étnico? ¿Ere ése el rostro del islam? ¿Acaso no dice que todos los hombres son iguales entre sí, como las púas de un peine?... Después de comer, sus compañeros se enzarzaron en una conversación pedante relativa a un manuscrito de Ahmed Baba que databa de 1589, es decir, un año antes de la conquista del Imperio songay por los marroquíes. Tiekoro estaba convencido de que aquella exhibición de saber no tenía otro objeto que impresionarlo, y esta intuición le fue confirmada cuando uno de los jóvenes se volvió hacia él para preguntarle:

—¿Qué opinas tú de ese texto? ¿No te parece que no guarda relación con las cuestiones políticas de su época?

Tiekoro tuvo el valor necesario para levantarse y decir con sencillez:

—Permitid que vaya a acostarme. Hasta ayer he estado durmiendo al raso...

La habitación que le habían asignado era pequeña, pero de techo muy alto, y estaba decorada con una gruesa alfombra de lana. La cama consistía en cuatro estacas clavadas en el suelo, sobre las cuales estaba tensada una piel de buey cubierta con una gran manta, un tanto áspera, de piel de camello. Tiekoro la encontró muy cómoda. Pese a su abatimiento y su humillación, se durmió de inmediato.

A buen seguro que si hubiese oído los comentarios jocosos que se hicieron nada más volver él la espalda, no habría conciliado el sueño con tanta facilidad. Los alumnos de al-Hayy Baba Abu procedían de las familias principescas de Gao y las grandes familias de Tombouctou. Desde hacía generaciones, sus padres, consejeros y compañeros de los *askia*, se rapaban la cabeza y se inclinaban ante Alá. Sus bibliotecas albergaban centenares de manuscritos en árabe, redactados por parientes eruditos sobre los temas más diversos: jurisprudencia, exégesis coránica, fuente de la ley... En Tiekoro, no sólo despreciaban el «fetichismo» o el «politeísmo», como ellos decían, sino una cultura no escrita que, por ello, les parecía menos prestigiosa que la suya y el olor de la tierra que sus padres jamás habían cultivado. Tan solo uno salió en su defensa: Mulay ‘Abd Allah, cuyo padre ejercía de cadí, es decir, de juez. Era un muchacho profundamente creyente y un tanto místico, a quien la arrogancia de sus compañeros afligía. Decidió tomar a Tiekoro bajo su protección, ayudarlo en sus estudios a fin de evitar que se desanimase. ¿No era ése el medio de reunirse con Alá en Su Casa Sagrada? Pasó la noche exaltado pensando en esa tarea, y por la mañana, cuando Tiekoro hubo acabado sus abluciones y su primera plegaria, lo encontró de pie en el patio esperándolo. Mulay ‘Abd Allah sonrió graciosamente:

—Nuestro maestro quiere verte. Después, como esta mañana no tengo clase, te llevaré a visitar la ciudad, si quieres...

Tiekoro aceptó apresuradamente y entró en la casa. La decoración lo dejó atónito. En Segu, las casas estaban prácticamente vacías; sólo había esteras, taburetes y jarras de tierra cocida para el agua fresca. Aquí, el suelo estaba totalmente cubierto de alfombras. Pero lo que más impresionó a Tiekoro fueron los cortinajes colgados de las paredes. Uno de ellos era de brocado en el que alternaban la seda y el oro, con

rombos que enmarcaban un delicado motivo floral. Otro presentaba un fondo liso de seda azul turquesa, sobre el que destacaban estrellas floreadas. Al-Hayy Baba Abu estaba sentado en un diván bajo, cubierto con una gruesa colcha tan blanca como su caftán y sus babuchas. Tenía un libro en las manos, finas, de color marfil, ligeramente más claras que su rostro de barba sedosa, abierta en el mentón. Le indicó a Tiekoro que se sentara frente a él.

—Ayer no hablamos de ciertas cosas. Es evidente que con tu nivel de conocimientos de lengua árabe y de teología no te admitirán en la universidad, así que asistirás a las clases de mi escuela coránica. Uno de tus condiscípulos, Mulay ‘Abd Allah, ha aceptado ayudarte. Queda por aclarar con qué medios cuentas para pagar tu escolarización.

—Tengo cincuenta mitcal de oro... —farfulló Tiekoro.

Al-Hayy Baba pareció quedarse estupefacto.

—¿Dónde tienes ese oro? —preguntó.

Tiekoro revolvió una vez más entre las profundidades de sus vestiduras y extrajo un pequeño odre de piel de cabra.

—Mi padre me dio esto antes de partir —explicó—. Temía, pues cuentan que esas cosas suceden, que algún moro nos llevase como esclavos, a mi hermano y a mí, a Berbería. En tal caso, habríamos podido negociar nuestra libertad...

Por primera vez, una sonrisa iluminó el semblante austero del maestro, que se apoderó con presteza del odre. En ese momento entró en la estancia una muchacha, o más bien una adolescente, de tez más clara aún que la de al-Hayy Baba, con largos cabellos negros recogidos en dos trenzas y medio tapados por un pañuelo rojo, collares de plata envejecida alrededor del cuello, pendientes cuadrados y un pequeño aro en la aleta izquierda de la nariz. Tiekoro creyó estar viendo una aparición sobrenatural. Al-Hayy Baba, por su parte, pareció disgustado por esa intrusión y por las miradas de franca admiración que Tiekoro le dirigía. La echó del cuarto, pero enseguida, consciente de su falta de cortesía, masculló mientras ella permanecía en la puerta:

—Mi hija Ayisha... Umar, un alumno nuevo...

¿Umar? Tiekoro no protestó. Como la entrevista había concluido, se levantó. Decididamente suavizado, al-Hayy Baba le ordenó:

—Di que te lleven a mi sastre y también a mi zapatero. Vas vestido como un pagano.

A sus quince años y medio, Tiekoro no se hallaba lejos de la infancia. Una noche de sueño reparador, un nuevo amigo, la perspectiva de ropa nueva: no hacía falta más para devolverle la alegría. Una vez en la calle, Mulay ‘Abd Allah lo asió del brazo y empezó a hablarle con esa ligera afectación que parecía propia del lugar:

—Voy a hablarte de la ciudad donde vas a pasar varios años. Los habitantes de Tombouctou son los más patrioterros del mundo. Detestan a todo el mundo. A los tuareg ante todo, los dejados de la mano de Dios, como ellos los llaman, pero también

a los marroquíes, los bambara y los peul, sobre todo a los peul. ¿Sabes que Mohamed Aq-it, antepasado del clan Aq-it, se fue de Macina porque temía que sus hijos se mezclaran con los peul y la sangre de éstos manchara a su descendencia?

A Tiekoro le encantaba esa manera de hablar. Un día él también se expresaría con esa seguridad y ese elegante desparpajo.

—Conoces la historia de la ciudad, ¿verdad? Un campamento de tuareg que es dejado a cargo de una mujer «tomboutou», es decir, «la madre de ombligo grande», y que poco a poco se convierte en un lugar de parada de las caravanas y crece en su cintura de esteras de hojas de palma del desierto. Kankan Mussa, de regreso de su peregrinación a La Meca, la conquista. Los tuareg la recuperan. Sonni ‘Ali Ver se la arrebató. Después llegan los marroquíes. ¿Te das cuenta? Esta ciudad es como una mujer por la que han luchado muchos hombres pero que no pertenece a nadie. ¡Mira qué hermosa es!

Tiekoro obedecía. Sin embargo, no le quedaba más remedio que constatar que Segu la superaba en belleza y, sobre todo, en animación. Llegaron ante la gran mezquita de Djinguereber, el primer edificio que le impresionó. Construido con ladrillos de *banco*, grisáceo como la tierra del desierto, estaba compuesto de una infinidad de galerías que al principio daban una sensación de revoltijo, de desorden, pero que en realidad se hallaban rigurosamente dispuestas. Todas esas galerías estaban sostenidas por columnas y daban a un patio cuadrado donde algunos ancianos desgranaban el rosario. Tiekoro admiró sobremanera las pirámides truncadas de las torres-minaretes decoradas con motivos triangulares. ¡Cuánto trabajo había hecho falta para construir ese conjunto en honor de Dios! Tiekoro no se cansaba de dar vueltas a su alrededor, de penetrar bajo las altas bóvedas hasta la hornacina o el estrado de madera desde donde el morabito leía versículos del Corán. Mulay ‘Abd Allah tuvo que llevarse a rastras.

Tombouctou no estaba rodeada de murallas. Así pues, la mirada se extendía libremente hasta los barrios de chozas de paja, especie de suburbios donde vivían los esclavos y la población flotante. ¡Qué contraste entre esas miserables viviendas y las de los *armas*, entonces señores de la ciudad, o las residencias de los comerciantes! Entraron en un mercado donde se vendía de todo: cintas de algodón, pieles curtidas rojas y amarillas, morteros con sus correspondientes manos, cojines, alfombras, esteras y, por doquier, botas de fina piel roja adornadas con bordados amarillos. Sí, la capital bambara rebosaba de bullicio, de alegría, como un niño que cree que sus mejores años están por llegar. Pero Tombouctou poseía toda la seducción de una mujer que ha vivido mucho y no precisamente de un modo honesto. En el taller del sastre de al-Hayy Baba Abu, nueve obreros hacían correr la aguja por las telas azules y blancas de los caftanes, mientras unos ancianos les recitaban con voz gangosa versículos del Corán. Tiekoro se quedó fascinado por la finura de los bordados que ejecutaban y que no se veían en Segu. Ese arte de vivir que estaba descubriendo era

de un refinamiento tomado en parte de pueblos lejanos que el suyo no conocía. Marruecos, Egipto, España.

Tras encargar un pantalón y dos caftanes, prosiguieron su paseo en dirección al puerto. Fue entonces cuando un cortejo de asnos con pesadas cargas les cortó el paso. Lo conducían cuatro muchachos que golpeaban enérgicamente con varas la grupa de los animales y parecían divertirse mucho. La mirada de Tiekoro se cruzó con la de uno de ellos y, en un silencio tan absoluto de todo su ser que le parecía poder contar los latidos de su corazón, reconoció a Siga. Éste se había rapado la cabeza. Sin embargo, como seguía llevando el aro en la oreja izquierda, presentaba un aspecto muy diferente, un tanto soldadesco. Su blusón de algodón azul, de escote muy abierto, dejaba ver su cuello fino y recto como el tronco de un árbol joven. Por primera vez quizá, Tiekoro se percató de lo mucho que se parecía a su padre y tuvo la impresión de que Dusika, con veinte años menos, lo miraba fijamente a los ojos haciéndole en silencio esta pregunta: «¿Qué has hecho con tu hermano?»

Siga seguía inmóvil, sin pronunciar palabra, como si esperara una señal, un gesto. Pero Mulay ‘Abd Allah había asido de nuevo a Tiekoro por el brazo. ¿Podía soltarse, correr hacia un individuo en tan humillante posición, confesar su parentesco? ¿Podía exponerse a ser el blanco de burlas, esta vez merecidas? En aquel momento, uno de los arrieros gritó, sin severidad, de buen humor:

—Ahmed, ¿qué te pasa? ¿Has visto *unyinn*?^[37]

Siga se volvió y echó a correr hacia su compañero agitando la vara por encima de la cabeza, como si le dijera adiós a su hermano. ¿Umar? ¿Ahmed? A Tiekoro se le saltaron las lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta mientras Mulay ‘Abd Allah lo arrastraba.

—Cuando has entrado esta mañana en casa de nuestro maestro, ¿has visto a la bella Ayisha? Apuesto a que ha ido sólo para verte. Desconfía de ella. Nos ha enamorado a todos, uno tras otro, para acabar burlándose de nosotros.

Daba pena ver la tristeza de Nya desde la marcha de su hijo mayor. Para acompañarlo con el espíritu y prevenir los peligros que podría correr en esa tierra desconocida e impía, Nya mantenía en la concesión a numerosos feticheros. Unos no hacían más que sacrificar aves para apaciguar a los *boli* de la familia, en particular el *boli* individual de Tiekoro, instalado en el vestíbulo de la cabaña de su madre, entre mazorcas de maíz y calabacinos de leche. Otros lanzaban al aire, de la mañana a la noche, cauris y nueces de cola, cuya posición observaban una vez que caían al suelo.

En general, la gente la criticaba. Después de todo tenía nueve hijos, cinco de ellos varones. No había motivo para perder la cabeza porque uno de ellos estuviera lejos. ¿Qué habría hecho si la muerte se lo hubiese arrebatado, si, como un fruto verde que cae antes que el fruto maduro, hubiese partido antes que ella? ¿Acaso no le quedaba una casa llena de risas, de caras redondas y de afectuosas peleas?

Nya era perfectamente consciente de lo que pensaban de ella. Sabía que su conducta podía parecer irracional. Pero es que la gente ignoraba el papel que Tiekoro desempeñaba en su vida. No era simplemente el primogénito. Era la señal, el recordatorio del amor que la había unido a Dusika. Lo había concebido la noche de bodas.

Su familia residía en Farako, en la otra orilla del Djoliba. Desde que los Diara usurparan el trono, para los Kulibali había dejado de ser seguro permanecer dentro de las murallas de Segu. Por ello su abuelo y sus hermanos, tras reunir a sus mujeres, sus hijos, sus esclavos y sus cautivos, se habían instalado en otras tierras del clan dejadas en barbecho desde hacía años y que entonces estaban poblándose de *tiékala*.^[38] Allí había ido Buba Kalé, el *diely* del padre de Dusika, a hablar con su padre. Dados los vínculos particulares que unían a los Diara y los Traoré, este último había dudado. Pero, finalmente, pensando en la gran cantidad de tierras, oro y esclavos, había cedido. Tal como establecía la tradición, antes de la boda ella no había visto nunca a Dusika; es más, ni siquiera antes del momento en que la condujeron a su cabaña. Ya era de noche. Su madre la tranquilizó: los feticheros habían sido tajantes al afirmar que sería un buen matrimonio, un matrimonio fecundo. No obstante, ella tenía miedo. Miedo de aquel desconocido que de pronto tendría derecho sobre su vida y su muerte, que la poseería igual que poseía campos de mijo.

Dusika entró. Ella había oído sus pasos vacilantes en el vestíbulo. Luego había aparecido ante ella, alumbrándose con una rama prendida. Tan sólo su rostro destacaba en la oscuridad. Le dirigía una sonrisa turbada, tímida, que realzaba la dulzura de sus rasgos. Instintivamente, Nya dio gracias a los dioses: «¡Ah, es guapo y no es fanfarrón!...» Dusika se sentó junto a ella, que miraba hacia otro lado. Durante unos instantes no se les ocurrió nada que decir, y de repente él profirió un grito quedo

al consumirse del todo la rama, quemándole los dedos. Después ella intentó en vano recordar las recomendaciones de las hermanas de su madre: nada de gritos, de lamentos, de gemidos intempestivos; el placer, como el dolor, se sufre en silencio. ¿Las respetó?

Por la mañana, las griots encargadas de velar para que el matrimonio se consumara debidamente, exhibieron el pareo de algodón manchado de sangre fresca. Nueve meses justos más tarde nació Tiekoro. Por eso, cada vez que lo tenía delante revivía aquella noche. Aquel torrente de emociones, de sensaciones desconocidas e incontrolables, aquel vértigo, aquella paz, aquel dolor. Sí, había concebido nueve veces, alumbrado nueve veces. Sin embargo, sólo contaba aquella primera experiencia.

Olvidando que había sido el propio Tiekoro quien había dicho que deseaba irse, hacía responsable de ello a Dusika, lo que aumentaba su resentimiento hacia él. No sólo la escarnecía demostrando su amor por una concubina, sino que además la separaba de su hijo favorito. Y se alegraba de verlo envejecido, sombrío, taciturno, como herido de muerte por su desavenencia con el *mansa*. Había momentos en que su amor por él se imponía. Pero luego lo sorprendía mirando a Sira como en otros tiempos la había mirado a ella, y todo volvía a empezar.

Con todo, la tristeza que sentía Nya por la marcha de Tiekoro no superaba la de Naba. Naba había crecido a la sombra de su hermano mayor. Había aprendido a andar agarrándose a sus piernas, a luchar golpeándole el pecho por juego, a bailar mirándolo evolucionar por las noches en medio de un círculo de admiradoras. Su ausencia lo dejaba como huérfano y experimentaba constantemente ese sentimiento de injusticia que causa la muerte de un ser querido. Para llenar ese vacío, se había aferrado a Tiefolo, primogénito de Diemogo, el hermano menor de su padre.

Pese a su juventud, Tiefolo era uno de los *karamoko*^[39] más conocidos de Segu y de la región. Habían oído hablar de él hasta en Banankoro, al norte, y Sidabugu, al sur. A los diez años había desaparecido en la selva. Sus padres creían que había muerto, y su madre ya lloraba por su pérdida cuando reapareció con los despojos de un león sobre los hombros. Entonces el gran Kemenani, gran maestro cazador *gow*^[40] lo había tomado bajo su protección. No sólo le había transmitido el secreto de las plantas tóxicas que paralizan a los animales y les impiden huir, sino que además había compartido con él su *boli* personal, que alimentaba con corazones de antílope. Asimismo, le había revelado las oraciones, los encantamientos y los sacrificios que permiten al hombre salir siempre victorioso de sus enfrentamientos con el animal. Al principio, a Naba la caza le había causado cierta repugnancia, pues Tiekoro le había contagiado su horror por la sangre. Luego había entrado en el juego. Sin embargo, todavía entonces, cada vez que el animal doblaba las rodillas antes de desplomarse, dirigiéndole a su verdugo una mirada de incompreensión total, se estremecía. Así que se precipitaba hacia él y le susurraba apasionadamente al oído las frases rituales solicitando el perdón.

Encontró a Tiefolo ocupado preparando un veneno. Estaba cociendo sobre un fuego de brasas muy suave una mezcla de *ubaína*,^[41] cabezas de serpiente, colas de escorpión, sangre menstrual y una sustancia que extraía de la savia del palmito. Naba se guardó mucho de molestarlo en ese momento, pues los encantamientos que murmuraba incrementaban el poder mortífero del producto. Como todos los cazadores, Tiefolo iba con el torso desnudo y abundantemente cubierto de amuletos, y llevaba por todo vestido un taparrabos hecho con pieles de animales que había matado. Con la crin del león al que había vencido a los diez años, se había hecho una especie de cinturón cuyos extremos anudaba en las caderas. Cuando hubo acabado los preparativos, invitó a Naba a acercarse mientras comenzaba a embadurnar cuidadosamente las flechas.

—Unos leones se han comido parte de un rebaño de los peul cerca de Masala. Tendremos que ir a darles una lección, porque los peul no han podido acabar con ellos.

Naba creyó haber entendido mal; luego se hizo la luz en su mente y preguntó en tono de incredulidad:

—¿Quieres decir que vas a llevarme contigo?

Por toda respuesta, Tiefolo sonrió. Naba lo había acompañado con frecuencia a cazar antílopes, facóqueros y búfalos salvajes. Pero la caza del león, la caza del príncipe de la sabana pelada, cuyo pelaje tiene su color y cuyos ojos tienen su brillo, es una caza reservada al maestro gow y sus discípulos, los *karamoko*. ¡No pueden ir tras su rastro hombres de corazón blando! ¡Hace falta resistencia para seguir al león, en ocasiones durante días enteros, sutileza para desbaratar sus ardides y cierta valentía para no huir a la desbandada cuando profiere sus rugidos, que resuenan hasta en el fondo de las entrañas! ¡Entonces la tierra tiembla y se levantan nubes de polvo! Los lugareños, atemorizados, se refugian lo mejor posible en sus cabañas. El león grita: «El señor tiene hambre. ¡Apartaos!»

Naba no pudo reprimir su impaciencia.

—¿Cuándo nos vamos? —balbuceó.

—Calma, hermanito. Primero hay que prepararse... Me acompañarás a casa del maestro cazador Kemenani.

Tiefolo era apuesto. Tiefolo era valiente. Caminar a su lado por las calles de Segu era degustar los placeres de los vencedores. No se trataba mejor a los *tondyon* cuando volvían de saquear alguna ciudad, cargados con un fastuoso botín. Las mujeres salían a las puertas de las casas. Los hombres lo llamaban desde lejos y los *diely* cantaban sus alabanzas al tiempo que golpeaban los *tamani*, recordando sobre todo la famosa hazaña de su infancia, cuando cazó con arco un león:

*El león dorado de reflejos cobrizos,
el león que, renunciando a los bienes de los hombres,*

*se sacia de lo que vive en libertad, cuerpo a cuerpo, Tiefolo de Segu,
en el momento más difícil de la caza, todavía un niño,
Tiefolo Traoré...*

Naba se embriagaba con esos vapores de adulación. De momento, iba dirigida a otro. Pero muy pronto iría dirigida a él. Él también regresaría victorioso de la sabana con un león atravesado sobre los hombros. Entonces lo llamarían *karamoko*. Dejaría el león en el patio principal del palacio del *mansa*, ese *mansa* que había humillado a su padre, para que recordara a la descendencia de Dusika. Soñaba en el día en que, acompañado de Tiefolo, se presentaría ante los grandes maestros de la hermandad de los cazadores con diez nueces de cola rojas, dos gallos, una gallina y *dolo* para ofrecérselo a los genios de la caza, Sanené y Kontoro. Sí, un día Segu hablaría de él.

En los patios de la concesión de Kemenani, descendiente por línea directa del gow llamado Kuruyoré, se agolpaban todos los maestros cazadores venidos de todos los rincones del reino. Porque los leones multiplicaban sus ataques e incluso se divertían despedazando pastores. Los esclavos les servían calabacinos de gachas de mijo mientras esperaban el resultado de los sacrificios. Kemenani había pasado la noche entrevistándose con los grandes forjadores-feticheros, en particular con Kumaré, quien había dicho que la caza no iría bien. Los genios de la sabana estaban irritados y quizá manifestaran su cólera matando a alguien. Así pues, todo el mundo esperaba. Tiefolo se encogió de hombros. ¿Qué significaba eso de que la caza no iría bien?

Contrariado, se sentó en un rincón con Naba y otros jóvenes cazadores —algunos de ellos *karamoko*, pues ya habían abatido piezas en una lucha cuerpo a cuerpo—, muy disgustados por la espera que se les imponía. Uno de ellos era Masakulu, el hijo mayor de Samaké.

—¡Kumaré, siempre Kumaré! —exclamó éste, exasperado—. El que sólo escucha una voz, sólo escucha una palabra. ¿Por qué no se consulta a otro fetichero?

Tiefolo suspiró.

—Opino lo mismo. Lo malo es que nadie nos pregunta nunca qué pensamos.

Tiefolo expresaba así un sentimiento que los jóvenes rara vez exteriorizaban, acostumbrados como estaban a una obediencia absoluta. Pero sobre sus cabezas soplaba un viento de rebeldía que a ellos mismos les sorprendía.

—Está Fané, que es también uno de los maestros del Komo —prosiguió Masakulu.

Se produjo un silencio, durante el cual los jóvenes se miraron como si esta última frase hubiera recorrido el mismo camino en la mente de todos.

—¿Puedes llevarnos a su presencia? —murmuró Tiefolo.

El mediodía es el momento en que la sabana vive intensamente. Se cree que, como el sol ya la ha calentado de sobra, comienza a adormecerse. Pero es al

contrario. Las briznas de hierba, los insectos que alberga, los arbustos y los animales hablan entre sí, y el aire, que parece inmóvil, en realidad vibra por efecto de multitud de gritos. Por eso para el hombre es la hora de las alucinaciones, de los espejismos, la hora más dura.

El grupo de jóvenes, encabezados por Tiefolo y Masakulu, caminaba desde por la mañana. Habían atravesado sin detenerse Dugukuna, un pueblo de guerreros y varios poblados de cautivos, pues Tiefolo, que se había erigido espontáneamente en jefe de aquella expedición, consideraba que había que estar en Sorotomo por la noche a fin de llegar al día siguiente, en unas horas, a la región de Masala. Seguían el curso del río, avanzando casi por su lecho. Allí, la vegetación era bastante densa. Además de enormes gramíneas, había ceibas y, por supuesto, *balanzas* y karités. Nadie a la vista. Ni una mujer agachada en la orilla. Ni un pescador somono en su barca. Ni una cabaña bozo formada por un mosaico de esteras. Tan sólo el calor, como una sábana ardiente pegada a los labios. De pronto, Masakulu se detuvo.

—Tengo hambre. ¿Comemos?

Y sin esperar respuesta, se sentó y sacó unas provisiones de su bolsa de piel de cabra. Los demás lo imitaron, Naba el primero.

Tiefolo se puso de mal humor y dijo, irritado:

—Sigamos hasta Konodimini; allí podremos conseguir comida. Es mejor guardar las provisiones para mañana, porque será un día duro.

Masakulu dio un bocado de pescado seco.

—Tiefolo, el hecho de que hace tiempo mataras un león enfermo no te da derecho a mandarnos a todos. Vamos, confiésalo. Ese león estaba enfermo, ¿verdad? ¿Cojeaba quizá?

Todo el mundo se echó a reír, incluido Naba. No era más que una broma de esas que se gastan entre sí los jóvenes. No obstante, Tiefolo creyó percibir un brillo malicioso en la mirada de Masakulu que manifestaba un deseo real de herirlo. Lo que más le irritaba era que Masakulu parecía tomar a Naba bajo su protección, tratándolo con una familiaridad que no podía sino halagar al chiquillo. ¿A qué jugaba? Tiefolo se reprochaba no haber tenido en cuenta el odio existente entre los Samaké y la familia Traoré. Ese pensamiento había pasado por su mente, pero lo había apartado. ¿Deben los hijos apoyar incondicionalmente las disputas que mantienen sus padres? Haciendo un esfuerzo por calmarse, se alejó, y se dirigía hacia el agua, tras quitarse el taparrabos, cuando oyó de nuevo la voz burlona de Masakulu:

—Las he visto más grandes...

Se produjo un estallido de risas. Aquello era demasiado. Tiefolo volvió sobre sus pasos. De un salto, se abalanzó sobre Masakulu y lo agarró del cuello con una mano mientras con la otra le golpeaba en la cara.

La pelea fue terrible. Al principio, los muchachos se limitaron a formar un círculo alrededor de Tiefolo y Masakulu, provocándolos con la voz, como es habitual. Luego, al ver el giro que tomaba el combate, el carácter perverso de los golpes que se

asestaban mutuamente, decidieron intervenir. Les costó mucho separarlos. Masakulu, con el rostro ensangrentado, gritaba:

—Mi padre me lo dijo: donde hay un Traoré no hay paz, no hay entendimiento. Siempre, siempre la necesidad de dominar...

Los demás jóvenes se sentían bastante inclinados a compartir esa opinión. ¿Por qué había reaccionado Tiefolo tan violentamente ante una broma inocente? ¿Acaso creía que su pene era comparable al del elefante o el búfalo del río Bagoé? Sin embargo, lo esencial en ese momento era restablecer la paz entre los dos adversarios a fin de no poner en peligro la expedición. Los muchachos susurraban entre ellos:

—Obliguémoslos a hacer el pacto del *dyo*...^[42]

—No aceptarán...

Mejor o peor, el grupo reanudó la marcha. En un momento dado empezó a alejarse del río. El suelo estaba recubierto de una costra agrietada en algunos puntos, de los que brotaba una especie de vapor que quemaba los tobillos. Les parecía ver las chozas de paja y los refugios de los peul nómadas, pero era un efecto del calor. Grandes pájaros negros volaban bajo y se precipitaban bruscamente sobre presas invisibles. Tres serpientes verdes siguieron los pasos del muchacho que iba en cabeza, pues Tiefolo se había quedado atrás para dejar bien claro que se desinteresaba de todo. De repente apareció un rebaño de bueyes acompañado de unos pastores con delantal de cuero y sombrero en forma de embudo. Éstos parecían aterrorizados. Sí, habían oído hablar de leones, pero también de hombres que incendiaban los pueblos, violaban y mataban a las mujeres y se llevaban a los hombres.

—¿Dónde ocurre eso?

Los pastores peul no lo sabían. Los jóvenes cazadores se miraron con desasosiego. En todas las mentes flotaba el mismo pensamiento, pero nadie se atrevía a formularlo. ¿Debían continuar? ¿Debían regresar a Segu? En momentos de indecisión como ése, toda comunidad necesita un jefe. Tiefolo permanecía apartado masticando unos tallos secos, aparentemente sumergido en la contemplación del pelaje de los animales. Todas las miradas se volvían, angustiadas, hacia él, que las sostuvo con una especie de arrogancia antes de rodear el grupo, sin pronunciar palabra, para ponerse de nuevo en cabeza. Finalmente llegaron a Sorotomo.

¡Qué inimitable armonía la de la mano dentro del mortero, la de las voces de las muchachas exhortándose a trabajar y la de las risas de los niños mientras esperan que salga la luna antes de dormirse! En la penumbra del anochecer, Sorotomo apareció como un lugar de acogida con sus cabañas apiñadas en torno al *balanza* central. Precisamente los hombres estaban celebrando consejo. El jefe recibió a los jóvenes cazadores cortésmente, pero resultaba evidente que estaba asustado. Sí, había oído hablar de esos leones que habían devorado rebaños. Pero desde luego no era ése el motivo de que se dispusiera a enviar una delegación al *mansa*. Unos hombres se dedicaban a atacar pueblos, incendiando las cabañas, matando a las mujeres y los niños y llevándose a los varones. ¿Unos hombres? ¿A qué pueblo pertenecían? ¿De

dónde venían? ¿Sabían a quién se enfrentaban? Segu había reducido a todos sus enemigos y controlaba la región. Aplastaba los intentos de revuelta de los peul de Macina. Aterrorizaba a los bambara de Kaarta. ¿Quiénes podían ser esos hombres? Los lugareños no lo sabían. Los muertos no habían podido decirlo, ni tampoco los cautivos. Con todo, unos calabacinos de *to* servidos con una salsa de hojas de baobab y con *sibala*^[43] aplacaron el hambre y durante un rato la inquietud. En la cabaña reservada a los viajeros, que el jefe les había ofrecido, todo el mundo se durmió. Todos excepto Tiefolo.

Cuando repasaba mentalmente los acontecimientos de los últimos días, tenía la impresión de que otro, metido bajo su piel, había pensado, actuado y hablado en su lugar. Él nunca había desobedecido a una persona mayor. Y lo que había hecho ahora era poner en duda la palabra de Kemenani, un gran maestro cazador, y de Kumaré, una gran maestra del Komo. Su audacia le asustaba. ¿Qué espíritu lo había poseído y con qué finalidad? ¡Y encima había arrastrado a un hermano pequeño a la aventura! Sólo podían hacer una cosa: volver a Segu. Se levantó y pasó con cuidado por encima de los cuerpos de sus compañeros hasta llegar a la estera de Masakulu, que dormía junto a la puerta.

—Masakulu, despierta...

Los dos muchachos salieron. Los únicos ruidos eran el jadeo de los espíritus, disfrutando libremente por fin de ese mundo que no se resignan a haber dejado, y el roce sedoso de las alas de los murciélagos. Tiefolo se esforzó en dominar sus terrores y susurró:

—Hay que volver a Segu. Tenemos que convencer a los demás...

Masakulu retrocedió un paso. En la oscuridad, parecía inmenso, deformado el rostro como si llevase una máscara, habitado por un espíritu desconocido. Habló con frialdad, y hasta su voz sonaba distinta, seca, crepitante como ramitas ardiendo en una hoguera.

—¿Sabes cómo me llamo? ¿Sabes lo que significa Samaké? Hombre elefante, hijo del elefante. ¿Y vienes a hablarme de retirada? ¡Ah, es cierto que eres hijo de un buitre!

Era un grave insulto, tan grave que el hecho de que Masakulu lo hubiera pronunciado indicaba que no era él mismo, y Tiefolo así lo comprendió. Otro se había metido dentro de su piel para pensar, actuar y hablar en su lugar. Tiefolo empezó a hacerse preguntas. ¿Había realizado uno de ellos el acto sexual antes de partir? ¿O había irritado a los ancestros que protegían a los cazadores cometiendo un acto más abominable aún? No, algún espíritu estaba burlándose de ellos. Pero ¿por qué? Tiefolo trató de recordar alguna fórmula ritual destinada a conjurar los maleficios, pero estaba tan alterado que le resultó imposible.

La desgracia es como un niño dentro del vientre de su madre. Nada puede impedirle nacer. Adquiere secretamente fuerza y vigor. Su red de venas y arterias va

trazándose. Luego sale a la luz entre un diluvio de sangre, de agua sucia y de impurezas.

En Segú no se dieron cuenta enseguida de la desaparición de los jóvenes cazadores. Pero a la mañana siguiente las familias constataron, una tras otra, que no habían dormido en sus cabañas. Una tormenta de estupor y desolación descargó sobre la ciudad. ¡Desobedecer unos jóvenes a los mayores! ¡Desafiar unos humanos las advertencias de los espíritus! ¡Hasta donde la memoria de los *segukaw* podía retroceder, jamás se había visto una cosa así! Aquello igualaba la audacia de Tiekoro Traoré volviéndole deliberadamente la espalda a los dioses de sus antepasados para abrazar el islam.

En las plazas públicas, en los mercados, en las concesiones e incluso en el palacio del *mansa*, la gente lo comentaba. ¿Había que temer a la juventud? Todos los padres miraban a sus hijos a los ojos. Todas las madres, a sus hijas. Aquellos seres flexibles y gráciles, acostumbrados a doblar la rodilla, a bajar los ojos, a asentir, a callar, ¿iban a traer de pronto la contradicción y el peligro? Tras ser consultados, los feticheros de las familias afirmaron que, efectivamente, se acercaba ese momento.

Fané salió de madrugada de su concesión, en el barrio de los forjadores-feticheros. No era conveniente caminar por Segú antes de que saliera el sol. Las paredes de *banco* recordaban los miedos de la noche. Estaban muy oscuras, casi borrosas, y desprendían una humedad insana. No se veían criaturas vivas por las calles. Los espíritus se habían ido a la región subterránea. Los humanos esperaban la aparición del sol. Sin embargo, a Fané le gustaba esa hora en que es posible modelar los espíritus. Entró en la concesión de Samaké, se puso en cuclillas detrás de su cabaña y, tras introducir un tallo de mijo en la tierra, lo llamó en voz baja. Samaké apareció de inmediato con el semblante descompuesto, ya que se había pasado toda la noche pensando en su hijo Masakulu.

—Fané, te pago un montón de oro y de cauris —murmuró encolerizado—, y tú dejas que me ocurra semejante desgracia...

Fané se encogió de hombros. ¡Qué poca esperanza tienen los hombres!

—A tu hijo no le pasará nada; regresará sano y salvo, como todos los demás salvo el hijo de Dusika. He venido a decírtelo.

—¿Estás seguro? —preguntó Samaké en un susurro.

Fané, sin dignarse contestarle, prosiguió:

—Anteayer, esos jóvenes vinieron a consultarme, pero no se acordarán. Planté el olvido en sus mentes. No se acordarán de nada. Tú ponte ahora a la cabeza de una expedición para ir en su busca. Los encontrarás en la región de Kangaba. Los pasos de la gacela te llevarán.

Samaké se alejó apresuradamente, tranquilizado y al mismo tiempo inquieto. Entró en la concesión de Dusika. Pese a lo temprano de la hora, estaba llena de

simpatizantes. Parientes lejanos, amigos y vecinos habían querido acompañar a una familia tan castigada. ¡Después de la destitución de Dusika y la conversión de Tiekoro, la desaparición de Naba y de Tiefolo! Al mismo tiempo, pese a la emoción que todas esas desgracias causaban, empezaban a preguntarse si no serían merecidas. Porque no hay víctima inocente. Algunos murmuraban que Sira estaba detrás de todo aquello. Dusika había hecho mal introduciendo a una peul en su casa.

Al entrar Samaké, se hizo un gran silencio. Dusika, para no faltar a las normas de cortesía, se acercó a su enemigo para saludarlo. Samaké asió a Dusika por los hombros.

—Hermano, la desgracia se cierne sobre nosotros. Voy a dirigir una expedición para buscar a nuestros hijos. ¿Te unes a nosotros?

Diemogo, hermano menor de Dusika y padre de Tiefolo, se interpuso:

—Yo iré; tú no debes correr ningún riesgo.

Como él estaba libre de las responsabilidades de *fa* que tenía su hermano, encargado de la buena marcha de toda la concesión, todos los miembros de la familia rogaron a Dusika que aceptara su ofrecimiento.

Cuarenta jinetes estaban congregados ya ante el palacio del *mansa*. Entre ellos figuraba el príncipe Bin, hijo del propio *mansa*. También, cosa insólita, se habían unido a aquella expedición pacífica unos *tondyon*, y los niños, ajenos a lo trágico de la situación, contemplaban entusiasmados ese despliegue de caballos, jinetes, cazadores y feticheros. Se colaban entre las patas de los animales, pisando los boñigos frescos, para tocar las vestiduras negras o marrones. Samaké se colocó a la cabeza del cortejo, que se dirigió a la puerta norte al galope.

Una vez desaparecido el grupo y disueltas las nubes de polvo, Dusika experimentó una sensación de impotencia total. ¡Si al menos hubiera podido montar en un caballo e ir en busca de su hijo a la sabana! ¡Pero no! Un cúmulo de responsabilidades lo mantenían atado a la concesión. ¿Qué sería de sus tres esposas, de su concubina y de sus veinte hijos si él llegara a desaparecer?

Nya, la fuerte, Nya, la que ocupaba el centro de su vida.

Al verla destrozada, sollozante, le había parecido que el propio armazón de la vida se derrumbaba. ¿De qué servía no escatimar ningún sacrificio si los ancestros eran insensibles a ellos, si los dioses se apoderaban, uno tras otro, de los hijos legítimos? Dusika se asustó de experimentar esos sentimientos de rebeldía y reanudó el camino hacia su concesión. De pronto, al volver una esquina, vio a Sira llevando a Malobali de la mano, pues el niño, bastante precoz, había dado ya los primeros pasos.

—¿Adónde vas? —le preguntó, haciéndola detenerse.

—Al mercado. Me han dicho que unos comerciantes hausa han traído collares de ámbar...

Él se quedó mirándola, aterrado.

—En un momento como éste, ¿tú piensas en collares de ámbar?

Sin responder, ella cogió al niño, que se había agarrado a las piernas de su padre, y se volvió. Él la retuvo. En toda su vida, jamás había golpeado a una mujer. Ni siquiera un bofetada en un momento de cólera. Pero aquello era excesivo. Toda la familia estaba llorando desconsolada la desaparición de Naba, y lo único que tenía ella en la cabeza eran sus adornos. Sira le dirigía una mirada un tanto insolente que le hizo perder la paciencia y darle un bofetón. Ella permaneció inmóvil, sin rechistar, mientras la sangre enrojecía lentamente sus labios, que se había mordido al recibir el golpe. Él, avergonzado, se alejó.

Pero Sira se iba de la concesión precisamente para preservar su personaje de cautiva indómita, indiferente, casi hostil, que se desprendía de ella como un harapo. Porque lo que afectaba a su entorno le afectaba a ella de rebote. Sobre todo el dolor de Nya. ¿Acaso basta ser transplantado, por la fuerza incluso, para olvidar el lugar de origen? ¿Pueden los hombres echar raíces más fácilmente que las plantas? Sira se limpió los labios con una punta del pareo. Luego, tras coger en brazos a Malobali, se lo puso a la espalda y reanudó la marcha, tomando un camino que bordeaba el río. Más allá de aquellas aguas falsamente apacibles, un poco azuladas, más allá de la sabana, estaba Macina, su país. Esa palabra, sin embargo, ya no significaba nada. Su país era ahora Segu.

En el recinto de la ciudad no faltaban peul, en particular los que cuidaban el ganado real. Sira siempre los había despreciado por considerarlos seres que se complacían en la sumisión. Pero, en realidad, ¿qué los diferenciaba de ella?

A veces Sira pensaba en huir. Después de todo, su familia no la rechazaría. Pero ¿qué haría con Malobali? ¿Se lo llevaría? ¿Cómo lo tratarían, teniendo en cuenta que procedía en parte de una etnia temida y despreciada? ¿No sería un paría? Por otra parte, si lo acogían y lo convertían en un peul, ¿no regresaría por iniciativa propia junto a su padre, a Segu, con esos constructores bambara fascinantes y bárbaros? Entonces, ¿era mejor dejarlo? Estaba segura de que Nya se haría cargo de él inmediatamente, pero le faltaba valor. Malobali era tan guapo que resultaba imposible verlo sin pronunciar las palabras rituales para alejar la envidia y los celos. En ese momento avanzaba delante de ella, tambaleándose, cayendo, levantándose de nuevo con determinación, sin llorar, como si estuviera entrenándose para conquistar el universo. Calibrando su amor por él, Sira comprendía mejor aún la pesadumbre de Nya. ¡Perder dos hijos uno detrás de otro!

Pero... no había que exagerar. Ni Tiekoro ni Naba estaban perdidos. El primero regresaría adornado con el prestigio que otorgaba la nueva religión. Al segundo lo encontrarían, y para castigar su incalificable falta de disciplina, se le mantendría una temporada apartado de las hermandades de cazadores. Después, las aguas volverían a su cauce.

Samaké y sus compañeros se dirigían hacia Masala. Los lugareños, pasmados, apenas tenían tiempo de salir de sus cabañas para ver pasar a los jinetes. Los guerreros se preguntaban si la guerra había vuelto a empezar y en el fondo se

alegraban. Los cautivos, por el contrario, temblaban. ¿Los venderían de nuevo para adquirir armas? ¿A qué manos irían a parar ahora? Habían acabado por acostumbrarse a los pueblos donde los habían agrupado.

En Masala residía Demba, otro hijo del *mansa*. Recibió a los recién llegados con una cortesía principesca y se quejó del comportamiento de los jóvenes cazadores en relación con él. No habían acudido a su presencia como deberían haber hecho, sino que, rodeando el pueblo por un camino circular, habían hablado con los peul públicos,^[44] guardianes de sus inmensos rebaños. ¿Acaso temían que Demba, perfectamente al corriente de las normas sociales de Segu, se extrañara de la ausencia de los grandes maestros cazadores *gow*, sobre todo de *Kemenani*? ¿Que los acuciara a preguntas? ¿Que descubriera su escapada? ¿Que los retuviera por la fuerza?

Demba ordenó cambiar las monturas de los jinetes, ofreciéndoles animales descansados y nerviosos, y la expedición prosiguió su camino hacia la región de Kiranga. Unos campesinos habían quemado la maleza y en el suelo se dibujaban grandes placas negruzcas. Unos búfalos se revolcaban en el fango de una charca, dirigiendo a los viajeros una mirada agresiva bajo el pesado casco frontal de los cuernos. Unos pastores se esforzaban en reunir a sus rebaños, asustados por los caballos. Finalmente, los jinetes llegaron a una encrucijada. ¿Qué camino debían seguir? Samaké, recordando las palabras de Fané, puso pie a tierra y empezó a inspeccionar el suelo. En un terraplén descubrió unos agujeritos circulares llenos de agua, como si hubiera llovido el día anterior, cuando se encontraban en plena estación seca. «Los pasos de la gacela.»

Las huellas resultaron visibles durante varias horas, y los hombres creyeron que nunca iban a parar de galopar y galopar por la sabana. Se daban cuenta de que estaban cubriendo una distancia considerable, siempre hacia el sur hasta casi llegar a los límites del imperio. De pronto se encontraron a orillas de un río. ¿Era el Bani?^[45] Unos agamíes caminaban sobre las piedras de la orilla con aire altanero e irritado a la vez. Ante los pájaros divinos generadores del lenguaje, todos pusieron pie a tierra mientras los griots recitaban:

*Salud, agamí,
poderoso agamí,
pájaro de la palabra,
pájaro de hermoso aspecto,
la voz es tu parte en la creación.*

De repente, una manada de gacelas surgió de un arbusto, se metió entre las patas de los caballos como para provocarlos y luego se adentró prestamente en una pista. Los hombres montaron de nuevo en los caballos y las siguieron. También esta vez la persecución se prolongó varias horas. El sol empezó a declinar, y los jinetes — incluido Samaké, a pesar de lo que le había asegurado Fané—, a preguntarse si los

dioses estarían gastándoles una jugarreta. Finalmente distinguieron los tejados de paja de las cabañas de un pueblo.

¡Qué silencio reinaba en aquel pueblo!

Los pasos de los caballos sobre la arena producían un sonido seco como el de los tam-tam de guerra. A juzgar por los cuidados campos de mijo y de algodón que se extendían por los alrededores, debía de tratarse de un pueblo de cautivos. Pero ¿dónde se habían metido los habitantes? Una manada de cerdos salvajes cruzó el sendero gruñendo y resoplando.

Encontraron a los jóvenes cazadores en la última cabaña, aparentemente sumidos en un profundo sueño. Estaban todos allí, delgados y demacrados. Sólo faltaba Naba. Diemogo se reprocharía toda la vida su egoísta reacción de alegría al ver a su hijo. Al igual que todos sus compañeros, Tiefolo estaba irreconocible, como un convaleciente de una larga enfermedad, con un pus amarillento en las comisuras de los ojos. Pero estaba vivo. Al cabo de un rato, gracias a la acción de los sanadores, los jóvenes abrieron los ojos y estuvieron en condiciones de escuchar las preguntas que les hicieron, aunque les fue imposible responder a ellas. Se hubiera dicho que padecían una especie de amnesia. ¿Qué había sucedido desde su marcha de Segu, casi una semana antes? ¿Qué caminos habían seguido? ¿Qué palabras habían pronunciado? ¿Qué había sido de Naba?

Los jinetes aceptaban la decisión del destino. Los jóvenes cazadores habían cometido una falta y los dioses habían elegido una víctima expiatoria. Ya no se podía hacer nada. Si decidieron batir la selva en busca del desaparecido fue por puro formalismo. Como había caído la noche, encendieron ramas secas, lo que asustó a los caballos, que se pusieron a relinchar y a moverse de aquí para allá. Algunos hubieran preferido esperar a que amaneciese, pues la noche pertenece exclusivamente a los espíritus y no es conveniente que los hombres perturben sus conciliábulos con gritos, llamadas, persecuciones y pisadas de caballo. Pero Samaké y Diemogo se empeñaron.

Nada puede reproducir el estado de ánimo de Tiefolo cuando volvió totalmente en sí y fue consciente de la desaparición de Naba. Al principio se quedó atónito. Luego lo invadió un sentimiento de culpa. Se levantó con la intención de montar en un caballo, pero se lo impidieron. Entonces trató de lanzarse de cabeza contra un árbol, pero le fallaron las fuerzas y tuvieron que sostenerlo. Uno de los sanadores se apresuró a preparar una poción que le haría dormir. Hacia medianoche, Samaké, Diemogo y los demás jinetes regresaron con las manos vacías. Decidieron descansar un poco y proseguir la búsqueda en cuanto saliera el sol.

La verdad es que no era raro que en el transcurso de una partida de caza se produjesen catástrofes, pues ese «oficio sangriento» exige sus víctimas. En ocasiones, los *karamoko* más reputados eran vencidos al enfrentarse con el alma de los animales y morían. Cuando se daban tales casos, la tradición lo tenía todo previsto: desde los ritos del aseo mortuario hasta las libaciones y las letras de los cantos funerarios. Pero

la desaparición de Naba tenía un componente único y sobrenatural. Los forjadores-feticheros que formaban parte de la expedición veían en sus bandejas adivinatorias la expresión de un destino irrevocable que no comprendían. ¿Había matado un Traoré un mono negro, un cinocéfalo o un agamí, infringiendo así su prohibición totémica? ¡Imposible! Entonces, ¿por qué estaban los dioses tan irritados?

Poco antes de amanecer aparecieron los habitantes del pueblo. Se trataba, en efecto, de cautivos reales, reconocibles por llevar la cabeza rapada y tres cortes en cada sien. Se habían refugiado en la selva porque habían oído hablar de grupos de marka^[46] que efectuaban razias por la región con vistas a practicar la trata. ¿Sería aquello una indicación de la suerte que había corrido Naba? Samaké y Diemogo enviaron sin pérdida de tiempo hombres de su escolta a las ciudades comerciales de Niamina, Sinsanin, Busen, Nyaro... a fin de inspeccionar los mercados. En una palabra, no se dejó nada en manos del azar.

¡Qué paradoja! En el momento en que Samaké, quien por envidia y mezquindad había sido el principal artífice de la caída en desgracia de Dusika, veía cumplirse su venganza, no la saboreaba. Al contrario, le daba miedo. Como tantos criminales ante su fechoría, estaba a punto de gritar: «¡No, no era eso lo que yo pretendía!»

No dejaba de hacerse una pregunta aparentemente sacrilega: ¿son sádicos los dioses y los ancestros? ¿Son crueles? Al hacer realidad más allá de toda expectativa los deseos formulados en momentos de cólera o de celos, ¿no se complacen mortificando al mismo tiempo a víctimas y verdugos, invirtiendo los papeles, confundiéndonos, provocando en los dos bandos pesadumbre, desasosiego, angustia, desesperación? Nadie comprendía, pues, su aflicción y su empeño en buscar a Naba. ¿No era el enemigo de Dusika? Mientras comían *to* preparado por las mujeres del pueblo, los jinetes murmuraban entre sí:

—¿No habría que volver ya a Segu? Dusika es un hombre muy rico. Pagaré a *tondyon* para que vayan a buscar a su hijo, a feticheros para que le digan dónde puede estar. Nosotros no podemos hacer nada más. Samaké hace que nos fatiguemos inútilmente.

Al final, el príncipe Bin, a quien, pese a su juventud, el hecho de ser hijo del *mansa* confería autoridad, se erigió en intérprete de todos y emprendieron el camino de regreso a Segu.

Y sin embargo, Naba no estaba lejos. Apenas a unas horas de marcha.

Una decena de «perros locos de la sabana»^[47] lo habían capturado aprovechando un momento en que se alejó de sus compañeros. Pero esos «perros locos» no eran marka, sino *tondyon* bambara de Dakala a los que la relativa paz reinante en la región condenaba a ese papel de predadores. Por lo general, preferían atacar a los niños porque se asustaban enseguida y era fácil meterlos en un gran saco para transportarlos hasta los mercados de esclavos, donde eran vendidos por una pequeña fortuna.

Naba ya era muy fuerte, pues tenía casi dieciséis años. Pero iba desarmado, ya que había dejado bastante lejos el arco y el carcaj. Estaba en la edad en que las presas

eran muy apreciadas por los tratantes. La tentación había sido demasiado fuerte. En esos momentos, los perros locos se dirigían a caballo al pueblo de un intermediario marka. Había que ponerse fuera del alcance de la justicia del *mansa*, que castigaba el rapto de sus súbditos con la pena de muerte. Habían dormido a Naba, le habían atado firmemente las manos y los pies con cuerdas de *da* y, tras envolverlo en una manta, lo habían puesto atravesado sobre una de sus monturas.

Cuando Naba volvió en sí, se encontró, pues, en una cabaña. El hueco de la puerta estaba tapado con troncos de árbol, y por la luz que se filtraba a través de las rendijas dedujo que pronto amanecería. Junto a él, dormidos en el suelo, había tres niños de entre seis y ocho años también atados.

Hasta una época reciente, la concesión de Dusika había sido para él y los demás niños un universo confortable, sordo a todos los ruidos del mundo: guerra, cautividad, comercio de esclavos. En ocasiones algún adulto mencionaba esas cosas en su presencia, pero ellos prestaban más oído a las aventuras de Suruku, Badeni y Diarra^[48] contadas por la noche alrededor de una fogata. La primera brecha en aquel muro de felicidad se había abierto como consecuencia de la conversión al islam de Tiekoro y la marcha de este querido hermano mayor. Ahora, de repente, Naba descubría el miedo, el horror, el mal ciego. Había visto muchas veces cautivos en los patios de la concesión paterna o en casa del *mansa*, pero nunca les había prestado atención. Jamás se había apiadado de ellos, pues pertenecían a un pueblo de vencidos que no era el suyo. ¿Iba a correr él la misma suerte? ¿Sería despojado de su identidad, entregado a un amo para que cultivara sus tierras, despreciado por todos? Intentó sentarse, pero las ataduras se lo impidieron. Entonces se echó a llorar como el niño que todavía era.

La puerta se abrió y entró un muchacho con un gran calabacino lleno de gachas. Nada más verlo, Naba se volvió como pudo hacia él y le dijo:

—Oye, ayúdame a salir de aquí. Mi padre es un hombre muy rico. Si me llevas con él, te dará a cambio todo lo que quieras...

El muchacho se sentó en el suelo. Era un alfeñique de aspecto enfermizo, con el torso cubierto de señales de golpes.

—Aunque tu padre poseyera todo el oro de Bambuk,^[49] no podría hacer nada por ti... A mí también me capturaron cuando no era más alto que los crios que ves ahí. Me llaman Alahina.

—¿Eres musulmán?

—Mi amo es musulmán. Es muy rico. Vende esclavos en varios mercados y abastece directamente a los enviados de los hombres blancos. Le he oído decir que debido a tu belleza te vendería a ellos.

Naba creyó desfallecer. Con una especie de ternura, Alahina le acercó una cuchara a la boca y la introdujo por la fuerza entre sus labios.

—Come, sobre todo, come. Si intentas dejarte morir de hambre, te apalearán hasta hacerte sangrar.

A su alrededor, los niños se despertaban y llamaban a sus respectivas madres en diferentes lenguas. En sus pueblos les habían hablado de esos secuestradores de niños que se llevaban a sus pequeñas víctimas lejos, muy lejos. Así que empezaban a preguntarse si alguna vez volverían a verlas.

Alahina se levantó para servirlos con la misma ternura.

—¿Qué van a hacer con esos niños? —preguntó Naba en un susurro.

Alahina lo miró y contestó con cinismo:

—Son las mejores presas. Olvidan enseguida su lugar de origen, se encariñan con la familia de su amo y no se rebelan jamás.

Al oír estas palabras, las lágrimas de Naba se hicieron más amargas aún. Toda la iniquidad de un sistema en el que jamás había pensado lo desbordaba. ¿Por qué separaban a unos niños de su madre, a unos seres humanos de su hogar, de su pueblo? ¿Qué obtenían a cambio? ¿Bienes materiales? ¿Era ése el precio de las almas? En aquel momento entraron cuatro hombres en la cabaña, tras apartar los troncos de árbol. Dos de ellos eran bambara y los otros dos eran extranjeros que se expresaban mal en esa lengua. Estos últimos se acercaron a Naba. Agachándose ante él, lo examinaron como se hace con un caballo o un becerro que se compra en el mercado. Uno de ellos llegó incluso a sopesarle el sexo riendo e intercambiando con su compañero unas palabras incomprensibles. Luego se dirigió a Naba:

—A los hombres blancos les gusta esto. *Foro*^[50] grande... Juegan con él, también con el suyo.

Los cuatro hombres rompieron a reír. Luego, los dos extranjeros levantaron rudamente a Naba y le pusieron una especie de capuchón en la cabeza.

Salieron. El aire, todavía fresco, olía a humo de fuego de leña. Naba oyó voces de mujeres ocupadas con las primeras tareas del día, risas y llantos de niños, el rebuzno de un asno. Unos sonidos anodinos, familiares, como si no hubieran acabado de trastocar su vida, como si no estuviera naufragando, allí, en medio de todos. Nadie le tendía una mano caritativa. Nadie protestaba. Unos bambara lo habían vendido, es decir, unos hombres que creían en los mismos dioses que él, que llevaban quizás el mismo *diamu*,^[51] que tenían quizá la misma prohibición totemica que él: mono negro, cinocéfalo, agamí, pantera. Nadie le había preguntado: «¿Quién eres? ¿Eres un Kulibali de Segú? ¿Eres un Kulibali Masasi?»^[52] ¿Eres un Diara, un Traoré, un Dembelé, un Samaké, un Kuyaté, un Uané, un Uaraté? Te hemos sorprendido cazando. ¿Eres, entonces, un gow descendiente de Kuruyoré, el ancestro venido del cielo que tuvo comercio con una mujer genio y engendró a Moti? ¿Quién eres? ¿Qué mujer te llevó en su vientre y qué hombre te había plantado en él con su sexo?»

Nada de eso había sucedido. Habían calculado su peso, contado sus dientes, sopesado su pene y tocado sus bíceps. Ya no tenía rango de hombre.

Los dos marka habían decidido ir más al sur, a Kankan, en el país de los malinké, para vender allí a Naba. Querían alejarse lo máximo posible de Segú, pero había otro motivo aún más poderoso: Kankan se había convertido en uno de los principales

lugares de trueque. Los comerciantes diula iban hasta la costa con esclavos y regresaban cargados de escopetas, de pólvora, de telas de algodón y de aguardiente que obtenían de los representantes de las compañías francesas o inglesas con privilegios. A cambio de un esclavo con buen aspecto, se podían conseguir veinticinco o treinta escopetas, además de una o dos largas pipas de fumar de Holanda. Naba era una de esas piezas que se negocian largamente, una auténtica «pieza de Indias».^[53] Los dos marka ya calculaban las yardas de *chites* de Pondicherry^[54] que podrían vender en tierras songay. A las mujeres elegantes de Tombouctou y de Gao les encantaban... Y es que en el momento en que Naba era capturado a un centenar de kilómetros de los suyos, la trata de negros estaba en pleno apogeo. Durante siglos, los comerciantes europeos habían construido fortificaciones en la costa —Costa de la Pimienta, Costa de Marfil, Costa de Oro, Costa de los Esclavos—, desde la isla de Arguin hasta los confines del golfo de Benín. Al principio se habían interesado principalmente por el oro, el marfil y la cera. Más tarde, con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la expansión de las plantaciones de caña de azúcar, el tráfico de esclavos, la «caza del hombre» se convirtió en la única operación rentable. Había una dura competencia entre franceses e ingleses, que se llevaban los golpes más bajos. Pero, si bien se odiaban mutuamente, coincidían en desconfiar de los traficantes africanos, a los que consideraban «taimados, arteros, expertos en falsificar pesos y medidas, así como en toda clase de trapacerías para engañarlos».

—Ahmed, alguien pregunta por ti...

Siga, que no lograba acostumbrarse al nuevo nombre, al principio ni se movió. Luego, al darse cuenta de que se dirigían a él, se levantó de un salto, se lavó las manos en la palangana de agua que había junto a la puerta y salió al patio del modestísimo figón donde comía.

Un joven lo esperaba. Tiekoro.

Los dos hermanos no habían vuelto a verse desde el día siguiente al de su llegada a Tombouctou. Mientras guiaba su hato de asnos por las calles de la ciudad hasta el puerto de Kabara, Siga no se cansaba de buscar a su hermano, esperando verlo entre los grupos de estudiantes vestidos con caftán blanco y tocados con un gorro del mismo color, que deambulaban discutiendo en voz alta sobre algún hadiz^[55] con un aire a la vez fanfarrón y devoto. A fuerza de buscarlo en vano, había acumulado en su interior un resentimiento tan amargo como el odio. Imaginaba lo que haría si se lo encontraba al volver una esquina. Quizá le escupiría a la cara y lo llamaría bastardo. A veces se sorprendía dirigiéndose a la casa de al-Hayy Baba Abu para, una vez en el patio, insultarlo a placer. Probablemente todo el mundo le daría la razón, pues la sangre no es agua.

Después recordaba la mirada glacial del maestro de Tiekoro y sentía que para ese musulmán de piel clara un bambara fetichista y de piel negra no existía. Ordenaría a sus sirvientes que lo echaran como si fuese una hiena apestosa. ¡Ah, la arrogancia de esos árabes y de sus mestizos, su desprecio hacia los negros! ¡Siga había tenido mucho tiempo para evaluarlos!

Sin embargo, poco a poco su resentimiento y su odio se habían apaciguado, pues era un buen muchacho. Incluso había acabado por disculpar a Tiekoro. Al fin y al cabo, no había hecho más que pensar en sí mismo y en su futuro. ¿Se le podía censurar? Cursar esos estudios en la universidad significaba mucho para él. ¿Qué sentido hubiera tenido ir hasta Tombouctou si no podía realizar su sueño?

Los pensamientos de Tiekoro habían seguido el camino inverso. Primero había inventado mil excusas para justificar su conducta. Luego éstas se habían vuelto inoperantes y habían sido sustituidas por unos remordimientos y un sentimiento de culpa tan fuertes que se despertaba por la noche y se echaba a llorar. No obstante, las resoluciones que tomaba en esos momentos no se mantenían en pie al día siguiente y Tiekoro no iba corriendo al puerto de Kabara, donde estaba seguro de que encontraría a Siga, como había decidido en la oscuridad. Así pues, cada día estaba más convencido de que era un cobarde.

Al hallarse en presencia de Siga, fue incapaz de encontrar palabras para pedirle excusas y se limitó a susurrar con la mirada gacha:

—Siga, he recibido noticias de la familia. Ha ocurrido una desgracia. Naba... Naba ha desaparecido...

Siga repitió, sin comprender:

—¿Desaparecido? ¿Cómo que ha desaparecido?

—Había ido a cazar. Creen que unos marka lo capturaron para venderlo...

La noticia era tan terrible que Siga se quedó sin habla. Inmediatamente, las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. ¡Naba!

A decir verdad, no había estado nada unido a ese hermano menor, acaparado por Tiekoro, pero pensaba en el dolor de la familia, sobre todo de Nya. Y pensaba también en el horrible destino de su hermano. Durante su viaje a Tombouctou, habían visto largas hileras de esclavos con el cuello metido entre dos piezas de madera sujetas con cuerdas, golpeados con porras por los hombres que los conducían a los mercados de la región. Perdería su nombre, su identidad. Se convertiría en un animal para trabajar en los campos.

—¿Qué podemos hacer? —balbuceó.

Tiekoro hizo un gesto de desesperación.

—¿Qué quieres que hagamos? Nada... —Pero enseguida pareció arrepentirse de sus palabras y se apresuró a corregirlas—: Rezar a Dios.

Entre los dos hermanos se hizo el silencio. Al cabo de un momento, Tiekoro preguntó:

—¿No te hace falta nada?

Sin decir palabra, Siga dio media vuelta. Entonces Tiekoro lo asió de un brazo y murmuró:

—Perdóname...

Era mucho, teniendo en cuenta su arrogancia, y Siga creyó haber oído mal. Giró sobre sus talones, mientras que Tiekoro se quedó donde estaba, con la mirada gacha, sintiéndose violento y avergonzado con su bonito caftán de seda. Siga se compadeció de él y dijo para consolarlo:

—No te preocupes por mí, estoy bien. Ha sido una suerte que me hayas encontrado, porque hoy es mi último día de trabajo aquí. Voy a trabajar como ayudante de un mercader.

—¿Vas a comerciar?^[56] —dijo Tiekoro, horrorizado.

—¿Preferirías que siguiese siendo arriero? —repuso Siga en tono burlón—. Además, tú bien que estás haciéndote morabito...

—Si quiero verte, ¿dónde te encontraré? —preguntó Tiekoro al cabo de un momento.

Siga se encogió de hombros.

—Ya te las arreglarás.

Acto seguido dio media vuelta y entró en el figón, desde donde sus compañeros seguían la escena con curiosidad.

Siga tenía ahora el mismo aspecto que los miserables con los que se relacionaba. Musculoso, mal arreglado, más bien sucio. Llevaba una chaqueta corta hecha de tiras de algodón teñido en azul y unos pantalones bombachos que le llegaban por encima de los tobillos. Sus pies se habían ensanchado y encallecido de andar descalzo. ¡Los dos hermanos ya no tenían nada en común! Ni siquiera el drama familiar que los había acercado momentáneamente podía cubrir esa distancia. Lentamente, Tiekoro se dirigió hacia el río. Se sentía responsable de la desaparición de Naba. Porque, si no se hubiera alejado de él para cursar sus estudios, ¿habría intimado con Tiefolo? ¿Se habría hecho cazador? ¿Y se habría embarcado en esa peligrosa aventura? ¿Qué debía hacer? ¿Regresar a Segu y consolar a su madre? ¿Le devolvería eso al desaparecido?

El puerto de Kabara, que comunicaba Tombouctou desde que el Issa-Ber había desviado ligeramente su curso, rebosaba de animación. Estaba cubierto de mercancías embaladas, preparadas para ser transportadas en embarcaciones. Mijo, arroz, maíz y sandías, así como tabaco y goma arábica, productos que se recogían en grandes cantidades en los alrededores de Goundam y del lago Faguibine. Comerciantes venidos de Fittouga llevaban en sus piraguas vasijas de barro, pescados secos y marfil. Una de sus embarcaciones iba cargada de esclavos: una decena de hombres asustados, demacrados, atados unos a otros con cuerdas hechas de raíces de árbol. Unas semanas antes, Tiekoro no habría prestado atención a un espectáculo tan corriente. Ahora todo había cambiado. Se acercó a los dos hombres que obligaban a aquellos desdichados a bajar a base de golpes.

—¿Qué vais a hacer con ellos?

Uno de ellos chapurreó en árabe que eran cautivos mossi destinados a un moro.

—¿Es que no sabes que son hombres como tú? —dijo Tiekoro en tono ampuloso.

Después se dio cuenta de que su actitud era ridícula. ¿Qué podía hacer contra un sistema tan antiguo? Desde el siglo XVI había esclavos negros que trabajaban en las azucareras marroquíes, por no hablar de los esclavos de la corona diseminados por todo el imperio. Se encaminó hacia Tombouctou.

Cuando llegó al patio de la universidad contiguo a la mezquita, numerosos estudiantes se agolpaban ya bajo las arcadas en espera de que abriesen la biblioteca. La invasión marroquí había causado pérdidas considerables de manuscritos. Así, la ingente obra de Ahmed Baba faltaba casi toda, aunque muchos eruditos habían donado tesoros de sus familias. Tiekoro había hecho rápidamente progresos que habían suscitado la admiración de sus maestros. Él, que había sido casi el hazmerreír de sus compañeros, se había convertido en uno de los estudiantes de lingüística y teología más brillantes. Ya daba clases en una de las ciento ochenta escuelas coránicas que había en Tombouctou. Nadie interpretaba mejor que él las palabras del Profeta y los actos de su vida. Y sin embargo, Tiekoro no era feliz. No era feliz porque amaba desesperadamente, como se ama a esa edad, y no estaba seguro de ser correspondido.

¿El objeto de ese amor?

Ayisha, la quinta hija de la primera esposa de su anfitrión, al-Hayy Baba Abu. Unas veces, los ojos rasgados de Ayisha le aseguraban que sabía cuáles eran sus sentimientos. Otras, expresaban el más despreciativo desdén. Procuraba no dirigirse nunca a él directamente, sino a través de su hermano pequeño Abi Azyd, un chiquillo travieso de nueve años: «A Ayisha le gustaría tener un collar de ámbar», «a Ayisha le gustaría tener una pulsera de plata», «a Ayisha le gustaría comer unos *takula* con miel»...

Y Tiekoro se apresuraba a proporcionarle todas esas cosas, sabiendo perfectamente que aquello era un crimen susceptible de atraer sobre sí la cólera de al-Hayy Baba Abu.

Además, como desde los doce años Tiekoro mantenía relaciones con las jóvenes esclavas de su padre, la obligación de pureza y castidad que le imponía la religión que había elegido lo torturaba. No podía evitar contemplar a las mujeres como paraísos de los que se había desterrado, y las sacudidas de su sexo bajo el caftán lo aterrorizaban. En ocasiones, el deseo de un cuerpo caliente y entregado lo atenazaba hasta el punto de que se le nublaba la vista. Se despertaba con los muslos impregnados de esperma, y mientras se lavaba, suplicaba a Dios que lo perdonase. Por añadidura, su amigo, confidente y mentor Mulay ‘Abd Allah, una vez finalizados sus estudios de derecho musulmán, se había marchado a Gao para ejercer la función de cadí de su padre, de modo que Tiekoro vivía terriblemente solo.

Para distraerse cuando acababa de impartir sus clases, Tiekoro acostumbraba a ir a un café regentado por unos moros. Allí se bebía té verde, se comían galletas de jengibre y se jugaba a un juego originario de la tierra de los blancos, que consistía en empujar piezas redondas de madera sobre un tablero del mismo material. Había algo en aquel ambiente relajado e inocente que a Tiekoro le recordaba la concesión de su padre.

Salía del excusado, una pequeña cabaña con el tejado de paja situada al fondo del patio de suelo arenoso, cuando vio a una joven totalmente desnuda con excepción de un tanga de fibra vegetal. El sol poniente iluminaba su piel negra. La visión de una virgen desnuda, o con los pechos al aire, era muy común en las calles de Segu. Pero el islam, que tenía un gran peso sobre las costumbres en Tombouctou, había puesto fin a esa costumbre denunciada desde la época del *askia* Muhammad. Ahora, las mujeres e incluso las muchachas se cubrían el cuerpo con vestidos confeccionados con telas venidas de Europa. Al ver aquellos pechos, aquellas nalgas, Tiekoro sintió una especie de vértigo. Tras pasar sin saludar por delante de la joven, ocupada aventando un fuego de excrementos de camello, pues la leña escaseaba, entró en el café y se acercó a al-Hassan, el propietario.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó.

—Una esclava —respondió el otro con indiferencia—. Unos marka se la ofrecieron a unos marroquíes para los harenes, pero no les pareció lo bastante bonita... La compré por casi nada.

Tiekoro salió de nuevo al patio. Estaba desierto. La muchacha había acabado de encender el fuego y permanecía de pie con los brazos colgando y las piernas, largas y prietas, ligeramente separadas, de forma que se le veía el interior de los muslos. Tiekoro se abalanzó sobre ella y la arrastró hasta el excusado. Ni él mismo entendía qué era lo que lo empujaba a hacer aquello. Se hubiera dicho que una fiera salvaje agazapada en su vientre intentaba liberarse desgarrándole la carne. La penetró. Ella gimió débilmente, como un niño, pero no se defendió. La poseyó varias veces, vengándose de aquellos largos meses de soledad, de aquella abstinencia y, también, de la desaparición de su hermano...

Finalmente se apartó de ella, aspiró el espantoso olor de excrementos y orina y deseó morir. Salió al patio. La muchacha lo siguió. Le habría gustado que se rebelara, que gritara. Pero ella no decía nada y permanecía a su espalda. Encontró fuerzas para murmurar en árabe:

—¿Cómo te llamas?

—Nadié.

Tiekoro se estremeció. Se volvió y la miró a los ojos por primera vez:

—¿Te llamas Nadié? Entonces, ¿eres bambara?

Ella inclinó la cabeza.

—De Beledougou,^[57] fama...^[58]

¡Una bambara! ¿Cómo no la había reconocido por el tatuaje peculiar del labio inferior, por las escarificaciones a la altura de las sienes? Así que había violado a una muchacha de su pueblo, cuando debería haberla defendido. Aquello hacía que su humillación fuera mayor. No valía más que los mercaderes de esclavos a los que había increpado el día anterior. Nadié apoyó una mano en su hombro. Él se levantó de un salto, como si lo hubiera tocado un animal inmundo —o quizá lo hizo porque sentía renacer el deseo—, y salió a la calle corriendo. Llegó al mismo paso a la casa de al-Hayy Baba Abu. Los ancianos tendidos sobre esteras ante la puerta de su casa, los niños y los vendedores de nueces de cola se preguntaban quién era aquel hombre perseguido por los *yinn*.

En el patio se cruzó con su anfitrión, acompañado de un hombre corpulento, suntuosamente vestido, con un turbante en la cabeza y la tez característica de los moros. Los saludó apresuradamente, y se disponía a entrar en su habitación cuando Abi Azyd apareció dando saltos y le contó sin esperar que se le preguntase:

—Abbas Ibrahim es un erudito de Marrakech que da clases en la universidad y ha escrito varias obras de metafísica. Es un gran honor que visite a nuestra familia y solicite casarse con mi hermana.

Un sudor frío inundó a Tiekoro, pues las cuatro hijas mayores de al-Hayy Baba Abu ya estaban casadas.

—¿Qué hermana? —balbuceó.

Abi Azyd dio un salto a la pata coja primero sobre un pie y luego sobre el otro.

—Mi hermana Ayisha —dijo en tono burlón.

¡Ah, el castigo de Dios no se hacía esperar! Era culpable de fornicación. Se había hecho indigno de aquella a la que amaba e inmediatamente le era arrebatada. Con todo, no podía resignarse a aceptar sin más aquella sentencia. En Segu, las reglas del matrimonio eran a la vez simples y complejas. Era un asunto entre familias del mismo rango, un ir y venir de regalos, nueces de cola y cauris transmitidos por *nyamakala*, hasta llegar al pago de la dote en oro y en ganado y a la ceremonia final. Si se hubiera quedado allí, un día Dusika lo habría llamado para comunicarle que había llegado el momento de tomar una mujer y le habría aconsejado una compañera. Pero Tiekoro ignoraba totalmente cómo se hacían esas cosas en Tombouctou. Era consciente de que, pese a su nacimiento, el hecho de ser extranjero lo eliminaba como posible partido a los ojos de al-Hayy Baba Abu. No obstante, tendría valor para hacerle frente si supiera qué sentía Ayisha por él. Pero ¿cómo averiguarlo? ¿Cómo acercarse a ella? ¿Cómo hablarle sin que nadie los vigilara?

En ese momento entró un criado con el agua caliente para el baño.

—Llevas el caftán manchado de barro, Umar-observó.

En un instante, Tiekoro revivió la horrible escena. El excusado y la tabla de madera con un agujero circular sobre una tinaja de barro. Alrededor, el barro formado por el agua de las abluciones y él revolcándose en ese fango. Al mismo tiempo, lo invadía el deseo de ver de nuevo a aquella muchacha y volver a zambullirse en el agua de su vientre. ¿Había decidido Dios volverle loco? ¿Por qué ese divorcio entre los impulsos de su corazón y los deseos de su carne?

*¡El fuego de Alá, el fuego que abrasa,
que se eleva por encima de los patios de los condenados!
¡En verdad, es como una bóveda que reposa
sobre altas columnas por encima de ellos!*

De repente, Tiekoro tuvo una idea. ¡Mulay ‘Abd Allah! Recurriría a su amigo y le pediría que fuese a Tombouctou. Tan sólo él podría aconsejarle y, dado que estaba al corriente de las costumbres del lugar, sondear las posibilidades de acción. Sin esperar ni un minuto, se puso a escribirle.

En Tombouctou, los notables, las personas distinguidas constituían tres grupos: los *armas*, que detentaban el poder militar y político, los jurisconsultos y, por último, los comerciantes. Estos últimos eran los principales guardianes del orden social, pues sus caravanas, sus embarcaciones y sus establecimientos eran los primeros blancos cuando se producían disturbios. ‘Abd Allah pertenecía a la prestigiosa familia *arma* de los Mubarak al-Dari. Sin embargo, debido a su carácter tranquilo se adaptaba con dificultad al oficio de las armas. De modo que un buen día renunció a los atributos de su clase —sable y vestiduras blancas con chales rojos, amarillos, verdes o negros según el grado— para dedicarse al comercio, y le había ido muy bien, ya que en aquellos momentos poseía una de las mayores fortunas de la ciudad. Su casa, situada

junto a la puerta de Kabara y construida con ladrillos redondos, albergaba a un sinnúmero de sirvientes y esclavos. Comerció con mercaderes de Fez, Marrakech, Argel, Trípoli y Túnez, principalmente en sal, que enviaba en barras, pero también en telas, sésamo y otros. Unos diez años antes, había perdido en la gran epidemia de peste a sus dos esposas y sus cinco hijos. Después de aquello no había querido casarse otra vez, y se contentaba con una sirvienta para saciar sus deseos carnales cuando los tenía.

Era, como resulta fácil imaginar, un hombre sombrío, taciturno, que podía pasar días enteros sin pronunciar palabra. Y sin embargo, le había tomado cariño a Siga. Apreciaba la seriedad con la que éste escoltaba las mercancías hasta el puerto, la modestia de su comportamiento, y estaba convencido de que aquel joven bambara era más honrado que todos los muchachos de su edad metidos en la misma actividad. De modo que le había propuesto entrar a su servicio a cambio de ser alimentado, alojado y convenientemente vestido, además de instruido en todos los misterios de las transacciones comerciales. Siga, que estaba harto de su vida ruda de arriero, se había apresurado a aceptar. Hacía ya dos años, efectivamente, que dormía entre una docena de cuerpos malolientes en una exigua cabaña del barrio de Albaradiou, se levantaba antes del amanecer, transportaba sobre los hombros o la cabeza pesos considerables y era despreciado por todos. Cuando pensaba en Segou y en sus padres, a veces lo invadía un violento rencor. Porque, si a Tiekoro se le había antojado convertirse y hacerse estudiante, ¿por qué motivo le habían encomendado a él la misión de acompañarlo? ¿Acaso era el esclavo de su hermano? Así, cuando imaginaba que volvía a su casa, se veía conquistador, orgulloso, seguido de una caravana de doce camellos cargados de objetos desconocidos en Segou. La gente saldría a la calle: «¡Eh! ¿No es éste el hijo-de-la-que-se-tiró-al pozo?» Los *diely*, al percibir el olor del oro, irían tras él, y Dusika lamentaría no haberle hecho caso.

La voz de ‘Abd Allah lo sacó de sus sueños de gloria.

—He dejado ropa en tu habitación. Era mía, pero te la regalo. Eres tan alto y corpulento que te quedará bien. Después ve a casa del bajá a llevarles *chites* de Pondicherry a sus mujeres. Las había encargado para ellas.

Mientras Siga descubría el atractivo de circular por las calles como un muchacho que ejerce un oficio honorable, seguido de dos esclavos, Tiekoro, por su parte, seguía reconcomiéndose. Si al-Hayy Baba Abu contemplaba la posibilidad de entregar su hija a un hombre de Marrakech, eso significaba que no tenía nada en contra de los extranjeros. Es cierto que se trataba de un marroquí, y Tiekoro conocía perfectamente las relaciones especiales que mantenían éstos con la población de la región. De todas formas, su amor por Ayisha y su deseo de ella eran tales que se sentía capaz de hacer frente a su padre, aunque primero tenía que averiguar si la joven lo apoyaría. ¿Debía esperar a Mulay ‘Abd Allah para que le hiciera de intermediario? La carta que le había escrito tardaría por lo menos cuatro semanas en llegar a Gao...

En la escuela coránica donde daba clases Tiekoro sólo se impartía una enseñanza elemental: un poco de caligrafía, conocimiento de la fatiha y de las primeras azoras

del Corán. Como cada alumno le pagaba siete cauris a la semana y tenía veinte, se hallaba a cubierto de la necesidad. Dejó marchar a los niños y, en vez de dirigirse a la universidad, decidió regresar a casa de su anfitrión.

Con el paso del tiempo, los sentimientos de Tiekoro hacia Tombouctou habían cambiado. Al principio había albergado la esperanza de introducirse en aquella ciudad prestigiosa, de entablar relaciones, amistades. Después había comprendido que eso era imposible. La altivez y la arrogancia de los eruditos que le rodeaban lo impedían. Tenías que haber «nacido», tener ulema^[59] entre tus antepasados. Entonces había empezado a detestar Tombouctou, deseando que los tuareg la destruyeran como habían hecho anteriormente en numerosas ocasiones, que no quedara más que un montón de cenizas rodeado de osamentas blancas. Buscaba las señales que anunciaran su declive: muros agrietados, perforados, taponados con esteras, con gavillas de paja. ¡Qué dicha el día que volviera a ver las altas murallas de Segou y las orillas del Djoliba, repletas de mujeres con los pechos desnudos lavando y sacando agua con calabacinos!

Andaba de prisa, cruzándose sin verlos con moriscos vestidos de azul índigo, con tuareg que asían firmemente el sable, con *arma* y con innumerables porteadores de agua que regresaban de los pozos del noroeste y esclavos que acarreaban barras de sal atadas con cuerdas. Ese espectáculo que antes le intrigaba, le dejaba ahora indiferente.

¿Cómo podía averiguar lo que Ayisha sentía por él? ¿Haciéndole llegar una carta a través de Abi Azyd? ¿Y si cayera en manos de al-Hayy Baba Abu?

Al empujar la puerta de entrada, se encontró cara a cara con Ayisha, que estaba de pie en el patio esperando a la esclava que debía acompañarla.

Era muy raro que tuviesen ocasión de estar solos. Ayisha siempre iba acompañada de una esclava, de una hermana pequeña, de una amiga, de una pariente. Por otro lado, la vasta vivienda de al-Hayy Baba Abu se dividía en dos partes; una estaba reservada a la escuela y a sus huéspedes, permanentes o de paso, mientras que la otra constituía su residencia privada. Pero esa residencia privada se subdividía a su vez en estancias para recibir amuebladas al estilo marroquí, un gabinete de trabajo, una biblioteca con ricos manuscritos colocados en estanterías, y aposentos para los niños y las mujeres, por lo que nunca se veía a estas últimas. En dos años, Tiekoro no había coincidido más de tres veces con las esposas de su anfitrión: la marroquí y la antigua esclava songay. Ayisha permanecía en el centro del patio. La jovencita, a punto de cumplir dieciséis años, era sin duda alguna adorable. La sangre marroquí de su madre y la sangre mestiza de su padre la convertían en una perfecta *mwallidun*^[60] de tez clara y brillante, con largos cabellos rizados, trenzados y sembrados de hilos de oro que le llegaban hasta la cintura. Hacía un leve mohín con los labios que no se sabía si era amistoso o burlón.

—En el nombre de Alá, Ayisha —susurró Tiekoro—, tengo que hablar contigo...

Ella pareció dudar, volvió la cabeza hacia la esclava que se acercaba apresuradamente y murmuró:

—A la hora de la siesta enviaré a Zubeida, mi esclava favorita, a buscarte a tu habitación.

Al oír aquellas palabras, Tiekoro creyó estar soñando. Tan sólo en sueños le había dedicado Ayisha una mirada cordial y, cosa más inesperada aún, una sonrisa. En la realidad era pura indiferencia. El joven permaneció inmóvil, sintiendo que oleadas alternativamente frías y calientes le recorrían el cuerpo, mientras ella desaparecía en el interior de la casa con Zubeida. Luego lo invadió el pánico. ¿Sería una trampa? Recordó las advertencias de su amigo Mulay ‘Abd Allah: «Es una coqueta. Nos ha enamorado a todos para después burlarse de nosotros...»

Pero ¿por qué iba a burlarse de él? No, seguro que compartía su amor, su deseo. Se imaginó estrechándola entre sus brazos y la emoción fue tan fuerte que estuvo a punto de desmayarse. Ayisha. ¡Tres sílabas inefables! ¡Jamás le había parecido que el tiempo pasaba tan lentamente!

Por fin llamaron quedamente a la puerta de su habitación. Era Zubeida, que llevaba en las manos un caftán.

—Toma, ponte esto. Te tomarán por un comerciante hausa que viene a ofrecer perfumes...

Tiekoro la siguió hacia el interior de la casa. En la planta baja estaban instaladas las dos esposas de al-Hayy Baba Abu con sus hijos pequeños. Por una escalera de caracol se accedía al primer piso, donde se alojaban los hijos mayores —las chicas a un lado y los chicos al otro— en grandes estancias con el techo de vigas de duma^[61] ensambladas y blanqueadas. Por todas partes había chiquillas y chiquillos que corrían y jugaban impetuosamente, armando un gran alboroto. Ayisha estaba sola en su habitación. El suelo de tierra blanqueada estaba literalmente alfombrado de vestiduras de tul y seda. Pantalones bombachos, anchos cinturones, chales, blusas cortas bordadas que la mano impaciente de su dueña había dejado caer descuidadamente. Había cuencos de arcilla llenos de anillos de cornalina, collares de ámbar, pulseras de plata cincelada y largas cadenas de oro con colgantes en forma de estrella de cuatro puntas. Un minúsculo par de babuchas adornadas con hilos de oro parecían esperar que Ayisha decidiese echar a andar de nuevo.

Tiekoro miraba aquello extasiado.

No había entrado nunca en la habitación de una mujer. Y si lo hubiera hecho en Segu, no habría visto más que un mobiliario rudimentario. Una estera en el suelo y, en un rincón, unos calabacinos. Tal vez un taburete. Además, las esclavas con las que había satisfecho sus deseos iban con el torso desnudo y las nalgas moldeadas por un pareo muy ceñido. Y ahora descubría que esa desnudez sin misterio resultaba menos turbadora que este cuerpo cubierto de telas, tan cercano que aspiraba su perfume. Intentaba adivinar sus formas. Los pechos puntiagudos... el vientre...

Ayisha interrumpió secamente aquella inspección.

—¿Qué quieres de mí? Hace meses que me persigues con la mirada. ¿Qué quieres?

Aquel principio no era el que él esperaba y lo había pillado por sorpresa.

—No es bueno vivir en un país extranjero —balbuceó Tiekoro—. Nadie conoce a tu familia ni tu rango. En el mío, yo soy un noble. Mi padre, que ha ocupado puestos importantes en la corte, es uno de los hombres más ricos...

—¿Un fetichista? —lo interrumpió Ayisha.

Tiekoro había previsto esa objeción y dijo con calma:

—Practica la religión de sus padres. Ellos creen que el mundo ha sido creado por dos principios complementarios, Pemba y Faro, salidos ambos del espíritu...

—¡Estupideces! ¡Blasfemias!

Tiekoro notaba que lo invadía la cólera, pero se contuvo.

—Yo he roto con esa idolatría. ¿No es eso lo que cuenta?

Ayisha lo miró con sus hermosos ojos marrón claro, en los que él era incapaz de leer, y dijo:

—Al parecer, en tu país coméis en calabacinos y no en cuencos de arcilla, dormís sobre esteras y no sobre camas hechas con pieles de buey, y las muchachas van completamente desnudas.

Tiekoro buscó una respuesta. Sin embargo, lo peor aún estaba por llegar.

—Dicen que ofrecéis hombres en sacrificio a vuestros dioses —prosiguió Ayisha, enrollando una de sus trenzas en torno a los dedos.

Una especie de hoguera incendió el cuerpo de Tiekoro, que protestó:

—¡Hace años! ¡Hace años! ¡Y únicamente en los casos graves que afectaban al reino!

Ayisha esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus pequeños y blanquísimos dientes. Luego se recostó entre los cojines de la cama. Al hacer ese movimiento, la blusa se le levantó, mostrando la piel sedosa y blanca de su vientre. Aquello era más de lo que Tiekoro podía soportar. En el emerger de su deseo influía la voluntad de vengarse por el humillante interrogatorio que acababa de sufrir y de hacerle una demostración de la virilidad bambara. ¡Ah, cómo iba a hacerla gozar! ¿Sería capaz de disimular su placer? De un salto, se abalanzó sobre ella y deslizó una mano hasta sus pechos al tiempo que la inmovilizaba con las rodillas. Cuando estaba acercando la cara a la suya, de pronto ella le escupió y dijo con voz sibilante:

—¡Aparta las pezuñas, sucio negro!

Tiekoro se incorporó. Ayisha lo miraba con ojos iracundos y una expresión de odio que eliminaba toda la belleza de sus facciones:

—¡Aparta las pezuñas! Eres negro, apestas... ¿De verdad creías que me casaría contigo? ¡Aparta las pezuñas te digo! ¡Zubeida!

Siga se había acostado temprano porque estaba cansado. Se había pasado el día bajo el sol, vigilando las operaciones de descarga de una caravana que llevaba nueces de cola desde el reino ashanti, pasando por Bonduku y Boan. Las nueces llegaban en

grandes cestos que había que numerar antes de relacionar cuidadosamente su contenido. Después había que pagar a los transportistas, siempre a punto para estafar unos cauris. Como Siga era joven y acababa de empezar a trabajar para 'Abd Allah, todo el mundo tenía la intención de aprovecharse de él. ¡Ah, no eran una sinecura sus nuevas funciones en casa del comerciante! Siga se hallaba sumido en esa placentera somnolencia que precede al sueño profundo, cuando los sentidos están semiembotados. Le parecía que había vuelto a Segú, que estaba junto a Nya. Nya, el único ser que lo había querido. ¿Cómo soportaría la desaparición de Naba? Tres de los muchachos que había criado, tres hijos suyos estaban lejos. Pero él regresaría. Regresaría con ella y pondría a sus pies el oro que iba a amasar. Le diría:

*Madre querida,
madre que da libremente todo lo que posee,
madre que no abandona nunca el hogar,
madre, yo te saludo,
el hijo que llora llama a su madre,
¡madre querida, aquí estoy!*

En ese momento llamaron enérgicamente a la puerta. Siga se puso de mal humor. ¿Quién iba a molestarlo? ¿Sería su amigo, el arriero Ismael? Pero ¿acaso no lo había visto a la hora de comer? Se levantó, tiró del pesado batiente de madera y, en la penumbra, reconoció a Tiekoro.

—¡Otra vez tú! —exclamó, sorprendido—. Está claro que creces entre los granos de arena...

—Déjame entrar —dijo Tiekoro con voz ronca—. ¡Ya bromearás después!

Siga tenía el corazón sensible. Había sufrido demasiado de pequeño para no reconocer el dolor cuando lo veía. Enseguida notó que había sucedido algo terrible en la vida de su hermano, más terrible aún para él que la desaparición de Naba, y se apresuró a preguntar:

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Por toda respuesta, Tiekoro rompió a llorar. ¡Ver llorar al arrogante Tiekoro, verlo cogerse la cabeza con las dos manos como un niño o una mujer era inimaginable! Siga se arrodilló junto a él y dijo en un susurro:

—Vamos, habla...

Al cabo de un rato, Tiekoro logró controlarse. Con frases breves, entrecortadas, contó su desventura. La cita con Ayisha no era en realidad sino una trampa. La sirvienta Zubeida había avisado a la madre de Ayisha, que estaba descansando en el primer piso, y ésta se había puesto a gritar como una histérica. Al volver al-Hayy Baba Abu, que estaba comiendo con un amigo en el barrio de los Jefes, no lejos de la residencia del bajá, había sido informado de los hechos e inmediatamente había ordenado que echaran a Tiekoro a la calle. Pero Tiekoro estaba seguro de que las

cosas no quedarían así. Al-Hayy Baba Abu haría que lo expulsaran de la universidad, y entonces, ¿qué sería de él?

Siga se esforzó en tranquilizarlo:

—¿Por qué iba a hacer eso? Basta con que ya no estés en su casa rondando alrededor de su hija. Si no quiere que te cases con ella...

—No —dijo Tiekoro, negando vehementemente con la cabeza—, tú no conoces la arrogancia de esos *mwallidun*. Nos odian y nos desprecian. Pero ¿por qué?... ¿Por qué?... Somos tan ricos y de tan buena cuna como ellos.

Y es que Tiekoro no se veía a sí mismo como «negro». Para él, esa palabra no significaba nada. Él era bambara, súbdito de un estado poderoso y temido por todos los pueblos de la región. Que se le pudiera reprochar el color de la piel le resultaba incomprensible. Sí, a él le había gustado el de la piel de Ayisha porque había visto pocas personas que la tuvieran así, pero la cosa no iba más allá. Por lo demás, sabía que en Segu muchos no dejarían de murmurar por considerarla albina^[62] y que él tendría que convencerlos de lo contrario. Pero, de todas formas, ¿por qué ese deseo de destruirlo a toda costa? Si no compartía sus sentimientos, ¿por qué no se lo había dicho sin más? Empezó a andar arriba y abajo por la habitación, haciendo mil planes:

—¿Y si fuera a arrojarme a los pies de al-Hayy Baba Abu? No, no me recibiría. ¿Y si fuera a suplicarle al imán de la mezquita-universidad? Es muy arriesgado, porque imagínate que al-Hayy no le dice nada de todo este asunto... ¿Qué puedo hacer? —De repente se quedó parado—. ¿Tienes algo para escribir?

—¿Escribir?

¡Habría sido insólito que Siga lo tuviera, puesto que no sabía trazar ni una letra!

—Tengo que mandarle una misiva a mi amigo Mulay ‘Abd Allah —anunció Tiekoro—. Su padre fue cadí en Tombouctou y ahora lo es él, o sea que no le faltan amistades entre los ulema. Sólo él puede sacarme de este terrible embrollo...

Pese a la bondad de su corazón, Siga no dejaba de sentir cierta satisfacción al ver sufrir semejante desventura a un hermano que lo había tratado con tanta superioridad. Pero, al mismo tiempo, estaba dispuesto a albergarlo y ayudarlo todo el tiempo que fuera necesario. Desenrolló una estera que guardaba en un rincón para cuando alguna muchacha pasaba la noche con él y dijo:

—Aquí estás en tu casa. ¿Hace falta que te lo diga?

Tiekoro se acostó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sin embargo, fue incapaz de conciliar el sueño. Las palabras de uno de sus maestros de la universidad acudían a su mente. En la fe hay tres grados. El primero, adecuado para la masa, es canalizado por las prescripciones de la ley. El segundo es adecuado para los hombres que han vencido sus defectos y se han adentrado en el camino que conduce a la verdad. Y, finalmente, el tercer grado es patrimonio de una elite. Los que acceden a él adoran a Dios de verdad y en la luz sin color. La Verdad divina florece en los campos del Amor y de la Caridad. Ese grado era el que él quería alcanzar. Pero ¿se lo permitiría su cuerpo, su cuerpo obtuso, ávido, despreciable?

Tendida en una estera en el balcón de su casa, en Gorée, la *signare* Anne Pépin se aburría. Llevaba diez años aburriéndose, desde el regreso a Francia de su amante, el caballero de Boufflers, que había sido gobernador de la isla. Éste había reunido el dinero suficiente para casarse con su bella amiga, la condesa de Sabran, y esa ingratitud todavía le quitaba más el sueño a Anne. No podía olvidar que, durante unos meses, ella había estado en el candelero y organizado fiestas, bailes de disfraces y espectáculos teatrales, como en la corte del rey de Francia. Ahora todo había acabado. Se hallaba de nuevo abandonada en aquel bloque de basalto, tirada en las aguas de la península de Cabo Verde, único establecimiento francés junto con la factoría de Saint-Louis en el continente africano, en la desembocadura del río Senegal.

Todo iba de mal en peor desde hacía unos años. No se entendía nada de lo que ocurría en Francia. En 1789 había estallado la Revolución y después se había proclamado la República. Desde entonces no hacían más que sucederse órdenes contradictorias. Abolición de la trata y del comercio de esclavos. Restablecimiento de la trata. Y a eso había que añadir los ataques de los ingleses, rivales comerciales de los franceses.

Gracias a Dios, eso no afectaba a los negocios. Con el pretexto de reabastecerse de agua o de realizar reparaciones urgentes, barcos de todas las nacionalidades entraban en la rada y seguían cambiando sus mercancías por esclavos.

Anne Pépin había cumplido treinta y cinco años, pero afirmaba tener veinticinco, como si quisiera detener su vida en la fecha en que el caballero de Boufflers se había marchado. Había sido y era aún toda una belleza. Un oficial con vocación de poeta que la había cortejado en vano, decía que conjugaba la sutil distinción de Europa y la impetuosa sensualidad de África, pues si bien era hija de Jean Pépin, cirujano destinado al fuerte de Gorée, su madre era una negra uolof de la que éste se había enamorado. Anne tenía la tez bastante oscura, pero largos y sedosos cabellos castaños con reflejos rojizos que le llegaban hasta más abajo de la cintura. Lo más extraordinario, sin embargo, eran sus ojos, que no se sabía si eran azules, grises o verdes, ya que cambiaban de color según la hora del día y la luz. Vestía como las demás mestizas de Gorée, las *signares*, nacidas de los amores entre africanas y oficiales del fuerte o empleados de las diferentes compañías que habían intentado hacer fortuna comerciando en telas, alcohol, armas, barras de hierro y, sobre todo, esclavos, pero que no habían tenido demasiado éxito debido a las malversaciones de aquéllos. Llevaba una amplia falda ahuecada de seda a cuadros azules y malva con una trama blanca, una blusa de encaje calada y un inmenso chal amarillo azufre, el

color dominante del pañuelo que le cubría la cabeza, anudado de un modo provocativo a fin de dejar libres los rizos de la nuca.

Anne Pépin no era la única que se aburría en Gorée. Porque allí no pasaba nada. La vida transcurría al ritmo de las idas y venidas de los barcos que iban a buscar esclavos. Una o dos veces al mes, los hombres engañaban el aburrimiento organizando partidas de caza mayor en los bosques de Rufisque, en el continente, jugando a las cartas o bebiendo aguardiente. ¡Pero las mujeres! Si no eran devotas y no se entretenían rezando, ¿qué podían hacer? Contaban con los amantes, por supuesto. ¡Pero hacer el amor nunca ha llenado los días! Anne suspiró, se levantó y rodeó el balcón para pedir desde lejos a un esclavo que le llevara un refresco muy frío.

Quien levantó la cabeza hacia ella, de mala gana, fue Jean-Baptiste.

Un año antes, el hermano de Anne, Nicolás Pépin, había llevado a Jean-Baptiste de casa de su amigo el gobernador del fuerte de Saint-Louis, gabarra inmóvil anclada en el río Senegal. El gobernador lo había comprado por una elevada suma, debido a su atractivo, para convertirlo en lacayo. Pero, desgraciadamente, había resultado que Jean-Baptiste sufría una especie de postración de la que sólo salía para intentar suicidarse. Nicolás, que había visto trabajar a su padre, Jean Pépin, se había interesado por esa enfermedad. Había llevado al muchacho al hospital de Gorée y, mal que bien, había conseguido que se recuperara. Incluso había escrito un pequeño opúsculo, *De las manías suicidas de los negros de la Pequeña Costa*, gracias al cual había obtenido cierto crédito. Una vez Jean-Baptiste parcialmente curado, se había desinteresado de él y se lo había dado a su hermana, que vivía de un modo más lujoso, pues la concesión de Anne Pépin albergaba a sesenta y ocho esclavos. Si Jean-Baptiste levantaba la cabeza de mala gana era porque odiaba ese nombre que le habían puesto tras un simulacro de bautismo en la capilla del fuerte, pues en realidad él se llamaba Naba.

Y además, porque lo obligaban a dejar su ocupación favorita, la horticultura. Sin prisa, fue a decirles a dos esclavas que charlaban en el patio, repleto de buganvillas, que la señora las llamaba. Una de ellas, recogiendo el amplio vestido fruncido y adornado con encaje, acudió corriendo.

La población africana de Gorée se dividía en dos grupos. Por una parte, los esclavos domésticos asignados al servicio de los oficiales del fuerte o de las *signares* y los auxiliares encargados de los distintos trabajos en la isla. Por la otra, el ganado humano que se pudría en las esclaverías. No existía ninguna relación entre los dos grupos: el primero, bautizado y con nombres cristianos, no estaba expuesto a que lo vendieran; el segundo, una masa informe y miserable, permanecía allí hasta el momento de ser embarcado rumbo a América. Con todo, los esclavos domésticos no podían olvidar la presencia de los esclavos de trata, cuya condición los sublevaba o los conmovía pero, desde luego, jamás los dejaba indiferentes.

Se comunicaban entre sí las fechas de salida de los barcos negreros y a qué cantidad ascendía la carga. Salían al camino adoquinado que llevaba a la playa del Castel para intentar verlos hacerse a la mar en dirección a las Américas. Al mismo tiempo, se esforzaban en no manifestar sus sentimientos, en continuar sirviendo, en mantener la mirada gacha, diciendo dócilmente: «Sí, amo. Sí, ama.»

Naba cogió el calabacino que había ido a buscar al patio y volvió al huerto.

El huerto de Anne Pépin era inmenso. La tierra, al igual que la del resto de la isla, era seca y arenosa. Afortunadamente, entre el huerto y el mar había un pozo de agua poco salobre, y Naba había inventado él sólo un auténtico sistema de irrigación. Así pues, bajo sus cuidados crecían todas las plantas raras, agradables a la vista y buenas para el paladar, que habían introducido los navegantes. Melones, berenjenas, limones, naranjas, coles. Naba les hablaba a sus plantas. En cuanto el primer tallo arrugado, con dos o tres tímidos brotes verde claro, salía de la tierra, lo regaba diciéndole cosas que su madre le decía a él cuando era pequeño, mientras ante sus ojos pasaba toda su vida en Segu. Nya lo estrechaba contra sí.

*Vamos, hijo mío,
vamos, hijo mío,
¿quién te ha asustado?
La hiena te ha asustado.
Deprisa, llevémoslo a Koulikoro.
En Koulikoro hay dos cabañas,
la tercera es una cocina...*

Después se levantaba tres veces hacia oriente y hacia poniente. ¡Nya! Cuando Naba pensaba en su madre, se le saltaban las lágrimas. ¡Qué disgusto le había causado su desobediencia! ¿Habría podido soportar su desaparición? Recordaba su cara después de las ceremonias de circuncisión, cuando él había salido del bosque sagrado. Cantaba, orgullosa, con las demás mujeres:

*¡Ha llegado una cosa nueva!
Que todos tiren las cosas viejas,
que cojan lo que es nuevo.*

A veces pensaba en Tiekoro, su querido hermano mayor. ¿Se habría convertido en lo que quería ser, en un erudito? ¿Seguiría en Tombouctou o habría regresado a Segu? ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos?

Naba dejó con cuidado los tomates dentro de un gran calabacino. ¡Qué fruto tan extraordinario el tomate! A través de él, el dios Faro fecunda a las mujeres. Contiene en germen el embrión, pues sus semillas son múltiplo de siete, número de la gemelaridad que es el fundamento de lo humano. En Segu, Nya cultivaba junto a su cabaña un pequeño huerto de tomates, el huerto de Faro, cuyos frutos trituraba para

ofrecérselos al dios en la cabaña de los altares. De modo que, cada vez que cogía tomates, Naba se sentía como si estuviera al lado de su madre, envuelto en su olor y su calor.

Se levantó y llevó el calabacino a la cocina, donde las esclavas habían empezado otra vez a parlotear. Ahora tenía que ir al jardín público, diseñado años antes por Dancourt, director de una compañía, pues Anne Pépin le permitía alquilar sus servicios a cambio de una pequeña retribución, lo justo para comprarse unas hojas de tabaco y un poco de aguardiente.

A lo largo de los años, Gorée se había desarrollado considerablemente. Cuando los franceses se la habían arrebatado a los holandeses, que a su vez se la habían quitado a los portugueses, sólo había dos fuertes, simples construcciones de piedra de cuarenta y cuatro metros por cuarenta y cuatro, armadas con siete u ocho cañones y rodeadas por una muralla almenada de piedra y tierra, que albergaban a un centenar de soldados, una veintena de empleados y obreros especializados y un catequista, «consuelo de los enfermos», el cual presidía las oraciones. Después, los franceses la habían convertido en la sede de la compañía de Senegal, que había sucedido a la Compañía de las Indias Occidentales, y dado prioridad a la trata de esclavos, que si bien no enriquecía a las compañías, sí enriquecía a los individuos, pues éstos amañaban las cuentas, realizaban falsas declaraciones de entrada y salida de las mercancías y utilizaban pesos falsos. Poco a poco, Gorée había atraído a la población del continente. Como el reglamento prohibía la presencia en los establecimientos franceses de las esposas de los empleados casados, estos últimos habían mantenido relaciones carnales con africanas y, como consecuencia de ello, había nacido toda una población mestiza que también se había enriquecido con el comercio y hacía trabajar a numerosos esclavos domésticos. Se habían construido bellas casas de piedra de un piso. Otras estaban cubiertas por techados de paja o terrazas de tablas. Se había edificado también un vasto hospital, así como una iglesia donde los domingos las *signares* rivalizaban en elegancia.

Para ir de la casa de su ama al jardín público, Naba tenía que pasar por delante de la esclavería central, construida por los holandeses. Era una recia construcción de piedra, concebida para desalentar todo intento de evasión, rodeada por una muralla de varias pulgadas de grosor y a la que se accedía por una puerta baja y con reja que daba al mar. Ése era el camino que conducía a los barcos negreros, encargados de llenar sus bodegas de hombres. A Naba le fascinaba aquel lugar. ¡Tanta desesperación en un espacio tan limitado!

La entrada de visitantes estaba prohibida, pero en Gorée se tenía a Naba por loco, así que los guardianes, libertos armados con fusiles o «gatos de nueve colas», lo dejaban circular libremente entre los esclavos. Se había convertido en una figura familiar, con su saco lleno de fruta que repartía entre las mujeres, los niños, todos aquellos infelices abrumados por la desesperación. Subió con presteza la escalera de piedra de la esclavería central. Durante unos días había estado vacía. Pero la noche

anterior, un barco había descargado. Uno de los guardianes paseaba de un lado a otro bajo el tejadillo, muy ufano porque tenía un fusil y fumaba con una pipa de Holanda. Al ver a Naba, masculló:

—¿Otra vez tú aquí?

Luego se secó la frente con un pañuelo nuevo de Pondicherry, símbolo indiscutible de su posición social, ya que se trataba de un artículo comprado a los comerciantes europeos.

Sin prestarle la más mínima atención, Naba entró en el siniestro edificio.

—Querida amiga, no bromeo. ¡Debéis convenceros de que la trata será definitivamente abolida!

Anne se encogió de hombros.

—Oficialmente, por decreto, sí —dijo—. Pero sobre el terreno será otro cantar. Porque siempre se necesitarán esclavos.

Anne y su hermano Nicolás habían heredado de su padre una honorable renta. Sin embargo, al igual que todos los habitantes de Gorée, amasaban su fortuna practicando el comercio de esclavos, así como el de pieles y cera que obtenían en el continente.

—Creedme —insistió Isidore Duchâtel—, hay que ir pensando en otra fuente de ingresos. Hacedme caso. En París se habla de promocionar Cabo Verde y plantar allí algodón egipcio, índigo y también patatas, olivos...

Anne se echó a reír.

—Todo eso acabará como en la Guayana —dijo—. ¡Será un fiasco!

Isidore negó vehementemente con la cabeza.

—¡En absoluto! La Guayana estaba en el otro extremo del mundo, y Cabo Verde está a dos pasos de nosotros.

Se acercó a la ventana y señaló el jardín, con sus árboles frutales y sus parterres de flores multicolores.

—Anne, recordad que esta isla donde tantas cosas crecen ahora estaba deshabitada y más pelada que un huevo. Francia está pensando enviar ingenieros a Cabo Verde y crear un huerto para experimentar con todas las plantas posibles, procedentes de todos los rincones del mundo. Es un proyecto grandioso.

Anne Pépin volvió a encogerse de hombros. Gorée sin esclavos, ¡vaya ocurrencia! Gorée sin comercio. ¡Tan inconcebible como el cielo sin estrellas ni sol! Miró a Isidore con impaciencia. Era su último amante hasta la fecha, uno de los escasos hombres que le habían procurado alguna diversión desde la partida del caballero. Pero sospechaba que le era infiel y la engañaba con negras, esclavas domésticas que se ocupaban del cuidado de su casa. Había estado varios días sin verlo. ¿Por qué? Y en vez de darle una explicación, le contaba cuentos chinos.

—¿Es eso todo lo que tenéis que decirme? —preguntó, irritada.

Isidore, que a todas luces no estaba ese día para pensar en galanterías, dijo de pronto:

—Vendedme a Jean-Baptiste.

—¿Jean-Baptiste? —repitió ella, desconcertada—. ¿Mi jardinero?

Isidore Duchâtel era uno de los oficiales superiores, pero vivía en una casa que había pertenecido a un antiguo director de la Compañía de Senegal, François Le Juge, y se desplazaba hasta el fuerte. A diferencia de casi todos los demás oficiales, era un hombre inteligente, muy ambicioso y, por añadidura, bastante espiritual, a quien la vida de guarnición pesaba. Pese a la prohibición formal del gobierno, se entretenía comerciando: conseguía mercancías que llegaban a la isla y las revendía, obteniendo un beneficio. Asimismo, se las arreglaba para proporcionar las mejores piezas de Indias a los negreros con los que tenía tratos. Aquel proyecto de instalarse en la península de Cabo Verde y llegar a poseer una plantación del tipo de la de las Antillas le hacía soñar. ¡Al parecer, allí hacían fortuna con la caña de azúcar, el café y el tabaco! Y la habilidad de Naba como jardinero también había atraído su atención. Con la ayuda de un esclavo como él, ¿qué no conseguiría? Además, Naba sabría adaptar a sus congéneres, mejor que un amo blanco, a los experimentos agrícolas. Isidore ya se veía recorriendo sus campos cuando Anne Pépin le hizo bajar de las nubes diciendo:

—No puedo venderos a Jean-Baptiste. ¿Acaso olvidáis que está bautizado?

—Entonces —propuso Isidore en tono ligero—, casaos conmigo y compartiremos nuestros bienes...

Se refería, por supuesto, a uno de esos supuestos matrimonios que los franceses contraían con las *signares* y que no tenían ningún valor legal. No les impedían regresar solos a Francia una vez acabado su período de servicio. Generalmente enviaban a los hijos a su país a cursar estudios, sobre todo si eran varones, y en algunos casos les dejaban un poco de dinero y algunos bienes a sus madres.

Anne Pépin no respondió a esta proposición. Estaba enfurruñada, de modo que Isidore decidió retirarse. Se inclinó para besar la mano que se le tendía indolentemente y cogió su sombrero de paja de manos de una esclava.

La residencia más bonita de Gorée era, sin lugar a dudas, la de Caty Louet, fallecida el año anterior y madre de tres hijos del gobernador de Galamo, el señor Aussenac. Pero la de Anne era quizá más original. Aunque la fachada era lisa, decorada con un frontón triangular, como un templo, había un balcón de madera protegido por un tejadillo bajo, lo que le daba el aspecto de una galería. Gracias a los cuidados de Jean-Baptiste, estaba rebosante de flores cuyo perfume llegaba hasta la calle. La vivienda contaba con una docena larga de estancias con el techo de marquetería, una moda procedente de Italia y que unos esclavos ebanistas imitaban a la perfección. Había asimismo muebles muy bonitos: cómodas panzudas, mesas, sillas con las patas labradas como esculturas. Algunos eran reproducidos allí con tanta habilidad que nadie los distinguía tampoco de los originales venidos de Francia. Pero eran, es cierto, piezas de lujo. En los dormitorios sólo había esteras, un batiburrillo de prendas de vestir —vestidos vaporosos, chales de gasa y de tul, pañuelos para la cabeza hechos con una tela de cuadros que venía de la India— y

calabacinos rebosantes de joyas de oro y plata, de perlas, de collares de cuentas de cristal.

Anne Pépin estaba pensativa. Las palabras de Isidore no la habían dejado indiferente. Las tierras de la península de Cabo Verde pertenecían a los lebu.^[63] El caballero de Boufflers también había deseado ver aparecer allí prados, flores de mil especies, pero finalmente había renunciado. Además, los lebu se habían rebelado hacía unos años contra el *dame*^[64] de Cayor,^[65] a quien pagaban tributo, y prácticamente habían fortificado sus establecimientos. ¿Cómo se iba a negociar con ellos la cesión de tierras? Y sin su acuerdo, toda tentativa de colonización estaba condenada al fracaso. Sin embargo, pese a todas esas dificultades, el proyecto era atractivo.

Anne se levantó pesadamente, pues el exceso de ociosidad y de alimentación la hacía engordar. ¿Era cierto que Gorée no tenía futuro, que antes o después el comercio de esclavos acabaría? ¿Qué lo sustituiría? Había goma arábiga, producida por un pequeño arbusto espinoso, una especie de acacia, pero ese comercio estaba totalmente controlado por los moros y nunca había podido competir con la trata.

Anne bajó la escalera de piedra que conducía al amplio patio, el cual se comunicaba con el huerto, que daba al mar. Una chiquilla con los pechos desnudos machacaba mijo. Otras lavaban la ropa y después la sumergían en un agua azulada para que quedase más blanca. Una esclava introducía pan de harina de trigo en un horno de tierra, mientras un tropel de niños se disputaban los restos de una comida. Todos se esforzaron en no alborotar al ver a la señora, pues sabían que era irritable y gruñona. Sin embargo, contrariamente a su costumbre, Anne no hizo ningún comentario. Fue hasta el huerto para mirar las plantas que Naba hacía crecer. Hasta entonces no les había prestado mucha atención, pero de pronto se percataba de que aquél podía ser un medio de aumentar su fortuna.

Había melones, sandías de carne roja y algodonosa, zanahorias, grandes coles. Hileras de naranjos cuyas ramas se doblaban por el peso de los frutos. Y sobre todo tomates, por los que Naba sentía predilección. La tierra de Gorée era parecida a la de la península de Cabo Verde. Lo que crecía allí también daría rendimiento en el continente. Tal vez Isidore tuviera razón. Tal vez el futuro estuviera en la producción de frutas y de plantas comerciales como la de las Antillas. Pero, si era así, ¿quién se ocuparía de ellas? ¿Seguirían necesitándose esclavos!

En cualquier caso, Anne decidió que si era preciso comprar tierras en la península, ella no dejaría de hacerlo. La familia de su madre, de la que se había alejado, vivía en la región de Rufisque. Llegado el caso, siempre tendría la posibilidad de reanudar sus relaciones con ella.

—¡Parece una flor!

Ése fue el primer pensamiento que acudió a la mente de Naba; pero enseguida se dio cuenta de que era absurdo. Pese a toda su habilidad y a los audaces cruces que

había realizado, jamás había obtenido flores negras. Como si el color fuera incongruente. Como si la naturaleza se negara a ello.

Con todo, recordaba a una flor. Frágil. Inclinada. Como a las mujeres no las encadenaban, permanecía con una gracia infinita sobre el suelo sucio. El interior de la esclavería era inmundo. Nada más entrar, te asaltaba el olor. Olor de sufrimiento, de agonía y de muerte. Muchos hombres y mujeres llegaban a quitarse la vida rechazando la infecta comida que se les daba, y sus cadáveres se quedaban allí, mezclados con los vivos, hasta que un guardián los descubría. Entonces azotaban a todo el mundo por no haber denunciado a los culpables. En la gran sala abovedada y embaldosada con piedras, recubiertas de haces de paja, sólo entraba la claridad a través de estrechas ventanas con gruesos barrotes de hierro. Los hombres estaban encadenados a las paredes por un tobillo, y los que se sospechaba que eran rebeldes tenían, además, las manos atadas a la espalda. Sólo se las desataban a la hora de la comida, consistente en unas gachas de mijo líquidas y viscosas, servidas dos veces al día y tan mal preparadas que provocaban a menudo náuseas y diarreas. Y los vómitos y los excrementos se mezclaban con la paja podrida, infestada ya de insectos. Cuando entraba un negrero en la rada, hacían levantar a hombres y mujeres a toda prisa y les quitaban la mugre a fuerza de echarles cubos de agua fría. A continuación, a los hombres les rapaban la cabeza, les untaban el cuerpo de aceite a fin de realzar sus músculos y los llevaban a la sala contigua, que se utilizaba como mercado de esclavos. Los traficantes de carne humana bajaban de los barcos y hacían su elección. Naba se abrió camino entre aquellos cuerpos que presentaban todas las posturas de la desesperación y se detuvo junto a una mujer que acababa de dar a luz un niño, pues al embarcarla no se habían dado cuenta de que estaba embarazada. Miró el minúsculo bulto de carne condenado a un destino tan horrible, le ofreció una fruta a la madre y después se acercó a la recién llegada. Se arrodilló delante de ella y le preguntó en un susurro:

—¿Hablas diula?

Ella hizo un gesto indicando que no le entendía. ¿De dónde venía? ¿De Sine, de Saloum,^[66] de Cayor, como la mayoría de los esclavos almacenados en Gorée? ¿O de alguno de esos países del sur, como Aliada, Ouidah...? Naba se sentó sobre los talones frente a la joven, por cuyas mejillas negras corrían lágrimas dibujando estrechas franjas brillantes. No tenía más de quince años, a juzgar por sus formas gráciles, por sus pechos menudos como los brotes de una planta rara y delicada. ¡Una planta! Un fuerte sentimiento de ternura invadió el corazón de Naba. Sacó de la bolsa de piel de buey que llevaba al hombro una de las primeras naranjas de su huerto. La peló, se llevó un gajo a la boca y le indicó a la muchacha que hiciera lo mismo. Ella lo rechazó moviendo la cabeza, pero eso no lo desanimó.

—¡Naba! —dijo, golpeándose el pecho varias veces.

Durante un instante, ella permaneció inmóvil, ausente; luego susurró:

—Ayodelé...^[67]

A Naba se le saltaron las lágrimas. Pese a su condición miserable, y por encima de todo lo que los separaba, habían tendido un puente. Se habían nombrado, se habían situado en el largo linaje humano. Registró de nuevo la bolsa y sacó un trozo de pan de trigo, unos terrones de azúcar y unos restos de carne de pollo. Se lo tendió, pero ella volvió a rechazarlo. Naba recordó sus primeros días de cautividad, cuando él también se negaba a comer. ¡Pero ella debía vivir! Aunque la vida no fuera más que humillación y encierro. ¿Qué podía hacer para convencerla, ya que no hablaban la misma lengua? Entonces recordó la canción que Nya le cantaba y que él les cantaba ahora a sus plantas para rodearlas de afecto.

*Vamos, hijo mío,
¿quién te ha asustado?
La hiena te ha asustado.
Deprisa, llevémoslo a Koulikoro.
En Koulikoro...*

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, siguiendo con estupor los movimientos de sus labios. Él sabía que en el universo en el que ella había estado inmersa no había habido lugar para la misericordia, la solidaridad, los sentimientos humanos. Y la atrajo hacia sí.

Naba había estado con mujeres. Cuando era cazador con Tiefolo, había poseído a muchas esclavas. Después había venido su captura, la cautividad, la enfermedad, y había perdido el gusto por todo. Salvo por sus plantas. De pronto, sentimientos y sensaciones olvidados despertaban en él. La mano de un ancestro los había reunido en aquella esclavería. Para tener en jaque a la muerte.

Un guardia, provisto de un gato de nueve colas, se acercó a él y le dijo sin demasiada severidad:

—¡Vete ya, Jean-Baptiste! Si el comandante te ve, nos castigará a todos. Sabes perfectamente que no puede haber nadie rondando por aquí.

En lugar de obedecer, Naba preguntó señalando a la muchacha:

—¿Pertenece a alguien?

—Que yo sepa, no —contestó el hombre encogiéndose de hombros—. Pero, como es muy joven, supongo que la reservarán para Brasil o Cuba...

Naba se estremeció al imaginar el calvario. Una vez elegida por un comerciante y dada por buena, la marcarían en el pecho con un hierro candente. Luego, una noche, para evitar una posible revuelta, el negrero se haría a la mar.

Hombres encerrados al fondo de la bodega. Azotados en el puente. Mujeres violadas por los marineros. Enfermos y moribundos arrojados por la borda. Gemidos de dolor. Gritos de rebeldía y de angustia. Luego, un día, una tierra de exilio y de duelo se perfilaría en el horizonte. Naba cogió la pequeña mano marcada, de uñas grises como las conchas de ostra de la bahía del Djoliba. Si se hubieran conocido en

el reino de Segu, su padre le habría enviado al de ella polvo de oro, cauris, ganado. Habrían compartido nueces de cola. Los griots habrían cantado, burlones: «Dicen que no hay que pegar a las mujeres. Sin embargo, para enderezar el hierro expuesto al fuego, hay que golpearlo. ¡Hay que golpearlo!»

Pero los dioses y los ancestros habían decidido otra cosa.

En lugar de una concesión con las paredes recién encaladas para simbolizar la renovación, la atmósfera pestilente de una cárcel. En lugar del sonido del *dunumba*, [68] los gritos de rebelión de los esclavos. En lugar de la impaciencia feliz de la unión, la espera de la partida hacia lo desconocido, un horrible desconocido. Daba igual, convertirían ese infierno en su paraíso.

En otros tiempos, a la *signare* Anne Pépin no le habría preocupado mucho la desaparición de Jean-Baptiste, a quien todo el mundo consideraba un lunático inofensivo. ¡Acabaría por volver! Pero las palabras de Isidore le habían hecho ver su excepcional valor. Esos campos de naranjos, limoneros y bananos que había detrás de su casa, ¿anunciaban una fortuna? Para convencerse del todo, había interrogado a su hermano Nicolas. A su vuelta de una estancia en París, él también le había dicho cosas de lo más sorprendentes. En efecto, desde la Revolución de 1789 y el advenimiento de la República, en París los negros quitaban el sueño. Se llegaba literalmente a las manos por ellos. Estaban, por un lado, los propietarios de plantaciones de las Antillas y sobre todo de una isla llamada Santo Domingo, que se oponían a la abolición de la esclavitud. Por el otro, la Sociedad de Amigos de los Negros, que la reclamaba. Y junto a ella, algunos políticos que invocaban los derechos del hombre. Añadamos a esto las presiones de Inglaterra, que de la noche a la mañana se había convertido en una nación de negrófilos. Sí, había que enfrentarse a la realidad y buscar una forma de hacer dinero que no fuera vender negros. La colonización agrícola estaba a la orden del día.

Anne no era la única que estaba preocupada. Todos esos rumores perturbaban el reducido universo de las *signares*. Porque, si bien el monopolio del comercio lo tenían las compañías que se habían sucedido en Gorée, eso jamás había impedido a nadie comerciar con todo e incluso vender mercancías que nunca hubieran tenido que salir de los almacenes reales. Si no podían seguir vendiendo negros, ¿qué harían? Las *signares* se preparaban para el combate. Estaban acostumbradas. Habían tenido que luchar para reivindicar los bienes pertenecientes a sus padres. Todavía recordaban las peleas de la *signare* y los hijos de un antiguo gobernador, el señor Delacombe, dejados en la calle y diseminados tras la marcha de este último a Francia. ¿Había que dejarlo todo y regresar al continente? Los únicos vínculos que mantenían era con familias mestizas de la región de Joal.

Anne envió a un esclavo al pueblecito situado al sur de la isla donde Jean-Baptiste tenía su cabaña junto con los demás esclavos domésticos. No se le había visto desde hacía ocho días. ¿Dónde se habría metido? En el muelle había permanentemente un barco con la misión de vigilar la bahía. Por la noche, unos

guardias hacían la ronda acompañados de auxiliares a los que se les había enseñado a manejar el fusil. No había podido escapar. Y además, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Acaso no era prácticamente libre? ¿Acaso no se le trataba bien?

Algunos sugirieron que quizás había vuelto a ser víctima de su antigua enfermedad y se había arrojado al mar, donde los tiburones estaban dando buena cuenta de él. Anne acabó por adherirse a esta hipótesis.

Un curioso detalle fue que la desaparición de Jean-Baptiste precipitó la ruptura de Anne Pépin e Isidore Duchâtel.

Este último había tenido conocimiento de la obra del naturalista Michel Adanson, que había herborizado en la pequeña localidad de Hann, en la península de Cabo Verde, y estudiado las posibilidades agrícolas de la región. Con uno de sus amigos llamado Baudin, había decidido conseguir una concesión donde plantaría árboles frutales de las Antillas y verduras de Europa. Dado que Jean-Baptiste era una de las piezas maestras de este plan, su desaparición le causó un resentimiento que descargó sobre Anne. Poco después, dejó Gorée y regresó a Burdeos, de donde era originario. El hecho de haberse quedado solo no desanimó a Baudin, que se puso en contacto con el jefe de un grupo de lebu.

Quizás haya que curtirse desde la infancia contra el naufragio de las ambiciones. Quizás haya que repetirse que la vida no será nunca tal como la hemos soñado. Que jamás tendremos a la mujer amada, la notoriedad deseada o las riquezas ansiadas. Tiekoro no paraba de repetirse esto ante lo que consideraba las ruinas de su joven vida. La venganza de al-Hayy Baba Abu no se había hecho esperar: lo habían expulsado de la universidad; el imán lo había convocado para comunicárselo. Pero había algo que a Tiekoro le dolía todavía más: el desprecio con el que se le había tratado. Un desprecio que notaba que transcendía su persona, que, a través de él, iba dirigido a su pueblo, a su cultura, y que mejor o peor hasta entonces se había disimulado. No se castigaba sólo una actuación irracional, sino a un bambara que había pretendido introducirse en un universo aristocrático y cerrado. Desde hacía semanas, esperaba el resultado de los esfuerzos del padre de Mulay ‘Abd Allah, que estaba intentando que lo admitieran en una de las universidades de Djenné para finalizar sus estudios.

Y los días pasaban lentamente en la modesta habitación de Siga. ¡Ah, Siga! Tiekoro había descubierto la inmensa bondad del corazón de su hermano, a quien siempre había despreciado inconscientemente, y al llegar a Tombouctou, abandonado de un modo tan miserable. Ni una palabra de reproche. Ni un sarcasmo. Siga lo compartía todo con él. Las gachas de mijo por la mañana. El plato de cuscús a mediodía. La estera por la noche. Tiekoro se esforzaba en no pensar más que en Dios. En aceptar aquellas humillaciones. En sofocar dentro de él aquel violento deseo de rebelarse contra su suerte. ¿Qué había hecho para ser tan cruelmente castigado? ¿Por qué y por quién expiaba?

A fuerza de pensar, había acabado por encontrar una explicación a las jugadas del destino. Nadié. Había violado a una muchacha de su pueblo. Porque se trataba de una violación. Si aquello hubiera ocurrido en Segu, habría sido severamente castigado por el tribunal familiar y obligado a ofrecer una reparación a los padres de su víctima. Pero allí, ¿cómo se había comportado? Había huido.

Cada vez le atormentaba más pensar en la joven esclava. Acabó por ir al café de los moros, que no había pisado desde hacía meses. El lugar no había cambiado. Esteras extendidas sobre un suelo muy limpio. Olor de té verde y de boñiga de camello seca ardiendo. Hombres jugando apasionadamente a las damas. Al-Hassan miró a Tiekoro con una expresión burlona, como si adivinara el objeto de su visita, pero aun así este último encontró el valor suficiente para decir:

—Al-Hassan, tú tenías una esclava bambara...

El otro se sacó la pipa de Holanda de la boca.

—¿A quién te refieres? ¿A Nadié? La pobre chica está enferma...

—¿Enferma? Entonces, ¿te has desembarazado de ella? —preguntó Tiekoro, nervioso.

—No es así cómo Alá pide que tratemos a los que nos sirven —contestó Al-Hassan en tono grave—. Mi mujer se ha hecho cargo de ella...

¡Ah, basta de disimulos! Con cierta admiración ante su propia humildad, Tiekoro se confió:

—Oye, le causé un grave daño a esa muchacha y debo repararlo...

Gomo muchos moros, al-Hassan ocultaba su prosperidad material bajo las apariencias de la miseria. El aspecto de su concesión era lamentable: paredes agrietadas, boquetes rellenos de paja, patio principal atestado de utensilios varios, de montones de ropa sucia, de detritos y de niños tiñosos. Tiekoro se abrió paso hasta una vasta sala muy mal arreglada, con el suelo medio cubierto de esteras deshilachadas, donde no tardó en aparecer una voluminosa mora, de tez muy blanca bajo los velos azules. Tiekoro fue directo al grano. Buscaba a una joven esclava bambara que había servido en el café de al-Hassan. Él también era bambara... La mora lo interrumpió, taladrándolo con la mirada.

—¿Eres tú el padre de su hijo? —dijo.

Tiekoro estuvo a punto de desmayarse.

—¿Cómo dices?

La mora siguió mirándolo con la misma severidad impregnada de desprecio.

—La pobre criatura está embarazada de casi tres meses. Pese a mis esfuerzos, nunca ha querido hablarme de su amante. Se limita a suplicarme que adopte a su hijo para que no sea también esclavo.

Por un instante, Tiekoro permaneció en silencio mientras mil pensamientos se arremolinaban en su mente. A decir verdad, no habría sabido decir con exactitud para qué había ido a buscar a Nadié ni lo que pensaba hacer una vez que la hubiese encontrado. En sus momentos de lucidez, se confesaba que simplemente tenía ganas de acostarse de nuevo con ella. Luego se imponía su fariseísmo y se convencía de que quería reparar el daño que le había causado. Y ahora resultaba que el destino volvía a burlarse cruelmente de él. En el fango del excusado, envuelto en el repugnante olor de excrementos, había dado vida a un ser humano para con el cual tenía deberes. Un ser humano que tendría derecho a acudir a él, igual que él había acudido a Dusika. Que tendría derecho a juzgarlo. A despreciarlo. A odiarlo.

Levantó la cabeza hacia la mora, que masticaba una nuez de cola, y balbuceó:

—¿Puedo verla?

La mujer elevó la voz y en la estancia entró una niña lanzando miradas de curiosidad al desconocido. Después desapareció y, al cabo de un rato que se hizo interminable, entró Nadié. La última vez que se había encontrado delante de ella, Tiekoro sólo había visto sus formas, cegado como estaba por su desnudez y su propio deseo. Ahora iba envuelta en un velo índigo, como su ama, y él se percató de que era muy joven, no muy guapa, con los dientes ligeramente salidos —cosa que no la

afeaba, pues daba la sensación de que sonreía— y muy tímida. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Perdóname... —susurró Tiekoro.

—Has vuelto, *fama*, y eso es lo que cuenta —dijo ella en un tono de sumisión absoluta.

Tras estas palabras, la mora dijo bruscamente:

—Bueno, ¿qué piensas hacer ahora?

—Llevarla conmigo —respondió simplemente Tiekoro.

Mientras lo decía, pensaba que ya no tenía alojamiento, ningún recurso, ningún futuro, y deseaba morir. Dos años antes, se había marchado de Segu para obtener laureles. ¿Qué iba a llevar al volver? Una mujer de rango y familia desconocidos, degradada por las circunstancias de la vida. Cuando pensaba en todas las garantías y todo el ceremonial que rodeaban el matrimonio en su tierra, sabía que Dusika no le perdonaría jamás que se casara con Nadié. ¿Qué podía hacer, entonces? ¿Mantenerla como concubina? Tranquilizada ya sobre la honradez de su interlocutor, la mora le ofreció té verde y se puso a hablar sin parar. ¿Qué estudiaba en la universidad? ¿No era originario de Segu? ¿Así que era musulmán? Ella era originaria de Fez y le parecía que los habitantes de Tombouctou eran muy orgullosos. ¿Qué opinaba él?

Tiekoro no se preocupaba de responder a aquella trivial verborrea. Veía el hilo de su vida y no entendía por qué todo se aliaba contra él. Era demasiado creyente para aceptar la idea de una venganza de los ancestros, irritados por su conversión. Pero ese temor estaba ahí, agazapado en su mente. Si hubiera podido, habría consultado a un fetichero capaz de oír e interpretar la voluntad de los invisibles. Pero no conocía a ninguno en Tombouctou. Nadié regresó con un pequeño fardo sobre la cabeza y, sin pronunciar palabra, siguió a Tiekoro al exterior.

Caminaron sin hablar, él a paso vivo, precediéndola, ella colocando los pies sobre sus huellas, como si ese camino hubiera estado trazado para ella desde siempre. Llegaron a la puerta de Kabara, a la morada del comerciante ‘Abd Allah.

Si a Siga le sorprendió la irrupción de Nadié en la vida de su hermano, no lo demostró, limitándose a retirarse con sus escasos efectos a casa de un amigo. Así pues, la pareja se quedó sola entre la legión de parientes, invitados de paso, criados y parásitos que ocupaban el lugar. Nadie se fijaba en Tiekoro, nadie le hacía preguntas, y durante unas semanas éste se hizo la ilusión de que vivía en paz y feliz. No habría sido de extrañar que hubiesen destinado a Nadié al harén de algún príncipe árabe, pues tenía un cuerpo de una belleza excepcional. A Tiekoro le recordaba, cuando la penetraba, una yegua que el *mansa* le había dado a su padre tras el saqueo de Guémou y que guardaba en un cercado, detrás de las cabañas de la concesión. Negra, nerviosa, de pura raza, y sin embargo dócil. La poseía a todas horas, rechazando con un encogimiento de hombros sus débiles protestas.

—Es pleno día,^[69] *koké*...

En el fondo de su ser, era consciente de la situación. Sabía que aquellos excesos de la carne eran un modo de vengarse de su decadencia. No, jamás sería doctor en teología y lingüística árabe, rodeado de la adulación de una pequeña corte de estudiantes, manteniendo correspondencia con sus iguales de Marrakech, de Túnez y de Egipto, y redactando cultos comentarios de los hadiz. Sin embargo, ¿era el paraíso más placentero? Los dioses, que creían burlarse de él, le hacían en realidad el más bello presente: ¡un cuerpo de mujer!

Lo extraño era que no hacía nada para averiguar quién era realmente Nadié. ¿Quién era su familia? ¿Qué vida llevaba antes del día fatal en que la había visto junto al excusado? Y es que temía descubrir que no era inferior a él. Necesitaba despreciarla para despreciarse más a sí mismo. Quería convertirla en el símbolo del naufragio de sus esperanzas. Además, la intimidación que se había creado entre ella y Siga le irritaba. Ese tipo de relaciones eran naturales, desde luego, pues la esposa gozaba de la mayor libertad con sus cuñados, charlaba, bromeaba y reía con ellos. Pero Nadié no era su esposa, y la intención de Siga, tratándola como tal, era indicarle sutilmente cuál debía ser su conducta. Tiekoro era demasiado orgulloso para soportarlo. Un día no pudo más y, después de cenar, mientras Nadié preparaba en el patio una infusión, le dijo a su hermano:

—Bueno, ¿qué tienes que decirme?

Siga se limpió cuidadosamente los dientes antes de replicar:

—¿Yo? Suruku sabe diferenciar muy bien un pueblo habitado de un pueblo en ruinas...^[70]

La insolencia de la respuesta exasperó a Tiekoro.

—¿Te inmiscuyes en mi vida porque ahora dependo de ti?

Siga lo miró a los ojos y, una vez más, su extraordinario parecido con Dusika confundió a Tiekoro, quien tenía la sensación de estar ante su padre.

—Es de Gouméné —dijo—. Los *tondyon* de Segu destruyeron su pueblo y dispersaron y vendieron a los suyos tras repartirse el botín.

Acto seguido salió del patio.

Tiekoro permaneció inmóvil. Conocía a fondo la historia guerrera de Segu, en lucha contra los bambara de Kaarta, en lucha contra los soninké, en lucha contra los peul... ¿Se le debía considerar responsable de ello? ¿Debía reparar sus crímenes?

En ese momento entró Nadié. Su vientre comenzaba a adquirir volumen y, quizá por primera vez, Tiekoro pensó con claridad en el niño que iba a nacer. Un niño siempre es motivo de alegría, pero él no sentía en el corazón nada que anunciara felicidad. Aquella criatura iba a ser, todavía más que su madre, el signo patente de su fracaso. A un recién nacido se le honra con sangre de buey, aclamaciones de griots y danzas de mujeres. Ese niño, sin embargo, no tendría nada de todo eso y nacería en la concesión de un extranjero en una ciudad extranjera. Ningún rostro atento se inclinaría sobre él para predecir su fuerza y su vigor futuros. ¡Ah, qué crimen dar vida sin amor! Una piedad cercana a la ternura invadió a Tiekoro.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó a Nadié—. ¿Ir a dar a luz a mi pueblo, con los míos, con mi madre?

Ella agachó la cabeza y murmuró:

—Haré lo que tú quieras... pero...

—Pero ¿qué? —preguntó él con cierta impaciencia—. ¡Habla!

—Prefiero quedarme contigo —dijo en voz tan baja que apenas se la oía. Después se animó y lo miró a la cara, cosa nada habitual—. Verás, en Gouméné, mi madre me enseñó a hacer muchas cosas. Puedo hacer el hilo más blanco y fino...

—¡Hilar! —saltó Tiekoro—. ¡Pero si eso es un trabajo de esclava!

Ella esbozó una tenue sonrisa.

—¿Acaso no me he convertido en una esclava? —Antes de que él pudiera objetar algo, prosiguió—: En Tombouctou, casi todo el hilo viene de Djenné, lo que aumenta el precio. Si me pongo de acuerdo con algún tejedor, puedo obtener muchos cauris a cambio de mi trabajo. Sería una ayuda para Siga, que tampoco anda sobrado.

Una vez más, Tiekoro sintió vergüenza. Había pensado muchas veces en ponerse a trabajar. Pero ¿en qué? Salvo enseñar en una escuela coránica o desempeñar una función administrativa, toda tarea le parecía degradante. ¡Él era un noble! Si se hubiera quedado en Segu, el único trabajo digno de su condición habría sido el de la tierra, y como hubiera tenido esclavos, habría vivido en la ociosidad.

A su manera, Nadié le daba una lección de valentía. No dijo nada.

—También sé teñir telas —continuó Nadié, interpretando su silencio como la expresión de su conformidad—. Cuando era pequeña, miraba a las esclavas de mi madre preparar el índigo. Machacaban las hojas y les añadían ceniza de madera de baobab silvestre. Después hacían unos agujeros en la tierra y los llenaban de agua...

En ese momento se oyó un gran alboroto en el patio. Un hombre desmontó y pidió que se ocuparan de su caballo. Tiekoro reconoció el timbre de aquella voz. ¡Mulay ‘Abd Allah! ¡Por fin!

Salió precipitadamente de la habitación. Mulay ‘Abd Allah, envuelto en una capa emblanquecida por el polvo del desierto, sujetaba su caballo por la brida. Parecía agotado, pero satisfecho.

—¡Alá está con nosotros, *cellé!*^[71] Mi padre ha conseguido que ceda un amigo suyo, Baba Iaro, de Kobassa, que es morabito en Pondori y un hombre muy influyente en la región de Djenné. Te han admitido en la universidad de esa ciudad.

Tiekoro se arrodilló en medio del patio. ¡Su corazón de pecador había dudado de la gran bondad del Creador y ahora ésta lo invadía! No oía las recomendaciones de Mulay ‘Abd Allah:

—Sé prudente cuando estés allí, porque Djenné es más peligroso aún que Tombouctou. Recuerda lo que escribió Es Saadi: «La gente de Djenné tiende por naturaleza a envidiar a todo el mundo. Si alguien obtiene algún favor o alguna ventaja, los demás se unen contra él en un mismo sentimiento de odio...»

Tiekoro no paraba de rezar:

—¡Señor, sana mi alma confusa! Haz que sea tan fiel como ese ser al que llamo desdeñosamente perro. Dame fuerzas para controlar mi vida cuando llegue el momento de cumplir tu voluntad y seguirte...

Cuando las aguas inundan el *podó*, bancos de peces se esparcen por las tierras y se lanzan con voracidad sobre las hierbas jóvenes y tiernas, devastando sobre todo los arrozales. También buscan en la red que forman los tallos de *burgú*^[72] un refugio contra los caimanes y los grandes peces carnívoros. Los pescadores bozo, primeros habitantes de la región, son los que llamaron/Wo al delta central del Djoliba, en cuyo extremo meridional se encuentra Djenné. Tan pronto es una inmensa estepa con chozas de *burgú* invadida por los peul y sus rebaños, como un vasto terreno inundado donde asoman algunos bancos de arena.

Cuando Tiekoro y Nadié llegaron a Djenné, las aguas cubrían el *podó*. Era la temporada de lluvias, y tanto la humedad como el temor les hacían estremecerse. Por más que se repetía que, puesto que en Djenné había importantes colonias bambara, no estarían aislados, Tiekoro sentía un miedo vago e impreciso. Para ir desde Tombouctou, habían tomado una piragua en Kabara y remontado el curso del río. Hubieran podido encontrar sitio en una de las grandes embarcaciones que surcaban el río y transportaban a más de doscientas personas, pero no eran seguras, pues zozobraban a menudo en un lugar de siniestra fama, el Mimsikayna-yendi. De modo que Siga se había gastado una fortuna, más de dos mil cauris, para hacerles construir una «piragua cosida» de una estanqueidad perfecta. El viaje había durado semanas.

El piragüero y el alfeñique de su ayudante habían montado en la popa una especie de tienda de piel de buey, bajo la cual Tiekoro y Nadié comían, dormían y hacían el amor. A su alrededor, las aguas luminosas del río poblado de zancudas melancólicas. A lo lejos, las orillas cada vez más juntas hasta formar un estrecho pasillo que desembocaba en el lago Debo, donde abundaban tanto los peces como los caimanes y las grandes serpientes negras con rayas blancas. A Tiekoro le habría gustado que aquel viaje no se acabara nunca. Por las mañanas no se cansaba de ver volar a los pájaros hacia los campos de la orilla. Al anochecer observaba la salida de la luna, primero escarlata y después con un velo azulado que la envolvía poco a poco. Cuando la noche era clara, se sentaba en la proa junto al piragüero y pescaba con arpón. Cuando era oscura, encendía con su compañero una hoguera y miraba cómo se agolpaban carpas, capitanes^[73] y peces hiena de carne amarga que se alimentaban de desechos. A veces, un pez caballo hendía las aguas con su crin dorsal.

Se detenían en los pueblos para cambiar esos frutos del agua por frutos de la tierra, y Tiekoro no paraba de repetirse que ése era el modo de vida ideal. De pronto, todas sus ambiciones le parecían absurdas. El propio tiempo había desaparecido. ¿Qué iba a buscar a Djenné? ¿Por qué no construía una cabaña de paja a orillas del río, como un pescador bozo? Nadié abriría los pescados, los vaciaría, los pondría a secar sobre la tierra. Y le daría hijos.

Pasaron dos noches en Komoguel, una especie de islote en la confluencia del Bani y el Djoliba. Había que reparar el calafateado de la piragua, que hacía agua, con estopa untada de harina de frutos del baobab y manteca de karité. Después reanudaron el camino. A partir de allí, las orillas del río estaban cubiertas de campamentos peul, reconocibles por sus cabañas semiesféricas de paja apiñadas alrededor de la del *dyoro*.^[74] Mulay ‘Abd Allah había informado a Tiekoro de la amenaza que suponían los peul en la región de Djenné. Empezaba a hablarse en serio de un oscuro morabito llamado Amadu Hamadi Bubu, originario de Fittouga, que provocaba las iras del nuevo *ardo* de Macina. A pesar de que aún no había empuñado las armas, hablaba de desencadenar el yihad y acabar con todos los fetichistas. La idea de un yihad no desagradaba del todo a Tiekoro. Sin embargo, se preguntaba si esos propósitos religiosos confesados no escondían otros más despreciables: ansias de poder temporal, sed de riquezas materiales, rivalidades de toda clase. Pues, si bien había descubierto la arrogancia y la intransigencia del islam, aún no conocía todas sus ventajas.

Tiekoro evitaba pensar en Ayisha. Sentía que su amor y su deseo, que a través de ella apuntaban a un modo de vida que lo había fascinado, distaban mucho de haber muerto. Que bastaría muy poco para que prendieran de nuevo y lo abrasaran como una chispa la maleza en la estación seca. Sabía que si pensaba en aquella a la que no había sido capaz de conquistar, se sentiría tentado de dejarse dominar por la desesperación. ¿Y qué peor crimen hay ante Alá que la desesperación? Su único refugio seguía siendo el cuerpo de Nadié.

El reducido espacio de la piragua le brindaba la oportunidad de conocerla mejor que en Tombouctou. Dulce sin ser pasiva. Al contrario, activa y eficaz sin intentar nunca atraer la atención hacia sí. Había habilitado una especie de rincón cocina, donde preparaba *degué* y freía el pescado en manteca de vaca. Cuando bajaban a tierra, se mezclaba con las mujeres y lavaba enérgicamente la ropa. Luego buscaba un rincón apartado donde bañarse. Ante el estupor de las otras mujeres, Tiekoro la acompañaba y se divertía haciendo fluir el agua a lo largo de sus omóplatos y enjabonándole el pelo, peinado ahora «con seis trenzas».^[75] Un día, no pudo contenerse y la poseyó al salir del agua. Ya se marchaban cuando el dueño de la tierra, alertado, les pidió una reparación por su falta. Como no podían darle nada, tuvieron que ir corriendo hasta la piragua, perseguidos por sus imprecaciones. Después de ese incidente, Nadié estuvo varios días pensativa. Tiekoro se reía a carcajadas de ella. En el fondo de su ser, no paraba de preguntarse qué debía hacer con aquella mujer tan necesaria para su cuerpo como la sangre que lo regaba. Mulay ‘Abd Allah, encorsetado por los prejuicios de su clase, había sido tajante: «Cellé, no puedes casarte con ella. Hazla tu concubina y tu sirvienta...»

Pero ¿era justo? Tiekoro no paraba de preguntárselo.

Cuando llegaron a Djenné, la ciudad se alzaba como una isla sobre el podo. Al pie de las murallas se apiñaban bosquecillos, lo que la hacía parecer rodeada por un doble

cinturón de agua y de hojas. A diferencia de Tombouctou, que empezaba a declinar, Djenné se hallaba todavía en la cima de su gloria y era más alegre, más viva que Tombouctou, la «reina del desierto». Tiekoro se disponía a ir directamente a la gran mezquita, de la que tanto le habían hablado, cuando recordó el estado de Nadié, que empezaba a cansarse, y decidió dirigirse a casa de Baba Iaro, el amigo del padre de Mulay ‘Abd Allah. Detuvo a un transeúnte y, tras los saludos al uso, le preguntó en árabe:

—¿Sabes dónde está la casa del *moqaddem*^[76] Baba Iaro?

—Tú eres bambara, ¿verdad? —repuso el hombre.

El hecho de que lo reconocieran y le hablasen en su lengua reconfortó a Tiekoro. Sin embargo, las noticias que le dio su interlocutor eran más bien inquietantes. En Djenné odiaban a los bambara, a pesar de que el *mansa* de Segu poseía una residencia en el *podo* meridional. Todo eso era la consecuencia del islam, que se extendía como el fuego en un bosque. ¡Toda la región estaba cayendo bajo el control de los peul! ¡Esos pordioseros a los que habían conocido viviendo en cabañas de hojarasca y siguiendo los desplazamientos de sus rebaños, se habían convertido en guerreros de Alá! Tiekoro escuchaba aquello con incredulidad. Hubiera acosado al desconocido a preguntas, pero como desde el día anterior Nadié tenía un poco de fiebre, era más urgente encontrar un refugio. Baba Iaro vivía bastante cerca de la gran mezquita, cuyas torres-minaretes Tiekoro pudo vislumbrar, en una casa típicamente djeneana. Era un estilo llevado unos siglos antes por los marroquíes, cuando, como Tombouctou, habían ocupado y sometido Djenné. Tenía forma de paralelepípedo y era de un piso, y en la fachada, lisa, había una sola puerta de entrada con aplicaciones en forma de trapecio alrededor y tres ventanas provistas de rejas. La puerta estaba decorada con herrajes. En el momento de tocar la anilla que hacía de aldaba, Tiekoro recordó la acogida que había recibido dos años antes en casa de al-Hayy Baba Abu y estuvo a punto de batirse en retirada. ¡Ah, sólo los habitantes de Segu sabían recibir, acoger, tratar al invitado como a un hermano! Pero ¿adónde iba a ir con aquella mujer cansada que pronto daría a luz? Su mano asió la aldaba.

Siga se encontró, pues, solo en Tombouctou.

Aquella ciudad le inspiraba unos sentimientos totalmente distintos de los que le inspiraba a su hermano. Enseguida se había integrado en la población flotante de esclavos, extranjeros y pobres, y beneficiado de las redes de solidaridad que existen entre los individuos en apuros. De modo que, si bien no era feliz allí, nunca se encontraba solo. Contaba con una docena de amigos entre los arrieros de Kabara y con otros tantos entre los empleados de los grandes comerciantes. En cuanto a las mujeres, no era exigente; se conformaba con muchachas públicas en las tabernas, o bien con moras y mujeres tuareg que le abrían sus muslos calientes en ausencia de sus celosos maridos. Pero Nadié le había hecho apreciar la presencia femenina constante. ¡Ah, encontrar la habitación barrida, la comida preparada! ¡No seguir dependiendo de

los caprichos de los sirvientes de ‘Abd Allah! ¡No tener que pagar sus servicios ni sufrir su impertinencia y su indolencia!

Se volcó en el trabajo. Hacía poco, ‘Abd Allah lo había hecho responsable de su comercio de sal. Dos veces al mes, iba a Toghaza o a Taoudénni con una caravana y la cargaba de barras de sal, procurando que estuvieran firmemente atadas y muy juntas a fin de que no llegaran a su destino rotas o estropeadas. En esas ocasiones, dirigía a todo un ejército de esclavos que las transportaban y las marcaban con dibujos en negro, rayas y rombos, para que todo el mundo supiera a quién pertenecían. Después las llevaba a Tombouctou y las vendía a comerciantes de Marruecos o incluso de Levante y del Mogreb central. Era un trabajo agotador, pero aun así le gustaba. Vigilando a los esclavos y hablando con los mercaderes, tenía una sensación, si no de poder, al menos de utilidad. Formaba parte de un gran sistema, de una gran corriente de intercambios y comunicaciones que se extendía a través del universo. Sin embargo, pese a esos contactos cotidianos, permanecía decididamente apartado de toda influencia musulmana. Si bien entre sus relaciones de trabajo había agentes de los Kunta,^[77] la cosa no pasaba de intercambiar algunas bromas o tomar juntos una taza de té verde. ¡Él era fetichista y pensaba seguir siéndolo, y que se aguantasen los que lo llamaban Ahmed!

Una noche, a su regreso de Taoudénni, ‘Abd Allah mandó a una sirvienta en su busca.

—¡Siéntate, siéntate! ¡Trabajas mucho, Ahmed!

Siga esbozó una sonrisa que podía significar cualquier cosa y cogió un pequeño bol de barro lleno de té de las manos de una esclava. Tras unos instantes de silencio, ‘Abd Allah siguió:

—Como sabes, tengo en Fez familia con la que mantengo relaciones comerciales. Pues bien, tengo buenas razones para creer que me están robando. Me deben sumas considerables, no contestan a mis cartas... Así que he decidido que vayas para averiguar qué pasa.

—¿Yo?...

‘Abd Allah inclinó la cabeza.

—¡Sí, tú! He estado observándote, Ahmed, y tengo grandes planes para ti. Ya sabes que Alá se llevó a mis hijos... Hágase su voluntad. Además, al actuar así, me dejaba libre para elegir a los hijos de mi espíritu. Ve a Fez, recupera mi dinero y, cuando lo hayas hecho, espera mis instrucciones...

¿Qué muchacho de dieciocho años no se habría sentido invadir por una feliz exaltación ante la perspectiva de un viaje? ¿Quién no se ha imaginado entrando como conquistador en una ciudad desconocida, para apoderarse de sus riquezas y poseer a sus mujeres? Siga no escapaba a la regla. Pero, al mismo tiempo, tenía miedo. Desde luego, estaba mejor armado para emprender semejante aventura que dos años antes, cuando había partido de Segu. Había tratado con hombres. Hablaba dos lenguas: la suya y árabe. Sin embargo, ¿no estaba aún muy poco experimentado? Con todo, ni

por un instante se le ocurrió rechazar la oferta de su patrón. Era un nuevo desafío que se le planteaba al hijo de la esclava, al hijo-de-la-que-se-había-tirado-al-pozo.

—¿Cómo iré hasta allí? —preguntó, levantando la cabeza.

‘Abd Allah dio un sorbo de té.

—Lo he preparado todo. Dentro de poco haremos la *debiha*^[78] y estarás bajo la protección de los hombres de mi amigo Mulay Ismael. Irás a Taoudénni, después a Toghaza, y desde allí te acercarás a Touat.^[79] La región es fértil en cebada y rica en pozos de agua. Verás gacelas y avestruces. ¡Qué experiencia para un joven de tu edad!

El *Lusitania*, con unos trescientos esclavos a bordo, singlaba hacia Pernambuco. No hacía el recorrido regular. Al no haber podido repostar en São João de Ajuda,^[80] había tenido que subir hasta Gorée, lo que incrementaba más los costes. Con todos esos traficantes ingleses, daneses, franceses y holandeses recorriendo las costas de África y cortejando a los reyes africanos a base de barriles de aguardiente, pólvora y fusiles, la competencia era terrible. Los ingleses y los daneses imponían precios con los que un comerciante sin muchos medios no podía competir. Al precio que estaba poniéndose el negro, muy pronto no podrían comprar más; por eso el *Lusitania*, que hubiera podido albergar a seiscientos hombres y mujeres, llevaba la bodega medio vacía.

En resumidas cuentas, el capitán Ferreira no estaba descontento de su carga. Ni un esclavo de más de veinte años e incluso varios niños. Pronto sería la hora de hacer subir a toda esa gente a la cubierta para el lavado general con agua de mar.

A diferencia de esos cerdos franceses e ingleses, Ferreira, al igual que los demás portugueses, no encadenaba a sus esclavos y procuraba que las esteras sobre las que dormían estuviesen limpias. Porque, ¿de qué servía ver morir durante la travesía a hombres y mujeres por los que se habían pagado precios tan elevados?

Ferreira llevaba veinte años recorriendo los mares y conocía todos los fuertes desde Arguin: Saint-Louis, James Island, Cacheu, Assinie, Dixcove, Elmina, Anomabu... Después de tantos años, había acabado por curtirse en su triste oficio. Incluso había acabado por no oír aquel terrible gemido de dolor y rebeldía que proferían los esclavos cuando la nave se alejaba para siempre de las costas de África. Ferreira llenó la pipa y miró a su alrededor. Aún se veía el perfil de la jungla, de un verde tan oscuro que parecía negro. El sol acababa de salir, y sin embargo, ya era tan terrible como el ojo de un cíclope dominado por el alcohol y la lujuria. Ferreira abrió su libro de oraciones, pues era devoto. Cuando estaba en tierra, cosa poco habitual, comulgaba todos los domingos, y jamás embarcaba esclavos sin hacer subir a bordo a un misionero que los bautizara.

Mientras terminaba sus oraciones, vio salir a una pareja de la escotilla de proa. Reconoció al hombre de inmediato: era el energúmeno que había subido subrepticamente a bordo. A decir verdad, el calificativo de energúmeno no era apropiado. Se trataba de un joven de unos dieciséis o diecisiete años, muy bien plantado y de facciones hermosas y sensibles. Decían que era bambara. Ferreira sólo estaba familiarizado con los congoleños, los gabinda y los angoleños de los que se aprovisionaba en el fuerte de Santo Tomé,^[81] y desde hacía poco con los mina y los ardra que embarcaba en São João de Ajuda. ¿Cómo había subido aquel hombre a bordo? La puerta baja, llamada «puerta de la muerte», que llevaba de la esclavería

central de Gorée a los negreros estaba vigilada día y noche por soldados y marineros armados. Sólo pasaban por allí esclavos cuidadosamente encadenados y marcados con hierro candente para indicar a quién pertenecían. Así pues, había contado con cómplices. Sin embargo, el verdadero problema no era ése. ¿Cómo podía prestarse un hombre a convertirse en objeto de trata? ¿Cómo podía prestarse a afrontar la horrible travesía? ¿Acaso estaba loco?

Cuando los marineros lo habían descubierto y conducido ante su capitán, la primera idea había sido arrojarlo por la borda. Sin duda era un rebelde que quería provocar uno de esos motines de esclavos que horrorizan a todo navegante. Pero el hombre, con una extraordinaria dignidad, les había mostrado una cruz. ¿Así que estaba bautizado? En tal caso, no se podía matar a un hijo de Dios, y Ferreira, atrapado, no había tenido más remedio que aguantar su presencia. Al principio había intentado impedirle que se acercara a la parte de los puentes inferiores, reservada a las mujeres, pues no quería promiscuidad a bordo. ¡Había sido imposible! Con la misma autoridad tranquila, el hombre se empeñaba en proteger a una joven nago^[82] que Ferreira había tenido la suerte de conseguir en el depósito de Gorée. A Ferreira le hacía gracia. ¡Una vez que llegaran a Pernambuco, conocerían su triste suerte! Los propietarios de las plantaciones no se andaban con remilgos. Uno de ellos compraría al hombre y lo mandaría al infierno de las plantaciones de caña o de café. En cuanto a la muchacha, teniendo en cuenta que era guapa y joven, no tardaría en convertirse en «amante de casa» y en traer al mundo bastardos mestizos. El propio Ferreira tenía dos o tres de una negra mina.

Pese a todo, la pareja miraba el mar. Mientras el mar exista, el hombre no puede ser totalmente desgraciado, sentirse abandonado. ¡Mar, intenso azul aplicado sobre el cuerpo de la tierra! Tus aguas son amargas, pero dulces son los frutos de tu vientre. Eres tan poderoso que el hombre, ávido de oro, de cauris, de café, de algodón o de marfil, no ha conseguido domeñarte. Te recorre galopando en sus caballos de hierro. Pero cuando tú te irritas y desencadenas tu oleaje, entonces se vuelve un niño atemorizado.

SEGUNDA PARTE

EL VIENTO DISPERSA LAS SEMILLAS DE MIJO

1

Cuando Malobali tenía unos diez años, un compañero de juegos al que acababa de vapulear y derribar, al levantarse le dijo:

—¡Sucio peul!

Malobali entró corriendo en la cabaña de Nya.

—*Ba*,^[83] Diemogo me ha llamado peul. ¿Por qué?

Nya lo miró muy seria y dijo:

—Estás sucio y sudado. Ve a bañarte y luego vuelve aquí.

Malobali se dirigió a la caseta de baño de los niños y le ordenó a gritos a una esclava que le llevara unos calabacinos de agua muy caliente. Era un chiquillo agresivo y pendenciero, a quien su gran belleza había estropeado el carácter. Estaba acostumbrado a que lo halagaran, a destacar en todos los grupos de niños. Su madre lo adulaba. Todo se plegaba ante él. Se bañó, se untó el cuerpo con manteca de karité, se puso el pantalón bombacho que llevaba desde que había sido circuncidado y regresó a la cabaña de Nya. Ésta había encendido la lámpara de manteca, y se veían danzar unas sombras contra las paredes. Nya le indicó que se sentara sobre la estera, pero él prefirió acurrucarse junto a ella.

—Tú no eres peul, pero tu madre sí lo era.

—¿Mi madre? —repitió Malobali, desconcertado—. ¿Es que no eres tú mi madre?

Nya lo estrechó más fuerte contra sí. Siempre había temido ese momento, pero sabía que habría que afrontarlo.

—Yo soy tu madre porque soy la mujer de tu padre y porque te quiero. Pero no fui yo quien te llevó en el vientre...

Y, con calma, le habló de Sira, de su cautividad, de su concubinato con Dusika.

—Una noche entró en mi cabaña. Te llevaba a ti cogido de la mano, y en la espalda a la niña que había tenido después. Me dijo: «Me voy, pero te dejo a mi hijo.»

Malobali dio un respingo.

—¿Por qué no me llevó con ella?

Nya lo besó en la frente.

—Porque los chicos pertenecen a su padre. Tú eres del clan de los Traoré.

—¿Por qué se fue? —preguntó Malobali, hecho un mar de lágrimas—. ¿Por qué?

Nya exhaló un suspiro. ¿La entendería el niño? Intentó encontrar palabras sencillas.

—Verás, durante mucho tiempo los peul vivieron a nuestro lado sin que les prestáramos atención. A veces hasta los despreciábamos porque no construían ni cultivaban. Iban de aquí para allá con sus rebaños. Pero un día las cosas cambiaron.

Se agruparon y empezaron a declararnos la guerra. Y todo por culpa del islam. El islam es un cuchillo que separa, ¿sabes? A mí me arrebató a mi hijo mayor...

—¿Tienes noticias de mi madre? —la interrumpió Malobali, indiferente a los estragos causados por el islam.

Nya inclinó la cabeza.

—Sí, hace unos años me hizo saber que se había vuelto a casar y vivía en Tenenkou.

Malobali se puso a gritar:

—¡La odio! ¡La odio!

Nya se apresuró a taponarle la boca. ¡Ah, que los ancestros no oyeran proclamar al niño que odiaba a su madre! Luego lo cubrió de besos.

—Sufrió mucho al dejarte, te lo aseguro. Pero fue preciso que regresara con los suyos. Desde su marcha, tu padre no es el mismo; ya no tiene ganas de nada. Demasiados golpes, demasiados golpes... Primero su desavenencia con el *mansa*, después la conversión de Tiekoro, la desaparición de Naba... ¡Es excesivo!

Nya contuvo las lágrimas, provocadas por una conmiseración culpable de sí misma, y se esforzó en pensar sólo en la tristeza del niño.

Sin embargo, era cierto que la vida en la concesión de Dusika ya no era como antes.

El año anterior, el *mansa* Manson había muerto como consecuencia de unas diarreas que fue imposible atajar. Y su muerte había asestado un último golpe a Dusika. Éste se había convertido en un viejo que no hacía sino interrogarse interminablemente sobre las razones de la intriga que lo había apartado de la corte. ¡Si al menos hubiera podido hacer las paces con Manson antes de que la muerte se lo llevase! Pero no, fue el sonido fúnebre del gran *tabala*^[84] el que le había anunciado, como a todos los demás habitantes del reino, que se había quedado huérfano. Y había entrado confundido con la multitud en el primer vestíbulo de palacio, donde estaba expuesto el cuerpo, para rendirle un último homenaje. Y al ver los restos de Manson frotados con *karkadé*^[85] y manteca de karité, tendidos sobre un sudario y con un rabo de buey recién sacrificado en la mano derecha, había creído contemplar su propio cadáver.

Nya abrazó a Malobali.

—Cuando seas mayor, nada te impedirá ir a ver a tu madre. Te quería tanto... A veces me pregunto cómo puede vivir sin ti...

Malobali, por supuesto, no se lo creyó. Secándose los ojos con los puños, se levantó y salió. Pese a su corta edad, intuía que nada sería ya igual a su alrededor. La noche se poblaría de miedos, de angustias, de interrogantes de toda clase. ¡Su madre! ¡La mujer que lo había llevado nueve meses en su vientre le había vuelto la espalda! Había decidido a cuál de sus dos hijos iba a llevarse consigo y a cuál iba a dejar. ¡Qué abominable! Y después de eso, ¿había podido dejar que otro hombre la cortejara,

entregarle su cuerpo, darle hijos e hijas? ¡Madre cruel! ¡Madrastra! ¡Ningún insulto la fustigaría bastante!

Malobali pasó por delante de la cabaña donde dormía con una docena larga de hermanos, hermanastros y primos y distinguió entre ellos a Diemogo, que al verlo se apresuró a alejarse. En realidad, Diemogo no sabía nada concreto sobre Sira; se había limitado a repetir las palabras que oía pronunciar junto con el nombre de Malobali en las conversaciones de los adultos. Éste, sin detenerse, se dirigió a la cabaña de Dusika, decidido, pese a su corta edad, a interrogarlo.

Pero estaba escrito que padre e hijo no hablarían esa noche, pues el estado de Dusika, que se quejaba de dolores desde hacía unos días, había empeorado repentinamente. Sus mujeres, con excepción de Nya, se afanaban a su alrededor, preparándole vahos de «hojas de hipopótamo» para calmar las punzadas, infusiones de *neté* para bajar la temperatura y decocciones de corteza de *nyama* para cortar la diarrea. La cabaña olía a senilidad y desprendía ese olor que precede al de la muerte.

Diemogo, hermano menor de Dusika que ejercía las funciones de *fa* en la concesión desde hacía dos o tres años, estaba a la cabecera de éste.

—Voy a morir —decía Dusika con voz trémula—. No me da miedo, créeme, pero quisiera ver a mis hijos. Al menos a los que me quedan, pues a Naba no volveré a verlo nunca en este mundo. Sobre todo a Siga. Obedecí a los ancestros enviándolo a Tombouctou con Tiekoro, por supuesto, pero me pregunto si aquello no fue demasiado duro, si no fue, en definitiva, injusto.

Diemogo se preguntó si la proximidad del final estaría haciendo delirar a su hermano. ¡Poner en duda la sensatez de una decisión dictada por los ancestros! Se guardó estos pensamientos para él, limitándose a murmurar:

—*Koro*,^[86] ¿adónde quieres que vayamos a buscarlos? Sabemos que Tiekoro está en Djenné, nada más. En cuanto a Siga, la última vez que oímos hablar de él fue a unos caravaneros que se habían cruzado con él en Touat...

Dusika cerró los ojos.

—Tengo que verlos. Si no, mi espíritu no encontrará nunca la paz. No cesará jamás de lamentarse y de merodear entre vosotros.

—Entonces, haré lo imposible —dijo Diemogo suspirando.

Malobali miraba todo aquello con sus ojos infantiles. El estado de su padre no le afligía. Como a todos los niños, la enfermedad y la decadencia física más bien le repugnaban. Los semblantes llorosos de las mujeres, los gestos de dos o tres feticheros-sanadores sentados en la sombra, los lamentos de su padre, que tenía la cara brillante y el aliento fétido, componían un cuadro que no le resultaría fácil olvidar. ¿Estaba la muerte escondida en los rincones oscuros de la habitación, esperando que llegase la hora? Sin saber por qué, Malobali se la imaginaba con los rasgos de una vieja completamente calva, con los ojos velados, a la vez patética y feroz, que veía a veces en la concesión vecina. Un día, aquella mujer había dejado

caer el pareo que la cubría y él había entrevisto sus nalgas arrugadas y manchadas de excrementos.

De pronto, Nieli, la segunda esposa de Dusika, que lo detestaba como antes había detestado a su madre, lo vio y, gritando como una histérica, lo echó de la habitación.

En el reino de Segú estaban pasando cosas tremendamente graves.

Daa Manson había sucedido a su padre entre el estruendo de los *tabala* y los *dunumba*. De cara al este, se había sentado sobre la piel de buey que había pertenecido a aquél para recibir todos los atributos de la soberanía —los arcos, las flechas, la lanza, el cuchillo del verdugo—, tras lo cual los sabios lo habían tocado con el gorro del que pendían pesados anillos de oro, mientras el jefe de los griots gritaba: «¡Ya no tienes familia, Daa Manson! ¡Todos los hijos de Segú son tus hijos! ¡Mantén siempre la mano tendida, no para recibir sino para dar!»

¡Un día de extraordinario alborozo!

Desgraciadamente, nada más ser entronizado, Daa Manson había sembrado el desconcierto. Para el conjunto de los *segukaw*, los peul eran extranjeros a los que sus *mansas* sometían, apoderándose de sus rebaños cuando les placía. Y a Daa Manson se le había ocurrido diferenciar entre peul islamizados y peul fetichistas, y establecer una alianza con los segundos contra los primeros. ¿Se trataba de una actitud prudente? Era como cuando un extraño se inmiscuye en una pelea familiar. Al final, las dos partes se reconcilian y se unen contra él.

El *ardo* de Macina Gourori Diallo le había informado de que el morabito Amadu Hamadi Bubu lo importunaba, y él le había enviado a unos *tondyon* para que lo ayudaran a hacerle entrar en razón.

Y los *tondyon* habían sido derrotados en Noukouma. ¡Los *tondyon* derrotados! ¿Y por quién? ¿Por un tal Amadu Hamadi Bubu? ¿Quién era ése? En Segú, nadie era capaz de decirlo con certeza. Era un peul, eso es todo lo que sabían.

Daa Manson se daba cuenta perfectamente de que el poder de Segú comenzaba a desmenuzarse. Por eso había convocado a Alfa Seydou Konaté, célebre morabito de Sansanding, quien le había anunciado: «Se ha alzado un peul que pondrá en jaque el poder de Segú. En lo que a ti se refiere, no te sucederá tu hijo Tiekura sino uno de tus hermanos. ¿Cuál de ellos? Todavía no puedo decírtelo. En cuanto a la enfermedad que padeces, no te curarás nunca.»

Tras estas terribles palabras, se había hecho el silencio. Habían despachado a todos los esclavos para celebrar esta entrevista secreta con el gran adivino, así que en la sala de palacio sólo estaban el rey, el morabito y el jefe de los griots, Tietigui Banintieni. Ante la patente angustia del *mansa*, Tietigui Banintieni le había dirigido una breve sonrisa burlona, como para invitarlo a minimizar aquellas predicciones. ¿Acaso olvidaba que en Segú existían feticheros capaces de desenmarañar todos los enredos del destino? Pero Daa Manson no se tranquilizó. Comenzó a recorrer la estancia al ritmo entrecortado de sus pensamientos, parándose en seco, echando a andar de nuevo, volviendo atrás. Si los peul, ahora islamizados hasta el fanatismo,

estaban volviéndose tan peligrosos, ¿no había que hacer las paces urgentemente con los hermanos enemigos de Kaarta, a fin de que hubiera un solo frente de lucha? Pero ¿qué pretexto se podía esgrimir?

—Señor —dijo Alfa Seydou Konaté levantándose—, si me lo permites, me gustaría retirarme. De Segú a Sansanding hay un largo camino...

Daa Manson le dio su consentimiento y Alfa Seydou Konaté se retiró con la altivez de los musulmanes, que afirman prosternarse únicamente ante Dios.

Desde su ascenso al trono, Daa Manson había realizado numerosas modificaciones en el mobiliario del palacio. Había hecho construir una especie de salón particular con sillones europeos y canapés muy bajos cubiertos con mantas marroquíes. Además, había comprado altos candeleros de un metal brillante que llevaban velas clavadas. Así, la noche ya no existía, y el soberano había recibido otro título que se sumaba a los que ya poseía: señor de la batalla, larga serpiente protectora de Segú y fuente de vitalidad. Era el de «señor de los soles de la noche».

Daa Manson iba y venía a la luz artificial de las velas, con el rostro chorreante de sudor. De repente, se sentó y recuperó su aspecto regio.

—Tietigui, ¿y si le pidiéramos una esposa a Ntin Koro, el *mansa* de Kaarta?

El griot miró al *mansa*, atónito, incapaz de seguir los cálculos de su mente.

—¿Una esposa? —dijo.

El soberano hizo un gesto de impaciencia y, sin dignarse explicar sus propósitos, ordenó:

—¡Infórmate! Mira a ver si entre las hijas de Ntin Koro hay alguna que esté en edad de casarse y comunícamelo.

Daa Manson no poseía las cualidades de estrategia de su padre. Era un hombre vano, capaz de hacer matar a alguien del que se dijese que era más apuesto que él, y que derrochaba fortunas por una cara bonita.

Sin embargo, en los momentos cruciales sabía dominarse. ¡Puesto que los peul amenazaban al mundo «fetichista», estaba claro que el mundo fetichista debía enterrar sus disputas y hacer frente común contra ellos! En el fondo de su ser, Daa Manson no entendía que pudiera hacerse la guerra en nombre de la religión. ¿Acaso no era cada pueblo libre de venerar a quien quisiera? Segú, que controlaba tantas ciudades extranjeras, jamás había intentado imponerles ni sus dioses ni sus ancestros. Al contrario, se adueñaba de los suyos para engrosar su panteón y subyugarlos mejor.

Los dioses son múltiples. No hay un dios único. ¿Qué pretendía Alá con eso de reinar solo, excluyendo a los demás?

Así pues, la vieja rivalidad entre las familias reinantes, los Kulibali de Kaarta por un lado y los Diara de Segú por el otro, debía ser olvidada. Enviaría una delegación ante Masasi y sellaría la nueva alianza con un matrimonio. Luego, sus ejércitos se unirían y ya veríamos si no lograban que esos ganaderos volvieran con sus rebaños. Daa Manson se sintió relativamente apaciguado. Al mirar a su alrededor, se vio solo en la gran estancia decorada con cortinajes de estilo marroquí y dio unas sonoras

palmas. Los esclavos y los griots que esperaban en la habitación contigua entraron y percibieron al primer golpe de vista el ánimo sombrío del *mansa*. Inmediatamente, los griots reclamaron su atención:

—¿Qué quieres que te cantemos, señor de los soles de la noche?

Daa Manson dudó unos instantes.

—¿Qué sabéis de ese peul que empieza a resultar tan molesto como un tábano en el rabo de una vaca?

El joven griot Kela golpeó su *tamani*:

«Un vaquero de Fittouga convertido al islam se encontró con una vaquera en el fango del *podo*, no lejos de Djenné. Se casaron, y muy pronto el vientre de la vaquera se hinchó como una calabaza. Al cabo de seis meses salió de él un hijo, enclenque como todos los de esa raza: Amadu Hamadi Bubu. El día de su circuncisión se echó a llorar:

»“¡Padre, aparta el cuchillo! ¿Por qué quieres hacerme esa herida? ¡Padre, aparta el cuchillo!”

»La madre sintió vergüenza de su hijo y le dijo: “Vete, no quiero verte más.” Entonces, Amadu Hamadi Bubu se fue a Rounde Sirou y, apoyando la frente en el suelo, proclamó: “¡Venid, yo soy el enviado de Alá! ¡Bisimillahi, Alá misericordia!”

»Los marroquíes de Djenné se indignaron: “¿Quién es ese vaquero que se proclama enviado de Alá? Y lo mandaron al fango de la marisma de Dia junto con sus animales...”»

Daa Manson escuchaba aquel canto satírico destinado a divertirlo, pero no conseguía sonreír. Vaquero o no, Amadu Hamadi Bubu ya había derrotado a una de sus columnas. Y si bien eso podía considerarse un incidente menor, según Alfa Seydou Konaté no tardarían en producirse otros enfrentamientos que serían fatales. De repente, Daa Manson se preguntó si no sería preferible provocar esos enfrentamientos y, aprovechando el factor sorpresa, transformarlos en victorias. Sin embargo, para asegurarse del éxito había que ser fuerte. Muy fuerte.

«“¿Quién es ese vaquero que se proclama enviado de Alá?” Y lo mandaron al fango de la marisma de Dia. Entonces los niños se agolparon a su alrededor: “Puesto que eres un enviado de Alá, no necesitas la manta.” Y se la arrebataron...”»

Daa Manson, nervioso, le indicó a Kela que se callara. Un cantante tomó de inmediato el relevo acompañándose de una guitarra y al poco se incorporó un *bala*, y éstos fueron los únicos sonidos en la estancia.

Daa Manson rememoraba las conquistas de su padre, la forma en que había ampliado los límites de su imperio. ¿Sería él quien presidiría su desmoronamiento? ¿Sería ése el recuerdo que los griots conservarían de él? No, al día siguiente haría convocar sin falta a los jefes de las ciudades y de los cantones de Segu y les propondría reconciliarse con Kaarta. Tomada esta decisión, se disponía a reunirse con su última favorita cuando el griot Tietigui Banintieni apareció de nuevo.

—Señor de las aguas y de las energías, acabo de enterarme de que Dusika Traoré está muy grave. Sus hermanos han entregado mensajes a varios caravaneros para informar a sus hijos, que están lejos...

Daa Manson se encogió ligeramente de hombros. ¿Qué vida no acaba con la muerte?

Pero Tietigui se acercó a él y siguió hablando:

—Recuerda por qué lo expulsó tu padre de la corte. ¿No fue porque mantenía relaciones con los Kulibali de Kaarta? Y si quieres acercarte a ellos, ¿no sería una política acertada rehabilitarlo antes de que muera? Va a dejar tras de sí a una veintena de hijos. Envíales presentes a sus esposas, sobre todo a su *bara muso*. Incluso ve a visitarlo antes de que sea demasiado tarde... Este tipo de gestos impresionará favorablemente a los Masasi y los preparará para tus peticiones... Porque ahora creo que intuyo cuáles son tus propósitos...

Los dos hombres se miraron. Un rey no tiene consejero de más confianza, amigo más íntimo, alma más devota que el jefe de sus griots. No hace nada sin informarlo y puede contar con su apoyo incondicional. Tietigui ya llevaba a cabo sus sucios trabajos cuando Daa Manson era príncipe, intrigando y halagando en su provecho. Daa Manson había tenido prioridad sobre sus doce hermanos en edad de reinar a la muerte de Manson, en particular sobre el mayor. Una vez más, admiró la sutileza mental de Tietigui. ¡Nacimientos, matrimonios y muertes eran acontecimientos de la vida que debían utilizar los que querían dominar el mundo!

—Envíale a mi sanador personal de inmediato. Yo lo visitaré mañana.

El alma de Dusika, sin embargo, había abandonado su cuerpo sin que nadie se diera cuenta. Antes de ser recuperada por los forjadores-feticheros y asignada de nuevo al cuerpo de un recién nacido, el alma, ligera e invisible a los ojos de los humanos, saborea breves instantes de libertad. Flota por encima de los ríos, se eleva sobre las colinas, aspira sin estremecerse el denso vapor que asciende de las marismas y se posa en los rincones más secretos de las concesiones. El alma no conoce las distancias. Para ella, el vasto tablero de los campos cultivados no es más que un punto en el inconmensurable espacio. Se desplaza siguiendo a los astros.

El alma de Dusika sobrevoló, pues, el *podo*. Las hondonadas estaban cubiertas de grandes flores malva de nenúfar, pues ya habían caído las primeras lluvias, y los rebaños de los peul se hundían hasta media pata en la tierra viscosa. Luego, dándole la espalda a Djenné, cruzó la marisma de Moura hasta Tenenkou, capital de Macina.

No debe creerse que todos los peul eran partidarios de la revolución religiosa dirigida por Amadu Hamadi Bubu. No les desagradaba, desde luego, darles una lección a esos agricultores guerreros que desde hacía ya demasiado tiempo se adueñaban de sus rebaños. ¡Pero de ahí a afeitarse la cabeza, renunciar a las bebidas fermentadas y prosternarse en el suelo cinco veces al día!... Además, empezaban a circular palabras desconocidas hasta entonces.

«La fe es como un hierro candente —clamaba Amadu Hamadi Bubu—. Al enfriarse, disminuye de volumen y se vuelve difícil de modelar. De modo que es preciso calentarla en el Alto Horno del Amor y la Caridad. Es preciso sumergir el alma en el elemento revitalizante del Amor y procurar mantener abiertas a la Caridad las puertas del alma. Así, nuestros pensamientos se orientarán hacia la meditación.»

¿Qué significaba todo eso?

El marido de Sira era de los que comprendían el significado de esas palabras. Amadu Tasiru había sido discípulo del jeque Ahmed Tiyani, fundador de una secta musulmana, la Tiyaniyya, y a pesar de que no ostentaba el prestigioso título de jeque, contentándose con el de *modibo*,^[87] era un santo. Tenía en su casa una biblioteca en la que figuraban varias obras de teología, escolástica y derecho, entre ellas el célebre *Djawahira el-Maani*.^[88] Se había casado con Sira porque ningún hombre de su rango quería hacerlo tras su largo concubinato con un bambara. A su regreso a Tenenkou, Sira había ido a vivir con su madre y alimentaba a su hija con lo que obtenía de vender en el mercado *gosi*^[89] y *kodé*.^[90] De modo que Amadu Tasiru creía haber conseguido una sirvienta, infinitamente agradecida. Sin embargo, tras unos meses de matrimonio había tenido que rendirse a la evidencia y admitir que se había equivocado. Sira era arrogante, carecía de la modestia que exige su sexo y parecía juzgarlo, burlarse de él, una actitud que lo sacaba de quicio. Para humillarla, había tomado una segunda esposa, apenas púber, que murió al dar a luz. Entonces comprendió que Dios le había impuesto a Sira con un propósito concreto. ¿Cuál?

La atrajo hacia sí y ella se puso rígida.

—¿Qué te pasa? —preguntó él con impaciencia.

—El niño se ha movido en mi vientre... —murmuró Sira.

Amadu Tasiru no tuvo más remedio que soltarla. De lo contrario, ella lo miraría de nuevo con expresión burlona. ¡Un devoto que no olvida ni el *lazim*,^[91] ni el *subh*, ni el *zuhr*, ni el *asr*, ni el *magrib*, ni el *isa*,^[92] poseyendo a su mujer embarazada pasado el tiempo prescrito!

En realidad, Sira mentía simplemente para mortificar a Amadu Tasiru. Su pensamiento regresaba todos los días a Segu. Su hija, sus dos hijos y el ser que llevaba en su seno no la consolaban de la ausencia de Malobali. ¿Qué aspecto tendría ahora? El de una joven palmera del desierto, con el cabello trenzado, la córnea de los ojos de un blanco deslumbrante, los pómulos ligeramente altos y la tez clara. ¿Le habría hablado Nya de ella? Si era así, debía de odiarla. Pero, suponiendo que no le hubiese dicho nada, ¿no era esa ignorancia más dolorosa que el odio? Él caminaba, corría, comía y dormía sin saber que, a unos días de distancia, el pensamiento de su madre no lo abandonaba. Pero en aquellos momentos Malobali no era la única preocupación de Sira. La había invadido una angustia incomprensible y recordaba su vida con Dusika. ¡Cuánto tiempo había tardado en separarse de él! Cada vez que llegaba la estación de las lluvias, tomaba esa decisión para retrasarla hasta la estación seca. Y no era el entrechocar de hachas y lanzas entre bambara y peul lo que

finalmente la había convencido. Ni tampoco una atracción hacia el islam, que los bambara rechazaban violentamente. No, era el deseo de mortificarse. La esclava no debe amar a su amo, si no, se pierde el respeto a sí misma. Tenía que irse. Regresar con los suyos, paradójicamente convertidos en unos extraños. Tenenkou había cambiado. Ya no era un campamento informe de chozas de paja, construidas rápidamente dentro de un cercado de cañas flexibles. Había casas de tierra, algunas de las cuales poseían la elegancia de las de Djenné. Habían construido un auténtico puerto en la marisma que iba de Dia a Pinga, al que acudían comerciantes venidos de todas las ciudades del río. La mezquita sin minarete u ornamento arquitectónico, en torno a la cual florecía un centenar de escuelas coránicas, era obra de albañiles de Djenné. Sin embargo, Sira no podía olvidar Segou, la feliz libertad de sus calles, los cantos que escapaban de sus concesiones, el trajín de las mujeres que iban a buscar agua al río, el relinchar de los caballos guiados por palafreneros medio desnudos. Le parecía que el islam daba a la vida una coloración austera y grisácea. Los niños acudían a las prisiones de las escuelas con una tablilla de *sumarie*^[93] bajo el brazo. Por la mañana, *taalibe*^[94] ateridos de frío salían a la calle salmodiando:

«Debes saber que la clave del conocimiento de Dios es el conocimiento del alma, tal como dijo el mismo Dios. El Profeta dijo: “Quien conoce su alma conoce a su Señor.”»

Y las mujeres, vestidas con ropajes informes, parecían no preocuparse ya de su belleza, que distraía a los hombres de su dedicación a Dios.

Sira, tendida sobre la estera, se volvió hacia uno y otro lado como si un ojo la observara. Se incorporó para escrutar la oscuridad. ¿Quién estaba escondido en la sombra? Amadu Tasiru, a su lado, se había dormido, y ella recordó las noches con Dusika. A veces, los contornos del ventano se aclaraban antes de que se durmiesen. Después, evitando las miradas penetrantes de Nya y Nieli, ella regresaba a su cabaña y allí se odiaba por el placer dado y el placer recibido. Una de esas mañanas fue cuando decidió marcharse.

Sira acabó por sentarse sobre la estera. Estaba segura de que una presencia palpitaba junto a los grandes calabacinos que contenían la ropa. Pero cuando encendió a toda prisa la lámpara de manteca, no vio nada salvo a unos cuantos roedores huyendo.

¿Dusika?

Era él: la necesitaba.

Unos mercaderes que habían estado en Segou le habían dicho que su salud decaía, que tenía los cabellos blancos como los matorrales en la estación seca, que se movía con torpeza. Sira presentía que ya estaba muy mal y que su alma la llamaba suavemente. ¿Desearía quizás introducirse en el hijo que llevaba en su seno para permanecer junto a ella? Sintió miedo y se puso las manos sobre el vientre como para protegerse. En ese momento, el techo —un armazón de tablas recubierto de ramas— crujió, y ella creyó reconocer el lamento de una voz familiar.

¡Dusika! ¡Sí, era él!

Las paredes de la cabaña se derrumbaron. Las aguas que cubrían el *podo* se retiraron al tiempo que la humedad del aire se transformaba en un calor seco y ardiente. Segu. En los patios del palacio del *mansa*, las esclavas hilaban, tejían o lavaban con abundante agua telas previamente sumergidas en el lodo de los pantanos. Un hombre había pasado entre aquella multitud. Sus miradas se habían encontrado. Eran en los mejores años de su vida.

Una esclava no debe amar a su amo, si no, se pierde el respeto a sí misma. Sira dejó en el hueco practicado en la pared la lámpara de manteca y la apagó de un soplo antes de volver a acostarse.

—¿Qué pasa? —masculló Amadu Tasiru.

Después, poniéndose de costado, la estrechó entre sus brazos. Después de todo, tenía derecho a hacerlo; era su marido. Aun siendo una criatura devaluada, no había vacilado en dar una decena de cabezas de ganado de pelaje reluciente y cuernos afilados. Trataba a M’Pene, la hija que había tenido de Dusika, como si fuera suya, pues era un hombre de Dios. ¿Qué le reprochaba?

Pero el alma de Dusika se había adherido al ventano, tapado con una vasija. Incapaz de soportar el espectáculo que ofrecía Sira en los brazos de Amadu Tasiru, imaginaba las peores venganzas: Introducirse en el seno de Sira, habitar a su hijo, hacerlo morir, perseguir después a todos los que llevara para conducirlos uno a uno a la tumba. Ocupar por completo el espacio de su vientre, taponar los intersticios y volverla estéril. O incluso apoderarse de su cuerpo abandonado durante el sueño y concebir monstruos.

Bajo aquella terrible mirada, Sira se acurrucaba sobre la estera, gemía, despertaba a medias para sumirse de nuevo en la inconsciencia.

Los griots reales ya estaban llegando a la concesión de Dusika, seguidos de músicos, cantores y bailarines, cuando Daa Manson, rodeado de esclavos que lo abanicaban con plumas de avestruz, salió del palacio. Como raramente aparecía en público, salvo con motivo de las expediciones guerreras, toda la ciudad había acudido para verlo y aclamarlo. Los niños se habían subido a las ramas de los árboles, mientras que las mujeres se abrían paso a codazos, sin ningún miramiento, para acercarse todo lo posible. Daa Manson vestía con gran sencillez un pantalón bombacho blanco y un *bubu* rojo, pues había adoptado esa prenda musulmana. Como atributo de su soberanía, sólo llevaba el largo palo forrado de piel y el sable de hoja ancha. Pero no había resistido la tentación de ponerse unas botas de piel amarillas con adornos rojos, traídas de la costa por traficantes. Los que no lo habían visto desde su entronización, comentaban que era más apuesto aún que su padre, con las tres incisiones reales en las sienes, el aro abierto de cobre que Manson también había llevado en la nariz y dos grandes trenzas cruzadas bajo la barbilla. Lo que se apreciaba por encima de todo era su porte, su balanceo al andar, que resaltaba la delgadez de su cintura. No era de extrañar que tantas mujeres hubiesen perdido el sentido por él y que su harén no contara con menos de ochocientas criaturas devotas.

Pero cuando el griot Kela cruzó el umbral de la concesión, uno de los hermanos de Dusika le informó de que este último no había esperado al *mansa* y acababa de fallecer. Kela retrocedió corriendo, indicando a los músicos que tocaran más bajo el tam-tam, el *bala* y el *buru*.

—Perdónalo, señor de las aguas y de las energías —le dijo a Daa Manson, arrojándose a sus pies—, ya ha partido...

A pesar de ello, Daa Manson no dio marcha atrás.

Ahora los lamentos de las mujeres cubrían los acordes musicales, y según una costumbre recientemente introducida, en la concesión del difunto disparaban con los fusiles que éste había poseído. Al oír este estrépito, otras mujeres salían de las concesiones vecinas y corrían hacia el lugar del duelo. Algunas se revolcaban en el polvo de las calles mientras bandadas de griots, como saltamontes abatiéndose sobre un campo, aparecían y comenzaban a recitar el árbol genealógico y las hazañas de Dusika. Daa Manson le hizo una discreta seña a Kela y éste empezó también a cantar. Aquello era un honor supremo: ¡ser elogiado por el griot del *mansa* en su presencia! En la cabaña de Dusika, por el contrario, reinaba un silencio que contrastaba con el tumulto de fuera. Las esposas de Diemogo lavaban el cuerpo con agua caliente aromatizada con albahaca, mientras que la última esposa de Dusika, Flacoro, desplegaba unas piezas de algodón blanco tejido por los mejores artesanos y cuidadosamente guardadas para este fin. En cuanto a Nya y Nieli, habían dispuesto en

el suelo una tosca estera de paja y, sobre ella, otra muy fina y flexible. Una vez que el cuerpo de Dusika estuviera depositado allí, todas las mujeres se situarían alrededor de la *bara muso* en pequeños taburetes y recibirían en silencio el pésame. Nya no sabía si estaba apenada.

Al principio se había sentido aliviada, pues el Dusika que iban a enterrar no era el Dusika al que ella tanto había querido. Era un hombre prematuramente envejecido, que estaba obsesionado con los sinsabores de su vida, como si todas las existencias no fuesen, en fin de cuentas, un largo duelo amargo y mezquino. Por las mañanas, cuando entraba en su cabaña, se preguntaba a qué se tenía delante. La muerte y el ritual de purificación que la acompaña le devolvían a un compañero digno de su amor y de su respeto.

Diemogo, el hermano que seguía a Dusika en edad y que realizaba las funciones de *fa*, estaba instalado en el vestíbulo de la cabaña de su hermano. Oía acercarse el cortejo del *mansa*, pero esa rehabilitación tardía no le causaba ningún placer. Sabía que los honores de los reyes sólo ocultan hipocresía y se preguntaba qué estaba maquinándose alrededor del cuerpo todavía caliente de Dusika. Y mientras daba las gracias a vecinos, amigos y parientes, que ya llevaban las aves y los corderos destinados a la comida ritual de carnes, también pensaba con tristeza que el último deseo de su hermano no se había visto realizado, ya que no había vuelto a ver ni a Siga ni a Tiekoro. ¡Ah, habría que matar un buey, porque Dusika era un hombre importante y todos los menesterosos de Segu irían a alimentarse por última vez a sus expensas! Habría que preparar calabacinos y calabacinos de *dolo*, calabacinos y calabacinos de *to*, calabacinos y calabacinos de salsa...

Daa Manson apareció en la única puerta de entrada de la concesión, atravesó el patio principal entre las miradas atónitas y admirativas de los niños y se acercó al vestíbulo. Diemogo se arrojó al suelo, murmurando:

—Perdónalo, señor de las energías, por no haberte esperado...

El *mansa* le indicó que se levantara, al tiempo que Tietigui Banintieni se ponía a dar vueltas a su alrededor gritando:

*Koro, tu único bastón de apoyo se ha roto,
debes aprender a caminar solo.
Cuando necesitabas sostén,
llamabas a tu hermano,
cuando vuelvas a necesitar sostén,
¿a quién te dirigirás ahora?*

Daa Manson no entró en la cabaña porque aún no habían terminado de arreglar el cadáver. Les indicó a sus esclavos que entregaran a la familia los sacos de cauris que llevaban y presentó sus condolencias a Diemogo y los hermanos pequeños. En las intermediaciones, Kumaré y los demás forjadores-feticheros estaban acucillados en la

arena interrogando sobre la voluntad de los ancestros. ¿Sería Diemogo un buen *fa*? ¿Sabría gestionar los abundantes bienes de la familia, proteger a los numerosos hijos y a las esposas, evitar las disputas entre esclavos? En Segu, los esclavos y sus hijos a veces se aliaban e imponían su ley en los hogares. ¿A quién pasarían las esposas de Dusika? ¿Las repartirían por orden de primogenitura? ¿O se las quedaría todas Diemogo, ya esposo de cuatro mujeres? Muchas eran las preguntas, y los feticheros contenían la respiración observando las bandejas adivinatorias. Kumaré permanecía especialmente atento, pues tenía que acompañar al alma de Dusika en su viaje hasta la morada de los ancestros. Todas las fuerzas desencadenadas por aquellos que le habían odiado en vida lo acechaban para desviarlo hacia esa región oscura y tórrida donde no se encuentra jamás la paz, a fin de impedirle reencarnarse en el cuerpo de un recién nacido varón.

Kumaré masticó enérgicamente una nuez de cola y a continuación escupió contra las paredes de la cabaña de Dusika una saliva cargada de un jugo pardusco y de residuos; después fue a degollar a los animales que cocerían juntos y servirían en la comida fúnebre. Mientras tanto, otro sacerdote modelaba la cabeza en tierra del difunto que se colocaría en la pequeña cabaña donde ya estaba, con los *boli*, la representación de los ancestros de la familia. Todos estos preparativos le recordaban a Daa Manson los que se habían realizado un año antes, con motivo de la muerte de su propio padre. Por supuesto, el nivel de los presentes no era el mismo. A la muerte de Manson, habían sido necesarias no menos de siete estancias de palacio para almacenar los cauris y el oro que llegaban de todos los rincones del reino, mientras que los caballos y el ganado se amontonaban en los patios. Estos bienes, repartidos según el deseo del difunto entre los pobres y los viajeros de paso, habían colmado a centenares de individuos. Pero, al margen de estas diferencias debidas a la posición social de los desaparecidos, era la misma atmósfera, esa mezcla de festejos obligados y de aflicciones particulares, de ostentación necesaria y de hospitalidad real, y sobre todo ese terror a lo desconocido que acababa de manifestarse, enmascarado bajo los cantos, las danzas, las bromas. Daa Manson no podía evitar pensar en su propia muerte, en el momento en que lo meterían en la fosa y sus hijos echarían tierra encima de él, murmurando las frases rituales:

«Mira esta agua, no te enfades, perdónanos, danos lluvia en invierno y una cosecha abundante. Danos una larga vida, una posteridad numerosa, mujeres, riquezas...»

Se estremeció y pensó en regresar a palacio, pero entonces se percató de que su griot, Tietigui, estaba hablando con un hombre apuesto al que él no conocía. A juzgar por su elevada estatura, sus tatuajes y sus ropas, se diría que era de Kaarta, y Daa Manson se dijo que Tietigui no olvidaba nunca los intereses del reino.

En el interior de la cabaña, el cuerpo de Dusika se hinchaba y se descomponía rápidamente, desprendiendo un olor dulzón. Kumaré y los otros forjadores-feticheros comprendieron que aquello era el efecto de los humores causados por las

preocupaciones y los sinsabores de los últimos años del difunto y aconsejaron a los sepultureros que lo enterraran cuanto antes. Éstos pusieron al corriente a la familia, pero Diemogo se opuso a ello porque, según él, había que darle una oportunidad al hijo del difunto de recibir el terrible mensaje y regresar a Segu. La mayoría de los presentes pensaban que no era prudente, que bastaría con que los hijos estuviesen de vuelta para las ceremonias del cuadragésimo día y sacaban la conclusión apresurada de que Diemogo no sería un buen *fa*. Demasiado indeciso, demasiado respetuoso con las costumbres. Ahora que Daa Manson había regresado a su palacio, el ambiente era menos solemne y, bajo los efectos del *dolo*, empezaba a olvidarse al muerto para chismorrear, mirar a las mujeres y bromear. La gente se preguntaba sobre todo qué ocurriría entre Diemogo y Nya. Sabían que se odiaban. Cuando Dusika había empezado a declinar, Nya había creído que ella tomaría las riendas de la familia en nombre de su hijo Tiekoro. Pero Diemogo había reunido de inmediato al consejo familiar, que se había pronunciado a favor de él. Si Nya se negaba a casarse con Diemogo, como la tradición le daba derecho a hacer, tendría que volver con su familia. Y ¿quién defendería entonces los intereses de sus hijos? Tiefolo, el hijo mayor de Diemogo, ya parecía gozar de una preeminencia excesiva sobre todos. Recordaban que Naba, el segundo hijo de Dusika, había desaparecido durante una cacería a la que había ido a instancias de Tiefolo. De ahí a murmurar que la cosa había sido premeditada, no había más que un paso que muchos se apresuraban a dar.

Finalmente, Diemogo tuvo que hacer caso de las recomendaciones de los sacerdotes-feticheros y dar a los sepultureros la orden de construir la enramada bajo la que Dusika sería brevemente expuesto. Al mismo tiempo, empezaron a cavar detrás de su cabaña la fosa donde sería enterrado. Los cantos y las danzas aumentaron de intensidad y todo el mundo comenzó a observar a Tiefolo, señalando que se comportaba en verdad como heredero titular, como primer hijo. En realidad, Tiefolo jamás había podido perdonarse aquella cacería fatal y toda su existencia desde aquel día no era más que un vano intento de olvidarla. Su actitud taciturna y distante, que se tomaba por arrogancia, ocultaba sus remordimientos. Acababa de ocurrírsele una idea, un modo de redimirse. ¿Había causado tiempo atrás la pérdida de un hijo del clan? ¡Pues bien, hoy encontraría a otro de ellos! Así pues, aprovechando un momento en que Diemogo se encontraba solo, se acercó a él y susurró:

—*Fa*, permíteme tomar un caballo y partir para Djenné. Me comprometo a traer a Tiekoro antes del cuadragésimo día.

Diemogo no sabía qué decir. Sin duda era una buena idea, pues los esclavos que había enviado no serían tan diligentes como un miembro de la familia. No obstante, con todo lo que ocurría en la región, emboscadas de los peul, capturas en dirección a la costa... ¿era prudente dejar que un muchacho se aventurase por los caminos? Así que tomó la única decisión posible:

—Vamos a consultar a Kumaré.

En ese momento, un soplo de aire le llevó el olor pestilente que empezaba a desprender Dusika y tomó conciencia de que no podía seguir retrasándose la inhumación. Mandó a buscar a Kumaré, que estaba con los sepultureros, recitando de cara al sur las plegarias rituales, y lo condujo a un rincón tranquilo. Kumaré no vaciló. Nada más introducir los dedos en la arena, levantó la cabeza y dijo:

—Tu hijo puede partir, Diemogo.

—¿Traerá a Tiekoro? —insistió éste.

Kumaré hizo una mueca y su rostro se tornó más horrible aún.

—¡La nasa del pescador no sólo trae capitanes! —declaró.

Tras estas palabras, un esclavo palafrenero llevó un caballo, un soberbio animal de Macina de reluciente pelo negro, con una sola mancha en una pata. La cabezada de la brida estaba cubierta de grisgrises, amuletos y pequeños cuernos de animales que contenían cientos de polvos destinados a proteger a montura y jinete. Colgaron de la silla dos bolsas con provisiones y cauris y un enorme carcaj lleno de flechas. Tras haberse prosternado ante su padre, Tiefolo asió al caballo por la brida. Inmediatamente, todos los niños de la concesión se pusieron a seguirlo, chillando y batiendo palmas. Para ellos era la guinda de una jornada extraordinaria que había comenzado con la visita del *mansa* y había seguido con aquel derroche de condumio y de sidra de tamarindo. Los más reposados se limitaron a mirarlo montar a lomos del caballo. Otros corrieron tras él por las calles ardientes hasta el palacio del *mansa*. Y, finalmente, los más atrevidos lo siguieron hasta orillas del Djoliba, fuera de las murallas de Segu, para verlo subir con su montura en una ancha piragua. El caballo, asustado, relinchaba y se encabritaba, y Tiefolo le hablaba para calmarlo. La embarcación no tardó en llegar al centro del río, donde las aguas eran profundas y había fuertes corrientes.

Cuando el grueso de la tropa de niños regresó a la concesión, el cadáver de Dusika, envuelto en las dos enteras, reposaba bajo una enramada ante su cabaña y todos tuvieron que dominar el miedo, refugiarse a la sombra de un adulto e implorar el perdón del muerto. Los que sabían hablar intentaron repetir con el coro: «¡Perdónanos! Nosotros te amábamos, nosotros te respetamos, sé feliz y protégenos...»

La voz potente de los sepultureros, el rostro de los feticheros y su impresionante colección de grisgrises los aterrorizaban, y no era el atractivo menor de aquellas horas excepcionales el hecho de que estuvieran estrechamente unidos miedo y placer, alegría y dolor, júbilo y pesar.

Luego, los sepultureros cargaron el cuerpo a hombros y dieron la vuelta a la concesión corriendo antes de dirigirse a la tumba, en torno a la cual se hallaban todos los hijos de Dusika. En cuanto a Diemogo, tenía en la mano las cosas con las que sería enterrado su hermano: sus sandalias, su jarra de agua y un pequeño pollo blanco. Tenía el rostro bañado en lágrimas, pues había querido mucho a su hermano. Pero a la gente no le gustó esta manifestación de debilidad. Sollozar y gritar está bien

para las mujeres. Las esposas de Dusika, en cambio, permanecían dignamente en la cabaña sentadas en taburetes y ataviadas con telas de algodón. Para ellas iba a empezar la larga reclusión del duelo: no saldrían, salvo en caso de absoluta necesidad, hasta el día de la purificación ritual.

3

Tiekoro dio unas palmadas y sus alumnos se dispersaron con la tablilla de *sumarie* bajo el brazo. No tenía muchos, sólo quince, que acudían de las casas vecinas de aquel barrio pobre y cuyos padres en muchos casos no podían pagarle. En el fondo de su ser, a Tiekoro le repugnaba tener que cobrar por enseñar los elementos indispensables para desarrollar una vida espiritual y religiosa. Le horrorizaba la figura del «morabito-limosnero»,^[95] pero no podía dejarle a Nadié la carga de mantener a la familia... Cuando sus alumnos no podían llevarle los cauris que le debían, aceptaba mijo, arroz, aves...

¿Para eso había estudiado tanto? ¿Para acabar allí, en aquel patio estrecho y polvoriento con un tejadillo en un rincón bajo el que se sentaban los alumnos, en aquella casa donde sólo había los objetos más elementales?... Tiekoro había solicitado un puesto en la universidad, pero se lo habían negado. Y tampoco se le había considerado cualificado para ser imán, cadí o muecín. Tan sólo se le había permitido abrir una escuela, aunque no recibía ningún subsidio de la dina,^[96] de modo que tenía que arreglárselas con las retribuciones individuales. ¿No era doctor en teología y lingüística árabes? ¿A qué debía atribuir la desconfianza que le demostraban, el ostracismo del que era víctima? Simplemente al hecho de ser bambara. En Djenné, marroquíes, peul y songay despreciaban y odiaban a los bambara. El oprobio del «fetichismo», del origen «fetichista», los marcaba con una señal tan visible como el punto negro que aparece en la frente de los devotos debido a las prosternaciones. Sin embargo, en ocasiones a Tiekoro le daba la impresión de que la religión no era la única causa, de que ese desprecio y ese odio iban dirigidos a otra cosa. Pero ¿a qué?

Se guardó el rosario en el bolsillo, se levantó, sacudiéndose del *bubu* las briznas de paja, y se dirigió a la casa. La corporación de los albañiles de Djenné, los *bari*, era famosa de Gao a Segu, a través de todo el Tekrur e incluso hasta el Mogreb. Se decía que los *bari* habían aprendido el arte de construir de un tal Malam Idris, venido de Marruecos unos años antes y que había trabajado en la edificación de los palacios de los *askia* y los *mansa*, así como en los *madugu* de los jefes de las grandes familias. Con la tierra *de\ podo*, mezclada a veces con conchas de ostra trituradas, los *bari* fabricaban unos ladrillos ligeros y resistentes a un tiempo que soportaban las peores inclemencias. Desgraciadamente, Tiekoro no vivía ni mucho menos en una casa construida por uno de esos maestros. Ocupaba en el barrio de Djoboro una vivienda de dos habitaciones, amuebladas con varias mantas, esteras y taburetes y precedidas por un patio atestado de aves, cabras y diversos utensilios necesarios para cocinar. Estaba encajonada entre casas del mismo aspecto, en una calle estrecha y

desnivelada. Cada vez que Tiekoro se acercaba a ella, se le encogía el corazón. Entonces, ¿por qué no volvía a Segu?

No lo hacía porque Tiekoro era exigente consigo mismo. Sabía que, si regresaba a Segu, muy a su pesar lo verían aureolado por el prestigio de sus viajes a tierras lejanas, de su conocimiento de lenguas extranjeras e incluso de su conversión al islam, religión mágica, y que no le costaría nada erigirse en notable. Sin embargo, no podía ocultarse el fracaso de su vida y no pretendía engañar a los demás. En cierto modo, se complacía en su miseria y en su soledad. Cruzó el umbral de su casa. Inmediatamente, Ahmed Dusika y Ali Sunkalo se acercaron a su padre tambaleándose, pues las piernas aún no los sostenían con firmeza. Nadié interrumpió su tarea para acudir también ante su señor.

¿Qué habría sido de Tiekoro sin Nadié?

Nada más llegar a la ciudad, había aprendido a hacer *dyimita*, unas tortas de harina de arroz con miel y pimienta que los habitantes de Djenné y los comerciantes de Tombouctou y de Gao devoraban, *kolo*, que eran panecillos de harina de alubia cocidos con manteca, y mil golosinas más. Lo vendía en el mercado, y en poco tiempo se había hecho famosa. Cuanto más amargado, angustiado e inquieto estaba Tiekolo, más serena estaba Nadié. Los dientes, blanquísimos y un poco prominentes, daban a su rostro una expresión sonriente que desmentía la gravedad de sus ojos, profundamente hundidos en las órbitas. Ella que no era nada coqueta, había adoptado la costumbre de las mujeres peul de adornarse abundantemente los cabellos con piedras de ámbar y cauris. Nadié poseía una belleza que invadía por sorpresa, como el perfume de algunas flores, que al principio se cree que es insignificante y después resulta que no se puede olvidar.

Dejó sobre la estera, delante de Tiekoro, un calabacino de arroz y otro más pequeño que contenía una salsa de pescado.

—¿No tienes otra cosa para darme? —dijo él haciendo una mueca—. Lo único que me apetece es un poco de *degué*.

—Tienes que alimentarte, *koké* —repuso ella con firmeza—. Recuerda lo enfermo que te pusiste el invierno pasado... Todavía estás débil...

Tiekoro se encogió de hombros, pero obedeció, y ella, por respeto, se dispuso a retirarse mientras él comía.

—Quédate conmigo —le pidió Tiekoro—. ¿Qué has oído esta mañana en el mercado?

Nadié cogió en brazos a Ali Sunkalo, que quería meter la mano en la comida de su padre, y respondió en tono grave:

—Se dice que no tardará en estallar la guerra entre Segu y los peul de Macina. Amadu Hamadi Bubu ha obtenido la protección de un musulmán llamado Usman dan Fodio, que le ha ordenado derribar todos los fetiches...

—Bueno, nosotros no vivimos si en Segu ni en Macina —dijo Tiekoro fingiendo despreocupación—. ¿Qué nos puede importar eso?

—Amadu Hamadi Bubu quiere también reducir Djenné —prosiguió ella tras un breve silencio—. Dice que aquí el islam está corrompido y que las mezquitas no son más que lugares de depravación...

Tiekoro suspiró.

—Aunque ese fanático me da miedo, debo reconocer que en ese punto tiene razón. —Apartó los calabacinos y se lavó las manos en un recipiente de agua clara—. ¡Es extraño que el nombre de Dios separe a los hombres! ¡Dios, que es amor y poder! La creación de los seres procede de su amor, y no de un poder cualquiera...

Tiekoro se interrumpió al darse cuenta de que había empezado a predicar doctamente, como lo habría hecho bajo las arcadas de una universidad. Se levantó mientras Nadié, sin decir palabra, retiraba los restos de la comida. Si había algo que entristecía a Tiekoro, era la actitud de su compañera respecto al islam. Lo rechazaba con una silenciosa obcecación. Tiekoro no lograba impedirle que rodeara a sus hijos de las protecciones que había conocido en Segu. Les cubría el cuerpo de grisgrises. Cuando entraba en su casa de improviso, sorprendía a un viejo fetichero bambara completamente desdentado al que no se atrevía a echar, y esa debilidad le enfurecía. En varias ocasiones había destruido *boli* que Nadié escondía en un rincón del patio. Pero como ella se obstinaba siempre en poner otros, cansado de luchar, ya no protestaba.

Pese a tantos años de vida en común, Tiekoro no había resuelto la posición social de Nadié. Seguía siendo su concubina. Tampoco había hecho ningún esfuerzo por descubrir a qué familia de Beledougou pertenecía y qué había sido de ella. Eso le hacía sentir remordimientos, pero para absolverse se decía que ella parecía feliz. Feliz de servirlo. Feliz de darle hijos. Había encontrado su lugar en Djenné entre un círculo de mujeres bambara prácticamente impermeables a las costumbres de la sociedad circundante, activas e industriosas.

Tiekoro entró en la otra habitación, estrecha y oscura, ya que no tenía ninguna ventana, donde dormía su hija Awa Nya envuelta en un montón de trapos. Tiekoro cogió al bebé en brazos. ¡Ah, Nadié había añadido otro grisgrís a los que ya llevaba alrededor del cuello y de las muñecas! Tiekoro estuvo tentado de arrancarle aquellos objetos despreciables. ¿Acaso no dijo el Profeta: «El que lleva un amuleto en su cuerpo es impío»?

Al final, sin embargo, se reprimió. Si esos grisgrises podían proteger a Awa Nya, él no debía intervenir. Adoraba a su hijita. Si bien creía ver en sus hijos futuros jueces, en su hija no pensaba encontrar sino amor, indulgencia, protección. Igual que en Nadié. Tendido en su estera, apoyó a la niña contra su pecho y, de pronto, oyó tamborilear la lluvia sobre el tejado, pues el invierno no acababa de irse. Se sumió poco a poco en el sueño. En cuanto cayeron las primeras gotas de agua, Nadié metió en casa a los niños, que hubieran preferido correr desnudos bajo la lluvia; después apiló bajo el rudimentario tejadillo de la cocina la ropa, los calabacinos y la provisión de boñiga de vaca. Como conocía de sobra a Tiekoro, le había ocultado la gravedad

de los rumores que circulaban por la ciudad. Todos los bambara se disponían a regresar a Segu o a la ciudad de origen de su familia. No era la primera vez que los bambara se veían obligados a marcharse de Djenné. Siglos atrás, el *askia* Daud había ordenado expulsarlos fuera de las murallas. No obstante, pese a las órdenes oficiales, habían prosperado importantes colonias, en particular en el *podo* meridional, en el Femay y el Derari.^[97] Ahora todo tomaba un giro más inquietante. Hombres de Amadu Hamadi Bubu recorrían la ciudad y predicaban en las esquinas: «Si me dices que te conoces, te responderé que conoces la materia de tu cuerpo, que consta de tus manos, tu cabeza y el resto; pero no conoces en absoluto tu alma.»

Hablaban de arrojar a los impíos y a los malos musulmanes al fuego eterno, una vez que su jefe hubiera invadido la ciudad. Además, por lo que ella había oído, los musulmanes se peleaban entre sí según la cofradía a la que pertenecían. ¿Quién era ese dios de división y de desorden? Nadié no paraba de preguntárselo. Tiekoro se creía protegido por su conversión al islam. Pero Nadié estaba convencida de que no era así y de que, fetichista o no, un bambara seguía siendo un bambara a los ojos de los que sentían celos del poder y la grandeza de Segu. ¿Irse de la ciudad era, entonces, la solución? Quizá, pero Nadié tenía miedo de esa familia desconocida que volvería a atrapar a Tiekoro en sus redes, que le recordaría que ella era una simple concubina de pasado poco glorioso y que le exigiría que tomara una esposa de su rango. Nadié estrechó a sus hijos contra sí.

Tiekolo era un noble, un *yerewolo* cuyo árbol genealógico se perdía en la noche de los tiempos. Una vez en su casa, recuperaría con la concesión de su padre rango, prestigio y grandeza. ¿Y en qué se convertiría ella sometida a la mirada de la familia y, muy pronto, de las esposas legítimas? En algo parecido a las boñigas de vaca o los excrementos de camello, buenos para encender fuego pero apestosos y despreciables. Jamás. Jamás. Antes morir.

Pero Tiefolo estaba a las puertas de Djenné.

La gente que miraba a aquel joven, montado en un soberbio caballo, reconocía a un bambara por sus incisiones, su peinado en finas trenzas, sus brazos cubiertos de grisgrises, y unos lo odiaban y otros lo despreciaban.

Tiefolo, insensible a esas miradas, entró en la ciudad. Se sintió decepcionado. ¿Eso era Djenné? ¿Menos poblada, menos comercial que Segu? Llegó al galope a una gran plaza, en el centro de la cual se alzaba un edificio enorme. ¿Era una mezquita? Tiefolo no había visto nunca ninguna de semejantes dimensiones. Guiando al caballo, dio una vuelta a su alrededor.

Situado en una especie de explanada, el edificio, construido con fértil tierra del *podo*, adquiría en la atmósfera cargada de lluvia una tonalidad pardusca con reflejos azulados. La fachada principal se componía de una sucesión de torres, rematadas por pirámides truncadas en cuya base había dibujados motivos triangulares, mientras que las fachadas laterales estaban hechas de rectángulos en relieve y vaciados que parecían árboles de un bosque.

Un grupo de hombres subió los escalones que conducían a la explanada y dejó cuidadosamente las sandalias en un rincón. Aquel gesto intrigó a Tiefolo. Decidió acercarse y espoleó al caballo, que saltó dócilmente y aterrizó a su vez en la explanada. Los hombres se dirigían hacia una puerta lo bastante alta para permitir el paso de un jinete. Tiefolo los siguió y se encontró en un patio interior limitado por columnas de fuste espigado. En ese momento, los hombres a los que seguía se volvieron y empezaron a vociferar contra él. Un anciano con una amplia túnica salió de detrás de una columna, gritando también. Tiefolo, que era un muchacho educado, iba a bajar de su montura para intentar calmarlos. Pero más hombres vestidos de blanco salieron del interior del edificio. En menos tiempo del que se tarda en decirlo, Tiefolo fue derribado, insultado y apaleado. Al principio, como se trataba de hombres mayores que él, Tiefolo no intentó defenderse. Luego, envista de que cada vez recibía más golpes, empezó a perder la paciencia. Al poco aparecieron unos energúmenos armados con palos que lo vapulearon mientras otros le escupían a la cara. Entonces Tiefolo se defendió. No en vano era un joven cazador de cuerpo vigoroso y bien entrenado. Utilizó los pies, los puños, los dientes, y no tardó en derrotar a sus agresores. Hubo unos instantes de vacilación en sus filas. De repente, dos de ellos que habían desaparecido regresaron, cada uno con una piedra en la mano. Tiefolo profirió un grito de protesta. ¿Acaso querían matarlo? Demasiado tarde: uno de los proyectiles ya le había dado en la frente.

Cuando Tiefolo recobró el conocimiento, se encontró en un cuarto estrecho, de techo bajo, miserablemente iluminado por un ventanuco. Estaba tendido sobre un montón de paja que apestaba tanto que, pese a su estado de semiinconsciencia, el olor le molestó y trató de desplazarse. Entonces miles de agujas hechas de cuerno de buey le traspasaron el cráneo, al tiempo que la sangre fluía por su cara. Volvió a desvanecerse.

Cuando emergió de la inconsciencia, por el color del cielo que veía a través del ventanuco dedujo que había transcurrido bastante tiempo desde su último desvanecimiento. El minúsculo rectángulo era de color índigo. En el centro, una estrella reía, burlona. Tiefolo intentó tocarse la cabeza para calcular el tamaño de la herida, pero se dio cuenta de que no podía mover los brazos. Los tenía atados a la espalda con un recio cordel de *da*. Y los tobillos también. Tiefolo se echó a llorar como un niño. Sin embargo, pese a su debilidad y al dolor que sentía en todo el cuerpo, no perdía la esperanza. Sabía que todas esas adversidades eran pasajeras. Kumaré había sido tajante: terminaría cumpliendo su misión. ¿Se durmió quizás? ¿O se desvaneció de nuevo?

El rectángulo índigo se oscureció más hasta volverse completamente negro; luego empezó a aclararse y pasó por todas las tonalidades del gris para detenerse en un azul claro salpicado de blanco. Tiefolo no había estado nunca encerrado, privado de libertad de movimientos. Al contrario, siempre había sido el amo de la sabana y de sus grandes espacios. Sin embargo, no se dejó vencer por el desánimo.

De pronto, la puerta giró sobre sus goznes de madera y apareció un hombre con un calabacino de *degué*. Se arrodilló ante Tiefolo y lo examinó con una sorprendente expresión de admiración.

—¿De dónde eres? ¿Cuál es tu país?

—Soy bambara —logró decir Tiefolo—. Vengo de Segu.

El hombre se echó a reír.

—Me lo imaginaba. ¡Qué ímpetu el tuyo! ¿Sabes que has estado a punto de estrangular al imán y que le has roto dos dientes al mucín? Yo soy bozo, por eso entiendo tu lengua...

El hombre desató a Tiefolo, lo ayudó a sentarse e introdujo un poco de *degué* entre sus labios al tiempo que mascullaba:

—Te llevarán ante el cadí y traducirán lo que digas. Voy a darte un consejo: si no quieres acabar bajo el afilado cuchillo del verdugo, acepta convertirte al islam.

—¡Jamás! —exclamó Tiefolo, apartándole enérgicamente la mano.

El hombre hizo un gesto apaciguador.

—Acepta. Te afeitarán la cabeza y te llamarán Ahmed. ¿Qué más te da a ti que lo hagan?

Tiefolo retrocedió un poco.

—¿Por qué se abalanzaron todos sobre mí? ¿Qué había hecho?

—Entraste a caballo en la mezquita y, al parecer, tu montura olvidó dónde estaba y llenó el suelo de boñigos y orina...

Se echó a reír. Tiefolo quizás habría hecho lo mismo si no lo hubiesen apaleado. Mientras tragaba con dificultad otra cucharada de *degué*, tres hombres armados con fusiles entraron en el cuarto. Empezaron a propinarle patadas, arrancándole gritos a su pesar, y después le obligaron a ponerse en pie. Llevaban casacas cortas y negras, anchos cinturones de piel ceñidos a la cintura y pantalones bombachos que les llegaban hasta media pantorrilla. Sus semblantes eran feroces. Tiefolo los siguió cojeando. Seguía saliéndole sangre de la cabeza, y cada vez que daba un paso, creía que iba a desmayarse de nuevo. Pasaron por un laberinto de corredores hasta llegar a un patio; luego entraron en una sala rectangular cuyo techo estaba sostenido por columnas en forma de palmito. Siete hombres vestidos de blanco y con un turbante en la cabeza estaban sentados sobre unas esteras. Sus ojos expresaban el mismo odio y la misma determinación ciega. Sentado en un rincón con las piernas cruzadas, un joven, con turbante también, trazaba signos en un gran rollo de papel medio desenrollado.

Tiefolo comprendió que se hallaba ante un tribunal. De modo que el bozo tenía razón. El edificio era una mezquita y esos fanáticos iban a castigarlo por haber entrado en ella.

—*As salam aleykum, Bisimillahi.*

Tiefolo dedujo que se trataba de un saludo musulmán y, para dejar bien claro que no renegaba de su identidad, saludó a su vez en bambara. Tras intercambiar unas

palabras, los hombres le hicieron una seña a un soldado, que se apartó del grupo y desde ese momento ejerció la función de intérprete.

—Identifícate.

Tiefolo obedeció.

—¿Qué has venido a hacer a Djenné?

—He venido a informar a mi hermano de que nuestro padre se ha ido y la familia espera su regreso para las ceremonias del cuadragésimo día.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Tiekoro Traoré. Pero al parecer ahora lo llaman Umar.

Aquella respuesta estaba cargada de insolencia y los jueces manifestaron entre sí su desagrado. El interrogatorio prosiguió:

—Ha sido Daa Manson quien te ha enviado para provocarnos en nuestros lugares de culto. Confiésalo y salvarás la piel...

—¿Lugares de culto? —repuso Tiefolo reprimiendo una carcajada—. Ni siquiera sabía que era una mezquita. En Segú no son tan grandes...

—¿Por qué entraste a caballo? ¿Y por qué dejaste que tu montura ensuciase el suelo?

—A la primera pregunta, responderé que no sabía que estaba prohibido. Si me lo hubieran dicho, habría pedido excusas y reparado mi falta. En cuanto a la segunda, ¿acaso soy dueño de las entrañas de mi montura?

Los jueces se pusieron a hablar de nuevo entre sí. Tiefolo se preguntaba si aquello no era un sueño. ¡Sí, su cuerpo estaba tendido sobre una estera en algún lugar mientras su espíritu vagaba, enfrentándose a las peores experiencias! Esos ancianos vestidos de blanco con un rosario en la mano. Esos soldados. Esas acusaciones absurdas. En Segú, el único sitio donde estaba prohibido entrar a caballo era el palacio del *mansa*, y aun así a determinados dignatarios se les permitía.

—¿Sabes que mereces la muerte?

Tiefolo se encogió de hombros y repuso con calma:

—¿Acaso la muerte no es la puerta por la que todos hemos de pasar?

Se produjo otro silencio. Luego, uno de los jueces se levantó. Era un anciano encorvado pero con los ojos chispeantes.

—Yo conozco a un tal Umar Traoré que vivió una temporada bajo mi techo. Haremos que lo busquen. ¡Quiera Alá que no hayas mentido!

Los soldados condujeron de nuevo a Tiefolo a la prisión. Ahora, el sol brillaba en todo su esplendor. Al atravesar los patios, Tiefolo vio asomar grupos de palmitos por encima de los altos muros de *banco*. La prisión ocupaba el lado oeste de una concesión, cuyos edificios estaban dispuestos formando un cuadrilátero alrededor de un patio donde había vasijas y agua para las abluciones rituales. En una esquina, unos hombres sentados unían tiras de tela de algodón, formando en un extremo una especie de capucha. Aquel espectáculo intrigó tanto a Tiefolo que preguntó:

—¿Qué hacen?

Uno de los soldados se echó a reír.

—Son los fabricantes de sudarios. Si no sales vivo de aquí, lo harás metido en uno de esos trajes...

Tiefolo se estremeció.

¿Sería una buena señal? Los soldados no lo llevaron a la infecta celda donde había pasado la noche, sino a una habitación más limpia y ventilada, con el suelo cubierto por una estera en buen estado. Al cabo de un momento entró el bozo.

—Deja que te ponga un emplasto de hojas de tamarindo. Ahora mismo voy a traerte una infusión de *sukola*. Hará que te baje la fiebre...

Tiefolo, interpretando que aquel bozo era la encarnación de un espíritu puesto en su camino por Kumaré, se dejaba cuidar. Ya no tenía ninguna duda sobre el final feliz de su aventura. Encontraría a Tiekoro y cumpliría su misión. Mientras tanto, el bozo charlaba, aunque a Tiefolo algunas frases le resultaban incomprensibles debido a su entonación djeneana.

—No habrías podido ir a parar a un sitio peor. Esto es un auténtico nido de víboras. Peul fetichista contra peul musulmán. Qadiriyya contra Tiyaniiyya y ambas contra Kunti.^[98] Songay contra peul, marroquíes contra peul y todos ellos contra los bambara... Dentro de poco, esta tierra estará bañada en sangre. Sangre fresca y roja como la tuya. Pero yo ya me habré ido. Degustaré el hidromiel de los ancestros.

Tiefolo se durmió.

Al cabo de unos días, una mañana, justo cuando acababa de terminarse el calabacino de *degué*, los soldados fueron a buscarlo. Cruzó de nuevo tras ellos el dédalo de pasillos hasta llegar a la sala del tribunal. Esta vez, además de los jueces, el escribiente y los guardias, había en la estancia un joven que tenía la elevada estatura y la expresión altanera propias de los naturales de Segu, vestido con una larga y holgada túnica y un pequeño gorro marrón en la cabeza rapada. Tiefolo, emocionado, reconoció a Tiekoro, al que nunca había visto vestido así. Los dos hermanos^[99] se arrojaron uno en brazos de otro, y las lágrimas acumuladas en silencio, como las aguas del *podo* tras las barreras de tierra y cañas, fluyeron por las hundidas mejillas de Tiefolo. ¿Había ido a esa ciudad desconocida y lo habían tratado como a un criminal! ¿De qué pasta estaban hechos esos hombres? ¿Y por qué su dios sólo les enseñaba a odiar y a pelear? ...

Tiekoro tuvo que pagar una elevada multa de 2.000 cauris y 300 *sawal*^[100] de semillas, más media barra de sal de Teghaza.

¿Qué es una ciudad? No es un conjunto de casas de paja o tierra, de mercados donde se vende arroz, mijo, calabazas, pescado u objetos manufacturados, de mezquitas donde los fieles se prosternan, de templos donde se derrama la sangre de las víctimas. Lo que hace que ninguna ciudad se parezca a otra y tenga una verdadera identidad es un conjunto de recuerdos íntimos, distintos para cada ser.

Para Tiekoro, Djenné era un lugar donde había sido profundamente humillado y aislado. Después de Tombouctou, era un paraíso que jamás había alcanzado, una

pepita de oro que en su mano se había transformado en guijarro. Y sin embargo, en el momento de dejarla añoraba la gran libertad de que había disfrutado allí, el anonimato en el que había vivido y que perdería una vez cruzadas las murallas de Segu, cuando todos sus antepasados recuperaran su ascendiente. Para Nadié, era un lugar donde había sido feliz, al poseer en exclusiva al hombre que amaba y ayudaba a vivir. Era el sitio donde sus hijos habían nacido, donde, en la más absoluta indigencia material, su corazón se había visto colmado. Sabía que ahora debía prepararse para compartir y recibir humillaciones. Para Tiefolo, por último, era el lugar donde había sufrido la intransigencia y la dureza de los hombres. De modo que cada uno veía de una forma distinta las fachadas alineadas, con huecos para dejar las lámparas de manteca de karité y enormes clavos de hierro importados de Tombouctou sobre las puertas. En las tiendas de los alrededores de la mezquita, artesanos del cuero retocaban sandalias consistentes en dos cordones pasados a través de una suela, botas, vainas de sable y sillas del tamaño adecuado para montar en camello. Pese a la lluvia, la actividad no cesaba, y hombres y mujeres chapoteaban en los charcos de agua mientras los niños hacían bolas de arena mojada y se las tiraban unos a otros riendo. Sí, aquel espectáculo producía en cada uno de ellos un efecto distinto. Una semana antes, Nadié plantaba su tenderete en aquella plaza, entre otras mujeres, y trataba con tuareg enturbantados, con mercaderes marroquíes barrigudos que vestían pesados caftanes, con songay de Tombouctou y de Gao, que hablaban con un acento más gutural que los de Djenné. Tenía su clientela, y los días de mercado, cuando la plaza se llenaba de mujeres procedentes de toda la región, con sus fardos de algodón, de pescado seco, sus vasijas rojo oscuro y sus barreños de zumo de frutas, no sabía dónde poner los cauris. Tiekoro, por su parte, subía los escalones que llevaban a la mezquita para participar en la gran plegaria del viernes, la única de la semana que había que efectuar en común. Con la frente en el suelo, se repetía: «Dios recompensa a los que caminan por el sendero recto», esforzándose en sofocar los resentimientos de su corazón y, al mismo tiempo, sintiéndose bien entre aquellos hombres que pronunciaban las mismas palabras y llevaban las mismas ropas que él.

Una inmensa muchedumbre se agolpaba a las puertas de la ciudad. Había comenzado el gran éxodo de los bambara a lomos de asno, mulo, caballo o camello, e incluso a pie. Las mujeres llevaban enormes bultos sobre la cabeza y los niños las seguían, protegidos de la lluvia por pequeñas capuchas de yute. Los hombres tapaban a los animales. Todos los bambara regresaban a Segu, a Kaarta, a Beledougou, a Dodougou, a Fanbougouri... Debían temer a los peul más que los marka, los bozo y los somono. Sabían que si aquéllos prescindían de sus diferencias, sería para aliarse contra los súbditos de un imperio que los había sometido durante muchísimo tiempo. Y también sabían que si los songay y los marroquíes de Djenné, después de haberse mostrado tan hostiles con Amadu Hamadi Bubu, hacían las paces con él, sería a sus expensas. Así pues, había que emprender el camino de vuelta hacia las ciudades y los

pueblos de origen, llevándose lo que fuera posible y abandonando los recuerdos, más valiosos tal vez que las riquezas.

Tiekoro no había calibrado nunca la gravedad de la situación. Absorto en sus preocupaciones personales, no había percibido el terror de su pueblo. Entre la multitud circulaban los rumores más espantosos. Los peul de Amadu Hamadi Bubu habían colocado una barrera a la salida de Djenné, en la carretera de Gomitogo, y, armados con hachas, preguntaban a todos los viajeros:

—¿Estás en contra de la fe islámica? O, todavía peor, ¿eres un hipócrita?

Si la respuesta no les gustaba, ¡ras!, le cortaban la cabeza a su interlocutor, y las cabezas, todavía sanguinolentas, formaban una hilera macabra a lo largo de la carretera. Además de eso, miles de *tondyon* habían sido aplastados; fugitivos harapientos y famélicos, hacinados y obligados a convertirse. Daa Manson, que había derrotado, después de hacerlo su padre, a Basi de Samaniana, Fombana, Toto y Douga de Koré, no era más que un niño temeroso ante Amadu Hamadi Bubu. En el embarcadero del Bani tomaban las piraguas por asalto. De repente, el cielo descargó unas aguas grisáceas que se confundieron con las del río. La gente corría hacia todos lados, se zambullían en el Bani, nadaban, se hundían. Las mujeres gemían: «¡Es cierto! Alá ha vencido a nuestros dioses... Éstos están derrotados...»

Tiekoro tuvo por primera vez la impresión de haber traicionado a los suyos. ¿No se había adherido a una religión en cuyo nombre los acosaban y los mataban? Era comparable al caso de un hombre que se hubiese casado con una mujer de una familia enemiga de la suya. Le tendió la mano a un anciano para ayudarlo a subir en la piragua que había alquilado. El anciano mascullaba:

—¡Jamás me verán apoyar la frente en el suelo como si fuera un asno! ¡Jamás! ¡Que los «pies enjutos»^[101] se enteren!

Sin saber muy bien por qué, Tiekoro le dijo amablemente:

—*Fa*, yo también soy musulmán...

Profiriendo un grito, el hombre bajó de la embarcación y se sumergió en el río. Mientras tanto, Tiefolo había llegado a la orilla con su hermoso caballo, que afortunadamente el cadí no se había quedado en compensación por sus ofensas. Puso pie a tierra y se lo ofreció a un hombre de cabellos blancos.

—Tómalo, *fa*. Tú lo necesitas más que yo...

El hombre hizo un gesto negativo.

—No, eres tú quien tiene que ahorrar fuerzas. Si nos atacan, las necesitaremos.

No obstante, consintió en que le llevara parte del equipaje, y entablaron una conversación en la que ambos maldecían a los «emborradores de tablillas»^[102], sus cañas talladas y sus pieles de cordero, sin que Tiefolo se atreviera a revelar que su propio hermano se había convertido.

Una vez cruzado el Bani y desaparecidas las murallas de Djenné, una sensación de alivio recorrió a la multitud, entre la que empezó a reinar un ambiente festivo. Cruzaban un terreno liso como la mano, donde de vez en cuando se alzaban acacias y

espinos. Como estaban en la estación de las lluvias, la sabana verdeaba. Se sentaron y empezaron a sacar las provisiones. Las mujeres encendían fogatas y apoyaban los morteros en el suelo para machacar el mijo. Los muchachos fueron en busca de semillas de *fini* o bayas de *bayri*, que tiñen los labios de rojo. Unos hombres hacían circular calabacinos de *dolo* y unos feticheros charlatanes, siempre dispuestos a aprovechar la menor oportunidad, vendían pequeños grisgrises destinados a proteger de los peul. Tiekoro reprendió severamente a Nadié, que estaba comprando tres, pero Tiefolo salió en su defensa.

Dada la reserva que caracteriza las relaciones entre hermanos, Tiefolo no le había preguntado a Tiekoro nada acerca de Nadié. Se había limitado a tratarla con la mayor cortesía. ¿Acaso no era la madre de tres niños del clan? Sin embargo, Tiekoro conocía lo suficiente las costumbres de los suyos para saber lo que esa cortesía ocultaba. ¿Qué actitud adoptaría Nya? ¿Y Diemogo, que ahora sustituía a su padre a la cabeza del clan? ¿Qué actitud adoptarían las coesposas de Nya, todas pertenecientes a buenas familias? Tiekoro miraba a Nadié, que trajinaba entre los niños. Observaba sus ojeras, el nerviosismo de sus gestos. Nadié sufría, tenía miedo. Y si ella vacilaba, ¿qué sería de él? Le hubiera gustado estrecharla entre sus brazos, allí, en medio de la multitud, como lo había hecho tiempo atrás descendiendo el Djoliba, y susurrarle: «No tengas miedo. Yo no te abandonaré nunca. Nunca. Ni tampoco permitiré nunca que seas degradada al rango de sirvienta. Eres lo que más quiero en el mundo, ahora que las ambiciones y los sueños se han esfumado.» Pero ¿se le pueden decir esas cosas a una mujer?

De repente apareció un puñado de individuos montados en miserables jacas, medio desnudos y con los genitales casi al aire. ¿Quiénes eran? Todos se levantaron sobresaltados, a punto de ceder de nuevo al pánico. Unos hombres que iban armados con fusiles se acercaron a ellos apuntándolos.

En realidad, se trataba de *tondyon* de Diemogo Seri que habían sido derrotados en Noukouma y, avergonzados, no habían querido volver a Segú y vivían del bandidaje. La visión de aquellos temibles *tondyon* reducidos a semejante estado acabó de desmoralizar a la gente, que acribilló a preguntas a los recién llegados. ¿Era verdad que los «monos rojos»^[103] perdonaban la vida si se repetía con ellos «*Allah Akbar*»?

En momentos de gran desconcierto popular como aquél, basta un hombre y su palabra para manipular las mentes. Sumaoro Bagayoko era un gran fetichero que se había instalado en Femay, al norte de Djenné, y había amasado allí una fortuna. Regresaba a Segú con una caravana de bienes, cuatro mujeres y una treintena de hijos. Se subió a un talud y levantó la mano para imponer silencio:

—Esos monos rojos que os aterrorizan tanto serán derrotados muy pronto por otros musulmanes procedentes de Futa Toro. No quedará nada de la capital que van a construir en la orilla derecha del Bani y a la que, en su arrogancia, van a poner el nombre de su Dios.^[104] Volverán a ser ganaderos, como antes, mientras que Segú,

creedme, es eterna. Su nombre perdurará a través de los siglos. Después de vosotros, los hijos de vuestros hijos lo repetirán.

Aquellas palabras serenaron los espíritus. Las mujeres dieron de comer a los hombres y los niños. Después reanudaron el camino. Una vez en Seladougou,^[105] ya no habría nada que temer. Era una región de población bambara, controlada por Segu. Bastaba con llegar antes de que anoheciera. Porque por la noche no es de los humanos de quien hay que tener miedo, sino de los espíritus que la maldad de los hombres incita a actuar y que hacen llover enfermedades, miseria, locura...

Malobali miró a su hermano mayor y casi se sintió sorprendido de odiarlo con tanta intensidad. Por culpa de Tiekoro, todo lo que constituía el almacén de su vida estaba desmoronándose. Nya. Nya parecía olvidarlo, absorbida como estaba por aquellos tres mocosos: Ahmed Dusika, Ali Sunkalo y Awa Nya. Los acunaba, les cantaba canciones que él había creído que le estaban reservadas, los bañaba, les daba de comer. Una noche que se había escapado de la cabaña de los muchachos para ir con ella, cosa que acostumbraba hacer, la había encontrado estrechando a Ali Sunkalo entre sus brazos, y ella lo había echado, reprochándole severamente que se comportara como un niño.

¡Por no hablar del resto de la familia! ¡Ya se habían acabado durante las veladas los cuentos protagonizados por Suruku, Badeni o Diarra! Ahora, Tiekoro contaba su vida en tierras lejanas ante decenas de ojos que lo miraban con admiración. No se cansaban de preguntarle: ¿Es más bonita Segu que Tombouctou? ¿Es más bonita Segu que Djenné? ¿Son blancos los moros? ¿Son moros los marroquíes? ¿Come perros la gente de Djenné? Y Tiekoro peroraba con suficiencia, mientras una saliva amarga inundaba la boca de Malobali y se acumulaba en las comisuras de sus labios. ¡Hacerlo callar! ¡Meterle las palabras en lo más profundo de la garganta!

Y todavía era peor aquella ostentación con la que desgranaba el rosario, sentado en una estera delante de su cabaña, antes de inclinarse, cinco veces al día, hasta tocar el suelo con la frente. Una vez a la semana iba a la mezquita de los somono, y llevaba a sus dos hijos y a decenas de chiquillos. ¿Olvidaba acaso que los musulmanes habían declarado la guerra a los suyos? Para Malobali, Tiekoro era un traidor. Hubiera deseado que los hombres de la familia le cantaran las cuarenta. Pero no, en lugar de eso, todo el mundo se quedaba boquiabierto: ¿Has visto a Tiekoro leer? ¿Has visto a Tiekoro escribir? Hasta los ancianos salían de las concesiones vecinas para escuchar sus sermones:

—La palabra es un fruto y su piel se llama parloteo, su carne, elocuencia, y su semilla, sentido común. Desde el momento en que un ser está dotado de verbo, cualquiera que sea su grado de evolución, se encuentra entre la clase de los grandes privilegiados.

Lo peor era que hasta el propio *mansa* se había contagiado de aquel entusiasmo. Poco después de la llegada de Tiekoro, había hecho que lo convocaran. Tan sólo los dioses y los ancestros sabían lo que aquel intrigante le había contado. En cualquier caso, el *mansa* le había confiado la educación de dos de sus hijos, a fin de que también ellos conocieran los secretos del islam, y lo había nombrado su consejero en asuntos musulmanes. Así pues, Tiekoro formaba parte del Consejo y daba su opinión sobre las relaciones que había que mantener o entablar con los peul de Futa Yallon,

de Katsina, de Macina... Se hablaba de enviarlo a Sokoto como representante ante Usman dan Fodio, con objeto de neutralizar las alianzas que éste había establecido con Amadu Hamadi Bubu. En resumen, Tiekoro se había convertido en un hombre importante. Había devuelto a la familia su prestigio en la corte hasta el punto de eclipsar al *fa* Diemogo, que le doblaba la edad, aunque no vacilaba en consultarlo sobre todo.

Desde hacía unos días se estaba tramando algo. Al parecer se consideraba que Tiekoro debía tener una esposa digna de su rango. Se había producido un ir y venir de griots y un intercambio de regalos. Malobali había oído decir que se trataba de una princesa emparentada con el *mansa* y que vivía en el recinto de palacio, pero no sabía más del asunto. Y resultaba que Malobali adoraba a Nadié. Ese afecto había surgido de improviso. Un día que Tiekoro lo había reprendido severamente, espetándole: «¡Ya no eres un *bilakoro*! ¡Compórtate como un hombre!», había encontrado la mirada de Nadié que parecía decirle: «Vamos, vamos..., no le hagas caso...»

Y al ver que se alejaba, avergonzado, para esconder las lágrimas, lo había seguido y le había ofrecido un *dyimita*, una de esas incomparables golosinas que había aprendido a preparar en Djenné. Poco a poco, Malobali había adquirido la costumbre de ir a su cabaña. ¿Acaso no habían sido ambos desposeídos? Ella, de sus hijos y su compañero; él, del cariño de Nya. Hasta aquel día, Malobali nunca había pensado en la situación de las mujeres. Para él, si Dusika no se había casado con su madre es porque era una extranjera que, llegado el momento, había elegido regresar con los suyos. Pero Nadié era bambara. ¿Qué se le reprochaba? ¿No ser noble de nacimiento? ¿Era acaso responsable de las desgracias de su familia, que la habían llevado a ser vendida como esclava? ¿Había que considerar eso una mancha indeleble? ¿No bastaba el hecho de que le hubiera dado tres hijos al clan? ¿No bastaba con que fuera dulce e industriosa? ¿Quién sabía sazonar un pollo, dorar la carne de cordero y saltear en su jugo un cuscús de mijo mejor que ella? ¿Quién tejía más finamente? En Djenné había aprendido nuevas técnicas de teñido, y se las había enseñado a todas las mujeres de la casa. Pero, por desgracia, todas esas cualidades se volvían en su contra, pues eran propias de una esclava y no hacían sino justificar la actitud adoptada hacia ella. Al principio, Tiekoro la había defendido, la había protegido contra las pequeñas humillaciones que todos le infligían a diario. Después parecía haberse cansado, como si también él viera en ella simplemente un objeto humilde y poco adecuado para su condición. Recibía todas las noches en su cabaña a las esclavas más bellas de la concesión. Además, como el *mansa* le había regalado varias cautivas, su harén personal contaba con más de una decena de concubinas.

—¿Se puede saber qué pasa para que me mires así? —le espetó Tiekoro a Malobali.

El niño bajó los ojos, y ya se alejaba cuando Tiekoro lo llamó:

—Ven aquí.

Malobali obedeció y regresó hacia la estera extendida ante el vestíbulo de la cabaña de Tiekoro. Éste llevaba un caftán color azufre con bordados que había comprado a unos comerciantes de Fez. La tela era sedosa y estaba sembrada de hilos dorados. En la cabeza, rapada, se había puesto coquetamente un gorrito de encaje color crudo, con el mismo dibujo que el corto chal anudado en torno a su cuello. Tenía en la mano un enorme rosario cuyas cuentas estaban hechas de una piedra amarilla con vetas blancas. Se había frotado las mejillas con perfume hausa, y ese olor dulzón mareó a Malobali. Posando sobre su joven hermano su deslumbrante mirada, dijo lentamente:

—¿Sabes qué planes he hecho para ti? Vas a ir a Djenné y asistirás a la escuela coránica de un pariente de mi amigo Mulay ‘Abd Allah. Cuando hayas probado su fusta cada vez que omitas una palabra al recitar una azora, tu carácter mejorará.

—¿A Djenné? —balbuceó Malobali—. Pero... yo no quiero ir a Djenné... Tiekoro se echó a reír.

—¡Tú no quieres, tú no quieres...! ¿Desde cuándo un gusano como tú se atreve a hablar así? Irás, y muy pronto.

Malobali miró a su alrededor, desesperado. Unos meses antes era un niño como los demás. Después se había enterado del origen de su madre, y ahora debía enfrentarse al odio de su hermano mayor. ¿Qué había hecho él para merecer eso?

Se dirigió hacia la cabaña de Nya. Si no se hubiera controlado, se habría revolcado por el suelo gritando, en un acceso de cólera habitual en él. Pero intuía que ese comportamiento no lo favorecería y se exhortaba a mantener la calma. Los demás niños de la concesión, al verlo así, serio y callado, se preguntaban quién les había cambiado a su Malobali.

Nya estaba sentada ante su cabaña. Acababa de bañar a Ali Sunkalo y le frotaba el cuerpecito con manteca de karité. Ali Sunkalo era un niño un poco enclenque que padecía incontinencia de orina. Su abuela se había propuesto curarlo y por eso lo tenía constantemente a su lado, mientras que permitía que Nadié se ocupara de vez en cuando de Ahmed Dusika y sobre todo de Awa Nya, que después de todo era una niña y su madre aún la amamantaba. Malobali se sentó en un rincón y observó a la que durante tanto tiempo había creído que era su madre prodigándole a otro los mismos cuidados que a él. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Quién era el causante de todos esos cambios? Tiekoro, Tiekoro.

—*Ba*, ¿es verdad que van a enviarme a Djenné? —consiguió preguntar.

Nya le dirigió una mirada fugaz en la que a él le pareció ver una expresión de culpabilidad.

—Todavía no se ha decidido nada. *Fa* Diemogo no es partidario de que te vayas, pero Tiekoro cree que a partir de ahora los varones de la familia deben aprender a leer y escribir árabe. Dice que el futuro está en el islam...

—¡Yo no quiero hacerme musulmán! —protestó enérgicamente Malobali. Nya suspiró.

—Debo confesar que esa religión a mí también me da miedo, pero Tiekoro dice...

¡Tiekoro, Tiekoro! ¡Otra vez él! ¡Siempre él! Malobali no pudo seguir aguantándose. Salió de la concesión a todo correr y no paró hasta llegar al río.

¡Segu! Las altas murallas de tierra. El agua resplandeciente y en algunos puntos tumultuosa. En las orillas, las piraguas de los bozo pintarrajeadas de rojo y amarillo. Segu. Ese universo era el suyo. Los días de mercado acompañaba a Nya, seguida de sus esclavas con grandes calabacinos. La gente comentaba: «¡Qué niño tan guapo!» Y a continuación, para conjurar la mala suerte, se apresuraban a murmurar las palabras que mantienen la enfermedad y la muerte alejadas. Todas las tardes iba a la plaza situada ante el palacio del mansa para escuchar a los *diely*. Ahora se dedicaban a celebrar la paz establecida con Kaarta, que acababa de dar a Segu una nueva reina. Malobali, empujando a los otros niños, se colocó en la primera fila del círculo de espectadores. Los *bala* y los *tamani* conversaban; luego, la voz grácil de la *fle*^{106l} respondió a la amplia y majestuosa del hombre. ¿Era de todo eso de lo que Tiekoro quería privarlo? En tal caso, huiría al otro extremo de la Tierra. Lo buscarían en vano. Enloquecerían. Llorarían. Pero sería demasiado tarde. Él ya estaría lejos.

Malobali no era la única persona que sufría por el comportamiento de Tiekoro. Nadié era sin duda alguna mucho más desdichada. Al principio se había dicho que se trataba de una actitud excusable, debida a la idolatría y la admiración de los suyos, a la fortuna y los honores recuperados. Ella creía conocer a Tiekoro: arrogante, egoísta, sensible a los halagos, violentamente sensual, pero de buen corazón. Estaba convencida de que tantos años pasados juntos habían tejido entre ellos vínculos que nada ni nadie podía romper. Bastaba con callar, esperar, estar allí cuando se serenase. Luego, poco a poco, la duda, la angustia y el terror se habían adueñado por completo de ella. Tiekoro, estaba segura de ello, se apartaba de ella para siempre. A decir verdad, no le reprochaba que aceptase la esposa ofrecida por el *mansa*; era un honor que no podía rechazar. Nadié tenía otras razones para desesperar. Tiekoro había dejado de hablarle. Prefería la cocina de su madre a la de ella. Evitaba sus miradas. Una noche, Nadié no había podido más y había entrado en su cabaña. Él estaba sentado en el vestíbulo, degustando la comida que le servía una esclava de Mandé^{107l} enviada por el *mansa* esa misma mañana. Era una mujer guapa y todavía virgen, ya que, a excepción de un collar de perlas azules en torno a las caderas y pulseras en los tobillos, iba completamente desnuda. Y Nadié había recordado su primer encuentro en la concesión del moro, cuando él la poseyó. ¿Por qué no había gritado, protestado, alertado al vecindario? Sin duda porque ya lo amaba...

Al verla entrar, Tiekoro había dicho, irritado:

—¿Se puede saber qué quieres?

Incapaz de pronunciar una palabra bajo la mirada sorprendentemente compasiva de la esclava, se había marchado.

Nadié acercó un pecho a la boca de Awa Nya. La niña, saciada, lo rechazó, y Nadié miró aquel armonioso odre de seda negra doblemente despreciado. Si en

Djenné, Nadié tenía la impresión de ser útil, en Segu estaba convencida de su total inutilidad. En el plano material, ni Tiekoro ni sus hijos la necesitaban. Aunque le diera por quedarse todo el día tumbada en su cabaña, habría grano, aves, caza y pesca en abundancia. Telas de Europa y de Marruecos se amontonarían en los calabacinos, junto con joyas de oro y plata, cuentas de ámbar y de coral. El fruto del trabajo de los esclavos, unido al favor del *mansa*, llenaría las cabañas de la concesión de sacos de cauris y de polvo de oro, mientras que los caballos relincharían en los cercados. En cuanto al afecto, Tiekoro ya no quería el suyo. Sus dos hijos, tratados con la atención que se reserva a los primeros hijos de un primogénito, aparentemente no se interesaban por ella. Dormían con Nya, que los bañaba y les daba de comer. Si caían, mil manos se alargaban para levantarlos. Si lloraban, mil labios se ofrecían a besarlos. ¿Seguían distinguiendo a Nadié de las demás mujeres a las que llamaban madre?

Sólo le quedaba Awa Nya, porque una niña no pertenece jamás sino a quien la ha traído al mundo. En ese momento, Nya, inclinándose ligeramente, cruzó la puerta seguida de Ali Sunkalo. El niño se arrojó en brazos de Nadié, y en el estado de ánimo en que ésta se hallaba, aquello fue como un bálsamo. Nya y Nadié no se odiaban. La primera se limitaba a desempeñar su papel de madre, preocupada por los intereses de su hijo. Si bien, tras la muerte de Dusika, el consejo de familia la había adjudicado a Diemogo, para nadie era un secreto que aquellos dos no vivían como marido y mujer.

Nadié se apresuró a ir a buscar un taburete para Nya, que apoyó en él sus pesadas nalgas. Tras los acostumbrados saludos, ésta se decidió a hablar, con lentitud, eligiendo las palabras:

—Debes saber que la boda de Tiekoro se celebrará pronto. Como se trata de la hija de una de las hermanas del *mansa*, la dote ha sido elevada. No he querido que la familia real pueda despreciarnos y tomar a Tiekoro por un indigente.

Nadié conocía perfectamente esos tratos y esos preparativos de boda. Sin embargo, un temblor se apoderó de todos sus miembros, al tiempo que un sudor frío le bañaba el cuerpo.

—¿Por qué no me lo dice *koké* personalmente? —logró balbucear.

—¿Por qué iba a hacerlo? —repuso Nya con dureza—. ¿Qué obligaciones tiene contigo? ¿No soy yo lo bastante buena para dirigirme a ti?

Nadié, anonadada, se dio cuenta de que tenía razón. Miró a derecha e izquierda como para tomar al universo por testigo, pero nada ni nadie parecía preocuparse de lo que ella sentía. El sol destacaba como una yema de huevo en medio de la calabaza del cielo. Las acacias se cubrían de flores sin perfume. Los niños desnudos corrían. Detrás de las paredes, las mujeres machacaban el mijo. La vida continuaba, una vida en la que ya no había lugar para ella. La voz de Nya la obligó a bajar de las nubes.

—He venido a proponerte una cosa. Por supuesto, puedes permanecer al servicio de Tiekoro... —Al pronunciar la palabra «servicio», tuvo una leve vacilación, pero prosiguió con firmeza—. Sin embargo, hay un *woloso*^[108] al que considero un hijo.

Se trata de Kosa. He hablado con él y está dispuesto a casarse contigo. Pagaré la dote y os instalaréis en unas tierras del clan en Fabougou.

Si Nadié no hubiera tenido la mente tan nublada por el dolor, habría percibido el miedo que aquellas palabras se esforzaban en disimular. No, no era tan insignificante y despreciable como ella creía. Al contrario: todos temían que tuviera demasiado peso en la existencia de Tiekoro y que las esposas legítimas tuvieran motivos para sentir celos de su presencia. Por eso querían alejarla, arrojarla en brazos de otro hombre. Pero ella sufría demasiado para comprender esos cálculos. Los embates de su corazón le destrozaban el pecho. Sus dientes estaban tan apretados como los de un moribundo y no podía articular palabra. Le dirigió a Nya tal mirada que ésta se quedó también sin voz.

Nadié encontró fuerzas para levantarse, ponerse a Awa Nya a la espalda y caminar hasta la cabaña de Tiekoro. De repente, todos los ruidos habían cesado y tenía la extraña sensación de hallarse en un día deslumbrante, aunque silencioso como la noche. Entró. Tiekoro estaba atándose a la cintura los cordones del pantalón bombacho de algodón blanco.

—Voy con retraso —dijo rápidamente—. Ya debería estar en palacio...

Nadié se apoyó en la pared y murmuró:

—Perdóname, *koké*, pero tengo que hablar contigo.

¿Es que no me has oído? Te digo que voy con retraso —repitió él, exasperado—. Hoy es día de Consejo.

El propio Tiekoro sufría hablando así. Sabía que por más que engañara, que mintiera a su cuerpo y a su corazón, volvería indefectiblemente con Nadié. Y esa dependencia le horrorizaba. ¡Ah, si Nadié fuese pariente del *mansa* o hija de familia noble! Pero no, era simplemente Nadié, la mujer a la que él había poseído salvajemente entre efluvios de excrementos y orina del excusado, la mujer que había conocido sus miserias íntimas, sus humillaciones y su pobreza en Tombouctou y en Djenné. Amarla, pues, lo devolvía cruelmente a una parte de sí mismo y de su vida que quería olvidar. Ante la expresión desesperada de su semblante, se ablandó:

—Está bien, ven a verme cuando regrese de palacio.

—Cuando vas a ver al *mansa*, casi siempre te quedas allí toda la tarde y parte de la noche —insistió ella.

Él se puso las babuchas y cogió un gran paraguas europeo de un rincón de la habitación.

—No, estaré de vuelta antes de la plegaria del *isa*.^[109] Prepara unas tortas de esas que tú haces y pasaremos la noche juntos.

Tiekoro se marchó. Al quedarse sola, Nadié recogió febrilmente la ropa esparcida por el suelo, enrolló la estera en la que él había dormido con otra mujer y luego se puso a barrer enérgicamente con un puñado de hojas. Esperaba que aquello le permitiese recuperar el control de su cuerpo. Al cabo de un momento, se sintió capaz

de salir de la cabaña, dirigirse al patio de las mujeres e incorporarse a las actividades del día.

En palacio, mientras tanto, el Consejo estaba reunido al completo. Los príncipes de sangre, los jefes de las grandes familias estaban sentados sobre pieles o esteras. Rodeado de sus esclavos y sus griots, Daa Manson fumaba en pipa tendido en la tarima. Tiekoro, en pie, esperó hasta que Tietigui Banintieni le hubo dado la palabra en nombre del *mansa* y luego hizo una leve inclinación.

—Señor de las energías, me he enterado de que Amadu Hamadi Bubu acaba de enviarle unos emisarios a Usman dan Fodio, a Sokoto, para preguntarle si podía declarar el yihad, la guerra santa. Usman dan Fodio le ha dado libertad para hacerlo y ha bendecido varios estandartes para él, uno por cada país que quiere someter. Pero ha omitido dos, lo que significa que dos países escaparán del dominio de Macina.

Daa Manson dejó a un lado la pipa y se incorporó.

—¿Cuáles son esos dos países?

Tiekoro hizo un gesto para manifestar su ignorancia.

—Usman no se ha pronunciado, así que cualquier cosa es posible... —Veinte pares de ojos se clavaron en él y Tiekoro prosiguió entre el silencio general—: Usman dan Fodio es un santo, pero sus hijos son codiciosos. Conduciré una delegación cargada de oro, marfil y cauris hasta Sokoto, y me comprometo a convencer a estos últimos de que Segu es uno de los dos países a los que el peul de Macina debe perdonar.

Estas palabras levantaron un clamor de indignación. El señor de la guerra, apoyado por numerosos príncipes de sangre, vociferó que Segu no acostumbraba a suplicar que se le perdonase, sino a luchar, a dejar muertos y heridos en el campo de batalla. Tiekoro escuchó todo aquello con desprecio; a continuación se volvió de nuevo hacia el *mansa* como si sólo contara con su inteligencia:

—No se trata de una guerra corriente cuya finalidad es matar y saquear. Se trata de una guerra santa. Ese Dios al que os negáis a someteros está al lado de Amadu Hamadi Bubu y lo ayuda en todos sus combates. No podéis ganar contra él. Lo único que podéis hacer es negociar vuestra supervivencia.

¡Pronunciar semejantes palabras ante el *mansa*! ¡Poner en duda el poder de Segu! Otros hubieran pagado esa audacia con la vida. Pero a Tiekoro se le consideraba un adivino, un mago. De modo que en la sala del Consejo se hizo un silencio tenso.

—Tú vas a casarte, ¿no, Tiekoro? —preguntó Daa Manson al cabo de un momento—. ¿Dejarás a tu nueva esposa para llevar a cabo una misión?

—Haré lo que tú desees —dijo Tiekoro inclinándose—, señor de nuestras tierras y nuestros bienes.

Aquella fórmula también estaba cargada de insolencia, pues quería decir que las almas sólo pertenecían a Dios. Sin embargo, Daa Manson no estaba celoso. Los cortesanos murmuraban que se había encaprichado de Tiekoro como si se tratase de una mujer y que al final lo lamentaría. ¿Pues no le daba ahora a una de sus parientes

en matrimonio? Los Traoré eran nobles y ricos, de acuerdo, ¡pero de ahí a concederles tantos honores! Muchos le habían tomado ojeriza a Tiekoro debido a sus aires de superioridad, a la ropa extraña y rebuscada que se ponía, y esperaban pacientemente su caída. ¡Y él caería desde más arriba aún que su padre!

El Consejo se dispersó, pero Tiekoro se quedó con Daa Manson y sus griots favoritos. El *mansa* estaba preocupado. Aunque apoyaba las opiniones de Tiekoro, a él también le parecía muy humillante negociar la paz. Puesto que se había aliado con los Kulibali de Kaarta, ¿no sería preferible reclutar ejércitos de *tondyon* y atacar a los peul? Al mismo tiempo, sin embargo, lo había invadido un terror supersticioso. Recordaba las palabras pronunciadas por Tiekoro después de las predicciones de Alfa Seydou Konaté: «No se trata de una guerra corriente. Dios ayuda a Amadu Hamadi Bubu en todos sus combates...» De buena gana se hubiera convertido al islam, pero pensar en la cólera de sus súbditos lo retenía.

—¿Cuándo partirás? —le preguntó a Tiekoro.

—Dentro de unas semanas habrá acabado la estación de las lluvias y el Djoliba ya no se desbordará —contestó éste tras unos instantes de reflexión—. Entonces me pondré en camino.

El jefe de los griots, que envidiaba el trato de favor que Daa Manson dispensaba a Tiekoro, se preguntaba por qué a un hombre en vísperas de casarse parecía desagradarle tan poco separarse de su mujer. ¿Quién no ha deseado permanecer el mayor tiempo posible entre los muslos amantes de una virgen? Allí había un misterio que era preciso desentrañar. No hay nada como un asunto de mujeres para perder a un hombre, y Tiekoro era un hombre mujeriego.

Tietigui Banintieni olfateaba a Tiekoro, daba vueltas y más vueltas a su alrededor como una fiera con una presa que no le resulta familiar. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué quería? ¿Qué ocultaba su conversión al islam? ¿Dónde acababa la fe? ¿Dónde empezaba la comedia y el cálculo? La opacidad de Tiekoro irritaba a Tietigui, acostumbrado a analizar a los hombres puesto que vivía de su credulidad. No era malo del todo, pero seguramente tampoco bueno. Atractivo. Irritante. Muy distinto de esos soldados y esos cortesanos que rodeaban a Daa Manson y sólo pensaban en llenar su concesión de oro y cauris y sus cabañas de mujeres. En resumen, un enigma.

Pese a su sufrimiento, Nadié se había dormido. Salió al umbral de la cabaña para calcular la hora.

La noche era opaca. Húmeda. Habían caído trombas de agua. La tierra había bebido hasta saciarse y ahora, como un niño ahíto, enviaba pesados vapores hacia el cielo. Los árboles no se movían, agotados por el huracán. De modo que Tiekoro no había cumplido su promesa. No había vuelto. En la penumbra del vestíbulo, los calabacinos llenos de tortas que había amasado con amor simbolizaban su abandono. La invadió una especie de rabia, de locura asesina. De buena gana hubiera ido a buscarlo como esas arpías que les hacen escenas a sus maridos. Pero resultaba que Tiekoro no era su marido. No tenía ningún derecho sobre él.

A su espalda, Awa Nya gimió dormida. Nadié se volvió, tomó a la niña en brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho. Al menos ella le pertenecía. Nadie podría separarlas. Sin saber muy bien qué hacía, salió al patio. Sus pies desnudos se hundieron en el barro y al sacarlos se oyó un ligero ruido de succión. Caminó en línea recta hacia el frente y se encontró fuera de la concesión. La calle se sumía en la oscuridad y se oía el murmullo de los espíritus preguntándose:

—¿Adónde va a estas horas con su hija?

—¿No es la hija de Dioseni-Kandian?

Hacía mucho tiempo que nadie llamaba a Nadié así. Desde que los *tondyon* de Segu habían incendiado su pueblo, dispersado y destruido a su familia. De repente, revivió ese pasado. ¡Ah, nada bueno podía venirle de Segu! Debería haberlo comprendido desde el instante en que su camino se había cruzado con el de Tiekoro. Giró a la derecha sin pensar y recorrió una calleja donde brillaban las pupilas de animales surgidos tal vez de su imaginación. Pero no tenía miedo. El mundo de los invisibles no encerraba nada más horrible que el de los vivos; además, allí vería a su padre y a su madre, destripados a hachazos ante sus ojos. Llegó a la puerta sur de la ciudad, que no daba al río sino a la sabana y a los campos nocturnos de mijo atiborrados de agua. Alrededor de Segu se extendía ahora un inmenso campamento de refugiados, pues el recinto de la ciudad no había podido albergar a todos los bambara procedentes de Macina, Femay, Sebera, Saro y Pondori. Era una amalgama de cabañas de paja como las de los peul nómadas, de cuadriláteros de barro contruidos apresuradamente, incluso de chozas hechas de ramas de árbol. En esos cuchitriles se organizaban bandas de golfos que atacaban las viviendas de la gente acomodada, cosa poco corriente en Segu. La semana anterior habían ejecutado a dos a la entrada de la ciudad, a fin de que esa sangre impía no manchara la tierra de la comunidad.

Bajo los árboles se dibujaron unas siluetas de hombres que enseguida se batieron en retirada, asustados de aquella mujer que deambulaba de noche con un niño.

Nadié avanzaba en línea recta hacia el frente, aguijoneada por el deseo de poner la mayor distancia posible entre Segu y ella. Segu, asilo de injusticia y de perfidia. Sus pies chapoteaban en el fango. Las hierbas mojadas le arañaban las piernas. Empezó a caer una lluvia fina; después se levantó un fuerte viento que la empujó.

En un momento dado, Nadié se acurrucó al pie de un árbol. Cuando los vapores blancos comenzaron a mezclarse con la tinta del cielo, se levantó y reanudó la marcha. Poco a poco, en los campos aparecían hombres y mujeres. En una marisma, plantaban arroz. En otro sitio, segaban mijo. En otro, unas mujeres trajinaban junto a unos hornos de tierra en los que tostaban las almendras de las nueces de karité. Un poco más atrás se distinguían los tejados de las cabañas, oscuros como pelajes de animal. ¡Sí, el sabor de la vida podía ser el de un fruto! Para ella, desgraciadamente, no había sido así.

Tropezó con un pozo. Una abertura circular, rodeada de ramas medio secas entrecruzadas. Al principio sólo pensó en saciar su sed. Llevaba horas andando y, aunque hacía fresco, la saliva formaba una pasta amarga alrededor de su lengua. Pero al inclinarse para subir el odre de piel de cabra colgado de una larga cuerda de *da*, vio el agua espejeante. Una bocanada de aire fresco le subió a la cara, como una llamada, y recordó la historia que le contaba Siga cuando vivían en Tombouctou.

«¡Se ha tirado al pozo! ¡Se ha tirado al pozo!»

Un cuerpo frágil. Unos pechos puntiagudos como los de una muchacha núbil. Un vientre abombado como un suave montículo. Pero ella no dejaría ningún niño que sufriera por su ausencia, pues llevaba con ella a su pequeña y vulnerable hija. Desató a Awa Nya de su espalda, la apoyó contra su pecho y miró apasionadamente su rostro dormido. Muy pronto las dos estarían en el mundo de los espíritus. Conmovida sin duda por su fin, la familia ofrecería sacrificios en su nombre, y ella, agradecida, trabajaría por su bienestar.

Se inclinó de nuevo sobre el pozo. En aquella estación, el nivel del agua era alto. Se la veía moverse, ascender un poco por las paredes de tierra, y su frescor perfumaba como un hálito.

Nadié pasó una pierna por encima de la balaustrada de ramas. Por un instante predominó el instinto de vivir. Recordó el cuerpo de Tiekoro contra el suyo, el olor de su sudor cuando hacían el amor, la risa cristalina de sus hijos, el ardor del sol. Se agarró a las ramas, pero vacilaron bajo su peso y, lentamente, cedieron. Cuando caía hacia el agua negra, frenada y sostenida por las ropas, un sentimiento de resignación la invadió. Ella lo había querido, ella lo había querido. Apretó los brazos alrededor de Awa Nya.

Se organizó una batida para buscar a Nadié.

Unos cuarenta hombres montaron a caballo y partieron en todas direcciones. Tiekoro, que se había precipitado de cabeza contra un árbol con intención de poner

fin a sus días, deliraba en su cabaña atendido por su madre y rodeado de los más grandes feticheros. Las mujeres de la concesión no decían palabra. Todas se sentían implicadas. Todas se sentían responsables. Habría bastado quizás una sonrisa cuando Nadié trituraba mijo o una palabra cuando se sentaba en el corro por las noches para evitar el drama de esa desaparición. Un simple gesto de solidaridad para protegerla de la desesperación. Pero ninguna había dicho nada.

En Segu corrían los rumores. ¿Qué pasaba en la familia Traoré para que se produjeran en su seno muertes violentas, desapariciones y calamidades de toda clase? Los que se relacionaban con ellos se preguntaban si no deberían darles la espalda. Los que no, se alegraban de haber guardado siempre las distancias. La mayoría de la gente no conocía a Nadié y contaba sobre ella las historias más increíbles. Se decía que era una mora de Tombouctou, una marroquí de Djenné que, por seguir a Tiekoro, había abandonado su país natal y a su familia. En general, la compadecían, aunque el amor llevado a semejante paroxismo parecía un sentimiento inquietante. ¿Qué ocurriría si las mujeres ya no aceptasen que sus compañeros tuvieran concubinas y otras esposas?

La noticia llegó al palacio del *mansa*, y a la princesa Sunu Saro, prometida de Tiekoro, no le gustó. ¿Iba a casarse con un hombre que se precipitaba de cabeza contra un árbol por la marcha de una concubina? Fue a ver a su madre, que pensaba lo mismo. Pero ¿qué podían hacer? La dote ya había sido pagada. Se había fijado el día de la boda. Las dos mujeres llamaron a Tietigui Banintieni, que nunca andaba escaso de recursos. Estuvieron reunidos toda una tarde en una de las salas de palacio.

A última hora del día, parte de la compañía enviada en busca de Nadié llegó a Fabougou.

El pueblo estaba conmocionado, pues habían sacado del pozo el cuerpo de una joven desconocida y, todavía peor, el de una niña de meses. El adivino había predicho horribles catástrofes. Era el signo anunciador de que la región sería destruida primero por los peul y luego por hordas de hombres más terribles aún.

Sí, los dioses y los ancestros abandonaban a los bambara. Tiefolo, que dirigía la expedición, puso pie a tierra y se arrodilló junto a Nadié. No había permanecido en el agua el tiempo suficiente para haberse deformado y su rostro aparecía sereno, lleno de su habitual dulzura. Recordó cómo la había conocido unos meses antes, cuando fue a informar a Tiekoro de la muerte de su padre. Acababa de ser liberado, y estaba cubierto de magulladuras y heridas. Ella, sentada a su lado, había preparado con sus hábiles manos un emplasto de hojas y lo había aplicado sobre las zonas afectadas.

—¿Te duele? —le había preguntado.

Después le había hecho beber una sustancia templada y amarga, sosteniéndole la cabeza con una mano.

—¿Qué es esto?

—Duerme —había contestado ella sonriendo—. ¡Qué curioso eres! ¿Crees acaso que las mujeres desvelan sus secretos?

Ahora estaba muerta. Había osado poner fin a sus días. Cometer el acto más abominable. ¿Qué sería de su espíritu? ¿Y del de su hija? Trató de imaginar sus últimas horas, el exceso de su dolor, de su soledad, de sus miedos. Culpables, todos lo eran. No solamente Tiekoro.

El jefe del pueblo de Fabougou preguntó a su espalda:

—¿La conoces? ¿Es una de vuestras mujeres?

Tiefolo levantó la cabeza.

—Sí, es la mujer de mi hermano mayor.

Como había cometido el peor de los crímenes, el de atentar contra su vida, nadie podía tocarla impunemente. El sumo sacerdote-fetichero designó rápidamente a dos sepultureros. La envolvieron en una estera y fueron a enterrarla lejos de los campos cultivados del pueblo.

6

—Tienes la cabeza más dura que la cola de un asno...

—No es eso. Quiero aprender a leer, pero ¿por qué para hacerlo tengo que ensalzar a vuestro Dios? No es el mío...

Tras estas palabras, Siga, recogiendo su tablilla y su escribanía, se dispuso a levantarse, pero Sidi Mohamed lo retuvo:

—¿Una taza de té?

Siga se acomodó de nuevo y repitió en tono burlón:

—A ver, explícamelo: ¿por qué tengo que aprender a leer en el Corán?

Sidi Mohamed alzó los ojos al cielo.

—¿Quieres no blasfemar?

Para cambiar de tema, fue a ordenar que preparasen té. Sidi Mohamed vivía en la casba de Fez y era guarnicionero. Sabía que sus antepasados habían ido como esclavos en los tiempos de Ya'qub al-Mansur y creía que eran de origen mossi.^[110] A fuerza de ver pasar todas las mañanas a Siga por delante de su tienda en dirección al zoco Elketan, un día se había decidido a dirigirle la palabra y había acabado trabando amistad con él. Sin ser rico, vivía holgadamente del fruto de su trabajo. Ocupaba una agradable casa de un piso, construida con ladrillos cuidadosamente trabajados y adornados con mosaicos, que tenía un patio y un porche embaldosado. Para Siga, la amistad de Sidi Mohamed era preciosa. De hecho, dividía su vida en dos partes: la anterior y la posterior a su encuentro con Sidi Mohamed.

Una vez que se hubieron tomado el té, Siga se levantó.

—Tengo que irme.

Sidi Mohamed se encogió de hombros. Realmente no comprendía a su amigo, su dedicación al trabajo, la vida casi monacal que llevaba. Sin protestar, pues sabía que sería inútil, se puso un albornoz de lana y lo acompañó hasta la puerta Bab al-Mahruk.

Hacia 1812, la ciudad de Fez podía parecer en la cima de su esplendor. La formaban dos ciudades distintas: Fez Yedid,^[111] construida por Ya'qub ben Abd al-Maqq al-Marini, y Fez Bali,^[112] que se extendía siguiendo la pendiente del valle situado al oeste. Desde el principio, aquella ciudad alegre había despertado en Siga una admiración que lo confundía. De repente había comprendido el significado de la palabra relatividad y que Segú, la ciudad más bella del mundo para él, era una simple aldea. Monumentos de mármol, palacios de piedra, mausoleos, medersas, mezquitas que rivalizaban en ingenio y armonía, con sus tejados de tejas delicadamente dispuestas sobre un enmarañamiento de columnas, de jardines con estanques contruidos en un material transparente y precioso. En el corazón de un parque frondoso, la Qarawiy-yin^[113] abría sus dieciocho pórticos recubiertos de placas de

bronce cincelado, de dibujos y de inscripciones. Sus cúpulas octogonales, sus capiteles, las bóvedas de sus arcadas y los frisos de sus pórticos eran la expresión refinada de un genio que se podía dudar que fuera el del hombre. Con un profundo sentimiento de humildad, Siga miraba agolparse a sus puertas a los estudiantes árabes, bereberes, españoles, judíos convertidos y negros de Sudán y comprendía la fascinación que ejerce la instrucción. Un día se atrevió a entrar en el patio y, maravillado, contempló la decoración policroma de las paredes: oro, púrpura, turquesa, zafiro, esmeralda...

Siga y Sidi Mohamed se despidieron junto a la puerta Bab al-Mahruk. Siga tenía que ir a casa de su patrón, que ocupaba en Fez Yedid, no lejos del palacio real, una suntuosa mansión de la época de los mariníes. Mulay Idris, el patrón de Siga, era pariente de ‘Abd Allah de Tombouctou y sin duda uno de los hombres más ricos de Fez. Poseía talleres donde se tejía seda y brocados con los que se hacían cinturones para los vestidos de mujer, o cortinajes, o estandartes que figuraban en la escolta del sultán. Empleaba también a muchos bordadores que embellecían las piezas de tela destinadas a manteles y cojines, y todos esos tesoros se vendían en los zocos de la Qaiceria. Era un creyente de apariencia severa, lo que no le impedía tener mucho apego al dinero y, año tras año, casarse con mujeres jovencísimas. Trataba a Siga con justicia, sin bondad, mientras que una especie de desprecio impregnaba a su pesar sus palabras.

Siga entró en la casa por la puerta de batientes esculpidos y bordeó el estanque revestido de baldosas de mayólica que ocupaba el patio central. Mulay Idris parecía estar esperándolo, porque salió rápidamente de una de las estancias de la planta baja para llamarlo. Estaba hablando con dos árabes de tez tostada y aspecto cansado, con la ropa cubierta del polvo rojizo del desierto; a todas luces, dos caravaneros.

—Siéntate, Ahmed, siéntate’—le dijo con una bondad bastante poco habitual.

Siga obedeció, un poco intrigado. Hubo unos instantes de silencio mientras un sirviente servía té verde y ofrecía dátiles frescos. Luego, Mulay Idris lo rompió:

—Nuestros dos amigos aquí presentes vienen de tu tierra, de Segú, y tienen un mensaje para ti. Ahmed, tu padre ha muerto. Hágase la voluntad de Alá.

Siga no supo qué decir e incluso dudó de si debía apesadumbrarse. ¡Segú estaba tan lejos! Además, nunca había sentido gran afecto por Dusika, que jamás se había preocupado de él y lo había tratado como si fuera un sirviente de Tiekoro. Después pensó en la aflicción de Nya, en el desorden que aquello habría causado en la familia, y se emocionó.

—¿Quieres ir a Segú? —prosiguió Mulay Idris con la misma bondad-i Pondré a tu disposición el dinero y las monturas necesarios.

Siga se encogió de hombros y murmuró:

—¿Para qué? Supongo que, teniendo en cuenta el tiempo que se invierte en el viaje, ahora ya se habrán celebrado hasta las ceremonias del cuadragésimo día...

—Pero quizás a tu madre le gustaría que la consolaras.

¿Su madre? Nya había sido la mejor de las madrastras, pero no era una madre. Siga meneó la cabeza. Al poco pidió permiso para subir a su habitación. ¡De modo que Dusika había muerto! Ahora, Siga sentía irritación por el hecho de que se hubiera ido tan pronto, sin esperar a que él hubiese demostrado de lo que era capaz. Nunca sabría lo que valía aquel hijo, considerado como mucho un bastardo. Y una oleada de amargura invadió su corazón.

En Fez había descubierto la ferocidad de las divisiones sociales. En Segú había nobles, artesanos y esclavos, en efecto, y cada cual se casaba en el seno de su casta. Sin embargo, no se despreciaban unas a otras, o al menos eso le parecía a él. Ni siquiera Tombouctou, donde la arrogancia de los *armas* y los *ulema* le había impresionado, podía compararse a Fez. Aquella ciudad era un conglomerado de grupos sociales antagonistas que se excluían mutuamente del poder. Los *chorfa*^[114] detestaban a los *bildiyyin*,^[115] y ambos despreciaban al pueblo, dividido a su vez en facciones. Al final de todo estaban los extranjeros, los *harratin*^[116] y los esclavos negros. Siga había descubierto la noción de raza, todavía imprecisa en Tombouctou. Por ser negro, automáticamente se le despreciaba, se le asimilaba a los contingentes de esclavos gracias a los cuales, un siglo antes, el sultán Mulay Isma'il había tenido bajo su dominio a árabes, bereberes, turcos, cristianos... Antes de conocer a Sidi Mohamed, no tenía ningún amigo. No había cruzado la puerta de una sola casa, salvo la de Mulay Idris. No había intercambiado una sonrisa ni compartido una copa. Por eso le había entrado una verdadera obsesión por demostrar de qué era capaz un bambara, un hijo de Segú. Primero tenía que aprender a leer. Y a escribir. Y después iniciarse en todas esas maravillosas técnicas a fin de llevar su conocimiento a su país. Siga no sólo practicaba todos los días caligrafía para desentumecer sus dedos, sino que además observaba a los albañiles, a los que esculpían en yeso, a los ebanistas y a los faroleros y sus obras maestras de metal cincelado. Gracias a las relaciones de Mulay Idris, había pasado unos meses con un curtidor de la célebre familia de los Ulad Salauí y se había iniciado en el complejo proceso de fabricación del tafílete. En Segú no faltaban ni bueyes, ni vacas, ni corderos, ni cabras... Así que, ¿no era posible hacer todo eso? Llamaron a la puerta. Era la primera esposa de Mulay Idris, Maryam, que siempre lo había tratado con una gran bondad, aunque a veces era altiva.

—Me he enterado de que has perdido a tu padre. Hágase la voluntad de Alá. Pero no te quedes aquí aburriéndote, ven a escuchar a un músico que toca la viola...

Siga obedeció. A decir verdad, no le gustaba mucho la música que tocaban en Fez, pero agradecía el detalle de su anfitriona. La siguió por el balcón cubierto que daba la vuelta a la casa por el lado del patio, rodeado también por una espaciosa galería decorada con arcos y columnas. El músico estaba junto al estanque central. Las mujeres de la casa, envueltas en sus velos, ya se hallaban presentes, y se hacían circular pequeñas bandejas con dátiles y pasteles de miel y de azúcar de caña.

Un chiquillo de piel negra, pero con el pelo rojizo y rizado, se plantó delante de Siga y, con una amplia sonrisa, le tendió una carta. Siga la abrió y leyó con dificultad: ¿Estás ciego? ¿Es que no ves que te quiero?

Estupefacto, miró al niño, que se echó a reír a carcajadas y salió corriendo.

Siga estaba desde el amanecer en el zoco Elketan, pues su patrón tenía allí una tienda donde vendía las telas que hacía tejer con el hilo enviado de Tombouctou por ‘Abd Allah. Era un trabajo bastante pesado: disponer la mercancía de forma que destacaran las mejores piezas, atraer a los clientes, discutir el precio, hacer buenas ventas. ¡Ni un minuto para uno mismo! Afortunadamente, Sidi Mohamed, cuya tienda estaba cerca del cruce Semmarin, le mandaba tazas de té y, a veces, de un café muy fuerte con un poso denso, que se tomaba con rodajas de limón. Por una vez, Siga dejó la tienda sin vigilancia para perseguir al niño a través de las atestadas callejuelas. El niño corría con la clara intención de dejarse alcanzar, como si estuviera jugando. Entraba en las tiendas de babuchas, en las joyerías, en la pajarerías, agarrándose de los albornoces de los transeúntes. De pronto se detuvo y Siga lo atrapó.

—¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto?

El niño se quedó serio, miró a Siga con sus ojos de gato y dijo:

—Es mi hermana, mi hermana Fátima...

Siga miró a su alrededor, aterrorizado.

—¿Tu hermana? ¿Dónde está?

—Ven esta noche a casa con tu amigo Sidi Mohamed —dijo el niño—. Mi hermana Yasmin se casa. Habrá mucha gente y nadie se fijará en vosotros...

Acto seguido le dio la dirección y se fue corriendo.

Siga permaneció un momento mirando de derecha a izquierda como un idiota y después se dirigió a casa de Sidi Mohamed. Con las prisas, estuvo a punto de derribar a dos o tres porteadores de agua que transportaban odres de piel de cabra apoyados en un costado. Sidi Mohamed estaba dando los últimos toques a unos arreos de caballo para la familia del sultán, pues era conocido como uno de los mejores artesanos de su especialidad. Siga le tendió la nota que había recibido y, jadeando, le contó su aventura.

—Bueno, ¡ya iba siendo hora! —se limitó a decir su amigo, sin parecer sorprendido.

Desde que estaba en Fez, Siga sólo había tenido comercio carnal con las prostitutas de las casas públicas. Era demasiado orgulloso para ponerse en situación de que una mujer lo rechazara debido a su color. Dos o tres prostitutas que vivían cerca de la puerta Bab al-Chari’a lo recibían gustosas, y él satisfacía sus necesidades prácticamente sin ver a la mujer que gemía y se arqueaba bajo su cuerpo. De pronto, se enteraba de que en aquella ciudad extraña, casi hostil, una joven se había fijado en él entre tantos hombres ricos, instruidos, apuestos, seguros de sí mismos, y hubiera deseado darle las gracias de rodillas. ¿Cómo era aquella desconocida? ¿Cómo eran

sus ojos? ¿Y su sonrisa? Mientras tanto, Sidi Mohamed se rascaba la cabeza, cubierta por una cabellera encrespada.

—Ese sitio está en Zekak er-Ruman, no muy lejos de aquí. Yo creo que ese nombre es el de la hija de una casamentera, Zaida Lahbabiya... hija natural, por supuesto, porque las casamenteras no pueden casarse.

Aquellas palabras no tenían ningún sentido para Siga, poco al corriente de las costumbres secretas de Fez. Lo único importante para él era que una desconocida lo amaba y había tenido la audacia de decírselo.

—Arréglate lo mejor que puedas y ven a buscarme hacia las seis —dijo finalmente Sidi, devolviéndole la nota.

¿Es posible describir el día que pasó Siga? Flotaba en una nube. Hacía los planes más descabellados. Cantaba viejos aires de Segú que creía olvidados. Le hubiera gustado poner al universo por testigo y proclamar a gritos: «¡Una mujer me ama! ¡Una mujer me ama! ¡A mí! ¡A mí!»

Por un instante lo asaltó una duda: ¿y si era fea, vieja o jorobada? Pero enseguida descartó esa posibilidad.

Hacia media tarde, cerró la tienda. Estaban a finales del invierno. Los pobres se abrigan con albornoces de tosca lana, mientras que los hombres elegantes lucían prendas de paño importadas de Europa e iban tocados con un gorro rojo oscuro, envuelto a su vez con un voluminoso turbante que les daba dos vueltas en torno a la cabeza. En cuanto a los niños, iban embutidos en prendas de lana de colores fuertes, y si bien las chiquillas permanecían en casa con su madre, por todas partes había tropeles de crios con una tablilla bajo el brazo. Siga decidió ir a los baños. Se trataba de una costumbre a la que le había tomado gusto. ¡Pasar de la sala fría a la sala caliente, donde manos hábiles te lavaban, y después a una tercera donde sudabas en una agradable promiscuidad, sin diferenciación entre pobres y ricos, envueltos todos en el olor de estiércol de las calderas, resultaba pura y simplemente embriagador! A veces, estudiantes de la Qarawiyyin se ponían a recitar: «¡Oh Fez, a ti es a quien tratan de arrebatar toda belleza! ¿Es tu céfiro o un soplo lo que nos sosiega? ¿Es tu agua fresca y límpida o dinero lo que corre? Tu territorio es una tierra que surcan tanto los ríos como los grupos de hombres, los zocos y los caminos.»

Hablabas con desconocidos, unidos únicamente por la desnudez. En esta ocasión, sin embargo, Siga no se entretuvo, pues temía llegar tarde a la cita. Él, que no prestaba ninguna atención a sus ropas, esta vez se vistió con suma elegancia. Una chaqueta ceñida azul oscuro con mangas, una camisa de fina tela, un caftán marrón y un albornoz de lana negra con bordados del mismo color. Cuando salió de su habitación, Maryam, que estaba dando órdenes a las sirvientas, exclamó:

—¡Pero bueno!, ¿adónde vas?

Al percatarse de su azoramiento, le dirigió una sonrisa. Luego fue corriendo a su habitación y regresó con un frasco para perfumarlo.

En Fez, el matrimonio no era un asunto nimio. Tal vez la dote no tenía la misma importancia que en Segu, pero aun así era un derroche de regalos, ducados, piezas de tela de seda y lino, pesados brocados, pulseras y collares de oro y sobre todo de plata, trabajados por los mejores orfebres. Cuando Sidi Mohamed y Siga llegaron a casa de la misteriosa Zaida Lahbabiya, la fiesta acababa de empezar. El patio y la planta baja estaban llenos de hombres, mientras que las mujeres permanecían aún en el primer piso. En el aire resonaba el sonido de las trompas y las violas, de las risas y de los cantos de alabanza de los poetas.

La casa de la tal Zaida era una maravilla. Sin duda alguna su oficio de casamentera, suponiendo que Sidi Mohamed no se hubiera equivocado, debía de reportarle grandes beneficios. Un patio de amplias dimensiones. Entre la planta baja y el piso, un entresuelo. Los antepechos de las galerías, con motivos geométricos dispuestos en diagonal. Baldosas de mármol blanco y dinteles decorados con rosetones delicadamente perfilados. A nadie le extrañó la presencia entre los invitados de Sidi Mohamed y Siga. Claro que en aquella reunión de hombres que reían y charlaban, ni una gata hubiera reconocido a sus crías. Zaida Lahbabiya, cuya condición de casamentera le permitía estar con hombres sin cubrirse el rostro, no tardó en aparecer. Era una negra con cierta mezcla árabe, alta, de ojos brillantes y, en conjunto, bastante impresionante. Iba muy maquillada y llevaba el cabello, negro y muy corto, adornado con monedas de plata. Llevaba las anchas manos y los pies teñidos de azul con henna, y de su cuerpo emanaba un perfume de pimienta mezclada con menta, dulce y excitante a la vez. Miró a los ojos a Siga, que se quedó petrificado. ¿Sabía aquella madre terrible la razón de su presencia? ¿Lo echaría entonces a la calle por considerarlo un palurdo? O peor aún, ¿se lo recriminaría en público? ¿Qué diría él en su defensa? Pero Zaida ya se alejaba, sin detenerse, como una piragua sobrecargada descendiendo el río. Siga se percató de que, en cierto modo, ella era la verdadera reina de la fiesta. No lo era su hija, ni su futuro yerno, ni los parientes de éste. Zaida repartía ostentadamente ducados entre los miembros de una orquesta que acababa de instalarse en el patio. Daba unas palmadas, y unas sirvientas llevaban fuentes de carne de cordero y cuscús. Esbozaba pasos de danza. De pronto alguien asió de la mano a Siga. Éste reconoció al chiquillo que lo había abordado por la mañana, ataviado con sus mejores galas y cuidadosamente peinado con raya a un lado. El niño apoyó un delgado dedo sobre los labios y le indicó que lo siguiera.

Para Siga, el amor fue semejante a las primeras lluvias del invierno. La estación seca se ha alargado interminablemente. La tierra está cuarteada o polvorienta; la hierba, amarillenta. Los árboles ya no aguantan más. Y entonces, sobre los campos se acumulan nubes que al poco revientan. Los niños salen corriendo desnudos para recibir las primeras gotas, todavía espaciadas y calientes. Después todo brota: arroz, mijo, calabazas... El pescado llena las nasas. Los pastores abrevan a sus rebaños. ¿Cómo había podido vivir sin Fátima?

Siga se despertaba por la noche haciéndose esa pregunta, que tampoco lo abandonaba de día en el zoco, durante las clases de lectura, en los baños, mientras comía. Además, ya nada le causaba placer. Ni la comida, ni la bebida, ni el trabajo. Por primera vez, Mulay Idris tuvo que hacerle una observación sobre el cuidado de la tienda y Maryam se quejó del desorden que reinaba en su habitación. En cuanto a Sidi Mohamed, le dijo que jamás aprendería a leer. Fátima no se parecía en nada a las mujeres con las que Siga había soñado a veces. Era tan negra como su madre y su hermano pequeño, pero tenía el cabello sedoso y los ojos grises. Y era menuda, muy menuda. Tenía un cuerpo diminuto, apenas abultado en las nalgas y los pechos. ¿Cómo se podían extraer tantos deleites de una extensión de carne tan insignificante? Y sin embargo, las criaturas corpulentas que Siga había poseído hasta saciarse nunca le habían proporcionado tanto placer. Claro que en este caso se trataba de un placer del corazón. De un placer del alma. Siga no se cansaba nunca de oír a Fátima contarle:

—Yo había ido a comprar unas babuchas al zoco Esebat, y ya regresaba a casa con mi paquete bajo el brazo. Entonces te vi...

—Me viste y te enamoraste. ¿Cómo sucedió? ¿Por qué?

—Porque se te veía triste, porque se te veía solo.

En ese punto del relato, Siga siempre cubría a Fátima de besos.

En aquel cuadro había tan sólo una sombra: las citas a escondidas en casa de una amiga complaciente que vivía en al-Ándalus.

Porque Fátima vivía aterrorizada por su madre.

Un antepasado de Zaida Lahbabiya había ido a Marruecos como esclavo en la época del sultán Mulay ‘Abd Allah, el mismo año del gran terremoto que había asolado Fez. Ella había servido como encargada del guardarropa en el seno de la antigua familia fasi^[117] cuyo nombre llevaba, y preparado a todas las novias para su partida a la casa nupcial. Más tarde, esa actividad se había convertido en una profesión específica, completada con trabajos de bordado en espera de la llegada de la nueva primavera y, con ella, de más bodas. A partir de entonces, los privilegios de las casamenteras habían empezado a transmitirse de madre a hija. Ellas organizaban también la presentación del recién nacido y en las circuncisiones recitaban fórmulas que nadie más sabía. En aquella época, bajo el reinado de Mulay Sulayman, la «corporación» de las casamenteras, todas descendientes de esclavas negras, contaba con siete patronas, la más poderosa de las cuales era Zaida. Zaida era rica. Poseía tantas joyas que las alquilaba a elevados precios a familias que no tenían con qué adornar a las novias. Conocía al sultán y se la recibía con frecuencia en palacio. Cuando iba por las calles de Fez, todo el mundo la reconocía y la saludaba por su nombre.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntaba Siga a Fátima—. ¿De que le parezca demasiado humilde para ti? Soy hijo de un noble de Segu y mi familia puede enviarle una caravana de oro si es eso lo que ella quiere.

—No debe enterarse nunca —replicaba Fátima meneando la cabeza—. Nunca.

Pero Siga estaba deseando proclamar ese amor por todo el mundo. Estaba deseando tener hijos. Estaba deseando instalarse en una bonita casa de la casba, a dos pasos de su amigo Sidi Mohamed. ¿Por qué le estaba eso vedado?

Siga dejó unas piezas de tela mientras, una vez más, su pensamiento recorría el mismo triángulo. ¿Por qué se negaba Fátima a presentarle a su madre? ¿Porque era negro? Imposible; ella era tan negra como él. ¿Porque no era un buen musulmán? En tal caso, estaba dispuesto a ir cinco veces al día a la mezquita de Abu al-Hasan y prosternarse. ¿Porque creía que era pobre? Entonces le enviaría un mensaje a *fa* Diemogo para demostrar lo contrario. De pronto, un perfume le inundó las fosas nasales, un perfume raro, de pimienta mezclada con menta, al tiempo que una voz un poco ronca, suavizada por una sensual pronunciación, le decía:

—¡Vaya, me ha costado encontrarte!

Siga se volvió de golpe y estuvo literalmente a punto de desmayarse o de salir corriendo, pues ante él estaba, ataviada con un pesado vestido negro, con la cara medio cubierta por un velo de fantasía y el cabello adornado con cequíes, Zaida, Zaida Lahbabiya en persona, la madre de Fátima. Dominado por el pánico, dejó caer el retal de algodón que tenía en las manos y ella soltó unas alegres carcajadas que hacían saltar sus pechos.

—¿Tanta impresión te causo?

Siga no era un niño. Se daba cuenta perfectamente de que aquél no era el modo en que una madre ofendida se dirige al pretendiente de su hija. Se trataba de una maniobra de seducción. Muchas mujeres de mala vida lo habían mirado así, calculando el peso de su cuerpo y tratando de adivinar las dimensiones de su pene. Aquello hizo que aumentara su pánico.

—¿Qué quieres? —balbuceó.

Zaida rió más fuerte aún.

—¿No lo sabes? El otro día, en la boda de mi hija, desapareciste enseguida. Cuando fui a buscarte, ya te habías marchado... Y he tenido que remover cielo y tierra para encontrarte.

—Dime qué quieres —repitió Siga, con la horrible sensación de ser estúpido—. Intentaré satisfacerte...

Zaida se acercó hasta tocarlo.

—Estoy segura de que lo conseguirás. Ya sabes mi dirección. Te espero esta noche...

¿Cuántos hombres han hecho el amor al mismo tiempo con una madre y su hija, y sentido placer tanto en brazos de una como de otra?

Por supuesto, no se trataba del mismo placer. Cuando Siga se separaba de Fátima, se sentía más feliz, más ligero, pulido y refinado por aquel intercambio como una piedra preciosa en las manos de un joyero. Cuando se levantaba del lecho de Zaida, se odiaba y la odiaba. Se irritaba retrospectivamente por su avidez y mascullaba: «¡Si sigue así, acabará arrancándome los cojones!»

Vivía constantemente angustiado, temiendo que la madre se enterase de sus relaciones con la hija, y que la hija se enterase de sus relaciones con la madre. Como dormía poco y dilapidaba el semen, estaba cansado, distraído, y descuidaba el trabajo. Mulay Idris lo amonestaba continuamente. Un día incluso lo llamó a su despacho:

—Hace varios años que estás aquí —le dijo— y hasta ahora no había podido sino felicitarme por tus servicios. Pero desde hace algún tiempo has cambiado de un modo inexplicable. Éste es el último aviso que te doy. Si las cosas siguen así, me veré en la obligación de enviarte a Tombouctou con ‘Abd Allah.

¿Qué podía hacer? ¿Romper con Fátima? Ni hablar, se negaba en redondo. ¿Romper con Zaida? No se sentía con fuerzas para hacerlo.

Y es que Zaida, además de sus excepcionales cualidades en la cama, era un personaje fantástico. No paraba de contar historias reales o imaginarias. De creerla, el sultán Mulay Sulayman, perdidamente enamorado de ella, había intentado conseguirla para su harén. Según decía, un manuscrito en piel de gacela de la Qarawiyyin contenía unos poemas dedicados a ella y en el palacio de un señor de Córdoba estaba su retrato. Por muy irritado que estuviera, Siga no se cansaba de oírla hablar. Se partía de risa cuando lo acogía entre sus piernas ampliamente abiertas, y sus primeros abrazos siempre tenían un toque lúdico. ¿Qué podía hacer?

De regreso del Mellah,^[118] adonde había ido a entregar brocado a un rico comerciante que iba a casar a su hija, se sentó en los jardines Lalla Mina. A unos pasos, un cómico cantaba una romanza acompañado de un tamboril. Un poco más lejos, dos mendigos hacían bailar a unos monos ataviados con harapos rojos. Era un espectáculo habitual al que Siga ya no prestaba ninguna atención. De pronto se sentó a su lado un anciano pobremente vestido con un albornoz viejo y un gorro sin orejas y le tendió su petaca. Siga rechazó con un gesto el ofrecimiento y el anciano, tras haber aspirado un poco de tabaco, comentó:

—¡Pareces muy abatido, muchacho!

Siga exhaló un suspiro. En los momentos de gran aflicción, todo el mundo sabe que los hombres le abren el corazón al primero que llega. Siga no fue una excepción a esta regla y se desahogó. Cuando se quedó en silencio, el hombre meneó la cabeza.

—¡Qué hermosa es la juventud! Yo también, antes de estar apolillado como me ves ahora, viví una situación parecida. Estaba en Marrakech en casa de mi tío...

Siga, arrepentido de haberle confiado sus problemas, decidió cortar por lo sano aquel relato insípido, y ya se levantaba cuando el anciano lo retuvo diciéndole:

—¡Huir es lo único que puedes hacer!

Siga se sentó de nuevo.

—¿Huir? Pero... ¿y Fátima?

—Ráptala. Llévala contigo... Pon el Sahara entre la madre y tú...

La sugerencia dejaba traslucir cierta osadía, desde luego. Sin embargo, Siga era consciente de que el anciano se limitaba a decir en voz alta lo que él no se atrevía a expresar.

—¿Irme? —murmuró—. Pero si no he terminado mi aprendizaje.

El hombre se echó a reír.

—Eso es como si alguien le dijera a la muerte cuando va a buscarlo: «Espera, no he acabado mi aprendizaje.» La vida, muchacho, es un continuo aprendizaje.

Siga se cogió la cabeza entre las manos. ¡Irse! Volver a Segu. ¿Aceptana Fátima acompañarlo? Y si no lo hiciera, ¿tendría que raptarla? Eso exigía complicidades en aquella ciudad donde él era un extranjero. Se volvió hacia el anciano para exponerle sus objeciones. Había desaparecido. Entonces comprendió que era un ancestro que, con aquel disfraz, le había indicado el camino que debía seguir, y lo invadió una gran calma.

Se levantó. En el momento de marcharse de Fez se daba cuenta de lo mucho que la amaba. Nunca había sentido apego por Tombouctou, pero Fez se le había metido en la sangre como si fuera una mujer. Adonde quiera que fuese, la echaría de menos. Pasó por delante de la antigua mezquita del minarete rojo, atravesó los jardines de Bu Yelud y regresó lentamente a Fez Bali. Unas voces de niño recitaban las primeras azoras y toda la ciudad se extendía a sus pies, ante una cadena de altivas montañas. ¿Había aprovechado el tiempo pasado allí? Tal vez había sido excluido de su vida íntima porque no compartía su religión, no se prosternaba en sus mezquitas, no frecuentaba sus medersas, nunca se había mezclado con la multitud que cruzaba el umbral de la Qarawiyyin para escuchar a los grandes comentaristas de los hadiz, venidos del mundo entero, en particular de Andalucía.

Cuando se reunió con Fátima, la encontró llorando porque su madre había vuelto a pegarle. Siga la cubrió de besos. Después de haberla embriagado de placer, decidió tantear el terreno. ¿Aceptaría acompañarlo? Pero Fátima, que aún no había cumplido quince años, no era más que una niña. Había sido capaz de escribir una carta dirigida a un hombre declarándole su amor, pues ese acto poseía un carácter a la vez romántico y perverso que era muy de su edad. Sin embargo, ¡de ahí a pedirle más! ¡De ahí a esperar que pudiese tomar las riendas de su vida!

Siga decidió actuar solo y trazó rápidamente un plan. Durante todos los años que había trabajado para ‘Abd Allah en Tombouctou y luego para Mulay Idris, no había

percibido salario alguno, sólo alojamiento y manutención. Así pues, tenía que cobrar esos atrasos. Gracias a ellos, cargaría una caravana con telas de algodón, sedas adornadas con hilo de oro, brocados y telas bordadas. El mundo estaba cambiando. En Segu, hasta los que no eran musulmanes querrían comprar semejantes novedades. Las mujeres cederían a esa moda. Abriría un gran establecimiento comercial. Además de las telas, ofrecería sal de Tombouctou y cola. Y todavía mejor: montaría una curtiduría.

¿Qué se necesitaba para eso? Un espacio abierto donde se pudieran excavar fosas y construir pilas. En Segu no faltaba espacio. El Djoliba proporcionaría agua en abundancia. El sol intervendría en el proceso de secado. Se podrían fabricar esas babuchas de flexible piel amarilla o blanca que Fez exportaba a todos los países musulmanes. Siga se vio empleando a decenas de *garanké*,^[119] ya que él, al ser hijo de noble, no podía rebajarse a trabajar el cuero. ¡Ah, les demostraría a todos de qué era capaz el hijo-de-la-que-se-había-tirado-al-pozo!

En el momento en que ya contaba sus sacos de oro y de cauris, Siga se encontró ante la medersa de los caldereros y su humilde minarete, con los pies hundidos en los desperdicios que los habitantes arrojaban en abundancia por doquier. Apretó el paso en dirección a la tienda de Sidi Mohamed. Lo encontró charlando animadamente con un cliente que estaba encargándole una silla para un pura sangre del que hablaba como si se tratase de una mujer. Siga disimuló su impaciencia. Finalmente, el detestable charlatán se fue y Siga le expuso a su amigo sin rodeos la decisión que había tomado. Hubo un largo silencio antes de que Sidi Mohamed se decidiera a hablar.

—Zaida es muy astuta; yo incluso diría que es la criatura más inteligente que lleva nombre de mujer. Si desapareces al mismo tiempo que su hija, enseguida se dará cuenta de que dos más dos suman cuatro. Alertará al sultán y detendrán a todos los viajeros y todas las caravanas que se dirijan hacia Segu. En menos de dos días, estarás de vuelta aquí con grilletas en los pies.

La objeción no carecía de lógica. Siga miró a Sidi Mohamed con desesperación.

—¿Se te ocurre otra idea?

Sidi se rascó enérgicamente la cabeza, tal como le gustaba hacer. Aquel hombre astuto ocultaba la agudeza de su mente bajo unas maneras rudas.

—Otro camino —dijo por fin—. Tienes que ir por otro camino...

Siga abrió los ojos como platos.

—¿Otro camino? ¿Es que tú conoces otros?

Sidi Mohamed se sirvió lentamente té y se bebió la mitad del vaso a pequeños sorbos.

—El mar —dijo a continuación.

—¿El mar? ¿Dónde ves tú el mar en Fez?

Sidi Mohamed suspiró, como desanimado por tanta estupidez.

—En Fez no hay mar, pero sí lo hay a unos kilómetros de aquí, cerca de Kénitra, donde vive un tío mío... Allí encontrarás barcos que van a todos los lugares de la Tierra.

Siga regresó despacio a casa de Mulay Idris.

Al atardecer, cuando las paredes blanqueadas con cal empezaban a oscurecerse, a los habitantes les gustaba congregarse en las plazas hasta que la gran llamada del muecín *Allah Akbar* los conducía al interior de las casas para la última plegaria. Los vendedores de almendras, menta y mazorcas de maíz asadas intentaban aprovechar las horas que quedaban antes de la noche, y en todas las puertas narradores públicos cantaban la fundación de Fez. Siga dio un rodeo hasta Bab al-Guisa, donde, como todos los días, un poeta recitaba los versos de Abu ‘Abd Allah al-Maghili ante una muchedumbre que lo escuchaba con recogimiento: «¡Oh Fez, que Alá haga revivir tu suelo mediante la humedad! ¡Que lo riegue con la lluvia de la generosa nube! ¡Oh paraíso de este mundo, tú que superas a Hims por su espléndido y admirable panorama...!»

Escuchándolo, sus mejillas se cubrieron de lágrimas. ¡Iba a partir, a emprender el camino! Sin embargo, lloraba también por su debilidad, pues sabía que a medianoche correría otra vez a meterse en la cama de Zaida.

Siga salió de la cabaña del lavadero donde estaba escondido desde el día antes. Según sus cálculos, sus amigos, o más bien los de Sidi Mohamed, no tardarían. ¿Había salido todo bien? Sabía que el principal obstáculo para el éxito de la empresa era la propia Fátima. Se asustaría, opondría resistencia.

Si Siga hubiera tenido a un fetichero a mano, le habría pagado lo que fuera para saber qué iba a pasar.

Hasta entonces todo había ido bien. Con una altivez principesca, Mulay Idris le había pagado lo que le debía; luego, recuperando con una mano lo que había entregado con la otra, se había comprometido a servirle mercancías de calidad. A decir verdad, parecía satisfecho de que se fuera voluntariamente, pues ya no le servía a su gusto. Tan sólo su mujer, Maryam, había expresado su sorpresa:

—¿Has llegado a un acuerdo con ‘Abd Allah?

Siga había logrado ocultarle sus propósitos a Zaida prodigándole todas las noches las caricias más apasionadas y adormeciendo así todo brote de desconfianza. Sidi Mohamed y sus amigos tenían que apoderarse de Fátima cuando ésta regresara de la escuela coránica. Como la costumbre del rapto simulado antes de la boda no se había perdido del todo, a nadie se le ocurriría intervenir. Después, el pequeño grupo montaría en unos caballos atados bajo los olivos de Lemta y saldría por la puerta Bab al-Guisa. ¡Tan sencillo como un juego de niños!

No obstante, Siga tenía miedo. Creía a Zaida capaz de todo. De remover cielo y tierra para encontrarlo y castigarlo con su perfidia. Mientras ella viviera, él no descansaría. Anduvo hasta el río, el uadi Fez, que junto a una docena de fuentes proporcionaba agua corriente a Fez. En la otra orilla se alzaba un vergel de naranjos,

de momento sin flores ni frutos, contra un cielo gris de fines de invierno. Después volvió a la cabaña y se sentó en el suelo. Poco le faltaba para maldecir el amor que había sembrado tanto desorden en su metódica vida, aunque al mismo tiempo sabía que tan sólo ese desorden daba sentido a la existencia. De modo que iba a regresar a Segú. ¿Qué cambios encontraría allí? Su padre había muerto. ¿Habría regresado Tiekoro de Djenné? Siga se daba cuenta de que el rencor que sentía hacia su hermano seguía vivo. ¡El muy imbécil tenía una mujer que no merecía! Al pensar en Nadié, el corazón de Siga se llenó de dulzura. Había encargado para ella una pieza de brocado a la que unos pasamaneros tenían que incorporar hilos de oro y plata, así como lentejuelas de metal. ¡Esposa legítima o no, él tenía intención de agasajarla!

Le pareció oír un ruido de cascos de caballos en la carretera y salió apresuradamente. Pero era un grupo de arrieros que regresaban de los mataderos tirando de sus animales, cargados en demasía. Entró de nuevo y, cansado de consumirse de impaciencia, desenrolló la estera e intentó dormir. En los momentos de emoción, las antiguas pesadillas volvían a adueñarse de la mente de Siga. Nada más cerrar los ojos, el cadáver de su madre, chorreando agua, apareció junto al pozo.

El cuerpo frágil, los pechos puntiagudos como los de una muchacha núbil. El vientre abombado como un suave montículo. Pero esta vez el decorado había cambiado. En lugar de la concesión de Dusika, se encontraban en una extensión empapada por la lluvia donde empezaban a brotar arbustos de hojas brillantes. El pozo estaba rodeado de un cinturón de ramas y el fetichero, agachado, suplicaba a la Tierra que no se irritara, que continuara dando sus frutos.

—¡Que esta muerte mala, infecunda, no se vuelva contra nosotros!

Siga, mezclado con los curiosos, se acercó. Y no fue un solo cuerpo lo que vio, sino dos. Eran dos. Dos mujeres jóvenes, frágiles, y entre ellas estaba tendida una niña. Siga empujó con los codos para colocarse en la primera fila, pero implacablemente, como a propósito, el círculo lo rechazaba. No lograba distinguir el rostro de las mujeres, ni tampoco el de la niña, de la que sólo veía los piecitos de uñas nacaradas. ¿Hay algo más absurdo que la muerte de un niño? ¿Que un fruto verde que cae antes que uno maduro?

—¿Por qué se han matado?

No se sabía nada. Pertenecía a la especie peligrosa de las mujeres que aman demasiado. Que ponen sus sentimientos por encima de las reglas de la vida en sociedad.

—¿Cuál de las dos ha traído a su hija con ella?

—Ha hecho bien. Una hija nunca pertenece más que a su madre.

El murmullo de las voces femeninas se apagó. Siga empujó más fuerte con los codos y consiguió ver la redondez de una mejilla, la blancura de unos dientes bajo unos labios separados. Nadié. Era Nadié. Un grito de terror se detuvo en la base de su garganta. Luego, reptando lentamente, subió, consiguió cruzar la barrera de la campanilla y brotó. Nadié. Era Nadié. Cuando se incorporaba, impotente y

atormentado, una mano lo sacudió. Abrió los ojos sobre una oscuridad cerrada. Se oyeron risas.

—¡Vaya manera de recibir a tu mujer!

La oscuridad se disipó y aparecieron los rostros risueños de Sidi Mohamed y algunos hombres más con un gorro de lana.

—¡Está muerta! ¡Está muerta! —gimió Siga.

Los hombres rompieron a reír a carcajadas.

—No, no está muerta...

Se apartaron para dejarle ver a Fátima, informe, envuelta en mantas como un fardo, todavía asustada pero contenta.

Pasaron varios minutos antes de que las sombras se disiparan de la mente de Siga, de que éste se convenciera de que había sido simplemente un sueño y volviera a la realidad. No obstante, la impresión había sido tan fuerte que anulaba la alegría y flotaba como un mal presagio. Ante la mirada de reprobación del grupo y, sobre todo, de Fátima, se sirvió un buen trago de aguardiente.

Sidi Mohamed y sus compañeros habían llevado tortas de trigo duro, aceitunas y cebollas. Todo el mundo comió.

La primera parte del plan había salido bien. Faltaba la segunda. Se trataba de subir en barca hasta el uadi Sebu y a continuación hasta el Atlántico. Muchos barcos surcaban esa vía desde la época en que el jefe de los creyentes Abu Inan había enviado por allí naves de guerra. En cuanto al océano, había quien afirmaba que estaba repleto de mástiles que iban en todas direcciones: hacia España, por toda la costa de África y hasta, se decía, la desembocadura del Djoliba.

Cuando Siga se quedó solo con Fátima, no experimentó la alegría que había esperado. El recuerdo del sueño seguía turbándolo. Era como si el espíritu de Nadié, antes de hundirse en la región de los invisibles, hubiera querido despedirse de los que la habían querido. Además, era consciente de que Fátima era una chiquilla a la que habría que llevar por la vida cogida de la mano. De momento ya añoraba a Ali, su hermano pequeño.

—El pobre, ¿con quién jugará ahora que ya no estoy yo? Además, se le olvidará rezar. Igual que a ti, Ahmed. Eres un mal musulmán... arderás en el fuego eterno.

Quien no ha visto nunca el mar, al descubrirlo recibe una gran impresión. Se queda sin respiración al aspirar sus efluvios. Ante ese inmenso sudario desplegado, enseguida capta la magnitud del infinito y de la muerte. Siga, que había visto el lago Debo al ir a Tombouctou, creía que no le sorprendería. Sin embargo, sus ojos interrogaban al horizonte. ¿Qué había más allá de aquella curva gris? Seguramente, las tierras de otros hombres de piel clara como los árabes o blanca como los españoles, que despreciaban a los hombres de piel negra. Siga había tenido tiempo de comprender que tener la piel negra te convertía en un ser marginal. ¿Por qué? Por más vueltas que le daba a esa pregunta, no encontraba ninguna respuesta. Los bambara eran tan fuertes, orgullosos y creativos como cualquier otro pueblo. ¿Era

simplemente una cuestión de religión? Si era eso, por un espíritu de desafío, él se aferraba a sus dioses y sus ancestros. Seguiría siendo, contra viento y marea, un bebedor de alcohol, un fetichista. Fátima y Siga habían ido de Kénitra a Salé, en otros tiempos puerto activo que intercambiaba con España aceites, cuero, lanas y cereales, y semejante ahora a un gran cementerio de piedras grises. Evitando Rabat, en la otra orilla del río, donde según les habían dicho había numerosos traficantes de esclavos, habían bajado a Mohammedia.

Siga había dejado a Fátima en el albergue, pues desde esa mañana no paraba de llorar. De pronto se había dado cuenta de que no tendría la boda de sus sueños: un ajuar suntuoso, mobiliario, una esclava asignada a su servicio... Siga le repetía que en Segu le ofrecería todo eso, pero lo cierto es que empezaba a preguntarse con qué ojos miraría sus concesiones de *banco*, sus calabacinos, sus esteras y la falta de refinamiento de sus ropas. ¡No, no poseían todos los bienes materiales de los fasi! Suspiró y se dirigió hacia el muelle. En almacenes de techos bajos, se amontonaban sacos de trigo o de arroz, cestos de dátiles y de aceitunas. Había también unas vasijas llamadas *fekarinas*, de barro barnizado en azul, que unos hombres con el torso desnudo envolvían delicadamente en paja.

Los amigos de Sidi Mohamed no habían mentido: el océano estaba repleto de barcos. Había marineros lavando las cubiertas con abundante agua. Siga vio a un negro sentado sobre un montón de cuerdas y le expuso su plan. El hombre se llevó las manos a la cabeza.

—Estás loco. Ningún barco va hasta allí. ¿Pretendes ir más abajo de la desembocadura del río Senegal y desde allí seguir tierra adentro? ¿Por qué no has ido con una caravana?

—Eso es asunto mío —contestó Siga con sequedad—. ¿Sabes de algún barco que vaya hacia el sur?

El marinero señaló un bricbarca de bastante mal aspecto.

El capitán, Alvar Núñez, había nacido en Andalucía, recorrido las costas de África y hecho algunas incursiones en la trata de negros, pero desde que los malditos ingleses inspeccionaban todos los barcos de trata había vuelto a practicar un comercio más legítimo. Miró sorprendido a aquel apuesto negro, vestido a la manera de la gente de Fez y que se expresaba perfectamente en árabe, y le preguntó:

—¿Qué haces tan lejos de tu casa? Cuéntame...

Pero Siga no tenía ningunas ganas de hablar de sí mismo, de modo que se limitó a exponer lo que quería. Estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta para que lo llevaran a la desembocadura del río Senegal o del río Gambia. Alvar Núñez se sacó la pipa de la boca.

—Hace unos años no habría dado un céntimo por tu libertad en estas tierras. Ahora todo ha cambiado. Estoy aquí debido a una avería. En realidad, voy a Bonny^[120] a buscar aceite de palma. ¿Dices que tienes polvo de oro?

Siga bajó de un salto la escalera que llevaba al muelle. ¡No, los dioses y los ancestros no lo abandonaban! Nada más llegar a Mohammedia, encontraba un barco y un capitán que no parecía demasiado mal tipo. Para celebrar el acontecimiento, entró en una taberna donde hombres de todos los colores, árabes tostados, españoles de piel blanca, negros y judíos de tez macilenta bebían licores de esos que permiten olvidar las preocupaciones cotidianas: aguardiente, ron, vino, ginebra... Había también algunas mujeres maquilladas y con la cara descubierta. Siga se sentó a una mesa, y estaba encendiendo una pipa cuando un hombre se precipitó hacia él:

—¡Jean-Baptiste! Cielo santo, todo el mundo te da por muerto...

Desagradablemente sorprendido por esas palabras, pero esforzándose en no dejarlo traslucir, Siga golpeó la mesa con la mano.

—No soy Jean-Baptiste, pero de todas formas te invitaré a beber.

El hombre se sentó. Parecía confundido, y le contó a Siga su historia. Con su señor, Isidore Duchâtel, un francés completamente loco que quería transformar Cabo Verde en un inmenso jardín experimental, iba a la región de Beni Guareval a buscar semillas de flores, brotes de naranjo y limonero y plantones de morera. En Gorée había conocido a un esclavo bambara llamado Jean-Baptiste que era clavado a Siga. Éste se encogió de hombros.

—¡Jean-Baptiste! Los musulmanes nos ponen sus nombres y los cristianos los suyos. ¿Cuál era el nombre que le había puesto su padre? ¿Lo sabes?

El hombre hizo un gesto que expresaba su ignorancia.

—Tala, creo... o Sala...

Siga se inclinó hacia él y preguntó con ansiedad:

—¿No sería Naba?

A través del calor del sol, Naba sintió el pensamiento de su hermano revolotear en torno a su cara y luego posarse en su frente, suave y acariciador como las alas de una mariposa. Aspiró el humo de su pipa, cargada de *maconha*. Después de hacerlo varias veces, su espíritu se volvía ligero, poroso, y, separándose del cuerpo, iba al encuentro de los hechos y de las personas.

Así era como se había encontrado con el alma de su padre mientras ésta se separaba de su cuerpo y había caminado un trecho con ella antes de que se hundiera en lo invisible. Y también de esa forma se había enterado de que su familia se hallaba afectada por alguna muerte, aunque no sabía a quién lloraba. Todo giraba en torno a un pozo. Una forma frágil. La tierra empapada del invierno.

Aspiró humo de nuevo para adivinar qué hermano pensaba en él.

No era Tiekoro, el mayor, pues su mente desvariaba, sumida en un profundo dolor, y no pensaba en nada. Tampoco era Tiefolo, pues no pasaba un solo día sin que estuvieran juntos. Así que debía de ser Siga, el hijo de la esclava, el hijo-de-la-que-se-había-tirado-al-pozo, que siempre había estado un poco marginado. ¿Dónde se encontraba ahora? En Segú, no. Naba percibió la muralla líquida de un océano que el soplo del aire hacía más alta aún.

Sobre su cabeza, entre el verde oscuro de las hojas, asomaban frutos, naranjas. Dos días antes, había ido al huerto. Los frutos todavía no se distinguían de las hojas. Y hoy, de repente, una acumulación de soles. Ah, sí, esa tierra era rica y fértil. No pedía sino parir, como una mujer. Naba se puso en pie y miró a su alrededor. Una densa vegetación cedía el puesto a los campos de caña de azúcar, cubiertos por el velo malva de la floración. A lo lejos, como difuminada por la distancia y el calor, se distinguía la silueta de las *chapadas*, esas montañas de cima aplanada a golpe de pisón. Naba levantó los brazos por encima de la cabeza y cogió delicadamente una naranja, sólo una. Al día siguiente iría a recoger la cosecha.

Manoel Ignacio da Cunha, propietario de aquella hacienda situada en la provincia de Pernambuco, no lejos de Recife, ciudad del noreste de Brasil, no había comprado a Naba sino a Ayodelé, la pequeña nago a la que él protegía. Naba había ido a parar, dentro de un lote, a manos de un holandés que intentaba criar ganado en el *sertão*^[121] y no temía a los rebeldes. Unos meses más tarde, sin embargo, había aparecido misteriosamente en la hacienda de Manoel a la hora de la comida y se había dirigido directamente a Ayodelé, a la que mientras tanto habían bautizado con el nombre de Romana. Desde entonces, Manoel, que era supersticioso, siguiendo los consejos de su mujer no había vuelto a tocar a Romana, pese a que la adoraba y a que estaba embarazada de él.

¿Qué había ocurrido en el *sertão*? Naba no había dicho nada, ya que prácticamente no hablaba. Iba y venía tocado con un gran sombrero de paja, vestido con unos pantalones de algodón que le llegaban hasta la rodilla y una guerrera informe, y fumando *maconha* en una pipa. Los esclavos decían que estaba loco y era un poco brujo; no malo, pero sí capaz de desencadenar las fuerzas del mal. Como poseía un extraordinario conocimiento de las plantas, le consultaban cuando un niño tenía la barriga hinchada, cuando una mujer tenía una úlcera purulenta y cuando un hombre tenía una enfermedad de la verga. Protegido por esa fama de loco, Naba hacía lo que le parecía. Había roturado un terreno cuadrado al este del molino y de los campos de caña de azúcar, y lo había transformado en un huerto de verduras y frutales. Tomates, berenjenas, zanahorias, coles, papayas, naranjas, limones... todo crecía. Como si supiera que la tierra no le pertenecía, cada vez que recogía una cosecha dejaba en el porche, para la señora, dos cestos llenos a rebosar. El resto, Ayodelé lo vendía en Recife, donde siempre andaban escasos de víveres frescos, ya que dependían de la llegada de los barcos procedentes de Portugal. Además, desde que la corte de Juan VI de Portugal, tras los disturbios causados por Napoleón, se había refugiado en Río, todos los alimentos iban a parar allí.

Porque Naba había vuelto con Ayodelé como si en su ausencia no hubiera pasado nada, como si ella no hubiera estado durmiendo durante meses en la Mansión, como si el niño que llevaba en su vientre no fuera de Manoel. Los esclavos no paraban de comentarlo. ¿Acaso no veía que ese primer hijo era mulato, muy distinto de los negros que su propio semen había plantado después? De pronto, odiaban a Ayodelé, que después de haber sido la puta del amo se daba aires respetables y, por si fuera poco, se liaba a organizar en la hacienda una hermandad llamada Señor Buen Jesús de las Aspiraciones y de la Redención de los Hombres Negros, siguiendo el modelo de la que existía en Bahía. Las mujeres sobre todo eran despiadadas.

Naba tomó el sendero que, cruzando los campos de caña, conducía al parque y a la Mansión, en la cima de la colina, donde vivían Manoel, su mujer, Rosa, la hermana de su mujer, Eugenia —ésta desde que la sífilis se había llevado a su marido—, unos quince hijos legítimos e ilegítimos, blancos y mulatos, una docena de esclavos domésticos, un sacerdote expulsado de la iglesia debido a su pasión por las negras impúberes, y un maestro de escuela venido de Río para enseñar caligrafía a los niños. No podía esperar para mostrarle a Ayodelé la primera naranja de la temporada. Ella debía compartir con él ese momento único en que la semilla enterrada en la vulva caliente de la tierra, tras un silencioso trabajo, aparecía, redonda, perfecta, como un recién nacido que satisface por fin la impaciencia de sus padres.

La Mansión de Manoel podía considerarse suntuosa. Era un edificio de piedra cubierto de tejas, con un piso coronado por un desván. La planta baja estaba ocupada por el salón amarillo, así llamado a causa del color de las cortinas de seda y cuyo suelo estaba cubierto por una alfombra de Aubusson bastante bonita; dos salones más pequeños: uno verde y otro azul que llamaban salón de música porque contenía un

piano que Eugenia y Rosa tocaban a veces, o también salón chino porque había un canapé chino con incrustaciones de nácar; una sala de billar donde Manoel se reunía con sus amigos y un vasto comedor amueblado de una forma bastante tosca con taburetes y escabeles alrededor de una gran mesa adornada con candelabros. El vestíbulo estaba pavimentado con baldosas negras y blancas, que cubrían también las paredes hasta media altura. Una escalera de madera conducía a las habitaciones del primer piso, y otra escalera, estrecha y empinada, a los cuartos del desván, donde dormían las esclavas favoritas de Manoel. Sin embargo, pese a la calidad de los muebles, de madera de jacarandá, de los bronce y de las alfombras, todo aquello tenía un aspecto sucio debido tal vez a la exuberancia del clima tropical. El olor de los barriles escondidos bajo la escalera, que un esclavo vaciaba cuando rebosaban, se insinuaba por doquier bajo el perfume de las hierbas que las pequeñas esclavas se pasaban el día quemando en las distintas habitaciones por las que pasaban, como fantasmas, Rosa y Eugenia, con vestidos negros de corte monacal, un largo velo, también negro, sujeto a la peineta de su reluciente moño y un chal del mismo color sobre los hombros. Los esclavos aseguraban que Manoel se acostaba con las dos, lo que explicaba la expresión sombría y atormentada de su rostro.

Ayodelé estaba en la cocina, rodeada de un enjambre de niños entre los que Naba reconoció a sus hijos. Estaba preparando *pamonhas*,^[122] cuyo aroma ya se percibía, y al oír ruido de pasos levantó la cabeza. Nadie sabía mejor que Ayodelé que Naba no estaba loco. Nadie sabía mejor que ella la bondad, la delicadeza y la generosidad que encerraba su corazón. Él era en su vida la fuerza tranquila, el dique contra el que se precipitaban sus pasiones. Le sonrió mientras él le mostraba la naranja como si fuera una pepita de Ouro Preto^[123] y preguntó:

—¿Será buena este año la cosecha?

Él asintió con la cabeza.

—¿Nos reportará mucho dinero? —insistió Ayodelé.

Naba sonrió a su vez.

—¿Por qué haces tantos cálculos, *iya*?^[124] ¿No puedes dejar que los dioses los hagan por nosotros?

—Le pediré el día al amo para ir a Recife —dijo ella, haciendo caso omiso del reproche.

Después regañó a los niños, que aprovechando su distracción estaban metiendo los dedos, ya pringosos de jugo de caña, en la masa.

La esclavitud transforma a un ser humano bien en un pingajo o bien en un animal feroz. Ayodelé no había cumplido dieciséis años cuando fue separada de los suyos, por lo que en aquellos momentos no tenía más de veinte. Sin embargo, su corazón era el de una vieja, más vieja que su madre, que la había traído al mundo, e incluso más vieja que su abuela. Su corazón estaba lleno de amargura. Era como el caucho, la madera que llora, la que los *seringueiros*^[125] atravesaban con agujas en los bosques. De no ser por Naba, es posible que se hubiera vuelto loca o que hubiera acabado por

poner fin a sus días. Sin decir una palabra, él le había dado a entender que no era más que una víctima, y ese amor la había mantenido con vida. Pero el amor de un hombre no basta. Estaba todo lo demás. En primer lugar, el país, odioso de tan bello. Regias palmeras que desafiaban el cielo, de un azul opaco. En los lagos, profusión de flores acuáticas, nenúfares de transparencia verde, orquídeas de labios sangrientos y desgarrados. Y después, los hombres. Por una parte, los esclavos, que se refocilaban en su pasividad. Por la otra, los amos, que, consumidos por la sífilis, se rascaban las costras y las llagas con sus largas uñas.

Desde hacía algún tiempo, sin embargo, Ayodelé albergaba una esperanza. Había oído hablar de esas sociedades de liberación que organizaban los esclavos, tanto en Bahía como en Recife, con el objetivo de regresar a África. Ayudados por *ganhadores*,^[126] negros y mestizos liberados, establecían cajas donde guardaban el dinero que conseguían ahorrar. Cuando uno de ellos tenía en la caja una suma que representaba la mitad del valor exigido por su amo para concederle la libertad, recibía del conjunto de los adheridos el importe de la compra. Después intentaba obtener para él y su familia pasaportes portugueses, lo que exigía gratificaciones y tratos de toda clase. Mediante este sistema había partido ya determinado número de familias, que se habían establecido en diferentes puertos del golfo de Benín, en particular en Ouidah. Ayodelé había reunido, reis a reis, el producto de la venta de las frutas y verduras de Naba y se había puesto en contacto con el *ganhador* José. Sólo faltaba ultimar los detalles.

La ciudad de Recife debía su nombre a las rocas que protegían la entrada del puerto e incluso de las playas. Había estado en manos de los franceses y de los holandeses, y finalmente había pasado a las de los portugueses, que por lo demás la habían fundado en el siglo XVI. Cada uno de sus sucesivos ocupantes le había dejado un poco de sí mismo, y el resultado de ello era una yuxtaposición de edificios de diferentes estilos.

Ayodelé se dirigió hacia el barrio Nago Tedo.

Era un amontonamiento de cabañas de tierra, agrupadas en concesiones bajo techados de paja, y no hubiera costado creer que uno estaba en Ifé, en Oyo^[127] o en Ketu, en el golfo de Benín. Allí, en las afueras de la ciudad, sólo vivían negros, la mayor parte nago, aunque también había hausa y bantúes, antiguos esclavos liberados y mestizos que ejercían mil oficios —hojalateros, alfareros, porteadores de agua, porteadores de sillas, carboneros— y cuyas mujeres vendían dulces, frutas y verduras en las encrucijadas. Los niños, desnudos o vestidos con andrajos, pululaban por las calles enfangadas y en mal estado. El aire olía, además de al aceite de palma que impregnaba todas las cocinas, a pimienta y malagueta.

La cabaña del *ganhador* José contrastaba con las demás debido a un patético deseo de refinamiento. Estaba también hecha de tierra, pero se componía de tres

habitaciones y un porche. La primera habitación era una tienda, ya que el *ganhador* José vendía carbón. La segunda era un salón amueblado con un canapé y dos sillas que tenían unos paños de encaje atados al respaldo con cintas, al estilo portugués. La tercera, un dormitorio donde había una cama con mosquitera. El propio José, un nago de Oyó, era un personaje muy peculiar. Debido a su gran belleza, los portugueses lo habían utilizado como a una mujer y finalmente le habían contagiado su vicio. Por eso vivía rodeado de una corte de jovencitos que meneaban el trasero. Al mismo tiempo, eso le había permitido ganar dinero y vivir en semilibertad. Al verlo —tan delgado, con tantos encajes y tantos dijes y colgantes en el cuello y las orejas—, se dudaba si atribuirle el sexo masculino. Se pintaba con *kohol* el contorno de los ojos, bellos y angustiados, pues el *ganhador* José, consciente de su degradación, era un hombre triste y odiaba profundamente a los blancos.

José despachó a dos adolescentes semidesnudos que estaban arreglándole las uñas y le señaló una silla a Ayodelé. Como los dos eran de la misma ciudad, la joven le preguntó con ansiedad:

—¿Tienes noticias de allá?

José exhaló un suspiro.

—Tuve ocasión de subir a un barco y hablar con el capitán. Las cosas están muy mal en nuestra tierra.

Ayodelé apretó los dientes con odio.

—¿Cuándo acabará todo eso? ¿Cuándo podrán impedir los nuestros que los blancos desembarquen?

—No se trata de eso —dijo José, meneando la cabeza—. Además, los ingleses han puesto fin a la trata. Muy pronto ya no quedará ningún negrero en el mar. No, ahora es otro peligro que viene del norte...

—¿Del norte?

—Sí, los peul han invadido nuestras ciudades. Las incendian. Matan a las mujeres y a los niños...

Ayodelé no salía de su asombro.

—¿Los peul? —dijo por fin—. Pero ¿no son nuestros vecinos de siempre?

—¡El islam! Como sabes, se han convertido al islam. Y creen que tienen la misión de convertirnos a todos recurriendo a la fuerza. El yihad, ellos llaman a eso el yihad.

Por un instante se hizo el silencio. Finalmente, José tomó de nuevo la palabra.

—Bueno, hablemos de tu asunto. La sociedad de liberación ha aceptado...

Ayodelé se sintió invadida de tal felicidad que no pudo pronunciar una sola palabra, ni siquiera de agradecimiento.

—Pero algunos han puesto objeciones —prosiguió José—. Tu marido es un bambara de Segu. ¿Estás segura de que quiere ir contigo al golfo de Benín?

Ayodelé se encogió de hombros.

—¿Qué más da Segú o Benín? ¿No son África los dos sitios? Y eso es lo que cuenta, ¿no? ¡Dejar esta maldita tierra!

José hizo un gesto que podía significar cualquier cosa.

En aquella época, alrededor de una decena de familias habían conseguido superar los obstáculos insuperables y subir a bordo de un barco con destino a uno de los puertos del golfo. José sabía que a él eso le estaba vedado. ¿Cómo reaccionarían los suyos, la comunidad, su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas, si volviera a su lado con ese vicio que los portugueses le habían metido en la sangre? ¡Sin duda lo lapidarían! ¡Sin duda dispersarían sus miembros por las encrucijadas, a fin de que no ensuciara la tierra que pisaban los hombres! Ya no era un nago. Ya no era un ser humano. No era más que un pingajo, un marica.

Mientras tanto, Naba había ido a entregar la cosecha de fruta a casa del holandés Ian Schipper, fiel cliente de Ayodelé, a quien los contratiempos de su país no habían llevado a marcharse de Recife. Ian Schipper vivía en la calle Cruz, en un caserón alto con celosías de madera en las ventanas. El espectáculo del puerto, con sus *jangadas*^[128] y sus naves de pesadas velas, siempre transportaba a Naba. Permaneció largo rato frente al mar, que al principio estaba en calma y luego se enfureció de repente y se alzó hasta formar una pared de varios metros de altura. Cuando reanudó su camino, un hombre se acercó a él. Un negro alto, con la cabeza rapada al cero y vestido con una larga y amplia túnica blanca. Tras mirar a derecha e izquierda, le tendió un papel que, una vez desplegado, dejó a la vista una sucesión de caracteres árabes, y susurró:

—Alá te llama, hermano. Ven esta noche a rezar con nosotros a Fundão.

La locura se cebaba con los negros de Pernambuco, fueran esclavos, *ganhadores* o libertos.

Así que Naba no prestó atención a aquel hombre singular y se guardó el papel en la guerrera. De todas formas, le gustó aquel trazado cabalístico y se prometió reproducirlo.

Cuando llegó a casa del *ganhador* José, adonde Ayodelé le había pedido que fuera a buscarla, los encontró charlando animadamente ante un vaso de *cachaga*.^[129] José informaba a su interlocutora sobre la reciente revuelta de Bahía. El plan había sido inteligentemente trazado. Los esclavos sublevados tenían que provocar incendios en distintos puntos de la ciudad para distraer la atención de la policía y del ejército y sacarlos de los cuarteles. Después tenían que aprovechar la confusión para atacar los acantonamientos, coger armas y matar a todos los portugueses. Una vez que se hubieran adueñado de la ciudad, contaban con unirse a los esclavos de las haciendas del interior. Una denuncia de última hora, sin embargo, había hecho fracasar ese maravilloso plan.

José bajóla voz:

—Dicen que los que fomentaron todo eso son musulmanes y que tenían intención de matar también a todos los africanos católicos...

Ayodelé se encogió de hombros.

—¿Católicos? ¿Acaso lo somos realmente? Lo fingimos, eso es todo...

El *ganhador* José se echó a reír. Con todo, ambos sentían la misma inquietud. Los esclavos «musulmanes» planeaban matar a los «católicos». ¿No indicaba eso que las disensiones de la tierra africana se reproducían en el mundo de la esclavitud, cuando en realidad era el amo, el portugués, el blanco, el único enemigo?

Naba durmió muy mal aquella noche.

Cada vez que iba a sumirse en la inconsciencia, se le aparecía el rostro de Nya, su madre, bañado en lágrimas, y después el del desconocido que lo había abordado en las calles de Recife cubierto de sangre, con una herida en la frente. Cuando intentaba levantarse, unas manos invisibles lo retenían en el suelo, se hundían con fuerza en su carne. Al final, se despertó con un sabor de ceniza en la boca y fue al huertecillo contiguo a la *senzala*^[130] a fumar *maconha*. Pero la hierba, que tenía la virtud mágica de relajarlo, esa noche no le causaba efecto. Lo presentía: se acercaban peligros semejantes a formas cuyos contornos no se distinguen claramente.

Oía sollozos, silbidos de látigo. Aspiraba el olor de urubú de la muerte.

Mientras estaba allí, contemplando la noche, su segundo hijo, Kayodé, se reunió con él. Era un niño muy bueno que adoraba a su padre. Enseguida reclamó un cuento y Naba lo sentó sobre sus rodillas. Si bien había dejado que Ayodelé les pusiera nombres yoruba a los niños, cosa que chocaba mucho a los esclavos, él les hablaba siempre en bambara. Comenzó un relato protagonizado por Suruku.

—Suruku cayó en un pozo. Quería comprobar si se había roto algún diente al caer. Pero la caída la había dejado tan atontada que se equivocó y se metió la mano en el ano. «¡Oh, no me queda ni un solo diente!», exclamó.

El niño se echó a reír a carcajadas.

—¿Cuántas lenguas hablas tú, *baba*?^[131] —preguntó.

Naba sonrió en la oscuridad.

—Se puede decir que hablo tres. Dos son las de mi corazón: el bambara y el yoruba. La tercera es la de nuestra servidumbre: el portugués.

El niño se quedó pensativo.

—¿Y cuántas lenguas hablaré yo? —preguntó de nuevo.

Naba acarició la cabecita cubierta de recio pelo.

—Espero que no hables nunca más que las lenguas de tu corazón... —Después acunó al niño y lo llevó a su jergón—. Ahora, duerme...

La *senzala* se componía de dos habitaciones con el suelo de tierra batida. Como Ayodelé guardaba todas las ganancias de Naba, sólo contenía lo estrictamente necesario. Un armario que Naba había construido para los utensilios de cocina —sartenes y cazuelas ennegrecidas por el uso— y una mesa. En la segunda habitación había dos hamacas compradas a los indios y unos jergones.

Ayodelé dormía en una hamaca con su hijo pequeño, Babatundé. La otra hamaca la ocupaba Abiola, el hijo mayor, el hijo de Manoel. Naba estaba saliendo de

puntillas cuando, a la luz mortecina del quinqué, vio que este último tampoco dormía. Se acercó y dijo en voz baja:

—¡Parece que esta noche toda la familia ha bebido café!

El niño cerró los ojos. Odiaba a Naba. Odiaba a sus hermanos negros porque le recordaban que su madre era una esclava y él medio negro. Odiaba el nombre de Abiola que le habían puesto y le hubiera gustado que lo llamaran por su nombre de bautismo, Jorge. Jorge da Cunha. Porque él era hijo del amo. ¿Por qué no vivía en la Mansión con sus otros hijos? ¿Por qué le obligaban a permanecer en esa cabaña de barro seco sobre un armazón de tallos flexibles? ¡Y ahora oía hablar de la vuelta a África, a esa tierra bárbara donde se vendía a los hombres como si fueran ganado, cuando no se les devoraba a dentelladas! ¡Jamás, jamás! ¡Se opondría con todas sus fuerzas a ese plan!

Naba no insistió, pues sabía cuáles eran los sentimientos de Abiola.

En más de una ocasión había querido abordar esa cuestión con Ayodelé, pero temía hacerle daño. ¿Acaso su relación con Manoel no la había hecho ya sufrir bastante? Además, un niño es como una planta. Con mucho amor, acaba por crecer recto, directo hacia el sol.

Naba salió de nuevo a la oscuridad, salpicada a intervalos regulares por las formas más oscuras de las *senzalas*. Ni un ruido. El olor dulzón de guarapo del molino, transportado por el viento, y el salvaje de la tierra, incontenible incluso entre las cañas de azúcar. ¿Qué era esa forma negra en la copa del árbol del pan?

¿Era la muerte?

¿Era el urubú de la muerte?

Manoel volvió la cabeza, frunciendo el entrecejo para evaluar mejor a su pequeño interlocutor. Mulato bastante oscuro, con un bonito cabello rizado y unos labios ligeramente malva que más tarde serían sensuales, pero que de momento sólo temblaban de miedo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —insistió.

El niño inclinó la cabeza.

—Si no me creéis, ordenad que registren la casa. Encontraréis los papeles que os digo. Es musulmán y conoce a los de Bahía.

Si se hubiera tratado de otro, Manoel no habría hecho caso de esa acusación. Los esclavos de la hacienda rezaban por la mañana, a medianoche y por la noche, acompañaban a los amos en el rosario y el Salve Regina, encendían cirios, quemaban ramas bendecidas y repetían con fervor. «¡Creo en la Santa Cruz!»

Pero se trataba de Naba, el que le había quitado a una mujer a la que seguía deseando.

—Ve a buscar al *feitor*^[132] —murmuró.

El niño no se movió.

—¿Es que no me has oído? —le espetó Manoel.

El niño cayó de rodillas.

—Si he dicho la verdad, ¿me dejaréis quedarme con vos? Yo soy vuestro hijo, señor, ¿por qué no me dejáis quedarme con vos?

Manoel, además de sorprendido, se sintió vagamente halagado. Creía que su madre lo tenía totalmente ganado.

—Por supuesto, por supuesto, tu lugar está aquí...

El niño salió corriendo.

Manoel Ignacio da Cunha era representativo de una generación de portugueses. Perteneciente a una auténtica familia de aventureros que había emigrado a Asia, a Madeira y a Cabo Verde, al sentirse demasiado limitado en aquel trozo de península, se había trasladado a Pernambuco, donde al principio había sido un simple agricultor que llevaba su caña al señor del molino. Con el tiempo, sin embargo, se había enriquecido. En aquella época estaba pensando en irse a vivir a Recife y dejar la hacienda a cargo de un hombre de confianza. Profundamente alterado por las palabras de Abiola, subió en busca de su mujer y la encontró en la cama, tan amarilla como la almohada india sobre la que reposaba. Ella lo escuchó con atención mientras el corazón le saltaba de alegría dentro del pecho, cargado de medallas bendecidas, relicarios y escapularios. Por fin tenía la oportunidad de vengarse de Ayodelé.

—No creo que sea él... no es más que un pobre loco inofensivo. Es ella, es ella. Yo ya había observado que se ausentaba por lo menos cinco veces a lo largo del día, y

era para ir al sabbat...

Manoel reconoció las elucubraciones de una mujer celosa, pero después de lo que acababa de pasar en Bahía, donde unos musulmanes habían planificado una de las revueltas mejor concebidas de los últimos años, no estaba de más ser prudente. Descendió de nuevo a la planta baja, donde lo esperaba el *feitor* con su sombrero de paja en la mano. El *feitor* Joaquim era su mano derecha, su hombre de confianza, el que se encargaba, de hecho, de hacer funcionar la hacienda. Éste escuchó a su patrón con estupor.

—No es musulmán —protestó—. Brujo, no digo que no. Además, ¿cómo va a fomentar una revuelta si no habla con nadie?

Acto seguido, los dos hombres se miraron. El *feitor* también estaba quejoso de Ayodelé porque una noche en que le había tocado los pechos ella le había propinado un bofetón. Se comprendieron sin hablar. Joaquim se dirigió a los *senzalas*.

Al registrar la cabaña de Naba encontraron, efectivamente, un papel donde había algo escrito en árabe y unas hojas de árbol con los mismos caracteres.

Acompañado de tres robustos esclavos, el *feitor* procedió a la detención de Naba, al que encontraron en su huerto, con la pipa en la boca. Éste no opuso resistencia y se dejó poner los grilletes.

Cuando la noticia corrió por la hacienda, causó una gran consternación. Todos coincidieron en considerar a Naba inocente y recordaron que había curado a éste, aliviado a aquél... En cambio, arremetieron contra Ayodelé. ¡Era ella! ¿Acaso no había intentado montar, conchabada con los de Bahía, la hermandad del Señor Buen Jesús de las Aspiraciones y de la Redención de los Hombres Negros, cuyo verdadero objetivo era liberar a los esclavos? ¿Acaso no conspiraba con sociedades de liberación en Recife? Decenas de hombres y mujeres fueron a ver al *feitor* o a Manoel en persona para jurar sobre la cruz que la habían visto con la frente contra el suelo, desgranando un rosario musulmán de cincuenta centímetros y noventa y nueve cuentas de madera, rematado con una gruesa bola.

El *feitor* y Manoel acordaron no prestar oídos a esas delaciones. La detención de Naba planteaba un grave problema. No era un esclavo. Al menos, no un esclavo de Manoel, a pesar de que vivía en su hacienda. ¿Había que considerarlo un hombre libre? No, puesto que existía un comprador, un holandés que había pagado por él y que se encontraba en algún lugar del *sertão*. Entonces, ¿era un fugitivo? En tal caso, ¿por qué había tolerado Manoel su presencia en sus tierras durante tantos años? Como resultó bastante complicado aclarar todo aquello, encerraron a Naba en el calabozo lindante con la Mansión, en espera de que fuera trasladado a Recife a la mañana siguiente.

Mientras sucedía todo esto, Ayodelé no estaba en la hacienda. Era domingo, día de descanso. Siempre ávida de ganancias, inmediatamente después de la misa en la capilla había cargado de cestos de verduras y naranjas un carro tirado por bueyes y se había ido a venderlas a las haciendas vecinas. Después se había detenido para lavar

los harapos de sus hijos en las aguas claras del río Capibaride, que serpenteaba a través de los campos antes de unirse al río Beberibe e ir a regar Recife. Al regresar, encontró la cabaña vacía y a los niños llorando. Una vecina compasiva la puso al corriente.

La joven fue corriendo a la Mansión y se arrojó a los pies de Manoel, que estaba sentado en una hamaca en el porche.

El hacendado miró a aquella mujer, que tan insolente había sido con él y ahora lloraba a sus pies, y declaró:

—Yo no puedo hacer nada. Ha sido tu propio hijo quien lo ha denunciado, y hemos encontrado pruebas.

Ayodélé se revolcó por el suelo.

—¡Amo, tóname, puesto que es eso lo que quieres!

Aquella frase irritó a Manoel. No quería que dijese que se vengaba, sino que hacía justicia.

—¿Quieres acaso que mande que te azoten? —dijo en tono áspero.

Ella suplicó, y cuando levantó la cabeza hacia Manoel, éste pensó lo estúpido que era por no aprovechar su ofrecimiento.

—Al menos déjame ir a Recife para preparar su defensa.

Manoel estuvo a punto de echarse a reír. Una esclava, una negra que apenas hablaba portugués, ¿pretendía hacerse oír por los tribunales reales?

—¡Vete al infierno si quieres! —contestó encogiéndose de hombros.

El juicio de Naba se celebró en un ambiente tormentoso.

Durante los últimos diez años se habían producido, tanto en Bahía como en Recife y en las haciendas del interior, una serie de revueltas de esclavos y de africanos emancipados. Acerca de esta cuestión, había división de opiniones. Para la mayoría de los brasileños, no eran más que la manifestación de los sentimientos crueles y perversos de los negros. Para otros, no eran más que justas represalias contra unos amos inhumanos. Finalmente, para un puñado de intelectuales y liberales, eran las nobles manifestaciones de seres oprimidos contra la usurpación de su libertad. De hecho, la llegada masiva de prisioneros como resultado de las guerras y los disturbios en el golfo de Benín reforzaba los sentimientos de rebelión de los esclavos, principalmente de los musulmanes, que cada vez que llegaba un barco se las arreglaban para ser informados de los progresos y las conquistas de sus correligionarios.

Y por último, a modo de guinda, ¿no acababan de enterarse de que en una isla de las Antillas, Santo Domingo, los esclavos habían tomado las armas y llevado a cabo una auténtica guerra de liberación contra los franceses? De repente, todas las teorías que consideraban a los negros «inofensivos niños grandes» se venían abajo. Esos seres ingenuos a los que se colocaba al fondo de las capillas, a fin de que su olor no molestara ni a los curas ni a los fieles, y que cantaban a coro:

*Con Dios me acuesto, con Dios me levanto,
con la Virgen María y el Espíritu Santo.
Si la muerte me sorprende, ilumíname
con la luz de la Santísima Trinidad.*

Esos seres ingenuos, esos «niños grandes», de repente asustaban a sus amos.

Naba apareció en la sala de audiencias con la camisa de toско algodón y el pantalón de nanquín que llevaban los presos, y pareció no entender nada de lo que sucedía a su alrededor.

Cuando le presentaron el libro sagrado, pidiéndole que jurara sobre él, permaneció en silencio. A la pregunta: «¿Eres musulmán?», contestó echándose a reír. Cuando le dieron a elegir entre un rosario católico y uno musulmán, permaneció inmóvil. Y lo mismo entre una imagen de san Gonçalves de Amarante y una caligrafía árabe. Por lo demás, resultó imposible establecer cualquier tipo de relación con los musulmanes o malé^[133] de Bahía, ciudad donde Naba no había puesto los pies jamás. Llegaron hasta a examinarles el sexo a él y a sus hijos para ver si estaban circuncidados. Lo estaban, en efecto, pero se trataba simplemente de una costumbre africana. Como último recurso, los jueces presentaron el caso como un delito de magia negra, y los testimonios fueron demoledores. Ahora bien, si Naba no se defendía no era porque no entendiese que estaba en juego su cabeza, sino porque estaba cansado. Desde la fatal cacería que lo había separado de los suyos, no tenía ganas de nada. Las frutas y las plantas, Ayodelé y sus propios hijos no le habían devuelto las ganas de vivir. Echaba de menos la tierra de Segú, el olor del Djoliba cuando las aguas están bajas y las riberas quedan salpicadas de conchas de ostras, el *to* de su madre sazonado con una salsa de hojas de baobab, el calor sofocante de la sabana en el corazón del día. Tiempo atrás, en Saint-Louis, había intentado dejarse morir, pero lo habían salvado. Ahora ya no podía más. Cuando pensaba en Ayodelé, sentía cierto remordimiento. Después se decía que era joven y hermosa. Algún hombre la consolaría. Tan sólo se sentía tentado de vivir al pensar en sus hijos: Olufemi, Kayodé y Babatundé,^[134] sobre todo el último, nacido después de la muerte de Dusika y reencarnación de ese antepasado. Sin embargo, ¿qué utilidad tenía un padre esclavo? ¿Qué ejemplo podía ofrecer a sus hijos? Jamás cogería a Babatundé de la mano para llevarlo a cazar leones con arco.

*El león dorado de reflejos cobrizos,
el león que, renunciando a los bienes de los hombres,
se sacia de lo que vive en libertad...*

Jamás lo convertiría en un *karamoko*. Así que, ¿para qué?

¿Para qué vivir sin libertad, sin sentirse orgulloso de uno mismo? Eso era como estar muerto. Durante el juicio, el *ganhador* José no permaneció inactivo. Hizo que la sociedad de liberación a la que pertenecía dirigiera una petición a Juan VI, a Río,

implorando su clemencia. Desgraciadamente, cuando esta carta llegó a manos del rey, acababa de descubrirse otra revuelta: la de Antonio y Baltasar, ambos esclavos de Francisco de Chagas, ambos hausa. Al registrar sus cabañas, se habían encontrado cuatrocientas flechas, cuerda para construir arcos, fusiles y pistolas. Así pues, Juan pidió a los tribunales la mayor severidad y ordenó que todo esclavo al que se encontrase en la calle o fuera de la casa de su amo después de las nueve de la noche, fuese encarcelado y condenado a recibir cien latigazos.

Ayodelé, que desconocía todos estos sucesos, conservó la esperanza hasta el último momento. El recuerdo de los años que había vivido con Naba pasaba una y otra vez por su mente, desde el día que se había acercado a ella con su bolsa de naranjas en el establecimiento de esclavos de Gorée, hasta su desaparición en el *sertão* y su reaparición en la hacienda de Manoel. Entonces no había mirado el abultamiento de su vientre. Le había sonreído y, desplegando un pañuelo, le había mostrado dos guayabas de un rosa amarillento.

Después había construido para ella una casa en la linde de los campos de caña de azúcar.

Naba había borrado su vergüenza.

Naba la había reconciliado consigo misma.

En la sala de audiencias hacía calor. Los jueces hablaban una lengua que ella no entendía, ese portugués de las personas instruidas que no se parecía en nada a la jerga mezclada con palabras africanas que utilizaban Manoel y el *feitor*. No distinguía el rostro de Naba y era como si ya lo hubiese perdido, separados como estaban por sillones, bancos, hombres, sacerdotes, jueces.

En un momento dado, el *ganhador* José, que permanecía junto a ella, la asió del brazo y ella supo que se había emitido el veredicto. Salieron a la calle, inundada de luz, donde unos pocos árboles ofrecían su sombra.

No había nada que decir.

¿Adónde iban? Se desplomó en el puente Santo Antonio. Fue una caída muy lenta, casi furtiva, como la de un animal que ha aguantado hasta el límite de sus fuerzas. Un animal o un esclavo. En la hacienda, algunas veces un hombre o una mujer se desplomaba así, sin una queja. Como se encontraban cerca del hospital Santa Casa de Misericordia, el *ganhador* y sus amigos la llevaron allí.

No había nada que decir. No había nada que hacer. Brujo o musulmán, ¿qué más daba? Había sido condenado a muerte. Para mayor gloria de Dios.

Un negro había sido condenado a muerte. Para mayor tranquilidad de los blancos.

Durante mucho tiempo, para Ayodelé la vida no fue más que un rectángulo de cielo azul, un sabor de agua de melisa, de vez en cuando el dolor de una sangría en el brazo, las tocas blancas de las religiosas, semejantes a grandes aves marinas. Hasta que un día reconoció las caras de sus hijos: Olufemi, Kayodé, Babatundé. ¿Dónde estaba Abiola? Entonces recordó y lloró.

Aferrarse de nuevo a la vida cuando ya no hay razones para vivir. Hablar del día siguiente cuando ya no hay futuro. Ver salir el sol cuando ya no hay amanecer.

Una mañana fue a verla un sacerdote, el padre Joaquim, uno de esos místicos que gustan de la compañía de los desheredados y los herejes. La absolvió de sus pecados. Al poco, Ayodelé hizo que todos la llamaran Romana. Al poco, comulgó.

La primera vez que comulgó, tuvo una visión. El cielo se entreabría y la Virgen María, con el Niño Jesús en brazos, le lanzaba una rosa. El padre Joaquim y las religiosas se pusieron contentos.

Finalmente encontró el ánimo suficiente para irse del hospital. Fue entonces cuando el padre Joaquim y las religiosas la informaron. La habían declarado indeseable en Brasil y condenado a ser deportada con sus tres hijos a África, por ser la compañera de un *feticeiro*^[135] famoso.

La nave en la que embarcó, la *Almizade*, había echado el ancla en la punta de la isla das Cobras. Además de Romana, embarcaron unos malé que, una vez más, habían hecho correr la sangre en Bahía y unas familias negras que habían conseguido comprar libertad y pasaportes. En la cubierta se amontonaban cuerpos, baúles, fardos, botellas, instrumentos musicales, jaulas de pájaros, todos los pertrechos de la miseria. Los niños, que las religiosas le habían quitado al *ganhador* José debido a su pecado abominable y habían ingresado durante la enfermedad de su madre en el orfanato de Santa Casa, miraban la costa de Brasil, las doradas playas que contrastaban con la franja verde oscuro de las palmeras. Excepto Babatundé, que era demasiado pequeño, tenían el corazón en un puño. ¿Dónde estaba su padre? ¿Quién había cambiado a su madre? Ya no la reconocían en aquella mujer austera, con el semblante demacrado, toda vestida de negro y que sólo hablaba de Dios.

El urubú de la muerte, invisible para los ojos de los humanos corrientes, se posó sobre un árbol de la concesión y batió las alas. Estaba agotado. Había sobrevolado kilómetros de océano, luchando contra el oleaje y las ráfagas de viento, y después densos bosques que percibía hormigueantes de mil formas de vida iracundas y violentas. Finalmente había contemplado a sus pies la extensión dorada de la arena y comprendido que se acercaba el término de su viaje. A continuación había aparecido el perfil de las murallas de Segú.

Tenía una misión que cumplir. Naba había muerto lejos de su casa. Su cuerpo, que reposaba en tierras extranjeras, no había recibido los ritos funerarios. Por lo tanto, era conveniente advertir a los suyos de que se exponía a errar durante los tiempos venideros por esa landa desolada de los espíritus malditos, incapaz de reencarnarse en el cuerpo de un niño varón o de convertirse en un ancestro protector y, con el tiempo, en un dios. El urubú se alisó el plumaje mientras recobraba el aliento. Luego miró a su alrededor.

Era por la mañana. El sol tardaba en responder a la llamada de los primeros golpes de mortero de las mujeres y seguía dormitando en el otro extremo del cielo. Las cabañas tiritaban unas contra otras. Pero las aves ya cacareaban, los corderos balaban, y desde debajo de los tejadillos de las cocinas al aire libre, ascendía el humo formando remolinos blancuzcos. Las esclavas empezaban a preparar las gachas de la mañana, mientras que los esclavos se dirigían a las cabañas del agua, afilaban sus dadas frotándolos con piedras y se preparaban para partir hacia los campos. El urubú observó con curiosidad aquel ajeteo tan distinto del de las haciendas, donde, mucho antes del amanecer, los carros tirados por bueyes, precedidos del gemido desgarrador de los ejes, subían hacia el molino de azúcar cargados de hombres harapientos. Allí, el trabajo de la tierra era degradante. Aquí, los hombres sólo le pedían a la tierra los productos necesarios para vivir. El paisaje también era distinto. Allí, suntuoso y barroco como una de esas catedrales que los portugueses construían para adorar a sus dioses. Aquí, desnudo, rasa casi siempre la hierba como el pelaje de un animal, y sin embargo armonioso. El urubú saltó sobre una rama baja para situarse frente a la cabaña de Kumaré, el forjador-fetichero habitual de la familia de Dusika. Fue una idea acertada, pues Kumaré salió para ver cómo sería el día y no le pasó inadvertida la presencia del animal entre el follaje.

Desde hacía algún tiempo, Kumaré sabía que estaba llegando el momento de que se ejecutara la voluntad de los ancestros en relación con uno de los hijos de Dusika. Un día que estaba lanzando los cauris sobre la bandeja adivinatoria, éstos se lo habían comunicado. Sin embargo, por más que se lo había pedido, no había averiguado nada más. La llegada del pájaro le indicaba que todo se había consumado. Entró en la

cabaña, masticó raíces para hacerse receptivo a la palabra de los invisibles y después cogió de un calabacino tres tallos de mijo secos. A continuación, volvió al pie del árbol, los plantó en el suelo, pegó la oreja a éste y esperó las instrucciones, que no tardaron. El urubú, sobre su cabeza, había cerrado los ojos. Iba a descansar todo el día. Kumaré regresó a la cabaña. Apartó con un gesto a su primera esposa, que se acercaba para ofrecerle un calabacino de gachas, y, tras envolverse en una manta venida de Europa, pues hacía fresco, salió de la concesión.

Segu estaba cambiando. ¿A qué se debía? ¿Al aflujo de comerciantes que ofrecían objetos antes raros y costosos y ahora casi corrientes? Prendas de vestir musulmanas, caftanes, botas, telas europeas, mobiliario marroquí, cortinajes y alfombras venidos de La Meca... El islam era lo que corroía a Segu como una enfermedad cuyo avance es imposible detener. ¡Ah, los peul no necesitaban acercarse más! ¡Su aliento ya lo había impregnado todo! ¡El yihad era ya superfluo! Había por doquier mezquitas desde lo alto de las cuales los muecines lanzaban descaradamente su sacrilega llamada. Había por doquier cabezas rapadas. En todos los mercados, la gente se disputaba talismanes y polvos, un montón de baratijas envueltas en caracteres árabes y justo por eso consideradas superiores. ¡Y el *mansa* no adoptaba ninguna medida contra la nueva fe!

Kumaré entró en la concesión del difunto Dusika, actualmente a cargo de Diemogo. Tenía que pedirle a este último un gallo blanco y un cordero del mismo color, y descubrir bajo qué árbol había sido enterrado el cordón umbilical de Naba. Diemogo, que estaba hablando con el jefe de un grupo de esclavos que iban a roturar un terreno del clan hasta entonces dejado en barbecho, dirigió una mirada de inquietud al fetichero. ¿Qué nueva calamidad iba a anunciarle?

La familia ya había sufrido mucho. Desde la muerte de Nadié, Tiekoro, débil y achacoso como un anciano, no había salido de su cabaña. Como consecuencia de ello, la princesa Sunu Saro, su prometida, sintiéndose humillada, había devuelto a través de los griots reales la dote y los presentes que había recibido. Como consecuencia de ello, su embajada en el sultanato de Sokoto había sido dada a otro. Como consecuencia de ello, Nya, afectada por la reciente tragedia y por los sinsabores de su hijo, tampoco gozaba de buena salud. Demacrada, delgada, parecía indiferente a todo, y sin su dirección las cosas se iban a pique. Porque no se podía contar con las otras mujeres, que siempre habían estado sometidas a la *bara muso* de Dusika. Diemogo se acercó a Kumaré y éste, llevándolo a un lado, lo puso brevemente al corriente:

—Los ancestros me han enviado un mensajero. Uno de los hijos de Dusika necesita mis servicios...

Diemogo se estremeció.

—¿Tiekoro?

Kumaré lo miró con severidad.

—No intentes conocer secretos demasiado pesados de llevar para ti. Necesito un gallo de color blanco, un cordero sin mancha y diez nueces de cola. Haz que me lo

lleven todo a mi concesión antes de la noche.

A continuación fue en busca del árbol necesario para su ritual. Mientras se dirigía hacia el fondo de la concesión, pasó por delante de una cabaña donde entraban y salían esclavas muy atareadas. Era la de Nya, a quien acababa de darle un fuerte dolor en la zona del corazón y se había quedado inconsciente. Kumaré admiró para sus adentros la fuerza del amor maternal, así como la intuición que la acompaña, comparable al conocimiento que da el trato con los espíritus.

Nya, rodeada de coesposas y esclavas, descansaba sobre su estera con los ojos cerrados. De vez en cuando jadeaba como un animal. Dos sanadores colocaban emplastos de hojas sobre su frente, le frotaban los miembros con una loción y hasta intentaban introducir un poco de líquido entre sus labios. En un rincón, dos adivinos manipulaban sus cauris y sus nueces de cola. Al ver a Kumaré, maestro incontestable, se levantaron con respeto y uno de ellos murmuró:

—Ayúdanos, Komotigui... [136]

—Su vida no está en peligro —dijo Kumaré en un tono tranquilizador. Después se puso en cuclillas junto a la paciente.

Sabía todo lo que Nya había sufrido desde que se había quedado viuda. El consejo familiar, al repartir las esposas de Dusika, la había asignado a Diemogo, por quien nunca había sentido aprecio y al que, con razón o sin ella, consideraba enemigo de los intereses de sus hijos, en particular de Tiekoro. Sin embargo, desde entonces le debía sumisión y obediencia en todo. No podía negarle su cuerpo. ¡Y ahora, además de todas esas preocupaciones, se le comunicaba misteriosamente la muerte de Naba! Kumaré decidió interceder en su favor ante los ancestros, a fin de amortiguar tantos sufrimientos. Mientras tanto, sacó de un cuerno de carnero un pellizco de polvo y se lo metió en la fosas nasales. Al menos se sumiría en un sueño sereno.

Después salió. Al fondo de la concesión, junto al cercado donde pafaban los caballos, se alzaba un grupo de árboles dominado por un baobab cuyas ramas estaban cubiertas de pájaros. Kumaré lo rodeó tres veces, murmurando oraciones. No, el cordón umbilical no estaba allí. Entonces surgió una garza blanca volando casi a ras del suelo, se elevó luego como una flecha y acabó posándose en un tamarindo pegado al muro de la concesión, unos metros más lejos. Kumaré saludó al mensajero de los dioses y los ancestros.

Nya se pasó el día durmiendo. Sumida en un sueño profundo como el de la infancia. Cuando abrió los ojos, había caído la noche. Encontró su dolor intacto, pero silencioso como una presencia de la que uno nunca se librará.

Su hijo Naba había muerto, lo presentía, aunque ignoraba el lugar y las circunstancias en que se había producido esa muerte. Vio de nuevo al bebé, al niño que había sido, siempre siguiendo la estela de su hermano mayor. Luego, al cazador. Su corazón temblaba cuando Tiefolo lo llevaba con él a la sabana. A veces pasaban allí semanas enteras. Hasta que un día unos silbidos anunciaban su vuelta. Despedazaban los animales todavía humeantes: antílopes, gacelas, facóqueros... La

cabeza y las patas eran enviadas a casa de Kumaré, que había construido las flechas, mientras que ella recibía la parte simbólica, el lomo de los animales. Esa época ya no existía. Esa época no volvería jamás. ¡Qué dolor para una madre no saber qué tierra cubría el cuerpo de su hijo! Se volvió hacia un lado y las mujeres que la cuidaban le dedicaron toda su atención.

—¿Quieres un poco de caldo de pollo?

—*Ba*, deja que te dé un masaje.

—*Ba*, ¿te encuentras mejor?

Ella hizo un gesto de asentimiento. En ese momento entró Diemogo en la habitación y todo el mundo se retiró. Diemogo y Nya nunca se habían querido; él pensaba que ella ejercía demasiada influencia sobre Dusika. Si el consejo de familia los había convertido en marido y mujer, era precisamente para acabar con esas tensiones, para obligarlos a olvidar las individualidades y pensar sólo en la familia, en el clan. Hasta entonces, sin embargo, habían reducido sus contactos al mínimo, y si Diemogo pasaba la noche con ella era simplemente para evitar humillarla demasiado.

Y ahora resultaba que sentía hacia ella una piedad que parecía amor. Nya seguía siendo hermosa. Poseía esa arrogancia de los Kulibali, cuyo tótem es el *mpolio*.^[137] Le tocó la frente.

—¿Cómo te encuentras?

Ella esbozó una sonrisa furtiva.

—No me ha llegado la hora, *koké*. Mañana aún te prepararé las gachas...

No lo había acostumbrado a tanto afecto, pues siempre lo había recibido como a un enemigo. Por primera vez quizá, Diemogo miró su cuerpo con concupiscencia. Sus pechos todavía firmes. Sus anchas caderas. Sus largos muslos cuya forma se marcaba a través del pareo. Todo eso que había sido propiedad de su hermano mayor y que ahora le correspondía a él. Porque ahora era el dueño. De las tierras. De los bienes. De los animales. De los esclavos. Su corazón, nada orgulloso por lo general, se hinchó, y lo invadió una embriaguez que se confundió con el deseo.

Ya era noche cerrada. Todos los ruidos de la concesión habían cesado excepto el llanto de un niño que rechazaba el sueño por suponer el final de los juegos. Muy a lo lejos sonaba un tam-tam. Sorprendido por el vigor de su miembro, Diemogo se acercó a Nya. Era como si otro se hubiera introducido bajo su piel, tomando posesión de su corazón y de su sexo.

—Déjame dormir a tu lado —susurró mientras se tumbaba—. El calor de un hombre sigue siendo el mejor remedio.

Nya se volvió hacia él, ofreciéndose con una naturalidad que Diemogo nunca había observado en ella. Con cierta timidez, le acarició los pechos y los encontró ardientes, ansiosos. Entonces entró en ella.

Así, gracias a Kumaré, esa noche el alma errante de Naba encontró el camino del vientre de su madre.

TERCERA PARTE

LA MALA MUERTE

1

¡Un asco de tiempo! Llovía desde hacía semanas, meses. Los árboles no cesaban de acercarse cada vez más la copa a un cielo bajo, negruzco como la tapa de una marmita de una ama de casa descuidada, al tiempo que hundían las raíces cada vez más en el vientre de la tierra viscosa, blanda, fangosa. La mañana era igual que el mediodía y que la tarde, pues el sol no salía. Exhausto, no respondía a la llamada de los morteros de las mujeres y permanecía tumbado tras densas pantallas de nubes. Malobali entró en una de las cabañas construidas apresuradamente con ramas y preguntó a sus compañeros:

—¿No habría que reanudar la marcha?

Uno de ellos levantó la cabeza hacia él.

—¡Calma, bambara! No eres tú quien dirige la escolta, que yo sepa...

Después de todo, era verdad. Exhalando un suspiro, Malobali se sentó, registró sus ropas en busca de una nuez de cola y, al no encontrarla, dijo:

—¿Tiene alguien un poco de tabaco o una nuez de cola?

Uno de los hombres le tendió una petaca.

Malobali y sus compañeros llevaban chaquetas de tela adornadas con toda clase de grisgrises y de amuletos musulmanes en sus triángulos de piel, pantalones de algodón con tiras de cola de animal en la cintura y altas botas de piel, en otros tiempos rojas y ahora descoloridas y llenas de manchas. Como estaban en el interior, se habían quitado el gorro de piel de mono con una correa para sujetarlo y cauris incrustados. Formaban un cuerpo de tropa del *asantehené*, jefe supremo del reino ashanti. Malobali aspiró el tabaco y después se tendió en el suelo, acurrucándose para tratar de conciliar el sueño. Los efluvios de sudor y mugre de todos aquellos cuerpos mal lavados que había a su alrededor, hacían más denso aún el aire cargado de humedad. Pero el hecho de estar sucios no hacía que Malobali despreciara a sus compañeros; él lo estaba también. Casi había olvidado los tiempos en que era un niño mimado que vivía en la cabaña de Nya, el hijo de un noble, de un poderoso. Ahora era un simple mercenario que, a cambio de víveres, alojamiento y ocasionalmente una parte de botín, alquilaba sus servicios al *asantehené*. No era el único que estaba en ese caso, desde luego. Los ejércitos del soberano contaban con 60.000 hombres —cautivos, vasallos y extranjeros de diferentes orígenes— que no pertenecían al pueblo ashanti. Estos ejércitos habían sojuzgado a todos los estados vecinos del país ashanti —Gonja y Dagomba al norte, Gyaman al noreste, Nzema al sureste— e incluso cruzado el río Volta para someter Akwamu y Anlo. El único pueblo que seguía oponiéndose a la hegemonía ashanti, los fanti, poderosamente apoyados en la costa por los británicos, acababa de ser derrotado.

Malobali no consiguió conciliar el sueño. Se levantó y se acercó a su amigo Kodjoe, el mismo que le había tendido la petaca.

—Levántate, pedazo de animal. Ven a dar una vuelta conmigo. Quizás encontremos alguna pieza que matar...

Kodjoe abrió un ojo.

—¿Es que ha parado de llover?

—¡Qué va! ¿Es que para alguna vez de llover en este maldito país?

La voz de un hombre se alzó:

—Si no te gusta este país, bambara, lárgate. Nadie te retiene. ¡Vuelve a tu casa!

No era más que una broma. Sin responder, Malobali y Kodjoe salieron. A su alrededor, el bosque era tan espeso que había una oscuridad casi total. Toda clase de plantas se entrelazaban, desde helechos gigantes y bambúes, que crecían sobre una alfombra de musgo y hongos, hasta irokos, cuyas copas formaban una bóveda sin apenas fisuras. A cada paso, se tropezaba con lianas que subían por los troncos formando complicados arabescos y con plantas trepadoras provistas de tijeretas y zarcillos, peligrosas como trampas. Al principio, Malobali había odiado aquel universo tenebroso que olía a muerte y a podredumbre.

Y todavía ahora continuaba oprimiéndolo, pues creía descubrir en cada recodo la forma maléfica de un genio furioso. Él, que hubiera querido no creer en nada, se sorprendía mascullando las plegarias que alejan enfermedades o muertes súbitas. Kodjoe se agachó para recoger unos enormes caracoles de carne violeta muy apreciados en la región pero que repugnaban profundamente a Malobali. Kodjoe era un abron del reino Gyaman, caído un siglo antes bajo el dominio ashanti. Pero su madre era goro y le había enseñado a hablar también una lengua muy parecida a la de Malobali. Eso es lo que al principio los había acercado. Después habían descubierto que coincidían en su visión de las cosas y en sentir una especie de desprecio, casi de odio por el género humano. Kodjoe se sentó sobre una raíz, enorme excrecencia que se hundía unos pasos más allá en el humus, y levantó la cabeza hacia Malobali.

—Tengo que decirte una cosa. Si llegamos a Cape Coast, no volveré a Kumasi.

Malobali se dejó caer a su lado.

—¿Estás loco? —dijo.

—No. He preparado un minucioso plan aquí dentro... —contestó, golpeándose la frente de manera elocuente—. El futuro está en la costa. Con los ingleses, con los blancos. Los fanti pudieron hacer frente tanto tiempo a los ashanti gracias a ellos, ¿no? Tienen armas, tienen barcos que navegan por el mar, tienen dinero, conocen plantas nuevas... El *asantehené* Osai Bonsu tiembla ante ellos e intenta congraciarse...

Malobali miró atónito a su compañero.

—No me dirás que quieres ponerte a servir a los blancos...

Kodjoe cogió una baya y comenzó a roerla.

—Quiero aprender sus secretos... Quiero aprender a escribir...

Malobali se encogió de hombros.

—Entonces hazte musulmán. ¡Escribirás igual de bien!

Ante la imposibilidad de dialogar, Kodjoe se levantó y reanudó la marcha. Durante un rato, Malobali lo siguió sin decir palabra, sumido en sus reflexiones.

—De todas formas —dijo por fin—, los ingleses no se ocuparán de ti si no te conviertes a su religión...

Kodjoe volvió la cabeza y contestó:

—¡Pues me convertiré!

Pero Malobali no podía oír la palabra «conversión» sin pensar inmediatamente en Tiekoro, el hermano odiado. Tiekoro había dado ese curso a su vida. Tiekoro lo había expulsado de Segu tan claramente como si le hubiera ordenado hacerlo.

Tras el suicidio de Nadié, el propio Tiekoro había estado un tiempo entre la vida y la muerte. Después se había recuperado. Sin embargo, en lugar de vivir con humildad, se había dedicado a alardear de su infortunio, poniendo al universo por testigo. ¡Ah, cuánto había sufrido! ¿Y por qué había sufrido? Porque era un miserable pecador. Pero estaba decidido a hacer en lo sucesivo penitencia. Completamente vestido de blanco, con un rosario en la mano o enrollado en torno a la muñeca, se instalaba sobre su estera, de la que sólo se levantaba para ir a la mezquita. La gente no había tardado en rondar a su alrededor, éste pidiendo una plegaria, aquél un consejo, aquel otro una simple imposición de manos. Su reputación de santo había crecido sin que se supiera cómo y llegado a Djenné, Tombouctou, Gao... e incluso a oídos de Amadu Hamadi Bubu, que había adoptado el título de jeque y acababa de hacerse construir una ciudad bautizada con el nombre de Hamdallahi. Así pues, lo había invitado a ir allí para hablar sobre la mejor manera de convertir a los bambara al islam.

Una mañana, Tiekoro predicaba ante un puñado de fieles, como había tomado por costumbre hacer: «Dios es Amor y Poder. La creación de los seres procede de su amor, no de una u otra obligación. Detestar lo que produce la Voluntad divina actuando por amor es ir en contra del Deseo divino y poner en duda su sabiduría.»

El sonido de aquella voz había despertado en Malobali tal cólera, multiplicada por tal repugnancia, que había montado en un caballo y se había ido de Segu. Al principio había pensado simplemente ir a Tenenkou en busca de su madre. ¡Ésa también tenía que pasar cuentas con él! Pero se había encontrado con unos comerciantes en nueces de cola que se dirigían a Salaga y se había unido a ellos. Luego, de una cosa a otra, había acabado por encontrarse enrolado en el ejército del *asantehené*.

¡Convertirse! Renegar de los dioses de sus padres y, a través de ellos, de toda la civilización, toda la cultura que habían elaborado, a Malobali le parecía un crimen que no tenía perdón. Él jamás lo cometería, ni siquiera bajo tortura. ¿Acaso no había regresado Siga de Fez con su fe intacta? Pensando en Siga, el corazón de Malobali se sosegaba. Quizá debería haberle consultado antes de lanzarse a la aventura. En fin, ya era demasiado tarde para lamentarse.

Llegaron a un pequeño claro donde había plantados ñames y batatas. Era la primera señal de vida humana que encontraban desde que, hacía cuatro días, habían dejado Kumasi. Ya se precipitaban para remover sin escrúpulos aquellos tubérculos que no les pertenecían cuando apareció una joven con un cesto en la mano. Muy joven, con los pechos pequeños pero redondos y unas piernas interminables.

—Dejad eso —ordenó con su delicada voz—. O si no, dadnos cauris...

Malobali se echó a reír.

—¿Por qué dices «dadnos», si estás sola?

—Nuestro pueblo está cerca —contestó la jovencita señalando un sendero con la mano.

—Entonces, ¿por qué tienes tanto miedo?

Mientras Kodjoe se sentaba sobre una raíz, riendo, Malobali se acercó a la muchacha. Bonita. La piel de un negro azabache. A lo largo de las mejillas, el fino dibujo de las escarificaciones tribales. En alguna parte, el deseo despertó en Malobali.

—¿Cómo te llamas?

—Ayaovi —se decidió ella a responder tras unos instantes de vacilación.

Luego, girando sobre sus talones, salió corriendo. Malobali fue tras ella. Al principio, Ayaovi sólo le había inspirado el deseo vago y fácilmente controlable que experimentaba ante toda muchacha joven y bien formada. Pero aquella persecución lo exacerbó. Ayaovi corría y sus nalgas desnudas saltaban, mientras que el sudor que le impregnaba los omóplatos daba a su piel un relieve especial. Desapareció detrás de un árbol, reapareció entre dos helechos, tropezó con una liana. Malobali se abalanzó sobre ella en un lecho de humus. Cuando la tuvo debajo de él, al percatarse de su extrema juventud por la gracilidad de sus formas, su primer impulso fue soltarla y dejar la cosa en un buen susto.

Pero ella se puso a insultarlo, emitiendo un flujo de palabras tan rápido que su oído, no acostumbrado aún al twi,^[138] sólo distinguía sonidos informes. Eso le irritó. Iba a abofetearla para hacerla callar cuando ella, levantando la cabeza con la agilidad de una serpiente, le escupió en plena cara. Aquello era demasiado. No podía dejar de castigarla, y sólo tenía un medio a su disposición. Mientras le separaba las piernas con rudeza, pensó que debía de ser impúber y tomó conciencia de la enormidad de su falta. Pero ella le dirigía una mirada de desafío sorprendente en una criatura tan joven. Así que la penetró. La muchacha gritó y Malobali supo que seguiría oyendo aquel grito taladrándole los oídos hasta el último día de su vida. Un grito de criatura aterrorizada que agoniza. Un grito de niño que pone a los dioses por testigos de la crueldad de los adultos.

Notó que bajo su miembro, repentinamente inerte, se extendía un pequeño charco de sangre. Estuvo a punto de levantarse, de suplicarle que lo perdonara, pero lo invadió una fuerza maligna cuyo origen él mismo ignoraba. No sin dificultad, acabó de penetrarla. A continuación se quedó inmóvil, sin atreverse a mirarla. Una mano le tocó la espalda. Era de Kodjoe, que susurró:

—¿No te acuerdas de los amigos?

Le cedió el sitio.

Contrariamente a todas las que se habían realizado los años anteriores, en particular contra los fanti, la expedición de la que formaba parte Malobali era totalmente pacífica. Se trataba de escoltar hasta Cape Coast a un blanco llamado Wargee. El tal Wargee había llegado a la corte del *asantehené* tras un increíble periplo que lo había llevado de Istanbul a Trípoli y de allí a Murzuk, de Kano a Tombouctou y después de Djenné a la ciudad comercial de Salaga, antes de conducirlo a Kumasi, capital del país ashanti. El *asantehené* Osai Bonsu, conocido por su gran cortesía con los extranjeros, había dispuesto que lo escoltaran hasta la costa a fin de evitarle cualquier contratiempo. Allí, los ingleses se ocuparían de ayudarlo a regresar a su casa. ¿De dónde venía ese tal Wargee? ¿Por qué se encontraba en África? Ni a Malobali ni a sus compañeros les interesaba. Se limitaban a cumplir su misión y, de común acuerdo, permanecían apartados de aquel hombre.

Para Malobali, que hasta entonces no había visto ningún blanco, si se exceptúa a los moros con los que se cruzaba en todas las rutas comerciales, Wargee y sus semejantes formaban una especie particular, indescifrable e intrigante como la de las mujeres o los animales. No comprendía a los que los admiraban debido a sus acciones extraordinarias, pues él percibía en todo eso un peligro muy superior al de los peul y todos los musulmanes juntos.

Cuando Malobali y Kodjoe regresaron a la cabaña, era noche cerrada. Los otros soldados habían encendido una fogata que humeaba más de lo que iluminaba y que no desprendía ningún calor, ya que el bosque estaba húmedo.

—Bueno, ¿qué habéis traído? —preguntó uno de ellos.

Kodjoe vació su bolsa: unos caracoles metidos en su gruesa concha negruzca y unas batatas.

—¡Una succulenta cena en perspectiva! —exclamó riendo. Luego se sentó y añadió en un tono misterioso—: Claro que quizá también hayamos encontrado una pieza mejor...

Los que dormitaban se despertaron y los que estaban tumbados al fondo de la cabaña se acercaron, mientras Kodjoe comenzaba a describir con todo detalle los encantos de Ayaovi. Aquello encolerizó a Malobali, que seguía sintiéndose avergonzado de lo que había hecho.

—¡Cállate, Kodjoe! ¡Hay cosas de las que no hay que alardear! —le espetó bruscamente.

A continuación salió de nuevo. Oyó comentarios a su espalda: «¡El bambara está loco!»

Desde que se había marchado de Segú, la vida de Malobali había sido un entramado de actos reprobables. No porque matara o apresara a los enemigos del *asantehené*. No, la guerra era la guerra y le pagaban para eso. Era porque muchas veces sus armas se volvían contra inocentes. Junto con Kodjoe y algunos más,

entraba en los propios pueblos ashanti, donde los apacibles campesinos se arrancaban de los pies costras fangosas mientras las mujeres machacaban plantén para hacer *fu-fu*.^[139] Violaban, robaban e incendiaban por el placer de igualarse a los dioses, reemplazando la felicidad y la calma del instante anterior por desesperación. Un día habían asesinado a un anciano simplemente porque les parecía muy feo. De repente, su actitud pasada le asqueaba.

¿Qué hacer, entonces? ¿Regresar a Segu?

La lluvia, que había cesado durante un rato, comenzaba de nuevo a caer en gruesas gotas ardientes y refrescantes a un tiempo. Malobali volvió a ver el rostro de Ayaovi. ¿Qué edad debía de tener? No más de diez u once años. Normalmente, una vez consumada la violación, Malobali ya no pensaba en sus víctimas. ¿Por qué sentía esa vergüenza, esos remordimientos? Echó a andar sin rumbo bajo la lluvia y, en la oscuridad, se dio de bruces con un hombre. Reconoció al *safohené*, el capitán de la escolta.

—¡Ah, eres el bambara! —exclamó éste—. Avisa a los hombres de que al amanecer reanudaremos la marcha.

—¡Ya iba siendo hora! —comentó Malobali—. Un poco más y echamos raíces aquí como plantas...

El comentario no le hizo ninguna gracia al capitán, a quien el comportamiento de Malobali ya había irritado muchas veces. Dio media vuelta y dijo en tono cortante:

—Entérate bien de que quien da aquí las órdenes soy yo. El blanco al que tenemos que acompañar es un anciano y tiene muchas dificultades para avanzar por el bosque...

La verdad es que no era nada fácil. Los soldados tenían que cortar a hachazos las hierbas, las lianas y las raíces gigantes que obstaculizaban el paso. A veces también se hundían hasta las rodillas en el suelo pantanoso, y tan sólo las cuerdas que los unían unos a otros les impedían ser engullidos por completo. Por no hablar de los reptiles y de los insectos que, ávidos como sanguijuelas, se adherían a la cara, el cuello y los hombros. En otros tiempos, Malobali no hubiera hecho ni caso de esa andanada. Sin embargo, aquella noche la recibió como una auténtica humillación. Regresó a la cabaña.

Los hombres estaban cocinando las batatas en las cenizas y, tras haber ensartado en palos la carne de los caracoles, la asaban sobre las brasas. Las cantimploras de vino de palma iban de mano en mano.

Malobali se sentó en un rincón, con la espalda apoyada en la pared húmeda. ¿Cuánto tiempo seguiría soportando esa existencia adocenada, comiendo esa comida basta, escuchando esas bromas vulgares?

Cuando Kodjoe se acercó a él, susurró:

—Eh, amigo, cuéntame tu maravilloso plan...

—Sabía que mi historia te interesaría —repuso Kodjoe—. Verás, hay varias posibilidades. En el fuerte de Cape Coast hay una guarnición, hombres bien

entrenados que sólo piden atacar a los ashanti. Podemos ofrecerles nuestros servicios...

—O sea, traicionar.

Kodjoe apartó esa palabra con la mano.

—En la ciudad y sus alrededores hay sacerdotes, misioneros los llaman, que tienen campamentos donde emplean a gente a la que enseñan a leer y escribir. Me han dicho que incluso envían a algunos a estudiar a su país, a Inglaterra. Si quieres, podemos intentarlo por ahí... —En vista de que Malobali no parecía muy entusiasmado, Kodjoe prosiguió—: O, si no, podemos comerciar...

Ahora le tocó a Malobali bromear:

—¿Y con qué? Los ingleses ya no quieren esclavos...

Kodjoe se encogió de hombros.

—Pero están los franceses, los portugueses, los holandeses... Se trata de ser astuto, eso es todo... Claro que también podemos comerciar con aceite de palma. Los blancos lo utilizan para hacer jabón... O con pieles. O con colmillos de elefante...

Malobali lo escuchaba estupefacto, preguntándose cómo había podido Kodjoe, al que había considerado tan frívolo y ocioso como él, elaborar todo aquello. Empezaba a inspirarle una especie de respeto que no acostumbraba a sentir por nadie. Por contraste, él se sentía obtuso y su desprecio de sí mismo aumentaba. Se volvió contra la pared de barro y ramas, cuyos intersticios bullían de insectos, y trató de conciliar el sueño. Pero no hacía más que ver a Ayaovi. ¡Qué acto tan estúpido y gratuito! En el momento de penetrarla, su miembro casi se había negado a hacerlo y él había tenido que fustigarlo como a un caballo perezoso pensando en los insultos de la chiquilla. Imaginó su regreso al pueblo paterno, su llanto, su confesión jadeante. Por su descripción, los suyos deducirían que se trataba de hombres del *asantehené* y, aterrorizados, se guardarían mucho de intervenir. De modo que ese crimen también quedaría impune. ¡Ah, sí, cambiar de vida! ¡Instalarse en la costa! Instalarse en la costa, ¿por qué no?

Malobali se acurrucó contra la pared. Las gotas de lluvia golpeaban suavemente las hojas del techo.

En junio de 1822, la ciudad de Cape Coast era considerada por algunos la más bella de esa parte del litoral africano llamada Costa de Oro. Sus calles amplias y cuidadas estaban bordeadas de suntuosas casas de piedra, propiedad de los comerciantes ingleses instalados allí desde hacía decenios, mientras que la población local ocupaba una especie de extrarradio no desprovisto totalmente de encanto, con sus cabañas de barro seco bajo las palmeras y los cocoteros. Pero la construcción más impresionante era sin duda alguna el fuerte. Había cambiado diez veces de propietario, pasando de los suecos a los daneses y más tarde a los holandeses, antes de llegar a manos de los ingleses. Rodeado de un grueso muro, tenía la forma de un triángulo con dos lados frente al mar y vigilaba los alrededores a través de los ojos negros y fijos de sus setenta y siete cañones, oxidados por el aire marino pero todavía en condiciones de ser disparados. Hasta no hacía mucho, los ingleses llevaban allí a los esclavos con destino a América y prácticamente se limitaban a salir para comerciar con la población costera, en particular los fanti, cuando llegaban las naves. Poco a poco, habían ido adquiriendo importancia y se habían erigido en defensores de los fanti contra sus enemigos del interior, los ashanti, lo que no había impedido a estos últimos someter la región e instalar a un residente. Desde que habían abolido la trata, los ingleses permanecían en el interior del fuerte, en espera de que la Corona decidiese qué relaciones iba a mantener con los nuevos señores ashanti. ¿Por qué no atacaban a aquellos bárbaros? ¿Por qué no ocupaban toda la región para comerciar libremente?

Tal era la opinión del nuevo gobernador del fuerte, MacCarthy, quien, cuando fue informado de la llegada de una pequeña tropa de guerreros ashanti, estuvo a punto de ordenar que hicieran fuego con el cañón. Lo que lo retuvo fue que se indicaba la presencia en sus filas de un blanco de avanzada edad, vestido con un uniforme de la Compañía Real de África. Por precaución, dispuso que sólo dejaran entrar al anciano, a un intérprete y al *safohené*. En cuanto a Malobali y Kodjoe, buscaron una taberna para tomar un trago. El aire del mar parecía seco en contraste con la humedad del bosque; formaba en los labios una película que avivaba la sed y, curiosamente, inundaba los ojos del agua salada de las lágrimas. La taberna era una construcción de ladrillo rodeada de bosquecillos de cocoteros, que a Malobali le pareció muy elegante y, sobre todo, que ofrecía una gran variedad de bebidas alcohólicas: ginebra, ron, *schnaps*, vinos franceses...

El tabernero era mulato, especie que comenzaba a proliferar en toda la costa desde que había tantos europeos. En los primeros tiempos, los daneses, los suecos y los ingleses contraían una especie de matrimonio con las mujeres africanas y enviaban a sus hijos, a los varones sobre todo, a estudiar a su país. Luego, al

convertirse eso en una costumbre demasiado corriente, se limitaban, en el mejor de los casos, a pagarle una pensión a la madre. El tabernero llenó los calabacinos hasta el borde y preguntó:

—¿Quién es ese blanco al que acompañáis?

Malobali se encogió de hombros y dejó que hablara Kodjoe.

—Parece ser que nació en un país llamado Kisliar y que fue vendido como esclavo...

—Vaya, vaya, ¿así que venden a los blancos como esclavos?

Kodjoe se reunió con Malobali en la mesa donde éste se había instalado. La taberna daba a una playa de arena blanca, salpicada de troncos de cocotero podridos y restos de barcas de pesca. A lo lejos, una nave europea había echado el ancla y una flotilla de embarcaciones pertenecientes a los comerciantes del lugar la rodeaba. Se distinguían, amontonados, fardos de tela a rayas rojas, verdes, blancas y azules, sargas de pulseras de latón y coral, barriles de alcohol... en fin, todas esas cosas en apariencia fútiles por las que los hombres se peleaban. Kodjoe le indicó al tabernero que se acercase para llenar de nuevo los calabacinos y, mientras el hombre lo hacía, le preguntó:

—Tú que eres medio blanco, ¿conoces los negocios de los blancos?

El otro se echó a reír.

—Depende...

—Hablemos de trabajo, por ejemplo. Estamos hartos del ejército...

El tabernero miró el mar frunciendo el entrecejo.

—Todo el mundo viene a la costa y quiere trabajar para los blancos. Empieza a resultar difícil. También está la misión. Me parece que sois un poco mayores para ser catequistas, pero podéis intentarlo.

Malobali se esforzaba en reprimir su repugnancia cuando el hombre observó:

—Tú no eres ashanti. Tienes todo el aspecto de un peul...

Malobali detestaba que le recordasen esa mitad peul que tenía y que lo unía a una madre que, según él, lo había abandonado. De modo que se enfurruñó, y para calmarlo, Kodjoe dijo:

—¡Bueno, así quizás encuentres trabajo más fácilmente!

En efecto, las intrigas de los ingleses y los fanti eran tales que la simple palabra «ashanti» despertaba odios desde el río Ankobra hasta el Volta. Tanto más cuanto que el *asantehené* no se andaba con chiquitas con los países sometidos: elevados impuestos, hostigamientos y humillaciones de todo tipo.

Kodjoe y Malobali decidieron ir a echar un vistazo.

Debido al impulso de los metodistas, en Cape Coast soplaban un viento de celo misionero. El proselitismo, antaño circunscrito al interior del fuerte y a la docena de hijos mulatos que el personal de allí producía aproximadamente al año, ahora la emprendía con la población local. Una enorme iglesia de piedra gris se alzaba en el centro de la ciudad, mientras que la misión, más discreta, estaba medio escondida en

la carretera de Elmina. A decir verdad, tenía un aspecto lamentable. Era una barraca rectangular con el techo de paja, precedida de un huertecito donde crecían, patéticas, algunas verduras y flores. Bajo un tejadillo, un puñado de chiquillos medía y cortaba bolas de madera, mientras un coro de voces agudas salmodiaba un canto incomprensible y un ejército de cerdos negros hurgaba la tierra con el hocico.

Intrigado sin duda por la presencia de dos guerreros ashanti ante su puerta, el misionero salió al porche. Estupor: ¡era mulato! Con una gruesa túnica negra y una especie de rosario con una enorme cruz de madera colgado al cuello, ¡pero mulato!

Malobali y Kodjoe intercambiaron una mirada. No, ellos no querían nada con ese medio negro. La cosa estaba clara: dieron media vuelta.

¡Qué embriagador es pasear por una ciudad con el uniforme de un ejército conquistador! Los comerciantes protegían sus bienes; los hombres, a sus mujeres, que, por su parte, sólo pensaban en entregarse.

Los niños salían de las concesiones profiriendo gritos estridentes y aplaudiendo. Pero todo eso que en otros tiempos había atraído a Malobali, ahora lo dejaba indiferente. Miraba a su alrededor y no se sentía nada impresionado por Cape Coast, casi despreciaba esa ciudad sin pasado ni tradiciones. La voluntad de los blancos la había hecho nacer; los portugueses, atraídos por ese fondeadero que llamaban Cabo Corso, y los otros europeos, peleándose para establecer allí su fuerte. Cape Coast se extendía, pues, sin murallas, abierta, disponible como esas muchachas que los blancos poseían, dejaban embarazadas y abandonaban, sin misterio, con sus ángulos rectos y sus edificios comerciales. En realidad, ¿era una ciudad? No, no era más que un almacén, marcado para siempre con el sello infamante del tráfico de hombres. Como el capitán había disuelto la compañía, Malobali y Kodjoe se dirigieron a casa del residente del *asantehené*, Owusu Adom, encargado de ejecutar las decisiones del poder ashanti. Owusu Adom era de sangre real, pues era el sobrino del *asantehené*, y como tal vivía rodeado de una numerosa corte. Poseía un taburete, símbolo sagrado de su autoridad, y en el alojamiento improvisado que ocupaba, trajinaban porteadores de abanicos, porteadores de cetros, porteadores de colas de elefante, porteadores de hamacas, porteadores de espadas, lingüistas, eunucos, cocineros y músicos que se esforzaban en recrear la atmósfera del palacio real donde había crecido. Su capitán, Amacom, envió a los dos hombres a unos barracones donde se hacinaba ya el resto de la tropa. Todo el mundo estaba contento, ya que Amacom había hecho servir calabacinos de vino de palma y lebrillos *de fu-fu*, además de una sopa con aceite rojo.

—¡Se acabaron nuestros maravillosos planes! —exclamó Malobali, irónico, mientras se lavaba las manos.

Kodjoe alzó los ojos al cielo.

—¿Crees que me desanimo tan deprisa? Seguro que hay misioneros blancos. Y si no los hay, intentaremos otra cosa.

En la corte del *asantehené*, en Kumasi, era día de audiencia.

El *asantehené* Osai Bonsu, que había sucedido a su hermano mayor Osai Kwamé, depuesto por el Consejo a causa de la simpatía que demostraba hacia el islam, era un hombre bajito pero muy robusto, con unos ojos magníficos de mirada inteligente. Estaba sentado en su trono y tenía al lado, también en un trono, el taburete de oro, símbolo del reino ashanti, decorado con tres campanas y tres cascabeles de oro y latón. Osai Bonsu iba vestido con un *kenté*, suntuoso pareo tejido que le dejaba un hombro al descubierto, y calzado con unas anchas sandalias, pues sus pies no debían tocar en ningún momento el suelo. Llevaba en los brazos y los tobillos enormes pulseras de oro finamente trabajadas, con motivos que representaban los animales más diversos. Collares y pectorales también de oro, así como una profusión de amuletos musulmanes en sus fundas de piel, adornaban su cuello liso y recto como el tronco de un árbol. Estaba flanqueado por los sumos sacerdotes, mientras que dos sirvientes agitaban a su alrededor anchos abanicos de plumas de avestruz. Osai Bonsu escuchaba con gran atención las palabras del jefe de los lingüistas, quien, respetuosamente prosternado al pie del estrado, le transmitía las del jefe de un pueblo de la región de Bekwai.

Y es que se había cometido una grave ofensa.

Una chiquilla impúber había sido violada cuando se dirigía al campo de sus padres en el bosque. En otras circunstancias, tal vez los padres de la pequeña víctima hubieran callado, pues el culpable era un soldado del poderosísimo ejército del *asantehené*. Pero esa chiquilla, Ayaovi, era su única hija, nacida tras la muerte de seis hermanos y tres hermanas, la única que los dioses les habían permitido conservar. Exigían que se hiciera justicia. Cuando el jefe de los lingüistas se quedó en silencio, los sumos sacerdotes dieron su veredicto sin hacerse esperar. Aquel crimen era una ofensa a la propia tierra. Si no era castigado, ésta no descansaría. Los cazadores ya no podrían capturar presas, las cosechas no prosperarían. Sería el caos.

¿Quién era el culpable?

El *kontihené*, comandante en jefe de las tropas, se acercó. Por la descripción que hacía de él la niña, se trataba de un soldado que no tenía aspecto de ashanti, sino de uno de esos mercenarios del norte, los peul o los hausa. Se encontraba en la región de Bekwai hacía aproximadamente una semana. A la luz de estos hechos, el *kontihené* sacó inmediatamente sus conclusiones. Sólo podía tratarse de Malobali, el bambara que formaba parte de la escolta de Wargee. Así pues, había que llevarlo a Kumasi para ser castigado.

En los tiempos de Osai Tutu, fundador del reino, semejante crimen habría sido castigado con la muerte. Pero Osai Bonsu había introducido cierta relajación en las costumbres y tenía una divisa: «No utilizar jamás la espada mientras la vía de la negociación permanece abierta.»

Ordenó que se alojara a la familia demandante en una ala del castillo y, para expresarle su simpatía, pidió al tesorero que le entregara un *domafa*^[140] de polvo de oro. Los sacerdotes y los ancianos elogiaron enormemente la bondad real.

El reino ashanti, cuya capital era Kumasi, era llamado también el reino del oro. En la estación de las lluvias, el agua, al mojar la tierra, hacía aparecer pepitas que los agentes del *asantehené* no tenían más que recoger con la pala. En el reino había asimismo unas minas inagotables —Obuasé, Konongo y Tarkwa—, lo que le valía a su soberano el sobrenombre de «el que se sienta sobre el oro». Y sin embargo, pese a esa extraordinaria prosperidad, simbolizada por la profusión de ornamentos que cubrían su persona, Osai Bonsu estaba triste y preocupado. ¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

Después de haber comprado esclavos a miles, ahora suprimían la trata. ¿Por qué? ¿Qué querían? ¿Qué iba a hacer él con sus cautivos de guerra? ¿Dejaría que creciesen entre su pueblo para que lo asfixiaran como la mala hierba en un campo? ¿Los mataría como si fuesen animales dañinos? La cuestión era que, por más que multiplicaba los gestos de buena voluntad hacia ellos, los ingleses persistían en favorecer todas las rebeliones dirigidas contra él. ¿Por qué deseaban ver destruido su reino?

Como siempre que se encontraba en ese estado de ánimo, Osai Bonsu decidió interrogar a los dioses y los ancestros. ¿Eran culpables de alguna negligencia? No, todos los días se rociaban de sangre los taburetes reales. Durante el reciente festival de Odwira, se había ofrecido carne de pollo y de cordero, cocida sin sal ni pimienta, con carne de ñame, espléndida y tierna como la de una muchacha. Y se habían untado las puertas, las ventanas y las arcadas del palacio con una mezcla de yema de huevo y aceite de palma... Osai Bonsu envió a buscar al musulmán Mohamed al-Gharba. Porque, si bien no se sentía tentado en absoluto de convertirse al islam como su hermano mayor, no por ello dejaba de tener el mayor respeto por la ciencia de los musulmanes, a quienes permitía ocupar una posición considerable tanto a su alrededor como en el reino.

Algunos formaban parte de su consejo privado. Otros ejercían de embajadores en los países musulmanes del norte. Otros redactaban su correspondencia con lejanos soberanos y comerciantes. Y uno de los barrios de Kumasi estaba ocupado por musulmanes y llevaba el nombre de Asanté Nkramo.

No se sabía muy bien de qué región era Mohamed al-Gharba. De Fez, según algunos. Según la opinión general, se había movido en el entorno del sultán Usman dan Fodio. No era un vulgar adivino ni un charlatán. Si descifraba el presente y el futuro y hacía que Osai Bonsu se beneficiara de esa clarividencia, era en nombre de Alá y para convencerlo de Su poder.

Osai Bonsu se volvió prestamente al oírlo entrar.

—Acabo de enterarme de que los ingleses han enviado a otro gobernador al fuerte de Cape Coast. No me han informado de ello, y el nuevo no me ha enviado los presentes acostumbrados...

Mohamed exhaló un suspiro.

—Hijo del Sol, eres demasiado bueno. Esa raza inglesa es falsa y perversa. Todo cuanto quiere es el poder, tener acceso a tu oro, conseguir el monopolio de tu comercio. No es posible hablar con ella. Ataca, ataca y destruye antes de que sea demasiado tarde...

Osai Bonsu se estremeció.

—¿Demasiado tarde?

—Está escrito, señor —dijo Mohamed en voz baja, tratando de suavizar la gravedad de sus palabras—. Los ingleses acabarán con el poder ashanti y pondrán la mano sobre el taburete de oro...

Quien osaba hacer unas afirmaciones tan audaces merecía la muerte. Osai Bonsu sabía, sin embargo, que no se trataba de impertinencia y que debía confiar en su consejero.

—Reza, Mohamed —murmuró—, y pídele a tu dios que permanezca a nuestro lado. Si consigues ablandarlo, ganarlo para nuestra causa...

Se interrumpió. Porque, de hecho, ¿qué se le podía ofrecer a un hombre que sólo vivía en espíritu? Una sensación de impotencia y de desaliento invadió al soberano. Puesto que estaba escrito, ¿para qué luchar? Que pasara lo que tuviera que pasar...

Pero no todo el mundo compartía ese triste estado de ánimo. La pequeña Ayaovi se sentía feliz. Desde que, hacía tres días, había llegado de Bekwai con sus padres, estaba en la gloria. ¡Qué bonita era Kumasi! Su padre le había mostrado el emplazamiento del árbol *kumnini*, el árbol que mata a la pitón, plantado siglos atrás por el fundador del reino. Era la época de Osai Tutu. Kumasi, que todavía no se llamaba así, era una simple aldea. Pero el árbol *kumnini* había desplegado su ramaje e indicado a todos los ashanti que debía ser su capital. En cuanto al palacio, era por sí solo una auténtica ciudad, con sus edificios, sus arcadas, sus patios con árboles que se elevaban hasta el cielo.

Ante tanta belleza, la pequeña Ayaovi casi olvidaba su despecho. Su vergüenza. Aquella cruel herida en su vientre. Después de todo, no tenía más que once años. Saltando sobre uno y otro pie, se puso a entonar una canción que le gustaba cantar con sus compañeras en el pueblo. Al poco se calló. Esas niñerías ya no eran propias de su posición. Muy pronto tendría marido. ¡Y qué marido! Ayaovi vio de nuevo el rostro de Malobali. Brutal, sin duda, y deformado por el deseo. Pero hermoso, muy hermoso. No, no era simplemente uno de esos soldadotes que atraviesan la región fusil al hombro, cuchillo de matar en la cadera y porra en la mano. No se parecía en nada a su compañero. ¡La prueba era que ya había olvidado los rasgos de éste! Sólo contaba Malobali. ¡Ah, que los hombres enviados en su busca se dieran prisa y lo llevaran cuanto antes!

De vez en cuando, Ayaovi se sentía un tanto inquieta. ¿No había mentido bajo juramento al acusar a un solo hombre? Recordó las palabras del sacerdote mientras degollaba al animal:

*Tierra,
ser supremo,
me apoyo en ti.
Tierra,
no permitas que el mal triunfe.*

Sí, había mentido. ¡Bah!, apartó esos pensamientos de su mente. ¡Después de todo, no tenía más que once años! Cruzó el patio lleno de soldados hasta llegar a una de las puertas y miró, en la gran plaza, los tuliperos con sus flores escarlata, las palmeras reales y, apenas menos arrogantes, los miraguanos, que cubrían el suelo de fibras grisáceas. La madre de Ayaovi había salido tras ella. Desde la tragedia, no sabía qué era el descanso, pues se reprochaba no haber cuidado bien de su hija. ¿No era a ella a quien esos soldados deberían haber violado? Sí, a ella, que no ignoraba nada del cuerpo de un hombre, y no a su frágil hijita, que apenas había salido de la infancia.

Su marido la reprendía. ¿Por qué lloraba? No era la primera vez que unos hombres abusaban de chiquillas impúberes. En tales casos, el culpable era obligado a donar un cordero, que se ofrecía en sacrificio a la Tierra, y el sacerdote rociaba ésta de sangre a fin de obtener su perdón. Luego, cuando la niña llegaba a la pubertad, se llevaban a cabo los ritos y se celebraba la boda. ¡Eso era todo! Muy pronto, Ayaovi tendría marido, ¡y qué marido! ¡Un guerrero de los ejércitos reales! Seguramente, el *asantehené* le regalaría un terreno donde plantarían palmeras de aceite. Y el coro de muchachas que siempre acompaña a los novios cantarían:

*¡Que Dios te dé niños y niñas!
¡Que te dé la edad madura!*

¡Ah, los ancestros siempre saben lo que hacen! No hay mal que por bien no venga.

3

«¡Huye, bambara, huye! ¡Vienen a por ti!»

Aquel grito desgarró el duermevela de Malobali, que se incorporó a medias.

«¡Huye, bambara, huye!», repitió la voz.

Sintiendo el cuerpo todavía entumecido y el espíritu medio fuera del cuerpo, Malobali se arrastró hasta el rincón del cuarto donde había dejado tirada la ropa. La mujer que estaba a su lado se despertó y protestó:

—Pero ¿adónde vas?

La hizo callar de un mamporro y, tras ponerse los pantalones, se precipitó hacia la puerta. Estaba amaneciendo. Entre las palmas de los cocoteros se veía un cielo gris. Se oía, monótona, la resaca del mar. De uno de los patios salía un guirigay que le indicó a Malobali que no había soñado. Pegado al muro de la concesión, había un miraguano. Agarrándose a las ramas bajas, Malobali se encaramó a la pared y, desde allí, saltó ágilmente a la calle. Después echó a correr.

Un hombre que corre para salvar la piel no tiene ninguna noción de lo que le rodea. No es más que un conjunto de músculos que se estiran, una respiración agitada, un corazón al galope. Malobali corría y nada contaba a su alrededor. Corría, y a la hilera recta de cabañas le sucedió un paisaje de cocoteros erguidos o partidos por la mitad por el viento y tendidos en la arena. Corría, y las calles cedieron paso a un camino descuidado por donde dos o tres hombres podían avanzar de frente. Corría, y el sol apareció para clavarle sus astillas en el cráneo y los omóplatos.

Finalmente, ya sin fuerzas, rodó por la arena. ¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? ¿Y por qué corría? No habría sabido decirlo. A unos metros de él, veía el mar, todavía verde claro y muy pronto deslumbrante, que parecía provocarle. Se enjugó el sudor que bañaba su frente y se le metía en los ojos, que le picaban como si estuviese llorando. Al cabo de un momento, intentó poner orden en sus pensamientos. ¿Por qué iban a detenerle? ¿Qué había hecho?

Se había emborrachado, pero no más que de costumbre. No había armado jaleo. En cuanto a la mujer que lo había acogido en su cama, era una mujer de todo el mundo a la que le había gustado el color de su oro. ¿Entonces?

¿Habían roto los fanti la tregua, declarando la guerra a los ashanti con la bendición de sus protectores, los ingleses? En tal caso, ¿por qué iba a huir? Era conveniente, por el contrario, reunirse con el resto de las tropas y empuñar las armas. Malobali tenía un carácter demasiado aventurero y decidido para aceptar la huida. Tomó el camino hacia Cape Coast. No obstante, tuvo la prudencia de deshacerse de las ropas de soldado, quedándose sólo con los pantalones bombachos y un puñal. De Cape Coast partían dos carreteras: una llevaba al fuerte de Elmina, en el oeste, el más antiguo, anteriormente posesión portuguesa y después holandesa, y al fuerte de

Mouri, en el este, medio abandonado; la otra, al río Pra y al país de los ashanti. Malobali decidió dirigirse a la ciudad por la carretera de Elmina, poco frecuentada, dadas las relaciones entre los ocupantes de los dos fuertes. Estaba llegando a la entrada de la ciudad cuando vio a un pequeño grupo de hombres salir de ella. Los reconoció como guerreros ashanti, y se disponía a precipitarse hacia ellos, a llamarlos, a darse a conocer, cuando una vez más la prudencia lo retuvo. Atajando a través de una zona cubierta de maleza, se apostó más lejos, en un cruce.

Una docena de soldados rodeaban a Kodjoe, que llevaba las manos atadas a la espalda y grilletes en las piernas, como un malhechor o un condenado al que conducen al verdugo. La sangre que le manaba de una herida de la cabeza se había secado sobre sus mejillas, formando una repugnante costra rojiza sobre la piel negra. Parecía atónito, desconcertado.

El estupor de Malobali no fue menor. ¿Por qué habían detenido a Kodjoe? ¿Qué había hecho? No tardó en comprenderlo. La chiquilla del bosque. Tenía que ser eso.

Seguramente sus padres, haciendo acopio de valor, habían recurrido a la justicia del *asantehené*, siempre presta a actuar. La primera reacción de Malobali fue acudir en ayuda de su amigo. Pero ¿qué podía hacer él, medio desnudo, contra aquellos hombres armados? Permaneció agazapado entre los arbustos. Luego, la sensación de impotencia, unida a la de la vergüenza que sentía, se apoderó de él y le hizo vomitar. Una colonia de voraces hormigas emergía del suelo.

¿Qué debía hacer?

En la ciudad ya no estaba seguro. Si se presentaba en casa del residente, correría la misma suerte que Kodjoe. Un sentimiento de fatalismo lo invadió. Bien, ¿no era precisamente eso lo que deseaba? Un cambio de vida. Los dioses, burlones, lo habían dejado desnudo como un niño. Cuando Sira lo alumbró en Segú, no era más vulnerable.

Hacia mediodía, el hambre empezó a devorarle las entrañas. En el transcurso de su vida aventurera, había aprendido a poner trampas para pájaros, a encender fuego con dos piedras, a fabricar sal con ceniza. Estaba afilando una rama cuando una voz le sobresaltó:

—¡Que los dioses me dejen sin vista si ése no es el bambara!

Malobali dio un brinco. Tenía ante sí a un anciano desdentado y con las piernas cubiertas de úlceras, pero que a pesar de eso parecía muy robusto. Llevaba por todo vestido un taparrabos que apenas ocultaba una enorme hernia.

—Papá^[141] —dijo Malobali respetuosamente—, ¿cómo me has reconocido?

El hombre se echó a reír a carcajadas, mostrando una campanilla violácea.

—Toda la ciudad habla de ti, ¿y me preguntas cómo te he reconocido? ¿Sabes lo que le ha pasado a tu amigo?

Malobali suspiró.

—Lo he visto pasar...

El anciano rió de nuevo.

—Lo peor es que no era a él a quien el *kontihené* había mandado buscar, porque la niña sólo ha hablado de ti.

—¿Sólo de mí?

—¡Pues sí! ¡Qué impresión debiste de causarle y qué cara pondrá cuando vea llegar a Kodjoe! Pero se ha denunciado él mismo...

Malobali rió también. Sin embargo, al recordar a Ayaovi, su cuerpo grácil, su olor de hojas verdes, sintió cierta nostalgia. Con todo, enseguida se rehízo.

—Papá, ¿qué debo hacer? Tú podrías haber engendrado a mi padre. Aconséjame.

El viejo se agachó, sacó una nuez de cola del taparrabos y la abrió. Luego, mirando la carne veteadada de rojo, dijo:

—¡Huir! Es lo único que puedes hacer. Huir. El mar está lleno de barcos...

¿El mar está lleno de barcos? Pero ¿en qué dirección iban? Hacia tierras de servidumbre y dolor: Jamaica, Guadalupe... Además, a Malobali, nacido en la linde del desierto, el mar siempre le había inspirado una mezcla de repulsión y terror. Ese suelo engañoso que cedía bajo los pies y te precipitaba hacia secretos abismos. Al levantar la cabeza para seguir haciéndole preguntas al anciano, se dio cuenta de que éste había desaparecido. Entonces comprendió que se trataba de un ancestro que había acudido para indicarle el camino que debía seguir, y una gran paz lo invadió. Evitando la ciudad, se dirigió hacia la playa. Seguía habiendo el mismo ir y venir febril desde allí hasta los barcos de los europeos anclados en alta mar y viceversa. Pese a no tener un alma sensible, Malobali se enterneció al pensar en todos los que habían pasado por allí encadenados, desesperados. Sabía que el *asantehené* se oponía a la medida adoptada por los ingleses de declarar ilegal la trata, y esa decisión, que debería haber despertado sus simpatías, le parecía sospechosa. ¿Qué escondía?

Por un instante, Malobali se preguntó si lo mejor no sería volver a Segú. ¿Cómo añoraba su ciudad natal! ¿Cuándo nadaría en las aguas del Djoliba? Pero el recuerdo de Tiekoro, el recuerdo de su voz, orgullosa incluso en su humildad, le provocó náuseas: «Es necesario que vuelva a hablaros de la caridad, pues me apena ver que ninguno de vosotros posee suficientemente esa auténtica bondad del corazón. Y sin embargo, ¡qué gracia!»

¡Ah, no, no podría soportarlo! Mientras caminaba resueltamente hacia el final de la playa, vio a un joven de aspecto afable que vigilaba los trabajos de descarga de una piragua y lo abordó:

—Dime, ¿para quién trabajas?

—Controlo la entrega de las mercancías del señor Howard-Mills —contestó el muchacho sonriendo.

—¿Es inglés?

—¡No, no! Es mulato.

—¡Mulato! —exclamó Malobali—. Ésos empiezan a estar en todas partes...

El joven hizo un gesto de resignación.

—¿Qué quieres? Los blancos los favorecen porque son hijos suyos. El señor Howard-Mills es muy rico. Tú no eres de esta costa, ¿verdad?

—No te preocupes de eso —dijo Malobali asiéndolo de un brazo— y ayúdame a salir de aquí.

A su alrededor, filas de porteadores llevaban hacia Cape Coast bultos con toda clase de mercancías. El joven montó en una piragua, le indicó a Malobali que subiese y acto seguido se puso a remar enérgicamente mar adentro, hacia los barcos, semejantes a taburetes simbólicos de nuevos dioses. El mar se extendía como una alfombra real bajo sus pies. Al volver la cabeza, se veía el dibujo oscuro de los árboles de la costa y la masa del fuerte. Los blancos habían ido, habían mendigado un poco de tierra para construir esos fuertes y desde entonces, por su culpa, ya nada era igual. Habían llevado productos desconocidos por los que la gente se había peleado, pueblo contra pueblo, hermano contra hermano. Ahora, su ambición ya no tenía límites. ¿Hasta dónde llegaría?

Se acercaron a una nave de tres mástiles con un aspecto espléndido. En el momento de subir la escala que llevaba a bordo, Malobali retrocedió. ¡Ni siquiera sabía hacia qué se dirigía! Luego se rehízo. ¿No había sido el ancestro quien le había aconsejado?

Cuando el residente del *asantehené*, Owusu Adom, se enteró de la desaparición de Malobali, vio en ello la mano de los ingleses. Sólo ellos podían haberle ofrecido refugio, proteger su huida permitiéndole embarcar en una de sus naves.

La indignación de Owusu Adom se veía incrementada por el hecho de no haber sido recibido nunca en el fuerte desde que vivía en Cape Coast. Ni por el antiguo gobernador inglés ni por el nuevo. Ese insulto no iba dirigido sólo a él, sino, a través de él, a la real persona del propio *asantehené*. Así pues, decidió marcharse de Cape Coast y regresar de inmediato a Kumasi.

Se puso en camino a primera hora de la mañana. Encabezaban el cortejo unos esclavos armados con sables, cuya misión era cortar las lianas, raíces y ramas que impedían el paso. Les seguían dos hombres que llevaban, cada uno de un extremo, la espada de oro que simbolizaba su cargo, los sacerdotes, los consejeros y el personal sin ninguna función concreta. Al propio Owusu Adom lo transportaba un grupo de hombres escogidos por su resistencia para la marcha, en una sólida hamaca alrededor de la cual iban los músicos tocando trompas, cuernos, tam-tam y campanillas, de tal suerte que los pájaros abandonaban sus nidos y las serpientes huían atemorizadas entre la hierba en dirección a sus madrigueras.

Poco a poco, el cortejo se vio engrosado por comerciantes que venían de hacer negocios en la costa. Había animadas conversaciones. Los ingleses y los holandeses ya no compraban esclavos. Al menos abiertamente, porque en el mar seguía habiendo algún que otro negrero astuto. Pero, gracias a Dios, estaban los franceses. ¡Regatones y trapaceros, sí, pero más ávidos que todos los demás! Sus barcos se agolpaban en Elmina y Winneba. ¿Qué pasaría si se suprimía el comercio de esclavos? Ni el

comercio de aceite de palma ni el de madera de los bosques podían sustituirlo. Con la esclavitud ganaba todo el mundo, no sólo los soberanos. Los pequeños dirigentes podían vender a todos los condenados por los tribunales. ¡En cuanto a la gente en general, podía vender a sus deudores!

También se hablaba de Kodjoe y Malobali. Lo que resultaba inaudito no era el hecho de que se hubiese violado a una niña, sino cómo había ocurrido. ¿Se había visto alguna vez a dos granujas compartir a una muchacha de esa forma? ¡Harían falta muchos corderos para apaciguar a la Tierra! En cierto modo, era una suerte que uno de los dos compinches hubiera huido. Si no, ¡qué dilema para los jueces! ¿Con quién hubieran casado a la chiquilla? Unos decían que debían hacerlo con el primero que la había penetrado. Otros opinaban que con el segundo, pues el primero se había limitado a abrirle el camino.

Después todos callaron porque empezaban a adentrarse en el bosque. Caobas, irokos y mahoganis formaban una bóveda que se confundía con la del cielo, creando una atmósfera opresiva. El bosque es la morada de los dioses y los ancestros. Ahí es donde se manifiestan con más frecuencia. ¿Acaso no fue en la linde de un bosque donde los dioses, acudiendo a la llamada del sumo sacerdote Okomfo Anokyé, hicieron descender el taburete de oro hasta las rodillas de Osai Tutu, señalándolo así para que todos lo venerasen? ¿Acaso no era en un bosque donde se conservaban los taburetes de los reyes? ¿Acaso no era en un bosque donde los sumos sacerdotes se reunían para realizar todas las consultas importantes? El bosque es como el vientre de una mujer, fuente de la vida, fuente de la esperanza.

Cuando se hizo demasiado de noche para avanzar, unos esclavos cortaron ramas bajas y construyeron rápidamente unas cabañas. Otros encendieron fogatas, y los músicos dieron un auténtico concierto hasta el momento en que un lingüista se colocó en el centro del círculo improvisado para contar la historia preferida de todo ashanti, la de la fundación del reino y las aventuras de Osai Tutu.

«Del cielo es de donde descendió el pueblo ashanti, del vientre de la luna, la luna-mujer, que quiere que el poder se transmita a través de las mujeres. El rey Obiri Yeboa, pues, estaba preocupado porque su hermana, la princesa Manú, que llevaba cinco años casada, no había tenido ningún hijo. ¿Quién le sucedería entonces en el trono? Un día, la reina madre convocó a Manú: “No creo que seas estéril, o al menos eso es lo que afirma el sumo sacerdote. De modo que vas a ir con él y a hacer todo lo que te ordene...”

»Manu obedeció, y nueve meses más tarde, ¡tocad los tambores sangrados!, ¡haced sonar las trompetas de marfil!, dio a luz un niño. Nada más ver al bebé, los sumos sacerdotes supieron a qué ancestro reencarnaba y le pusieron el nombre de Osai seguido del de Tutu, pues Tutu era el dios de la abundancia que acababa de colmar a Manú...

»Y Osai Tutu creció, y siguió creciendo...»

Sobre la bóveda de árboles, la luna salió y traspasó el espesor del follaje con sus rayos, como si también quisiera oír la historia familiar. ¿Acaso no estaba ella directamente implicada? En efecto, Osai Tutu era su hijo, aunque con el paso del tiempo el sol había usurpado su puesto en el mundo y comenzado a reinar en él como soberano, reivindicando la paternidad de todas las criaturas.

«Cuando Osai Tutu cumplió diez años, el rey, su padre, lo envió a casa de su tío, al reino de Denkyra. El intercambio de jóvenes príncipes es un testimonio de paz. ¿Cómo va a vacilar un rey en declarar una guerra, cuando sabe que el enemigo tiene a su heredero en calidad de rehén?»

Los hombres congregados, la luna, Owusu Adom, todos escuchaban el relato del lingüista. Y la confianza renacía. El pueblo ashanti era inmortal. Los ingleses, ese pueblo del agua, de piel fría y clara, color de maleficios, jamás podrían destruirlo. Mientras tanto, los sacerdotes permanecían atentos a los ruidos del bosque e interpretaban las señales de lo invisible. Presentían que se avecinaban grandes acontecimientos, que justo en el lugar donde se encontraban se escribiría una historia terrible y singular que borraría la de Osai Tutu.

Malobali notaba cómo la mirada del mayor de los dos blancos recorría su rostro, se detenía en él, insistente, tenaz como una mosca sobre unos despojos, sobre un vientre abierto en una encrucijada. No podía oír lo que decía. Ni siquiera seguir el movimiento de sus labios. Sin embargo, sabía qué palabras estaba pronunciando:

—No me inspira confianza. Además, es demasiado mayor. A esa edad, las conversiones son siempre superficiales e interesadas.

El otro hombre contestaba con su calma e inflexibilidad habituales:

—Se equivoca, padre Étienne. Es trabajador y posee una inteligencia poco común. Sus progresos en francés y en carpintería son extraordinarios. En cuanto a su piedad, yo respondo de ella...

Y Malobali se preguntaba a cuál de los dos odiaba más. ¿Al primero, que tan bien penetraba en su mente? ¿Al segundo, que tan bien creía conocerlo? Bajó los ojos hacia la tabla que estaba cepillando. El padre Étienne dijo en voz alta, pronunciando las palabras despacio para que se le entendiera mejor:

—¡Samuel, ven aquí!

Malobali obedeció y se quedó de pie tal como le habían enseñado a hacer, con la mirada gacha y los brazos pegados a la costura del pantalón. Los dos sacerdotes estaban sentados en el porche de la humilde cabaña con techo de paja. Uno de ellos era calvo y bastante gordo. El otro, por el contrario, era delgado, estaba casi en los huesos. Ambos tenían la cara roja y no paraban de abanicarse. Lo que aterrorizaba a Malobali eran sus ojos, claros, transparentes, al fondo de los cuales ardía un fuego insoportable como el de una forja. Cada vez que los posaban en algún lugar de su cuerpo, Malobali notaba como una quemadura y le extrañaba ver que su carne permanecía intacta.

—El padre Ulrich me ha dicho que vas a recibir el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Estás preparado para ese honor incomparable?

Malobali logró cubrir su rostro con una máscara de profundo recogimiento.

—Sí, padre.

—Te daremos ese sacramento en Ouidah, hacia donde partiremos mañana, porque allí hay muchos cristianos. La familia del Señor crece.

Malobali fingió una sonrisa de júbilo. Después, incapaz de seguir controlándose, levantó la cabeza y se encontró con la mirada del sacerdote, cargada de un odio igual al que él mismo sentía y que le decía: «Eres un animal, eres orgulloso y cruel. Tienes sangre en las manos. Pero no importa, juguemos al juego que tú has elegido... Ya veremos quién se cansa primero.»

El padre Ulrich dijo con su unción habitual:

—Está bien, Samuel. Ahora déjanos. Creo que todavía te queda ropa por lavar...

Malobali, furioso por dentro, giró sobre sus talones. En eso se había convertido: en una mujer para ese blanco sin mujer. Ese blanco sin cojones. Bajo el tejadillo donde estaba la cocina, cogió el barreño lleno de ropa sucia y se dirigió a la laguna. A veces, cuando pensaba en su estado, Malobali se preguntaba si no habría sido mejor para él que lo hubieran llevado como esclavo a América. Al menos allí se hacía un trabajo de hombre, el de la tierra.

Pasó por delante de la iglesia construida con troncos y cubierta de ramas —donde durante los servicios se reunían tres o cuatro personas que, a cambio de unas cuantas prendas de algodón, habían aceptado recibir el bautismo—, antes de adentrarse en el camino lleno de hierba que, dándole la espalda al pueblo, serpenteaba hacia la laguna. La misión se alzaba fuera del pueblo, en un trozo de tierra que el rey De Huevo había concedido a los misioneros. Estaba a cargo de dos sacerdotes, el padre Ulrich y el padre Porte, que había ido a Sakété con la vana esperanza de efectuar conversiones. El padre Étienne, el mayor de los dos presentes en aquellos momentos, acababa de llegar de Martinica, donde había pasado muchos años.

En ocasiones, cuando el odio no lo cegaba, Malobali sentía una especie de admiración por aquellos hombres que dejaban su tierra y a sus semejantes, impulsados por no se sabía qué ideal, y vivían allí, indiferentes a la soledad y a los peligros, objetos del capricho de un rey que en cualquier momento podía arrojarlos al mar. Sus únicos contactos eran los que mantenían con los negreros franceses que echaban el ancla al otro lado del banco de arena. De vez en cuando, algún que otro viajero francés, también deseoso de sensaciones fuertes, iba a observar y describir la vida en aquella costa.

Sin embargo, en el corazón de Malobali no había por lo general mucho sitio para la admiración, sino para la desesperación y la rabia debida a la impotencia. ¡Cómo se había vengado la tierra de él por la violación de Ayaovi y su huida! ¡Cómo se había burlado de él el joven de rostro afable en el que había confiado en Cape Coast! ¿Cuánto habría recibido por su traición? Lo había conducido a un barco con cuyo capitán había mantenido una larga conversación, y nada más hacerse a la mar, había sido apaleado, atado, arrojado entre las mercancías y dejado allí muriéndose de inanición. Después de varios días, el barco se había detenido de nuevo.

A través de la bruma provocada por la fiebre y el hambre, Malobali había visto, rompiendo el perfil de los bosques costeros, un pueblo y la silueta maciza de un fuerte. El capitán y otros dos hombres habían subido a una pequeña embarcación y se habían dirigido remando enérgicamente al fuerte. Malobali había comprendido la suerte que le esperaba: engrosar la cohorte de esclavos que pronto saldrían de aquellos flancos de piedra.

¿Cómo había conseguido romper las ligaduras, arrojarse al agua, escapar de la cruel tiranía de sus carceleros? Sin duda un ancestro se había apiadado de él... Se había encontrado tendido en la arena, desnudo, tiritando, débil y aterrorizado ante la mirada de un blanco. El blanco se había inclinado sobre él, lo había cogido en brazos

como si fuese un niño y lo había llevado a su cabaña. Allí, lo había cuidado día y noche, negándose a entregarlo a los que lo reclamaban. Sí, el blanco le había salvado la vida.

Y sin embargo, lo odiaba. Como jamás había odiado a nadie. Ni siquiera a Tiekoro. Lo odiaba porque inmediatamente, sin que él se percatara de cómo ni por qué, había establecido entre ellos una relación de dependencia. Él era el señor. Malobali no era más que el alumno. Vertiendo un hilo de agua sobre su frente, le había cambiado el nombre por el de Samuel. Le prohibía hablar «su vil jerga» y le enseñaba francés, única lengua noble a sus ojos. Perseguía en su mente las creencias que hasta entonces habían sido su vida. No lo dejaba en libertad ni un instante. ¡Sí, la prisión que había construido para él era la más sólida y la más sutil, puesto que no se veían sus muros!

Malobali había soñado a menudo con matarlo. En una ocasión incluso se había acercado a la cama en la que Ulrich estaba tumbado, pálido y sudoroso bajo el mosquitero. Clavarle un cuchillo en el cuello y ver manar la sangre a borbotones. Eso era lo único que lo salvaría. Eso era lo único que volvería a convertirlo en un hombre. Pero Ulrich había abierto los ojos. Sus ojos azules.

Entonces, ¿qué? ¿Huir?

Pero ¿en qué dirección? Antes de que hubiera dado diez pasos, los gun y los nago que poblaban Porto-Novu lo habrían atrapado y encadenado para comerciar con su carne. ¡También odiaba a éstos, raza ávida y cruel que desde los tiempos del rey De Adjohan vendía a sus propios hijos! ¡Cuántos cautivos se amontonaban en el fuerte, llevados desde el interior del país y tratados como animales! Y no era sólo la esclavitud lo que había que temer. Muchas veces, los *lari*, sirvientes eunucos de palacio, por puro placer destripaban mujeres embarazadas y decapitaban niños, cuyas cabezas humeantes hacían rodar por la plaza del mercado, mientras los príncipes de la sangre sembraban la desolación por el reino.

Malobali había llegado al borde de la laguna. Lo peor era cuando había mujeres. Empezaban a reírse en cuanto él aparecía, embutido en aquella chaqueta roja de uniforme y aquel pantalón recto que le había dado el sacerdote. Se retorcían cuando sacaba la ropa y empezaba a frotarla con gestos torpes. Como no hablaba su lengua, no podía insultarlas como se merecían. ¡Y, por supuesto, no se atrevía a pegarles! Afortunadamente, esa mañana las orillas estaban desiertas. La densa vegetación llegaba hasta el agua y se adentraba en ella, subterránea, emergiendo en algunos sitios en forma de flores violáceas, malignas como gangrenas. Más allá se dibujaban playas grisáceas, hundidas por las pisadas de los animales. Malobali se agachó y, tras quitarse la chaqueta militar, se tumbó en el suelo. Sobre su cabeza había un cielo sin nubes. En algún lugar de la tierra, ¿al norte?, ¿al este?, ¿al oeste?, Nya pensaba en él y lloraba. Rogaba sin descanso a sus feticheros que intercedieran ante los ancestros para garantizarle una buena vida. ¡Pues esos feticheros habían fracasado! Estaba en el infierno, en ese infierno del que el padre Ulrich hablaba sin parar.

La religión que el sacerdote intentaba inculcarle le parecía totalmente incomprensible, abstracta, puesto que no se basaba en ninguno de los gestos a los que estaba acostumbrado. Sacrificios, libaciones, ofrendas. Peor aún: condenaba todas las manifestaciones de la vida, entre ellas la música y la danza, reduciendo su existencia a un desierto por el que caminaba solo. A veces, cuando el padre Ulrich le hablaba, Malobali volvía la cabeza a uno y otro lado para intentar sorprender a ese dios según él omnipresente. Tan sólo el silencio y la ausencia le respondían.

¿Qué podía hacer?

Una vez más, Malobali se hizo esa pregunta sin encontrar ninguna respuesta. A lo lejos, un cálao surgió de la copa de un árbol.

De Porto-Novo a Ouidah, llamada Gléhoué en la región, era más seguro ir en barca siguiendo la costa. Conducidos por cuatro remeros, los dos sacerdotes y Malobali realizaron ese trayecto en dos días y medio. La ciudad de Ouidah había pasado a estar bajo el control del poderoso rey de Dahomey, quien había instalado allí a sus *vodun*.^[142] Desde el mar, se accedía por una carretera corta que recorrían desde hacía años los esclavos con destino Brasil y Cuba principalmente, así como los portugueses, los holandeses, los daneses, los ingleses y los franceses, que tenían todos un fuerte e intrigaban a cual más y mejor en sus relaciones con el soberano. Al entrar en la ciudad, como todos los extranjeros, los dos sacerdotes tuvieron que ir a ver al *yovogan*, representante del rey de Dahomey, y exponerle el objeto de su presencia en la ciudad. Se habían enterado de que en Ouidah había una importante colonia católica formada por africanos, antiguos esclavos liberados que habían vuelto de Brasil, y comerciantes portugueses y brasileños. El último sacerdote portugués que vivía en el fuerte había muerto, y Portugal, debilitado por las guerras y la reciente pérdida de su colonia brasileña, ya no podía garantizar la presencia de misioneros. Dios es Dios. ¿Qué importancia tiene que lo sirvan portugueses o franceses? Así pues, el padre Ulrich y el padre Étienne iban a ofrecer sus servicios a aquellas ovejas sin pastor.

El *yovogan* Dagba era un hombre enorme, tanto que apenas podía desplazarse. Estaba sentado en una alta silla de madera, rodeado de sus portaabanicos, y llevaba un pareo de algodón inmaculado con unas hileras de cauris en torno al cuello. Malobali, acostumbrado a la pompa del entorno del *asantehené* en Kumasi, miró a su alrededor con cierto desprecio. Una cabaña con el techo de paja, que daba a un patio cuidadosamente barrido y estaba atestada de toda clase de objetos aparentemente heteróclitos que, en realidad, eran los símbolos de la elevada función de Dagba.

Dagba concedió graciosamente su permiso a los recién llegados para permanecer en la ciudad y, en un alarde de amabilidad, encargó a un esclavo que los condujera a casa de la señora Romana da Cunha, antigua esclava que había regresado de Brasil, donde siguiendo la costumbre había adoptado el apellido de su amo, que era el alma de la comunidad cristiana.

Los dos sacerdotes y Malobali despertaron una gran curiosidad en las calles de Ouidah. Allí, la gente estaba acostumbrada desde hacía años a las idas y venidas de los blancos. Sin embargo, aquellos dos con ropajes negros, cinturón ancho y una cruz colgada al cuello no se parecían en nada a los hombres vestidos con traje de faldones largos, chaleco abotonado y botas cortas con vuelta que estaban acostumbrados a ver. Y Malobali también les intrigaba. Les llamaban la atención sus escarificaciones rituales. ¿De dónde venía? No era ni mahi ni yoruba. ¿Ashanti tal vez?

Ouidah era una bonita ciudad de calles bien trazadas y concesiones construidas con gracia en torno al templo del dios Pitón, corazón simbólico de la ciudad, que habían heredado de los hueda, primeros ocupantes del lugar. No lejos del templo había un mercado donde se vendía de todo. Productos locales —carne fresca y ahumada, maíz, mandioca, mijo, ñames— y también europeos, entre ellos telas de algodón de colores vivos, pañuelos ingleses y, sobre todo, alcohol: ron, aguardiente, *cachaga*... A diferencia de Cape Coast, los fuertes de los europeos se encontraban dentro de la ciudad y a tiro de fusil uno de otro, como para vigilarse mutuamente.

Romana da Cunha vivía en el barrio de Maro, poblado exclusivamente por antiguos esclavos de Brasil, a los que llamaban brasileños o *agoudas*, junto con auténticos brasileños y portugueses de raza blanca, a los que les unía la religión y ciertos hábitos. Romana había hecho fortuna planchando la ropa de los negreros europeos y tenía una gran casa de forma rectangular, rodeada por una galería provista de ventanas con postigos de madera finamente trabajada.

Para indicar claramente cuál era su religión, la fachada norte de la casa estaba cubierta de azulejos que representaban a la Virgen María con su precioso fardo en brazos, mientras que sobre la puerta de entrada había una cruz esculpida. Un chiquillo con modales de adulto fue a abrir y rogó a los visitantes que esperasen mientras iba a avisar a su madre. Al cabo de un rato bastante largo, la señora Da Cunha apareció.

Era una mujer menuda y bastante frágil, todavía joven, que incluso hubiera sido guapa de no ser por la expresión de su rostro, a la vez austera y exaltada, triste y devota, atemorizada e inflexible. Llevaba un pañuelo negro en la cabeza que le tapaba la mitad de la frente y un vestido del mismo color en forma de saco que le disimulaba los pechos, aunque se adivinaba que debía de tenerlos redondos y firmes, las caderas y las nalgas. Dijo, utilizando a su hijo como intérprete, que se sentía muy honrada, que su modesta casa no merecía semejante honor. Después abrió de par en par la puerta de una estancia amueblada con sillones, una pesada cómoda y una mesa sobre la que había unos candelabros de metal brillante. Durante todo ese tiempo, por discreción, Malobali había permanecido de pie en la entrada de la concesión. Obedeciendo a una señal del padre Ulrich, se acercó para saludar a su vez a la anfitriona.

Cuando Romana dirigió la mirada hacia él, se le descompuso el semblante. Una expresión de incredulidad que se tornó en pánico se pintó en su rostro. Balbució unas palabras que su hijo, imperturbable, tradujo:

—¿De dónde ha salido? ¿Qué quiere? ¿Quién es?

El padre Ulrich respondió en un tono apaciguador:

—Es Samuel, nuestro brazo derecho. Un hijo de Dios también.

Romana le volvió la espalda a Malobali al tiempo que le ordenaba:

—Tú quédate fuera.

Malobali, fuera de sí, obedeció. ¿Quién era esa mujer? ¿Con qué derecho le hablaba así? Una vil esclava de trata que había usurpado el apellido de su amo, abjurado de sus dioses, renegado de sus ancestros... Estuvo a punto de volver a entrar en la casa, provocar a Romana, preguntarle las razones de su descortesía, pero se contuvo. A su alrededor se había organizado un gran barullo. En un abrir y cerrar de ojos, la noticia de la llegada de los dos sacerdotes había corrido por la ciudad y todos los católicos acudían. Había blancos y mulatos como los que Malobali había visto en Cape Coast, pero la mayoría eran negros. Llevaban ropas de flores, hablaban un portugués salpicado de algunas palabras en francés y en inglés, y gesticulaban mucho.

Romana salió al patio. En espera de que el padre Étienne y el padre Ulrich fueran en embajada ante el rey de Dahomey, a fin de obtener permiso para construir una misión, ella los alojaría en sus mejores dormitorios, provistos de camas con mosquitero y Sábanas de Holanda. Su mirada evitó cuidadosamente a Malobali, quien se preguntó si pensaba darle alojamiento o si tendría que buscar refugio en la calle.

Mientras Malobali permanecía en actitud melancólica bajo un naranjo, una joven se acercó a él y susurró:

—¿Bambara?

Él asintió. Entonces ella le indicó que la siguiera. Malobali, sorprendido, obedeció.

A paso rápido, se encaminaron hacia el centro de la ciudad. Cuando llegaron a la altura de los fuertes, ella le indicó que esperase y desapareció en el interior de uno de ellos.

Al cabo de unos minutos, reapareció seguida de un soldado. Antes de que éste se acercara a él y abriera la boca, Malobali se había dado cuenta de que era bambara. Los dos hombres se arrojaron uno en brazos de otro. Al oír hablar su lengua, Malobali se vio obligado a frotarse los ojos contra la tela del uniforme del desconocido para no derramar lágrimas, humillantes, propias de mujeres. Finalmente se separaron, aunque siguieron cogidos de las manos, como si no pudieran soltarse del todo.

—*Tié*,^[143] yo soy Birame Kuyaté...

—Yo soy Malobali Traoré...

¡Un bambara! ¡Sonad, *bala, fie, n'goni, dunumba!* ¡Un bambara! ¡Ya no estaba solo!

La joven que había conducido a Malobali hasta allí permanecía apartada, a la vez discreta y presente. Malobali, señalándola con un gesto, preguntó:

—¿Quién es?

—Es Modupé^[144] —respondió Birame sonriendo—. Y nadie ha merecido nunca más ese nombre. Cuando ha oído decir que eras bambara, enseguida se le ha ocurrido traerte. Ella es nago. Vive en el barrio de Sogbadji, al lado de una muchacha con la que voy a casarme...

Hubo que pensar en volver. ¿Qué dirían los dos sacerdotes si se percataban de la escapada de «su brazo derecho»? ¿Qué diría Romana si se percataba de la ausencia de su sirvienta? Pero, ahora, Malobali había encontrado consuelo.

Cuando llegaron a casa de Romana, nadie les prestó atención, pues había ido a visitarlos un gran personaje, el más importante del país después del rey Guézo: el portugués Francisco de Souza, llamado Chacha Ajinaku. Francisco había llegado a Ouidah como tenedor de libros del guardalmacén del fuerte São João de Ajuda. Luego, cuando portugueses y brasileños se habían retirado, él había permanecido allí y se había convertido en la autoridad suprema, enriqueciéndose espectacularmente con el comercio de esclavos, del que era agente de venta exclusivo. De hecho, ningún negrero podía embarcar un esclavo sin su permiso. Era católico ferviente, lo que no le impedía tener un auténtico harén y tantos hijos que ya había perdido la cuenta. Vestido con una negligencia sorprendente para un hombre de su rango y tocado con un gorro de terciopelo adornado con una borla que le caía sobre la frente, explicaba a través de su hijo Isidoro, que farfullaba un poco el francés, que era una ofensa no honrar su techo. Pero el padre Étienne, que sabía apaciguar las susceptibilidades, discursó con fortuna sobre Marta y María, aquellas humildes mujeres cuya morada escogió Nuestro Señor Jesucristo, y Chacha Ajinaku se calmó. Prometió intervenir ante el rey Guézo, que le debía mucho, pues él le había ayudado a ascender al trono en detrimento de su hermano, a fin de que recibiera a los sacerdotes cuanto antes y les concediera lo que deseaban.

Al poco, las sirvientas, entre ellas Madupé, llevaron platos de manjares desconocidos para Malobali: *fechuada*, una mezcla de tomate triturado, cebollas, carne frita y *gari*^[145] que era típica de Bahía, *cocada* y *pè de moulèque*.^[146]

No era ni mucho menos la primera vez que Malobali se encontraba entre extranjeros, ya que llevaba meses dando tumbos lejos de su casa. Sin embargo, era la primera vez que no le dirigían ni un solo gesto de hospitalidad. Era la primera vez que lo trataban como a un paria. Que hacían caso omiso de él. Que lo marginaban.

¿Por qué?

¿Por qué un barco negrero no lo había llevado a una tierra de servidumbre para introducirlo en una dudosa intimidad con los blancos? ¿Por qué no había vuelto de allí imitando sus modales y profesando su fe?

Todo el mundo, juntando las manos, se puso a cantar el Salve Regina. Las voces agudas de los niños dominaban sobre las de los adultos, y el padre Ulrich, marcando el ritmo con la mano, se esforzaba en contener la exaltación de su nueva grey. Malobali encontró la mirada de Romana. Se había cambiado la túnica negra por un

vestido largo de una tela tornasolada, ajustado al talle por un cinturón, con las mangas de jamón y seis hileras de encaje alrededor del cuello. Pero ese atuendo ridículo —al menos eso le parecía a Malobali— le sentaba bien, pues realzaba su juventud, tanto más cuanto que la visita de los sacerdotes, al colmarla de alegría, le animaba el semblante. Desvió rápidamente la mirada de los ojos de Malobali, que estaba desconcertado. ¿Por qué lo odiaba esa mujer? El día anterior, ni siquiera se conocían.

Mientras se hacía esa pregunta, Modupé le tendió un calabacino con comida. Ella, en cambio, tenía pintada en el rostro una expresión de adoración y ya de total sumisión. Malobali supo que, en cuanto él quisiera, sería suya. En resumidas cuentas, aquella estancia en Ouidah no se presentaba mal. El primer día había encontrado la amistad de un hombre y el amor de una mujer.

—¡Ago!^[147]

Malobali abrió los ojos y reconoció la silueta de Eucaristus. Sonrió y le hizo una seña indicándole que se acercara, pues entre el niño y el adulto se había desarrollado una extraña amistad que en el segundo se mezclaba con una profunda ternura. Cuando Malobali recordaba su libertad, su alegría y sus juegos en la concesión de Dusika, y los comparaba con la educación que recibía Eucaristus, siempre arropado, recibiendo golpes con la palmeta cada dos por tres, obligado a rezar horas enteras de rodillas y a balbucear interminablemente frases cuyo significado apenas conocía, se sentía tentado de acercarse a Romana y decirle lo que pensaba. Pero ¿con qué derecho iba hacerlo?

El niño se quedó tímidamente junto a la puerta y dijo.

—A mamá le gustaría que cortaras leña...

Malobali suspiró. Notaba que, pese a sus esfuerzos, iba hacia una confrontación violenta con Romana. Hacía más de dos semanas, el padre Étienne y el padre Ulrich habían ido a ver al rey Guézo, dejándolo allí porque no les era de ninguna utilidad. Y Romana había empezado a tratarlo como si fuera un sirviente: «Samuel, haz esto, Samuel, haz lo otro...»

Si al principio había obedecido, era en virtud de su calidad de huésped y por cortesía. Pero no había tardado en comprender que para Romana se trataba de algo muy distinto. De un deseo de humillarlo. ¿Por qué?

Se levantó y, sin tomarse la molestia de ponerse la ropa, salió al patio sólo con un taparrabos puesto. Junto a una pila de madera que llegaba casi hasta el reborde del tejado, había una hacha. Dominando su cólera, Malobali se puso manos a la obra. Cortó los troncos y las ramas asestando potentes golpes, mientras el sudor corría por su espalda a causa del esfuerzo. Había despachado ya más de un tercio de la pila cuando Romana salió de la casa. Presa de una cólera indescriptible, pronunciaba palabras incomprensibles entre las que intercalaba gritos. Abalanzándose sobre Malobali, le quitó el hacha de las manos exponiéndose a herirse y la arrojó lejos. Malobali se quedó de piedra. ¿Qué ocurría? ¿Qué le reprochaba? Al oír el alboroto, todas las sirvientas habían salido de debajo del tejadillo donde preparaban la ropa para lavarla, mientras que las que barrían las habitaciones acudían desde el interior de la casa. Malobali se secó con la mano el sudor de la frente y miró a Romana a la cara.

Al verla gritar y desgañitarse de aquel modo, sintió por ella una gran compasión. Aquella mujer sufría. ¿A causa de qué? Modupé le había dicho que su marido había muerto en Brasil en unas circunstancias tan penosas que ella jamás las mencionaba y que no quería otro esposo que Nuestro Señor Jesucristo. ¿Era su recuerdo lo que la torturaba y la hacía tan inhumana? Por un instante, Romana dejó de gritar y Malobali

observó la belleza de sus ojos almendrados, el contorno un tanto infantil de su boca, habitualmente oculto por un pliegue de amargura.

—¿Qué quieres?

Eucaristus, que, aterrorizado, había permanecido pegado a la pared de la casa, se apartó de ésta y balbuceó:

—Dice que debes vestirme, que no quiere salvajes desnudos en su casa porque es una casa cristiana.

Malobali se esperaba cualquier reproche salvo ése. ¿Desde cuándo el cuerpo de un hombre era objeto de escándalo? Rompió a reír, dio media vuelta y entró en su cuarto.

Las cosas hubieran podido quedar ahí. Pero no fue así.

Enfadada al parecer por la forma despreocupada con la que Malobali se retiraba a un cuarto que ocupaba gracias a ella, Romana entró en su casa, salió de nuevo con la palmeta que utilizaba para pegar a sus hijos y siguió a Malobali. Quizá no tenía intención de utilizarla. Quizá no era más que un gesto de bravuconería.

Cuando Malobali la vio dirigirse a él con la palmeta en la mano, se quedó estupefacto. ¿En qué se había convertido para que una mujer se atreviera a amenazarlo de aquel modo? Al mismo tiempo, lo invadió la cólera. Iba a abalanzarse sobre Romana, a pegarle, a matarla tal vez, cuando una voz le recordó sus altercados en el país ashanti tras la violación de Ayaovi. ¿Qué ocurriría ahora si cometía un asesinato?

Apartó a Romana, rompió la palmeta golpeándola contra la rodilla y salió.

Modupé se reunió con él en la calle. Empezó por darle su ropa, motivo del altercado, y una vez más, como un espíritu benefactor, lo guió a través de las calles. Todavía era muy temprano. Sin embargo, en la ciudad se desarrollaba una intensa actividad. Afluían mujeres hacia los mercados, alrededor de los cuales ya estaban instalados los artesanos —alfareros, cesteros, tejedores— ofreciendo sus objetos a los transeúntes. Filas de esclavos se dirigían apresuradamente a los palmerales recién plantados a las puertas de la ciudad o a los campos cuyos frutos alimentaban a la población. Los comerciantes se encaminaban al puerto.

Modupé y Malobali pasaron ante el templo de Pitón y luego entraron en el barrio de Sogbadji, donde vivía la familia de la muchacha.

Ésta, originaria de Oyó, se había especializado en el tejido. Gozaban de una posición acomodada y no le pedían nada a nadie, pero les había parecido conveniente confiar a una de sus hijas a la señora Romana da Cunha, nago como ellos y muy apreciada en la comunidad. Así pues, jamás se le habría ocurrido a Modupé quejarse de golpes o malos tratos, que habría imputado simplemente al deseo de inculcarle una buena educación. Pero su amor por Malobali le infundía valor. Tras recorrer la sucesión de patios de la concesión, se atrevió a arrojarse a los pies de su madre y contarle llorando lo que acaba de pasar, señalando que Malobali era pariente de Birame. El primer pensamiento de Molara, la madre de Modupé, fue no hacer nada

que pudiese irritar a la poderosa Romana. Sin embargo, la tradición de hospitalidad del pueblo al que pertenecía acabó por imponerse. «Si el *babalawo*^[148] consulta a Ifa^[149] todos los días, es porque sabe muy bien que la vida es cambiante», dice el proverbio. ¿Quién sabía si un día uno de sus hijos o cualquier otro miembro de la familia no se hallaría también lejos de su casa y necesitado? Le dijo a una de sus sirvientas que le sirviera a Malobali agua fresca y un abundante desayuno a base de llantenes y judías, en espera de que llegase su marido.

Francisco de Souza, llamado Chacha Ajinaku, acostumbraba a arbitrar los litigios que se producían en la comunidad de los *agoudas*. Ejercía de juez y consejero en su casa del barrio de Brasil, fundado por él. Primero escuchó la explicación de Romana da Cunha, puesto que se consideraba ofendida, y a continuación la de Malobali tal como la presentaba la honorable familia de Modupé, comprendiendo el deseo de esta última de remitirse a su autoridad.

La casa de Chacha era bonita. Una docena de estancias amuebladas con objetos procedentes de Europa —sillones, mesas, cómodas, camas con mosquiteros—, que daban a un gran patio cuadrado con naranjos y filaos.^[150] Al lado de la residencia se alzaba un barracón, depósito formado de vastos espacios descubiertos rodeados de empalizadas, con refugios para los esclavos que llegaban de todos los rincones del país. Había alrededor de un centenar en espera de un barco, y se veían sus pobres siluetas postradas, en todas las posturas del abatimiento. Pero nadie del entorno de Chacha les prestaba atención, y él menos que cualquier otro.

Chacha cogió un poco de rapé y miró a Malobali, tratando de calibrarlo como un hombre a otro hombre. ¡Las mujeres estaban locas! ¿Había creído de verdad Romana que podía pegarle impunemente? Se volvió hacia Isidoro y emitió su veredicto:

—Aunque el padre Étienne y el padre Ulrich dejaron a Samuel en casa de la señora Da Cunha, no dijeron que estaría a su servicio. Samuel es católico, está bautizado y no se le puede tratar como a un esclavo. No obstante, admitamos que, exhibiéndose indecentemente vestido en casa de una mujer honorable, cometía una falta. Ello, sin embargo, no autorizaba a la señora Da Cunha a amenazarlo con una palmeta. Para evitar que tales incidentes se repitan, acogeré a Samuel bajo mi techo hasta que regresen los servidores de Dios.

Acto seguido, recitó tres padrenuestros y tres avemarias, acompañado por todos los presentes a coro. A Modupé se le saltaron las lágrimas de los ojos. Había esperado que Malobali fuera confiado a su familia, y así, en lugar de aquellos abrazos furtivos, ¡qué noches habrían pasado!... En cuanto a Malobali, se consideró más que satisfecho y fue a estrechar enérgicamente la mano de Chacha, de su hijo y de Olu, el padre de Modupé, antes de inclinarse ante su madre como lo hubiera hecho ante Nya, en uno de aquellos gestos llenos de gracia que le hacían ganarse el corazón de las mujeres. Olu, con quien enseguida había simpatizado, le había dado unas ropas yoruba, y de repente había recuperado toda su nobleza y majestad.

Una vez dictada la sentencia, Romana se retiró con Eucaristus. El niño se cogió de su mano, extrañándose al encontrarla ardiendo, y dijo:

—Es mejor así, mamá.

Romana apenas lo oía, pues Malobali estaba en lo cierto: sufría un verdadero martirio. Desde la muerte de Naba y su vuelta a África, Romana no había mirado a un solo hombre. Su corazón era una capilla ardiente consagrada al difunto, y mentalmente revivía todos los acontecimientos que habían llevado a su terrible fin. Las revueltas musulmanas en Bahía. La traición de Abiola. El juicio. De todo eso no le había hablado jamás a nadie, pues presentía que, en cuanto pronunciara la primera palabra, los diques del dolor se romperían y quedaría expuesta a la locura y la muerte, cuando tenía tres hijos que criar.

Desde que Malobali había aparecido, todo eso había cambiado. Su corazón, que ella creía endurecido como la cecina que se vendía en el mercado, se había puesto a palpar de nuevo. El deseo la había torturado. En su delirio, creía ver a Naba más joven, más guapo. Y sin embargo, con un extraño parecido. Gracias a su intuición femenina, incrementada por los celos, había adivinado enseguida lo que había entre Modupé y él, que se reunían a la hora de la siesta, cuando creían que todos dormían. Al principio había pensado recurrir a la delación e informar al padre de Modupé. Después se había avergonzado de sí misma.

¿Qué acababa de hacer? Por culpa de su estupidez, se había privado de verlo. Ya no atravesaría el patio con su peculiar paso indolente. Ya no la saludaría en su yoruba vacilante. Por las mañanas, ya no lo vería tomarse de pie las gachas de maíz. Pero lo peor, le parecía a ella, era que todo el mundo había descubierto su secreto, todo el mundo sabía que estaba loca por ese hombre, por ese extraño, por ese sirviente de los curas que, por si fuera poco, era más joven que ella. Llegaron a casa y Romana se dirigió a su habitación para llorar en paz. ¡Pero no había contado con la comunidad *agouda*! Empezaron a desfilar los Almeida, los De Souza, los Assumpção, los Da Cruz, los Do Nascimento... que se consideraban ofendidos por aquel veredicto. ¿No deberían haber castigado a ese negro que se había paseado desnudo por la casa de una cristiana? Las exageraciones iban que volaban, y al final de la mañana Malobali había agredido a una sirvienta, hecho gestos obscenos a Romana y pegado a los niños. Se hablaba de acudir al rey Guézo, que siempre había favorecido a los *agoudas*, y quizá por primera vez soplaba una brisa de rebelión contra Chacha.

Al caer la noche, Romana ya no pudo más. Envió a una sirvienta en busca de Malobali para que le pidiese que fuera a verla.

Malobali, por su parte, no tenía forma de adivinar los sentimientos que le inspiraba a Romana. Recibió el mensaje con sorpresa y se preguntó lo que aquella mujer que le había causado tantos trastornos querría de él ahora. Salió en la oscuridad.

En alguna parte de algún barrio de la ciudad, un ser humano había pagado su tributo a la muerte, pues se oía el coro fúnebre.

*La serpiente que se va
cuenta con las hojas secas
para esconder a sus crías.
¿Con quién has contado tú?
¿A quién nos has dejado,
yéndote al país de los muertos?
¡Oh ku, oh ku, oh ku...!*^[151]

Aquel canto le pareció un mal augurio y estuvo a punto de dar media vuelta. No obstante, prosiguió su camino. Al llegar al barrio de Maro, se dio cuenta de que la casa de Romana estaba prácticamente sumida en la oscuridad. Las sirvientas se habían retirado a sus habitaciones, en las dependencias situadas al fondo del patio. Los niños estaban acostados. Tan sólo estaba iluminado con velas de estearina el dormitorio de Romana, estancia sobriamente amueblada con esteras y calabacinos, pues reservaba el mobiliario bueno para las salas de recibir visitas. Romana se había quitado las ropas portuguesas y llevaba un atuendo yoruba, es decir, un pareo corto tejido, anudado a un costado, y una camisa con un amplio escote bajo la que se perfilaba su cuerpo, repentinamente libre y joven. Llevaba la cabeza descubierta y su espesa cabellera negra aparecía fina y armoniosamente trenzada. En realidad, la propia Romana no sabía qué esperaba de Malobali, y cuando lo vio tan cerca de ella estuvo a punto de desmayarse. Le pareció que era Naba el que acababa de entrar. Naba joven y fuerte, como lo era sin duda antes de que la cautividad lo destruyera, llevándole su amor junto con sus frutas. Pero Malobali permanecía en silencio, observándola con perplejidad. Al final preguntó, buscando las palabras en el laberinto de una lengua extraña para él:

—¿Qué quieres? Si lo que tienes que decir es bueno, ¿por qué esperas hasta la noche?

Romana apartó la vista.

—Quería pedirte que me perdonaras...

Malobali se encogió de hombros.

—No hablemos más de ello, puesto que Chacha Ajinaku ha resuelto el asunto...

Se produjo un silencio.

—Quisiera pedirte que volvieras a vivir aquí —dijo finalmente Romana, armándose de valor—. Por Nuestro Señor que no te maltrataré nunca más.

Malobali sonrió.

—En mi tierra dicen que fiarse de una mujer es fiarse de un río que se desborda. A pesar de tu promesa, volverás a enfadarte...

Al oír las palabras «en mi tierra», Romana dijo con voz trémula:

—Mi difunto marido era de Segu, como tú...

Luego, aquello le pareció una traición. Hablarle del muerto al vivo que le infligía el más cruel de los ultrajes, puesto que se había apoderado del corazón y los sentidos

de su viuda. No obstante, añadió:

—Ven al menos a ver a los niños. Te quieren mucho, sobre todo Eucaristus.

Malobali se dirigió hacia la puerta.

—Volveré, señora, volveré.

Confuso, descontento de sí mismo e inquieto, Malobali tomó el camino del fuerte para reunirse con Birame. ¿Por qué no lo dejaba esa mujer en paz?

La andadura de Birame había sido totalmente distinta de la de Malobali. Era de Kaarta y había sido capturado por unos tuareg que lo habían llevado a Walo,^[152] donde había formado parte de los hombres del gobernador Schmaltz en su experiencia de colonización agrícola en Senegal. Después había seguido trabajando con franceses y finalmente había ido a parar con ellos al fuerte de Ouidah. Cuando habían sido retirados por su gobierno, él se había quedado allí con los demás bambara, dedicándose a la trata e izando la bandera para indicar a los tratantes que había esclavos disponibles. De hecho, era en cierto modo uno de los hombres de Chacha.

Tras enterarse de lo que acababa de ocurrir, Birame le propuso:

—Ven a vivir aquí. Hay sitio para todos.

—No —dijo Malobali meneando la cabeza—. Chacha me ha permitido quedarme en su casa y no quiero parecer ingrato.

Birame hizo Una mueca.

—No te fíes de los portugueses y los brasileños, sobre todo de los negros. Son una sucia raza de monos blanqueados que desprecian a todo el mundo y se creen superiores. Evítalos todo lo que puedas...

Malobali pensaba en Romana. Si se hubiera tratado de otra mujer, sin duda habría descubierto su secreto. Pero no entendía en absoluto aquella actitud, aquella amabilidad después de tanta violencia, aquellas sonrisas, aquellas miradas. En la total confusión mental en la que se hallaba, vació con Birame varios calabacinos de aguardiente.

Muy pronto, toda la comunidad *agouda* y todo Ouidah encontraron motivos para chismorrear.

Chacha Ajinaku trabó amistad con Malobali. Era algo que se salía de lo habitual, pues Chacha era un hombre arrogante que sólo se relacionaba con los capitanes de negreros, cuando no estaba acostado con una de sus mujeres. Empleó a Malobali en su comercio de esclavos. Hacía más de diez años que los ingleses habían prohibido la trata y obligado a numerosas naciones a imitarlos. Los franceses, por su parte, acababan de hacer lo mismo. Y sin embargo, el tráfico de esclavos no disminuía. Barcos enteros partían rumbo a Brasil y Cuba.

Así pues, se vio a Malobali dirigirse en chalupa hasta los negreros, volver con los capitanes, conducirlos a casa del *yovogan* Dagba y después a la de Chacha. Se le vio comiendo a la mesa de Chacha con los tratantes, inspeccionar con ellos el ganado

humano que previamente él mismo había puesto presentable mediante toda clase de artificios.

En resumen, Malobali no tardó en ser odiado.

¿Por qué? ¿Porque practicaba la trata? Desde luego que no. En Ouidah, todo el mundo se dedicaba a ella en mayor o menor medida. ¿Porque era extranjero? Tampoco. En aquel estrecho brazo de tierra, entre los ríos Coufo y Ouémé, vivía gente de origen adjá, fon, mahi, yoruba, hueda... por no hablar de los portugueses, los brasileños, los franceses e incluso los ingleses del fuerte William's. Había mezcla de lenguas, intercambio de dioses, confusión de costumbres. Entonces, ¿qué se le reprochaba? Ser arrogante, gustar a las mujeres, beber demasiado, ganar siempre a un juego de cartas que decía haber aprendido en sus peregrinaciones, creer que Segu era superior a cualquier otro lugar de la tierra. En tal caso, ¿por qué no se había quedado allí?

Las cosas se complicaron cuando los dos sacerdotes volvieron de Abomey, rebosantes de agradecimiento hacia el rey Guézo, que les había cedido un trozo de terreno fuera de la ciudad. Reclamaron a su sirviente, pero Chacha se negó a devolvérselo con la excusa de que Malobali valía para algo más que para la función que ellos le reservaban.

¡Se organizó un buen lío!

Los sacerdotes reprocharon a Chacha haberlo introducido en el tráfico de «carne humana», indigno de un cristiano, reprendieron a Malobali y acabaron en cierto modo por salirse con la suya. En lo sucesivo, Malobali repartió su tiempo entre la construcción de la iglesia y el trabajo en los palmerales de José Domingos.

Porque, junto con el tráfico de esclavos, estaba desarrollándose un nuevo comercio que ya empezaba a hacer ricos a los tratantes de la Costa de Oro y, sobre todo, a los de los Ríos de Aceite.^[153] El comercio del aceite de palma.

A partir de entonces se vio a Malobali conducir pelotones de esclavos fuera de la ciudad, hasta los palmerales, vigilarlos mientras trepaban a los árboles, atados con una cuerda y sujetando una hacha entre los dientes, para cortar los racimos antes de cargarlos en piraguas o transportarlos en cestos por vía terrestre.

Malobali continuó viviendo en casa de Chacha. Ya entrada la noche, se oía a los dos hombres jugar al billar con los capitanes de los negreros y beber ron intercambiando bromas, hasta el punto de que Isidoro, Ignacio y Antonio, los tres hijos mayores de Chacha, se sentían celosos y hablaban de sortilegio bambara.

Aquél fue, aparentemente, un momento feliz de la existencia de Malobali. Tras los peligros, las matanzas y las violaciones de la vida de soldado, y las frustraciones de la vida de sirviente de sacerdotes, disfrutaba de una libertad total. Además, con las nueces de palma que José Domingos le daba en pago por sus servicios, ganaba dinero, pues se las vendía a unas mujeres que machacaban las semillas y elaboraban aceite rojo. Dos franceses, los hermanos Régis, habían llegado recientemente a la isla y hablaban de transformar el fuerte en factoría privada. Allí se almacenaría el aceite,

que a continuación se transportaría a Marsella, una ciudad de Francia donde unos comerciantes fabricarían con él jabón, aceite para las máquinas, etc. A la larga, sería más lucrativo que el comercio de esclavos.

Malobali dudaba. Chacha alardeaba de que obtendría para él, del rey Guézo, la concesión de un terreno donde podría construirse una casa. Después podría casarse con Modupé... Pero él soñaba cada vez más con volver a Segu. Percibía un peligro en el olor seco, a quemado, de aquella tierra, en sus lagunas, en su manglar. Estaba agazapado en alguna parte, como una fiera esperando el momento de saltar sobre él, de clavarle los dientes en el cuello. Alguien le dijo que Adofoodia, en el norte del reino, sólo se encontraba a diez días de Tombouctou. No paró hasta que se enteró de dónde estaba esa ciudad y de cómo se podía ir hasta allí.

Una vez en Tombouctou, ¿no se había llegado prácticamente a Segu?

Eucaristus le tocó un brazo a Malobali y murmuró:

—Cuéntame un cuento...

Malobali estuvo un momento pensando y luego empezó:

—Suruku y Badeni se encontraron. Badeni creyó que Suruku era su madre, así que corrió tras ella y se puso a mamar de sus ubres. Suruku intentó liberarse y agarrar a Badeni de la cabeza. Pero, de pronto, arrancó de una dentellada sus propias partes sexuales. Entonces gritó: «¡Ay, este Badeni mama muy fuerte!»

Eucaristus, el hijo pequeño de Romana, rompió a reír. Cuando Malobali hablaba así, acudía a su memoria el recuerdo confuso de su padre. ¡Era tan pequeño cuando murió! Apenas tres años. Además, su madre no pronunciaba nunca su nombre, como si hubiera sido enterrado en un campo maldito donde se dejan crecer árboles, plantas y arbustos sin escardar ni roturar jamás.

Cuando Malobali le contaba un cuento, le parecía ver de nuevo a un hombre muy alto, de constitución imponente, muy bueno, más tierno que su madre. Le parecía oír la cadencia de una lengua que no era el yoruba. ¿A qué pueblo pertenecía su padre? No se atrevía a preguntárselo a Romana, pues sabía que le respondería con un palmetazo o un bofetón en la boca. Mimoso, apoyó la cabeza en un hombro de Malobali.

—Ahora cuéntame la historia de tu nacimiento...

Malobali se echó a reír.

—Bueno, pero eso no es un cuento. El mismo día que yo nací, un blanco permanecía ante las puertas de Segú pidiendo ser recibido por el *mansa*. ¿De dónde venía? ¿Qué quería? Nadie lo sabía. Así que los feticheros creyeron que era un espíritu maligno disfrazado, pues tenía la piel del mismo color que los albinos.

—¿Por qué se teme a los albinos?

En ese momento, una sirvienta entró en la habitación donde estaban el hombre y el niño y murmuró:

—*Iya* quiere verte, Samuel.

Romana estaba en el interior de la casa. Se notaba que acababa de darse un baño, pues su piel, aceitada y brillante, desprendía un leve perfume. Al entrar Malobali, levantó la cabeza.

—¡Vienes a ver a Eucaristus y ni siquiera me saludas! —le reprochó.

—Creí que estaba durmiendo, señora —se excusó él con una sonrisa.

Ella le señaló un asiento.

—Quería proponerte un negocio. Sé que te va muy bien en el comercio del aceite de palma. Me gustaría asociarme contigo.

—¿Cómo?

¡Malobali, hombre obtuso, no comprendía que a ella las palmeras, los palmitos y el aceite de palma no le interesaban lo más mínimo!

—Bien, quisiera que te comprometieses a entregarme todas las semanas de tres a cinco cestos de nueces. Tengo los suficientes criados y esclavos para hacer el resto...

Malobali se quedó pensativo. No tenía ningunas ganas de establecer una asociación demasiado estrecha con Romana, pues su presencia le inspiraba una especie de terror. Su nerviosismo excesivo le molestaba, ya que no se atrevía a atribuirlo a la única causa posible.

—Sabes perfectamente que no soy mi jefe. Tengo que consultarlo con José Domingos.

Ella suspiró.

—Me odia.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué va a odiarte?

—Porque se odia a las mujeres, se las desprecia, no se quiere que tomen iniciativas.

A Malobali, aquellas palabras le parecieron absolutamente incomprensibles, y como no sabía qué decir al respecto, Romana prosiguió:

—¿Sabes?, la vida es muy difícil para una mujer sin marido.

Ahora, Malobali se encontraba en un terreno conocido y repuso:

—Pero ¿por qué estás sin marido? Eres... —por primera vez quizá, la miró directamente a la cara, percatándose de lo frágil que era, y acabó la frase con sinceridad— hermosa.

—¿Tanto como Modupé?

No había duda posible. Malobali había visto a demasiadas mujeres extasiadas ante él para no comprenderlo a la perfección. Se levantó rápidamente, como un hombre ante una serpiente en la sabana, y balbució:

—*Iya*, Eucaristus me espera, voy a acabar de contarle el cuento...

La llamó *Iya* para devolverle el respeto a sí misma. Pero como pronunció esa palabra de forma incorrecta, en otro tono y poniendo el acento en la primera sílaba, ella se incorporó y se arrojó sobre él.

—Hace tiempo alguien me llamaba así.

Malobali cerró los brazos en torno a ella y, llevado por la costumbre, iba a hacer lo que estaba claro que se esperaba de él. Pero de repente intuyó que con aquel cuerpo frágil entrarían en su vida sentimientos peligrosos, desconocidos: la pasión, la posesión, los celos, el terror al pecado. Recuperó el control, la empujó con firmeza hacia su estera y se marchó.

Eucaristus, que lo esperaba bajo los naranjos, lo vio alejarse a paso rápido.

Cuando Romana se dio cuenta de que estaba sola, primero se quedó petrificada. O sea, que se había ofrecido, había infringido el séptimo mandamiento, había profanado

la memoria de su esposo, y había sido rechazada. Aterrada, profirió tal grito que las sirvientas, los niños y vecinos cercanos la oyeron.

Aquel grito taladró los oídos de Malobali e inmediatamente hizo que le salieran alas en los pies. Echó a correr a toda velocidad, y la gente salía de las cabañas para ver huir a aquel ladrón tras haber cometido su fechoría.

Se encontró en la playa, con arena blanca y fina bajo los pies, y se dejó caer sobre un tronco de cocotero cubierto de sal y de musgo que se aplastó suavemente bajo su peso. Mar adentro flotaban una goleta y una balandra. ¡Ah, rehacer su vida en Brasil, en Cuba, en cualquier sitio!

Malobali miraba el rostro de su vida y lo odiaba como si fuese el de una ramera con quien hubiera estado en una cabaña inmunda y con la que tuviese que compartir el resto de sus días.

Mientras estaba allí, con la cabeza entre las manos, un hombre se acercó a él y, tras mirarlo de reojo, le dirigió la palabra:

—¿No eres tú Samuel, el socio de José Domingos?

Malobali le volvió la espalda. Esta vez no iba a volver a dejarse engañar por los consejos de ancestros falsamente compasivos, decididos en realidad a llevarlo a la perdición. Pero el hombre insistió:

—Si quieres, podríamos ir a Badagry. O a Calabar. ¡Allí es donde está el futuro! En tres meses, podríamos ir vestidos de seda y terciopelo, como el propio Chacha Ajinaku.

¡No! Si debía irse del país, sería para volver a su casa. Pero ¿lo lograría algún día? Se daba cuenta perfectamente de que negarse a hacer el amor con Romana lo había convertido en alguien mucho más culpable que si hubiese cedido a ella. ¿Cómo se vengaría? ¿Cómo?

De la orilla se alejó una chalupa cargada de infelices a los que iban a arrojar con los pies encadenados al vientre de la balandra. El viento llevó hasta la nariz de Malobali su olor de sudor y de sufrimiento.

Mientras tanto, un ejército de *agoudas* furiosos invadía el patio de la casa de Chacha Ajinaku. Alertado, Chacha salió con ropas de dormir, pues había tomado bastantes copas de aguardiente y estaba en la cama recuperándose. Francisco de Almeida, un mulato que había regresado de Bahía el año anterior, se quitó el gorro que llevaba en señal de respeto y dijo:

—Entrégnos a Samuel, Chacha. Ha violado a la señora Da Cunha...

Pese a que estaba de muy mal humor, Chacha rompió a reír:

—¿Quién os ha contado ese cuento?

—Hay testigos, Chacha...

Éste se encogió de hombros.

—¿Testigos? Entonces no ha sido una violación...

Con todo, ordenó a un esclavo que fuese a buscar a Malobali para que se explicara. En el momento en que el esclavo, tras regresar solo, anunciaba su

desaparición, lo que provocó vivas reacciones entre los *agoudas*, Malobali apareció en el patio con la cabeza gacha, expresando con su actitud que ya sabía de qué se le acusaba. Chacha se volvió hacia él.

—Samuel, estos que están aquí han venido a exponerme un asunto muy grave. Parece ser que has violado a la señora Da Cunha...

Malobali levantó la cabeza y, desconcertado, miró a Chacha.

—¿Quién les ha dicho eso?

—Pues la propia señora —contestó Francisco con odio—, y todo el vecindario ha oído los gritos que profería defendiéndose de ti. Hasta el pequeño Eucaristus te ha visto huir después del crimen...

—Llémoslo ante Dosu para que le haga el *adimo*^[154] —intervino Chacha.

—No vale la pena —dijo Malobali suspirando—. Soy culpable...

Se organizó un gran alboroto. Algunos trataron de abalanzarse sobre Malobali, otros lo insultaron, mientras que otros más fueron a arrancar ramas de los filaos de la concesión para azotarlo. Chacha impuso calma y silencio a todo aquel gentío.

—En el reino de Guézo, nadie se toma la justicia por su mano. Conducidlo ante Dosu y él decidirá la pena.

Dosu era el representante en Ouidah del *ajaho*,^[155] quien, por su parte, vivía en Abomey, en estrecha relación con el rey. Ejercía como juez de instrucción, ocupándose de asuntos menores, y cuando se presentaba un caso que sobrepasaba sus competencias, enviaba a los litigantes a presencia de Guézo. Dosu vivía cerca del *yovogan* Dagba, en una casa de apariencia bastante modesta si se la comparaba con las espléndidas viviendas de los *agoudas*. Tal vez por esa razón los odiaba. Salió al patio pensando en los ñames cocidos bajo las cenizas y en el *calalú*^[156] que le había preparado una de sus esposas, y dijo con exasperación:

—¿No puede esperar vuestro asunto hasta mañana?

A continuación ordenó a dos esclavos que le ataran las manos a la espalda a Malobali y lo llevaran a la pequeña cabaña contigua a la suya, que hacía las veces de prisión. Los *agoudas* no tuvieron más remedio que dispersarse.

Malobali se sentó en un rincón de la cabaña, pequeña, oscura y húmeda, cuya entrada los esclavos obstruyeron con unos troncos de cocotero. No entendía exactamente lo que pasaba en su interior. Sentía una especie de lasitud, como si ya no pudiera seguir participando en la carrera contra su destino. Había escapado de Ayaovi para acabar enfrentándose a Romana. Además, otro sentimiento confuso, complejo, lo invadía. Una especie de piedad hacia Romana. ¿Iba a humillarla públicamente acusándola de mentirosa? Malobali había visto la sonrisa de Chacha. Significaba: «¡Qué idea tan descabellada violar a Romana! ¡Vamos!»

Recordaba la pregunta lastimera: «¿Más hermosa que Modupé?» ¡Ah, debería haber respondido con un «sí» antes de tomarla entre sus brazos! Pero, en lugar de eso, se había retirado como un cobarde. ¿A qué pena se arriesgaba a que lo condenaran

por violación? Romana no era ni una mujer casada ni una chiquilla impúber. En Segu, la ofensa no se consideraría muy grave. Pero desconocía las costumbres de Dahomey.

Por lo que decían, en muchos casos los condenados eran conducidos a Abomey y sacrificados en grandes ceremonias en honor de los manes de los ancestros reales. En otros, eran enviados a una región pantanosa llamada Afomayi, donde se pasaban el resto de sus días cultivando las tierras del rey. Además, Romana era una *agouda*, es decir, pertenecía a un grupo social poderoso que gozaba de crédito en la corte. Se podía temer lo peor. Desde la oscuridad de su prisión, Malobali oía las voces y las risas de las mujeres y los hijos de Dosu en el patio de la concesión. Si lo condenaban a muerte o a trabajos forzados, ¿a quién le importaría allí? A nadie, excepto a Modupé. Pero Modupé aún no había cumplido dieciséis años; lo olvidaría. Incluso en Segu, Nya se cansaría de esperar su regreso y acunaría a los hijos que a buen seguro Tiekoro, olvidando a Nadié, tendría con otra mujer. ¿Qué era la vida? Un fugaz recorrido que no deja huella alguna en la superficie de la tierra. Un encadenamiento de pruebas cuyo significado ni siquiera se intuye. El padre Ulrich decía que todo eso no tenía más que una finalidad: purificar al hombre y hacerlo semejante a Jesús. ¿Tenía razón?

Los mosquitos iniciaron su ronda infernal alrededor de su cara. Al día siguiente traducirían sus palabras al *agoli*^[157] para ser juzgado. Mientras tanto, había que dormir. Malobali, que no en balde había sido soldado, estaba acostumbrado a robar horas de sueño en los intervalos entre batallas e incursiones. Así pues, nada más cerrar los ojos, su espíritu se desprendió de su cuerpo para vagar por lo invisible.

Su espíritu sobrevoló la oscura extensión de los bosques y el pelaje rojizo de las tierras arenosas y aterrizó en Segu, en la concesión del difunto Dusika.

Estaban celebrando un nacimiento. Nya, tendida de costado, estrechaba a un bebé contra sí. Un niño llamado Kosa.^[158] ¡Nada más hermoso para una mujer que alumbrar en la edad madura! Nya estaba radiante. La máscara de la juventud cubría sus rasgos cuando miraba al recién nacido, dormido, con una gota de leche en los labios. De repente, el niño abrió los ojos, unos ojos de adulto, negros y profundos, llenos de auténtica malicia, miró a Malobali y dijo:

—¿Tendrás tanta suerte como yo, Naba?

La fuerza del sueño fue tal que Malobali se despertó jadeando. ¿Qué significaba? Malobali no tenía más de siete u ocho años cuando Naba desapareció, por lo que no había llegado a conocer realmente a su hermano ni había llorado por él. Así pues, raras veces lo recordaba. Aquel encuentro repentino y brutal con un recién nacido que afirmaba ser su reencarnación sólo podía significar una cosa: que Naba estaba muerto. Pero ¿por qué esa malicia, esa agresividad? ¿Qué daño le había hecho su hermano menor?

Malobali le dio vueltas y más vueltas a estas preguntas. Por la mañana, los esclavos apartaron los troncos de cocotero que obstruían la entrada de la cabaña-prisión y el padre Étienne apareció en la puerta.

¡Era la última persona a la que Malobali esperaba ver! ¡Si hubiera sido el padre Ulrich, aún! Afectado todavía por el sueño y el malestar que éste le había producido, Malobali se acurrucó en un rincón profiriendo un gruñido. ¿Qué quería ése? ¿Regodearse en su desgracia? El padre Étienne se santiguó lentamente y ordenó:

—¡Arrodíllate, Samuel! Recita conmigo el padrenuestro.

Como siempre que se encontraba bajo la mirada maléfica de los dos sacerdotes, Malobali no pudo sino obedecer. Juntó aquellas palabras desprovistas para él de verdadero significado, pero a las que sus interlocutores concedían tanta importancia.

—Sé que no has pecado, que eres inocente del crimen del que se te acusa...

La llama de la esperanza se encendió en el corazón de Malobali.

—¿Cómo lo sabe, padre? —balbució.

El padre Étienne juntó de nuevo las manos.

—Anoche confesé a Romana da Cunha. Samuel, ¿conoces la parábola de los puercos a los que les arrojan perlas? Lo que tú tienes es una perla, puerco indigno. Pero quizá Dios, en su insondable sabiduría, ha querido redimirte así. Su contacto te purificará. Ella te hará caminar por el camino del Señor...

Malobali, confundido, miró al sacerdote:

—¿Qué quiere de mí, padre?

—Que te cases con ella, Samuel, y que ese amor del que la has inflamado trabaje por la salvación de ambos...

—Tengo que contarte algo para que no creas que me arrojé en brazos del primero que llega...

Malobali acercó los dedos a los labios de Romana, pero ella los apartó con firmeza y prosiguió:

—Déjame hablar. He llevado durante demasiado tiempo este peso en el corazón. Tengo que liberarme de él. Nací en Oyo, en el más poderoso de los reinos yoruba. Mi padre ejercía importantes funciones en la corte, pues era *arokin*^[159] y el encargado de recitar las genealogías reales. Vivíamos en el recinto de palacio. Un día, mi padre, víctima de las disputas y las intrigas de enemigos, fue destituido de su cargo. Nuestra familia fue dispersada. No sé qué fue de mis hermanos y hermanas. A mí me vendieron a unos negreros y me llevaron al fuerte de Gorée. ¿Puedes imaginar el dolor de ser separada de tus padres, apartada de una vida de lujo y bienestar? Entonces tenía apenas trece años, era una niña. En aquel fuerte abominable, entre aquellas criaturas condenadas como yo al infierno, no paraba de llorar. Deseaba morir, y sin duda hubiera logrado mi propósito. Pero apareció un hombre. Un hombre alto y fuerte. Llevaba un saco de naranjas al hombro. Me ofreció una y fue como si el sol, que desde hacía semanas se negaba a salir para mí, reapareciera en el cielo.

»Por mí, para protegerme, aquel hombre hizo la terrible travesía. A veces, las olas, tan altas como el palacio del *alafin*,^[160] barrían la cubierta. Entonces me abrazaba a él y él me cantaba nanas en una lengua de la que sólo comprendía su dulzura. En las bodegas, los marineros blancos violaban a las mujeres negras, y yo

oía sus lamentos mezclados con los gemidos del mar. Si el infierno existe, Samuel, no debe de ser distinto.

»Finalmente llegamos a una gran ciudad en la costa de Brasil. ¿Puedes imaginar lo que es que te vendan? ¡La muchedumbre mirándote alrededor de la tarima, los grupos de negros acurrucados unos contra otros, el examen de los músculos, los dientes, las partes sexuales, el mazo del subastador! Desgraciadamente, Naba y yo fuimos separados...

—¿Naba? ¿Has dicho Naba?

—Déjame seguir. Después contestaré a tus preguntas. Me compró Manoel da Cunha, quien me llevó a su hacienda, mientras que a Naba se lo llevaron hacia el norte, al *sertão*. Y allí fue donde empezó mi auténtico calvario. Porque me di cuenta de que hasta entonces no había sufrido gracias a que él estaba a mi lado. Y me había quedado sola. Completamente sola. Y aún no llevaba ni dos noches en la *senzala* cuando Manoel mandó a buscarme. Entonces tuve que soportar a aquel hombre al que odiaba. Y él depositó su semen en mi vientre...

—Calla, puesto que hablar te hace sufrir tanto...

—No, debo continuar. Cien, mil veces quise matar a aquel niño. Las esclavas viejas conocían plantas y raíces que me hubieran permitido expulsar aquel feto, símbolo de mi vergüenza. Pero algo me impedía hacerlo. Y un día, Naba apareció. En la cocina, en el momento en que yo estaba sirviendo la comida y sin decir una palabra, me estrechó contra sí... Y yo me sentí lavada, absuelta...

Malobali aprovechó que hacía una pausa para suplicarle:

—Háblame de ese hombre, Romana... ¿Lo llamas Naba?

—Sí, debo hablarte de él para que no creas que soy una depravada que se encapricha del primero que llega. Era bambara, de Segú, como tú. Su *diamu* era Traoré, y su tótem, la «grulla coronada». Antes de cumplir quince años, había matado un león, y al verlo las mujeres cantaban:

*El león dorado de reflejos cobrizos,
el león que, renunciando a los bienes de los hombres,
se sacia de lo que vive en libertad,
cuerpo a cuerpo, Naba de Segú...*

»Pero un día, unos “perros locos de la sabana” lo capturaron y lo vendieron... Y cuando te vi entrar en mi casa con los dos sacerdotes, creí que Dios, en su insondable bondad, me lo devolvía. Iba a arrodillarme para darle las gracias, pero me percaté de mi error. Me puse furiosa, porque una vez más el destino se burlaba de mí y me hacía sufrir. Porque, continuando mi historia, ¡lo mataron, Samuel, lo mataron!

—¿Mataron a mi hermano?

—¿Tu hermano?

—Mi hermano, era mi hermano. La historia que has contado sucedió en mi familia. A causa de ella, los cabellos de mi madre se pusieron blancos, mi padre murió prematuramente y nada en nuestra casa volvió a ser como antes...

Malobali estrechó a Romana contra sí, maravillándose de la clarividente tenacidad de los ancestros. Porque aquella mujer le correspondía legítimamente al sobrevenir la muerte de su hermano mayor. Pero ¿cómo hubiera podido tomar posesión de su bien, separado de él por tantos mares, desiertos y bosques, sin su ayuda, sin ese encadenamiento de aventuras que habían tejido pacientemente? De Segu a Kong. Después a Salaga. De Salaga a Kumasi. A continuación a Cape Coast. De Cape Coast a Porto-Novu. Y finalmente, de Porto-Novu a Ouidah.

¡Cómo iba a amarla ahora! Para hacerla olvidar. Gracias a él, ya había recuperado su belleza, su juventud. Muy pronto recuperaría la alegría. No pararía hasta que no devolviese la risa a sus labios. Y a los de sus hijos. Pasó la mano por sus pechos muy despacio, por su vientre ligeramente abombado, se atrevió a rozar el vello secreto de su sexo. Todo aquel jardín, aquella hermosa tierra que en lo sucesivo labraría bajo la mirada cómplice de los dioses y los ancestros.

¿Modupé? Apartó de su mente aquel pensamiento. ¿Qué derecho tenía ella frente a la viuda de su hermano? Se trataba de un deber a la vez sagrado e imperioso al que no podía sustraerse.

Estrechando a Romana contra sí, satisfizo su deseo de ser poseída.

Si los oxidados cañones de los fuertes Saint-Louis-de-Grégoy, São João Baptista de Ajuda y William's se hubieran puesto a disparar al mismo tiempo contra la ciudad, no habrían producido una conmoción mayor que el anuncio de la boda de Malobali y Romana. Se veía en aquello la mano de los sacerdotes. Pero ¿con qué finalidad? Estaban en situación de saber que el catolicismo de Malobali era superficial y que al cabo de dos meses Romana tendría que compartirlo con una o varias coesposas. Los *agoudas* no entendían que ella cambiara el hermoso apellido brasileño Da Cunha por el de Traoré, que atufaba a barbarie y fetichismo. Todo el mundo se compadecía de Modupé, quien, por su parte, no decía nada, pues los grandes dolores son mudos.

La boda se celebró al finalizar la estación seca. Los misioneros, ayudados por los esclavos que Chacha había puesto a su disposición, habían hecho un buen trabajo. Habían construido una iglesia bastante imponente. Era una gran cabaña rectangular con un techo de paja que reposaba sobre columnas hechas de troncos de iroko, unidas a media altura por un muro calado. El altar se alzaba sobre un estrado adosado a una empalizada, sobre la cual había pintada una cruz con colores vegetales. Un pasillo separaba las dos alas en las que estaban dispuestos los bancos, y el conjunto podía albergar a un centenar de personas. Detrás de la iglesia había un edificio que servía a la vez de colegio y de alojamiento para los sacerdotes. La Sociedad de las Misiones Africanas de Lyon estaba encantada, ya que la misión de Ouidah contaba con un total de cincuenta y seis alumnos, todos hijos de *agoudas*, y solicitaba la ayuda de hermanas para resolver el problema de la enseñanza femenina. Porque, ¿acaso no sería la constitución de familias cristianas que se ocupasen de la formación de sus hijos, lo que permitiría a las misiones instalarse de forma estable?

Para la boda, Malobali cedió a los deseos de Romana y le compró a un comerciante inglés que se detuvo unos días en Fort William's, de paso hacia los Ríos de Aceite, un redingote, un pantalón ceñido y una corbata de seda negra. Ella se había comprado un vestido de seda color parma con mangas pagoda y un chal cuyas puntas barrían el suelo. En cuanto a sus tres hijos, Eucaristus, Joaquim y Jesús, iban completamente de negro y llevaban un pequeño bastón con empuñadura de plata. Chacha Ajinaku fue el testigo de Malobali.

Un incidente estropeó el buen desarrollo de la ceremonia. Nada más terminar el padre Ulrich su homilía sobre la belleza del amor humano, reflejo del de Dios, una larga pitón desprendió las volutas de la rama del techo en la que se había enrollado. El animal balanceó la cabeza adelante y atrás en el vacío, y a continuación, con una agilidad silenciosa, saltó al suelo a los pies de los niños del coro. ¡Dagbé, la pitón Dagbé, encarnación del ser supremo! ¿Qué había ido a anunciar? Algunos

interpretaron aquello como un buen presagio. Otros, como todo lo contrario. Pero a todos les impresionó.

Todos los habitantes de Ouidah, divididos entre la hilaridad y la admiración, salieron de sus casas para ver desfilar el cortejo de los *agoudas*. ¡Qué calor debían de estar pasando, envueltos en terciopelos y sedas con el sol que hacía! Manoel da Cruz llevaba un sombrero de copa que le había comprado a un tratante, y la multitud se partía de risa cuando él pasaba. ¿Olvidaba aquella gente el color de su piel? ¡Les daba por vestirse como los blancos!

El cortejo entró en casa de Chacha y sacó de su abatimiento a todos los esclavos del barracón, que se acercaron a ver a los recién casados. Chacha hizo que les sirvieran raciones suplementarias. Había puestas grandes mesas con servicios de porcelana de China, copas admirablemente talladas, bandejas de plata en las que se amontonaba toda clase de comida. Platos brasileños, por supuesto: *fechuada*, *cousidou*, *cachuapa*, *piron*... Pero también manjares locales: albóndigas de *acasa*, marmitas de *calalú*, pescados de mar o de la marisma de Wo cocinados enteros, montañas de gambas, ñames, mandioca... Circulaban calabacinos de cerveza de mijo, aguardiente, ginebra, aquavit, vinos de Oporto y vinos franceses, así como pintas de *stout*^[161] y de Guinness. Los capitanes de los negreros participaron en el banquete. Hasta el *yovogan* Dagba hizo acto de presencia, rodeado de su cortejo de bailarines y músicos.

Los más felices de la reunión eran quizá los hijos de Romana, sentados en un extremo de la mesa. Creían ver el alba de una vida nueva. Su madre estaba transformada, sonriente, llena de indulgencia. Se les había devuelto a su padre en la persona del hermano de su padre. ¡Era mucho más fantástico que los cuentos de *tutu*, *zumbi* y *jurupari*^[162] que tiempo atrás les contaba su madre! ¡Con este nuevo padre, se acabaron los palmetazos! ¡Se acabaron los interminables rosarios, los Salve Regina, los

Pueblos africanos en la noche.

No, no estás condenado al desprecio, al odio.

¡Ya no estás abandonado como un pueblo maldito!

seguidos de:

Caminemos, caminemos tras los pasos de Jesús.

¡Se acabaron las mortificantes sesiones de lectura y de cálculo!

Percibían con mucha más claridad que todos los invitados que iba a librarse un combate entre dos modos de vida, dos culturas, dos universos, e ingenuamente creían saber quién iba a declararse vencedor.

En los postres, entraron unos músicos llevando en bandolera unas banderolas amarillas y verdes, los colores nacionales de Bahía. Eran los esclavos de los *agoudas*,

que golpeaban pequeños tambores cuadrados, rascaban sierras con varas metálicas, hacían chocar tablillas unas contra otras, daban palmadas, en resumen, organizaban un buen estrépito.

Los bambara presentes en la fiesta, sobre todo Birame, miraban todo aquello con estupor. Si los *agoudas* lo hacían para perpetuar el recuerdo de Brasil, ¿que se hubieran quedado allí! ¿Pues no decían ahora que habían pasado allí los mejores años de su vida! ¿Acaso habían olvidado que allí eran esclavos? ¿Habían olvidado que organizaban revueltas? ¿Extraño cambio!

Hacia el final de la tarde, los dos sacerdotes se retiraron tras una última homilía y el ambiente degeneró un poco. Jerónimo Carlos se levantó y empezó a imitar la cadencia endiablada del «*boi a ou boi*», el toro, mientras que su hermano João representaba la «*careta*», el hombre enmascarado. Los niños hicieron estallar petardos, cuyo ruido asustó a los autóctonos de Ouidah, poco acostumbrados a esas diversiones aprendidas de los blancos.

La velada prosiguió con un baile. Todos los *agoudas* recordaban los bailes dados por sus antiguos amos en Recife, en Bahía o en la haciendas el día de la *botada*,^[163] en los que se debían contentar con llevar las bandejas. Pues bien, ahora eran ellos los que evolucionaban al ritmo de las cuadrillas y los valeses, con un entusiasmo del que tal vez los portugueses carecían. Había en el ambiente una mezcla de nostalgia y de espíritu de revancha que otorgaba una coloración peculiar a la ceremonia y unía estrechamente a todos los invitados.

La fiesta acabó con unos fuegos artificiales cuyos arabescos se dibujaron largo rato por encima de los tejados de paja de Ouidah, entre los cocoteros del litoral y hasta el mar azul oscuro, como el cielo.

Los primeros tiempos de matrimonio fueron para Malobali un descubrimiento. Tal vez por haber poseído a tantas mujeres, nunca les había prestado atención. Eran simplemente cuerpos dóciles cuya tibieza le gustaba, pero que olvidaba enseguida. Estando con Romana se dio cuenta por primera vez de que una mujer era un ser humano cuyos complejos sentimientos lo desconcertaban. Enseguida reconoció en Romana una inteligencia que él mismo no poseía. Y la habría admirado si, al mismo tiempo, no hubiera dependido tanto de él. Una palabra un poco brusca o un gesto de impaciencia la hacían llorar. Una expresión de indiferencia la desesperaba, y podía pasarse horas preguntándole de qué era culpable.

Para Malobali, el amor siempre había sido un acto simple y satisfactorio, como ingerir un alimento o una bebida bien preparados. Con Romana, se convertía en un drama, en un juego fascinante y perverso, en un teatro de la crueldad cuyos signos era absolutamente incapaz de descifrar y en el que se encontraba metido casi en contra de su voluntad, casi con miedo. No comprendía ni por qué Romana lo deseaba con tanta intensidad, ni por qué parecía arrepentirse tanto de ello.

En el plano material, la pareja prosperó. Chacha, que ya no estaba interesado en el comercio del aceite de palma, intercedió ante el rey Guézo para que le concediera a

Malobali el monopolio de su venta a los europeos, en particular a los hermanos Régis. Malobali compraba todo el aceite rojo, producido por las mujeres, y tras haber pagado una tasa al *tavisa*, funcionario del rey, lo revendía a los tratantes. No tardó en ser tan rico que fundó una barrilería y empleó a *agoudas* que habían aprendido en Brasil los oficios relacionados con la madera. Los barriles de madera presentaban la ventaja, frente a las tinajas de barro empleadas hasta entonces, de que no se rompían y eran más manejables.

Romana siempre había sido una mujer ávida de ganancias. Tiempo atrás, Naba se lo reprochaba. Y ese aspecto de su carácter se había acentuado durante los largos años en los que, sola con sus hijos, había temido por su futuro. Compró un cofre metálico donde amontonaba no sólo polvo de oro y cauris, sino también monedas de oro y de plata que obtenía de algunos tratantes, y cuya llave guardaba entre sus pechos, pues desconfiaba de los accesos de generosidad de Malobali y de su propensión a derrochar fortunas en alcohol de trata o jugando a las cartas. Por esa razón intentaba apartarlo de Chacha y de Birame, aunque en ese interés había una gran parte de celos. Detestaba el tiempo que Malobali pasaba lejos de ella, el placer que obtenía fuera de casa, la libertad de que gozaba. Le hubiera gustado mantenerlo en la concesión al alcance de la vista, como a uno de sus hijos, y cuando estaba allí, no paraba de regañarlo para atraer su atención.

¿Cuándo empezaron a surgir desavenencias en la pareja? En realidad, desde la noche de bodas, cuando Malobali se vio obligado a dar más de lo que poseía. Muy pronto, todo se convirtió en objeto de disputa. Los *agoudas*, cuyas diversiones le parecían a Malobali pueriles y afectadas, y su arrogancia con los autóctonos, insoportable; los bambara, que Romana encontraba toscos, depravados, enemigos del verdadero Dios. Odiaba especialmente a Birame porque era musulmán, y a sus ojos el islam era una religión asesina que asolaba Oyó, su país natal, y había causado la muerte injusta de Naba; los niños, sobre todo Eucaristus, pues al enterarse de que los misioneros ingleses enviaban a jóvenes africanos a Londres para hacerlos sacerdotes, Romana quería suplicarle al padre Étienne que pensara en su hijo pequeño. Ya lo veía con la larga sotana negra, el rosario descansando sobre la cadera, como una arma de Dios, y la cruz colgada del cuello, mientras la multitud se prosternaba ante él. Pero Malobali no paraba de hablarles a los niños de Segu, esa guarida del fetichismo; les había puesto nombres bambara y alardeaba de llamarlos exclusivamente por ellos.

Para evitar estas discusiones, seguidas de reconciliaciones más agotadoras aún, Malobali, pese a que siempre había odiado esforzarse, se metió de lleno en su trabajo de comerciante. Poco a poco, las conversaciones que mantenía con Romana empezaron a girar únicamente sobre la medida del aceite de palma, su acondicionamiento, su venta con beneficios, la eliminación de tal o cual competidor... Y lo peor era que las lunas se sucedían y Romana no se quedaba embarazada. ¡Ella que había traído al mundo cuatro hijos! Tenía la sensación de que

su cuerpo era un campo que ya no podía alimentar las semillas por haber permanecido mucho tiempo en barbecho.

Angustiada, Romana fue a ver a un *babalawo*. El hombre era originario de Ketu y gozaba de gran prestigio entre los nago de Ouidah. Estaba sentado sobre una estera y tenía ante sí los instrumentos de adivinación: las dieciséis nueces de palma, la cadena sagrada y el polvo. Clavó su mirada brillante en la de Romana, obligándola a recitar las palabras rituales:

*Ifa es el señor de este día,
Ifa es el señor de mañana,
Ifa es el señor del día que sigue a mañana.
A Ifa pertenecen los cuatro días creados por Oosa^[164] en la
tierra.*

A continuación lanzó las nueces de palma sobre la bandeja adivinatoria de madera, decorada con motivos triangulares en el contorno y una imagen de Eshu el mensajero. El corazón de Romana latía aceleradamente. Pero el hombre de Ifa la tranquilizó recitando un largo y oscuro poema que acabó con la palabra «olubunmi». [165]

¿Cuándo reanudó Malobali sus visitas a Modupé, quien, confortada por las predicciones de su *babalawo*, esperaba pacientemente su regreso? ¿Cuándo comenzó a considerarla su única y verdadera esposa? No, aquella ceremonia en la iglesia de Ouidah no significaba nada. Porque no habían circulado regalos. Porque los dioses y los ancestros no habían sido convocados, apaciguados, invitados a ofrecer su protección. Porque el coro no había cantado la bendición tradicional.

*¡Que este matrimonio sea feliz!
¡Que saque pies y manos!
¡Que dure el fuego de esta unión!*

¡Segu! ¡Segu! ¡Había que volver a Segu! ¿Por qué quedarse entre extranjeros, junto a una mujer que lo extenuaba pero no le daba hijos? ¿Qué estaba ocurriendo en Segu?

Seguramente el reino del *mansa* Daa Manson conservaba su grandeza y sus éxitos. ¿Por qué no estaba él allí para vivir esos importantes momentos? ¡Ah, apoyar la cabeza sobre las rodillas de Nya!

«Madre, en mi ausencia tus cabellos se han puesto blancos. No he visto dibujarse esas arrugas alrededor de tu boca y te encuentro más frágil y vulnerable que en mi recuerdo. Madre, ¿me perdonarás mis vagabundeos?»

Malobali hizo partícipe a Modupé de sus planes.

—No sé muy bien cómo llegar hasta allí. Debo pedir consejo a los comerciantes hausa... esa gente conoce todas las carreteras...

A Modupé se le saltaron las lágrimas.

—¿Puedo contárselo a mi madre?

Malobali la estrechó contra sí. Era consciente de todos los sacrificios que hacía por él. Si bien la mayoría de los *agoudas*, pese a ser católicos, tenían dos o tres mujeres, sabía que eso a él le estaba vedado, ya que Romana no lo aceptaría jamás. Así pues, pese a los numerosos regalos que le hacía a su familia, no había podido casarse con Modupé. Esa humillación, esa situación falsa, él lo sabía, la hacía sufrir.

—Celebraremos nuestra boda en Segu, con los míos. Después, mi familia cargará una caravana de presentes destinados a los tuyos. ¿Te la imaginas entrando en Ouidah? La gente saldrá de casa y exclamará: «Pero ¿de dónde vienen éstos? ¿Y qué quieren?»

Al final consiguió arrancarle una sonrisa. Sí, había que llevar a la práctica ese plan con urgencia. Birame también estaba harto de aquella vida en tierras lejanas. A buen seguro se uniría a cualquier plan de regreso al país natal.

La casa de Romana había sufrido considerables modificaciones. Malobali había hecho levantar en el patio un edificio con las paredes de tierra, que, por una parte, servía de almacén para los barriles de aceite de palma en espera de que llegaran los barcos mercantes, y por otra, de tienda con balanzas y pesas francesas para pesar las tinajas que llevaban los detallistas. Durante toda la mañana se oía un constante murmullo, un parloteo de mujeres que desconfiaban de los instrumentos de los blancos, siempre se consideraban estafadas y amenazaban con presentar sus quejas ante el rey Guézo en persona. Eucaristus, que ya dominaba perfectamente la escritura, llevaba un libro de cuentas sentado a una mesa cubierta de tinteros, plumas de diferentes colores y sellos de cera. Su joven semblante, serio y circunspecto, y los dibujos cabalísticos que trazaba sobre el papel intimidaban a todo el mundo, y en todas las casas se hablaba de él como de un prodigio. La propia barrilería había sido construida en un terreno adyacente y empleaba a diez obreros que se pasaban el día cortando, cepillando y puliendo madera, mientras que unos esclavos llevaban troncos de árbol de los bosques cercanos.

Pero cuando Malobali llegó a su casa todo estaba tranquilo, porque era muy tarde. Tan sólo flotaba ese aroma amargo del aceite de palma, mezclado con el de la madera recién cortada, que impregnaba todos los objetos de la concesión. Entró en el dormitorio, y Romana notó con satisfacción que no estaba borracho. Llenó la pipa de tabaco de Bahía y se la colocó entre los dientes, pero no la encendió porque sabía que Romana detestaba su olor. Y ésta, que no tenía más remedio que contentarse con migajas, se alegró de aquella aparente atención.

—*Iya*, creo que voy a ir a Abomey —dijo Malobali en tono grave.

—¿A Abomey? —repitió ella con incredulidad—. ¿Qué tienes que hacer allí?

Malobali lo había preparado todo y dijo con convicción:

—Verás, quiero tener mi propio palmeral. Quiero que mis propios esclavos suban a coger los racimos y extraigan el aceite. Será más rentable para nosotros que

comprárselo a detallistas...

Romana permaneció unos instantes en silencio.

—Extraer el aceite de palma es un trabajo de mujeres libres —dijo por fin—, algunas de las cuales pertenecen a poderosas familias fon. Por ejemplo, una de las mujeres del *yovogan* Dagba... ¿Crees que te permitirán hacerlo?

—Por eso debo pedirle audiencia al rey en persona.

Romana suspiró.

—Malobali... —dijo, pues él le había prohibido que lo llamara Samuel—, eres extranjero, no lo olvides.

—Sí —repuso él—, pero estoy casado con una *agouda* y el rey Guézo los adora. Además, ¡extranjero, extranjero!... ¿Acaso los portugueses y los brasileños que hacen y deshacen lo que les viene en gana no son extranjeros?

Si ella hubiera replicado: «Sí, pero son blancos», él se habría puesto furioso. Así que se limitó a decir sin ningún entusiasmo:

—Si crees que es una buena idea...

Él hizo ademán de levantarse y ella no pudo evitar preguntarle en un susurro:

—¿No te quedas conmigo?

Malobali pensó rápidamente que si no quería levantar sospechas y tener las manos libres para preparar su marcha, era preferible que la colmara sexualmente. Se acercó a ella y entonces se dio cuenta de que se había embadurnado el cuerpo con una crema perfumada que vendían los hausa. Aquello lo conmovió, e imaginó que esa emoción era deseo.

¡Si Romana hubiera aceptado su condición de mujer! ¡Si se hubiera dejado guiar en vez de pretender guiarlo a él e imponerle un modo de vida que odiaba! ¡Era desgarrador pasar por el lado de la dicha!

Romana, por su parte, explicaba a su manera las dificultades surgidas entre Malobali y ella. Naba, era Naba. Tan dulce y tolerante en vida, no soportaba ver a su viuda en los brazos de su hermano. Por más que Malobali le repetía que eso era costumbre en tierra bambara, que Nya, su madre, a la muerte de Dusika había sido entregada a su hermano menor, Diemogo, en bien de la comunidad, Romana creía percibir en todo aquello un tufo a incesto. De modo que se abismaba en plegarias mientras decoraba con flores el altar de la iglesia y cantaba con pasión: «¡Piedad, Señor!»

En una palabra, sufría una tortura aún peor después de casarse que antes. Como estaba cada vez más delgada, las matronas de Ouidah fruncían los labios. Los ancestros tenían sus razones para no favorecer ese matrimonio, y el Dios de los cristianos, que lo había bendecido, no tardaría en saberlas. Esa noche, por una vez calmada, acarició los brazos de Malobali y susurró:

—Para conseguir audiencia con el rey Guézo tendrás que ofrecerle regalos muy caros, sobre todo porque sólo le gustan las cosas de los blancos. Mañana abriré el cofre para que cojas lo que quieras...

Aquellas frases destinadas a complacerlo y a demostrarle sumisión irritaron a Malobali. ¿No era él quien hubiera tenido que decir: «*Iya*, mañana abriré el cofre porque voy a tener muchos gastos»? ¿No era así como sucedía entre Nya y Dusika cuando se celebraban ceremonias importantes en la familia? Recogió su ropa en la oscuridad y se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó ella con voz suplicante.

Él salió sin responder.

Una vez en el patio, encendió la pipa y aspiró profundamente el humo. Hacía una noche apacible. Un cuarto de luna sin fuerza se ocultaba tras las ramas de una ceiba. ¿Debía marcharse? ¿Dejar tras de sí a los hijos de Naba, es decir, los suyos, con esos nombres extraños, educados en la ignorancia de sus tradiciones y su lengua, adorando a un ídolo extranjero? ¿No era eso un crimen del que tendría que responder ante la familia? ¿Qué explicación daría al clan? ¿Cómo sostendría la mirada de Nya cuando se enterase de que había encontrado a los hijos de Naba y no los había llevado a Segu?

Malobali se esforzaba en acallar su conciencia, convenciéndose de que la prudencia le impedía llevar a cabo semejante empresa, cuando Eucaristus surgió de la oscuridad. Eso significaba que el niño había dejado la puerta de su habitación entornada para oírlo cuando volviese a casa. De los tres muchachos, era el que estaba más apegado a él, el más sensible, el más afligido por la ausencia del padre.

—Cuéntame un cuento —le rogó Eucaristus.

Malobali le acarició la cabeza y dijo con ternura:

—Está bien, escucha. Un hombre y su hijo estaban comiendo cuando llegó un extranjero hambriento, así que lo invitaron a compartir su comida. El extranjero se sentó y cogió un puñado enorme de comida. Entonces el niño exclamó: «Baba, ¿has visto qué bocado tan grande ha cogido ese extranjero?» El padre lo reprendió diciéndole: «Calla. ¿Acaso te ha dicho que va a comérselo para coger otro?» A tu entender, ¿quién echó al extranjero, el hijo o el padre?

Aunque Eucaristus sabía la respuesta, no por ello dejó de fingir ignorancia. Después preguntó:

—¿Qué soy yo, *agouda*, yoruba o bambara?

Malobali lo estrechó contra sí.

—Los hijos sólo pertenecen a su padre. Tú eres bambara. Un día irás a Segu. Jamás has visto una ciudad como ésta. Aquí, las ciudades son creaciones de los blancos. Han nacido del tráfico de carne humana. No son más que vastos almacenes. ¡Pero Segu! Segu está rodeada de murallas. Es como una mujer a la que sólo puedes poseer por la fuerza...

Eucaristus escuchaba y su imaginación se inflamaba. No, él no quería el futuro que le preparaba su madre. No quería convertirse en un sacerdote, en un hombre sin esposas. Quería que las muchachas, haciendo tintinear los cascabeles de sus tobillos,

exclamaran a coro, llenas de admiración y de temor ante él como los cazadores yoruba ante el leopardo:

*Príncipe, príncipe, gigante de los de tu especie,
tu abrazo da la muerte,
juegas y matas,
desgarras los corazones.
La muerte que viene de ti es dulce y rápida.*

Una nube pasó por delante de la luna y el cielo se quedó oscuro unos instantes. El olor del mar llegaba a vaharadas, imponiéndose al de los naranjos que crecían en abundancia en las concesiones. Malobali suspiró. Iba a marcharse, ya había tomado la decisión. Sin embargo, en el momento de dejar a Romana, imaginaba su vida sin ella y se apenaba. ¿Colmaría Modupé el vacío de su ausencia?

Eucaristus notaba que el pensamiento de Malobali se alejaba de él, pero quería oír hablar más de Segú, así que dijo:

—Háblame del día de tu nacimiento y de aquel blanco que estaba a las puertas de la ciudad...

—Lo has oído cien veces...

El niño hizo un gesto mimoso.

—Quizá, pero nunca me has dicho si tu madre lo tomó por un mal presagio.

—¿Mi madre?

Malobali se levantó. Tenía unos treinta años. Había ido de aquí para allá, visto mundo, estrechado a mujeres en sus brazos. Y sin embargo, el dolor estaba ahí, intacto. Las palabras de Nya resonaban aún en sus oídos: «Soy tu madre porque soy la mujer de tu padre y porque te quiero. Pero no fui yo quien te llevó en el vientre...»

¿Dónde estaba la que lo había abandonado? ¡Madre ausente! ¡Madrastra! ¿Sabes que me has condenado a vagar interminablemente en tu busca?

A partir de Ouidah, la arena cede el puesto a la tierra. La vegetación es más abundante, los árboles, más tupidos, y después se entra en un espeso bosque que no acaba hasta Ekpe. Pasado Ekpe viene la Lama, un terreno formado por una especie de tierra arcillosa donde el nivel del agua es siempre muy bajo. Es una depresión fangosa, compuesta de arcilla y marga. Al salir de la Lama, la carretera hace una subida pronunciada, luego más suave, y finalmente llega a una meseta orientada al sur en forma de arcos de círculo. La abundante vegetación desaparece poco a poco, y esa meseta sólo está cubierta de altas hierbas y bosquecillos de palmitos, ceibas...

Todo había empezado mal para Malobali.

En primer lugar, había cedido a las lágrimas de Modupé e informado a su familia del plan. Así que bastaba una indiscreción, siempre posible, para que Romana se enterase de la verdad acerca del viaje a Abomey. Después, cuando había ido a ver al *yovogan* Dagba, éste le había dicho riendo que él sólo se ocupaba de las relaciones de los blancos con el soberano. Malobali era negro y, por añadidura, estaba casado con una mujer del país, lo que significaba que era absolutamente libre de ir adonde quisiera con la condición de pagar las tasas debidas en los diferentes *denu*.^[166] Le había concedido el derecho de ir a caballo bajo una sombrilla y rodeado de sirvientes armados, como los jefes autóctonos, honor que Malobali no había podido rechazar pero que atraía la atención de todo el mundo, cuando él había planeado confundirse entre la multitud de comerciantes y cruzar el río Zou hasta Adofoodia, desde donde, según le habían dicho, era muy fácil llegar a Tombouctou. Una vez allí, esperaba que Modupé, guiada por Birame, se reuniese con él. Todo eso era peligroso, poco seguro, y se hallaba sometido a numerosos imponderables.

Al entrar en Abomey, Malobali se quedó sorprendido por la extensión de la ciudad y, sobre todo, del palacio real, el palacio Singboji. Éste se extendía sobre una superficie igual a la de toda Ouidah. Rodeado de enormes fortificaciones cuya protección estaba reforzada por un amplio foso, albergaba a unas diez mil personas. El rey, sus mujeres, sus hijos, sus ministros, sus amazonas,^[167] sus guerreros y todo un ejército de sacerdotes, cantores, artesanos y sirvientes encargados de las más diversas funciones. Los edificios que ocupaba Guézo eran rectangulares, mientras que las tumbas de los reyes difuntos, situadas en el interior del mismo recinto, eran circulares y estaban provistas de unos techos de paja tan bajos que sólo se podía entrar arrastrándose, a la vez por consideración hacia los augustos manes y porque resultaba imposible adoptar cualquier otra posición. Dichas tumbas se alzaban al este de un paseo central llamado Aydo Wedo, arco iris, mientras que las moradas de las «madres de los reyes», también llamadas «madres de panteras» y cuya importancia en la corte era considerable, estaban situadas al oeste. Ascendía un incesante murmullo

de música, interpretada con diversos instrumentos: olifantes de colmillos de elefante, tam-tam, campanas y la voz de centenares de muchachas llamadas los «pájaros del rey», cuyos trinos acompañaban a éste en todos sus desplazamientos.

Malobali tenía que pasar una o dos noches en el barrio de Okeadan, en casa de una familia emparentada con la de Modupé. Una vez allí, contaba con desembarazarse de su escolta pagándole generosamente y enviándola de vuelta a Ouidah. Mientras llegaba y empezaban a extrañarse de su ausencia, él ya estaría, al menos así lo esperaba, muy cerca de Tombouctou. Pero resultó que un tal Guedu, miembro de la policía secreta del rey Guézo, la famosa *leguede*, frecuentaba aquella casa nago con intención de encontrar una esposa. A Guedu le intrigó aquel forastero, la manera de separarse furtivamente de su escolta y la prisa por retirarse a la habitación que le habían ofrecido sin expresar el más mínimo deseo de conocer a la familia. Su instinto le dijo que aquel individuo tenía algo que ocultar. Llevó a uno de los hijos del dueño de la casa a un rincón apartado y le preguntó:

—¿Sabes quién es ese hombre?

El niño hizo una mueca.

—Creo que es ashanti, o mahi. En cualquier caso, no es nago.

Guedu frunció el entrecejo. ¿Ashanti? ¿Mahi? ¡En cualquiera de los dos casos, era un enemigo!

En efecto, las relaciones entre el *asantehené* de Kumasi y el rey de Dahomey nunca habían sido buenas, hasta el punto de que uno o dos años antes Guézo había hecho saber al gobernador MacCarthy, instalado en el fuerte de Cape Coast, que estaría encantado de ver a los ingleses invadir el país ashanti. En cuanto a los mahi, eran los enemigos hereditarios que todos los estrategas de Guézo le urgían a destruir. Se sabía que el rey se disponía a realizar una vez más una campaña contra Hounjroto, la capital de sus vecinos, pues necesitaba cautivos para la trata y víctimas expiatorias para la gran fiesta del Atto.^[168] ¡Fecunda época para los espías en busca de información sobre las expediciones militares que se planeaban!

Guedu se dirigió, pues, al barrio de Ahuaga, donde su superior, Ajaho, a la vez ministro de los cultos, ujier de palacio y jefe de la policía secreta, tenía su residencia oficial.

Las calles de Abomey estaban animadísimas. Blancos arrellanados en hamacas llevadas por porteadores. Feticheros con la cabeza rapada, el torso desnudo, pulseras de cauris en las muñecas y los tobillos adornados, trazos blancos y rojos hechos con una solución de caolín y laterita alrededor de los ojos. Hileras de jóvenes vestidas con pareos de terciopelo y satén, que iban a la fuente de Dido a buscar agua de las ofrendas a los reyes difuntos.

Al llegar al barrio de Ahuaga, Guedu se enteró de que Ajaho estaba desde por la mañana en el palacio Singboji, en una importante reunión ministerial. El palacio se comunicaba con la ciudad a través de numerosas puertas. Guedu evitó deliberadamente la puerta Hongboji, reservada a las reinas y guardada por eunucos, y

pasó por la puerta Fede. El consejo había terminado, y Ajaho mantenía una animada conversación con el joyero Hountonji, que estaba sentado sobre un tarugo de madera, con los pies apoyados en el suelo y el cuerpo bañado en sudor, y llevaba por todo vestido una tira de tela pasada entre las piernas y sujeta con un cinturón de lianas. En cuanto a Ajaho, era un hombre alto y apuesto, uno de los siete «portadores de sombrero de fieltro» del reino, y vestía un amplio pareo de seda blanca. Guedu le informó rápidamente de las sospechas que Malobali le había inspirado, y Ajaho, lejos de tomárselo a risa, lo escuchó con suma atención. Porque el asunto era serio. Tras unos momentos de reflexión, declaró:

—Guézo sólo tiene ojos para los mahi. Está empeñado en darles una lección porque han matado a dos o tres blancos amigos suyos que querían visitar sus bosques sagrados. No se ocupa en absoluto de los ashanti. Pero yo creo que es por ese lado por donde hay que temer un ataque. Los ashanti ya no tienen prácticamente acceso al mar debido al bloqueo de los ingleses y les encantaría apoderarse de nuestro puerto de Ouidah. Permanece atento, Guedu, no le quites el ojo de encima a ese hombre...

Guedu no necesitó que se lo dijeran dos veces. Salió del palacio, atravesó la plaza Singboji en dirección al gran mercado y a continuación, girando hacia el oeste, se encaminó hacia el barrio de Okeadan. El sol ya se retiraba a descansar hacia el río Coufo. El calor había disminuido y una sombra fresca empezaba a caer del cielo. Las mujeres abandonaban los mercados, seguidas de chiquillas que transportaban los pimientos, el aceite de palma, la cecina y el maíz que no habían vendido. Guedu se preguntaba cómo se las arreglaría para descubrir la verdadera identidad del extranjero. No podía abordarlo sin más y preguntárselo. De pronto se le ocurrió una idea. La cerveza de mijo desata la lengua. Aparecería a la hora de la comida, aprovechando que era un habitual de la casa, llevando cerveza en abundancia. Entró en el mercado Ajahi.

—No entiendo a nuestros reyes —dijo Malobali con la voz ligeramente pastosa—. Adoran a los blancos. Después de haber agasajado a los portugueses, ahora Guézo sólo tiene ojos para los *zodjaguis*.^[169] Cuando estaba en Cape Coast, a los que se llevaba en palmitas era a los ingleses. ¿Es que no ven que esos troncos blancos^[170] son un peligro? Yo...

—¿Estabas en Cape Coast? —le interrumpió Guedu—. Perdona mi curiosidad, pero ¿de dónde eres?

Malobali iba a decir la verdad, pero le pareció que era preferible mantener el anonimato. ¿Quién sabía si Romana había enviado espías que le siguieran! No estaría tranquilo hasta que llegase a Tombouctou. Guedu, que lo observaba, notó aquella vacilación y dijo con una cortesía fingida:

—Perdona, soy un indiscreto.

Malobali meneó la cabeza.

—¿Indiscreto?... No, no... Soy ashanti, de Kumasi. Llevé mucho tiempo el uniforme de los guerreros, pero desde hace unos años me dedico al comercio. Les

vendo nueces de cola a esos «emborradores de tablillas» del país hausa, y allí es adonde me dirijo ahora.

Guedu no habría sabido decir por qué, pero todo aquello le sonaba a falso. Sin embargo, no siguió preguntando, sino que volvió al principio de la conversación.

—Tienes razón en lo que se refiere a los blancos. ¿Por qué atraen tanto a nuestros soberanos? ¿Por los fusiles y la pólvora? ¿Acaso no tenemos nosotros arcos y flechas? ¿Por sus bebidas alcohólicas? ¿Acaso la cerveza de mijo o de maíz no es igual de buena? ¿Por el terciopelo y la seda? Yo, lo confieso, prefiero nuestros tejidos de rafia...

Los dos hombres se echaron a reír y vaciaron otro calabacino de cerveza de mijo.

—Dicen que los blancos se niegan a prosternarse ante Guézo, ¿es cierto? —dijo Malobali.

Guedu asintió con la cabeza.

—Yo he sido testigo de ello. Y eso no es todo. El rey los invitó a la gran fiesta del Atto, y en el momento en que los victimarios enviaban a los cautivos hacia los dioses y los ancestros, manifestaron públicamente su desaprobación y su repugnancia. Algunos incluso abandonaron el estrado real.

—¿Y qué hizo Guézo?

Guedu meneó tristemente la cabeza.

—Nada, por supuesto. Los blancos no entienden que honremos a los nuestros. Imagínate que a la muerte de vuestro *asantehené* Osai Bonsu, los sacerdotes no hubieran enviado con él, para que le hicieran compañía, a sus mujeres, sus esclavos, sus favoritos...

Entonces Malobali cometió un error, en resumidas cuentas comprensible. Estaba medio borracho, cansado del largo viaje, angustiado e inquieto en lo concerniente al éxito de sus proyectos personales. Al oír las palabras de Guedu, dijo atolondradamente:

—¿Ha muerto Osai Bonsu?

Guedu lo miró a los ojos y se limitó a contestar:

—Hace como mínimo dos estaciones secas que Osai Yaw Akoto ocupa su lugar en el trono de oro.

Acto seguido se retiró.

Hay momentos en los que el hombre se cansa de luchar. Contra sí mismo. Contra el destino. Contra los dioses. «Que pase lo que tenga que pasar», se dice. Peor aún: algo en él aspira a que acaben las angustias y los sobresaltos y no desea más que la paz. La paz eterna. Malobali tenía la sensación de que llevaba años huyendo sin parar de una fuerza oscura y todopoderosa, de la que no escapaba sino para ser su víctima más tarde.

Había evitado las consecuencias de la violación de Ayaovi para caer en las redes de los misioneros y luego en las de Romana. Ahora trataba de escapar de Romana. ¿Para ir adónde?

Y mientras que su instinto le decía que desconfiara de Guedu, que se marchara de esa casa tras la metedura de pata que acababa de cometer, que prosiguiera su camino y cruzara el Zou, él era incapaz de actuar. Por más que se recordaba a sí mismo los pechos tibios de Modupé, el rostro de Nya, el olor de la tierra de Segu cuando el sol la calienta o las lluvias la empapan, seguía allí, con el cuerpo y la mente embotados. Y entre tanto, Guedu se dirigía al palacio Singboji.

Ajaho estaba con su amigo Gawu, un príncipe de sangre célebre por su valor en la guerra. Los dos hombres se pasaban una tabaquera y vaciaban calabacinos de ron procedente de Ouidah, reservado en principio para consumo del rey. En contra de las apariencias, no estaban en absoluto de buen humor, y hablaban de lo que hacía chismorrear e inquietaba a toda la corte: la influencia de los blancos en Guézo.

—¿Quién hubiera imaginado que Guézo no heredaría el carácter de su padre, el rey Agonglo?

—¿Ha olvidado que desciende de Agasu, la pantera?

Guedu tosió un poco para atraer la atención y Ajaho se volvió hacia él.

—¿Y bien? —preguntó.

Guedu se arrodilló sobre la blanca y fina arena llevada de Kana que cubría el suelo y susurró:

—¿Qué dirías tú de un ashanti que no supiese que el *asantehené* Osai Bonsu se reunió con sus antepasados hace dos estaciones secas?

Los tres hombres se miraron y Gawu dijo con ironía:

—¡Extraño, en efecto!

Se produjo un silencio, tras el cual Ajaho ordenó:

—Coge unos hombres y ve a arrestarlo. Tráelo a mi presencia mañana por la mañana.

Guedu, pensando ya en su ascenso, miró a Ajaho y preguntó:

—¿Dónde debo encerrarlo?

Porque se encerraba a los prisioneros en uno u otro sitio en función de su rango social. Había en el interior del palacio unas celdas para los príncipes y las princesas. Y había presidios en distintos barrios de Abomey para la gente corriente. El de Gbekon-Huegbo tenía una reputación siniestra. Se decía que los prisioneros debían permanecer en cuclillas y llevaban en el cuello un collar de hierro con una cadena que los unía al exterior y de la que los carceleros tiraban para divertirse. A veces, cuando estaban de un humor particularmente juguetón, tiraban tan fuerte que le partían el cuello a la desdichada víctima. En tales casos, se deshacían del cuerpo aprovechando la noche y las familias no podían ni raparle la cabeza, ni cortarle las uñas, ni lavarlo con agua templada antes de untarlo con crema perfumada, a fin de que se presentara en buenas condiciones y fuera admitido por el aduanero Sava en Kutomé, la ciudad de los muertos.

A Gbekon-Huegbo fue adonde Guedu condujo a Malobali.

«Después de todo, ¿sabemos quién es? Llegó a este país con los misioneros. Y después los abandonó. Sedujo a nuestras mujeres. Si los hombres de la *leguede* lo han detenido, sus razones tendrán para haberlo hecho.»

Eso es más o menos lo que se dijo en Ouidah cuando se supo la noticia de la detención de Malobali. Nadie pensó en ir a Abomey para identificarlo y dar fe de su honorabilidad. Chacha Ajinaku masculló que se había vuelto tan arrogante que debía de haberse comportado con insolencia en la corte. El padre Étienne y el padre Ulrich no movieron ni un dedo. Ante todo, temían indisponer al rey; y además, Malobali siempre había sido un elemento de discordia entre ellos, pues el primero no confiaba en él, mientras que el segundo estaba convencido de que conseguiría acercar aquella alma a Dios. La familia de Modupé, por su parte llamó a un *babalawo*, quien prescribió unos brebajes y unos ungüentos destinados a apartar el recuerdo de Malobali de la mente de la muchacha y, para completar la cura, aconsejó mandarla a casa de un tío que vivía en Ketu. Los bambara del fuerte, con Birame a la cabeza, se dijeron que eran extranjeros protegidos por la presencia de los franceses, extranjeros también, y que si Guézo quería, podía arrojarlos a todos ellos al mar. En resumen, que nadie salió en defensa de Malobali.

Excepto Romana.

Romana no comprendía por qué estaba condenada a revivir incesantemente la misma historia: ver al hombre al que amaba encerrado por un delito que no había cometido. ¿Qué crimen debía expiar? ¿La castigaban los *orisha*^[171] yoruba por haberlos abandonado y haberse cambiado el nombre de Ayodelé, «la alegría ha entrado en mi casa», por el de Romana? Cuando pensaba eso, acusaba al padre Joaquim, que la había convertido, y a las religiosas del hospital Santa Casa de Misericordia, de Recife.

En otros momentos se reprochaba haber amado y deseado a Malobali como sólo se debe amar y desear a Dios. Haber traicionado la fidelidad debida a un esposo difunto. Se hallaba en tal estado de agitación que nadie le daba mucho tiempo de vida. Toda la comunidad *agouda*, que tan a menudo la había criticado, se daba cita en torno a su estera, llevando éste un emplasto de hojas para ponérselo en la frente, aquél una decocción de raíces para que se la bebiera, aquel otro un ungüento benefactor...

Los *babalawo* y los *bokono*,^[172] sentados bajo los naranjos y los filaos, arrojaban nueces de palma o cauris sobre sus bandejas adivinatorias y recitaban letanías que sólo ellos conocían ante la mirada del padre Étienne y del padre Ulrich, que no se atrevían a echarlos y, por su parte, le administraban la comunión a la enferma cada vez que su estado lo permitía.

Cuando creían que se hallaba en una situación crítica, Romana se sobrepuso, se sentó sobre la estera y pidió un calabacino de agua. Después dijo febrilmente:

—Tengo que ir a Abomey. Tengo que salvarlo.

El trayecto de Ouidah a Abomey exigía una semana larga para una persona acostumbrada a recorrer grandes distancias. Porque el traslado en hamaca estaba reservado al rey y a los blancos que visitaban el reino, y el uso de caballo y de mula, a los grandes dignatarios. ¿Había que dejar, pues, que una mujer debilitada, medio enloquecida de dolor, caminase? Ante la sorpresa general, Birame y los bambara, como movidos por el remordimiento, se ofrecieron a acompañarla. Las sirvientas de Romana y las esposas de los bambara llenaron morrales de maíz tostado, harina de mijo y albóndigas de *acasa*, así como cantimploras de agua fresca.

El pequeño grupo se puso en camino por la mañana, Birame acompañado de Molara, su joven esposa. A la salida de la ciudad se alzaba una estatua de Legba, espíritu del mal. Era una estatua de creta que tenía un pene monstruoso y cuya mirada expresaba toda la maldad del mundo. El terror invadió el corazón de Romana. La estatua la miraba, y su mirada le decía que todo intento de salvar a Malobali era vano, que había atrapado a su presa y no la soltaría.

Al poco atravesaron una región de palmerales, y al ver a los esclavos trepar por los troncos y trajinar entre los racimos caídos al suelo, Romana recordó los primeros tiempos de su matrimonio con Malobali, cuando volvía de los campos sudando y ella le ofrecía un plato brasileño de *acaraje*, buñuelos de puré de judías mezcladas con gambas trituradas, que a él le encantaba. Después se reunía con ella en su habitación y, abrazándola, reía:

—¡Hacer el amor por la tarde! Eso os lo han enseñado los blancos...

¡Los blancos! Sí, sus costumbres y su religión eran lo que la había separado de Malobali. Ella no había sabido desempeñar el papel de mujer sumisa, respetuosa y paciente, como hiciera su madre. Había querido tratarlo de igual a igual. Aconsejarle, incluso dirigirlo. Y al final lo había perdido. Porque era de ella de quien huía al ir a Abomey, ahora lo sabía. De ella. Sólo de ella.

Mientras estos pensamientos se agolpaban desordenadamente en la mente de la pobre Romana, Birame y su compañera disfrutaban del espectáculo que ofrecía la carretera de Ouidah a Abomey, la más frecuentada del reino. Intentaban diferenciar a los franceses de los ingleses, pero no lo conseguían. Sólo veían rostros de color caolín, cabellos dorados y ojos brillantes como los de las aves de presa.

Dahomey era un país próspero. Hasta donde alcanzaba la vista, campos de maíz, los montículos que formaban los ñames, cuya cabellera verde y ondulada brotaba del suelo, y las salpicaduras blancas de la borra del algodón. Un hormiguero de esclavos transportaba agua de los pozos en grandes calabacinos.

Todo el mundo tuvo que apartarse y pisar la tupida hierba que crecía al borde del camino, cuando pasó un dignatario precedido de sus cantores, sus bailarines y sus músicos, y protegido por un gran quitasol que sus esclavos sostenían sobre su cabeza. Algunos aseguraron que se trataba del príncipe Sodaaton, que iba a sustituir al *yovogan* Dagba porque éste había contrariado a Guézo.

La gente que sabía el drama que estaba viviendo Romana la miraba con conmiseración. No obstante, permanecía alejada de ella. ¿Acaso no es contagiosa la desgracia? Cuando Zo, el fuego, quiere quemar un árbol, ¿no incendia también la hierba y la maleza que hay a su alrededor?

Una mañana, llegaron a una ciudad aletargada, una ciudad que permanecía a la espera. El rey, los dignatarios, los soldados y las amazonas habían ido a sitiar Hounjroto, la capital del país mahi. Romana, en su condición de *agouda*, contaba con una poderosa red de alianzas. Porque, desde el rey Adandozan, numerosos brasileños, mestizos, negros y antiguos esclavos gravitaban en la corte de Abomey, donde ejercían las funciones más diversas: intérpretes, cocineros, médicos... No tardó mucho en averiguar en qué prisión estaba Malobali.

El asedio de Hounjroto se prolongó tres meses.

El rey Guézo deseaba vengarse de esa ciudad porque dos de sus hermanos habían sido hechos prisioneros allí, y allí habían muerto. Así pues, una vez que sus tropas se hubieron adueñado de ella, ordenó que la arrasaran y la incendiaran, que acuchillaran a los viejos y apresaran a los hombres válidos, las mujeres y los niños.

Al amanecer, el cortejo de los vencedores entró en Abomey por la puerta de Dossoumoin, frente al sol naciente. Encabezaban la marcha los soldados, seguidos de los dignatarios a caballo rodeando al rey, que iba tendido en su hamaca. Guézo llevaba su atuendo de guerra: una túnica roja, un pareo que pasaba por debajo de la axila derecha y estaba anudado sobre el hombro izquierdo. Ceñía su cartuchera, iba tocado con un gorro de anchos bordes repleto de amuletos protectores y llevaba en la mano derecha un cuerno de búfalo lleno de polvos. Las Amazonas, por su parte, formaban la guardia real y separaban a los hombres de las reinas que habían querido acompañar a sus esposos. Pero, si bien las reinas, pese a las circunstancias, iban suntuosamente vestidas con pareos de satén, terciopelo y damasco, llevaban numerosos collares de oro en el cuello, pulseras en las muñecas y hojas de metales preciosos en el lóbulo de las orejas, las Amazonas, armadas con mosquetes, vestían virilmente un pantalón bajo una túnica sin mangas que les ceñía suavemente la cintura. Detrás, los eunucos protegían a las reinas de todo contacto que pudiera contaminarlas. A continuación iban, formando una fila interminable, los cautivos, con las manos atadas a la espalda y los tobillos encadenados.

El pueblo no sabía muy bien lo que se les reprochaba a los mahi ni por qué todos debían caer bajo el cuchillo del victimario o partir en cautividad a Brasil o a Cuba. Pero como los tam-tam y los olifantes sonaban, y los soldados cantaban entre un olor de pólvora y polvo, se sentía feliz. Para llevar la excitación al límite, unos soldados dispararon sus fusiles y un rugido de entusiasmo se elevó hasta el cielo.

Romana había circulado por la plaza del palacio Singboji apoyándose en Birame y Molara. No distinguía nada y observaba a Ajaho con la esperanza de descubrir qué clase de hombre era, pues tenía intención de arrojarse a sus pies de inmediato. Si no la creía, si pensaba que quería proteger a un individuo peligroso, que la sometiera al *actinio* y ya se vería el resultado. Birame la asió de un brazo y tiró de ella.

—Ven, Ayodelé (pues, al igual que Malobali, nunca la llamaba por su nombre católico), aquí ya no tenemos nada que hacer. Vayamos a esperar a Ajaho a su residencia.

Antes de aquella desgracia, Romana y Birame se odiaban y se acusaban el uno al otro de acaparar a Malobali. Pero después de vivir tres meses juntos en Abomey, unidos por la misma inquietud, habían acabado por conocerse y quererse. Al pensar

en las terribles pruebas a las que aquella mujer se había visto sometida, Birame sentía por ella auténtico respeto y una gran admiración. Al mismo tiempo, sin embargo, su mente se enfrentaba a un enigma: ¿por qué una criatura dotada de tantas cualidades —fuerza, ambición, inteligencia— se había enamorado tan perdidamente de Malobali, que tan sólo contaba con su apostura y que tanto la había humillado? ¡Qué animales tan desconcertantes eran las mujeres!

Abriéndose paso entre la multitud festiva, guió a Romana y a Molara hasta el barrio de Ahuaga. Finalmente se impuso la calma. Las mujeres volvieron a sus puestos de los mercados, los tejedores a sus telares, los tintoreros a sus pilas. Junto a la puerta de Adonon estaban los fabricantes de quitasoles reales, rodeados de un enjambre de aprendices. Y toda aquella gente charlaba y reía, en espera de los festejos que se iban a celebrar. Guézo, satisfecho de su victoria, no escatimaría vituallas y lanzaría a la multitud monedas de oro y de plata a puñados. ¡Habría comida y bebida durante días enteros!

Romana, Birame y Molara no tuvieron que esperar mucho, pues Ajaho, funcionario concienzudo, deseaba saber qué había ocurrido en su ausencia.

Obedeciendo a un reflejo instintivo de coquetería, Romana se había puesto uno de sus vestidos brasileños más bonitos. La parte superior era de muselina trabajada, con una ancha tira de encaje que iba desde el escote hasta la cintura; la falda, voluminosa, formaba un círculo completo y llevaba abajo una cenefa con arabescos en blanco. Un chal hecho de estrechas tiras de algodón teñido le cubría el hombro derecho, según la costumbre, desnudo, y alrededor de la cabeza se había puesto un gran pañuelo blanco de malla. Ajaho se sintió seducido. La escuchó sin interrumpirla y a continuación, poniendo a sus ayudantes por testigos, dijo en tono de broma:

—¿Por qué un hombre que posee a una mujer como tú querría dejarla? Te equivocas. El hombre que crees que es tu marido, es en realidad un perro mahi que se ha hecho pasar por ashanti...

Romana se arrojó a sus pies y le suplicó:

—Haz que comparezca ante mí, señor, y veremos si tiene valor para afirmarlo...

¡Curioso asunto! Ajaho despidió a Romana diciéndole que volviera al día siguiente. Cuando Romana y Birame, al salir del barrio de Ahuaga, pasaron de nuevo ante la puerta de Adonon, se encontraron con un pregonero que agitaba la campanilla, seguido de dos hombres que tocaban el tam-tam. Se detuvieron para escucharlo:

—Habitantes de Abomey, el Señor del mundo, el Padre de las riquezas, el Pájaro-cardenal-que-no-prende-fuego-a-la-sabana^[173] ordena anunciar las «fiestas de costumbre»,^[174] que comenzarán pasado mañana por la noche. El Señor del mundo repartirá pareos y dinero entre su pueblo, después de enviar los mensajes a los reyes difuntos...

Romana se estremeció. ¡Enviar mensajes a los reyes difuntos! Eso significaba sacrificios. ¡Si no conseguía salvar a Malobali, formaría parte de los mensajeros!

Un poco más lejos se encontraron a unos blancos instalados en hamacas. Se marchaban apresuradamente de la ciudad porque no podían soportar la visión de los sacrificios humanos que, para honrarlos, Guézo los invitaba a presenciar desde lo alto del estrado real. Cuando pasaban, Birame escupió.

—¡Hipócritas! Parece ser que en su país se matan unos a otros a miles con las armas que fabrican, y aquí quieren darnos lecciones...

Al oír el comentario, unos hombres lo aprobaron vehementemente y se entabló una conversación. Todo el mundo estaba de acuerdo.

Los blancos destruirían Dahomey porque querían suprimir el comercio de esclavos y los sacrificios a los reyes. En cuanto a Romana, no prestaba atención a nada. Todo su ser se dedicaba a rezar. Se dirigía a Jesucristo, a la Virgen María, a los santos del paraíso. Pero también a los poderosos *orisha* yoruba a los que sus padres apaciguaban con aceite de palma, ñame nuevo, frutas y sangre. ¿A cuál de ellos había ofendido? ¿A Ogun, a Shango, a Olokun, a Oya, a Legba, a Obatala, a Eshu...?

Guedu hizo caer la piedra que sujetaba la tabla en la entrada de la celda y retrocedió al ser asaltado por la horrible pestilencia. Durante aquellos tres meses, el hombre había tenido que hacer sus necesidades allí. Y ese olor se mezclaba con el de los restos de alimentos podridos, los bichos muertos y el aire viciado del reducido calabozo. Después indicó a dos de sus hombres que entraran y les ordenó:

—Desatadle.

Los hombres sacaron un puñado de huesos recubierto de una fina capa de piel que supuraba sanies, llena de úlceras y escamosa como la de una serpiente. El pelo y la barba habían crecido como la mala hierba, y una colonia entera de pulgas, piojos y otros parásitos, sobresaltados, salían disparados en todas direcciones. Los ojos del hombre, heridos por la luz, daban vueltas como palomillas sorprendidas por una antorcha. Ante aquel espectáculo, una especie de furia invadió a Guedu, quien, creyendo cumplir con su deber, no había sido en definitiva más que un verdugo.

—Si eres un honorable bambara, ¿por qué no lo dijiste? —increpó al hombre al tiempo que le propinaba una violenta patada—. ¿Por qué te hiciste pasar por ashanti? Las disputas con las mujeres se solventan bajo el árbol... no en las prisiones...

Malobali era incapaz de defenderse. Llevaba tiempo prácticamente inconsciente, con el espíritu despegado del cuerpo, impacientándose con los hilos que seguían reteniéndolo en la tierra. Los hombres formaron un círculo a su alrededor y Guedu siguió hablando con el mismo resentimiento:

—Y parece ser que hasta es amigo de Chacha Ajinaku. Ajaho va a enviarle a uno de los médicos del rey antes de devolvérselo a su mujer, una *agouda*.

Todas esas palabras —Chacha Ajinaku, *agouda*— acentuaban el alcance de su desprecio. Pero ¿por qué ese hombre no se había defendido?

El médico real no tardó en llegar, y su primera impresión al ver a Malobali fue la de que estaba muerto. Luego, una leve sudoración de la piel lo convenció de que se hallaba en un error. Abrió la bolsa que llevaba y en cuyo interior había polvos,

emplastos, ungüentos y grisgrises que tenían la función de reforzar el efecto de los remedios. Pero, por más que se esforzó, Malobali siguió inconsciente, incapaz de tenerse en pie y de responder a la voz humana. Como último recurso, el médico, tras hacer que le cortaran el pelo, la barba y las uñas, le cubrió el cuerpo de apósitos destinados a detener la infección y se retiró. Lo que le devolvieron a Romana era un auténtico cadáver.

En ocasiones, una mujer alumbra antes de tiempo un niño deforme. La familia quiere hacerlo desaparecer y reconciliarse con los dioses que han manifestado su furia de ese modo. Pero la mujer se niega y se encariña con ese bebé contrahecho. Lo prefiere a sus otros hijos. Acecha el menor destello de vida en su mirada, toma sus rictus por sonrisas y, finalmente, ante tanto amor, el pequeño ser adquiere una forma humana. Eso fue lo que pasó entre Romana y Malobali. Indiferente en apariencia al olor de sus llagas abiertas, de sus vómitos, de sus defecaciones, lo cuidó y consiguió los objetos más difíciles de encontrar que le pedían los *babalawo* y los médicos, sin retroceder ante ningún sacrificio. Le aconsejaron que acudiese a Wolo, uno de los *bokono* reales, que a veces consultaban el oráculo para el común de los mortales. Gracias a la complicidad de Marcos, un *agouda* que era cocinero de Guézo, logró penetrar en el palacio real hasta la estancia redonda del lado derecho de la entrada, donde se hallaba el anciano. Wolo permaneció recogido largo rato antes de comunicarse con los espíritus; después comenzó la sesión. Sin embargo, a medida que manipulaba sus instrumentos parecía más inquieto, más desconcertado. Dio la impresión de que hablaba largamente con un interlocutor invisible, recurriendo alternativamente a la persuasión y a las amenazas. A continuación se quedó en silencio, con aire preocupado, antes de emitir su veredicto.

Sava, el aduanero que abre las puertas de Kutomé, la ciudad de los muertos, había dejado entrar al espíritu de Malobali, que merodeaba por el más allá. Aquello parecía un error, y Wolo lo intimaba a liberarlo y devolvérselo a los vivos. Pero Sava objetaba que el primer médico que había atendido a Malobali le había cortado el pelo y las uñas de noche, rito reservado para los cadáveres. En consecuencia, estaba en su derecho. Wolo no perdía las esperanzas de doblegar a Sava, pero aquello requeriría su tiempo.

Por primera vez, Romana cedió al desaliento. Se había gastado ya una parte considerable de su fortuna. Tenía a sus hijos lejos y no sabía qué era de ellos en Ouidah. Se encontraba en aquella ciudad extraña, entregada a la dicha de una victoria que para ella no significaba nada. Los que la habían acompañado, los propios Birame y Molara, se impacientaban, llegando a pensar que el fin de Malobali se alargaba demasiado. Por un instante, pensó en matarlo y quitarse ella misma la vida, como una esposa real que sigue a su señor. Después se avergonzó de esos pensamientos que ofendían tanto la fe cristiana como las creencias yoruba. En el mercado Ajahi, unas muchachas vendían mijo y maíz. Las aves, con las patas atadas con hierbas secas, cacareaban sin parar. ¿Qué contaban? ¿Historias tan dolorosas como las de los

humanos? Para no caerse, Romana se apoyó en una de las columnas de iroko que sostenían la bóveda del mercado. Desde un puesto cercano le llegaba un perfume de jengibre y pimienta. Una mujer reía, mostrando unos dientes deslumbrantes. La vida seguía mientras ella era presa del dolor, mientras ella deseaba morir. Sin fuerzas, se arrastró hasta la zona del mercado reservada a los animales de cuatro patas y compró el cordero negro que había pedido Wolo. La gente, intrigada, se quedaba mirando a aquella mujer frágil que parecía dejarse guiar por el animal.

Cuando llegó al barrio de Okeadan, encontró a todo el mundo conmocionado. Malobali se había sentado y había pedido agua. En ese momento estaban haciéndole ingerir un poco de papilla de maíz. Malobali miró a Romana y dijo con voz quejumbrosa:

—*Iya*, ¿dónde te habías metido?

Su cuerpo de atleta había quedado reducido a la mitad. Su piel, siempre cuidadosamente aceitada, estaba llena de cicatrices y de heridas que no acababan de cerrarse y supuraban. Su semblante un poco brutal, que había atraído la mirada de tantas mujeres, estaba demacrado, en algunos puntos tumefacto, como golpeado al azar por el martillo de un forjador enloquecido. Pero estaba vivo. Dando gracias a los dioses, Romana lo abrazó.

Fueron sin duda alguna los días más hermosos de su vida. Romana siempre había soñado con poseer a Malobali en exclusiva. Un deseo imposible de realizar, ya que otras mujeres, compañeros de borracheras y amigos lo acaparaban. Ahora, nadie quería saber nada de él. Podía tomarlo entre sus brazos, buscar el contacto de su cuerpo, escuchar sin cansarse su voz apenas audible. Los que se acercaban a su habitación, oían un murmullo semejante a la suave música de las flautas cuando la luna está alta y los pastores se revuelcan en la hierba junto a sus rebaños. Sin decidirse a entrar, dejaban en la puerta los alimentos o las medicinas prescritas. Luego se retiraban de puntillas. ¿Existe el amor perfecto? ¿Pueden un hombre y una mujer conseguir una fusión total de sus corazones y sus cuerpos?

Ningún hombre ve con absoluta claridad los designios de los dioses, y por más que los *bokono* reales estén permanentemente en la *faagbaji*,^[175] no pueden preverlo todo. Unas semanas después del saqueo de Hounjroto, mientras el pueblo aún estaba digiriendo las vituallas que Guézo había hecho repartir, Sakpata, diosa de la viruela, se enfadó. Nadie puede decir lo que provocó su cólera. ¿Se había olvidado realizar algún sacrificio? ¿Se había mascullado apresuradamente alguna oración? ¿Y quién lo había hecho? La cuestión es que una mañana Sakpata se enfureció e impregnó Abomey de su aliento pútrido. Avanzó a zancadas de derecha a izquierda, desde el barrio de Okeadan, refugio de los nago, hasta el barrio de Ahuaga y el de Adj ahito, sin olvidar los de Dota y Hetchilito. Tras pasar por encima de la tumba de Kpengla,^[176] entró en el palacio real, haciendo caer sobre la arena, presas de violentos dolores, a guardias y Amazonas, que charlaban tranquilamente con los mosquetes descansando a sus pies. Giró alrededor de la «morada de las perlas», construida en honor de los

reyes difuntos, evitó la morada de Agasu, la pantera, antepasada de los reyes fon, y para dejar bien claro cuál era su estado de ánimo, irrumpió en la sala de los tronos, donde Guézo, rodeado de dignatarios y príncipes de sangre, escuchaba los elogios de sus cantores oficiales. El príncipe Doba,^[177] mortalmente afectado, se desplomó a los pies del rey con el rostro súbitamente enrojecido e hinchado y los ojos anegados de lágrimas pútridas. Sakpata dirigió a Guézo una mirada maligna y susurró:

—Esta vez te perdono, pero vendré a buscarte, no escaparás...

Luego, pavoneándose, regresó hacia los barrios populares.

Molara, la joven esposa de Birame, se encontraba en el mercado Ajahi cuando se enteró de que Sakpata había entrado en la ciudad. Acababa de comprar pescado ahumado de la marisma de Wo, aceite de palma y hojas de mandioca, y estaba buscando leche cuajada para Malobali. Volvió a casa apresuradamente, porque cuando Sakpata se enfada vale más quedarse en casa, no recibir visitas y evitar a los vecinos. En un abrir y cerrar de ojos, los mercados se quedaron vacíos, y también la plaza del palacio Singboji, siempre atestada de gente que esperaba la llegada de los príncipes y a veces la aparición del propio rey. Todas las calles se llenaron de gente aterrorizada que pensaba en las infusiones que podía tomar como medida preventiva. Uno se cruzaba por doquier con los sacerdotes de la diosa, que se dirigían a toda prisa a sus templos para tratar de calmarla mediante plegarias y sacrificios. Aparentemente, no lo lograron, pues por la noche ya se contabilizaban doscientos cincuenta cadáveres. Apenas acababa una familia de lavar a un muerto, cuando otro de los suyos sucumbía y debía acudir a fin de prepararlo para el viaje. Ya no sabían dónde excavar fosas en las concesiones. Las esteras funerarias no tardaron en acabarse, así como los corderos blancos y las aves. Hubo granujas que se dirigieron a las localidades vecinas con la esperanza de conseguir algunos y obtener por ellos pingües beneficios, contando con el dolor de los parientes de los difuntos. Así fue como se llegó a cambiar un pollo esmirriado por dos bolsas de cauris o tres tinajas de aceite de palma.

Sakpata causó todavía más estragos el segundo día y la gente empezó a aventurar explicaciones. Sakpata era una diosa mahi cuyo culto había introducido Guézo. ¿No estaría manifestando su descontento al ver que los de Abomey habían aplastado a los suyos? ¿No estaría manifestando su aversión por el país donde se había implantado su culto? ¿No estaría sublevándose contra el sumo sacerdote Misayi, nombrado por el rey? En resumen, estaban a un paso del sacrilegio.

En el barrio de Okeadan, todo el mundo temía por Malobali. Había empezado a comer y a dar algunos pasos sin ayuda, sí, pero seguía siendo un ser indefenso que, en cuanto la diosa lo llamara, iría a engrosar el cortejo de sus seguidores. Romana se aprovisionó de tamarindo, cuyas semillas y hojas eran, en principio, infalibles. Birame y Molara, aunque acababan de tener un hijo, no se preocupaban tanto por él como por Malobali. Birame fue hasta Kana a buscar raíces de una planta que alguien había recomendado tomar en infusión como medida preventiva.

El cortejo de Sakpata aumentaba sin parar; ya no quedaba en Abomey una sola familia que no estuviera de luto, cuando Malobali tuvo un acceso de fiebre. Romana, presa del pánico, llamó a un médico que acababa de salvar a los niños de una familia vecina. Éste prescribió cataplasmas de hojas de baobab. Por la noche, toda la casa respiraba aliviada, pues la fiebre había bajado. Tres días más tarde, atacaba de nuevo con ímpetu renovado.

Romana, que había ido a sacar agua de una tinaja, oyó un grito. Fue corriendo a la habitación y encontró a Malobali con el cuerpo arqueado y cubierto de pústulas, que se habían abatido sobre él tan bruscamente como saltamontes sobre un campo, y los ojos anegados de lágrimas lechosas. Unas horas más tarde, moría en sus brazos.

¿En qué pensó Malobali en el momento de entrar en Kutomé? ¿En Ayaovi, a quien había violado, desencadenando sobre él la cólera de la Tierra? ¿No era esta última la que se había vengado a través de otra diosa? ¿En Modupé, con quien jamás se casaría ni tendría hijos? ¿En Romana, perla arrojada al puerco que era él? No, pensó en las dos únicas mujeres que habían contado en su vida: Nya y Sira. ¿Qué hacían en el momento en que él cerraba los ojos? ¿Sentían un súbito dolor en el corazón y levantaban la cabeza, inquietas, para escrutar el cielo por encima de los árboles? ¿O bien seguían trajinando en los patios arenosos de sus concesiones, dando órdenes a las sirvientas?

—¡Madre, me muero y tú no lo sabes!

Justo en el momento en que el espíritu de Malobali abandonaba definitivamente su cuerpo, Sakpata se calmó. Había recorrido y asolado la ciudad, agotado a sus sacerdotes durante cuarenta y un días y cuarenta y una noches. El número de sus adeptos se había triplicado, impresionados por semejante demostración de poder. En todas las puertas de la ciudad se alzaban estatuas suyas, mientras que en el interior de Abomey se disponían sus manjares favoritos sobre las tumbas, ahora más numerosas que las cabañas.

Sin embargo, en el palacio Singboji reinaba la angustia. ¿Acaso no había prometido Sakpata volver en busca del rey Guézo en persona? Así pues, la *faagbaji* estaba repleta de sacerdotes que trataban de adivinar en qué momento se produciría ese regreso fatal. Se pasaban el día lanzando sus nueces de palma sobre las bandejas adivinatorias, pero Faa^[178] permanecía en silencio y no revelaba nada.

—Tras la muerte de Malobali, Ayodelé perdió las ganas de todo. Pensaba dejarse morir cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. ¡Un hijo! El tesoro que había esperado en vano durante todo el tiempo que duró su unión con Malobali, le era concedido después de su muerte. Recordó las palabras del babalawo que había ido a consultar años antes. Había concluido la sesión diciendo: «Olubunmi», que significa «serás colmada». Así que ése es el nombre que le puso a su hijo. ¡Sí, qué ironía! Dios te colmará con una mano y te golpeará con la otra. Pero ella era cristiana, así que lo aceptó. Llevó con valentía el embarazo. Sin embargo, yo creo que para una mujer como ella los hijos no bastan para darle sentido a la vida. La rodeamos de todos los cuidados, pero ella ya no sentía deseos de moverse por la tierra. Su espíritu miraba hacia Kutomé y trataba de cruzar sus puertas. Una mañana, la encontramos muerta sobre su estera. Como no tenía leche, era mi mujer, Molará, la que amamantaba a su bebé. Así que nos lo quedamos, y ahora que he regresado a Segú, os lo traigo. Os pertenece.

Birame se quedó callado y durante unos instantes sólo se oyeron los suspiros de los hombres y el llanto de las mujeres. Pero ¿cuál es el remedio, cuál es el medicamento contra la muerte, si no son los hijos? Olubunmi seguía allí. Nya era la única que no compartía aquel sentimiento de resignación, pues se había enterado de golpe de la muerte de dos de sus hijos.

Por eso perdió los estribos y le espetó a Birame:

—¿Y los otros? ¿Dónde están los otros hijos de mis hijos? ¿Qué has hecho de ellos?

Diemogo le indicó que se callara, aunque sin rudeza. Todo el mundo sabe que la mujer, sobre todo cuando sufre, no es nunca dueña de sus palabras.

—La familia de Ayodelé es originaria de Oyo —prosiguió Birame—. Creíamos que había sido destruida, dispersada por los conflictos religiosos de la región, las guerras entre los peul musulmanes y los yoruba. Pero resulta que se presentó en Ouidah un hombre que declaró ser su tío paterno, en una palabra, su padre. Actualmente instalado en Abeokuta, había sido esclavo en Jamaica y más tarde, ya liberado, se había establecido en Freetown, de donde había regresado. Era rico, podía hacerse cargo perfectamente de los tres mayores y no pudimos impedir que se los llevara...

Nya se revolcó por el suelo y todas las demás mujeres con ella. Diemogo, dividido entre el deseo de mostrarse agradecido con aquel invitado, que pese a todo les llevaba a un niño, y el pesar de haber perdido a otros tres, preguntó:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué le dejaste hacer eso?

Birame agachó la cabeza.

—Perdóname. Tuve miedo de emprender este largo viaje a lo desconocido a través de países en guerra para obtener esclavos, y temí que la triste aventura de Naba se repitiera con uno de sus hijos. Olubunmi, en cambio, no es más que un bebé que Molara lleva a su espalda. Allí donde ella va, va él. Sólo necesita su leche.

Por primera vez quizá, la familia pensó en mirar al niño. Regordete, rollizo, aún no tenía un año y miraba a todas aquellas personas con semblante serio, como si comprendiera la gravedad de la situación. De pronto alguien dijo:

—¿Olubunmi? ¡Pero si no es un nombre bambara!

Diemogo hizo un gesto apaciguador.

—¡Qué más da el nombre! Lo esencial es que esté vivo... —Luego se volvió hacia Birame—. Estamos siendo injustos contigo. Deberíamos darte las gracias y cubrirte de presentes. Y en lugar de hacer eso, te regañamos. Es la suerte del mensajero. Siempre se le hace responsable de las malas noticias que lleva.

Birame suspiró.

—Créeme, me hubiera gustado evitarlas, pero es la voluntad de los dioses.

El consejo de familia se hallaba reunido en el patio principal de la concesión. Diemogo estaba sentado en el centro, rodeado de sus hermanos menores, los hijos mayores de Dusika y los suyos. Las mujeres también se hallaban presentes, agrupadas en torno a Nya, arropándola con su cálida compasión. Porque ¿no era ella la principal víctima del drama que se representaba? ¿Qué había hecho para merecer tantos golpes? Con todo, no se decidían a compadecerla totalmente. En efecto, ¿no tenía entre sus brazos a Kosa, el hijo de su madurez, y no es un hijo tardío el signo evidente de la benevolencia de los dioses? ¡Qué hermosa estaba Nya! Afrontar tantos dolores le había hundido los ojos, apagado el brillo un poco arrogante que tenían en su juventud, encendiendo, en cambio, los reflejos de una tierna indulgencia ante las locuras. Alrededor de sus labios se habían formado dos pliegues, pero, lejos de teñirla de amargura, realzaban la expresión ligeramente cansada, generosa y benevolente de su rostro.

Nya miró a Tiekoro como invitándolo a hablar, pues aún no se había pronunciado. Y Tiekoro ocupaba un lugar especial en la familia. Diemogo era el *fa*, por supuesto, el jefe designado por el consejo. Pero Tiekoro era indiscutiblemente su guía espiritual. Contrariamente a lo que hubiera podido pasar, había salido engrandecido de la prueba del suicidio de Nadié, ya que había reconocido su parte de responsabilidad y hecho penitencia abiertamente. Después, su estancia en Hamdallahi, capital de Macina, junto a Cheik Amadu, que discutía con él sobre la posibilidad de hacer progresar el islam en tierras de Segu, le había otorgado una aureola de sabiduría y capacidad. Se había convertido en la persona a la que todo el mundo acudía antes de tomar una decisión, en una especie de oráculo animado por Mahoma. Y por si fuera poco, el año anterior había ido en peregrinación a La Meca y a la vuelta se había detenido en Sokoto, donde el sultán lo había colmado de honores

y le había dado una esposa. Desde entonces, el clan al completo se enorgullecía de tener un hijo que gozaba de una excelente reputación en todas partes.

Tiekoro se levantó. Lo que aumentaba su prestigio era el lujo con que vestía: un *bubu* de seda por encima de un pantalón de la misma tela, un bolero suntuosamente bordado sobre el *bubu*, un pesado turbante, uno de cuyos extremos solía dejar caer sobre el rostro y sobre el cual se ponía un velo blanco. Juntó las manos y se volvió hacia Birame.

—Lejos de reprenderte, te daré las gracias e invitaré a toda la familia a que me imite. ¿Acaso no nos has traído las mejores noticias? ¿No es la muerte una fiesta? ¿No es el infiel el que se lamenta ante el envoltorio carnal y no piensa en la felicidad del alma, lámpara del cuerpo, cuando se confunde con el destello de la divinidad? No hay más dios que Dios...

A medida que hablaba, la voz de Tiekoro aumentaba de volumen y no tardó en cubrir todos los demás ruidos: los crujidos secos de las ramas que ardían, el murmullo de las hojas de los árboles mecidas por el viento, el balido de los corderos en sus cercados. Oyendo hablar a su hermano, a Siga se le formó en la garganta una bola que le subió hasta la boca y allí le estalló, llenándosela del sabor amargo del odio. ¡Qué hipócrita! ¡Qué hipócrita! Nadie ignoraba que su crueldad y sus injusticias eran lo que había arrojado a Malobali de la concesión, precipitándolo a esas aventuras en las que había encontrado la muerte. Y sin embargo, insensible a los remordimientos, peroraba, daba lecciones, encontraba explicaciones para mayor gloria de Dios. ¿Qué dios era ese que le pedía a una madre que se alegrara de la muerte de sus hijos? A Siga, en cambio, le hubiera gustado tomar a Nya entre sus brazos y decirle: «Llora, querida madre, ya no hay luz en la cabaña y los dulces pájaros de la dicha se han marchado. Llora, pero no olvides que estoy junto a ti.»

No obstante, Siga tenía la honradez de admitir que no eran sólo las palabras de Tiekoro lo que le irritaba, sino también la forma en que todo el mundo lo miraba. Sobre todo las mujeres. Y la suya en particular, Fátima. Una admiración ciega, como si los propios dioses hubieran decidido visitar la tierra y recorrerla en un deslumbrador cortejo. ¿Pero es que no se percataban de la afectación de ese pedante?

Birame se levantó e hizo la entrega simbólica de Olubunmi a Diemogo, que lo levantó por encima de su cabeza. El niño era guapo. Sin embargo, la sangre yoruba mezclada con la sangre peul que ya poseía su padre contribuía a darle una aire totalmente extraño. Molará, que lo había alimentado diez meses y a quien nadie le pedía opinión, lloraba quedamente mientras Birame la reprendía en voz baja. ¿Por qué se lamentaba, cuando el viaje había terminado felizmente y el pequeño huérfano había recuperado a su familia?

A una señal de Nya, las esclavas llevaron calabacinos de *dolo* y echaron troncos al fuego. Luego, las mujeres se retiraron, dejando a los hombres charlar y beber entre ellos. Enseguida acucieron a Birame a preguntas.

—¿Dahomey? ¿Has dicho Dahomey?

—¿Dices que allí hay muchos blancos?

—¿Y peul? ¿Hay peul?

—¿Y musulmanes? ¿Y mezquitas?

La curiosidad se imponía. Muy pronto, las extraordinarias aventuras de Naba y Malobali no serían más que unos elementos exóticos del patrimonio familiar.

Siga no decía nada. Apenas había conocido a Malobali, ya que había pasado en Fez la mayor parte de su época de adolescente. A su regreso a Segú, lo había encontrado en plena rebelión contra su hermano mayor, pero no había intervenido en aquellas disputas. ¡Cómo se arrepentía ahora! Tal vez habría podido impedir que se embarcara en esas aventuras cuyo fin trágico sumía a la familia en la tristeza. ¡Todos eran responsables! ¡Todos! Y no era justo echarle la culpa sólo a Tiekoro. Éste se había puesto a interrogar a Birame.

—Entonces, ¿tú crees que en Dahomey el peligro eran los blancos? ¿Por qué? ¿Debido a su religión? ¿O tenían ambiciones políticas?

Birame, alma sencilla, era incapaz de responder a esas preguntas y Tiekoro disfrutaba manifiestamente de su superioridad intelectual. Siga, asqueado, volvió la cabeza.

Sin embargo, contrariamente a lo que creía Siga, Tiekoro sufría un martirio. Tras la muerte de Nadié, se sentía plenamente responsable de las de Naba y Malobali. Le hubiera gustado tirarse al suelo y gritar durante los funerales, como una mujer, para liberarse de su angustia y sus remordimientos. Pero llevaba otro personaje adherido a él desde hacía unos años, el del sabio cuyo objeto de desvelos era Dios. Y no podía evitar pronunciar las frases, realizar los gestos y adoptar las actitudes de su doble. Pero ¿quién sabía lo que pasaba en su interior?

En realidad, toda su vida no era más que un largo diálogo con Nadié. La acusaba alternativamente de no haber confiado en él, de no haber sabido esperar que aquellas ínfulas, que oscurecían su mente, se disiparan. Después le suplicaba que lo perdonase y le expresara su amor.

Y ahora otros dos difuntos se sumaban a aquella sombra y lo asediaban también. En su desasosiego, se acercó a Diemogo y le dijo:

—¿No habría que informar a su madre?

Diemogo, turbado, pensó que una vez más Tiekoro le tomaba la delantera. Porque, ¿no era él quien debía haber caído en la cuenta? La irritación lo puso de mal humor y repuso sin entusiasmo:

—¡Quién sabe dónde estará!

Tiekoro se encogió de hombros.

—No será difícil encontrarla. Se sabe que vive en Macina y que está casada con un tal Amadu Tasiru que estuvo a malas con Cheik Amadu por cuestiones de cofradías... Porque él pertenece a la Tiyaniiyya y Cheik Amadu a la Qadiriyya...

Ni siquiera dando esas explicaciones, Tiekoro podía evitar ser pedante y señalarle sutilmente a Diemogo su ignorancia de todas aquellas cuestiones, que sin embargo

dividían al mundo a su alrededor. Diemogo miró hacia el suelo para ocultar la expresión de su mirada.

—¿Y a quién me aconsejas que envíe?

—Es una misión de la que me encargaré personalmente.

Diemogo lo miró con estupor.

—¿Abandonarás la *zawiya*?^[179]

—Sólo estaré ausente unas semanas. Y de todas formas, tenía que ausentarme, porque el *mansa* me ha encargado que vaya a Hamdallahi para entrevistarme con Cheik Amadu.

Hasta esa mañana, Tiekoro había pensado negarse a realizar esa misión. Si ahora cambiaba de opinión, era porque veía en ello una oportunidad inesperada de paliar sus remordimientos y su sentimiento de impotencia. Ver a Sira, hablar con ella del difunto Malobali, ejercer un papel de consolador.

—¿Cuándo piensas partir? —preguntó Diemogo.

—Mañana por la mañana.

Tras estas palabras se alejó, y Diemogo se quedó mirándolo con un sentimiento muy cercano al odio. Tiekoro se interponía siempre entre Nya y él. Por un momento había creído que Kosa, el hijo que habían tenido, los uniría. Por desgracia, no había sido así. Nya no olvidaba ni un instante que era la madre de Tiekoro y para ella sólo contaban los intereses y los caprichos de éste. Ella había insistido en que se le permitiera abrir la *zawiya*. Se habían derribado paredes. Se habían reformado algunas clases para albergar a los alumnos que no paraban de llegar desde todos los rincones del reino. En aquellos momentos había más de un centenar de niños que, desde muy temprano, recitaban oraciones, emborronaban tablillas y proclamaban su fe en el islam. Y correr con los gastos de la escuela aún tenía un pase. Pero a Tiekoro eso no le parecía suficiente. No, él consideraba escandaloso que los padres pagaran para que sus hijos accediesen al conocimiento del verdadero Dios. De modo que, en espera de que los campos que cultivaban diesen sus frutos, los Traoré tenían que alimentarlos. ¡Alimentar a aquel puñado de herejes! ¿Olvidaba Tiekoro que los musulmanes eran enemigos? Cada vez que Diemogo intentaba abordar esa cuestión, Tiekoro lo interrumpía con gesto desdeñoso: «¡Dios, que vela por el crecimiento de las plantas y de toda la creación, nunca permitirá que nos falte nada!»

¿No notaba Nya que la presencia de la *zawiya* podía irritar a los dioses y los ancestros, que desencadenarían en la familia los peores cataclismos? ¿Tal vez el pobre Malobali había pagado con la vida la negación de sus creencias por parte de su hermano mayor y la indulgencia culpable del clan hacia él! Una vez más, Diemogo se exhortó a imponer su autoridad y llevar el asunto de la *zawiya* al consejo de familia.

Mientras tanto, Tiekoro se dirigía al palacio del *mansa* para informarle de que al día siguiente partiría hacia Hamdallahi.

Desde hacía unos años, los ejércitos bambara y los ejércitos peul no se habían enfrentado directamente. Pero ahora había llegado la noticia de que los famosos

lanceros de Macina habían montado de nuevo a lomos de sus caballos y conquistado Tombouctou. A raíz de eso, los peul obligaban a los tuareg a sedentarizarse y a cultivar la tierra, y a los demás habitantes a pagar elevados tributos. Se contaban escenas indignantes de comerciantes forzados a entregar su oro y sus objetos valiosos, de mujeres violadas incluso siendo musulmanas, y de ganaderos secuestrados para pedir un rescate. Aquello creaba una situación nueva en la región. ¿Qué iba a ocurrir con las relaciones comerciales entre Segu y Tombouctou? ¿A qué nombramientos había procedido Cheik Amadu? ¿Quiénes eran los nuevos jefes militar y civil? Éstas eran las preguntas para las que Daa Manson quería que Tiekoro encontrara respuesta.

Los guardias, que conocían a Tiekoro, bajaron las lanzas para dejarle paso. Éste entró en el primer patio y, al verlo, un grupo de griots se puso a cantarle. Tiekoro no penetraba jamás en el palacio sin recordar el modo humillante en que su padre, Dusika, había sido destituido de sus funciones de consejero. En cierto sentido, lo había vengado. Entonces, ¿por qué estaba impregnado de amargura su corazón? Atravesó los siete vestíbulos hasta llegar a la estancia donde Daa Manson recibía a sus íntimos.

Daa Manson había envejecido mucho. Tras casi veinte años de reinado, parecía consumido por demasiadas hazañas guerreras, demasiadas decisiones referentes a graves cuestiones: relaciones con Kaarta, actitud hacia el islam, hacia la trata y el comercio con el norte, que en la época de su predecesor no habían tenido tanta importancia. Las malas lenguas decían que también estaba consumido por su excesivo amor hacia las mujeres y los cuidados que dispensaba a sus ochocientas esposas y concubinas. Estaba sentado en una silla recubierta de cuero rojo y con las patas esculpidas en forma de león, que le había comprado a un comerciante de la costa, y llevaba unas pantuflas de terciopelo negro con flores bordadas en oro.

Tras inclinarse y presentar sus respetos, Tiekoro fue directo al grano.

—Señor de las energías, mañana partiré para ejecutar tus decisiones.

—Me haces muy feliz —dijo Daa Manson, sorprendido—. Pero ¿qué te ha hecho cambiar de opinión? Hasta ayer, estabas indeciso...

Tiekoro relató la historia de Malobali en pocas palabras.

—Así que aprovecharé para informar a su madre, la peul Sira —concluyó.

En la sala se hizo un gran silencio. Hasta los músicos dejaron de tocar las flautas y los *bala*. ¿Qué hay peor que morir en tierra extranjera? ¡Qué terrible el destino de los Traoré! Pero ¿qué crímenes habían cometido? Los presentes, que en mayor o menor medida detestaban a Tiekoro, no se hallaban lejos de pensar que era su conversión lo que había llevado la maldición a la familia. Sin embargo, como necesitaban de sus servicios, no podían manifestar abiertamente ese odio, de modo que en torno a él se creaba una atmósfera de pensamientos reprimidos, expresados a medias, que le hería profundamente. Él hubiera deseado que lo amasen, pero

simplemente lo utilizaban. Que lo admirasen, cuando en realidad le temían. Daa Manson rompió el silencio diciendo:

—Haré que mañana lleven presentes a tu familia. Dile a Diemogo que todos compartimos este duelo.

Al ver aparecer a Tiekoro, Siga dijo bruscamente:

—¿Qué quieres?

Tiekoro no se dejó desanimar por ese recibimiento.

—He venido a decirte que parto mañana para Macina y que estaré varias semanas ausente.

Siga expresó con un gesto que le daba absolutamente igual y Tiekoro lo miró con un aire burlón, como si aquella actitud le divertiera enormemente, antes de decir:

—Yo podría serte de gran ayuda...

—¿Ah, sí?

Las relaciones entre Tiekoro y Siga nunca habían sido buenas, y en aquellos momentos estaban totalmente deterioradas. En primer lugar, los celos y el rencor habían alcanzado en el segundo unas cotas extraordinarias. Porque, si bien Tiekoro no había tenido ninguna dificultad para abrir su *zawiya* en la concesión común, el proyecto de Siga de montar una curtitoría había sido rechazado con horror. ¿Cómo? ¿Iban los Traoré, unos nobles a cuya altura sólo estaba el trabajo de la tierra, a imitar a los *garanké*, los artesanos del cuero, los hombres de casta? ¿Acaso Siga se había vuelto loco? No contento con llevarles a aquella extranjera que miraba con desprecio a todo el mundo, ¿quería deshonar a la familia? Y luego se había producido aquel doloroso incidente, tras el cual a Siga le había parecido oportuno marcharse de la concesión e instalarse en unas tierras que la familia tenía en el extremo oriental de la ciudad. Como había conseguido mantener en secreto las verdaderas razones de aquella partida, ahora se le consideraba un hijo ingrato y desnaturalizado que Nya no dejaba de comparar con su primogénito. Se esforzó en apartar esos pensamientos de su mente mientras Tiekoro se inclinaba hacia él.

—Lo que cuenta es imponerse a los demás, ¿todavía no te has dado cuenta? Hay que hacerse respetar. Yo diría más: hacerse temer.

—¡Guárdate los sermones para los alumnos de tu *zawiya*! —exclamó Siga, perdiendo la paciencia—. Aunque, ¿estás seguro de que les sueltas el mismo discurso? ¿No hablas únicamente de amor y caridad delante de ellos?

Tiekoro alargó una mano con gesto pacificador.

—Siga, quiero ayudarte. Sinceramente. Cheik Amadu acaba de invadir Tombouctou. Los notables marroquíes de la ciudad han huido. El comercio está desorganizado. Ya no hay caravanas que se dirijan al Mogreb, puesto que ya no hay ni oro ni cauris... ¿No es el momento para que una mente ingeniosa se imponga y ofrezca esos objetos que todo musulmán necesita?

Siga se encogió de hombros.

—No hablemos más de eso, Tiekoro. ¡Ya sabes lo que piensa la familia de mis proyectos!

—Entonces continúa haciendo lo que odias hacer: cultivar la tierra —repuso Tiekoro con desprecio—. Después de todo, quizá sólo sirvas para eso.

Cuando se disponía a levantarse, Siga lo retuvo.

—¿Cómo podrías ayudarme?

—Basta con que, utilizando mis relaciones, hable de ti en Hamdallahi y en otros sitios para que te lluevan los encargos. ¡Con la fortuna vendrá el respeto!

La brutalidad de aquellas palabras sorprendió a Siga. Sin embargo, Tiekoro decía la verdad. ¡Tantos años de aprendizaje en Fez! ¡Tantos proyectos! ¡El sueño de competir con las célebres familias fasi! Y en lugar de eso, había acabado siendo agricultor, trabajando y sudando en el campo que le había arrendado el consejo familiar porque era demasiado pobre para tener esclavos.

—¿Qué tienes que hacerte perdonar? —le preguntó a su hermano mirándolo fijamente.

—¡Sabes de sobra que no tengo nada que reprocharme! —respondió Siga con arrogancia.

Y era cierto. Al menos en una cosa, era totalmente inocente. Él no tenía la culpa de haberle parecido a Fátima, en aquella «guarida de fetichistas y bárbaros» que era Segú para ella, el único ser civilizado. Unida a él al principio por la fe, poco a poco había derivado hacia otros sentimientos, debido en parte a cierto gusto por la intriga amorosa que había heredado. Siga recordaba aquella nota que había recibido una mañana en Fez: «¿Es que estás ciego? ¿No te das cuenta de que te amo?»

Pues bien, ¡le había enviado otras parecidas a Tiekoro! Quizá no pensaba en el adulterio, sino simplemente en resucitar unos juegos turbios y peligrosos que añoraba. Si hubiera sido una mujer bambara, Siga no habría dudado en devolverla a su familia. Pero Fátima era una extranjera que, por amor, había ido con él muy lejos de su casa. ¿No tenía él la culpa de que se sintiera decepcionada y taciturna? ¿Era ése el futuro que le había ofrecido? Desde su regreso a Segú, Siga veía su ciudad natal a través de los ojos de Fátima y lamentaba no haber disfrutado lo suficiente de los esplendores de Fez. «Es una ciudad a la que la paloma ha prestado su collar y que el pavo real ha cubierto con su plumaje», cantaba un anciano en Bab al-Guisa, y la gente lo escuchaba pendiente de sus labios. ¿Es el destino del ser humano suspirar por lo que no tiene a su alcance?

Dio unas palmadas para que acudiera una esclava y le ordenó que preparase té con menta. Cuando ésta se retiró, se volvió hacia su hermano.

—Bien, si les hablas de mí a tus amistades y consigues pedidos de babuchas, ¿cómo podré servirlos?

¡Qué vergüenza le daba pedir consejo a quien tantas veces lo había humillado!

—Tienes todo el derecho a pedirle a *fa* Diemogo tu parte de ganado y de oro —contestó Tiekoro adoptando sus aires de grandeza—. El ganado te permitirá conseguir

pieles; el oro, pagar a tus artesanos.

Siga hizo de nuevo un gesto de desaliento.

—Sabes perfectamente lo que me dirá... ¡Un Traoré *garanké!* ¡Un Traoré comerciante!

—Aceptaré, porque esta misma noche voy a hablar con nuestra madre.

No había ninguna fanfarronería en aquellas palabras. Una vez más, Siga se sintió herido. ¡Qué ciego e injusto es el amor materno! El único mérito de Tiekoro era haber nacido el primero. Por más que sembrase el mal a su alrededor, porque en verdad lo sembraba, todo cuanto hacía a Nya le parecía bien. ¡En cambio él, Siga, sería toda su vida simplemente el hijo-de-la-que-se-tiró-al-pozo!

La esclava regresó llevando unos vasitos decorados con flores sobre una bandeja de cobre. Poco a poco, los objetos fabricados en Europa o en el Mogreb iban llegando a Segu. No era raro ver a hijos de familias acomodadas calzados con botas compradas a algún traficante. Muchos matrimonios tenían bandejas de plata en sus cabañas, y el *mansa* mostraba orgulloso a sus íntimos un servicio de fina porcelana de China que no utilizaba jamás. Tiekoro tenía razón. Había que aprovechar la desorganización comercial que seguía a la toma de Tombouctou por esos fanáticos de Macina.

Entonces, los viejos sueños resurgieron de sus cenizas. Siga se vio dirigiendo a un ejército de esclavos que, con el torso desnudo, lavaban, teñían y cortaban pieles. Además, tendría una tienda donde, junto a los objetos de cuero, vendería sedas y brocados. Sí, le había faltado perseverancia. Se había inclinado ante el conservadurismo familiar sin protestar. Un *yewolo* debe cultivar la tierra o hacer que la cultiven sus esclavos y vivir de su producto. Pero el mundo estaba cambiando alrededor de los *yewolo*. Y esos cambios se manifestaban en el propio seno de la familia. A Naba lo habían llevado a Brasil. Malobali había seguido las caravanas hasta tierra ashanti y encontrado la muerte en Abomey, a días y noches de distancia de su casa. Ambos habían dejado unos hijos que sólo pertenecían a medias al clan y que albergaban, como el signo de las razas extranjeras de las que habían salido, otros deseos, otras aspiraciones.

Después de todo, ¿no había sido Tiekoro simplemente el más inteligente de ellos? Previendo la victoria inevitable del islam en la región, no sólo había sido uno de los primeros en convertirse, sino que además había acabado siendo uno de los artífices de su propagación. ¡Qué visión de futuro! En aquel momento, Siga tuvo la impresión de ser parcial a la hora de juzgar a su hermano y, mirándolo de reojo, se quedó sorprendido al observar su expresión de sufrimiento. La lámpara de manteca de karité envolvía su rostro en un halo y esculpía sus facciones, ascéticas a causa del ayuno. Tiekoro se parecía cada día más a esos devotos de Tombouctou que jamás salían a la calle sin desgranar ostentadamente el rosario y que rezaban la plegaria allí donde estuviesen para demostrar que Dios no espera para ser honrado. Sin embargo, sus inmensos ojos negros, que pasaban de la inmovilidad total a una frenética actividad,

destruían la armonía de su rostro. Era imposible aguantar su mirada, pues transmitía lo que ocurría en su interior.

CUARTA PARTE

LA SANGRE FÉRTIL

1

Tiekoro hizo comparecer a su hijo Mohamed ante él.

—Cheik Amadu nos hace un gran honor. Me ha escrito para pedirme que te deje a su cargo a fin de completar tu educación religiosa.

Mohamed ocupaba un lugar especial en su hogar y en el conjunto de la concesión. Era el primer hijo varón que había tenido de Maryem, la esposa que le había dado el sultán de Sokoto a su regreso de La Meca. Le había dado tres hijas seguidas, y Tiekoro ya empezaba a perder las esperanzas de tener un heredero digno de él. Pues, pese a quererlos a su manera, no podía olvidar la posición de Ahmed Dusika y Ali Sunkalo, los hijos de Nadié, hijos, en definitiva, de una esclava. Maryem, en cambio, estaba emparentada con un sultán, había nacido y se había criado entre la riqueza, la opulencia y la buena comida. Así pues, Mohamed era casi un hijo de la realeza.

Mohamed, blanco desde su nacimiento de los celos y el odio de todos los que, no pudiendo expresar sus verdaderos sentimientos hacia Tiekoro, se vengaban en él, era un muchacho introvertido que vivía pegado a los faldones de su madre.

Ante la idea de separarse de ella, su desesperación fue tal que se atrevió a rebelarse y protestar.

—¿No son los peul de Macina enemigos nuestros?

Tiekoro lo fulminó con la mirada.

—¡Atrévete a repetir semejante cosa y te aplasto, gusano! ¿Acaso no son nuestros correligionarios y nuestros hermanos en Alá, el único Dios verdadero?

El niño no se atrevió a decir nada más. No obstante, conocía el odio que les inspiraban a los bambara los «monos rojos», los «emborronadores de tablillas», los *bimi*,^[180] que si bien no habían llegado a someterlos, como a los de Djenné y Tombouctou, en numerosas ocasiones los habían humillado.

—¿Cuándo debo partir? —preguntó, conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Cuando yo te lo mande.

Al verlo dar media vuelta, ciñéndose el *bubu* y marcando así sus formas delicadas, a Tiekoro se le encogió el corazón. Lo llamó, intentó romper su frialdad habitual y estrecharlo contra sí, murmurando: «He aceptado ese ofrecimiento por tu bien. El islam vencerá. Ya está triunfando. Muy pronto, el mundo será de los que poseen la escritura y el conocimiento de los libros. Nuestro pueblo, pese a todas sus cualidades humanas, será tratado de ignorante y tosco...»

Sin embargo, cuando Mohamed se acercó a él, fue incapaz de actuar así y se limitó a decirle:

—Cuando estés en Hamdallahi, ve a visitar a tu abuela Sira.

Mohamed, poco al corriente de las complejidades de la genealogía familiar, abrió los ojos con expresión de asombro.

—¿Tenemos parientes en Macina?

Tiekoro asintió con la cabeza. Mientras se sentaba sobre la estera, su segunda mujer, Adam, le llevó las gachas de la mañana. Tras la muerte de Nadié, Tiekoro había acogido con alegría y gratitud la ruptura de su compromiso con la princesa Sunu Saro. Porque sólo deseaba ya una cosa: vivir solo, no volver a tener a una mujer entre sus brazos. Le parecía que toda su existencia no sería suficiente para expiar su falta. Luego, el sultán de Sokoto le había dado a Maiyem. Y más tarde, Cheik Amadu le había dado a Adam, una muchacha de su familia. ¡Y ya existía esa relación que no sabía cómo había empezado con Yankadi, la esclava que criaba a los hijos de Nadié! Así, sin haberlo querido, poseía dos esposas y una concubina y era padre de quince hijos. Sin embargo, cada nuevo nacimiento en su hogar, lejos de alegrarle, lo llenaba de vergüenza, pues le hacía tomar conciencia del abismo que mediaba entre sus aspiraciones y la fuerza de sus instintos. Por eso miró con irritación el vientre abultado de Adam y dijo que las gachas estaban demasiado líquidas. Ella, sin pronunciar palabra, cogió el calabacino y se fue a las cocinas.

Tiekoro, sin esperar su regreso, se dirigió a la *zawiya*. Ya contaba con doscientos alumnos pertenecientes a las familias más aristocráticas de Segú, que hacían todas ellas el mismo razonamiento: ¿no era más juicioso ofrecer al menos a un hijo el conocimiento del islam?

Todos los días transcurrían al mismo ritmo. Primero, la revisión del Corán. Luego, los comentarios, tratados desde el punto de vista del derecho o de la teología. Después de la comida de mediodía venía la recitación del libro sagrado, que no finalizaba hasta la hora de la plegaria de la tarde. A continuación, los niños iban a trabajar a los campos de mijo o a los huertos que cuidaban en las tierras de la familia Traoré. Tiekoro, que siempre se había negado a trabajar la tierra, no los acompañaba. Comenzaba a desgranar el rosario. Luego iba a la mezquita para la plegaria del atardecer y se quedaba allí hasta la plegaria de la entrada de la noche, discutiendo cuestiones de fe con el imán. Se hablaba cada vez más de la vía Tiyani y de la obra del jeque Ahmed Tiyani: *Yawahira al-Maani*.^[181] Después, Tiekoro regresaba a la concesión familiar y, antes de dirigirse a su cabaña, se detenía en casa de Nya, quien le informaba de todo y le pedía consejo para todo: compromisos matrimoniales, bodas, nombres para los niños, bautismos, dotes.

A Tiekoro le gustaban esos ratos que pasaba con Nya en la paz nocturna. Ahora que había perdido a Nadié, Nya era el único ser que sentía por él un amor sin fisuras. Y hablando con su madre, Tiekoro hablaba también con Nadié, pues no sólo no amaba ni a Maryem ni a Adam, sino que además tenía la impresión de que ellas veían claramente cómo era y lo despreciaban. ¡Hipócrita! ¡No era más que un hipócrita! ¡Ávido de honores! ¡Ávido de gloria! ¡Alardeando del nombre de Alá había encontrado la manera de atraer la atención! ¡Su piedad no ocultaba sino la ambición de destacar!

La conciencia que Tiekoro tenía de su indignidad contrastaba con el respeto que los soberanos de países tan distintos como Macina, el sultanato de Sokoto, Futa Toro y Futa Yallon le demostraban, convirtiéndolo en un ser taciturno, violento, que pasaba constantemente de la exaltación al abatimiento. Cuando entró en el recinto de la *zawiya*, los alumnos más jóvenes, que pese al régimen de oraciones intensivo al que se hallaban sometidos no eran más que niños, se perseguían y revolcaban por el suelo, armando un gran alboroto. Al verlo, todos dejaron de jugar y pelearse. Los que estaban en el suelo, se levantaron y se sacudieron apresuradamente el *bubu*. En un instante, formaron varias filas, y decenas de pares de ojos se clavaron en el suelo. Tiekoro odiaba el efecto que producía en aquellos chiquillos y muchas veces, llevado por la exasperación, golpeaba con fuerza mejillas, frentes y cogotes cuya único error era ser demasiado dóciles. Entró en la parte del recinto reservada a los alumnos del segundo grado y se sentó sobre su estera. Uno tras otro, los niños fueron tomando asiento a su alrededor.

Mohamed, con los ojos hinchados, se instaló entre los últimos. Seguramente había ido a ver a su madre para llorar con ella. ¡Ya era hora de separarlo de Maryem, que lo ablandaba! ¡Ya era hora de convertirlo en un hombre! La familia, por supuesto, se enfadaría por la preferencia que manifestaba así hacia uno de sus miembros. Ya imaginaba los comentarios. La acritud de Ahmed y de Ali, a los que había casado con dos muchachas de buena cuna pero sin mucha fortuna y que se deslomaban en los campos familiares. La inquietud de Adam por sus hijos. A Tiekoro, sin embargo, le preocupaban sobre todo las consecuencias políticas de su acto. Las tensiones entre peul y bambara iban en aumento. El *mansa* hablaba de lanzar una ofensiva de gran envergadura contra Macina y con este fin estaba aprovisionándose de fusiles y pólvora, además de presionar al soberano de Kaarta para que se aliara con él. Enviar a su hijo a Macina no sería bien visto. Sin embargo, ¿podía rechazar ese honor que se le hacía a su familia? ¿No era su parentesco con el sultán de Sokoto, aunque fuese lejano, lo que se le reconocía con ese gesto?

Tiekoro bajó de las nubes y miró fijamente las caritas ansiosas vueltas hacia él.

—¿Cuántos de vosotros habéis seguido el consejo que di ayer?

Se produjo una vacilación entre los presentes, pues nadie sabía con exactitud a qué se refería. Finalmente, Alfa Mandé Diara se levantó.

—Yo, señor —dijo—. Tal como recomendaste, escribí el divino nombre de Alá en la pared, frente a mi cama, a fin de que al despertar fuese la primera imagen que se ofreciera a mis ojos.

Alfa Mandé pertenecía a la familia real, era hijo de un hermano del difunto *mansa* Daa Manson. Por eso Tiekoro le dispensaba un trato de favor, eximiéndolo de trabajar la tierra y dándole dos días a la semana libres para que fuera a casa de su padre, que vivía en Kirango. Confiaba en que Alfa Mandé atrajera a otros niños de la realeza. Pero de momento no era así. Ninguno de los hijos del *mansa* Tiefolo lo había imitado, y Tiekoro, que tras la muerte de Daa Manson había solicitado una entrevista

con el nuevo soberano para hablarle de cuestiones relativas al islam, no había visto su deseo satisfecho. ¡Ah, que lejos quedaban los tiempos en que Daa Manson le consultaba en todo y lo enviaba como embajador a las ciudades musulmanas! ¡Los que rodeaban a Tiefolo sólo pensaban en guerras! ¿Es que no comprendían que, aunque mataran hasta el último peul de Macina, el islam había llegado a la región para imponerse, para echar raíces como un árbol siempre vivo al que no le afectan los rigores de la estación seca y reverdece cuando a su alrededor la maleza amarillea? ¡Ah, espíritus obtusos y de cortos alcances!

Tiekoro felicitó a Alfa Mandé, que era sin discusión uno de sus alumnos más brillantes, y dijo:

—Sí, escribid ese divino nombre en la pared. Cuando os levantéis, pronunciadlo con fervor desde el fondo del alma a fin de que sea la primera palabra que sale de vuestros labios y suena en vuestros oídos. Cuando os acostéis...

Mientras hablaba, su mirada se cruzó con la de Mohamed y le pareció que el niño percibía claramente su fariseísmo y su loca vanidad. Entonces, como para no pensar, continuó en voz todavía más alta:

—Si persistís, a la larga, la luz contenida en el secreto de sus cuatro letras se difundirá sobre vosotros. Una chispa de la esencia divina inflamará vuestra alma y la irradiará...

Sin embargo, la mirada de Mohamed no contenía nada que pudiera sorprender a Tiekoro, ya que el niño era demasiado pequeño y demasiado respetuoso para pretender juzgar a su padre. Otros lo hacían por él. Tiefolo, el primogénito de Diemogo, era uno de ellos.

Tiefolo se recordaba constantemente que él mismo había ido a buscar a Tiekoro a Djenné tras la muerte de Dusika. Y constantemente se arrepentía de haberlo hecho. Entonces creía estar obrando bien, cumpliendo la última voluntad del difunto, actuando en beneficio de la unidad familiar... ¡Si hubiera sabido que aquello serviría únicamente para destruir y humillar a su padre!

No soportaba seguir viendo a Diemogo reducido al papel de ejecutor de la voluntad de Tiekoro. No soportaba seguir teniendo cerca la *zawiya*. No soportaba seguir oyendo esas letanías en honor de un Dios en el que los suyos no creían. Sus días ya no eran más que un febril interrogarse sobre la manera de liberar a la familia de Tiekoro. Cuando su primera mujer, la *bara muso* Tenegbe, se acercó a él para hacerle partícipe de lo que acababa de enterarse, la miró con incredulidad.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Tenegbe guardó silencio. Era una mujer muy guapa, originaria de Kaarta y emparentada por parte de madre con el difunto *mansa* Fulafo Bo, «fio el matador de peul», cuyo recuerdo seguía presente en la mente de todos. Tiefolo creyó que la cegaba el odio que sentía hacia el islam, y como consecuencia hacia Tiekoro, y se encogió de hombros.

—¡Es imposible! No siente ningún respeto por nuestra familia y nuestro reino, pero aun así no haría eso...

—Bueno —dijo simplemente Tenegbe—, ya me creerás cuando veas a Mohamed montar en el caballo que lo llevará a Hamdallahi.

Acto seguido, se retiró. Tiefolo, perplejo, salió al patio. La estación de las lluvias estaba acabando. Las hojas de los tamarindos estaban de un verde reluciente. Los huertos de las mujeres estaban en flor. Pronto habría que revocar las paredes de las cabañas, reparar los techos deteriorados por las lluvias. Era el momento del año en que todo hombre activo sentía que la sangre le inundaba alegremente el corazón y le producía una agradable excitación en los miembros. Unas semanas más tarde, después de realizar esos trabajos, Tiefolo se adentraría en la sabana para cazar. Y sin embargo, lejos de sentir la anticipación dichosa habitual, sólo sentía angustia y exasperación. Se dirigió a zancadas a la cabaña de su padre, decidido esta vez a actuar.

Diemogo estaba hablando con el jefe de los esclavos y le indicaba las tareas que había que realizar. Era el único terreno en el que Tiekoro, que no tenía ni idea, le dejaba cierta autonomía.

Tiefolo se acercó a su padre, esperó respetuosamente a que se dignara volverse hacia él, respondió a sus saludos y luego preguntó en un susurro:

—¿Es verdad lo que he oído? ¿Va a enviar a Mohamed con nuestros enemigos de Macina?

Diemogo hizo un gesto de impotencia.

—Eso es lo que Nya me ha dicho. Le ha oscurecido tanto la mente que ella lo considera un gran honor para la familia...

—¿Un honor? ¡Pero si nos tomarán por traidores! ¡Por espías!

¿Espías? Justo en el momento en que Tiefolo pronunciaba estas palabras, un plan apareció en su mente. ¿Espías? Con una brusquedad que lo desconcertó, se despidió de su padre y regresó a su casa, donde se cambió de ropa para ponerse una más elegante. Luego salió de la concesión. Al ver la opulencia de Segu en aquellos años, se comprendía por qué excitaba tanto la avidez de los peul de Cheik Amadu. Esos «monos rojos» sólo hablaban de implantar allí el islam, por supuesto. Pero todo el mundo sabía que su único deseo era apoderarse de sus riquezas y controlar sus mercados. Los bambara, expulsados de Djenné por las persecuciones religiosas, habían llevado nuevas técnicas de construcción, y las casas parecían auténticos palacios, con altos paneles decorativos triangulares sobre los tejadillos de las puertas y frisos regulares en la parte superior de las paredes. Todos los mercados ilustraban la diversidad de los intercambios comerciales del reino: mijo, arroz, vino de miel de abeja, algodón, perfumes, incienso, pieles, pescado seco y ahumado y objetos importados cuya abundancia hacía que ya fuesen corrientes. Unos años antes, las mujeres se precipitaban sobre aquellos artículos de pacotilla. Ahora ya no les

dedicaban ni una mirada. Tan sólo la pólvora, las armas y el aguardiente continuaban siendo codiciados, pero su venta estaba estrictamente controlada por el *mansa*.

Tiefolo cruzó la gran plaza que rodeaba el palacio real. Sabía que era día de recepción del soberano y que nadie podía impedirle entrar. Unos obreros se afanaban junto a las murallas, pintándolas con una pintura ocre hecha de una mezcla de lodo y caolín, tapando las grietas y dibujando de nuevo los frisos. Los tejedores reales se habían instalado en el segundo patio y las largas serpientes blancas de algodón mordían los telares. Más allá, las esclavas formaban un corro alrededor de un bufón que golpeaba unas calabazas con sus dedos llenos de anillos. Tiefolo frunció el entrecejo. ¿No era peul? ¡Ah, esos monos rojos estaban por todas partes!

El *mansa* Tiefolo había sucedido a su hermano Daa Manson, que incluso muerto continuaba provocándolo. Porque era menos apuesto, menos fuerte, menos admirado por las mujeres, y no lograba tantas victorias como él en los campos de batalla. Tendido sobre su piel de buey, con el codo hundido en un cojín de piel decorado con arabescos, escuchaba aburrido a un griot que le exponía el problema de dos querellantes. Su mirada viva se detuvo en Tiefolo en el momento en que éste entraba en la sala, y exclamó en tono burlón:

—Eh, ¿no es el hermano de Papá-mezquita el que nos hace el honor de estar entre nosotros?

Porque a Tiekoro se le conocía con ese sobrenombre.

Tiefolo se inclinó sin decir palabra, en espera de que lo invitasen a hablar. Sin embargo, a medida que se acercaba su turno, empezó a dudar de lo oportuno de su plan. ¿No debería haber informado primero a su padre y obtenido su aprobación? ¡Vamos! Diemogo le hubiera suplicado que convocase una reunión del consejo de familia, que una vez más, manejado por Nya, le hubiera dado la razón a Tiekoro.

¿Estaba bien exponer las disputas familiares ante el soberano? Pero es que no se trataba de asuntos de familia. La decisión de Tiekoro relativa a Mohamed sobrepasaba el marco del clan y tal vez ponía en peligro los intereses del reino. Tiefolo seguía debatiéndose consigo mismo cuando Makan Diabaté, el primer griot, pronunció su nombre. Sorprendido, se puso a tartamudear. Poco a poco, sin embargo, logró exponer el asunto que lo había llevado allí.

No ignoraba en absoluto que a un hermano mayor se le debe respeto. Sabía, por otro lado, que el mundo era cambiante. Por eso había aceptado la conversión de su hermano Tiekoro, el aflujo de ideas y costumbres nuevas que ésta desencadenaba. Sin embargo, le había resultado más difícil aceptar a dos cuñadas peul, una originaria de Sokoto y la otra de Macina. Y más difícil aún, aceptar la transformación de una parte de la concesión legada por sus antepasados en un lugar de reuniones y oraciones impías. Y por si eso fuera poco, ahora su hermano pretendía enviar a uno de sus hijos a Hamdallahi, ¡a la mismísima casa de Cheik Amadu! Así que él se preguntaba si no sería su hermano un espía a sueldo de una potencia extranjera. ¿Cómo explicar si no unos vínculos tan estrechos y privilegiados con el enemigo principal del reino? Y

dado que el bienestar de Segú estaba por encima de todo, había ido a hacer partícipe de sus preocupaciones y sus sospechas al Señor de las aguas y de las energías.

Mientras Tiefolo hablaba, todos admiraban su prestancia, la nobleza de sus rasgos, y estaban con él de corazón, pues el comportamiento de Tiekoro era criticado por todos. No obstante, los espíritus se hallaban divididos. ¿Debe un hombre denunciar a su hermano? ¿No podía solucionarse todo eso bajo el árbol de debates de una concesión familiar?

Cuando Tiefolo calló, se hizo un profundo silencio. Por las ventanas de la sala de audiencias penetraba una brisa tibia y las notas de una orquesta procedentes de uno de los patios del palacio. Finalmente, el *mansa* dijo:

—Homónimo,^[182] se trata de un asunto muy delicado y comprendo que te cueste hablar de ello...

Al mismo tiempo, escrutaba a Tiefolo con la mirada, esforzándose en averiguar sus móviles. ¿Era realmente la preocupación por Segú lo que lo animaba? ¿No se decía que Tiekoro le había quitado toda la autoridad a Diemogo, y no estaría el hijo defendiendo los intereses de su padre? Si Tiekoro era acusado de espionaje y castigado como merecía, ¿a quién beneficiaría su exclusión? Con todo, el rostro de Tiefolo desprendía sinceridad. Se podía confiar en ese hombre. No intentaba perjudicar a su hermano; al menos, no sólo eso. En su angustia real y en su impotencia, pedía ayuda a su soberano como supremo recurso.

Aunque el *mansa* sentía una profunda antipatía por Tiekoro, no era hombre dado a actuar impulsivamente.

—No te opongas a su deseo —dijo—. Deja que el niño vaya a Hamdallahi. Haz callar a aquellos de tu familia que se sientan tentados de protestar contra esa decisión. Nosotros nos encargaremos de vigilarlo y averiguaremos sus intenciones...

Mandé Diara, príncipe de sangre y consejero muy influyente en la corte, se encogió de hombros.

—Conozco a Tiekoro Traoré y no le tengo más simpatía que vosotros. Sin embargo, *fama*, ¿qué interés puede tener en traicionar a Segú? ¿Qué puede ofrecerle el peul que no poseamos aquí? ¿Tierras? Las tiene en abundancia. ¿Tal vez...?

Tiefolo lo interrumpió, rindiéndole un involuntario homenaje a su hermano:

—Si Tiekoro traiciona, sin duda no es a cambio de bienes materiales. Es un asunto de religión. Cree sinceramente que su Alá es el único y verdadero Dios y que tiene la misión de glorificarlo...

Al salir de palacio, Tiefolo dio un rodeo para pasar por la concesión de Siga. Había sido de los que consideraban que Siga deshonraba el nombre de los Traoré ejerciendo el oficio de un hombre de casta y pedían su exclusión del clan como si se tratara de un ladrón o un asesino. Luego, sin saber muy bien cómo, había empezado a tomarle cariño a su hermano, quizá por compasión.

Para retener a su mujer, Fátima, que amenazaba con volver a Fez, Siga había hecho construir una casa que los curiosos de Segú no se cansaban de ir a admirar,

dando para ello un rodeo por el mercado de las plantas medicinales. Era de ladrillos de barro, como las demás viviendas de la ciudad, pero estaba como si dijéramos adosada a la calle y totalmente vuelta hacia el interior, ocupado por un patio circular con un estanque. Alrededor de los dos pisos corrían unas galerías realzadas con arcos y columnas, a las que daban las habitaciones principales. El suelo de los patios, de las galerías y de algunas estancias estaba recubierto de arena blanca y fina que Siga había hecho llevar, con grandes costes, desde una cala especial del Bani. Pero lo más sorprendente era la curtidoría, construida junto a la vivienda. Durante toda una estación seca se había visto a Siga, con la cabeza descubierta, igual que los esclavos que empleaba, excavar balsas y fosas rodeadas de un borde circular de piedra y prolongadas por canales de desagüe. En dos talleres contiguos a esas balsas y fosas se procedía al secado de las pieles y a su almacenamiento. Siga había llegado a un acuerdo con unos carniceros que le vendían pieles. Como estaban frescas, tenía que salarlas él mismo antes de sumergirlas en un primer baño templado, para que se hincharan ligeramente, y someterlas a lavados sucesivos. Por desgracia, aquella obra tan impresionante no había servido de nada. ¿Había calculado mal Siga la inclinación del terreno para las balsas y las fosas? ¿Había subestimado la dificultad de un aprovisionamiento regular de pieles y la oposición de los *garanké*, que no habían querido someterse a un hombre que no pertenecía por herencia a su profesión? No se habían fabricado ni babuchas, ni botas, ni cinturones, ni arneses. Incluso un año que hubo tal escasez de sal en Segu que las mujeres bambara salaban los alimentos con las cenizas del hogar, las pieles almacenadas habían acabado por estropearse, extendiendo su olor por las calles de la ciudad y hasta las propias puertas del palacio del *mansa*.

Desde entonces, Siga vegetaba del producto de la venta de algunas babuchas que le mandaba a un comerciante de Djenné y de telas brocadas que de vez en cuando le enviaba su antiguo patrón de Fez. Además de eso, cultivaba un campo cuyo disfrute le había cedido la familia, presionada por Tiekoro. Tiefolo no entraba nunca en la bonita casa de Siga sin tener la impresión de penetrar en el templo de un dios caprichoso que se hubiera negado en el último minuto a complacer a sus fieles. Todo había sido preparado para satisfacerlo: los altares, cubiertos de leche, frutas y sangre, las palabras rituales, pronunciadas, y los redobles de tam-tam, minuciosamente ejecutados. Pero el dios no había descendido. ¿Por qué? En el patio estaba Fátima con las dos esclavas que eran también las concubinas de Siga, demasiado pobre para permitirse tener más esposas. A Tiefolo le pareció que había engordado más y, aun estando habituado a considerar la gordura en las mujeres un signo de prosperidad y de belleza, pensó que Fátima debería mantenerse ahí. La muchacha posó sobre él su mirada gris, que pese a todo seguía siendo hermosa, y dijo en un tono quejumbroso:

—Esta acostado. Tiene fiebre desde esta mañana...

Seguía hablando un bambara atroz después de llevar diez años viviendo allí, lo que indicaba a las claras su negativa a integrarse en el país de su marido. Después

continuó engullendo dátiles rellenos que su hermano le enviaba regularmente junto con *henna* y productos de maquillaje, como si se tratara de cosas esenciales. Tiefolo subió a la habitación de su hermano. Siga había envejecido prematuramente y aparentaba diez años más que Tiekoro, como si a este último la vida de ayuno y oración lo mantuviera joven. Tenía el pelo canoso, la barba, descuidada, del mismo color, y los ojos enrojecidos, como bebedor impenitente de *dolo* que era.

—¡Creía que estabas cazando! —exclamó, sorprendido—. No me digas que aún no has oído la llamada de los antílopes y los facóqueros.

Tiefolo se sentó en un escabel.

—Hay cosas más importantes que la caza... ¿No va siendo hora de restablecer el orden y la autoridad en la familia?

A continuación lo informó de la decisión de Tiekoro relativa a Mohamed, pero Siga se desentendió del asunto.

—Es su hijo y tiene derecho a hacer con él lo que le plazca, ¿no?

En realidad, Siga se daba cuenta perfectamente de adónde quería ir a parar Tiefolo. Pero él estaba cansado. Tenía la impresión de que su vida era la piragua de un pescador somono, anclada en la orilla del Djoliba cuando las aguas refluyen tras la estación de las lluvias. Gracias al débil impulso de la corriente, logra desprenderse del fango y, zigzagueando imperceptiblemente, desciende, chocando con los islotes de cañas y rozando los bancos de ostras. Cuando recordaba las ilusiones y los sueños que animaban sus días y sus noches en Tombouctou y en Fez, se preguntaba qué había sido de aquel joven. Estaba derrotado, destruido, muerto. Tan muerto como Naba y Malobali. Oh, podía encontrar excusas, por supuesto: nadie lo había comprendido y apoyado, su mujer no era lo que él había esperado. Sin embargo, sabía que todo el mal provenía de una tara secreta y misteriosa que llevaba en la sangre. Tuvo un acceso de tos. Cuando se le pasó, dijo:

—No cuentes conmigo para que te ayude a arruinar a Tiekoro. Además, no lo conseguirás. Los dioses están con él.

Tiefolo soltó una carcajada.

—¡Los dioses! ¿Qué dioses?

La ciudad de Hamdallahi, cuyo nombre significaba «alabanza a Dios», había sido fundada en 1819 y construida en tres años gracias al celo de albañiles de Djenné. Estaba dividida en dieciocho barrios, rodeados por una muralla con cuatro puertas sobre las que se elevaba, como una neblina, la respiración de los fieles que veneraban a Alá. No se contabilizaban menos de seiscientas escuelas coránicas, donde se enseñaba el *hadiz*, el *tawhil*,^[183] el *usul*^[184] y el *tasawuf*,^[185] mientras que las disciplinas auxiliares, como la gramática o la sintaxis, eran impartidas en instituciones especializadas. Hamdallahi era un lugar austero. La policía estaba dirigida por siete morabitos. Se detenía a toda persona a la que se encontraba en la calle una hora después de la plegaria de la entrada de la noche, a fin de comprobar su identidad. Debía recitar la genealogía de su familia e indicar la fecha en la que se había convertido al islam. A continuación debía explicar las razones de su presencia en Hamdallahi. La higiene y la limpieza eran igual de rigurosas. Estaba prohibido orinar en las calles. Y dejar correr la sangre de los animales degollados. Las vendedoras de leche tenían que cubrir su mercancía e ir provistas de un calabacino de agua para lavarse las manos.

Mohamed se estremeció al pasar junto a un gran tamarindo situado cerca de la puerta norte, al pie del cual se llevaban a cabo las ejecuciones capitales, y también al pasar ante la prisión central y el lugar donde se ejecutaban las sentencias. Lo único que le inspiraba aquella ciudad era miedo. Los hombres con los que había hecho el viaje le habían contado que los alumnos de Cheik Amadu vivían de la caridad pública e iban de puerta en puerta mendigando comida, que por la noche dormían sobre el suelo desnudo y que jamás se lavaban en signo de humildad. El niño estaba asustado, pues le horrorizaban los insectos, pulgas y piojos que ya veía salir de todos los repliegues de su piel. Un discípulo lo condujo hasta la concesión de Cheik Amadu y lo dejó en manos de una de sus mujeres, la bella Adya.

Sin saberlo, Mohamed era presa de la misma angustia que su padre en el patio de al-Hayy Baba Abu, en Tombouctou. Pero Cheik Amadu no era al-Hayy Baba Abu. Mohamed fue llevado a presencia de un hombre de unos cincuenta años, bastante alto, de mirada vivaz y bondadosa, que vestía con gran sencillez un *bubu* hecho con siete tiras de algodón, calzaba unas sandalias de piel curtida y llevaba en la cabeza un turbante azul oscuro que le daba siete vueltas.

—*As salam aleykum* —saludó, sonriendo, a Mohamed.

Éste bajó la mirada.

—*Wa aleyka salam. Bissimillaho...*^[186]

—¿Hablas árabe? —le preguntó Cheik Amadu con la misma amabilidad.

—Un poco, señor.

—¿Señor? Llámame padre, porque eso es lo que tendré que ser para ti.

Mohamed siempre había asociado la piedad a la arrogancia, el conocimiento, a la falta de indulgencia por las debilidades de los demás. ¡Qué distinto era aquel hombre de su padre! ¿Era ése el jefe cuyos ejércitos se temía en Bambuk, Kaarta y Mandé, por no hablar de Segú? La única arma que llevaba era un rosario. Mohamed se arrodilló.

—Padre, quiera Alá que jamás sea indigno de tu afecto...

En ese momento, Abdullah, el hijo pequeño de Cheik Amadu, entró en la habitación y su padre se volvió hacia él.

—Cuida de este muchacho. Su padre hace resplandecer el nombre de Alá entre los infieles de Segú... Sin su obra, ese reino sería en verdad el de las Tinieblas.

A continuación indicó que la entrevista había terminado.

No hacía falta más para que desaparecieran las lágrimas de los ojos de Mohamed y éste mirase el futuro con serenidad. Por primera vez, se daba cuenta de que era hijo de un hombre importante y se reprochaba haber sentido por él mucho más miedo que cariño. Su padre era un santo y él no lo sabía.

Mientras pensaba esto, Abdullah lo condujo a la parte oeste de la concesión, donde se alojaban los alumnos. En una especie de dormitorio había unos cuarenta chiquillos de entre once y quince años, todos sumamente delgados y con ese brillo característico de la mala alimentación en la piel, tan tensa que parecía que iba a rasgarse. Vestían *bubus* andrajosos y sucios, e iban descalzos. Lo que más impresionó a Mohamed fueron los rasguños y las cicatrices que cubrían sus piernas, sus brazos y sus manos, como si hubieran sido víctimas de epidemias de viruela y sarna. De pronto, las palabras de los viajeros acudieron a su memoria y su inquietud renació. Abdullah lo presentó brevemente:

—Éste es vuestro hermano Mohamed Traoré. Viene de Segú.

Acto seguido se retiró. Cuando hubo desaparecido y cabía suponer que se hallaba a buena distancia, se organizó un alboroto general: todos empezaron a imitar los gritos de los animales más diversos, a bailar desenfrenadamente y a hacer piruetas. Nadie hubiera dicho que aquello era un lugar reservado a la enseñanza de la palabra de Dios. Un muchacho hizo unos gestos obscenos delante de Mohamed, al tiempo que decía:

—Traoré de Segú. Es un bambara que come perros y carnes impuras, que bebe y fornicar...

¿Cómo debía reaccionar? ¿Declarando que no era totalmente bambara, sino medio peul, y que estaba emparentado con el sultán de Sokoto? Eso sería renegar de su padre y no podía hacerlo. ¿Peleándose? Era enclenque y siempre llevaba las de perder.

—¿Bambara? ¿Acaso Alá hace distinción entre razas? Soy musulmán, vuestro hermano en Él —dijo dignamente.

Se produjo un silencio que indicaba que había marcado un punto. Al cabo de un momento, un chiquillo de su edad se acercó a él y se presentó:

—Me llamo Alfa Guidado.

Las facciones de Alfa eran tan delicadas, que uno se preguntaba si no sería una muchacha que se había cortado el pelo por capricho y llevaba ropas masculinas. Tenía la tez tan clara como la de un moro, el pelo rizado, los ojos rasgados y llameantes, los labios rojos y carnosos, con un lunar junto a la comisura izquierda. Su padre era uno de los siete morabitos encargados de dirigir la policía de la ciudad, un hombre tan piadoso que se había liberado de la necesidad de comer varias veces al día, contentándose con un bol de leche cuajada por semana.

—¿Eres el hijo de Modibo Umar Traoré? —preguntó.

Mohamed se quedó atónito. ¿Tan grande era la fama de su padre?

—Bori Hamsala no es un mal tipo a pesar de que le gusta burlarse de la gente —prosiguió Alfa Guidado—. Siempre está dispuesto a compartir la comida que le dan.

¿La comida que le dan? Mohamed aguzó el oído. ¿Era cierto lo que contaban? Alfa lo miró con una especie de compasión.

—¿No sabes que mientras buscamos a Dios debemos vivir de la mendicidad, por más ricos que sean nuestros padres? Ay, amigo mío, se han acabado los días en que tu madre te llevaba un bol de *degué*, en que te acostabas sobre una estera limpia y bajo una gruesa manta. ¡Adiós comodidades, alegrías, deleites! Empieza el calvario. Pero ¡qué calvario! ¡Y por qué causa!

Mientras tanto, en Hamdallahi reinaba la excitación por la llegada de un visitante que, desde luego, no era Mohamed Traoré. Se trataba de al-Hayy ‘Umar Saidu Tall, tucoror de Toro. Totalmente desconocido cinco años antes, llegaba adornado de una extraordinaria reputación de santidad y de conocimiento del Corán. Había realizado varias peregrinaciones a La Meca, estado en Sokoto, vivido varios en El Cairo y visitado las tumbas de los profetas Abraham y Jesús, en Palestina, efectuando en sus viajes curaciones milagrosas. ¿A qué iba a Hamdallahi? Sin duda le había atraído la fama de Cheik Amadu. Sin duda había oído elogiar la organización administrativa, fiscal y militar de Macina y deseaba rendir homenaje a un hermano en Alá. No obstante, los colaboradores de Cheik Amadu no las tenían todas consigo. Se decía que muchos profetas habían anunciado que al-Hayy ‘Umar conseguiría formar un imperio que reuniría Nioro, Medina, Segu, Hamdallahi y otras ciudades hasta el momento libres y orgullosos. ¿No había declarado el *almami*^[187] de Futa refiriéndose a él: «Construirá por sí solo más mezquitas de las que vuestras mentes pueden imaginar»? En cuanto a Cheik Amadu, estaba tranquilo. Pensaba que al-Hayy ‘Umar iba a recogerse ante la tumba del santo ‘Abd al-Karim, fallecido el año anterior durante su visita a Hamdallahi. Además, un hombre de Dios como él nunca estaba atribulado.

Poco después de la llegada de al-Hayy ‘Umar, Mohamed y Alfa estaban mendigando ante la cerca de tallos de mijo de la concesión de Burema Khalilu,

miembro del Gran Consejo, encargado de la dirección de Macina y alta autoridad en todos los terrenos. Las sirvientas vertieron en sus calabacinos unas copiosas raciones de *tatiri masina*,^[188] algo muy distinto del salvado de mijo que solían darles en las casas más piadosas. Mohamed iba a abalanzarse con voracidad sobre aquel alimento inesperado, cuando Alfa le ordenó:

—¡Espera! ¿No sabes que tienes que llevarlo al refectorio y compartirlo con los demás?

Desde que estaba en Hamdallahi, hacía ya unas semanas, Mohamed no era más que un vientre. Hambriento. Perpetuamente vacío. Borboteante de gusanos. El hambre le impedía pensar. El hambre le impedía rezar. El hambre le impedía dormir. Cuando cerraba los ojos, era para soñar con los platos sabrosos y calientes que preparaban las mujeres de la concesión en Segu. ¡Ah, entonces no sabía lo feliz que era! Se le llenaba la boca de una saliva amarga que le resbalaba por la barbilla y se mezclaba con las lágrimas. Se había sentido tentado de huir cientos de veces. De regresar a Segu. ¡De recuperar el tibio refugio de los brazos de Maryem y los juegos con sus hermanos pequeños! ¿Por qué tenía que sufrir así? Una tarde se había desplomado, vencido por el hambre y el calor, y había deseado morir allí, como un perro, lejos de los suyos. ¿Qué diría Tiekoro si le anunciase: «Tu primogénito ha pasado a mejor vida»? ¿Tomaría conciencia de su dureza y su injusticia?

Para Mohamed era una desgracia tener a Alfa Guidado por amigo. Si hubiera establecido los mismos lazos con Bori Hamsala, Alkayda Sanfo o Samba Bubakari, que se pasaban el día pensando en la manera de conseguir comida, todo habría sido distinto. Pero Alfa era tan puro como bello. Era como un ungüento de almizcle, cuyo perfume no se disipa. Un don de dios. Los maestros debían corregir su tendencia a la exaltación y el misticismo, pero Cheik Amadu le tenía un gran cariño y a menudo hacía que lo condujeran a su presencia para hablar de cuestiones relacionadas con la fe. Sólo con mirarlo, Alfa hacía que Mohamed se avergonzara de estar atrapado en la carne, de tener estómago, vientre, visceras, de ser como esos perros a los que se les prohibía entrar en la ciudad, asignándoles el cuidado de los rebaños. A veces le tendía a Mohamed su calabacino medio lleno, diciendo:

—Toma, yo no lo necesito.

Pero, en su boca, esas palabras no estaban impregnadas de arrogancia. Simplemente hacía una constatación.

Detrás de la concesión de Cheik Amadu se había construido un cobertizo que hacía las veces de refectorio. Una vez terminada la colecta, los discípulos se dirigieron allí pasando por delante de la mezquita.

La mezquita de Hamdallahi no tenía ni minarete ni ornamento arquitectónico alguno. Las paredes medían siete codos de altura y delimitaban un espacio cubierto, precedido de un patio de considerables dimensiones donde se realizaban las abluciones rituales. Había doce filas de pilares que delimitaban unos recintos reservados a los lectores del Corán, a los copistas, inclinados sobre las escasas obras,

y a los que confeccionaban sudarios, encargados de recordar mediante esta tarea que la muerte se halla en el centro de la vida.

En Segú no había monumentos así. Las mezquitas abundaban cada vez más, sí, pero seguían siendo discretas, como si Alá aceptara rebajarse para vencer. Así pues, cada vez que Mohamed pasaba ante aquel edificio orgulloso, su corazón, rebosante de miedo y de respeto, latía más deprisa.

Los discípulos se reunieron en el refectorio y, una vez realizado el reparto, Mohamed miró, abatido, lo que le quedaba para comer. Se llenaría otra vez el vientre de agua. Estaba llevándose tristemente la última cucharada de arroz a la boca cuando Abdullah, que era su mentor, apareció y le ordenó:

—Date prisa, al-Hayy ‘Umar quiere verte.

Se hizo un silencio impuesto por el estupor. ¿Cómo prestaba atención un visitante de su rango a una insignificancia como el pequeño Mohamed Traoré de Segú? De no ser porque a Abdullah le debían respeto, habrían creído que se había vuelto loco.

Mohamed se levantó con presteza, fue a lavarse las manos y siguió a Abdullah. No se atrevía a preguntarle nada, y el martilleo de la sangre en las sienes lo ensordecía. Entraron en la concesión, atravesaron la sala donde estaba guardada la fabulosa colección de manuscritos de Cheik Amadu y luego entraron en la sala del Gran Consejo, llamada también sala de las Siete Puertas porque tenía tres que daban al norte, otras tres, al sur y una última, al oeste. Era una estancia magnífica. Tenía tres pequeñas ventanas, a fin de dejar que entrase poca luz y garantizar una ventilación perfecta. La bóveda estaba realizada con arcos de madera que partían del vértice de la habitación, utilizando una técnica copiada de los hausa.

Cheik Amadu estaba sentado entre varios hombres, pero era imposible no adivinar quién era al-Hayy ‘Umar, pues llamaba inmediatamente la atención. Era un hombre muy apuesto de unos cuarenta años, vestido con una suntuosidad que contrastaba con la enorme sencillez de las ropas de su anfitrión y que a Mohamed le recordó los gustos de su padre en lo relativo a la indumentaria. Llevaba una camisa blanca bordada, un albornoz árabe de paño azul cielo, adornado con pasamanería plateada, y un pesado turbante negro que realzaba la dignidad hierática de sus rasgos. Mohamed no pudo apartar la mirada del sable metido en una ancha vaina de cuero repujado que llevaba colgado de la cintura. Le pareció que era el símbolo de aquel hombre piadoso y conquistador a un tiempo, que hacía la guerra en nombre de Dios.

—Aquí está nuestro hijo Mohamed Traoré —dijo Cheik Amadu sonriendo.

Al-Hayy ‘Umar sonrió también. Una sonrisa en la que se mezclaban la cortesía, incluso la afabilidad, una ligera burla y como el relamerse anticipadamente característico de la fiera salvaje.

—¡Acércate, no temas! —dijo con una voz bien timbrada.

Mohamed recorrió el espacio interminable que lo separaba del gran morabito, con los ojos clavados en las vueltas de sus botas de piel flexible como la tela. Luego levantó la cabeza y estuvo a punto de desvanecerse al sentir la mirada escrutadora

que se posaba sobre él. Tuvo la impresión de que aquel hombre podía leer en su interior, descifrar la geografía secreta de pensamientos y de instintos que ni siquiera él mismo conocía.

—¿Por qué me tienes miedo?

—No te tengo miedo, señor —logró articular Mohamed.

Apenas hubo pronunciado esa frase, se arrepintió de haberlo hecho. ¡Qué audacia! ¡Qué imprudencia! ¡Sí, debería temer a un espíritu tan notable, él, que era polvo en la superficie de la tierra, y su resplandor debería deslumbrarle! Intentó desesperadamente reparar aquella metedura de pata, pero al-Hayy ‘Umar había tomado de nuevo la palabra:

—Quiero decirte que tengo en gran estima a tu padre, Modibo Umar Traoré, que posee el conocimiento de la religión y lo difunde a su alrededor. En signo de mi amistad, me alojaré en su casa mientras esté en Segú, adonde tengo previsto ir en cuanto parta de Hamdallahi. Ninguna morada me parece más apropiada que la suya.

Mohamed era ingenuo. Sin embargo, estaba al corriente de la controversia que existía en torno a su padre y se dio cuenta del efecto que produciría en Segú la presencia de semejante huésped en su casa. ¡Sin duda se comentaría hasta en el palacio del *mansa*! Pero ¡qué honor para la familia! ¡Un hombre que había sido recibido por los soberanos más ilustres! ¡Un santo! ¡Un profeta! Confuso como estaba, no se le ocurrió nada que decir y se retiró con la impresión de haberse comportado de un modo descortés y estúpido durante toda la entrevista.

Fue totalmente casual que Mohamed conociera a su familia de Macina. Tiekoro le había hablado de su abuela Sira. Pero, desde su llegada, había estado tan ocupado adaptándose a aquella ciudad glacial en la que incluso el canto de los griots estaba prohibido, acostumbrándose a la sonoridad de la lengua peul de Macina, tan diferente de la de Sokoto que hablaba su madre, profundizando en su conocimiento del árabe y luchando contra su cuerpo, que aquella historia se le había ido por completo de la mente.

Mendigaba con Alfa delante de una concesión situada no lejos de la puerta Damal Fakala. Desde hacía unos días, un viento insidioso soplaba en las calles de Hamdallahi, ciudad ya de por sí húmeda, pues estaba situada en una antigua zona de inundaciones. Así que entre letanía y letanía, un acceso de tos le desgarraba el pecho. De repente, una mujer salió de un cercado, lo agarró del brazo y dijo en un tono de rebeldía:

—¡No, Dios no pide que los hijos de las mujeres mueran por él!

Pese a sus protestas, lo arrastró hasta el interior. Mohamed tenía demasiada hambre y demasiado frío para rechazar un calabacino de gachas de mijo bien calientes, seguidas de leche cuajada aromatizada. Un tanto avergonzado de sí mismo, le dio las gracias a la mujer y ésta le preguntó:

—Tú no eres peul, ¿verdad?

Él meneó la cabeza.

—No, soy bambara, de Segú.

—¿De Segú? —susurró la mujer con el semblante descompuesto—. Entonces a lo mejor has oído hablar de Malobali Traoré, el hijo de Dusika.

—Claro, era mi padre.

La mujer se echó a llorar. Unos instantes después, Mohamed y Alfa se encontraban ante la familia al completo.

Sira no había tenido una vida fácil. Para empezar, jamás había podido olvidar Segú, pese a que se había marchado de allí por voluntad propia. En segundo lugar, nunca había amado a su marido, Amadu Tasiru, aunque lo había servido fielmente y le había dado cuatro hijos. Había algo que le repugnaba en aquel hombre siempre ocupado en desgranar las cuentas del rosario y llenándose la boca con el nombre de Dios, que al llegar la noche se abalanzaba ávidamente sobre su cuerpo y que necesitaba concubinas cada vez más jóvenes, como si pretendiera devolver a través de ellas la energía a la sangre de sus arterias. A su muerte, se había negado a ser entregada a su hermano menor y, para evitar el escándalo, se había ido a Hamdallahi con sus hijos y unas vacas que la familia de su marido aún seguía reclamándole. Gracias a su leche, había criado a sus hijos, instalándose antes que todas las demás mujeres en el mercado y vendiendo el mejor *kodé*. Los años le iban quitando la belleza a medida que pasaban, pero no el valor ni la determinación. Parecía que los dioses habían hecho las paces con ella cuando Tiekoro fue a comunicarle la muerte de Malobali en tierras lejanas.

¡Muerto lejos! ¡Ah, mala muerte! ¿Qué buscaba Malobali por los caminos del mundo? A su madre.

¡Una madre de seno más árido que la vaina del baobab! Ella lo había matado, estaba más claro que si le hubiese atado tres piedras al cuello y lo hubiera arrojado a un pozo.

Sira pasó días y noches delirando. Luego se recuperó, pues no se puede forzar la muerte. Se recuperó, pero ya no fue más que una anciana silenciosa, ausente, que encendía el fuego y ordeñaba una vaca a tientas, que se cortaba picando hojas de baobab. Su hija mayor, M’Pene, se la llevó con ella y, cosa que nadie esperaba, jamás hubo abuela más dulce calmando a un bebé o bañándolo. Miró a Mohamed con ojos marcados por el dolor y dijo en voz baja:

—¿Olubunmi? ¿Eres tú, Olubunmi?

M’Pene y las demás personas que presenciaban la escena comprendieron que todo se mezclaba en su vieja cabeza.

¡Qué bálsamo para el corazón de Mohamed encontrar a unos parientes! Si bien Sira lo asustaba un poco, miraba a M’Pene y veía los rasgos de su padre. ¡Qué hermosa es la sangre! ¡Es como un río que riega tierras lejanas pero no olvida jamás su fuente!

Mohamed abrumaba a M’Pene a reproches:

—¿Por qué no has venido nunca a vernos a Segú?

—Nuestra madre no lo habría permitido.

—Bueno, pues ahora seré yo quien te lleve y te presente a toda la familia.

Los hijos de Sira —Tiyani y Karim— observaban aquello divertidos. Esa parte de la vida de su madre no les concernía. Ellos eran peul, peul de Macina. No obstante, le tomaron cariño a aquel pariente. ¡Se le podría tomar por un *bimi*, como decían los bambara! En cuanto a la pequeña Ayisha, hija mayor de Tiyani, tenía el corazón encogido porque había visto en el tobillo de Mohamed una herida que supuraba, apresuradamente cubierta con un emplasto de hojas mal preparado.

—¡*Fa, fa!* No puedes permitir que reciba a ese morabito tucoror en nuestra casa. Sabes perfectamente que los peul y los tucoror están emparentados y que él viene de Hamdallahi. ¡Quién sabe si no ha conspirado con Cheik Amadu contra Segu! ¡Y aunque no haya hecho nada, eso es lo que todo el mundo creará!

Pero Diemogo ya no era más que un anciano sin fuerzas.

—No puedo hacer nada —dijo meneando la cabeza—. ¡Nya ha convencido a todo el mundo de que es el honor supremo para nuestra familia!

Tiefolo se levantó. ¡Ya estaba bien de perder el tiempo junto a la estera de aquel anciano! Había que actuar. ¿Ir a ver al *mansa*? A Tiefolo no le había gustado ni la indiferencia con que había sido recibido unos meses antes ni las palabras prudentes del soberano: «Deja que el niño se vaya. Nosotros nos encargaremos del resto...»

¿Qué habían hecho? ¡Ahora Tiekoro imponía a la familia la presencia de ese morabito! Todos los que habían oído hablar de él afirmaban que era más fanático que Cheik Amadu, pues pertenecía a otra cofradía que consideraba un deber matar a los infieles y arrebatárles el poder a los reyes idólatras. ¿Acaso sólo había ciegos en la familia? ¿Nadie veía el peligro?

Informado de lo que se preparaba por Tenegbé, a su regreso de la cacería, Tiefolo ni siquiera había pensado en despedazar las piezas y hacer las partes rituales.

Debía ver a todos los hombres de la familia y convocar una reunión del consejo en la que Nya y su hijo estuvieran en minoría. ¿Y si fracasaba? Entonces tendría que acudir de nuevo al *mansa*.

Tiefolo empezó por Siga, que estaba en la curtiduría. Esa mañana parecía haber recibido una inyección de actividad. Esclavos con el torso desnudo y un paño andrajoso ceñido a la cintura corrían de una fosa a otra mientras unos *garanké* escuchaban a Siga, quien, al tiempo que hablaba, trazaba unos dibujos en la arena con el dedo.

—¡Vaya, parece que hay novedades! ¿Quién te ha hecho un pedido?

Siga bajó los ojos y repuso, como sintiéndose violento:

—¿Acaso podía negarme? Hace meses que no trabajo.

A Tiefolo le costó un poco comprender lo que ocurría.

—¡El morabito tucoror! —murmuró finalmente con incredulidad.

Siga inclinó la cabeza.

—Cuarenta pares de babuchas y cuarenta pares de botas para él y sus compañeros. Y otras tantas para sus hijos y los hijos de sus compañeros. Ha pagado por adelantado, la mitad en oro y la otra mitad en cauris. ¿Podía decir que no?

Tiefolo dio media vuelta. No era un hombre violento, pero sentía nacer en él una terrible cólera que, si no lograba controlar, le haría abalanzarse sobre su hermano

como una de esas fieras a las que desafiaba en la sabana. ¿Qué es el hombre si no puede resistirse a la atracción de los bienes materiales? Siga se había vendido por un puñado de oro y unos cauris. Estaba dispuesto a unirse al bando de los que se prosternarían ante el morabito y aplaudirían las iniciativas de Tiekoro. Tras la cólera, la repugnancia y el asco invadieron a Tiefolo. Luego, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sé realista, Tiefolo —murmuró Siga—. Se trata de un hombre prestigioso ante el que todos los soberanos se han inclinado...

—¿Y le da eso derecho a destronar al *mansa*?

Siga se encogió de hombros.

—¿Destronarlo? ¿Quién habla de destronar? El *mansa* puede convertirse...

¡Aquello era demasiado! Tiefolo prefirió marcharse.

Mientras andaba a zancadas por las calles de Segu, se encontró con Sumaworo, el forjador-fetichero al que le gustaba acudir siempre que partía de caza y en todos los momentos importantes de su vida. Sumaworo se lo llevó a un lado y susurró:

—Iba a verte. Esta mañana, estaba dándole las gracias a Sanené^[189] por haberte hecho volver sano y salvo de la sabana, cuando me ha revelado algo. —Sumaworo bajó todavía más la voz—. La muerte se cierne sobre vuestra familia...

Tiefolo reprimió un encogimiento de hombros. Diemogo estaba en las últimas, todo Segu lo sabía.

—No se trata de lo que tú crees —dijo Sumaworo sin alterarse—, pues la muerte de un anciano no tiene nada de sorprendente. Sanené ha sido tajante: se trata de tu hermano Tiekoro.

Tiefolo se estremeció. ¿Se habrían transformado sus malos pensamientos en veneno contra su hermano?

—Pero ¿qué dices, Sumaworo?

Éste le dirigió la llama de sus ojos enrojecidos, cuya córnea apenas se distinguía del iris.

—Desconozco las circunstancias de esa muerte; Sanené no me las ha revelado. ¿Quieres que lo interroge e intente desviarla?

Tiefolo permaneció largo rato en silencio. Parecía mirar las paredes de las cabañas, pero en realidad no veía nada y toda la sangre le bullía en el interior del cuerpo. Tenía la impresión de que no sólo la suerte del clan estaba en sus manos, sino también el futuro de Segu, cuya supervivencia dependía de su respuesta. Esa responsabilidad le asustaba, literalmente lo paralizaba. Una vez desaparecido Tiekoro, el islam ya no tendría propagador en la concesión, ni siquiera en el reino. Las fricciones se suavizarían. Se recuperaría la unidad. El respeto debido a la fe de los ancestros sería restaurado. Miró el río, serpiente plateada en el recodo de una callejuela, y murmuró en voz muy baja:

—Deja que se haga la voluntad de los dioses.

Luego, como si le diera vergüenza mirar a Sumaworo a los ojos, le volvió la espalda y se alejó rápidamente. De repente se sentía invadido por una gran paz, como si se hubiera liberado, como si hubiese recuperado la libertad de vagar. Entró en el mercado de animales y admiró unos caballos de Macina que piafaban mientras pacían. Le encantaban los caballos, esos animales tan distintos de los que perseguía en la sabana, que sabían establecer con el hombre unas extrañas relaciones en las que la aparente sumisión se mezclaba con una independencia total y un respeto recíproco.

—¿Cuánto pides? —le preguntó al vendedor, un joven sarakolé.

El muchacho meneó la cabeza.

—Demasiado tarde. Un enviado del morabito tucoror me ha pedido que le reserve todo el lote. Necesitará caballos suplementarios cuando se marche de Segu y quiere ser previsor.

Tiefolo sofocó la ira que renacía en él.

—¿Caballos suplementarios?

—¿Acaso no sabes que muchos deciden partir con él y convertirse en discípulos suyos? Parece ser que ya le siguen más de ochocientas personas...

—¡Segu no es Macina! —estalló Tiefolo— ¡Ya verás la acogida que le dispensaremos a tu morabito!

Al salir del mercado de animales, se encontró con uno de sus esclavos, que se arrojó al suelo delante de él:

—Señor, hace rato que te buscamos. El *mansa* quiere que vayas urgentemente a palacio. Apresúrate, pues al parecer está furioso...

En efecto, el *mansa* parecía un león enfurecido en plena sabana. Sus esclavos, sus consejeros y hasta sus griots permanecían a una respetuosa distancia mientras él, sin preocuparse de mantener la dignidad, la emprendía con Tiefolo:

—¡Debería encarcelarte! ¡Todos los Traoré sois una banda de bribones y traidores! Tu hermano se dispone a recibir en vuestra concesión al morabito tucoror, ¿y tú no vienes de inmediato a avisarme?

Tiefolo, prosternado ante el *mansa*, consiguió que le dejara decir unas palabras:

—Señor del mundo, llegué ayer mismo de la cacería. Ya lo ves, ni siquiera he tenido tiempo de despedazar las piezas...

—¡Que los animales que persigues te vuelvan impotente, estéril, o hagan que te salga una hernia! ¿Vienes a hablarme de caza cuando está en juego mi trono?

La maldición que acababa de proferir el soberano era tal que el silencio se hizo más denso aún. Makan Diabaté osó dirigirle a su señor una mirada de reproche. Por fin, el *mansa* se calmó. Un esclavo se acercó apresuradamente para ofrecerle su tabaquera, otro para abanicarlo y un tercero para enjugar el sudor que le resbalaba por la frente. Makan Diabaté le indicó a Tiefolo que podía explicarse y este último se incorporó ligeramente.

—Señor del mundo, hace unos meses, cuando vine a verte, me dijiste: «Deja que el niño se vaya. Nosotros nos ocuparemos del resto.» ¿Acaso podía yo prever que no

harías nada para oponerte a los proyectos de mi hermano y sus amigos?

Había en aquellas palabras una crítica implícita, y los consejeros miraron con inquietud a aquel loco que aparentemente ya no sabía lo que decía. Sin embargo, la dignidad de Tiefolo era tal que el *mansa* no protestó. Parecía, por el contrario, evaluar al hombre arrodillado ante él, todavía vestido con ropas de caza: gorro de puntas recubierto de grisgrises, amplia túnica ceñida a la cintura con un cinturón con cauris incrustados, sobre un pantalón corto que dejaba al descubierto unas robustas pantorrillas arañadas por los espinos de la sabana. Sí, Tiefolo tenía razón en reprochárselo. No le había dispensado un buen recibimiento en su última visita, dándole a entender sutilmente que desconfiaba de los motivos que lo empujaban a actuar como lo hacía. Ahora, el *mansa* estaba convencido de que al-Hayy ‘Umar y Cheik Amadu se habían aliado para destruirlo y de que contaban con cómplices en el interior. Le habían puesto al corriente de unas palabras pronunciadas por al-Hayy ‘Umar en Hamdallahi, que sugerían que se estaba preparando una operación contra él.

—Mi padre, el gran Manson, decía siempre que el camino de la astucia es más seguro que el de la fuerza. El morabito tucoror entrará en Segu y se alojará en casa de tu hermano. No me opondré a ello. Lo recibiré en mi palacio. Pero, una vez que haya entrado en él, sólo los dioses saben cuándo y cómo saldrá. Vuelve a tu casa, Tiefolo. Quiero que me informes todas las noches de las conversaciones que mantengan el tucoror y tu hermano palabra por palabra.

Tiefolo se retiró.

Mientras atravesaba los patios, sentía horror de sí mismo. ¿Debe uno traicionar a su hermano? ¿Espiar sus conversaciones? ¿Repetirlas? Él, un noble, se veía reducido a comportarse como un esclavo, obligado a utilizar las armas más viles para tratar de elevarse por encima de su condición. Luego se recordaba las palabras de Sumaworo, y mientras que un rato antes lo habían tranquilizado, ahora lo llenaban de angustia. ¡Que los dioses hicieran que no tuviese nada que ver con aquella muerte! Al precipitarse unos griots hacia él, los apartó con una brutalidad poco habitual en él, pues le gustaba que le recordasen sus hazañas en la sabana y que a los diez años había cazado un león. Los hombres obedecieron, pero Tiefolo oyó a su espalda sus cantos burlones:

*Cazador, cazador,
si eres jactancioso, no te elogiaré.
¿No eres tú quien extermina al elefante,
persigue al búfalo
y hace desaparecer a la jirafa
de pelaje color del sol?
Cazador, cazador, si yo no canto,
¿quién serás?*

¿No es la palabra lo que hace al hombre?

A la altura de la mezquita somono de la Punta, Tiefolo se encontró de frente con Tiekoro y, en su confusión, estuvo a punto de dar media vuelta. Escrutó el rostro de su hermano para detectar la sombra de la que le había hablado Sumaworo, pero sólo vio las facciones de un hombre aparentemente orgulloso y satisfecho del curso de su vida. Tiekoro, por su parte, siempre había considerado a Tiefolo un patán que se cubría el cuerpo de grisgrises para acosar a unos animales que no le habían hecho nada. La fama de valiente que tenía era casi equivalente para él a tener fama de estúpido. Pero era el primogénito del hermano menor de su padre y debía aceptarlo, así que le sonrió cortésmente.

—¿Te ha dicho la *bara muso* que ayer te buscaba?

Tiefolo bajó los ojos y miró el polvo de la calle.

—Ya sé lo que querías decirme...

La frialdad de su tono era perceptible. Tiekoro dijo lentamente, como si se dirigiera a un niño obtuso:

—Sé lo que piensas, Tie, pero debes aceptarlo: no hay más dios que Dios. Alá se impondrá como un sol cegador en toda esta región y nuestra familia será bendecida por haber favorecido ese acontecimiento.

Tiefolo dijo bruscamente señalando la mezquita, que estaba al lado:

—¡Si quieres predicar, entra ahí!

Tiekoro permaneció inmóvil un instante mirando alejarse a su hermano; luego, exhalando un suspiro, entró en el patio de la mezquita.

Si bien los bambara de Segú rechazaban con todas sus fuerzas el islam, no ocurría lo mismo con los somono de la ciudad, estrechamente relacionados con grandes familias de morabitos de Tombouctou, en particular la de los Kunta. Así pues, Tiekoro tenía interés en organizar el recibimiento de al-Hayy ‘Umar en colaboración con ellos. Pero, en lugar de la diligencia que él esperaba, Alfa Kane, el imán de la mezquita, que estaba tomando té verde con Ali Akbar, su ayudante, lo miró con gesto huraño y le preguntó:

—¿Sabes que ese tal al-Hayy ‘Umar es adepto de la Tiyaniyya?

Tiekoro se encogió de hombros.

—Qadiriyya, Tiyaniyya, Suhrawardiya, Shadiliya... ¿qué más da? ¿No somos todos musulmanes?

—Eso lo dirás tú...

Se produjo un silencio. Como se acercaba la hora de *zuhr*, segunda plegaria del día, empezaban a llegar, solos o en grupo, los fieles, que se quitaban las babuchas y las dejaban ordenadamente junto a la pared. Luego, la voz del muecín rasgó el aire. Tiekoro no oía nunca esa llamada sin que todo su ser se emocionara. Recordaba la primera vez que había oído sonar ese grito por encima de los muros de Segú y sentido

que Dios le hablaba a él, miserable gusano con los ojos vendados. Sintió un estremecimiento y pensó: «¡Haz que tarde, oh Dios, en reunirme contigo!»

Pero Alfa Kane le hizo bajar de las nubes:

—No quiero tener nada que ver con la llegada del tucoror. Te lo advierto: por su culpa, habrá un enfrentamiento entre hermanos, los musulmanes harán correr la sangre de los musulmanes. ¿Temíais a Cheiku Umar? Pues os equivocabais. Es a éste a quien hay que temer.

Tras estas palabras, Alfa Kane entró en la mezquita recogiendo los pliegues del *bubu*, de una blancura inmaculada.

¿Qué debía hacer? ¿Seguirlo y pedirle que se explicara? En el fondo de su ser, a Tiekoro no le desagradaba ser el único en recibir y agasajar al gran morabito. Así se vería de qué era capaz un Traoré. No le faltaba ni oro, ni cauris, ni monturas. Corderos y aves llenaban los cercados. Los graneros rebosaban de mijo. Ya no sabían dónde almacenar los tubérculos de batata. Pues bien, ¡la llegada de al-Hayy ‘Umar sería la apoteosis de su vida de creyente!

En principio, todo separaba a Maryem, la primera esposa de Tiekoro, de Fátima, la esposa de Siga. La primera, emparentada con un sultán fundador de un imperio, había nacido en el recinto de un palacio, rodeada de esclavas atentas a sus deseos. La segunda era hija de una casamentera de Fez, profesión rentable pero carente de verdadero prestigio. La primera era enérgica, estaba acostumbrada a mandar y a ser obedecida. La segunda era indolente y un poco quejica. La primera era la esposa de un hombre cuya reputación empezaba a sobrepasar los límites de Segu; la segunda, de un mal hijo cuyo nombre algunos miembros de la familia se negaban a pronunciar.

Y sin embargo, eran tan amigas que no podían pasar ni un día sin verse. Había entre ellas un continuo ir y venir de esclavas llevando platos o de niños con mensajes y presentes.

Lo que las unía hasta tal punto era el odio hacia Segu, el desprecio hacia los bambara, su religión y sus costumbres, así como la necesidad de repetírselo constantemente. Fátima había superado la atracción que sentía por Tiekoro oyendo a su mujer describir los menores detalles de su comportamiento con un odio tan apasionado como el amor. Ella no odiaba a Siga, aun cuando tenía la sensación de haber sido estafada. Totalmente estafada. Como un buscador de oro que descubre que sus pepitas no son más que lodo. Se consolaba pensando en sus diez hijos, a cual más guapo, afectuoso y tierno. Dado que la pobreza de su marido no le permitía tener muchas esclavas, se ocupaba personalmente de ellos. Así pues, su vida era una sucesión de papillas, dolores de dientes, accesos de fiebre, diarreas y primeros balbuceos. Como Siga no le imponía nada, los había criado en la creencia de Alá, enviándolos en cuanto tenían la edad suficiente a una escuela coránica para niños moros, en la otra orilla del río.

El anuncio de la visita de al-Hayy ‘Umar reconcilió a aquellas dos mujeres con Segu. Empezaron a acuciar a unas costureras para que les confeccionaran unos *bubus*.

El hermano de Fátima le había enviado de Fez unos retales de seda mezclada con hilos de oro que hasta entonces no había utilizado. Maryem poseía joyas delicadamente cinceladas que por lo general dormían guardadas en calabacinos en su cabaña. Tan sólo la apesadumbraba una cosa: ¿dispondría Tiekoro que Mohamed fuera con el séquito del tucoror y tendría a su hijo a su lado? Fátima intentó hacerla entrar en razón:

—No es bueno que vuelva a casa mientras cumple el servicio...

—¿Servicio? Hablas como si fuera un soldado...

—¿No es un soldado de Dios? —repuso Fátima con calma. Maryem se avergonzaba de dar motivos para que la reprendiesen. No obstante, la fe era una cosa y el amor maternal otra. Mohamed era su único hijo varón. La idea de que estaba mendigando en esa ciudad donde, por lo que le habían dicho, las mujeres debían ir con la cara tapada y las viudas permanecer encerradas para no despertar la concupiscencia de los ancianos la torturaba. Rechazó con un gesto los dátiles rellenos que le ofrecía Fátima. No le gustaban esas golosinas; en Sokoto, el único dulce que se tomaba era leche cuajada con miel. Fátima mordió uno y dijo:

—Parece ser que entre Cheik Amadu y el morabito tucoror las cosas no funcionan, porque éste tenía intención de quedarse en Hamdallahi hasta que acabara la estación seca y al final ha acertado su estancia.

Maryem abrió los ojos con gesto de sorpresa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los moros de la escuela coránica de mis hijos. Han recibido la orden de los Kunta de Tombouctou de no ir a recibirlo cuando llegue a Segú.

—Pero ¿por qué?

Fátima se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! ¡Disputas de cofradías, disputas por el poder, por el prestigio! ¡Disputas de hombres, vamos!

Maryem pensó que se lo preguntaría a Tiekoro. Claro que, con lo ocupado que estaba preparando el recibimiento del morabito, haciendo revocar las cabañas donde se alojaría con su séquito, cubriendo el suelo con alfombras marroquíes, haciendo quemar esencias olorosas para perfumar el aire, acumulando presentes que no parecieran insignificantes en comparación con los que al-Hayy ‘Umar había recibido de soberanos, comprobando las provisiones de mijo y arroz, contando las aves... mucha suerte tendría si podía disponer de un momento de intimidad con él.

Ésa era otra cosa que martirizaba a Maryem, y también a las otras esposas de Tiekoro: para preparar aquel recibimiento, sólo le pedía consejo a su madre. ¡Se pasaban horas hablando los dos en la cabaña de Nya, quien a continuación daba órdenes, controlaba, criticaba, regañaba! ¡Y después de todo, Maryem, que había crecido en el palacio de un sultán que recibía a la mitad del universo, podría haberle dado buenos consejos! ¿Sabría esa vieja bambara, que jamás había cruzado el Djoliba, tratar a un *moqaddem*?

El viento llevó hacia ellas el mal olor de la curtiduría de Siga. Fátima miró a su compañera y dijo con una expresión de desprecio:

—¡Al menos todo esto ha servido para darle trabajo!

Maryem meneó la cabeza.

—Si quieres que te diga la verdad, a pesar de lo fetichista que es, siento un gran afecto por Siga. Es un incomprendido, eso es lo que pasa. Es demasiado honrado, incapaz de engañar, de calcular, de actuar en beneficio propio.

Era evidente que lo comparaba con Tiekoro.

—Eres injusta —protestó Fátima—. Yo creo que Tiekoro ama sinceramente a Dios y trabaja para glorificarlo. ¿Te ha contado que se convirtió solo, gracias a su intuición? ¿Y que impuso su vocación a la familia?

—Hace años que es lo único que oigo —contestó Maryem, expresando con su actitud que estaba harta.

Aceptó el té que les llevó una esclava.

Las cosas no funcionaban entre el morabito tucoror y Cheik Amadu, había dicho Fátima. ¿No debería decírselo a Tiekoro y pedirle que fuese prudente? Su hijo estaba en Hamdallahi. Había que evitar que fuera víctima de conflictos sobre los que estaban poco informados en Segu. Pero ¿le haría caso Tiekoro? Estaba decidido a actuar para mayor gloria de Dios y del morabito tucoror. ¡Y, de paso, suya!

Fetichista o no, el pueblo de Segu se agolpó en las calles para ver pasar el cortejo de al-Hayy ‘Umar. Lo veía como un mago que había realizado prodigios extraordinarios. ¿No decían que había hecho que un pozo seco volviera a tener agua? ¿Y que lloviera sobre una ciudad sitiada que se había quedado sin agua, lo que la obligaba a rendirse? ¿Y no era cierto que había curado enfermos y devuelto la vida a moribundos, simplemente con una imposición de manos y pronunciando unas palabras? La gente comparaba esos milagros con los de los forjadores-feticheros de Segu y hasta los más reticentes debían reconocer que los superaban. Las mujeres estériles, creyendo que si las miraba podrían engendrar, apartaban a codazos a los lisiados, los escrofulosos y los desahuciados para colocarse en primera fila. Los ciegos se deslizaban entre los pies de la muchedumbre salmodiando quejas destinadas a obtener indulgencia, mientras pequeños bribones ofrecían calabacinos de agua a un cauri, pues el calor era sofocante. Los *tondyon* recorrían las arterias de la ciudad, pero el *mansa* les había pedido que no intervinieran, que dejaran actuar a los innumerables espías diseminados por doquier.

Tiekoro, tras haber informado al *mansa* de la llegada del ilustre huésped, había ido a recibirlo a Sansanding con una pequeña cohorte de esclavos y de correligionarios soninké, puesto que no había logrado vencer la reserva de los somono. Estos últimos incluso habían recibido una carta del jeque al-Bekkey de Tombouctou, que decía: «So capa de renovar el islam, ese hombre causará la muerte de muchos inocentes.»

De repente, el Djoliba se llenó de piraguas, de caballos con las crines al viento, de balsas cargadas de vacas, corderos, cestos con aves, hombres y mujeres. La muchedumbre apiñada fuera de las murallas de la ciudad profirió un sonoro grito:

—¡Ya llegan!

Al oírlo, todos los que habían permanecido en el interior se precipitaron para ver a los visitantes y los *tondyon* tuvieron dificultades para contenerlos.

El cortejo de al-Hayy ‘Umar estaba formado por un millar de personas entre discípulos, partidarios, sirvientes, mujeres e hijos. Lo precedía un destacamento de lanceros de Macina que Cheik Amadu le había proporcionado para escoltarlo, protegidos con cotas de malla, calzados con botas altas y flexibles, y con enormes turbantes de seda negra enrollados en la cabeza. Pero los *tondyon* se opusieron a que unos enemigos entraran en Segu-Sikoro, de modo que éstos desmontaron para acampar a orillas del río. Resultaba prácticamente imposible ver a al-Hayy ‘Umar. En primer lugar porque los que lo rodeaban eran demasiado numerosos, pero además porque formaban deliberadamente un muro a su alrededor. En aquella ciudad impía, en aquel nido de idólatras, ¿quién sabía de dónde vendría el peligro? En cualquier

momento podía partir una flecha de un tejado. O una bala de escopeta de dos cañones que aparecería abandonada en el suelo. Así pues, los habitantes de Segu se veían obligados a torcer el cuello, y en cuanto veían un rostro altivo bajo un turbante voluminoso o un albornoz adornado con pasamanería, preguntaban: «¿Es él? ¿Es él?»

La elegancia y la belleza de las mujeres, algunas de las cuales, según se decía, eran princesas de Siria, Egipto y Arabia, dejaba sin respiración. La gente admiraba sus largas cabelleras negras, auténticos ríos de seda bajo los velos, y el color de su piel, menos mortecina y más cálida que la de las moras. Las mujeres tucoror sólo se distinguían de las peul, cuya elegancia grácil también poseían, por los adornos: collares de cuentas oblongas ensartadas en cordoncillos de algodón, alhajas que asomaban bajo pañuelos de la cabeza y, en los brazos, pulseras afiligranadas de oro fino aleado con cobre. ¡No se podía negar! Aquel cortejo tenía mucho más empaque que el del *mansa* Tiefolo cuando salía de palacio. Los viejos aprovechaban la ocasión para repetir machaconamente que, desde Manson, hijo de Makoro, en Segu no había habido hombres fornidos. Todos unos canijos, como esos *bimi* a los que no acababan de vencer del todo.

Tiekoro avanzaba al lado del gran morabito. Le parecía que la presión de los sentimientos que lo habitaban iba a hacer que le estallara el corazón. Dicha, orgullo, agradecimiento a Dios por haberle permitido vivir un día como ése. Cuando se disponía a partir de Macina, Amiru Mangal, jefe guerrero de la región de Djenné y octogenario respetado en todo el reino, le había pedido a al-Hayy ‘Umar que le concediera un favor: recitar sobre él la oración de los muertos. Así que se había envuelto en un sudario y había hecho que lo enrollaran en una estera como si fuese un cadáver, a fin de que el morabito realizara ese gesto supremo. ¡Ah, cómo le habría gustado a Tiekoro imitarlo! No volver a ver salir el sol después de ese día, que ningún otro superaría en felicidad. Sólo le faltaba una cosa: la presencia de Nadié. ¡Qué feliz habría sido también ella! ¡Qué camino tan largo desde el patio pestilente donde la había poseído como si fuese un animal! ¡Desde el triste tugurio de Djenné! Confiaba en que la estancia de al-Hayy ‘Umar bajo su techo no acabara sin que este último le honrase con un título que consagraría su reputación. Ya era al-Hayy.^[190] Entonces, ¿cuál? ¿Alim?^[191] ¿Halifa?^[192] Claro que no era adepto de la vía tiyani. Como todos los que habían cursado estudios en Tombouctou, pertenecía a la Qadiriyya Kunta. ¿Debía iniciarse en la Tiyaniyya? Pero, si lo hacía, ¿no se arriesgaba a desagradar a Cheik Amadu? Exhaló un suspiro y espoleó al caballo, que empezaba a quedarse atrás.

De repente, unos relámpagos atravesaron el cielo, del azul intenso característico de las mañanas de estación seca, seguidos de unos rugidos de tormenta tan violentos que las paredes de varias concesiones se desmoronaron, al tiempo que en la cara norte del palacio del *mansa* se abría una brecha. La multitud profirió un grito de estupor. Mil rostros se alzaron para escrutar la bóveda impasible de donde empezaba a caer una copiosa lluvia, caliente y roja como la sangre de un herido. Aquello duró unos

minutos, y los habitantes de Segu habrían podido creer que había sido un sueño, si no hubiese dejado en su cuerpo y sus ropas rastros bien visibles. No hacía falta ser un forjador-fetichero, familiarizado con lo oculto, para interpretar aquella señal. El morabito tucoror haría correr la sangre en Segu. ¿Cuándo? ¿Cómo? La multitud retrocedía desordenadamente ante los caballos, cuyos cascos sonaban como tam-tam de victoria. La admiración cedía paso al terror, y poco faltaba para que se censurase al *mansa* por haberle permitido a al-Hayy ‘Umar entrar en la ciudad. Tiekoro miró con desasosiego su albornoz manchado de rojo. Por más que se hubiera distanciado de las supersticiones de su pueblo, percibía claramente que se trataba de una manifestación de los ancestros.

De pronto, al mirar las calles vacías sintió miedo. En ese momento, al-Hayy ‘Umar se volvió para sonreírle y por primera vez reparó en la crueldad de aquel bello rostro anguloso. Sin duda alguna, aquel hombre estaba destinado por Dios a desempeñar un gran papel en el islam. Pero ¿a qué precio? ¿A costa de cuántos cadáveres? ¿De cuántos lamentos fúnebres?

Llegaron a la concesión de los Traoré. Unos esclavos acudieron apresuradamente para hacerse cargo de los caballos y del equipaje de los recién llegados y aliviar a las mujeres del peso de los niños que llevaban a la espalda o sobre una cadera. Mientras tanto, otros terminaban de preparar las grandes fuentes de cuscús que se iban a servir acompañadas de golosinas y zumos de frutas, ya que el islam prohibía todo tipo de sustancia fermentada. Las jarras de agua estaban aromatizadas con hojas de menta o cortezas de jengibre. Había cestillos con nueces de cola blancas y rojas. Nada faltaba para que el recibimiento fuese perfecto, y sin embargo, Tiekoro se sentía angustiado, incómodo, como la esposa del cuento a quien, de repente, su compañero aterroriza. Recordó la conversación que Maryem había intentado mantener con él. Trataba de ponerlo en guardia. Pero él no escuchaba jamás a aquella mujer, demasiado hermosa y de cuna demasiado buena, que, si él se lo hubiera permitido, lo habría dominado todo, incluso a él. Tendría que hablar con ella cuanto antes. Aunque, ¿le dejaría la compañía del morabito tiempo para hacerlo?

—Hay dos clases de infieles, Modibo Umar Traoré: los que adoran a los ídolos y a las divinidades paganas en lugar de al verdadero Dios, y los que mezclan las prácticas infieles con las del islam. ¿Estás seguro de no ser uno, no de los primeros, sino de los segundos?

Tiekoro se quedó sin habla y el morabito tucoror prosiguió en un tono benevolente que contrastaba con la gravedad de sus palabras:

—¡No directamente, por supuesto! Pero sí permitiendo a los que viven bajo tu techo que lo hagan. Ya sabes lo que dice la doctrina: «El islam, si está mezclado con el politeísmo, no puede ser tomado en consideración.» ¿Puedes jurarme que tus hermanos, sus mujeres, sus hijos y sus hijas no adoran ídolos? Incluso los muchachos a los que instruyes en la *zawiya*...

Tiekoro bajó la cabeza. ¿Qué debía responder? Sabía perfectamente que, en su familia e incluso entre sus discípulos, el islam era superficial. Pero él pensaba que poco a poco iría calando más hondo, enraizándose y transformando radicalmente los corazones.

—¡Quien practica la *muwalat*^[193] con los infieles se convierte a su vez en un infiel! —insistió, implacable, el morabito.

Tiekoro se arrodilló.

—Maestro, ¿qué debo hacer?

Al-Hayy ‘Umar no respondió directamente a la pregunta.

—¿Sabes que Cheik Amadu no es lo que parece? En Macina se ha apoderado mediante un acto de injusticia y agresión de los bienes de los tyanistas. En el reino no hacen más que producirse disputas de clanes e intrigas de toda clase... Es la degeneración del islam.

Hubo un silencio. El suelo de la gran cabaña con techado de hojarasca estaba cubierto por una alfombra marroquí, las paredes, por cortinajes brocados hechos con varios paños de cincuenta centímetros de ancho, formando arcadas rojas y verdes repletas de inscripciones en caracteres en cursiva. Velas de estearina sumaban su luz a la de las lámparas de manteca de karité, colocadas sobre escabeles decorados con piezas bordadas en un solo color. El perfume del incienso y de las plantas aromáticas se imponía al del té con menta que unos esclavos, vestidos para la ocasión con *bubus* de seda blanca, servían en bandejas de cobre cincelado.

—Umar Traoré —prosiguió al-Hayy ‘Umar—, ¿has leído el *Yawahira al-Maani*?

Tiekoro tuvo que confesar que no.

—Léelo con atención, imprégnete de su enseñanza y después ven a verme.

—¿Adónde, maestro?

—Te lo haré saber cuando llegue el momento.

Tiekoro estaba hundido. Aquellos instantes que había esperado con tanta exaltación se volvían contra él. El morabito tucoror no rendía homenaje a lo que había realizado completamente solo entre un pueblo pagano. Al contrario: le reprochaba su laxismo y su tolerancia. ¿Qué pretendía? ¿Que en nombre del yihad asesinara a sus hermanos, a sus hermanas, a su padre, a su madre? La cosa estaba clara, desde luego. No sólo no le concedería ningún título, sino que además lo trataba como a un alumno en el colegio. Tiekoro hubiera podido defenderse, enumerar todo lo que había hecho, pero, una vez más, se sentía cansado, amargado, decepcionado. ¿Por qué la vida era una pasarela que llevaba de una desilusión a otra?

—¡Llévame contigo, oh Dios! —murmuró con fervor para sí mismo—. ¡Que me envuelvan en siete prendas de vestir y en un sudario, me enrollen en una estera y me entierren tendido sobre el costado derecho! ¿Por qué me niegas eso?

Era la hora de la plegaria de la entrada de la noche y todo el mundo salió para prosternarse en dirección a La Meca. En el patio, Tiekoro vio la silueta de Tiefolo, de pie, con los brazos cruzados, rodeado de sus hijos y sus hermanos pequeños.

Comprendió que no estaban allí por casualidad, sino que habían ido a manifestar públicamente su oposición a la presencia del morabito tucoror bajo su techo. Al-Hayy ‘Umar se volvió hacia Tiekoro, murmurando con su inimitable sonrisa:

—Te lo he dicho, Umar, quien practica la *muwalat* con los infieles se convierte a su vez en un infiel.

En el momento en que Tiekoro apoyaba una rodilla en el suelo, un esclavo le tocó un brazo. Llevado por la exasperación, el desasosiego y el dolor, se disponía a reprender al desdichado y sin duda a pegarle, cuando éste dijo:

—Perdóname, señor, pero han venido unos enviados del *mansa*.

¿Del *mansa*?

Una auténtica delegación esperaba en el primer patio. Griots reales con túnicas de terciopelo verde forradas de seda roja o índigo. Miembros del Consejo vestidos de blanco, con un bastón de ceremonia en la mano. Esclavos con el torso desnudo, cargados de presentes.

Lo que sorprendió a Tiekoro fue la profusión de grisgrises y amuletos que llevaban en los brazos, las piernas, el cuello y la cintura, como si quisieran proclamar a qué bando pertenecían sin que hubiese lugar a equívoco alguno. Segu rechazaba el islam. El consejero Mandé Diara fue quien tomó la palabra:

—El *mansa* le envía unos presentes a tu invitado y desea recibirlo mañana en palacio. En tu compañía, por supuesto.

Tiekoro se sintió más inquieto aún. Dado el talante intransigente que parecía tener, ¿aceptaría el morabito tucoror reunirse con un soberano idólatra y, sobre todo, manifestarle el respeto que su entorno consideraba que se le debía?

—Al-Hayy ‘Umar está orando y no puedo interrumpirlo —balbuceó—. Te haré llegar su respuesta mañana.

Mandé Diara miró a los que lo acompañaban como para ponerlos por testigos.

—Traoré, ¿has perdido el juicio? ¿Tu soberano te llama y tú te muestras reacio a obedecer?

Se habían encadenado demasiados acontecimientos desde la mañana. Tiekoro estaba fuera de sí y era incapaz de comportarse con diplomacia.

—¡Yo no tengo más soberano que Alá! —respondió bruscamente.

Se hizo un silencio tan denso que podía cortarse. Si Tiekoro hubiera profanado un culto, transgredido una prohibición o roto una promesa, no se habría considerado una cosa tan grave como afirmar públicamente que él no se hallaba sometido a su *mansa*. Mandé Diara, que siempre había considerado el islam una manifestación de locura, se apiadó de él y dijo:

—¡Pide perdón por tus palabras, Tiekoro Traoré! Tengo a tu familia en la estima suficiente para convencerme de que no las he oído...

Mientras tanto, Tiefolo, sus hijos, sus hermanos y los hijos de sus hermanos se habían acercado. Aquello estaba convirtiéndose en una cuestión de honor.

Sin pronunciar palabra, Tiekoro, tras haber paseado una mirada orgullosa por los presentes, fue a reunirse con sus correligionarios, que seguían rezando.

Apoyando la frente en la arena fina y cuidadosamente barrida, una vez más deseó morir. ¡Qué vida la suya! ¡Tal vez realizada exteriormente, pero, en realidad, tejida de pesares y de frustraciones! ¿Qué significan mujeres, hijos, hijas, graneros llenos y animales domésticos, si el espíritu presenta la amargura de una corteza de árbol? Y ¿puede ser de otro modo mientras arrastra consigo el envoltorio carnal?

—¡Libérame, Dios mío! —repitió Tiekoro—. ¡Haz que me reúna por fin contigo y conozca la beatitud!

Había creído que el islam sería el refugio que lo liberaría de todas esas prácticas que le horrorizaban de la religión de sus padres, ¡y resultaba que los hombres se disponían a estropearlo también, como esos niños malos que destruyen todo lo que tocan! Qadiriyya, Shurawardiya, Shadiliya, Tiyaniiyya, Mewlewi... ¿No había dicho Alá: «Deja a los hombres con sus juegos vanos»?

Sin embargo, los compañeros del morabito habían terminado de recitar un conjunto de oraciones propias del *wird*^[194] tiyanista. Como Tiekoro seguía postrado en el suelo, al-Hayy ‘Umar creyó que estaba meditando sobre la conversación que acababan de mantener y, sin molestarlo, regresó a su cabaña. Al levantar la cabeza, Tiekoro distinguió una forma en la sombra de uno de los árboles de la concesión. ¿Era la muerte? ¡Por fin! Pero la sombra se desplazó: era simplemente Siga. Tiekoro volvió a ponerse de mal humor y dijo secamente:

—¿Ahora llegas? ¿Es que eres un apóstata?

—Tiekoro, lleva cuidado —dijo Siga en un tono acuciante—. Están conspirando contra ti. Si vas mañana al palacio con el morabito, el *mansa* hará que os detengan. Todavía tenéis tiempo de huir. Si os marcháis de Segú inmediatamente, al amanecer podéis estar a salvo en Macina.

Siga sabía que estaba perdiendo el tiempo. Tiekoro era demasiado orgulloso para huir del peligro. Aquello, por el contrario, le exaltaría. Tiekoro pasó un brazo por debajo del de Siga y ese gesto, amistoso y sencillo, sorprendió a Siga.

—Ven a caminar un poco conmigo, ¿quieres?

La noche había envuelto a Segú, pero dejaba salir todos los ruidos. Detrás de las paredes, voces susurraban el relato de los asombrosos acontecimientos de aquel día. Se esperaba lo peor. Un prodigio extraordinario del morabito reduciendo la ciudad a cenizas, haciendo crecer las aguas del Djoliba, que se llevaban a su paso cabañas, habitantes y animales. Siga notó el desasosiego de su hermano y, como no sabía qué decir, propuso:

—¡Ven a beber algo a la taberna de Yankadi! Musulmán o no, a veces un hombre necesita tomar un trago...

Tiekoro, apoyándose más en el brazo de Siga, murmuró:

—Si me ocurre algo, cástate con Maryem, ya que se lleva tan bien con Fátima, y sobre todo vela por Mohamed. Presiento que es como yo, que nunca será feliz.

Siga buscó en vano unas palabras de consuelo. Sabía que su hermano se hallaba expuesto a los peores peligros. Llegaron ante el Djoliba, cinta negruzca entre las barcas dormidas de los pescadores somono. Se veía, en la otra orilla del río, el resplandor de las fogatas de los lanceros de Macina, que transformaban la sabana en un decorado irreal. Siga suspiró.

—¿Crees que tu Alá vale la pena?

—¡No blasfemes! —repuso Tiekoro sin enfadarse.

—No es una blasfemia. ¿Es que nunca dudas?

En la oscuridad, Tiekoro negó con la cabeza. Siga creyó que, una vez más, cedía al orgullo. Pero Tiekoro no mentía. Si algo existía en él, era la fe. Evidentemente, nunca le había impedido ser un miserable pecador, pero lo inundaba del mismo modo que la sangre inundaba sus venas. Era lo que hacía que su corazón latiese, que sus piernas y sus brazos se movieran. Desde el día que, al dar la vuelta en una esquina, había oído la llamada del muecín de los moros y había entrado por curiosidad en la mezquita, encontrándose frente a un anciano que grababa en una tablilla versículos del Corán, había sabido que Alá era el único Dios verdadero. Tiekoro se sentó en una barca y siguió hablando con calma y distanciamiento:

—Sí, cástate con Maryem. En lo que se refiere a Adam y Yankadi, deja que decida la familia, pero insiste en tomarla a ella por esposa. Me iré en paz si sé que se queda contigo...

A Siga se le saltaron las lágrimas de emoción ante aquella prueba de cariño, pese a lo tardía que era. Miró a su hermano. En el momento en que éste estaba quizá llegando al final de su vida, se daba cuenta de que tiempo atrás Kumaré había dicho la verdad. El destino de Tiekoro era inseparable del suyo, como el día y la noche. Como el sol y la luna, puesto que esos astros contribuyen a bañar de luz los contornos de la tierra y a mantener la vida.

Tiekoro había sido colmado de honores, pero también había sido víctima de grandes pesares. Él, por su parte, había sido el trabajador paciente de la cotidianidad y amasado pequeños sinsabores y pequeñas alegrías. Sin embargo, ahora se encontraban ambos con las manos vacías. Vencidos.

¿Vencidos? ¿Estaba Tiekoro vencido? Siga miró las hogueras de los lanceros de Macina al otro lado del Djoliba y aquello le pareció un símbolo. El fuego del islam propagado por los peul y por los tucoror acabaría por incendiar Segú. Esa convicción le daba a Tiekoro su seguridad y su orgullo. Había visto con claridad antes que los demás.

Los dos hermanos regresaron a Segú. De las tabernas salían los bebedores de *dolo*, exagerando entre los efluvios de la ebriedad los acontecimientos del día. Multiplicaban por cuatro el número de miembros de la escolta del morabito, por diez, el de sus talibanes y su séquito, por cien, el de sus mujeres. De creerlos, lo que se había derrumbado era una ala entera del palacio real, y lo que había caído del cielo,

coágulos de sangre. Su imaginación, su necesidad de soñar, de ser sorprendidos, de estar aterrorizados, encontraban el alimento más apropiado en aquel día singular.

La ciudad y todo el reino se enteraron de la detención de al-Hayy ‘Umar, algunos musulmanes de su séquito y Tiekoro Traoré por parte del *mansa* Tiefolo. Como consecuencia de ello, este último, que nunca había sido muy querido, adquirió popularidad. Aquello recordaba los grandes días de los reinados precedentes, cuando los *tondyon* acumulaban victorias y regresaban con copiosos botines y filas de cautivos tambaleándose detrás de sus caballos. Una riada de gente acudió a la plaza del palacio, pero no se filtraba nada a través de las murallas. Todo parecía transcurrir como de costumbre. Los albañiles ya estaban reparando la brecha abierta el día anterior por la tormenta. Los esclavos transportaban agua o vituallas, los comerciantes y los artesanos iban y venían bajo las bóvedas de las puertas.

Nadie sabía con exactitud qué había pasado. Unos decían que el *mansa* había invitado al morabito tucoror y a su anfitrión a ir a palacio. Al negarse éstos a acudir, los había hecho llevar por la fuerza y los había encerrado. Otros afirmaban que habían ido a palacio por voluntad propia, pero que, una vez allí, el soberano había ordenado encarcelarlos. ¿Qué crimen habían cometido? Tramaban derrocar al *mansa*, por supuesto. Cuando considerasen que era el momento oportuno, el escuadrón de lanceros de Macina debía llamar a otros soldados escondidos más allá del río. A continuación, uno tras otro, todos los habitantes de Segu tendrían que hacer la horrible profesión de fe: «¡No hay más dios que Dios!» Si no, ras, ¡le cortarían la cabeza!

Cuando se supo la noticia, Nya dejó a las mujeres gritando y revolcándose por el suelo y entró en su cabaña. Se atavió cuidadosamente con unos pareos rígidos de color índigo, se enrolló en torno al cuello unos collares de ámbar y perlas, y se puso una diadema sobre el cabello canoso. Cuando salió de nuevo al patio, todos recordaron que había sido la mujer más hermosa de su generación, así como la más majestuosa. Por más que la vejez la atacara y cercara, lo único que conseguía era trazar unas insignificantes arrugas aquí y allá, ablandarle las carnes, aflojarle la piel del cuello, en otro tiempo puro como el de la gacela. Sus hijos más jóvenes intentaron detenerla, pero ella los apartó con suavidad.

Nya se dirigió al palacio real. A medida que avanzaba, la gente salía de las concesiones y, paradójicamente, hasta los que odiaban a Tiekoro lloraban al ver pasar a su madre. No tardó en difundirse el rumor de que Nya Kulibali, hija de Falé Kulibali y esposa del difunto Dusika Traoré, iba a pedirle cuentas al *mansa*. Inmediatamente, unos griots que conocían la genealogía de las dos familias comenzaron a cantar las hazañas de sus antepasados, formando un cortejo al que se sumaron mujeres, hombres y niños divididos entre la curiosidad y la pena.

Fueron a avisar al *mansa* de que la madre de Tiekoro Traoré se dirigía al palacio. ¿Qué había que hacer? ¿Negarse a recibirla? ¡Imposible! ¡Por edad podría ser su madre! ¿Dejarla entrar? Se pondría a llorar o a suplicar, y ¿cómo resistirse a esas lágrimas?

Tras mil conciliábulos, el griot Makan Diabaté tuvo una idea.

—Señor, haz que le digan que estás enfermo y pide a tus mujeres que la entretengan.

En realidad, Nya no iba ni a llorar ni a suplicar. Iba a pedir que la dejaran ver a su hijo. La noche anterior, Dusika le había advertido en sueños que Tiekoro se reuniría muy pronto con él, así que quería estrecharlo por última vez contra sí. ¡Desdichada la madre que entierra a sus hijos! Debería haber sido él quien la enrollase en la estera funeraria, pero los ancestros habían decidido otra cosa. Mientras avanzaba por las calles, entre un estruendo de música, cantos, exclamaciones de simpatía y palabras de consuelo, Nya no oía nada. Repasaba mentalmente toda la vida de Tiekoro, desde su nacimiento. ¡Qué dulce es el primer llanto del primer hijo! Todavía desgarrada por el recuerdo del dolor, miraba a la comadrona lavar a la pequeña criatura fea y sanguinolenta que sería su orgullo. Después, ésta se la había entregado, y habían intercambiado la primera mirada que también sellaba un pacto: «Tomarás a muchas mujeres entre tus brazos. Estrecharás la mano de muchos hombres. Harás camino con unos y otros. Te alejarás de mí, y sin embargo, nada contará. Sólo yo. Tu madre.»

El bebé había cedido paso al niño precoz que la asediaba a preguntas: «*Ba*, ¿qué sostiene a la luna en el cielo?» «*Ba*, ¿por qué éstos son esclavos y nosotros nobles?» «*Ba*, ¿por qué a los dioses les gusta la sangre de pollo?»

Desconcertada y asustada por aquellas preguntas, Nya ocultaba su ignorancia bajo una actitud serena: «Tiekoro, los ancestros dicen que...»

Empezaba todas las frases así para refugiarse tras una autoridad más alta que la suya. Y, a fuerza de preguntar, de poner en duda, de buscar explicaciones personales, Tiekoro se había adentrado en un camino peligroso. Pero la intención de Nya no era censurar a Tiekoro. Ella no estaba allí para juzgarlo, sino para quererlo.

Al llegar al primer vestíbulo, la *bara muso*, seguida de tres o cuatro coesposas y de algunos griots, avanzó hacia ella y se inclinó.

—Madre de hijos, estás cansada, ven a reposar...

Nya las siguió hasta las dependencias de las mujeres. Aparte de los soldados encargados de su seguridad y de los griots cuya misión era cantarles, los hombres tenían prohibido el acceso a aquella zona del palacio. La protegía un muro coronado por estacas de madera dura, con una sola puerta de madera provista de un enorme contramarco. En el primer patio se alzaban unas cabañas con el techo de paja. Junto a ellas, unos árboles extendían su sombra sobre esteras, alfombras, cojines repartidos por el suelo y lechos de bambú cubiertos con gruesas colchas de algodón. La *bara muso* le señaló uno de aquellos lechos a Nya, y apenas ésta se hubo sentado, unas esclavas se afanaron a su alrededor, ofreciéndole calabacinos de agua fresca,

masajeándole los pies y los tobillos o abanicándole la cara. Nya se dejó hacer por cortesía.

—Dime, ¿por qué no me recibe tu esposo? —preguntó al cabo de un momento.

La *bara muso* bajó los ojos.

—¡Está enfermo, madre! Después de comer, le han entrado náuseas y ha empezado a vomitar.

Nya se dio cuenta de que mentía, pero no quiso humillarla y murmuró:

—¡Que los ancestros le ofrezcan una rápida curación! ¿Le han dado gachas de harina de pan de mono?^[195]

La *bara muso* aseguró que había seis médicos a su lado. Nya volvió la cabeza hacia ella.

—Hija mía, ¿tienes hijos?

La *bara muso*, que temía enredarse en una conversación de ese tipo, intentaba cambiar de tema cuando Nya dijo:

—¡Qué terrible papel el nuestro! Las hijas sólo nos aportan riquezas, alegrías y nietos, pero los hijos son todo angustias, suplicios y aflicciones. Buscan la muerte en las guerras. Cuando no la encuentran de ese modo, recorren los caminos del mundo tras ella y, una mañana, un extraño viene a anunciarnos que ya no están. O bien se empeñan en deshacer lo que nuestros padres hicieron e irritan a los ancestros. A veces me pregunto si piensan en nosotras. ¿Tú qué crees?

La *bara muso* contuvo las lágrimas.

—Madre, te prometo que, si está en mi poder, no tocarán a tu hijo...

Nya soltó una risa irónica, aunque indulgente.

—¿Si está en tu poder? ¡Nosotras no tenemos ningún poder, hija mía!

Mientras tanto, el *mansa*, sus consejeros y sus griots se hallaban reunidos. Los feticheros reales eran tajantes: no había que atacar al morabito tucoror, sino liberarlo de inmediato. Aconsejaban conducirlo bajo escolta hasta la frontera del reino. Una vez allí, le advertirían que no debía volver a poner los pies en aquella tierra. Al *mansa*, en cambio, le hubiera gustado darles una lección decisiva a aquellos musulmanes ordenando ejecutar a ese falso profeta. ¿Qué debía temer si actuaba así?

Sus espías le habían informado de que las cosas ya no iban bien entre al-Hayy ‘Umar y Cheik Amadu, aunque ignoraban las razones de esta desavenencia. Así pues, Macina no movería un dedo si asesinaban al tucoror. Entonces, ¿por qué le impedían seguir adelante? ¿Acaso querían darle tiempo a al-Hayy ‘Umar de reagrupar fuerzas y volver para atacar Segu? ¿Era eso?

El consejero Mandé Diara se armó de valor.

—Señor, basta con destruir a los enemigos del interior, a todos aquellos que trabajan en Segu por el advenimiento del islam y tu derrocamiento. A ese Tiekoro, por ejemplo. No tengas piedad con él. En cuanto a los enemigos del exterior, ¿acaso Segu no ha sabido siempre defenderse? Si el tucoror vuelve, conocerá la suerte del vaquero de Fittouga.

Al amanecer, pues, mientras los habitantes de Segú todavía dormían, unos destacamentos de *tondyon* escoltaron al morabito tucoror y a su séquito hasta la frontera del reino, en dirección a Kankan. Los lanceros de Macina, que habían recibido de su mando la orden expresa de no enfrentarse a los bambara, montaron en sus caballos y regresaron a su base. Unas horas más tarde, unos *tondyon* entraron en las casas de los bambara convertidos al islam y se los llevaron a la prisión de palacio. No tocaron ni a los soninké ni a los somono musulmanes, entre otras razones porque no habían participado en el recibimiento a al-Hayy ‘Umar, pero sobre todo porque pagaban elevados impuestos al *mansa* a través del comercio.

Sin embargo, la operación más espectacular fue la destrucción de la *zawiya* de Tiekoro. Unos soldados echaron abajo las paredes, derribaron las cabañas-dormitorio y la cabaña-refectorio, así como los tejadillos bajo los que se daban las clases y realizaban las meditaciones. Después apilaron leña seca y le prendieron fuego. También arrojaron a las llamas la colección de manuscritos de Tiekoro, no sin antes haber arrancado unas páginas que se metieron entre la ropa para que actuaran de grisgrises.

Tiekoro seguía todos estos acontecimientos gracias al relato que le hacían de ellos sus guardianes, con los que había trabado amistad. Generalmente, la prisión libera al animal que hay en el hombre. Este da vueltas en redondo, vocifera, chilla, insulta o intenta poner fin a sus días de la forma más rápida. Tiekoro no hizo nada de eso. Se pasaba el tiempo rezando y desgranando las cuentas del rosario, con tal expresión en el rostro que los soldados estaban convencidos de que se comunicaba con genios. Aprovecharon, pues, la circunstancia para hacerle las más diversas peticiones: uno, un ascenso en su carrera, otro, el regreso de su mujer, refugiada con su familia desde la última paliza, otro más, el nacimiento de un hijo... Tiekoro reía.

—Hermanos, lo único que puedo hacer es rezar por vosotros. ¡Yo no practico la magia!

Estaba totalmente sereno desde la visita de Nya. Había apoyado la cabeza sobre sus rodillas y ella se la había acariciado como lo hacía cuando era pequeño. Impregnándose de su olor y recobrando el bienestar de la época en que estaba dentro de su vientre, había murmurado: «Encárgate de que Maryem se le conceda a Siga. En cuanto a lo demás, haz lo que te parezca mejor.» Nya había suspirado. «¿Crees que Maryem lo aceptará? ¡Ah, Tiekoro, veo avecinarse grandes desórdenes en la familia!» Ése fue su único reproche tácito, y le hirió cruelmente.

Ahora, Tiekoro esperaba la muerte como se espera a la prometida cuyo rostro nunca se ha visto pero que tiene fama de ser hermosísima. Se esforzaba en olvidar los reproches de al-Hayy ‘Umar para no tener en mente más que las palabras de Mustafa al-Rammasi en su *Hasiya*:^[196] «Dios, alabado y exaltado sea, ha querido que la fe vaya siempre acompañada de una consecuencia inmutable, y esa consecuencia es la felicidad eterna.» No tardaría en encontrarse cara a cara con su Dios.

Los guardias que vigilaban el acceso a su celda se llamaban Seba y Bo. El primero era el que le había pedido que su mujer volviera, y el segundo, tener un hijo varón. Y resultó que, al regresar a su casa, Seba se encontró sentada en el patio, aparentemente sumisa y arrepentida, a la esposa fugada. En cuanto a Bo, fueron a anunciarle que por fin, después de haber tenido diez hijas, le había nacido por primera vez un hijo varón. No hizo falta más para que los dos hombres lo considerasen un milagro y vieran en ello el efecto de la relación privilegiada de Tiekoro con los espíritus. Muy pronto, todo Segu supo que Tiekoro Traoré era un mago cuyos poderes superaban los de los más grandes feticheros. Seba y Bo no escatimaban descripciones de aquellas extrañas sesiones.

—Trabaja sólo con la cabeza. No te da nada de beber ni para que te frotes el cuerpo. Con la cabeza nada más...

Los dos hombres se dejaron convencer —a cambio de unos cauris o unas medidas de mijo— para transmitir peticiones a Tiekoro, y aquello adquirió tales proporciones que llegó a oídos de los espías del *mansa*.

Desde la visita de Nya, a raíz de las presiones de la *bara muso*, el *mansa* vacilaba en condenar a Tiekoro a muerte. Unas veces pensaba en dejarlo enmohecerse unos años en el calabozo antes de devolvérselo, apaciguado, a la familia. Otras, pensaba en pedirle que renunciara públicamente al islam, aunque, con lo orgulloso que era, ¿aceptaría? Y otras, pensaba en condenarlo a fijar su residencia en la lejana región de Bagoé. Cuando se enteró de que, incluso encerrado, Tiekoro seguía propagando el islam —y del modo más espectacular, idóneo para impresionar a las mentes sencillas—, se sumó a la opinión de sus consejeros.

La fecha de la ejecución fue fijada.

Una fuerza mantenía a Nya en pie, una sola: su amor por Tiekoro. Cuando se enteró de que iba a morir, fue como si su vida se volviera inútil. ¿Qué sentido tenía admirar un sol que él ya no vería, sentarse ante un fuego que ya no lo calentaría, llevarse a la boca alimentos que él ya no saborearía? Si Dusika hubiera estado vivo, quizás habría podido aferrarse a la compañía de su anciano esposo. Pero Dusika se había ido. A su lado sólo estaba Diemogo, casi senil y cuya muerte se esperaba en cualquier momento.

Así pues, Nya se vino abajo. Igual que un árbol carcomido interiormente por las termitas y los piojos de la madera. Los feticheros consultados sabían que no había nada que hacer, pero iban y venían en todas direcciones para darle a la familia la impresión de que aún podían conducir hacia el cuerpo las fuerzas espirituales que estaban abandonándolo. Nya estaba tendida sobre la estera, inmóvil, jadeando, con la cabeza ligeramente vuelta hacia la puerta de la cabaña, como si escuchara a los aliados de la familia, que se hallaban reunidos allí desde el anuncio de su enfermedad y repetían para animarla a vivir: «Nya, hija de Falé, tus antepasados curvaron el mundo dándole forma de hoz. Lo enderezaron hasta convertirlo en un camino recto. Nya, recupérate.»

En un momento dado, salió de su somnolencia y susurró:

—Quiero ver a Kosa.

Kosa era su último hijo, nacido de su matrimonio con Diemogo. Un niño travieso y robusto, como los que nacen de padres demasiado mayores. Kosa se acercó, asustado y vagamente mareado por el olor de las fumigaciones, que no ocultaba el de la muerte inminente. ¿Qué querían de él? Se sentó de mala gana sobre la estera de su madre.

—Cuando dejes de verme, estaré contigo donde quiera que tú estés. Más cerca aún que si me vieras...

Como todo el mundo lloraba, a Kosa se le saltaron las lágrimas.

Después, Nya hizo llamar a Tiefolo.

No tenía pruebas de que hubiera participado en la conspiración contra Tiekoro. No obstante, sabía que había ido varias noches seguidas al palacio real para hablar con el *mansa*.

Tiefolo entró igual de reticente que el pequeño Kosa, pero por otras razones. No eran los preparativos fúnebres de la muerte lo que lo aterrizzaba, sino sentir el peso de su responsabilidad. Había creído actuar por el bien de la familia, apartar a Tiekoro como se aparta una fuerza peligrosa, un principio de desorden. Y resultaba que iba a tener las manos manchadas de sangre.

—Madre, ¿querías verme? —murmuró.

—¿Cómo está tu padre Diemogo?

—No pasará la noche...

Nya suspiró.

—Entonces, nuestros espíritus partirán juntos...

—Madre, no hables de eso...

Nya pareció no hacer caso de la interrupción. Sus ojos, apenas oscurecidos por la pena, habían recuperado toda su lucidez.

—Hay que pensar en la dirección de la familia. Cuando se reúna el consejo, ocúpate de que elijan a Siga...

—¿A Siga?... ¿A Siga? —saltó Tiefolo—. Pero si es hijo de una esclava...

Nya le asió una mano, f ¡Que sufrió un gran perjuicio! ¿O es que no sabes cómo murió? Además, Siga no ha sido muy feliz en la vida. Démosle esta satisfacción...

Tiefolo miró el rostro envejecido. ¿Qué otra trampa estaba preparando? ¿No deseaba simplemente vengar a su hijo preferido? Tiefolo no era ambicioso. No era orgulloso. Pero le gustaba que se respetasen las reglas. Siendo el primogénito del último hermano vivo, el título y la responsabilidad de *fa* le correspondían a él. Sin embargo, al mismo tiempo se sentía invadido por tal sentimiento de culpa hacia Nya que estaba dispuesto a todo para complacerla.

—Parte en paz, madre —dijo, inclinándose—. Propondré a Siga al consejo de familia. Es, en efecto, más digno que yo...

Al pronunciar estas últimas palabras, no pudo evitar que su voz expresara cierta amargura.

Acto seguido, salió.

Bien pensado, la proposición de Nya le convenía. Así no se podría decir que había quitado de en medio a Tiekoro para conseguir objetivos personales. Apoyó la frente en el *dubal* del patio, hiriéndose con las asperezas del tronco y experimentando cierta voluptuosidad con aquel leve dolor. Los ancestros y los dioses lo sabían: él no había deseado la muerte de su hermano. Confiaba simplemente en que el *mansa* lo desterraría a alguna provincia o le obligaría a romper todo tipo de relación con los musulmanes de Macina o de cualquier otro sitio. Cuando Tiekoro llegara al más allá, sabría que él era inocente y no podría perseguirlo con su venganza. Él no había hecho nada. Nada. Había visto a la familia dividida por el islam, a los hijos educados en casa de los enemigos del reino, había visto los juramentos rotos, los valores ancestrales pisoteados. Se oyó llorar y la violencia de su llanto le sorprendió. Durante los últimos días había mantenido los ojos secos, y ahora el flujo de sus lágrimas era tal que bien podría alimentar el Djoliba. No había llorado así desde la desaparición de Naba. Naba, cuya muerte en cierto modo había causado él, al llevarlo a aquella cacería de la que no había regresado. Tenía las manos sucias. Sucias. Sucias.

Dobló las rodillas y se hundió en la tierra blanda, entre las enormes raíces. Oía por encima de su cabeza los gritos agudos de los murciélagos, que parecían burlarse de su dolor y sus remordimientos. ¿Por qué es la vida ese pantano al que se nos arrastra a nuestro pesar y del que salimos manchados, con las manos pringosas? Si hubiera dependido exclusivamente de él, no habría sido más que un cazador, un *karamoko* que desafía a las fieras en combates leales basados en la estima y el respeto mutuos. ¡Ah!, ¿por qué no poseen los hombres la pureza de los animales de presa?

Tiefolo lloró largo rato.

Después salió de la concesión y se dirigió a casa de Siga. Cuando estaba llegando a la casa de su hermano, se preguntó si aquel honor tardío no sería la última trampa que se cerraba en torno a Siga. La derrota en forma de victoria. Porque tendría que dejar su casa, regresar a la concesión con Fátima y los niños, renunciar a ese oficio de curtidor que tanto irritaba a la familia y que a todos les parecería indigno de un *fa*. Es decir, poner punto final a su fracaso.

Tiekoro iba a morir, y Siga parecía tomarse la revancha de quien siempre lo había eclipsado. Pero ¡qué triste revancha con sabor de ceniza!

Mohamed regresaba al refectorio cuando fueron a anunciarle que su madre lo esperaba en casa de Cheik Amadu. Unos días antes, se había enterado de la ejecución pública de su padre. Pero no había derramado ni una lágrima. Al contrario, su corazón estaba henchido de orgullo. Su padre había muerto como un creyente, como un mártir de la verdadera fe. Teniendo en cuenta que Cheik Amadu se había comprometido a dar a conocer sus proezas, su tumba no tardaría en convertirse en un lugar de peregrinación para los musulmanes. Uniendo su fina voz a las de los adultos que lo rodeaban, había recitado: «¡Dios lo bendiga y le conceda la salvación perfecta y duradera hasta el día del Juicio, así como a sus sucesores en el conjunto de la comunidad!»

Al enterarse de que Maryem estaba allí, volvió a ser un niño, impaciente y espontáneo, y echó a correr. Alfa, agarrándolo del brazo, lo retuvo y le dijo:

—Recuerda que sólo es la madre de tu cuerpo.

Así que, mientras atravesaban los patios, recobró la compostura. Cuando Maryem vio a su hijo bienamado, rompió a llorar. El niño había crecido mucho, tenía ya casi la altura de un adulto. Estaba delgadísimo, todo él era piel y hueso, los brazos y las piernas parecían ramitas secas de ceiba. Y al mismo tiempo, ¡qué guapo estaba! Una espiritualidad nueva afinaba sus rasgos, daba un brillo casi insoportable a sus ojos castaño claro con pestañas muy oscuras, largas y tupidas. Al igual que determinados discípulos de Cheik Amadu, el cual apelaba a la obediencia al Profeta, no se cortaba al cero el pelo, que crecía ensortijado, y la gracia de sus gestos recordaba la de un pastor peul. A Mohamed le hubiera encantado echar a correr, arrojarse en brazos de su madre y secarle las lágrimas que le inundaban las mejillas, pero no se atrevía. Sabía que esa conducta era indigna de un hombre.

Cheik Amadu, que se había sentado sobre una estera en el centro de la sala del Gran Consejo, dijo amablemente:

—Tu madre está contándonos los últimos instantes de tu padre. Es bueno que estés presente para que aprendas, siguiendo su ejemplo, cómo se debe morir.

Maryem logró contener las lágrimas.

—Entonces le ataron los brazos a la espalda, a él, un noble, y lo azotaron. La sangre corría por su espalda. Yo gritaba: «¡Basta! ¡Basta!» Pero nadie me escuchaba. A continuación le hicieron subir a un estrado que habían construido delante del palacio. Miraba hacia todos lados con una gran calma y una sonrisa en los labios. El verdugo, uñó de esos bestias que sólo se encuentran entre los bambara, de expresión cruel y mirada feroz, se acercó a él por detrás y, de un solo tajo, le cortó la cabeza con un sable. Su cuerpo cayó hacia delante. Dos largos chorros de sangre brotaron del cuello...

Se produjo un silencio.

—Después, a petición de Nya, su madre, nos entregaron el cadáver. Pero eso casi fue lo peor. La familia quiso hacerle una ceremonia fetichista. Lo... lo...

En vista de que el llanto la ahogaba, Cheik Amadu intervino:

—Recuerda, hija mía, que sólo se trataba ya de su cuerpo despojado del alma. Así que, ¡qué más da!

Luego, tras levantarse, improvisó una de esas elegías que dominaba. Mohamed se preguntaba cuándo le permitirían ir a abrazar a su madre. Desgraciadamente, nadie parecía pensar en ello. Maryem, que estaba postrada, se levantó al cabo de un instante y se volvió de nuevo hacia Cheik Amadu.

—Si me ves ante ti, padre, no es sólo para hablarte de esa muerte. El consejo de familia se ha reunido y ha decidido que sea entregada a Siga, el hermano de mi difunto compañero. No me rebelo contra esa costumbre; sé que es buena y conveniente. Pero Siga es fetichista, peor aún, un apóstata, ya que durante sus años de aprendizaje en Fez abrazó el islam. ¿Se me puede obligar a vivir con un fetichista y apóstata?

Al expresarse así, el fuego de la cólera iluminaba su semblante orgulloso. El velo blanco se le había caído hacia atrás y le rodeaba el cuello, cubierto de pesados collares de plata. Mohamed hubiera deseado proclamar su admiración, que creía que todos los presentes compartían.

Pero encontró la mirada de Cheik Amadu y se dio cuenta de que éste se sentía violento. Miraba a los miembros del Gran Consejo como si esperara sus propuestas. Finalmente, Burema Khalilu tomó la palabra:

—Nos planteas un serio problema, Maryem. Tú misma lo has dicho: es bueno y justo que una mujer pase al hermano menor de su marido. ¡Pero un apóstata!... ¿Qué sugieres tú?

—Proporcionadme una escolta para regresar a casa de mi padre.

Los miembros del Gran Consejo se consultaron con la mirada. En fin de cuentas, era algo factible. Incluso un modo excelente de complacer al sultán de Sokoto, que no soportaría saber que su hija se hallaba entre los brazos de un apóstata. Maryem, sin embargo, cometió el error de añadir:

—He traído a mis hijas. ¡Sólo me falta mi hijo!

Pese a la reserva que el islam imponía al comportamiento y las palabras, se organizó un alboroto. ¿Desde cuándo un hijo pertenecía a su madre? De acuerdo, de acuerdo... ¡Pero el padre había muerto y la familia paterna era fetichista! Entonces, ¿a quién había que confiarlo? Los derechos de la familia y los del islam, por primera vez quizá, chocaban. Y por más que pasaban revista a las obras de sabios eminentes, desde el *Sahih*, de Al-Buhari, hasta el *Alfiyyat al-Siyar*,^[197] de Al-Ughari, no aparecía indicación alguna para ese caso concreto. Cheik Amadu se levantó y dio unas palmadas:

—Déjanos, Maryem. Reflexionaremos y te comunicaremos nuestra decisión.

Maryem ya se retiraba, sin atreverse a protestar, cuando Cheik Amadu pareció recordar la presencia de Mohamed. Entonces le indicó amablemente que fuera con ella.

¿Qué niño separado de su madre durante cerca de un año no se siente transportado de dicha al verla de nuevo? Mohamed cubría de besos su piel fina y suave, aspirando el perfume hausa. Se acurrucaba sobre sus rodillas, arrugándole los velos y los pareos. Maryem reía, casi olvidando las terribles horas que acababa de pasar.

—¡Vamos, estáte quieto! Ya no eres un bebé...

Luego, Mohamed abrazó a sus hermanas. ¡Qué adorable era la pequeña Aida, un bebe cuando él se marchó de Segu! Andaba, hablaba un poco y, asustada por aquel hermano desconocido, se agarraba al pareo de sus hermanas.

Entre beso y beso, Mohamed preguntaba por el resto de la familia:

—¿Y mi madre Adam?

—¿Y mi madre Fátima?

—¿Y mi padre Siga?

—¿Y mi padre Tiefolo?

El semblante de Maryem se transformó.

—¡No vuelvas a pronunciar jamás ese nombre! ¡Contemporizó con los enemigos de tu padre!

La muerte de Tiekoro había provocado un cambio radical en Maryem respecto a su esposo. Ella que siempre había puesto en duda la profundidad de su fe y creído percibir en cada uno de sus actos un fuerte tufo a narcisismo, ahora comprendía que no había sabido reconocer a un santo y se aplicaba tardíamente a venerar a un espíritu fuera de lo común.

Después de comer, toda la familia fue a casa de M’Pene a saludar a la abuela Sira. Ésta ya no prestaba atención a casi nada, pero Maryem y M’Pene se arrojaron una en brazos de otra. Enseguida empezaron a hablar de sus vidas respectivas. M’Pene añoraba Tenenkou, donde había crecido. Hamdallahi era tan austera que el jeque al-Bekkey de Tombouctou había ido a amonestar a Cheik Amadu. Pero Maryem meneaba la cabeza. Cualquier cosa era mejor que Segu.

—¡Fetichistas! Siempre ocupados perjudicándose unos a otros o bien buscando a quien les ha perjudicado...

Luego pasaron a comentar la misteriosa desavenencia entre al-Hayy ‘Umar y Cheik Amadu. ¡Entre dos musulmanes! ¿Era eso posible? ¿Qué había ocurrido exactamente? M’Pene no estaba muy informada. Disputas entre cofradías, decían. Tiyaniyya contra Qadiriyya. Pero ¿era sólo eso? Se rumoreaba que al-Hayy ‘Umar tenía aspiraciones comerciales y políticas en la región.

M’Pene ofreció tortas de arroz cocidas con manteca de karité y panecillos de judías con miel.

Cuando Maryem y los niños emprendieron el camino de regreso, empezaba a oscurecer. Maryem tiritaba en aquella ciudad glacial, donde en todas las calles había una escuela coránica llena de niños miserables. En todos los cruces había iluminados que proclamaban el nombre de Alá. En una plaza estaban azotando a un condenado. Ante semejantes espectáculos, casi echaba de menos Segu. Entró apresuradamente en la concesión de Cheik Amadu.

Al parecer, el Gran Consejo había tenido dificultades para tomar una decisión, ya que había estado reunido toda la mañana y parte de la tarde. Finalmente había emitido su veredicto. Se le daría a Maryem una escolta y presentes a fin de que regresara a Sokoto del modo que correspondía a su rango. En cuanto a Mohamed, tendría que quedarse en Hamdallahi. Su padre en persona se lo había confiado a Cheik Amadu, así que, ¿no había que considerar eso la última voluntad de un moribundo?

Al oír aquel veredicto, Mohamed estuvo a punto de desvanecerse. Oleadas frías y calientes recorrían alternativamente su cuerpo. Por delante de sus ojos pasó un velo a través del cual veía a su madre y sus hermanas como islas mágicas de las que quedaba separado para siempre. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿En nombre de qué dios? Se sentía tentado de gritar y blasfemar. Sin embargo, su comportamiento no dejó traslucir ese tumulto interior y todos reconocieron que era digno hijo de su padre.

Al final de la estación de las lluvias, Mohamed cayó enfermo. Sin duda había interiorizado demasiados acontecimientos dolorosos: la muerte de su padre, la separación de Maryem... El caso es que una mañana, mientras los demás discípulos se ponían el *bubu*, salían a hacer las abluciones y corrían hacia la mezquita, su cuerpo se negó a responderle. Le pidió a Alfa que le llevara un calabacino de agua, pero, después de bebérsela, la vomitó toda. Luego tuvo la sensación de que una mano lo sumergía en un pozo, del que lo sacaba para colocarlo frente a una luz cegadora. Tras varios días así, M'Pene, alertada por Alfa, envió a Karim, su marido, y a Tiyani, el mayor de sus hermanos, para que le pidieran a Cheik Amadu que les confiara al niño. Cheik Amadu aceptó, lo que era un hecho excepcional. Generalmente, cuando un discípulo estaba muy enfermo, nadie intervenía en ese combate entre la vida y la muerte. De las dos, ganaba la más fuerte. Karim y Tiyani instalaron a Mohamed en una hamaca, cuyos extremos ataron a un palo que se pusieron al hombro. El balanceo provocado al andar le arrancaba a Mohamed gemidos de dolor.

Durante varios días, Mohamed pareció estar inconsciente. En realidad, tras sus ojos cerrados, revivía la ejecución de su padre, cuyo relato, al ir unido a la alegría de ver de nuevo a su madre, él creía que no le había impresionado.

«Le hicieron subir a un estrado que habían construido delante del palacio. Miraba hacia todos lados con una gran calma y una sonrisa en los labios. El verdugo, uno de esos bestias que sólo se encuentran entre los bambara, de expresión cruel y mirada feroz, se acercó a él por detrás y, de un solo tajo, le cortó la cabeza con un sable. Su cuerpo cayó hacia delante. Dos largos chorros de sangre brotaron del cuello...»

¡Ah, esa sangre, esa sangre! Había que vengarla. ¿Y cómo? Haciendo triunfar el islam en aquellas tierras fetichistas. A la vez, y paradójicamente, Mohamed reivindicaba Segu, que la educación de su madre le había hecho despreciar. Segu le pertenecía. Él era bambara. Sus manos pondrían la media luna en lo alto de los minaretes de sus mezquitas. Inquieto, daba vueltas y más vueltas en la cama.

M’Pene, preocupada, fue a consultar a un sanador que, con algunos más, se ocultaba en el recinto sagrado de Hamdallahi. El hombre de los cuernos de carnero prescribió unas decocciones de raíces y unos baños de hojas, y aseguró que el cuerpo del joven paciente se recuperaría.

Nadie ayudaba a M’Pene a cuidar a Mohamed con más devoción que la pequeña Ayisha, hija mayor de Tiyani. ¡Imposible imaginar una chiquilla más exquisita! Cuando iba a llevarles la comida a sus hermanos, que cuidaban de las vacas en el exterior de la ciudad, la gente meneaba la cabeza a su paso, sonriendo, y exclamaba:

—¡Una auténtica peul!

De tez tan clara como la de una mora, el cabello largo y liso, entremezclado con hilos de colores, los delicados pies calzados con sandalias de piel de cabra y haciendo tintinear, con su paso apresurado, unas pulseras de plata finamente trabajada. Cuando Mohamed abrió los ojos, con la mente todavía nublada, la vio a su cabecera y murmuró:

—¿Quién eres?

—¿Qué pasa? ¿Ya no me reconoces? Soy tu hermana Ayisha...

Al recordar, Mohamed meneó enérgicamente la cabeza.

—Tú no eres mi hermana. Eres la hija de Tiyani...

Ayisha, deshecha en lágrimas, salió de la habitación. La intención de Mohamed no era en absoluto herirla. Instintivamente, sin saber por qué, se defendía contra un parentesco que imprimiría una dirección a sus relaciones. Tiyani era hijo de su abuela Sira, sí, pero lo había tenido con Amadu Tasiru, no con su abuelo Dusika. ¡No compartían ni una gota de sangre! Tras levantarse por primera vez desde hacía tiempo, siguió a Ayisha al patio. La chiquilla estaba apoyada en el brocal del pozo llorando a lágrima viva. Su vestido blanco contrastaba con el verde de las vallas, y una leve brisa agitaba el velo de su cabeza. Mohamed descubrió en aquel momento la belleza femenina. Hasta entonces, la única mujer hermosa a sus ojos era su madre. De repente, ésta tenía una rival.

Su mirada atónita calibraba la extraordinaria perfección de un cuerpo de mujer. La redondez de los hombros, la curva de la espalda y el meandro de las nalgas. La prominencia de los pechos. El delicado montículo del vientre.

Se acercó a Ayisha, la tomó entre sus brazos y la cubrió de besos. Pero ella lo apartó, protestando.

—¡Déjame, me has hecho mucho daño!

Al cabo de un momento, se abandonó. Luego, como él no paraba de besarla, intuyó un peligro y se liberó de su abrazo. Los dos se quedaron mirándose. Mohamed

no era inocente del todo. Sabía lo que pasaba por las noches entre un hombre y sus esposas y por qué el vientre de estas últimas se hinchaba tanto. Sin embargo, nunca se había imaginado a sí mismo en tal situación. Llegaría un día, por supuesto, en que tendría esposas. Pero ese día quedaba lejos. Distante. Era la otra orilla de un río que no se preocupaba en cruzar. La impaciencia y la exaltación lo asaltaron súbitamente, haciendo que le fallaran las piernas, todavía débiles, y cayera sentado en medio del patio, asustando a las gallinas, que se dispersaron cacareando. Ayisha se echó a reír.

—¡Menuda cara de granuja tienes ahora!

Lo ayudó a levantarse y Mohamed, apoyándose en ella, volvió a entrar en la casa y se tendió sobre la estera. Mientras Ayisha lo cubría con un pareo de algodón, le cogió una mano y la apretó contra sus labios.

—No digas nunca que eres mi hermana. Nunca, ¿me oyes? Nunca.

A partir de ese momento, su estado mejoró rápidamente, al tiempo que le cambiaba el carácter. Él, que había sido el más acomodaticio de los chiquillos, dedicado exclusivamente a complacer y servir a Dios, se volvió retraído, atormentado, y comenzó a ser presa de accesos de cólera inexplicables. Tan sólo la compañía de Ayisha parecía agradaarle. Se pasaba horas con la cabeza sobre sus rodillas mientras ella le contaba cuentos, pese a las reprimendas de M'Pene, que decía que los cuentos sólo deben contarse por la noche. Cuando regresó a la concesión de Cheik Amadu, le regaló una fina pulsera de plata que llevaba en la muñeca.

Poco después, Cheik Amadu recibió una carta de Siga que le leyó a Mohamed. La letra era impecable, así como la sintaxis, y saltaba a la vista que había recurrido a un escriba que dominaba las complejidades de la lengua árabe.

Muy honorable y venerado Cheik Amadu:

Podría guardarte rencor por haber acogido a la esposa fugitiva de mi difunto hermano, que según las leyes en vigor tanto en tu pueblo como en el mío me correspondía por el bien de nuestra familia. Podría censurarte por haberle ofrecido una escolta y presentes para que regresara a casa de su padre, que me ha escrito para anunciarme que nunca volverá a Segú.

Actúas así guiado por tu verdad, pues nos consideras enemigos de Dios. ¿Has pensado alguna vez que cada pueblo posee sus dioses, al igual que posee su lengua y sus ancestros?

Sin embargo, convencerte de que tenemos derecho a rechazar el islam, que no es la religión de nuestros padres, no es la finalidad de mi carta. Deseo hablarte de nuestro hijo Mohamed, al que retienes en Hamdallahi. Nuestra familia ha experimentado la tristeza de ver a sus hijos repartidos por el mundo. Uno de ellos fue llevado como esclavo a Brasil. Otro encontró la muerte en el reino de Dahomey. Ambos

dejaron hijos en esas tierras extrañas. Ahora que soy el jefe de la familia, no descansaré hasta que reúna bajo el mismo techo a todos esos hijos dispersos, a fin de satisfacer y aliviar a nuestros antepasados. Te lo repito: donde quiera que estén ahora, nuestros hijos emprenderán el camino de vuelta a Segú. Antes de tomar contra ti las medidas que estime necesarias, te pido que nos devuelvas de buen grado a nuestro hijo. Nos pertenece. Su diamu es Traoré. Su tótem es «la grulla coronada».

Te envío un saludo de paz y de respeto.

Cheik Amadu miró a Mohamed y dijo en un tono circunspecto:

—¿Qué te parece?

Mohamed recordó a su padre Siga, un hombre afable que siempre había tenido una palabra agradable para todos. Así pues, la familia no lo había olvidado. Lo apreciaba. Quería reintegrarlo en su seno. Una oleada de dicha lo recorrió mientras se repetía: «¡Donde quiera que estén ahora, nuestros hijos emprenderán el camino que conduce a Segú!» ¡Qué frase tan hermosa! ¡Y qué significativa era! ¡Sí, emprendería el camino que conduce a Segú, tierra árida tal vez, pero que la sangre de su padre había fertilizado! Haría crecer allí el islam, planta vivaz que no conoce ni estación de lluvias ni estación seca, cuyas raíces van a buscar el agua y todo lo necesario para vivir a lo más profundo de los suelos.

—Padre —dijo sonriendo—, ¿qué vas a responderle?

Cheik Amadu le hizo una pregunta que muchas personas no hubieran dejado de encontrar sorprendente, pues a los niños no se les consulta nunca:

—¿Qué quieres que le responda?

—Que lo quiero, que lo respeto y que volveré.

El niño y el anciano intercambiaron una mirada de confianza total, de comprensión total. Luego, Cheik Amadu despidió a Mohamed y continuó desgranando las cuentas de su rosario. Mohamed regresó a la sala de enseñanza y meditación. Se sentó al lado de Alfa, que le susurró, pues estaba prohibido hablar entre las recitaciones de las azoras:

—¿Qué te ha dicho el maestro?

Mohamed ni siquiera le oyó. Una frase de Siga retumbaba en sus oídos: «¡No descansaré hasta que reúna bajo el mismo techo a todos nuestros hijos dispersos!»

—¡Eucaristus da Cunha! ¿Cómo puede llevar un negro un nombre semejante?

El reverendo Williams se encogió de hombros.

—Es descendiente de un esclavo de Brasil liberado. Su padre adoptó el apellido de su amo.

—¡Pero eso es ilegal!

Williams alzó los ojos al cielo.

—¿Ilegal? ¿Por qué? Esos pobres diablos perdían toda identidad al cruzar el Atlántico. Había que darles alguna.

El reverendo Jenkins continuaba observando al joven desde lejos.

—¿Qué edad tiene?

Williams se echó a reír. Esas preguntas manifestaban la ignorancia de su interlocutor en todo lo relativo a África.

—¡Ya sabe lo que pasa con el registro civil y los negros! Según un pasaporte tramitado por su madre y que yo he visto, nació hacia 1810. Jenkins, ese muchacho es una joya. Ha cursado estudios en la escuela superior de Fourah Bay, en Sierra Leona, y el reverendo Kissling afirma que, junto con Samuel Ajayi Crowther, es una de nuestras mayores esperanzas en esta tierra de barbarie...

Jenkins no podía vencer o dominar su antipatía.

—¿Por qué se prefirió a Crowther para la expedición por el río? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! No estoy al corriente de las interioridades de la Sociedad para la Civilización de África. Crowther es más robusto y habla perfectamente yoruba...

—Yo creo —le interrumpió Jenkins— que lo que pasa es que es menos arrogante. —Después hizo una última pregunta—: ¿Por qué no se ha casado? —Hizo un cálculo rápido y añadió—: Tiene edad más que de sobra. Casi treinta años...

El reverendo Williams optó por reír.

—Pregúnteselo a él.

El reverendo Williams era el primer misionero anglicano que había puesto el pie en Lagos, donde, debido al clima insano, no le daban un año de vida. Pero estaba allí desde hacía tres y había construido sin ninguna ayuda la primera cabaña donde se había celebrado misa. El primer año, los fieles no llegaban ni a diez. Pero hacía poco habían empezado a llegar familias de «brasileños»^[198] y de «saros» inmigrantes originarios de Sierra Leona, todos impacientes por mandar a sus hijos al colegio. Éstos se sumaban a los europeos que, pese a la prohibición de la trata, seguían dedicándose al comercio de esclavos y, como en la Costa de Oro, al enormemente lucrativo del aceite de palma. Por eso, hacía unas semanas la Sociedad de las Misiones de Londres le había enviado un compañero, Jenkins. Desgraciadamente, a ese inglés que nunca había ido más lejos del pueblo de Chelsea todo le parecía mal.

Las costumbres relajadas de los europeos. La desnudez de los negros paganos. La gran cantidad de mestizos nacidos de relaciones ilícitas entre hombres blancos y mujeres negras. ¡Y por si fuera poco, le había tomado oj eriza a Eucaristus!

Pero Eucaristus era una auténtica joya. En Abéokuta, donde residía con su tío materno, su inteligencia había impresionado a los misioneros anglicanos, que habían conseguido una beca de la casa madre y lo habían enviado a Fourah Bay College, del que había sido uno de los primeros alumnos.

No siempre era fácil tratar con Eucaristus, eso había que admitirlo. Pero el reverendo Williams, que leía en él como en un libro abierto, sabía que no era arrogante, sino tímido, y que se sentía atormentado. No lograba superar la muerte de sus padres y le obsesionaba un deseo totalmente irracional: encontrar la cuna de su familia paterna, Segú, en alguna parte de Sudán.

El reverendo Williams, por su parte, sólo tenía un deseo: ver a Eucaristus abrazar el sacerdocio. Y no sabía por qué éste se negaba a ordenarse. Sin duda seguía siendo víctima de su perfeccionismo. Pero el hombre es una criatura débil a la que tan sólo la misericordia divina conduce a la salvación eterna.

Desde donde estaba, Eucaristus notaba sobre él el peso de la mirada de los dos sacerdotes y sabía que hablaban de él. La enemistad del reverendo Jenkins no le molestaba. Al contrario, le maravillaba esa capacidad del recién llegado para detectar lo que él se esforzaba en ocultar a todos. Su inclinación por las mujeres. Por el alcohol. Incluso por el juego. ¿No había perdido una noche en un tugurio el sueldo de una libra mensual que le pagaba la misión? ¡Y además de eso su orgullo! Su inconmensurable orgullo. El que lo había llevado a vivir, en vez de con los demás «brasileños» en el barrio de Popo Agouda, también llamado «Portuguese Town», en La Marina, entre los comerciantes europeos y mestizos. Todo porque se creía de una clase superior y más fina. Y, de hecho, ¿por qué?

Cerró el libro de cánticos y dio unas palmadas para indicarles a los niños que la clase había terminado. Éstos se dispersaron riendo. Nada más cruzar el recinto de la misión, ya no pronunciaban una palabra en inglés; sólo utilizaban el portugués o el yoruba. El propio Eucaristus hablaba portugués y yoruba, lenguas de su madre, inglés, lengua de estudios en Fourah Bay College, un poco de francés y todo eso mezclado para formar el *pidgin*, que era la *lingua franca* de la costa. Esa confusión de lenguas, que recordaba la de la torre de Babel, le parecía hecha a imagen y semejanza de su propia identidad. ¿Qué era él? Un animal compuesto, incapaz de definirse.

Cerró con llave su pupitre y se dirigió a la casa. Los dos sacerdotes, sentados en el porche, se abanicaban con anchas hojas de pandanus, pues hacía un calor sofocante. El reverendo Williams soportaba bastante bien el calor, pero su compañero, perpetuamente empapado de sudor, tenía el semblante descompuesto y un cerco rojo alrededor de los ojos. Una vez más, Eucaristus se preguntó qué hacían aquellos hombres tan lejos de su casa.

Cuando los hubo saludado, el reverendo Williams le tendió un sobre.

—Toma, es para ti.

Era una carta de su único amigo, Samuel Ajayi Crowther, a quien había dejado en Freetown.

Si la vida de Eucaristus contenía numerosos elementos sorprendentes, la de Samuel Ajayi Crowther era una auténtica novela. A los trece años, había sido capturado por unos mercaderes de esclavos en su pueblo natal, en tierras yoruba, conducido a Lagos y, allí, embarcado en una nave que se dirigía a Brasil. La escuadra británica de vigilancia de las costas lo había liberado en el mar y llevado a Freetown, donde lo habían bautizado. Cuando Eucaristus lo conoció en Fourah Bay, regresaba de cursar estudios en Islington, en Inglaterra, donde había deslumbrado a sus profesores por su inteligencia. Poseía un espíritu tan sereno como atormentado era el de Eucaristus, y creía firmemente en su misión de civilizar África.

Queridísimo amigo:

Ante todo debo decirle que mi mujer, Susan, y yo gozamos de buena salud y ya nos hemos recuperado de aquellas fiebres gracias a un medicamento milagroso que viene de Inglaterra. Nuestros hijos, Samuel, Abigail y Susan, también se encuentran muy bien, y si Dios quiere pronto habrá otro pequeño cristiano bajo nuestro techo.

A continuación debo hacerle partícipe del honor que se me ha concedido al elegirme para acompañar a la expedición británica que, dentro de doce o catorce meses, irá a explorar el río Níger con la esperanza de establecer una granja modelo en Lokoja, en la confluencia del Bénoué. Su finalidad es el comercio, pero también la evangelización de nuestros hermanos negros. Esos dos objetivos forman uno solo. «El arado y la Biblia», ésa es la nueva línea política que inspira a las misiones. ¡Ah, querido amigo, qué tarea tan excitante la nuestra! Gracias a nuestros esfuerzos, nuestra querida patria conocerá al verdadero Dios. No, no será obra de extranjeros...

Eucaristus dobló la misiva y se la guardó. ¿Estaba celoso de su amigo porque lo habían elegido para esa misión? Sí. Sin embargo, no era eso lo más importante. Estaba celoso de la calma y el orden de su vida. De su fe. Su fe tranquila. Civilizar África cristianizándola. ¿Qué significaba eso? ¿No posee todo pueblo su propia civilización, que implica la creencia en sus dioses? Y cristianizando África, ¿qué se hacía si no imponerle una civilización extranjera?

Eucaristus siguió a sus compañeros al interior de la casa y recitó con ellos la benedícite. Cuando metió la cuchara en el puré de ñame, el reverendo Williams dijo en un tono burlón:

—¿Sabes qué me ha preguntado el reverendo Jenkins sobre ti? Me ha preguntado por qué no te habías casado.

Eucaristus se sobresaltó. ¿Sabía algo el reverendo Jenkins? Pero, por más que lo observó, sólo distinguió en su semblante la malevolencia común en algunos europeos, sacerdotes o no, que odiaban a los negros. Bajó los ojos hacia el plato y murmuró:

—Simplemente, porque todavía no he encontrado a la compañera cristiana adecuada.

Eugenia de Carvalho era sin duda alguna la mestiza más guapa de Lagos. Su padre era un rico comerciante portugués que vendía de todo: esclavos, aceite de palma, especias, marfil, madera... Se decía que no podía volver a su país porque había matado a un hombre, pero se decía eso de todos los europeos que poseían una fortuna considerable y que amaban África hasta el punto de desear que los enterrasen allí. La madre de Eugenia era una yoruba perteneciente a la familia real de Benín, y muchas veces, cuando se hartaba de la embriaguez y el sadismo de su compañero, regresaba al palacio del *oba*.

Vivían en un *sobrado*^[199] construido por albañiles «brasileños». Era un enorme edificio de forma rectangular, con un piso y una buhardilla. En tres de sus fachadas, había cinco ventanas ojivales y dos puertas cuya parte superior estaba decorada con pequeños vitrales en azul, rojo y verde, que difundían por la galería circular una luz tenue que respetaba los rincones de sombra. Detrás se extendía un gran patio con papayos, naranjos y guayabos, donde parloteaba un hormiguero de esclavos alojados en dependencias ocultas por un seto vivo. Al llegar la noche, colgaban faroles en aquella inmensa fachada, a fin de que los habitantes de la casa y los visitantes pudieran sortear los detritos de toda clase que alfombraban los alrededores, mezclados con charcos de apestosas aguas residuales.

Eucaristus se relacionaba con aquella familia porque le daba clases de inglés a Jaime de Carvalho junior, el heredero, un chiquillo de unos doce años, de tez mortecina, que ya se dedicaba a maltratar a los esclavos de la casa. Porque Jaime senior, pese a sus desenfrenos, era un hombre culto que admiraba muchísimo a los ingleses:

«Son señores —decía—. Compárelos con esos bastardos latinos: portugueses, españoles, franceses... Muy pronto gobernarán toda esta costa y las interminables tierras del interior. De momento, vacilan, se contentan con dedicarse al comercio, remontar ríos, colocar espías. Pero su pabellón no tardará en ondear en los palacios de los *obas*, los *alafines* y los sultanes... ¡Hablar inglés es para un hombre el privilegio supremo!»

Al dirigirse a casa de los Carvalho para impartir la clase diaria, Eucaristus recordaba las palabras de Malobali comparando Ouidah con Segú: «Jamás has visto una ciudad como ésta. Aquí, las ciudades son creaciones de los blancos. Han nacido del tráfico de carne humana. No son más que vastos almacenes...»

¡Cómo odiaba Lagos y su olor a vicio y a fango! ¡Qué feliz lo haría marcharse de allí! Pero ¿para ir adónde? No lo sabía y no acababa de tomar una decisión. En realidad, desde que había conocido a Eugenia de Carvalho estaba menos impaciente

por irse, pues se había enamorado de la joven tanto más perdidamente cuanto que sabía que era un amor imposible. Porque Eucaristus, si bien llegaba a impresionar a africanos que no habían visto nunca un libro de cerca e iban medio desnudos, era inofensivo e insignificante ante una criatura vinculada, por una parte, a una familia real autóctona, y por la otra, a un blanco. ¿No consideraban algunos a los blancos los nuevos señores? Hablaban de igual a igual con los más poderosos soberanos negros. Los amonestaban, empeñados en demostrarles a toda costa la falsedad de sus creencias, y poco a poco su ley se imponía. Una vez más, el odio invadió el corazón de Eucaristus, un odio tremendamente ilógico, pues ¿no era él mismo una criatura de los blancos, una de «sus esperanzas más firmes en aquella tierra de barbarie», como repetía el reverendo Williams? Como iba distraído, Eucaristus metió un pie en un charco y miró con rabia el zapato y el bajo del pantalón de paño negro, completamente manchados. Así que entró en la casa más contrariado que de costumbre. Eugenia estaba sentada en un escabel mientras la peinaban. Su melena, más crespa que realmente rizada, le cubría toda la espalda hasta las nalgas y desprendía un olor ácido, como el del pelaje de algunos animales, aunque agradable. Como estaba inclinada hacia delante para permitir que sus esclavas la peinaran, la bata de seda a flores se despegaba del cuerpo y dejaba al descubierto sus pequeños pechos redondos, casi blancos, adornados con pezones de color berenjena. Eucaristus se estremeció. Ella levantó la cabeza hacia él y dijo, sonriendo:

—¡Ah, es usted, señor Eucaristus da Cunha! Buenos días.

Siempre pronunciaba su nombre en un tono burlón, como para expresar la incoherencia de que un africano se llamara así.

—Ya le he dicho que puede llamarme Babatundé si quiere. Es mi nombre yoruba
—repuso él en un tono altivo.

Ella se echó a reír.

—¿Babatundé da Cunha?

La esclavas se echaron a reír también, como si entendieran algo de aquella conversación. De hecho, Eucaristus sabía cuál era su apellido paterno, ya que Malobali se lo había dicho. Sin embargo, cada vez que quería pronunciarlo, algo lo detenía, revelándole toda la realidad de su alienación. Babatundé Traoré ¡No, nunca! Optó por huir y preguntó:

—¿Dónde está Jaime junior?

—Creo que ha terminado de hacer el amor con Bolanlé. Puede disponer por entero de él...

Profundamente escandalizado, casi aterrorizado, Eucaristus se volvió hacia el fondo de la galería, como si esperase ver aparecer al padre de la joven, y protestó:

—¡Señorita De Carvalho!

Ella rió de nuevo con su risa cantarína.

—¿Y usted, señor Da Cunha? ¿Hace usted el amor?

¡Aquello era demasiado para Eucaristus! Batiéndose en retirada, entró en el salón, dominado por una enorme mesa de billar, ya que ese juego era la pasión de Jaime sénior, y fue casi corriendo hasta el despacho, donde, cosa nada habitual, Jaime junior ya lo esperaba.

«¿Y usted, señor Da Cunha? ¿Hace usted el amor?»

Esa diabólica muchacha había puesto el dedo en la llaga.

Eucaristus era un alumno de las misiones. Allí había aprendido que el acto amoroso fuera del vínculo sagrado del matrimonio es el más grave de los pecados y que la pureza es la principal virtud. Sin duda Malobali le había dicho algo muy distinto. Pero entonces él era un niño y ahora Malobali estaba muerto. Así pues, ¿cómo podía aceptar su cuerpo, esos deseos violentos que lo asaltaban, ese chorro blanco que le manchaba los muslos, esa mano, la suya, buscando su sexo, y los gritos de animal que le hacía proferir cuando lo encontraba? Y sobre todo, desde hacía algún tiempo, esos encuentros en el más horrible de los tugurios con una ramera que portugueses e ingleses habían poseído.

Jaime junior leía torpemente:

—El Eterno respondió a Moisés: Ponte a la cabeza del pueblo y lleva contigo a algunos ancianos de Israel. Coge en tus manos el bastón con el que tocaste el río y camina. Yo iré delante de ti...

El silencio de su profesor, habitualmente puntilloso y estricto, siempre dispuesto a reñirle y a hacerle repetir frases enteras, lo pilló por sorpresa, así que se puso a observarlo de reojo. Eucaristus era atractivo: frente despejada, ojos brillantes y mejillas delicadamente moldeadas. Sin embargo, para Jaime junior, acostumbrado a fijarse únicamente en el color de la piel, era horrible porque tenía la tez muy negra y el pelo encrespado. A sus espaldas, se partía de risa con Eugenia imitando sus modales pomposos y afectados. ¡Ah, qué feo es un negro cuando imita a un blanco! Eucaristus miró a su alumno y le dijo con una amabilidad sorprendente:

—¡Muy bien, Jaime! Está haciendo progresos sorprendentes...

Su voz y sus ojos dejaban traslucir una gran excitación. Jaime decidió atacar de frente:

—¿Se ha enterado ya de que Eugenia se casa? Al final, mi padre ha aceptado a Jeronimo Medeiros. ¿Sabe que es un cuarterón? Su padre es portugués, y su madre, mulata.

Eucaristus se quedó petrificado. Sabía perfectamente que Eugenia nunca sería suya. Sin embargo, ¡enterarse así de que iba a pertenecer a otro! De pronto se precipitó hacia Jaime y lo agarró por los hombros, sacudiéndolo como si fuese un árbol frutal.

—¡No es verdad! ¡Está mintiendo! ¡Está mintiendo!

El chiquillo consiguió desasirse y se fue al otro extremo del despacho, buscando refugio detrás de unos pesados sillones. Cuando estuvo a salvo de todo ataque, se puso a gritar:

—¡Es verdad, es verdad, va a casarse! ¿Cree que no nos hemos dado cuenta de cómo la mira? ¡Pero ella no es para usted! ¡Sucio negro, caníbal! ¡Apesta, comes carne humana! ¡Sucio negro! Lárgate... Vuelve a la selva...

«¡Y pensar que esas personas han salido del vientre de una mujer negra! ¿Es que lo olvidan?»

Por más que Eucaristus se repetía esa frase, no lo calmaba. El dolor, la cólera y la humillación se sumaban en él al deseo indescriptible de ser consolado como un niño. ¡Ah, Romana! ¿Por qué había abandonado a sus hijos para seguir a Malobali incluso en la muerte? ¿Dónde iba a encontrar él un regazo que poseyera una placidez comparable? Eucaristus no pensaba nunca en su madre sin que un sentimiento de rencor se mezclara con la piedad filial. ¿Se debe morir cuando se tienen cuatro hijos, dejándolos desarmados en ese combate de la vida? ¡Benditas sean las que son más madres que esposas! ¿No es el caso de la Santísima Virgen María?

A falta de un regazo femenino, Eucaristus se conformó con lo que más se le parecía: una copa. Pero cuando hubo ingerido muchas, su deseo carnal no hizo sino exacerbarse y se encontró, borracho y tambaleándose, camino de Ebute-Metta.

El barrio de Ebute-Metta era una vergüenza. Un amasijo de cabañas donde los marinos que desembarcaban de los negreros iban a desfogarse con mujeres, la mayoría mestizas. El año anterior, una epidemia de viruela y otra de gripe, agravada por unas lluvias torrenciales, habían causado estragos. No obstante, volvía a haber muchas rameras, como si se reprodujeran a la misma velocidad que los insectos y las ratas que infestaban la zona. La gente chapoteaba en el fango, en medio del cual unas mujeres, imperturbables, vendían *acaraje*^[200] y rodajas de llantén fritas en aceite de palma.

Eucaristus empujó la puerta del Flor do Porto, un burdel cuyas prostitutas eran las más baratas de Lagos. A menudo se les pagaba con un pañuelo rojo y un collar de bisutería. Es decir, que no destacaban ni por su belleza ni por su frescura. Con todo, Filisberta era guapa. Sin duda tenía sangre europea, ya que su piel era muy clara, y siempre vestía al estilo brasileño, con amplias faldas de indiana roja, camisas de algodón blanco y un turbante de cuadros en la cabeza. Los marinos de los barcos negreros no iban con ella porque tenía la triste costumbre de llorar después de hacer el amor y, ¿qué les importaban a ellos sus lágrimas? Pero Eucaristus la prefería a cualquier otra. Atónita, miró al joven, que si bien era un gran bebedor, como todos los que frecuentaban el Flor do Porto, raramente se emborrachaba, y preguntó:

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Acaba de llamarme sucio negro un asqueroso mestizo...

Filisberta se encogió de hombros para expresar que esas cosas ocurrían todos los días. Los mestizos eran mucho más arrogantes que los blancos, pues querían conseguir que se olvidara su mitad de sangre negra. En cuanto a los «saros» y los «brasileños», los primeros calcaban su comportamiento del de los ingleses y despreciaban a los segundos debido a su antigua condición servil. Pero los dos grupos

odiaban por igual a los autóctonos y se aliaban con los mestizos y los blancos. ¡Así era el mundo! ¡Maldita época!

Eucaristus siguió a Filisberta. Una pasarela de tablones zigzagueaba a través del fango, en dirección a una barraca dividida en celdas donde las muchachas recibían a sus clientes. Así que a través de los tabiques todos oían los ruidos obscenos de los demás.

Hay momentos en que a un hombre le horroriza su vida. Ella permanece de pie frente a él, mirándolo a los ojos, con la cara picada de viruelas y los dientes podridos en la inmundicia violeta de las encías. Entonces él se dice: «No puedo más. ¡Esto tiene que cambiar!» Y eso fue lo que pensó Eucaristus en el cuarto impregnado de un olor agrio, en el momento preciso en que Filisberta estaba quitándose la blusa por la cabeza.

Se vio como profesor de la escuela de una misión, sin una posición definida, incapaz de imponerse a la sociedad que le impresionaba, obligado a compartir la cama de una ramera. Tenía que salir de allí. Y ¿cuál era la salida, la única salida posible? Ir a Londres a estudiar teología y hacerse sacerdote. ¿No eran los sacerdotes los paladines de la nueva civilización que se imponía?

Sí, pero ¿y su cuerpo? Pues lo vencería. Convertiría su triste envoltorio carnal en un templo digno de su creador. ¡Una tarea exaltante! ¡Vencerse a uno mismo! ¿No había dicho Jesús: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha»?

Mientras tanto, Filisberta, desnuda, tendida en la cama, se impacientaba:

—Pero ¿qué esperas?

Eucaristus recogió la ropa que se había quitado, luego la miró a los ojos y dijo:

—No vas a verme más. No volveré jamás aquí, ¿me oyes?

La recepción estaba en su apogeo.

La novia bailaba con más entusiasmo quizá del que sería correcto en una muchacha de buena familia. Llevaba un vestido de suave seda blanca, adornado con flores de azahar y con una cola de terciopelo de seda blanca, y apoyaba las manos enguantadas en los hombros de un joven alto y un poco robusto, de piel muy clara, con el rizado y lustroso pelo retirado hacia las sienes, largas patillas que se adentraban en un cuello almidonado, vestido con chaqueta y chaleco gris claro y pantalones negros. Alrededor de la pareja, los bailarines se mantenían a distancia, como para respetar esa felicidad naciente, y era un derroche de adornos de encaje, de broches, de pulseras con medallón, de coronas de flores prácticamente desconocidas en aquellos climas. Unos niños se abrían paso entre las faldas ahuecadas de las mujeres y se precipitaban hacia la mesa decorada con hojarasca, bajo la cual se hallaban los restos del convite de boda, entre los candelabros y la cristalería tallada. Sumergían los dedos en las copas con vinos de España, ron y aguardiente, y despedazaban las últimas lonchas de carne fría, impregnadas de una gelatina color ámbar.

Los acordes del vals cesaron y, en el silencio que siguió, interrumpido de inmediato por las risas agudas de las mujeres, las más graves de los hombres y el entrechocar de las bandejas de plata que llevaban criados vestidos de rojo, Jaime de Carvalho senior dio unas palmadas para anunciar que iba a tomar la palabra.

Eucaristus se odiaba por estar allí, entre esa multitud de curiosos, locos de admiración y de envidia ante aquellas personas pertenecientes a la alta sociedad. ¿Y qué habían hecho todos éstos para enriquecerse? ¡Vender a sus semejantes! ¡No eran más que mercaderes de carne humana! Sin embargo, no paraban de darse postín, pretendían constituir una aristocracia. Y, lo que todavía era más grave, todo el mundo, aceptando tales pretensiones, se inclinaba ante ellos. Desde donde estaba, Eucaristus no podía oír a Jaime. Sólo veía un monigote de tez aceitunada, pelo grasiento y mirada penetrante, aguzada por la práctica de todas las marrullerías del mundo. Eucaristus debía admitir que sufría. Sufría su orgullo, su carne y también su corazón, pues deseaba y amaba a Eugenia. ¿Qué tenía ese tal Jeronimo Medeiros que él no tuviera? Tres cuartas partes de blanco, nada más que eso. A su espalda, los mirones murmuraban que Jaime de Carvalho había encargado para la boda de su hija seis cajas de cubertería de plata que valían setecientas libras esterlinas cada una, vajilla de plata y centenares de cigarros finos de La Habana. Aquellos cuchicheos admirativos, salpicados de exclamaciones, le dieron náuseas, y finalmente encontró fuerzas para alejarse.

Llovía. Siempre llovía en Lagos. Una lluvia pesada que favorecía el crecimiento de toda clase de árboles y arbustos en el menor trozo de tierra. Así que se tenía la impresión de avanzar por un bosque traicionero, como un reptil que trata de atraparte entre sus anillos. Cuando no llovía, el aire rezumaba una bruma nauseabunda que provocaba fiebres malignas. A lo largo de la costa, los marinos cantaban:

*Desconfía y ve con cuidado
en el golfo de Benín,
pues por cada uno que sale
han entrado cuarenta.*^[201]

La Marina, donde vivía Eucaristus, estaba formada por una mezcla de factorías fortificadas, para disuadir todo intento de ataque, y casas de ladrillos de tierra. De día, el espectáculo de la laguna con sus aguas claras y sus barcas de pesca era bastante agradable. De noche sólo se distinguían formas siniestras. Eucaristus subió rápidamente los escalones que conducían a la galería que rodeaba las dos habitaciones de su casa y se detuvo, sorprendido. En el interior brillaba una luz y el reverendo Williams estaba sentado sobre una estera, con las piernas cruzadas, leyendo la Biblia. Eucaristus, que no tenía ni mucho menos la conciencia tranquila, se estremeció, pero el sacerdote alzó hacia él una mirada benevolente.

—¿Qué tal la boda? ¿Ha sido bonita?

—Supongo... Estaban todos los blancos, cuarterones y mulatos que hay en Lagos...

Había en su voz un dejo de amargura que al reverendo Williams no se le escapó, pero que prefirió pasar por alto.

—No he venido para hablarte de esos traficantes de sangre. Hemos recibido la respuesta de Londres. La Sociedad de las Misiones quiere que vayas a Freetown para entrevistarte con el reverendo Schonn. Después podrías partir para Inglaterra...

Había demasiadas precauciones y reticencias en aquella respuesta, en un momento en que la Sociedad de las Misiones fomentaba vocaciones entre los africanos, e incluso andaba detrás de ellos, porque estaba convencida de que eran los más indicados para propagar la palabra de Dios por el continente negro. Eucaristus miró sorprendido al reverendo Williams y éste explicó, un tanto violento:

—En la solicitud tuve que hacer constar las reservas del reverendo Jenkins hacia ti. Él no cree en tu vocación. Te ve orgulloso, terco, frío.

—¿No me reprochará simplemente ser negro?

El reverendo Williams no quería dejarse arrastrar a una discusión sobre la naturaleza de las relaciones de algunos blancos con los negros. Los comerciantes y, más tarde, los colonos blancos habían degradado a los negros vendiéndolos como animales y haciéndoles trabajar en sus plantaciones. De este modo, habían provocado en ellos comportamientos desconocidos por el conjunto de sus pueblos. Williams

estaba convencido de que los negros de la costa, degenerados por el tráfico de sus semejantes, borrachos y dispuestos a todo para adquirir los objetos de los europeos, no tenían nada en común con los negros del interior, puros, cálidos y llenos de sabiduría, a los que bastaba con acercarse al verdadero Dios. Y a quien correspondía realizar esa tarea era a espíritus como el de Eucaristus. A los de africanos superiores. Al reverendo le exasperaban los blancos que, como Jenkins, generalizaban diciendo: «Los negros son así, los negros son así.»

—Mañana iremos al puerto —dijo, dirigiéndose a la puerta—. El bergantín *Thistle* lleva anclas un día de éstos.

Eucaristus entró en el dormitorio y se desnudó, dejando cuidadosamente la ropa sobre un taburete, al lado de la estera. Por su mente pasaban todos los acontecimientos del día. ¡Ah, Eugenia no sería nunca suya! ¡Engendraría niños de piel todavía más clara! No era, desde luego, la esposa modesta y virtuosa que un cristiano debe buscar, pero ¡qué sabrosos debían de ser sus besos! ¡Y qué deleites debía de proporcionar su cuerpo!

En ese momento llamaron a la puerta y Eucaristus, pensando que sería el reverendo Williams, que volvía porque había olvidado algo, se apresuró a abrir. Pero era Filisberta.

No había vuelto a verla desde su crisis de conciencia en el Flor do Porto, y si Satán en persona hubiera aparecido ante él no se habría asustado tanto.

La muchacha se coló rápidamente y Eucaristus estuvo a punto de abalanzarse sobre ella para obligarla a salir.

—¿Qué vienes a buscar aquí?

Ella rió.

—Parece ser que quieres irte a Inglaterra...

¡Dios mío, a qué velocidad circulaban las noticias en Lagos! ¡Cualquiera diría que todo el mundo vivía con la oreja pegada a la puerta de sus vecinos!

—¿Para hacerte sacerdote?

El tono de su voz era terriblemente irónico. Se metió en la otra habitación como si hubiera sido invitada a hacerlo, con una seguridad que confundía a Eucaristus. Empezó a quitarse la ropa. Primero, la falda roja de corte brasileño. Después, el pareo corto yoruba.

—¿Qué haces? —gritó Eucaristus.

Ella continuó desnudándose y después se tendió sobre la estera con las manos detrás de la nuca.

—Voy a irme de Lagos, ya no puedo más. Mi padre es un asqueroso blanco, portugués, inglés, holandés... nunca lo he sabido. Y quizá mi madre tampoco. El cerdo que la violó no reveló su identidad. Pero ella es de Dada, donde está toda nuestra familia. Voy a regresar allí...

Eucaristus, que no creía una sola palabra de toda aquella historia, le espetó sin ninguna consideración:

—Muy bien, pues vuelve. ¡A mí qué más me da!

—Sólo necesito dos libras...

Eucaristus se sentó junto a ella con miedo, intuyendo un chantaje, y balbuceó:

—¿De dónde quieres que saque dos libras? ¿Me tomas por un mercader de esclavos?

—¡Ése es tu problema, *darling*, no el mío! —contestó ella riendo, al tiempo que paseaba una mano, cuya habilidad él conocía, por su muslo y muy cerca de su sexo, ya duro y rígido como un saco de piedras, para su propia sorpresa—. ¿Crees que a tus reverendos les haría gracia enterarse de que el niño que llevo en el vientre es tuyo?

—¡Alabado sea Dios! —exclamó él, tartamudeando—. Las putas como tú son estériles...

Ella rió mientras sus caricias se hacían cada vez más precisas.

—Si tú lo dices... Dos libras, o mañana me presento en la misión y cuento esta historia. Dos libras no es mucho a cambio del reino de Dios, ¿no?

Filisberta lo atrajo hacia sí y él ni siquiera pensó en rechazarla. Cuando se perdía en ella, lo invadía una especie de rabia contra Dios, sorprendente en un hombre que planeaba consagrarse al sacerdocio. ¿Por qué había creado el sexo para restringir su uso al triste lecho conyugal? ¿Por qué impregnarlo de ese tufo de suciedad, darle ese sabor de pecado? ¿No era el acto carnal el más natural y quizás el más bello, puesto que originaba la vida?

—¡Lo mejor que puede pasarle a nuestro desdichado continente es que las naciones europeas, en particular Inglaterra y Francia, se encarguen de su gobierno y destronen a nuestros reyes ignorantes y fetichistas!

Eucaristus no pudo escuchar una palabra más.

—¡Samuel, no hable así! Usted cree que los ingleses... de los franceses no hablo porque no los conozco... son generosos e idealistas. Pero yo le aseguro que lo único que les interesa es el comercio. Inundarnos de alcohol y baratijas. Obligarnos a cultivar para ellos cacao y algodón, a producir aceite de palma para sus máquinas...

No obstante, mientras hablaba, Eucaristus se reprochaba ceder a la cólera e iniciar una discusión, lo sabía perfectamente, vana. Debido a las circunstancias particulares de su vida, Samuel Crowther sentía una devoción sin límites por Inglaterra. Era a la vez su padre y su madre, la gran nación que lo había arrancado de la esclavitud.

—¿No han sido los primeros en abolir la trata? —repuso Samuel—. ¿Y no acaban de abolir ahora la esclavitud en sus posesiones de las Antillas?

Eucaristus rompió a reír.

—Amigo mío, vengo de Lagos. ¿Sabe cuántos barcos negreros se apiñaban en el puerto?

—Claro, las patrullas británicas no pueden ellas solas contra las naciones esclavistas de Europa: Francia, España...

Suspirando, Eucaristus le asió una mano a su amigo.

—Hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo?

Samuel fue a buscar una botella de vino de Oporto y dos copas y lo dejó todo sobre la mesa.

—Está bien, hablemos de su vocación, por ejemplo. ¿No es todo esto muy rápido? Yo todavía no me he decidido, y eso que el reverendo Schonn no para de insistir en que me haga sacerdote.

Eucaristus, turbado, llenó su copa y la vació muy deprisa, mirando un bonito retrato al óleo de Samuel que estaba colgado de la pared.

—Tengo miedo de perder el alma si no construyo a su alrededor unas murallas infranqueables...

Samuel le dirigió una mirada bondadosa.

—¡Le gustan demasiado las mujeres, eso es todo! Ésa es la fiera que ruga en su interior. Por eso he decidido ayudarle —añadió, adoptando un aire misterioso—. Voy a presentarle a una joven que es la perfección personificada.

Eucaristus sintió un deseo absurdo de escandalizarlo y lo interrumpió diciendo con ironía:

—¿De qué perfección habla? ¿De la de los pechos, las nalgas, los muslos? ¿Sabe si será caliente en la cama?

Samuel no pareció irritarse en absoluto. Tras levantarse, cogió el sombrero que había sobre una silla y le indicó a Eucaristus que lo acompañara.

El panorama de Freetown, también llamada la Liverpool de África a causa de su enorme actividad comercial, era grandioso. Eucaristus, que había vivido dos años en el agobio de Lagos, disfrutaba al ver aquellas colinas cubiertas de vegetación, aquel encadenamiento de calas con cocoteros graciosamente alineados en la arena, aquella profusión de flores y arbustos: amancayos, magnolias, adelfas... El territorio de Freetown era colonia de la Corona británica desde 1808, de modo que la ciudad no carecía de edificios imponentes, en particular la catedral de Saint-Georges.

Mientras charlaban, los dos amigos iban caminando lentamente. Al igual que la mayoría de las ciudades africanas, cuyo esquema había respetado, Freetown se dividía en barrios en los que la población se agrupaba según su origen étnico. El de los aku, es decir, los libertos de origen yoruba, el de los peul, reconocibles por el gran *bubu* musulmán que llevaban, el de los ibo, el de los marron... Estos últimos eran descendientes de los famosos esclavos sublevados, llevados desde Jamaica tras haber doblegado durante mucho tiempo a las tropas británicas mejor preparadas, las cuales sólo habían conseguido vencerlos utilizando dogos de Cuba, entrenados para devorar negros.

—¿Adónde vamos? —preguntó Eucaristus.

Samuel sonrió.

—Sorpresa...

El mayor encanto de Freetown era, según la opinión general, la enorme occidentalización de sus habitantes. En muchos casos, los esclavos liberados en alta mar por las patrullas inglesas, los libertos de las islas británicas de las Antillas y los

poor blacks repatriados de Londres habían perdido hasta el recuerdo de su lengua materna, de su religión, de sus tradiciones, y adoptaban con entusiasmo las costumbres de los blancos. La única excepción eran los marrón, atrincherados en un odio y una desconfianza hacia los ingleses que no disminuía con el paso del tiempo. Por eso Eucaristus manifestó una gran sorpresa cuando tomaron la dirección de su barrio.

—¿Se relaciona ahora con marrón?

—Las hijas no siempre son iguales que su padre. Le repito que Emma es la perfección personificada. ¡Si la oyera cantar en la catedral!...

Hombres y mujeres de semblante bastante huraño salían de las casas de madera con porche para observarlos. De repente, Samuel exclamó:

—¡Ya se me olvidaba! ¿Recuerda esa historia que me ha contado hasta la saciedad, la del blanco que estaba a las puertas de Segú el día que nació su padre? Pues sé quién es.

Eucaristus se quedó de piedra.

—¿Que sabe quién es?

Samuel adoptó su actitud de predicador.

—Sí, y constituye la prueba del carácter enfermizo de la imaginación de nuestros pueblos, cargada de supersticiones. No era un genio maligno, ni un albino, ni ninguna de esas cosas. Era un escocés llamado Mungo Park.

Eucaristus lo asió de un brazo. ¡De modo que aquella historia que Malobali le había contado tantas veces y que le parecía tan fantástica como la de Suruku y Badeni era cierta!

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Pues porque ha escrito un libro que cayó en mis manos por casualidad... Debería usted leerlo.

Habían llegado ante un vasto edificio bastante mal cuidado, con las paredes pintadas de un amarillo que contrastaba con el verde espinaca de las contraventanas. El porche estaba atestado de aperos de labranza que no debían de utilizarse muy a menudo, pues el huerto estaba invadido de malas hierbas que ahogaban las batatas, los ñames, la mandioca... Un hombre muy negro y muy hosco, un auténtico marrón, estaba partiendo cocos con un machete y, sin responder al saludo de Samuel, le indicó que entrara en la casa. Eucaristus estaba deseando hacerle mil preguntas a su amigo y maldecía aquella visita intempestiva. ¡Un libro donde se relataba aquella visita a Segú! Entonces, ¿no era un cuento en el que se mezclaban elementos mágicos?

En el interior de la casa había un piano que ocupaba un lugar preferente junto a una ventana y que dos chiquillos mugrientos tocaban a cuatro manos, acompañando cada acorde con sonoras carcajadas. Al ver a los dos hombres, se interrumpieron a la vez y gritaron:

—¡Mamá!

Una mujercilla rechoncha acudió presurosa y se excusó prolijamente por el estado de la casa. Con tantos niños... los suyos, los del primer matrimonio de su marido y los del hermano de su marido, que acababa de morir, ¿cómo era posible mantenerla limpia y ordenada? ¿Era él el amigo cuya llegada había anunciado el señor Crowther? ¿Venía de Lagos? Ella tenía familia en Abéokuta. No, ella no era yoruba. Jamaicana ciento por ciento. Eucaristus se preguntaba cómo iba a soportar aquel parloteo insufrible cuando apareció una muchachita muy bien proporcionada, con las extremidades perfectas. Llevaba un corpiño de encaje ajustado y una falda larga de cuadros azules y blancos. Entró con la cabeza un poco bajada, y al levantarla, Eucaristus recibió en pleno rostro la extraordinaria mirada de dos ojos grises, tan inesperados en aquella cara negra que la sorpresa estuvo a punto de hacerle gritar. Acompañaban una nariz delicada y unos bellos labios carnosos, ligeramente malvas y abiertamente sensuales. ¡Cuánta belleza y distinción en una joven marrón! Eucaristus, atónito, se volvió hacia su amigo y vio en su cara una expresión de triunfo que significaba: «¡Aquí está la perla que he encontrado para usted! ¡Cristiana y virtuosa, a la vez que increíblemente guapa! La esposa que necesita un ser como usted. Le impedirá mirar a otras mujeres y le dará hermosos hijos a los que educará en el respeto hacia la palabra de Dios.»

Pero la madre se había puesto a hablar de nuevo. Como se había percatado de la sorpresa de Eucaristus, estaba explicándole que los ojos grises eran frecuentes en los Trelawny. Los habían heredado de la abuela Nanny, que había dirigido la guerrilla contra los ingleses en las Blue Mountains de Jamaica. ¡Ah, Nanny! Había obligado a los ingleses a firmar un tratado que dividía la isla y garantizaba la libertad de los marrón. Después, por supuesto, habían aparecido traidores para conducir a los ingleses hasta sus plazas fuertes... Y todo aquello había terminado con el exilio. Primero en Nueva Escocia. Después en Freetown.

Eucaristus apenas la escuchaba. Miraba a la joven Emma, que estaba sirviendo el té en unas finas tazas de porcelana de Wedgwood. ¡Qué manos tan delicadas y qué movimientos tan graciosos!

Como para recordar a quienes se sintieran tentados de olvidar de quién era hija, Trelawny padre, que había terminado de partir los cocos, entró, cruzó la estancia, dejando un rastro de huellas de sus grandes pies, y cogió un banjo que estaba sobre una silla. A continuación recorrió el camino inverso, todo ello sin pronunciar una sola palabra. La señora Trelawny, mirando con expresión de mártir las huellas de barro dejadas por su marido, explicó que la familia era muy aficionada a la música. Todos los hijos tocaban el piano. Emmeline tocaba, además, el arpa; Samuel, la flauta; Jeremie, el violín alto, ¡y Emma cantaba! Tenía una voz tan melodiosa como la del *keskede*, el ruiseñor de Jamaica.

En el momento de inclinarse hacia él para llenarle de nuevo la taza, Emma miró a Eucaristus a los ojos. Él recibió en plena cara, en pleno corazón, el impacto de sus iris luminosos, misteriosos, llenos de secretos, como las olas del mar. Intuyó de

inmediato que Emma interpretaba un papel, que se rodeaba de una capa protectora. Pero ¿por qué? Aquel cuerpo encantador contenía una personalidad sin igual que ella, por razones que nadie más conocía, había decidido ocultar. No sólo estaba bien hecha, era bonita, virtuosa, cantaba bien y era capaz de despertar la admiración de los fieles en la catedral los domingos, sino que había algo más. Pero ¿qué? Eucaristus intuía confusamente que debería levantarse, huir, decirle al pobre Samuel, quien creía estar obrando bien, que se equivocaba de medio a medio sobre la naturaleza de la mercancía. Pero, desgraciadamente, no podía. Ya estaba fascinado...

La entrevista con el reverendo Schonn fue bastante mal, pues era evidente que tenía prevención contra Eucaristus. Algunas de sus respuestas lo sacaron de quicio.

—¿Da Cunha? Eso significa que es descendiente de brasileños. ¿Cómo es que no es católico?

—Cuando el hermano de mi madre me llevó con él a Abéokuta, el único colegio que había era el de los misioneros anglicanos, así que fui allí.

El sacerdote prosiguió, adoptando una actitud abiertamente agresiva:

—Tiene usted casi treinta años y no está casado. ¿No sabe que no es bueno que el hombre esté solo?

Aquél era el punto flaco de Eucaristus, que siempre temía que descubrieran los desórdenes de su vida. Dio las gracias por tener la piel negra, ya que le impedía cambiar de color, y contestó, balbuceando:

—Espero llegar a convencer a una joven cristiana de que se case conmigo... Me la ha presentado Samuel Crowther.

Eucaristus utilizó el nombre de Samuel a modo de talismán, pues sabía que Schonn lo tenía en mucha estima, y obtuvo el efecto deseado. Schonn se ablandó un poco.

—Samuel le quiere y habla maravillas de usted. No obstante, yo temo que sus aptitudes intelectuales predominen sobre sus cualidades morales.

Eucaristus estaba rabioso: ¿con qué derecho lo juzgaba? ¿Qué sabía él de su intelecto y su moralidad? Con todo, se contuvo y la entrevista finalizó.

Cuando fundaron la escuela superior de Fourah Bay, los ingleses sólo aspiraban a formar en ella artesanos que estuvieran al corriente de las técnicas europeas de carpintería, albañilería o metalurgia, y ayudantes para las tareas de administración de la colonia. Pero la sed de aprender de los alumnos no tardó en desbordarlos, y comenzaron a formar sacerdotes y profesores que enviaban a sus misiones en la Costa de Oro y, desde hacía poco, a Lagos, Abéokuta, Badagry y Calabar, en el golfo de Benín. Fourah Bay se había convertido en una cantera de talentos, en el lugar donde se fabricaban los «negros con pantalones»^[202] que iban a propagar, junto con la palabra de Dios, la civilización occidental. La escuela tenía los locales en un bonito edificio rodeado de grandes extensiones de césped cuidadosamente cortado, y los estudiantes, completamente vestidos de negro, recorrían los paseos bajo el sol enfrascados en la lectura de los libros de texto. Unos años antes, Eucaristus había

formado parte de esos grupos de estudiantes. Sin embargo, volver allí no le causaba ningún placer, incluso le producía cierto malestar. ¿Era el nuevo rostro de África lo que se dibujaba allí? ¡Pues qué poco placentero era! ¡Traición y desprecio de los valores de los antepasados!

Se encontró en la calle principal.

El señor Trelawny tenía una carpintería-ebanistería en la esquina de la calle Wilberforce y, en opinión de todos, lo que salía de sus manos eran auténticas obras de arte. Aquel hombre hosco, taciturno, que había engendrado diez hijos con sus dos esposas sin decirles una palabra, estaba enamorado de la madera, y ésta, sensible a esos sentimientos, se plegaba a su voluntad, dando lo mejor de sí misma. Armarios, mesas, cómodas, arcones, sillones... todo era digno de figurar en un museo como auténticas piezas de colección. Al señor Trelawny lo ayudaban dos de sus hijos, a los que había iniciado de mala gana en su arte.

Emma, por su parte, ayudaba en el taller anotando los encargos en un gran cuaderno, pues tenía una bonita letra redonda. Recibió a Eucaristus con aquella impasibilidad graciosa que a él tanto le desconcertaba. Pero al cabo de un momento le pidió a uno de sus hermanos pequeños que la sustituyera y se levantó, haciendo ondear la falda de indiana sobre unos botines que habrían estado a la altura de una londinense. Salieron al patio trasero, donde el señor Trelawny y sus hijos trabajaban con la cabeza gacha. Emma se sentó en un tocón.

—El matrimonio es un asunto serio, Eucaristus. Es importante que el hombre y la mujer tengan el mismo punto de vista en todo...

Eucaristus se permitió una sonrisa.

—¡No parece que sea el caso en su familia! ¡Resulta imposible imaginar a dos seres más distintos que su padre y su madre!

—En efecto. Por eso, durante toda nuestra infancia nos hemos debatido entre dos modelos contradictorios, incapaces de elegir uno de ellos por el afecto que sentíamos tanto hacia uno como hacia otro... Así que tengo que saber cómo es usted...

Eucaristus, a quien este tipo de conversaciones siempre aterrorizaba, balbuceó:

—Pero, pero...

—Parece usted sentirse muy orgulloso de su apellido, por ejemplo. ¡Y es un apellido de esclavo!

Eucaristus, ofendido, tuvo fuerzas para protestar:

—¿Y el suyo?

—¿Trelawny? Es un apellido de hombres y mujeres que jamás han aceptado la servidumbre. Mis antepasados, nada más desembarcar en Jamaica, huyeron hacia la libertad, hacia la montaña... Pero eso no es todo...

—¿Qué más?

Ella miró sus bonitas manos, cruzadas sobre la falda, sopesando visiblemente las palabras que iba a pronunciar.

—¡Está usted tan enamorado de Inglaterra y de los ingleses! Cree que los blancos son amigos nuestros y que hay que imitarlos en todo...

Eucaristus protestó vivamente:

—En eso se equivoca, Emma, confunde mis sentimientos con los de alguien como Samuel, por ejemplo. Si supiera todas las preguntas que dan vueltas y más vueltas en mi cabeza... ¿Es mejor la civilización de los blancos que la de nuestros antepasados?

Ella, que lo escuchaba con la atención crítica de un maestro juzgando a un alumno, lo interrumpió:

—Entonces, ¿por qué está tan impaciente por ir a estudiar a Inglaterra?

¿Qué respuesta debía dar a aquella pregunta? Optó por ser sincero.

—¡Es una especie de reto! Creo que, a nuestro pesar, los modelos de los blancos acabarán imponiéndose. Muy pronto, el mundo sólo pertenecerá a los que son capaces de utilizarlos...

Al finalizar él la frase, ella hizo un gesto inesperado que contrastaba con la reserva que había observado hasta entonces: le acarició una mejilla. A continuación dijo con una gran dulzura:

—Me casaré con usted, Eucaristus. Me di cuenta enseguida. Bajo sus aires arrogantes, está usted muy solo y atormentado...

Él cayó a sus pies, y los dos hermanos pequeños de Emma, que estaban jugando con una cometa en el patio trasero, se troncharon de risa.

—¿Se casará conmigo antes de que me vaya a Inglaterra, si es que voy?

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza, con una expresión a la vez burlona y tierna, como para dar a entender que, también en eso, veía claramente en su interior. Él creía encadenarla mediante una ceremonia oficial, como si las únicas cadenas que ella aceptaba no fuesen las que forjaban su voluntad y su determinación.

En África, Eucaristus no disponía de ningún medio para comprender el mundo. Sospechaba vagamente que estaba compuesto de países con unos gobiernos, unas políticas y unas ambiciones que degeneraban en guerras y determinaban alianzas. Al llegar a Londres a fines del invierno de 1840, lo descubrió en toda su complejidad. El mundo era Europa. Y también Estados Unidos de América, Brasil, México y, más lejos aún, la India, Japón, China. Enseguida se dio cuenta de que se dividía en dos bandos. Por una parte, unas naciones aventureras y predatoras que equipaban sus flotas y armaban a sus soldados para conquistar tesoros que no les pertenecían. Por la otra, unas naciones más pasivas, replegadas sobre sí mismas. ¡El mundo era como la jungla! Dos naciones le fascinaron. En primer lugar, Inglaterra. Estaba en todos los frentes, como un artesano que no escatima esfuerzos: China, la India, Nueva Zelanda, Canadá. ¿Qué buscaba a través de los mares? ¿Qué energía! ¿Qué pasión! Y después, España. Eucaristus se sumergió en la lectura de las hazañas de los conquistadores: Colón, Magallanes, Pizarro, Valdivia, Almagro y, sobre todo, Cortés. Hernán Cortés. Cortés y Moctezuma. El conquistador y el último emperador azteca. El europeo y el indio. Dos civilizaciones cara a cara. La primera, destruyendo inexorablemente a la segunda. ¿Era ésa la suerte que le esperaba a África?

¡África! De momento, no contaba en el mapa del mundo. La llamaban «*the Dark Continent*». Negaban su historia y sus valores. Apenas sabían dibujar sus contornos. Franceses e ingleses sacaban de la oscuridad en la que parecía sumergida jirones de territorios. Los primeros, alrededor de la desembocadura del río Senegal y en Gabón. Los segundos, infatigables, tras haber recorrido las costas, se adentraban siguiendo el curso de los ríos Níger, Congo y Zambeze e intentaban establecer alianzas con los soberanos del interior.

Aparte de eso, Eucaristus sufría mucho por la curiosidad de que era objeto en cuanto salía del seminario de Islington. En las calles y en los cafés, todas las conversaciones se interrumpían, mientras que cientos de pares de ojos grises, azules y verdes, con un brillo insoportable, se posaban sobre él. Le tocaban la piel para ver si estaba embadurnada de pintura. Le tocaban el pelo. En cuanto abría la boca, exclamaban:

—¡Pero si habla! ¡Y habla inglés!

¿Así se comportaban los hombres civilizados? Eucaristus recordaba la cortesía con que se recibía a los blancos en el reino de Dahomey, donde él había crecido. Se les trataba como a señores. ¿Por qué lo miraban a él como si fuese un animal de una especie rara? Después de todo, la presencia de negros no era algo nuevo en Inglaterra. A fines del siglo anterior, había tantos que el Parlamento tuvo que aprobar una ley para repatriarlos a Sierra Leona. Pero sin duda eran pordioseros que vegetaban en

barrios a los que la buena sociedad no iba nunca. Eucaristus sorprendía porque se atrevía a apartarse de esos barrios reservados. Desde su llegada a Londres, le había tomado odio a aquella ciudad que se regodeaba en el olor de estiércol como una ramera en una cama sucia. La circulación le aterraba. Carromatos, carretas, pequeños omnibuses, coches de punto, caballos de silla, calesas y cabriolés, y de vez en cuando carrozas con el cochero encaramado en la imperial y dos lacayos dando tumbos detrás. Las boñigas de los animales eran recogidas por barrenderos harapientos, la mayoría indios de piel tan oscura como la suya pero extrañamente distantes. La suciedad le repugnaba. A dos pasos del Strand, repleto de tiendas de lujo, encontraba callejuelas y pasajes sembrados de inmundicias y de excrementos, que conducían a tugurios donde se hacinaban desechos humanos que dormían y se apareaban sobre gavillas de paja y amasijos de trapos infestados de parásitos. Al ver aquello, Eucaristus siempre se hacía la misma pregunta: ¿por qué iban los ingleses a propagar su fe y su forma de vida al otro extremo del mundo, cuando tenían tanto que hacer en su casa? Porque, en realidad, su objetivo era otro muy distinto: comerciar. Comerciar con la finalidad de que los ricos se hicieran todavía más ricos. Eucaristus bajaba los ojos cuando atravesaba los barrios donde vivían las prostitutas. Mujeres e incluso niñas llenaban calles y callejas. A la luz de los faroles de gas, su piel mortecina se veía más lívida aún y su cabello parecía paja, insana como un lecho jamás ventilado.

Estaban los monumentos, claro. La catedral de San Pablo, la abadía de Westminster, el palacio de Buckingham, donde vivía la reina Victoria... Pero ¿cómo fijarse en construcciones de piedra cuando la más hermosa construcción, el cuerpo del hombre, receptáculo de su alma, está tan degradado?

Un día, intrigado por el ruido y la pestilencia, se había acercado a la ventana de un matadero subterráneo, al norte de la catedral de San Pablo. En un cuadrilátero de paredes manchadas de sangre y grasa, unos hombres (aunque, ¿eran hombres aquello?) degollaban corderos y les extraían las vísceras. Cuando salió del infame agujero, Eucaristus sintió náuseas. Estaba tan trastornado que ni siquiera oyó las burlas de un puñado de *costermongers*,^[203] jóvenes desvergonzados con abrigo de paño y pantalones ribeteados y ceñidos a las pantorrillas, que vendían pregonándolas a voces frutas y verduras robadas en el mercado de Covent Gardert.

Cuando no asistía a las clases en el seminario de Islington, para combatir la soledad y esos sentimientos de duda y odio, muy poco compatibles con el sacerdocio, que no lo abandonaban, Eucaristus había adquirido la costumbre de refugiarse en una librería situada en el número 20 de Charles Street, en Westminster. Pertenece a William Sancho, uno de los hijos de Ignatius Sancho, que había sido el negro más célebre de su generación, amigo de Steme, autor de *Tristram Shandy*, y el modelo favorito del pintor Gainsborough. Ignatius, que había llegado a Inglaterra a la edad de dos años, creció con diferentes familias aristocráticas, entre ellas la de John, segundo duque de Montagu, quien, deslumbrado por su inteligencia, le dio toda clase de facilidades para escribir. Se casó con una antillana, de la que tuvo seis hijos. En aquel

espacio reducido, bebiendo taza tras taza de té, Eucaristus leía los relatos de viajes y descubrimientos que tanto le gustaban, así como novelas de Laurence Sterne, Charles Dickens, Jane Austen, William Thackeray...

¡Ah, sí! Un día todos los niños africanos tendrían que aprender a leer y escribir para comunicarse, por encima del tiempo y la distancia, con los espíritus superiores que vivían en otras partes del mundo. Eucaristus estaba muy desconcertado. Esos europeos a los que un minuto antes odiaba, despertaban su más profunda admiración porque habían producido esos objetos maravillosos, mágicos, que fijan y organizan el pensamiento: ¡los libros!

Evidentemente, Eucaristus, que nunca era totalmente dueño de sus sentidos, también frecuentaba Charles Street porque allí veía a la mujer de William. Quizá porque era también jamaicana, tenía la impresión de que se parecía a Emma, la esposa tan deseada cuyo cuerpo apenas había saboreado. Poseía su misma vivacidad y era igual de inconformista, y en cuanto su marido se alejaba, le susurraba a Eucaristus al oído:

—¡Menudo imbécil era el tal Ignatius Sancho! Si lees su correspondencia, verás que se consideraba inglés porque unos cuantos lores le daban palmaditas en la espalda...

Cada vez que entraba en la librería —poco frecuentada, a decir verdad—, Eucaristus le hacía la misma pregunta a William:

—¿Tienes ya mi libro?

Se trataba de Viaje por el interior de África, realizado bajo la dirección y el patrocinio de la African Association en el transcurso de los años 1795, 1796 y 1797 por Mungo Park, cirujano, del que le había hablado Samuel.

Pero al parecer era imposible encontrar la obra, publicada en 1799.

Cuando Eucaristus estaba terminando de comer en el refectorio, vio acercarse a él a un mulato de piel muy clara. Desde sus desventuras con Eugenia de Carvalho, a Eucaristus no le gustaban los mulatos. Sin embargo, éste le dirigía una sonrisa afectuosa. Y le tendía la mano con cordialidad. Era un hombre apuesto, con sus patillas de pelo rojo y rizado.

—Me he enterado de que su mujer es de Jamaica. Yo también soy originario de allí. Es más, soy de Port Antonio, que está en el mismo distrito que Nanny Town, la cuna de los Trelawny. Me llamo George Davis.

Aunque Emma le había contado con detalle la historia de los Trelawny, Eucaristus no le había concedido más importancia que a esos relatos fantasiosos y glorificadores en los que toda familia envuelve sus orígenes. La abuela Nanny de ojos grises, en particular, que mediante el fuego y la magia había matado a tantos ingleses, le había parecido tan irreal como la diosa Sakpata o el dios Shango. Entonces, ¿había existido de verdad? Le rogó al misionero que tomara asiento a su lado y George se apresuró a hacerlo.

—Estoy aquí con una delegación de misioneros jamaicanos metodistas, baptistas, wesleyanos,^[204] anglicanos... Hemos venido para ver a lord Howick, el subsecretario de Estado para Asuntos Coloniales. Porque en Jamaica las cosas están muy mal...

Pese a que su padre había muerto en circunstancias trágicas siendo esclavo, Eucaristus nunca se había sentido afectado por lo que ocurría en las plantaciones del Nuevo Mundo. Quizá porque los *agouda* parecían considerar sus años de servilismo en Brasil una estancia en el paraíso.

—Pero ¿por qué? ¿Es que no está abolida la esclavitud allí desde hace casi diez años? —dijo en un tono vago.

George Davis meneó tristemente la cabeza:

—¿De qué sirve abolir la esclavitud si no se les proporciona a los negros medios para vivir? Hace falta una reforma agraria. Quitarles la tierra a los dueños blancos de las plantaciones y dársela a los que la cultivan.

Eucaristus se atrevió a hacer una pregunta:

—¿Cree usted que todo eso puede suceder un día en África? Quiero decir que los blancos se adueñen de las tierras de nuestros antepasados.

—Amigo mío, yo no conozco África, pero mucho me temo que sí.

A Eucaristus le hubiera gustado retener a George para continuar aquella conversación, pero éste se levantó para marcharse, aunque prometió que volvería al día siguiente. ¡Ah, qué verdad era lo que decía aquel jamaicano! Eucaristus siempre lo había intuido: los blancos eran un peligro. Desde el puente de sus barcos compraban y vendían. Después se marchaban. En ocasiones, algunos de ellos se instalaban en una cabaña miserable y hablaban de su Dios. Pero esos comerciantes y esos misioneros eran simples precursores. Les seguirían ejércitos, hombres deseosos de conquistar, de mandar. ¿Qué se podía hacer para prevenir su invasión? Eucaristus se sentía como un fetichero dotado del don de la clarividencia, pero incapaz de cambiar unos acontecimientos cuya llegada veía con toda nitidez.

Desasosegado, salió. Fuera, el frío lo mordió como un animal agazapado al otro lado de los muros de piedra. Pasó por delante de la fachada negra de un albergue y, tomando un camino conocido, se encontró ante el Támesis. Acababan de inaugurar un servicio de barcos de vapor y era un espectáculo extraordinario. Sin remos ni velas, escupiendo un humo negro que hacía todavía más denso el cielo de la ciudad, los barcos remontaban y descendían el río, cuyas agitadas aguas se abrían a su paso. Pero ese espectáculo, que habitualmente le encantaba, aquella tarde dejaba a Eucaristus indiferente. A su aversión por Londres se sumaba un miedo real. Como si se encontrase en el antro de Satán. Esa fuerza y esa energía del pueblo inglés, admirables en sí mismas, se dirigían contra él y los suyos. ¿Cómo podían defenderse?

Al acodarse en el pretil de piedra, oyó una voz:

—¡Sir!

Se volvió y se encontró ante un lacayo de casa grande, que llevaba una librea de color berenjena con relucientes botones de cobre. Éste le tendió una carta sin sellar,

cuyo perfume borró por un momento el olor de estiércol de la calle.

«Nos gustaría conocerle más a fondo. ¿Puede venir a las ocho de la tarde al número 2 de Belgrave Square?»

Eucaristus miró estupefacto al lacayo, quien, con el decoro característico de los de su clase, volvió ligeramente la cabeza hacia un carruaje detenido al otro lado del puente. Tomando las riendas de su vida, Eucaristus, a quien este ejercicio seguía asustando, se decidió a cruzar la calle, exponiéndose a ser arrollado por los caballos que venían de todas partes. Por desgracia, cuando estaba llegando a su destino, el cochero azotó al tiro y el carruaje desapareció. Eucaristus se quedó allí plantado, ajeno a las burlas de que era objeto:

—¡Eh, negro! ¿Es que quieres volver al infierno del que has salido?

No se le ocurrió ni por un instante declinar aquella curiosa invitación, pues —el perfume y la letra daban fe de ello— era de una mujer. Al principio, Eucaristus había sentido una especie de horror hacia las inglesas: esa tez blanquecina, esos cabellos que parecían algas, esos ojos que recordaban los de los predadores por la noche, cuando la oscuridad los dilata. Hasta que, poco a poco, la curiosidad, rápidamente transformada en deseo, había ido abriéndose paso. ¿Cómo eran los pezones de sus pechos? ¿Y el bosque que cubría su pubis? William Sancho, que afirmaba haber mantenido relaciones con mujeres blancas, decía que gritaban mientras hacían el amor. Muy pronto, tan sólo el hecho de pensar en Emma, a quien amaba y respetaba profundamente, le impidió irse con una prostituta en Haymarket. ¿Qué podía hacer hasta las ocho de la tarde? ¿Ir a la librería de William? No, no podría disimular su impaciencia ante la aventura que le esperaba y se traicionaría. Empujó la puerta de un café.

La moda del café estaba tan extendida en Londres que ya nadie preguntaba la dirección de la persona a la que deseaba ver, sino el nombre del café que ésta frecuentaba. Allí, los caballeros, con corbata de seda blanca y traje de paño oscuro, leían los periódicos, conversaban sobre las noticias del mundo, criticaban la política internacional y expresaban su fe en Inglaterra, la bendita patria a la que tenían la dicha de pertenecer. En los primeros tiempos, la aparición de Eucaristus en aquellos lugares sembraba la confusión. Con una cortesía exquisita, lo acuciaban a preguntas. ¿Había nacido con la piel de ese color? ¿O bien era el efecto de alguna triste enfermedad? ¿Era esa enfermedad contagiosa? ¿Cómo es que hablaba inglés con tanta perfección? Y Eucaristus no daba crédito a semejante ignorancia en un país donde la lucha abolicionista había causado furor. Claro que quizás eso era cosa únicamente de intelectuales y políticos medio desconocidos por el gran público. Finalmente, Eucaristus se había convertido en un habitual del Will's. Allí al menos se relacionaba con personas cultas, al corriente tanto de las exploraciones inglesas en África como de las sublevaciones de esclavos en las Antillas y de las dificultades de Luis Felipe I, el rey de Francia. Sí, generalmente le gustaba estar en el Will's. Por un penique, disfrutaba de un buen fuego, de una taza de un delicioso brebaje y, sobre

todo, de la sensación de pertenecer al círculo superior de la humanidad. Pero, francamente, esa tarde no tuvo ánimos para saborear tales placeres y ni siquiera le echó un vistazo a la *London Gazette*.

A las ocho en punto, se encontró en Belgrave Square.

Lady Jane, marquesa de Beresford, tenía la edad en que el encanto de una mujer se encuentra en el cenit. Unos años más, e inexorablemente llegaría el momento en que su carne empezaría a aflojarse, deformando el óvalo del rostro y marchitando la tersura de los pechos; en que la luminosidad de sus dientes, perlas engastadas en las encías, se oscurecería junto con el brillo de sus ojos azules, que asomaban entre unas pestañas negras. ¡Pero de momento era perfecta! Estaba, luciendo un vestido de moaré con mangas de jamón, semitendida en un diván Luis XV, al igual que todo el mobiliario de la estancia excepto algunos magníficos Chippendale en madera de mahogani español.

—¿Le gusta el vino de las Canarias?

Eucaristus logró murmurar que sí. Hacía calor. Un alegre fuego ardía en la chimenea, y una vez más se preguntó si estaba completamente despierto. Era la primera vez que entraba en una casa de aristócratas ingleses y se veía brutalmente precipitado a un universo de lujo y belleza del que hasta entonces jamás había tenido conocimiento. No se atrevía a contemplar los cuadros y los cortinajes que cubrían las paredes, a descifrar el dibujo de los biombos japoneses o a acariciar con la vista los numerosos objetos decorativos distribuidos por los muebles.

—Hábleme de usted —dijo lady Jane, inclinando graciosamente la cabeza—. ¿Qué hace en Londres? Siempre he creído que los negros estaban en los campos de caña de azúcar de las Antillas...

Eucaristus tragó saliva e intentó responder con ingenio:

—A veces les da, como a mí, por estudiar teología.

Lady Jane se echó a reír.

—¿Teología? Acérquese más y explíqueme eso.

En vista de que Eucaristus vacilaba, ella insistió dando unas palmadas en el diván, a su lado.

—Vamos, venga...

Eucaristus, intimidado, obedeció. No se había hallado en una situación semejante salvo cuando hizo el amor por primera vez. La muchacha era una esclava de su tío y se había burlado de él a la salida del colegio. «Dicen que los sacerdotes te han prohibido usar el brote de palmito...» Entonces se había abalanzado sobre ella y se había vengado. Años después, y pese a la diferencia de posición social, lo que buscaba aquella hembra era exactamente lo mismo. El instinto masculino de Eucaristus lo percibía a la perfección. Pero ¿era realmente posible?

—Mi historia, evidentemente, comienza antes de que yo naciera —explicó, armándose de valor—. Comienza cuando nació mi padre, un noble bambara...

Lady Jane rió de nuevo y lo interrumpió:

—O sea que también entre ustedes hay nobles...

Mirando a su interlocutora, Eucaristus llegó a la conclusión de que nada de lo que pudiera decirle le interesaría. Tomó tres sorbos de vino de las Canarias y preguntó.

—Señora, ¿para qué me ha hecho venir a su casa?

A partir de ese momento todo sucedió muy deprisa. Con esa rapidez de los sueños, cuando acontecimientos y gestos se aceleran en la más extraordinaria confusión. Más tarde, Eucaristus fue incapaz de recordar si se había abalanzado sobre ella, si ella lo había atraído hacia sí o si sus cuerpos, impacientes, se habían encontrado a medio camino. El caso es que de pronto se vio enfrentado a sedas, muselinas, encajes y botones de nácar, envuelto en un perfume embriagador de clavel. Al tocar su mano la carne desnuda y tibia, lo asaltó el recuerdo de Emma y retrocedió un poco. ¿No le había jurado fidelidad? Sin embargo, al apartarse vio muy cerca la blancura de aquella piel sombreada en algunas zonas por un fino vello y las palabras del Cantar de los Cantares acudieron a su mente:

*Tus dos pechos son dos mellizos de gacela
que triscan entre azucenas...*

¡Ah, si el amor era condena, se condenaría!

William Sancho tenía razón. ¡Esas bribonas gritaban, y arañaban, y se retorcían como serpientes agarradas por la cola! Cada vez que Eucaristus, exhausto, se dejaba caer sobre los cojines, lady Jane, ardiente, hacía que la volviera a montar, y tenía la impresión de cabalgar a lomos de una yegua a través de un río en plena crecida. Luego la yegua también perdía pie. Las aguas tumultuosas los cubrían a ambos. «Me muero, madre. ¡Piedad, me ahogo!»

Eucaristus se rehízo en el lujoso tocador invadido por la oscuridad, pues las velas de los candelabros se habían fundido. Físicamente emocionado, agradecido por tanto placer, quiso cubrir de besos la carne blanca de su pareja.

—Ahora váyase —susurró ésta, apartándolo—. Mi marido...

—¿Cuándo volveré a verla?

—Mañana a la misma hora.

En la calle, el frío lo devolvió a la realidad. Miró la alta fachada de la mansión y no le hubiera extrañado verla desaparecer, desmenuzarse, como esas construcciones imaginarias que no resisten el estado de vigilia. De repente lo invadió una inmensa alegría. En ese momento no pensaba en Emma, a la que acababa de ofender cruelmente, sino en Eugenia de Carvalho. ¡Se había mofado de él, lo había despreciado, tratado de «sucio negro» por mediación del engendro de su hermano Jaime junior! Pues bien, su amante era blanca y aristócrata. ¡No sólo blanca, sino además aristócrata!

Literalmente saltando y brincando, llegó a Leicester Square. En los bares profusamente iluminados con lámparas de gas, los clientes vaciaban copas mientras

músicos franceses con chaqueta roja tocaban valeses. Los noctámbulos llegaban de los casinos, donde polcas y contradanzas hacían girar a los bailarines, y sus risas resonaban, transportadas por la noche y el frío. Esa vida nocturna que siempre había horrorizado a Eucaristus, no porque estuviera llena de pecado, sino porque creía que en ella no había lugar para él, le parecía accesible. Él también disfrutaría de ella. Igual que había disfrutado de lo otro. Tumultuosamente. ¡Qué deprisa habían pasado aquellos instantes! Pero al día siguiente se desquitaría, pues el amor no se saborea realmente hasta la segunda vez.

La noche transcurrió como un sueño para Eucaristus, que revivió todos y cada uno de los instantes de su encuentro con lady Jane. Por la mañana llamaron a su puerta. Era George Davis, que exclamó:

—¡Dios mío, qué mala cara tiene! Tápese bien, este clima es muy traidor. ¿Quiere venir conmigo? Tenemos una cita con sir Fowell Buxton. Es el que va a presentarle nuestra petición a lord Hoick...

Eucaristus pretextó que tenía que acabar una disertación. ¡Al infierno los abolicionistas y los negros de las Antillas! ¡Su amante era blanca y aristócrata! A las ocho en punto de la tarde, se presentó en Belgrave Square. El imponente lacayo del día anterior le abrió la puerta y le hizo pasar, pero antes de que él pudiera abrir la boca, cogió una carta sellada que estaba sobre una cómoda Boulle y se la entregó.

—¿No está la señora marquesa? —preguntó Eucaristus.

Sin pronunciar palabra, el mastodonte lo condujo hacia la puerta al tiempo que dos sujetos del mismo calibre aparecían como por arte de magia entre las plantas de interior. Fuera, a la luz mortecina del gas, Eucaristus leyó la misiva.

«¡Bravo! Le doy varios puntos más que a Canguro. Adiós.»

—¿Canguro? Es un animal, ¿qué quieres que te diga?

—Escrito con mayúscula, no.

—¿Escrito con mayúscula no?

William Sancho se rascó la cabeza. Nunca había comprendido a Eucaristus, que le parecía un tipo antojadizo. Esa mañana se había pasado de la raya al sacarlo de la cama para preguntarle el significado de una palabra. Cuando la señora Sancho apareció en la tienda, con el corpiño un poco desajustado porque acababa de darle de mamar a su hijo pequeño, le preguntó:

—Cariño, ¿tú sabes quién es Canguro?

La señora Sancho alzó los ojos al cielo. ¡Dios mío, qué obtusos eran los hombres!

—Pues claro, es ese negro acróbata que está en Haymarket.

¿Pueden describirse los sentimientos de Eucaristus?

Primero pensó en volver a Belgrave Square. No, no, los lacayos lo echarían a la calle como a un vulgar palurdo. Después, en ir a Argyll Rooms, donde actuaba Canguro, y ver con quién se le comparaba. Pero ¿para qué?

Al mismo tiempo, pensando en el asunto, no lo entendía. Para herirlo y humillarlo tan gratuitamente, lady Jane debía de odiarlo. Sin embargo, le había escuchado

demasiado poco para hacerse una idea de él, y él sólo le había proporcionado placer. ¿Era entonces en su raza donde tenía puesta la mira? ¿Por qué? ¿Es que los seres de piel blanca odiaban naturalmente a los seres de piel negra? ¿Qué les reprochaban? ¿Qué mal habían hecho estos últimos naciendo?

Cuando no se sublevaba, lo invadía una auténtica desesperación. Pensaba en la suavísima carne de su amante de una noche. ¡Ah, isla en la que no volvería a atracar! ¡Tierra de leche y miel arrebatada nada más llegar a ella! ¡Copa redondeada llena de aromático vino! ¡Almiar de trigo coronado de azucenas! ¡Torre de marfil! Casi llorando, entró en el seminario, y el portero que lo vio pasar como una sombra se prometió comentárselo al superior. ¡Si ese negro andaba presumiendo de que iba a ser sacerdote, más valía que vigilara su conducta!

En la alfombrilla, en el umbral de su habitación, Eucaristus encontró una carta y un paquete. Los dos eran de Emma. Abrió la carta.

Querido Babatundé:

Cuando te imagino en el infierno de Londres, me echo a temblar y las lágrimas se me saltan de los ojos. ¡Con lo sensible, frágil y accesible a todas las tentaciones que eres!...

¡Qué bien lo conocía! ¡Cuánto le hubiera gustado refugiarse en sus brazos! Ah, ¿por qué lo habían humillado y herido tan gratuitamente?

Al cabo de un momento reanudó la lectura.

Tu amigo Samuel se ha marchado con el reverendo Schonn y ciento cuarenta y cinco ingleses para remontar el río Níger. Ya conoces su plan: montar una granja piloto donde se cultivará algodón y otras plantas, a fin de incitar a la población a practicar una agricultura que reporte beneficios... Parece ser que esa idea no ha partido de los misioneros, quienes no disponen de medios para financiar una expedición de ese tipo, sino de algunos políticos. ¿Has tenido oportunidad de ver al señor Fowell Buxton? Dicen que quiere sinceramente a los de nuestra raza...

Al llegar a ese punto, Eucaristus soltó una carcajada. Ningún inglés quería a los negros. Era muy importante no caer en esa trampa. Las sonrisas más seductoras y las palabras más dulces ocultaban armas mortíferas.

¡Hembra traidora!

No te lo creerás, pero a fuerza de buscar he acabado encontrando el libro con el que soñabas. Estaba en la biblioteca del Fourah Bay College.

¿El libro con el que soñaba? Eucaristus rasgó el envoltorio del paquete.

Viaje por el interior de África, realizado bajo la dirección y el patrocinio de la African Association en el transcurso de los años 1795, 1796 y 1797 por Mungo Park, cirujano.

La mano atenta de Emma había puesto una señal en el capítulo XV: «La capital bambara, Segu, adonde llegué entonces, consta en realidad de cuatro ciudades diferenciadas, dos de las cuales están situadas en la orilla septentrional del río y se llaman Segu Koro y Segu Bu. Las otras dos se encuentran en la orilla meridional y llevan los nombres de Segu Su Koro y Segu See Koro. Todas están rodeadas de grandes murallas de tierra. Las casas están construidas con arcilla; son cuadradas y tienen el tejado plano; algunas constan de dos pisos y hay bastantes blanqueadas...»

Mientras sus ojos recorrían la página, a Eucaristus le parecía oír la voz de Malobali:

«Un día irás a Segu. Jamás has visto una ciudad como ésa. Aquí, las ciudades son creaciones de los blancos. Han nacido del tráfico de carne humana. No son más que vastos almacenes. ¡Pero Segu! Es como una mujer a la que sólo puedes poseer por la fuerza...»

Llorando de vergüenza, de remordimiento y de dolor, Eucaristus se dejó caer sobre la cama.

¿Porqué lloraba?

Por él y su reciente humillación. Pero también por esa pureza de sus antepasados de Segu que él había perdido para siempre. Segu, un mundo cerrado sobre sí mismo, inaprensible, que le negaba el acceso al hombre blanco, condenado a errar al pie de sus murallas. Jamás se bañaría en las aguas del Djoliba para extraer de ellas fuerza y vigor. Jamás recuperaría la orgullosa seguridad de aquellos tiempos.

Poco a poco, sus ojos se secaron y se sentó en la cama. Al cabo de unos meses lo ordenarían. Ya sabía que su misión lo llevaría a Lagos. Cristianizar y civilizar África era su tarea.

Cristianizar y civilizar África. O sea, ¿pervertirla?

QUINTA PARTE

LOS FETICHES HAN TEMBLADO

Desde hacía unos años, Siga padecía elefantiasis. Esa enfermedad lo humillaba. Tras las desilusiones y los sinsabores de su vida, le parecía la suprema traición, ya que se la infligía su propio cuerpo. La pierna izquierda se le hinchaba a partir de la rodilla hasta alcanzar en el tobillo el diámetro del tronco de un guayabo. La piel se le agrietaba, le salían eccemas a veces purulentos. Para arrastrar ese peso, tenía que apoyarse en un bastón que le había hecho su hijo mayor. Una vez sentado, no podía levantarse sin ayuda. ¡Y cuando estaba acostado era mucho peor! También había perdido una buena parte de los dientes y ya no podía masticar nueces de cola. Yasa, la joven esclava, tenía que rasparlas y dárselas en un plato de barro. Siga se preguntaba qué le había hecho a su cuerpo para que lo dejara así cuando aún se hallaba a buena distancia de la tumba. No había cometido excesos. En cualquier caso, no más que los demás hombres, no más que Tiefolo, que se mantenía erguido como un palmito y seguía siendo capaz de recorrer kilómetros a la caza y captura de animales.

En realidad, ahora que llegaba a la vejez era cuando más deseos sentía. Sin duda se trataba de un modo de luchar contra el miedo que acompaña el final de toda vida. Al amanecer, acarició el cuerpo de Yasa, tendida a su lado. Ella hizo un movimiento instintivo de retroceso que él era demasiado sensible para no notar. Luego abrió los ojos y murmuró:

—¿Qué quieres, señor?

—Nada, nada...

Siga le acarició el costado. Ella ya estaba despierta y se levantó ágilmente. Siga, tumbado, miró las ramas entrecruzadas que sujetaban el techo. El día que se anunciaba sería inexorablemente igual que los demás. Comería las primeras gachas después de haberse enjuagado la boca con agua templada. Escucharía las quejas de unos y otros. Eso se prolongaría hasta la hora del baño. A continuación se instalaría bajo el *dubal* y escucharía de nuevo las quejas de unos y otros masticando un mondadientes.

Yasa volvió acompañada de otra esclava que llevaba un calabacino de agua caliente y, cosa más sorprendente, una carta sellada. La muchacha se arrodilló.

—Ha llegado durante la noche, señor. La ha traído un peul que venía de Hamdallahi.

Siga miró la carta del derecho y del revés. Los rudimentos de árabe que había conseguido adquirir se habían esfumado hacía tiempo de su cabeza. Ya no sabía ni leer ni escribir.

—Ve a buscar a Mustafá —ordenó.

Mustafá era su sexto hijo, el único que permitía apreciar la paternidad. Todos los demás estaban demasiado apegados a Fátima y tomaban partido por esa esposa

desabrida y marchita. Mientras esperaba a Mustafá, Siga se levantó con la ayuda de Yasa y salió al patio. Estaba amaneciendo. De las mezquitas de Segu salía el infernal estruendo de los muecines. Porque no había nada que hacer: el islam se extendía como una enfermedad solapada cuyo avance se detecta cuando ya es demasiado tarde para evitarlo. Se diría que la muerte espectacular y trágica de Tiekoro había suscitado vocaciones, incluso en el seno de la familia. Sin duda, al verlo perecer de aquel modo, algunos, llenos de estupor y de envidia, se habían preguntado: «¿Qué fe es ésta por la que se acepta perder la vida?» Y habían seguido sus pasos. Igual que si quisieran descubrir un tesoro.

Unas franjas negras atravesaban el cielo de este a oeste, y Siga se preguntó con lasitud si vería acabar aquel invierno. ¿Y cuántos más vería empezar y acabar después de éste? Se enjuagó la boca, escupió el agua a derecha e izquierda, le devolvió el calabacino a Yasa, que esperaba detrás de él, y luego gritó:

—¿Se puede saber dónde está Mustafá?

La esclava se fue corriendo y regresó de inmediato con el muchacho. Mustafá rompió hábilmente el sello de cera. Sus ojos recorrieron la página y Siga gritó de nuevo, no porque le exaspérase su lentitud, sino porque interpretaba el papel de viejo quisquilloso.

—¿A qué esperas?

—Es de Mohamed, *fa*, el hijo de mi padre Tiekoro.

—¿Qué dice? ¿Quieres acaso que te destripe?

Mustafá fingió apresurarse.

Padre:

He acabado mis estudios y he obtenido el título de hafiz kar.^[205] Si lo deseara, podría ir a estudiar derecho o teología a la universidad, pero no estoy seguro de desearlo. Al menos en este momento. Por otra parte, Cheik Amadu, mi maestro, era el único lazo que me retenía en Hamdallahi. Desde que él ha desaparecido, todo ha cambiado. Su hijo Amadu Cheiku, que le ha sucedido, no es de la misma madera. Pese a que tras su entronización declarase: «No tengo intención de cambiar en absoluto el orden de las cosas», nada es como antes. Las intrigas por el poder político y la posesión de los bienes materiales han sustituido la fe y el temor de Dios. En resumen, Hamdallahi ya no es Hamdallahi y yo ya no tengo nada que hacer aquí. Te cuento esto para informarte que en el momento en que recibas esta carta ya estaré camino de Segu.

Recibe un saludo de respeto y de paz. Tu hijo devoto.

Mustafá se quedó en silencio y miró a su padre, esperando que éste le indicara que se fuese. Pero Siga no pensaba en eso, dividido entre una alegría inmensa y una

profunda angustia. El hijo de Tiekoro volvía al redil, cuando hubiera podido elegir el reino de Sokoto, donde estaban su madre y sus hermanas. ¡Ah, los caminos de los ancestros son impenetrables! Al mismo tiempo, era un musulmán convencido, pues había crecido en una ciudad santa o que se creía tal. ¿No prenderían las disputas latentes en el seno de la familia? Siga, sumido en su perplejidad, encontró dos víctimas en Mustafá y Yasa, que permanecían de pie mirándolo.

—¿A qué esperas para traerme las gachas? Y tú, lárgate...

Después se sentó con gran dificultad en un pequeño asiento de madera, intentando estirar la pierna hacia delante. Había que reunir al consejo de familia y comunicarle la noticia. Aunque, ¿no debía entrevistarse antes con Tiefolo? ¿Sabía Mohamed el papel que éste había desempeñado en la detención y la muerte de su padre? ¿No tendría el corazón lleno de deseos de venganza? ¡La frágil paz que se esforzaba en mantener entre todos los miembros de la familia se veía otra vez amenazada!

Estaba preparando mentalmente el breve discurso que le soltaría a Tiefolo cuando Yasa apareció de nuevo. No iba sola, y la llegada tan temprana de un visitante irritó a Siga. El extranjero llevaba una capa de seda roja y amarilla sobre una blusa de seda azul con brocados. Por encima del gorro de paño verde con la forma habitual de los gorros mandinga, se había enrollado un turbante de seda de Levante brocado. Era, sin duda alguna, un personaje importante.

—*As salam aleykum.*

—*Wa Aleyka salam* —*masculló Siga.*

¡Esos malditos saludos musulmanes se habían impuesto, incluso entre los no creyentes! Luego, recuperando su cortesía natural, invitó al desconocido a sentarse y le tendió una nuez de cola que Yasa se había apresurado a ir a buscar. Al cabo de un momento, el visitante se presentó:

—Me llamo Cheik Hamidu Magasa y vengo de Bakel. No soy tiyani...

Siga hizo un gesto para expresar que no estaba al corriente de esas disputas entre cofradías y el otro prosiguió.

—He venido a decirte que la tumba de tu hermano Umar nos pertenece y que debe ser venerada como un lugar de peregrinación. Pero sabemos que, de acuerdo con vuestras tradiciones, se halla situada en vuestra concesión. Así que te rogamos muy humildemente que nos permitas entrar... No tienes derecho a negarte. Para nosotros, Modibo Umar Traoré es un mártir de la verdadera fe.

La proposición era tan estrafalaria que al principio Siga estuvo a punto de echarse a reír. Luego lo invadió una verdadera exasperación. Así que, incluso muerto, Tiekoro seguía dividiendo a las personas y, sobre todo, monopolizando la atención. ¡Él un santo y un mártir! Al mismo tiempo, sin embargo, se sentía vagamente halagado. ¡Y pensar que aquel hombre había viajado durante días y noches para hacer esa petición! ¡Y pensar que la concesión de los Traoré tendría muy pronto fama de lugar santo! Entonces el prestigio de la familia, que se había desvanecido, renacería. Al llegar a ese punto, Siga se entregó a su ocupación favorita: la autocrítica. ¡Él tenía la culpa de

que ese prestigio se hubiera desvanecido! Las tierras de los Traoré seguían siendo extensas y fértiles, las cultivaban centenares de esclavos. Sus graneros estaban rebosantes de grano. Sus cercados resultaban pequeños para albergar a tantos corderos, cabras, aves y monturas de pelaje reluciente. Sin embargo, ¿quién podía olvidar en Segú que tiempo atrás su *fa* había imitado a los *garanké*, que había hecho botas y sandalias? Cuando Siga se ponía a recordar los sueños de su juventud, ni él mismo los comprendía. Dirigió la mirada al rostro de su visitante, un rostro grave, marcado por la madurez y la experiencia. Aquel hombre y los de su país estaban convencidos de que Tiekoro era un santo. Pero ¿qué es un santo? ¿Tal vez un simple mortal semejante a los demás, suma de cualidades y defectos, pero habitado por una idea a la que lo subordina todo?

—En nuestro pueblo, todo se decide colectivamente —dijo muy despacio—. Expondré tu petición a los miembros de la familia, aunque sabes de sobra que no compartimos tu fe.

Cheik Hamidu Magasa sonrió con benevolencia.

—Todo está cambiando, Traoré, ¿acaso no lo sabes? ¿Acaso no prestas atención a lo que sucede a tu alrededor? Muy pronto, Segú intentará por todos los medios demostrar su islamización.

«Segú intentará por todos los medios demostrar su islamización.» ¿Qué significaba eso?

La frase atormentaba a Siga mientras salía de la cabaña de aguas donde se había lavado concienzudamente, con la secreta esperanza de detener la gangrena que lo carcomía. Ante dos problemas importantes, intuía que, antes de enfrentarse a la familia, debía buscar el consejo de espíritus superiores. Era cierto que el mundo estaba cambiando. Antes, un hombre sólo necesitaba energía para mantener a esposas, hijos, hermanos menores y esclavos. La vida era un camino recto que iba del vientre de una mujer al vientre de la tierra. Si se luchaba apoyando a un soberano, era simplemente para tener más mujeres, más esclavos o más oro. Ahora, el peligro de ideas y valores nuevos rondaba por doquier. En su desasosiego, Siga decidió ir a ver al moro Awlad Mbarak, que dirigía la escuela coránica a la que Fátima llevaba a los niños.

Debido a la elefantiasis, tenía que andar muy despacio, pero eso no le importaba. Se había convertido en una especie de paseante, obligado a contemplar paisajes que en otras circunstancias habría recorrido sin verlos. Segú se hallaba en constante cambio. Casas nuevas con terrazas y torrecillas provistas de troneras triangulares. Muy pocos tejados de paja. Y por todas partes, niños encerrados en las jaulas de las escuelas coránicas. Al verlas, Siga lamentó una cosa: no haber estudiado más cuando estaba en Fez. Pero, entonces, ese saber que no se dissociaba de la fe islámica le repelía.

Awlad Mbarak llevaba encima metros de tela arrugada de algodón color índigo y calzaba babuchas amarillo claro, justo del modelo que Siga había deseado producir.

Como buen moro, tomaba té con menta y, entre taza y taza, se metía entre los dientes un tubo de plata lleno de tabaco en polvo. Había visto desfilar por su patio a los diez hijos de Siga y compartido el cuscús de las fiestas con Fátima, y se sentía casi como un pariente.

—¿Cómo tienes la pierna? —fue lo primero que preguntó.

—Mejor no hablemos de eso, ¿te parece? —contestó Siga, suspirando.

—Parece ser que los blancos tienen polvos y ungüentos maravillosos para esas cosas.

—¿Los blancos?

Awlad Mbarak asintió con la cabeza.

—No fabrican sólo armas y alcohol, ¿sabes? Fui a casa de un pariente que está instalado en Saint-Louis, a orillas del Senegal, y allí vi a los franceses en acción. Te digo que esa gente hace maravillas... Hacen brotar de la tierra plantas que no puedes ni imaginar. Tienen medicamentos para todo: dolor de vientre, de cabeza, llagas, fiebres...

Siga lo escuchaba boquiabierto. Había visto españoles cuando estaba en Fez, pero franceses, ninguno.

—¿Qué aspecto tienen los franceses? —preguntó.

Awlad Mbarak se encogió de hombros.

—Para mí todos los blancos son iguales.

Siga planteó el objeto de su visita:

—Awlad, mi padre vivió muchos años. Pero yo tengo la sensación de que soy más viejo que él y no comprendo nada en absoluto. Esta mañana ha venido a verme un hombre de Bakel. Él cree que mi hermano Tiekoro es un santo...

—¡Y es verdad!

Siga no hizo caso de la interrupción.

—Quiere convertir su tumba en un lugar de peregrinación. Pero aparte de eso me ha dicho una cosa desconcertante: «Muy pronto, Segu intentará por todos los medios demostrar su islamización.» ¿Qué puede significar?

Awlad atizó el fuego del anafe y, al cabo de un instante, sirvió dos tazas de té y empezó a beber de una de ellas. Siga no se atrevía a apremiarlo.

—Durante mucho tiempo, aquí, en Segu, habéis creído que Cheik Amadu de Macina era vuestro enemigo más feroz. Habéis lanzado a vuestros ejércitos contra él. Lo habéis combatido sin descanso. Y ahora resulta que aparece un enemigo más temible, sediento de poder político. Se trata del morabito tucoror que tiempo atrás se alojó en vuestra casa.

—¿Al-Hayy ‘Umar?

Awlad asintió con la cabeza.

—Es una historia muy larga y ni yo mismo conozco todos sus entresijos. Lo que sé es que el morabito tucoror, que ha adquirido un gran poder, codicia Segu, y que para defenderse, Segu debe aliarse con Macina...

Siga miró atónito a Awlad Mbarak.

—¿Unos musulmanes se aliarían con unos no musulmanes contra otros musulmanes?

—Exacto. No me preguntes por qué, ahí es donde la cosa empieza a complicarse demasiado...

Para poner de relieve aquellas sorprendentes noticias, las nubes empezaron a descargar y los dos hombres se refugiaron en el interior de la cabaña de Awlad. Una escalera de mano servía para subir a la terraza cuando hacía buen tiempo. En la habitación principal había unos divanes de caña de mijo sobre los que Siga y Awlad se tendieron. Siga odiaba la estación de las lluvias, que no les sienta bien a los viejos. No era sólo porque mil dolores se disputaban su cuerpo, cuyas junturas y articulaciones crujían como las de una piragua maltratada por el Djoliba, sino porque el murmullo incesante del agua parecía el del telar de un tejedor que está confeccionando un sudario. Y sin embargo, deseaba la muerte. La deseaba y la temía. ¿Qué rostro tenía? ¿Cómo sonreiría cuando se inclinara sobre su estera?

Aceptó la tercera taza de té que le ofrecía Awlad y preguntó:

—¿Tú comprendes la seducción del islam? ¿Por qué tantos de los nuestros tocan el suelo con la frente?

Awlad se echó a reír.

—Se lo preguntas a un creyente. ¿Qué quieres que te conteste? Para mí, la seducción del islam es simplemente la del verdadero Dios.

Sí, era una pregunta estúpida. La fe no se discute. Siga se levantó trabajosamente. Las respuestas de Awlad a sus preguntas no habían aclarado nada. Al contrario, habían oscurecido el misterio. Entonces, para justificar la alianza contra el tucoror, ¿exigiría Macina que Segu «demostrara su islamización»?

A pesar de la lluvia, las calles no estaban vacías del todo. Niños con taparrabos o completamente desnudos jugaban en los charcos de agua, bajo los canalones de bambú. Al pasar Siga arrastrando su elefantiasis, interrumpieron sus juegos. Silenciosos, casi asustados, lo siguieron con la mirada.

Al entrar en la concesión, Siga vio a Fátima salir del patio de las mujeres todo lo deprisa que le permitía su gordura. Si la edad había sido cruel con Siga, no dejándole nada de su antigua belleza, tampoco había sido clemente con Fátima. De la adolescente que había tenido la osadía de escribir: «¿Estás ciego? ¿Es que no ves que te quiero?», sin saber que esas palabras la condenaban a un interminable exilio lejos de los suyos, apenas quedaba nada.

Unos ojos bonitos en una cara abotargada por la grasa. Una cabellera sedosa, desgraciadamente siempre escondida bajo pañuelos anudados con premura. Diez hijos vivos y tres muertos a temprana edad le habían dilatado el vientre y transformado los pechos en odres fofos. Sin embargo, mientras que Siga había temido lo peor, una vez elevada al rango de *bara muso* del jefe de la familia, Fátima parecía haber hecho las paces con Segu y aceptado a los bambara como suyos. Presente en

todos los bautizos, bodas y funerales, nadie sabía mejor que ella agasajar a una asamblea con una gran fuente de cuscús y un cordero asado entero al espetón, con la barriga llena de hierbas aromáticas. Como sabía leer y escribir un poco árabe, gozaba de gran prestigio entre las mujeres de la concesión y del vecindario, que se lo consultaban todo.

—Bueno, ¿qué? Al parecer, el hijo de Tiekoro vuelve, y naturalmente yo soy la última en enterarme. —Antes de que Siga pudiera explicarse, prosiguió—: ¿Dónde va a alojarse? ¿Has pensado en eso?

Siga entró en el vestíbulo de su cabaña, acercó un taburete para sentarse y preguntó:

—¿Tú cómo lo ves?

Fátima, a quien le encantaba que le preguntasen su opinión, se calmó y adoptó aires de mujer importante.

—Habiendo sido educado en Hamdallahi, será un verdadero musulmán. No soportará vivir entre fetichistas.

—¡Fetichistas! ¡Fetichistas! —masculló Siga.

Pero protestaba para mantener las formas, pues sabía que Fátima estaba mucho más capacitada que él para resolver las situaciones delicadas. ¡Cómo une y al mismo tiempo separa la edad! Se acaba el deseo del cuerpo. Se acaban los arrebatos del corazón. Pero también se acaba la necesidad de dominar, de humillar, de hacer daño. Y se crea una sólida complicidad. Siga no había poseído físicamente a Fátima desde hacía años. Cuando ella pasaba la noche en su cabaña, charlaban como nunca lo habían hecho en su juventud. Hablaban de los tiempos pasados en Fez. Hablaban de Tiekoro, como si el breve amor que Fátima había sentido por él fuera un secreto que los unía más. Hablaban del islam, y Fátima trataba de vencer la oposición irreductible de su marido a Alá. Sobre este punto, todas las conversaciones acababan con un encogimiento de hombros por parte de Fátima: «De todas formas, el islam vencerá.» Y Siga envidiaba la fe tranquila de aquellos creyentes.

Tras un breve silencio, Fátima dijo:

—Haz remozar nuestra casa, que está llena de ratas y ratones, dale unos esclavos encargados de servirle...

Siga estuvo a punto de preguntar: «¿No se sentirá marginado?», pero se contuvo, porque ¿acaso el islam no llevaba en sí mismo su propia marginación? Cuando Fátima se hubo retirado, salió al umbral de la cabaña y, mirando el *dubal*, se dirigió a Tiekoro:

—Ayúdame. ¿Qué debo hacer? Hazme saber tu voluntad esta noche en sueños...

Desde que Tiekoro había muerto, Siga estaba constantemente con su hermano y se sentía como un recién nacido invadido por el espíritu de un difunto. No tomaba ninguna decisión sin preguntarse: «¿Qué habría hecho él en mi lugar?»

No se llevaba un alimento a la boca sin ofrecerle una pequeña parte depositándola en el suelo. No experimentaba una alegría sin querer compartirla con el ausente.

Sumido como estaba en sus pensamientos, no oyó acercarse a Yasa ni se percató de su presencia hasta el momento en que le tendió la pasta de nueces de cola. Yasa no era una esclava doméstica. Era originaria del reino de Beledougou, con el que una vez más Segu había tenido tiras y aflojas. Así pues, había llegado en una reata de cautivos, medio desnuda y con el rostro bañado en lágrimas, y Tiefolo, deseoso de ofrecer presentes a su quinta mujer, la había comprado formando parte de un lote.

Sin saber muy bien por qué, al verla unos días más tarde en la concesión, el viejo cuerpo de Siga había reaccionado. Su sexo marchito, al que ya no daba ningún uso, se había hinchado y endurecido, tensando la blanda tela del pantalón bombacho. Un tanto avergonzado, se había acercado a Tiefolo para negociar la cesión de la muchacha.

Mientras hacía rodar sobre la lengua la bolita de pasta amarga y saludable, Yasa se acercó y dijo en voz baja:

—Señor, estoy embarazada.

Siga se sintió inundado de alegría y orgullo. De modo que, pese a lo viejo y deteriorado que estaba, ¿era capaz aún de dar vida? No obstante, ocultó sus sentimientos como era su deber y dijo despreocupadamente:

—Bien, ¡quieran los ancestros que sea un varón!

Yasa permaneció prosternada ante él, que miraba los bonitos adornos de sus trenzas, y añadió en voz todavía más baja:

—Señor, cuando tú ya no estés aquí, ¿qué será de mí y de mi hijo?

Aquella pregunta dejó a Siga estupefacto. ¿Desde cuándo interrogaba una esclava a su amo? Pero, antes de que pudiera expresar su cólera, Yasa prosiguió:

—Tienes diez hijos de nuestra madre Fátima y otros tantos de tus dos concubinas. ¿Qué quedará para mi hijo? Piensa en ello, señor, piensa en ello...

Acto seguido, como asustada de su propia audacia, se retiró. Afortunadamente, pues Siga ya estaba buscando su bastón para molerla a palos. ¡Imprudente e insolente criatura! ¿Por quién se tomaba? ¿Y todo porque había compartido su cama? ¿Qué derecho le daba eso?

Al mismo tiempo, Siga pensaba en su propia madre: la-que-se-había-tirado-al-pozo. ¿Por qué lo había hecho? ¿No era porque se habían servido de ella? ¿Y no le había marcado eso a él de por vida? ¡Ah, las mujeres! ¿Qué había que hacer con ellas? ¿Qué querían? ¿Qué ocultaban su belleza y su docilidad, trampas una y otra para encadenar al hombre?

Todo había empezado con Sira, que un buen día se había marchado a Macina, partiéndole el corazón a Dusika. Después había sido Maryem, que había cogido a sus hijos y se había ido, rechazando al esposo que le otorgaba la tradición. Y ahora Yasa reclamaba derechos para su hijo. Cualquiera diría que se ponían de acuerdo para rebelarse, cada una a su manera... ¿Para rebelarse? Pero ¿contra qué? ¿No les bastaba con saber que ningún hombre es grande frente a la mujer que lo ha llevado en su

seno, que, más allá del juego pactado de las apariencias, ninguno es poderoso frente a la mujer a la que ama y desea?

Como estaba oscureciendo, Siga gritó pidiendo luz. ¿Acaso se olvidaban de él? ¿Acaso estaba ya muerto? ¿Acaso había dejado de ser el señor? Una joven esclava entró apresuradamente para encender la lámpara de manteca y Siga, para desahogarse, la agarró del brazo. Sin embargo, en el momento en que se disponía a golpearla, vio pintadas en el rostro de la chiquilla resignación y casi piedad ante aquel furor senil. Entonces sintió vergüenza de sí mismo y la soltó.

Todos los acontecimientos del día pasaban por su cabeza. El anuncio del regreso de Mohamed. La sorprendente petición de Cheik Hamidu Magasa. Las palabras de Awlad Mbarak. Y como colofón, el embarazo de Yasa. ¡Cuántas responsabilidades! ¡Cuántas decisiones debía tomar!

Lo más importante, sin embargo, era dispensar una buena acogida al hijo de Tiekoro. Le parecía oír la voz de su hermano la víspera del día de su detención: «Sobre todo, vela por Mohamed. Presiento que es como yo, que nunca será feliz.» ¿Y quién es feliz en esta tierra?

Sí, haría cuanto estuviese en su mano y protegería a Mohamed contra aquellos a los que el recuerdo de su padre siguiera predisponiendo en su contra. No sería fácil. ¿Era buena la sugerencia de Fátima de instalarlo fuera de la concesión?

Siga suspiró, tomó una pizca de pasta de cola de la escudilla y se levantó trabajosamente para ir a ver a Tiefolo. Cuando doblaba la pierna arrastrándola por la arena de la cabaña y apoyando todo el peso de su cuerpo en el bastón, un dolor penetrante le atravesó el costado al tiempo que la oscuridad se abatía sobre él. Tuvo el tiempo justo de ver el rostro de Tiekoro, sonriente, inclinado sobre el suyo, antes de caer hacia atrás. Asustado como un animal preso, la cabeza empezó a darle vueltas. ¿Era la muerte?

¡Aún no! ¡Aún no! ¡Le quedaban tantas cosas por solventar!

El caballo de Mohamed iba al paso, irguiendo las orejas, estremeciéndose al menor ruido, percibiendo en la oscuridad el olor de los rebaños de búfalos y antílopes que, al ver perturbado su descanso, se agazapaban en la espesura.

El propio Mohamed, saltando ligeramente al ritmo de su montura, no paraba de desgranar el rosario. No era porque tuviese miedo y quisiera protegerse de los espíritus malignos que rondan por la noche, sino simplemente porque la oración era el estado natural de su ser.

Unos meses antes, hubiera sido peligroso recorrer ese camino que iba de Hamdallahi a Segú pasando por el vado de Thio. Los tuareg, montados por parejas en dromedarios, aprovechaban la oscuridad para abatirse sobre las poblaciones peul en represalia por el dominio de éstos en Tombouctou. Esperando aprovechar estos piques entre «simios rojos», los bambara de la orilla izquierda del Djoliba galopaban hasta Tenenkou para robar bueyes y matar pastores peul. En cuanto a estos últimos, atacados en dos frentes, no permanecían inactivos y lanzaban venablos contra todo lo que se movía.

Pero desde hacía poco reinaban la calma y la unidad en la región. Tuareg, peul y bambara curaban sus heridas y se aprestaban a aliarse contra al-Hayy ‘Umar, que reclutaba ejércitos de conversos y de cautivos enrolados por la fuerza con fines que aún no se conocían pero que ya se temían.

Ese cambio de alianzas decidido por los políticos y los religiosos dejaba a los pueblos sin voz. Durante generaciones, se les había enseñado a odiarse y despreciarse unos a otros. De repente, se les pedía que aprendieran a convivir y se les designaba un nuevo enemigo: los tucoror. Mohamed se había enterado de que el jeque al-Bekkay, de Tombouctou, antaño enemigo irreductible de Macina, le había escrito una carta al sucesor de Cheik Amadu que decía:

«No permitas que Segú caiga en manos de al-Hayy ‘Umar. Si la tomara y se adueñara de todos sus caballos, sus hombres, su oro y sus cauris, ¿qué harías? Naturalmente, no crearás que te dejaría tranquilo aun cuando tú no le amenazaras. Sin duda alguna, lo que ocurriría es que la población de tu país se pasaría a su bando.»

Todos esos tratos le asqueaban. Se daba cuenta de que la preocupación por el islam era secundaria. Se trataba sobre todo de luchas por el poder y el control de las tierras.

De pronto, el caballo tropezó con una raíz. El animal estaba cansado. Había que dejarlo descansar, así que se detendría en el primer pueblo.

Mohamed tenía veinte años. Era noble. Y sin embargo, su corazón era todo dolor. El día anterior, las palabras de Tiyani habían caído silbando como la hoja de una cimitarra al cortar el cuello de un condenado:

—No vuelvas a hablar de eso. Es imposible. Jamás te casarás con Ayisha.

Él presentía esa respuesta. No obstante, al oírla le había parecido que unas paletadas de tierra lo enterraban en la oscuridad.

—Pero, padre —había balbuceado—, entre nosotros no hay ningún vínculo de sangre.

Tiyani se había levantado, enfurecido:

—No vuelvas a hablar de eso...

Mohamed estaba dispuesto a admitir que había pasado por encima de los procedimientos habituales. Era un hecho: debería haber vuelto a Segú, informado a la familia y, por mediación de griots cargados de presentes, ponerse en contacto con Tiyani. Pero ¿no se le podía perdonar su impaciencia, yendo como iba a realizar un peligroso viaje? No quería confesarse que había tratado de forzar a la propia Ayisha, de obligarla a pronunciarse, a manifestar de una vez sus sentimientos. Por desgracia, se había equivocado de medio a medio. Tras su entrevista con Tiyani, había ido hasta el tejadillo bajo el que estaba endulzando leche cuajada con miel. «Mi padre se ha pronunciado, Mohamed», se había limitado a decir.

¿Significaba eso que no lo amaba? En tal caso, más valía morir. Quitarse el albornoz y el resto de la ropa. Sumergirse en las aguas oscuras del Djoliba. Abandonarse a la corriente. Un día, unos pescadores somono encontrarían su cadáver. Mohamed distinguió las formas oscuras de las cabañas de un pueblo y pasó una mano por el flanco de su montura para que se apresurase.

Era un pueblo sarakolé, reconocible por la forma de sus cabañas, flanqueadas por graneros de mijo, encaramadas sobre unas delgadas patas de madera y agrupadas en torno a una hermosa mezquita de tierra. Mohamed entró en el primer patio y dio unas palmadas. Al cabo de un momento, una silueta salió al porche, cuyo suelo era de boñiga de vaca apisonada, alumbrándose con una lámpara de manteca.

—*As salam aleykum* —dijo Mohamed—. Soy musulmán como tú. ¿Puedes darme cobijo para pasar la noche?

—¿Eres *bimi*?

Mohamed se echó a reír y se acercó, distinguiendo ya el rostro del hombre, joven, desconfiado, con unas abundantes y enmarañadas cejas, al igual que la pelambra que le cubría el cráneo.

—Mitad *bimi* y mitad *n'ko*...^[206] Bonita mezcla, ¿eh?

El hombre vacilaba visiblemente, dividido entre la tradición de hospitalidad y el recuerdo de tantas vejaciones y exacciones infligidas a los campesinos. ¿Cuántas veces guerreros de toda clase, tanto peul como sarakolé, habían utilizado el Corán como pretexto para apoderarse de sus cosechas, quitarles a sus mujeres y amenazarlos con sus armas? Mohamed levantó cómicamente las manos por encima de la cabeza.

—¡Mira! ¡Sólo llevo un rosario!

El hombre acabó por indicarle que se acercara.

—Ata al caballo junto a la cabaña de las gallinas. Espero que no las asuste...

Mohamed obedeció y después siguió a su anfitrión. Su mujer ya se había levantado y, sin esperar órdenes, salió al porche para calentar cuscús de mijo. Al andar, las sargas de perlas que le rodeaban las caderas, escondidas bajo el holgado pareo de noche, tintineaban, y esa dulce música le recordaba a Mohamed la de las pulseras de plata que Ayisha llevaba en los tobillos. Sí, si Ayisha no lo amaba, más valía morir cuanto antes. Pero ¿cómo no iba a amarlo? ¿Es que el amor de él podía no alcanzarla y recorrerla, inundándole el corazón, subiéndole hasta los labios y oscureciendo todos los pensamientos de su mente? Sin embargo, nunca había sido capaz de ver en sus miradas algo que no fuera la ternura debida a un hermano.

Al presentarle la mujer de su anfitrión un calabacino con agua, Mohamed salió de su ensimismamiento y le dio las gracias sonriendo. A juzgar por el mobiliario de la casa, se trataba de un campesino próspero. La cama, consistente en gruesas esteras de nervaduras de hojas de palmera colocadas sobre dos muretes, estaba cubierta con una colcha europea. Había asimismo alfombrillas en el suelo, entre los cestos de ropa, y, el colmo del lujo, candeleros de metal con velas, aunque no estaban encendidas. Esta mezcla de objetos tradicionales y objetos extranjeros llevados desde Freetown, en la costa, que competía con Saint-Louis de Senegal, pese a ser fascinante, no atraía en absoluto la atención de Mohamed, ensimismado en su idea fija.

Una vez estuviera en Segu, urgiría a su padre Siga para que hiciera la petición de matrimonio ante Tiyani y éste acabaría por dejarse convencer. Si no... Si no, ¿qué? Mohamed no se atrevía a llevar el desarrollo de su pensamiento hasta el final.

—Parece ser que el *mansa* Demba de Segu va a convertirse al islam —dijo el anfitrión.

—O quizá simplemente a fingirlo —repuso su huésped sonriéndole—. Eso es todo lo que le pide Amadu Cheiku.

Por unos instantes sólo se oyó el ligero ruido que hacía Mohamed al masticar.

—¿No te asquea todo eso? —insistió el hombre—. Hacen lo que sea para mantenerse en el poder. Cambian de religión, se hacen regalos después de haber combatido unos contra otros, se tratan como hermanos después de haber pensado únicamente en degollarse...

Mohamed se lavó las manos.

—¿Qué quieres? —dijo—. Así es el mundo de los poderosos, un mundo comparado con el cual el de las fieras de la sabana es armonioso y pacífico.

Mohamed reanudó el camino antes de que saliera el sol, pues estaba impaciente por llegar a Segu. Si bien la noche pertenece a los espíritus y obliga a hombres y animales a esconderse, al amanecer estos últimos se toman la revancha. Pintadas y perdices silvestres seguían los pasos del caballo. Encaramados en grandes piedras, cinocéfalos con crines de león aullaban furiosamente al pasar aquel humano demasiado atrevido, al tiempo que enjambres de abejas zumbaban sobre su cabeza. Aquí y allá se veían las huellas dejadas por las hienas, que a esas horas dormitaban bajo algún arbusto. De repente, la sabana se incendió y, a la luz de las llamas que aún

predominaba sobre la del día, Mohamed vio saltar, entremezclados, gacelas, jabalíes, búfalos y otros animales. El viento no acababa de disolver las densas y negras nubes, cargadas de una lluvia que pondría en orden todo aquello.

La mujer de su anfitrión había metido en un cesto unas gallinas blancas, unos huevos y una bolsita de habichuelas, presentes de paz y de amistad, además de las provisiones para comer. Mohamed había dormido en la cabaña reservada a los visitantes de paso. Nada más tenderse en la cama, había entrado una joven esclava, pues el campesino y su mujer deseaban agasajarlo.

La muchacha, apenas púber, llevaba las trenzas adornadas con cuentas de cristal y joyas de cornalina, mientras que en su nariz brillaba un pequeño aro de metal. Se notaba que la habían despertado apresuradamente y conminado a que se lavara y perfumara antes de entregarse al desconocido para proporcionarle placer.

—¿Cómo te llamas? —le había preguntado Mohamed.

—Asa —había contestado ella con una voz casi inaudible.

—Vuelve al sitio de donde has venido, Asa. No te mancillaré...

Desconcertada, dividida entre el miedo de provocar la cólera de sus amos y la alegría de no tener que entregar su cuerpo, la muchacha había obedecido. Al alba, el campesino había observado a Mohamed a hurtadillas, ardiendo en deseos de preguntarle la razón de su conducta. La explicación era muy simple: Mohamed era puro y su amor por Ayisha le había impedido poner los ojos en otra mujer.

El caballo se puso a trotar, repentinamente feliz de vivir, pues el sol había salido. La gran bola roja comenzaba a desplazarse por el cielo, luchando como podía contra los vapores de la lluvia. Mohamed atravesó Sansanding sin detenerse. Era una ciudad importante donde musulmanes y no musulmanes se codeaban libremente. Los primeros habían construido algunas de las mezquitas más hermosas de la región, gracias a los donativos de comerciantes cuyas caravanas resistían bien la invasión de los productos extranjeros. Aparentemente no les molestaban las cabañas fetiche de los segundos, situadas en la mayoría de los casos junto a los mercados y en las encrucijadas. Mohamed sabía que esa tolerancia, ese islam complaciente con los infieles horrorizaba a al-Hayy ‘Umar. ¿Tenía razón? Mohamed no tenía una opinión definida sobre esa gran disputa que comenzaba a agitar los espíritus. La generosidad de su corazón le decía que todos los hombres son iguales, cualquiera que sea el nombre de su dios. ¿Era una idea herética? ¿No significaba eso perdonar a los que habían asesinado a su padre?

Al salir de Sansanding, Mohamed guió a su caballo hacia la orilla del río, alfombrada de grandes conchas, y buscó un rincón seco junto a un bosquecillo de gramíneas y de *cram-cram*.^[207] A lo lejos navegaba una barca con la vela de rafia, precariamente sujeta con cuerdas, hinchada por el viento. Estuvo largo rato recitando *rekkat* supererogatorios.^[208] Cuando por fin se levantó, se dio cuenta de que habían llegado unas mujeres que llevaban sobre la cabeza calabacinos llenos de ropa para lavar. Mohamed había aprendido a temer el efecto que producía en las mujeres.

Mientras había sido un adolescente que mendigaba en Hamdallahi, se habían limitado a llenar su calabacino con trozos de pollo, arroz y golosinas. Pero, a medida que había ido creciendo, en su mirada habían aparecido deseos que no eran el de colmarlo de comida. Y a Mohamed le producían auténtico horror. Era como si hubiese visto a Maryem, la madre lejana y bienamada, o a Ayisha, la princesa que le estaba vedada, mirar a un hombre de esa manera. ¿Debe sentir deseo una mujer? No, debe aceptar el del hombre que su amor por ella purifica.

Las mujeres sacaron la ropa y, tras sumergirla en el agua, comenzaron a frotarla con jabón de sen. Al mismo tiempo, sus ojos, brillantes y realzados con *kohl*, no se apartaban de su presa. No eran musulmanas. Su religión no les imponía comportarse con recato ante los hombres. Al contrario, solían reír y bromear con ellos, en conversaciones a base de sobrentendidos cargados de sexualidad a las que Mohamed, criado en Hamdallahi, no estaba acostumbrado.

¿Qué debía hacer? ¿Recoger sus cosas y marcharse? Estaba pensando en ello cuando las mujeres entonaron una cancioncilla a la vez irónica y tierna:

El viento soplaba y amenazaba lluvia.

El bimi se sentó al pie de un árbol.

¡Pobre bimi!

No tiene madre que le lleve leche

ni mujer que le mueva el grano.

¡Pobre bimi!

Mohamed se armó de valor y se acercó a ellas.

En primer lugar, no soy *bimi*, sino *n'ko*, como vosotras. Y en segundo lugar, voy a reunirme con mi familia, en la que a partir de esta noche contaré con alguien que me traiga leche y me mueva el grano.

Una de ellas, que tenía los pechos firmes como mangos y el vientre abombado, alrededor del cual llevaba varias hileras de perlas, era particularmente guapa.

—¿Estás casado? —preguntó con osadía.

Mohamed se sentó sobre los talones.

—No, la mujer a la que quiero no puede ser mía.

Las mujeres rompieron a reír a carcajadas. Era evidente que no entendían ese lenguaje. ¿No era un hombre fuerza, virilidad, incluso brutalidad? ¿Y no debe apoderarse de la mujer a la que ansia? Pero Mohamed sólo sentía en él debilidad y dulzura. En su mente no anidaba ningún pensamiento de gloria y de conquista. No quería sino ser amado.

—¿Por qué hablas como un *bimi* si eres *n'ko*? —preguntó otra mujer.

Mohamed sonrió.

—¿Es que no sabes que muy pronto ya no habrá ni *bimi* ni *n'ko*? Todos unidos contra el tucoror...

Acto seguido se levantó y se dirigió hacia su caballo, que comía sin entusiasmo unas briznas de hierba en la orilla. Llegó a Segu antes de que anocheciera.

Tras haber vivido ocho años en la calma austera de Hamdallahi, donde los únicos ruidos eran las llamadas de los muecines, Segu casi asustó a Mohamed por su bullicio. Cuando era pequeño, para él la ciudad se reducía a la concesión de los Traoré, la *zawiya* de su padre y el palacio del *mansa*, adonde iba a admirar a los guardias armados con fusiles. De pronto comprendía por qué antes los peul y ahora los tucoror soñaban con adueñarse de ella. Era esa riqueza y esa prosperidad desbordantes que se veían en los mercados, en los puestos de los artesanos, en las fachadas de las sólidas casas con torrecillas que tocaban las ramas bajas de los árboles. Una multitud de mujeres y hombres que vestían albornoces o *bubus* de seda sobre ropajes hechos de gruesas tiras de algodón, iban y venían, deteniéndose de vez en cuando para escuchar a unos músicos o mirar a los bufones en posturas acrobáticas. Unos *tondyon* con uniforme amarillo y fusil al hombro se dirigían a las tabernas, llenas ya de bebedores de *dolo* parlanchines y risueños. A Mohamed le sorprendió que hubiera mezquitas por doquier. Antes, las únicas mezquitas eran las de los barrios somono o moros. Ahora, la media luna decoraba infinidad de minaretes, erguidos como cayados de pastor.

Mohamed atraía no pocas miradas. ¿A qué familia pertenecía? La gente se paraba para ver qué camino tomaba su caballo. Caramba, dejaba atrás el mercado de animales, donde jóvenes peul intentaban domeñar a sus rebaños antes de volver a conducirlos fuera de las murallas, junto a los dromedarios de los tuareg. ¿Se dirigía acaso hacia la Punta de los somono? No, seguía calle abajo, golpeando con los cascos de su montura la tierra blanda.

Mohamed se sobresaltó al ver que en el lugar donde antes se hallaba la *zawiya* de su padre sólo había una extensión de tierra, en aquellos momentos fangosa. Las mujeres habían plantado *nosiku*, utilizado para pedir perdón a los ancestros por las faltas cometidas. En cuanto a la concesión en sí, le pareció todavía más imponente. Bajó del caballo, lo ató a una anilla incrustada en una pared y, dando palmadas, entró en el primer patio.

Allí reinaba una gran agitación. Había esclavos que corrían de un lado a otro, feticheros que quemaban plantas o hacían preguntas sirviéndose de cauris, niños desasistidos. Nadie le prestó atención. Entró en el segundo patio y vio a un muchacho no mucho mayor que él.

—Soy un hijo de esta casa. Me llamo Mohamed...

El joven lo abrazó.

—Ah, Mohamed, yo soy tu hermano Olubunmi. Temíamos que llegaras demasiado tarde. Padre Siga está muy mal...

Reunirse de nuevo con un ser que ha iniciado el inexorable viaje de la muerte, cuyo espíritu se encuentra ya lejos, cuyos ojos se han oscurecido, cuya palabra resulta inaudible.

La cabaña estaba invadida por las fumigaciones y Mohamed hubiera deseado echar a todos aquellos sanadores, pues lo único apropiado en los últimos instantes es la oración. Al mismo tiempo, por su cabeza rondaba una cantinela obsesiva: «¡Haz que me mire! ¡Haz que sepa que estoy aquí!»

Le parecía que su reinserción armoniosa en la familia estaba vinculada a ese reconocimiento, que no tenía otro apoyo que ese anciano agonizante.

Olubunmi le tocó un hombro.

—Nuestro padre Tiefolo quiere verte.

Mohamed se guardó el rosario en el bolsillo del albornoz.

Si bien los años habían destruido a Siga, habían respetado la elevada estatura de Tiefolo, la anchura de su torso, el torneado de sus piernas. Tan sólo el pelo, que todavía llevaba largo y trenzado, había consentido en encanecer. Tiefolo se sentía dividido entre unos sentimientos paternos y el recuerdo del papel que Tiekoro había desempeñado en la familia. Por eso su comportamiento era totalmente incoherente.

Cuando Mohamed apareció, al verlo tan joven, tan abiertamente vulnerable, su corazón se conmovió.

—¡Qué triste regreso te han preparado nuestros dioses! —dijo, estrechándolo contra sí—. Una casa sumida en el llanto...

Sin embargo, pese a sus deseos, no pudo evitar pronunciar «nuestros dioses» con agresividad, como para dejar bien claro que no eran los de Mohamed.

—Padre —contestó éste—, tan sólo los descreídos lloran a los muertos, pues no piensan en la dicha del alma, lámpara del cuerpo, cuando por fin se reúne con la divinidad.

La palabra «descreído» era ciertamente desafortunada, pero Mohamed estaba demasiado trastornado por las circunstancias de su regreso y la confrontación con aquel padre del que sabía «que había desempeñado un papel en la muerte de Tiekoro», en palabras de su madre, Maryem, para hacer gala de diplomacia. El joven irritó a Tiefolo al recordarle las frases sentenciosas y el tono de superioridad de su difunto hermano.

—¿Aceptarás permanecer entre «descreídos», como tú nos llamas? —dijo bruscamente.

Mohamed intentó reparar como pudo la metedura de pata.

—¿No es la sangre más fuerte que cualquier otra cosa?

De hecho, habría bastado una minucia para que Tiefolo y Mohamed llegaran a quererse a pesar del pasado, pues los unían muchas cosas, como la timidez, la sensibilidad, la falta de confianza en sí mismos y, por encima de todo, el sentido de la familia. Pero no fueron conscientes de ello. Tiefolo creyó que Mohamed tenía prejuicios contra él debido a rumores y habladurías que exageraban el papel que había desempeñado en la detención de Tiekoro. Mohamed, por su parte, pensó que Tiefolo no deseaba su presencia allí.

De repente estallaron los gritos de las mujeres, inmediatamente seguidos de cantos acompañados de palmadas que marcaban el ritmo:

*¡Madre, iré a la marisma!
¡Un pájaro maligno me ha dirigido su canto!
¡Madres, iré a la marisma!
¡Un pájaro maligno me ha dirigido su canto!
¡Las mujeres lloran,
las mujeres se lamentan,
pues su gran cultivador se ha acostado!*

Tiefolo se levantó a toda prisa y Mohamed lo imitó. Cuando se dirigían a la cabaña de Siga, vieron a una muchacha jovencísima llorando convulsivamente. Era evidente que no se trataba de lágrimas pasajeras, más o menos rituales, sino de una desesperación personal, desconsolada y solitaria.

—Es Yasa, la última concubina de tu padre Siga —respondió Tiefolo a la pregunta muda de Mohamed.

Éste se alejó llevándose la visión de un rostro joven, infinitamente descompuesto, infinitamente turbador.

La muerte que se presenta por sorpresa es mala. Nunca toca el tam-tam para anunciarse, por supuesto. Sin embargo, a algunos les concede tiempo para tomar las disposiciones oportunas en relación con sus mujeres y sus bienes, y para dar instrucciones a sus sucesores. En el caso de Siga, nada de eso fue posible. Así pues, una vez finalizadas las exequias, Tiefolo, que tomó el mando de la familia, se encontró ante una multitud de problemas hasta entonces ocultos por el consenso de afecto compasivo que se había creado en torno al difunto, y que de pronto se volvieron urgentes.

Dar una respuesta a Cheik Hamidu Magasa, que esperaba pacientemente en una cabaña de paso. Hacer que no musulmanes y musulmanes, cada vez más numerosos en la concesión, cohabitaran. Obligar a las viudas que se refugiaban tras pretextos religiosos a aceptar a los esposos designados por la familia. Y, sobre todo, acoger a Mohamed, impedir que se impusiera como un heredero de una naturaleza peculiar, como la antorcha del islam que aglutinaría a los convertidos y a los indisciplinados. A decir verdad, el muchacho era encantador. Resultaba fácil vivir con él, era respetuoso y cortés a más no poder. Sin embargo, a Tiefolo le parecía percibir en esas mismas cualidades un posible peligro. Demasiado idealismo, demasiada generosidad, una especie de rechazo de todo lo que se supone que un hombre debe hacer. Así, siempre que se hallaba en su presencia, Tiefolo vacilaba entre el deseo de consolarlo como a un niño miedoso y el de maltratarlo.

—¿Por qué no has ido a estudiar a una de vuestras universidades? —le preguntó.

Mohamed permanecía con la cabeza gacha y, una vez más, a Tiefolo le impresionó, casi le repelió, la perfección de sus facciones. Esa belleza femenina también era peligrosa. Mohamed pareció armarse de valor y balbució:

—Padre, es preciso que sepas lo que me oprime el corazón. Sé muy bien que un hijo respetuoso toma la esposa que la familia le designa, pero yo... yo quiero... a una joven... y si no la tengo... moriré...

Tiefolo lo miró estupefacto, casi espantado. ¿Morir por una mujer? ¿Era eso lo que enseñaba el islam? No le extrañaba de una religión que prohibía el alcohol y castraba a los hombres, transformándolos en corderos que pacían uno junto a otro. ¿No era también por su causa por lo que Mohamed dormía solo todas las noches, cuando no le faltaban esclavas para satisfacerlo? No obstante, se contuvo y dijo:

—¿Una peul de Macina?

Mohamed se lanzó a hablar de Ayisha, pero Tiefolo lo interrumpió frunciendo el entrecejo:

—¿Dices que es la nieta de tu abuela Sira? Entonces, es tu hermana.

Mohamed expuso el argumento que no había convencido a Tiyani:

—Padre, mi abuela Sira volvió a casarse con un peul de Macina. ¿Qué parentesco tiene esa descendencia con nuestra familia?

Tiefolo siguió reflexionando, visiblemente perdido en el laberinto de las genealogías.

—Eso es imposible, Mohamed —concluyó finalmente, como disgustado—. Es tu hermana...

Cuando Mohamed se disponía a insistir, le indicó con su firmeza habitual que la conversación había terminado. Mohamed, con el corazón destrozado, se marchó. ¡Qué concepción tan obtusa y absurda de la geografía de la sangre! ¿Debía inclinarse y renunciar a Ayisha? ¡Jamás! ¡Jamás! Por enésima vez, se repitió su infalible argumento, que sólo tenía el inconveniente de no convencer a nadie. Él, que jamás había desobedecido, de buena gana hubiera pasado por encima de todo y montado en su caballo para ir a raptar a Ayisha. Pero ¿se prestaría ella a ese rapto?

«¡Mi padre se ha pronunciado, Mohamed!»

¿Son ésas las palabras de una mujer enamorada?

Mohamed regresó a su cabaña, no lejos del recinto donde se encontraban las tumbas de los difuntos de la familia. La de Tiekoro estaba un poco apartada, como para simbolizar su destino especial. En su desesperación, Mohamed se sentó junto a ella. ¡Ah, si su padre hubiera vivido, habría sido capaz de comprenderlo y de vencer los ridículos prejuicios de las dos familias! Pero por desgracia estaba solo. Su madre se encontraba lejos, y todos los que habrían podido defenderlo, bajo tierra. Después sintió vergüenza de esa desesperación. Pero ¿cómo controlar su corazón? Si no tenía a Ayisha, no deseaba nada de la vida.

Mientras estaba allí, Olubunmi se acercó a él. Único hijo vivo de un hijo muerto en tierras lejanas, Olubunmi, a quien la familia llamaba Fanko,^[209] había sido criado con los mimos que habitualmente se dispensa a los niños milagrosamente salvados. Eso, sin embargo, no había llegado a estropearle el carácter, y los que buscaban en él la herencia de Malobali coincidían en decir que el hijo era muy distinto del padre. Mohamed le había tomado mucho afecto a ese hermano que estaba simbólicamente allí para recibirlo el día de su regreso. Tan sólo le desesperaba no conseguir hacer de él un musulmán. Olubunmi oponía a todos sus intentos de conversión un escepticismo sonriente.

—Todos los dioses son iguales. ¿Por qué querer imponer a uno de ellos por encima de los demás?

Olubunmi se sentó cerca de Mohamed, aunque procurando mantenerse a cierta distancia de la tumba.

—Un mensajero del *mansa* acaba de entrar en la cabaña de nuestro padre Tiefolo. Parece ser que se trata de algo relacionado contigo...

—¿Cómo?

Olubunmi no pudo resistirse al placer de hacerse el importante.

—Al parecer, el *mansa* va a enviar una delegación a Macina y desea que tú hagas de intérprete.

—¿Yo?

Realmente era una idea descabellada. ¡Incorporar a una delegación del reino a un muchacho de apenas veinte años que no se había distinguido por nada! Olubunmi adoptó aires de entendido, cuando no hacía más que repetir lo que había oído:

—Es evidente que el tiempo del islam ha llegado a Segú, y, créeme, van a utilizar la sangre de nuestro padre.

Una vez más, Mohamed se sintió asqueado. Sí, el islam se ajaba hasta parecer un ropaje descolorido. Tras la muerte de Cheik Amadu, los intereses temporales habían viciado enseguida la fe. Aquel santo al que todo el mundo reverenciaba, ¿no había preparado, saltándose todas las normas, la sucesión de su hijo Amadu Cheiku? ¿Y no preparaba ya éste el advenimiento de su hijo Amadu Cheiku en detrimento de sus propios hermanos? ¿Cuáles son los motores del corazón del hombre?

Lo que Mohamed ignoraba era que, bajo su calma aparente, la cabeza de Olubunmi estaba llena de sueños de viajes y aventuras. Los que creían que no era digno hijo de Malobali se equivocaban. En realidad, en él bullía la misma impaciencia, el mismo deseo de acción. Era de los que acudían a las intermediaciones de los mercados para escuchar los relatos de aquellos, cada vez más numerosos, que habían vivido en la costa, visto blancos, hablado sus lenguas y manejado sus armas. El viejo Samba, por ejemplo, le había descrito Freetown, donde había pasado largos años, su puerto y sus barcos, que navegaban rumbo a Europa con el vientre cargado de troncos de árbol. Por él se había enterado de que los blancos tenían una escritura distinta de la de los árabes y de que, al igual que los fetichistas, odiaban el islam. Incluso le había enseñado a trazar algunas letras que, colocadas una junto a otra, formaban su nombre: Samba. ¿Cómo se escribía Olubunmi? Eso, el viejo Samba no lo sabía.

Al pasar por delante de la cabaña de Tiefolo, vieron a éste sentado en el vestíbulo conversando con el mensajero del *mansa* y Cheik Hamidu Magasa. Sin duda se iban a tomar decisiones importantes... ¿En qué sentido?

Mohamed no sabía muy bien qué pensar. ¿De modo que a lo mejor iba a volver a Hamdallahi? Se había jurado regresar únicamente para obtener la mano de Ayisha, desde luego, pero al menos la vería durante unos días y, sobre todo, descubriría sus verdaderos sentimientos hacia él.

«¡Mi padre se ha pronunciado, Mohamed!»

¿Son ésas las palabras de una mujer enamorada?

Por la noche, después de cenar, Tiefolo informó a los hombres de la familia de las decisiones que había tenido que tomar presionado por el *mansa*. Se autorizarían peregrinaciones de musulmanes a la tumba de Tiekoro. Mohamed formaría parte de una delegación de reconciliación que muy pronto iría a Macina.

Las buenas gentes de Segu reaccionaron encogiéndose de hombros con hastío a la noticia de que el *mansa* Demba y el soberano de Macina se disponían a hacer las paces. Se congregaron junto a las puertas para ver partir, en dirección a Hamdallahi, al cortejo de los notables precedidos de sus griots, montados en animales magníficos y seguidos de esclavos encorvados bajo el peso de los presentes. Se les había dicho que las maniobras de los tucoror hacían esta reconciliación necesaria, cosa que no les sorprendía en exceso. El nombre de al-Hayy ‘Umar se había convertido en sinónimo de fechoría. Los acontecimientos que habían tenido lugar a su paso por Segu habían sido agrandados. Se hablaba de lluvia, de sangre y de cenizas caídas del cielo, de terremoto que había engullido el palacio del *mansa* y de una terrible sequía que había transformado en amasijos de costras pedregosas las orillas del Djoliba. Las personas bien informadas sabían que al-Hayy ‘Umar residía de momento en Dinguiraye, en Futa Yallon, un lugar situado no lejos del Djoliba pero mucho más al sur, donde ellas no habían puesto nunca los pies. Algunos viajeros contaban que esa ciudad se había convertido en una plaza fuerte imposible de tomar y en un lugar de oraciones más fervientes aún que en Hamdallahi. En todas las calles había mezquitas. En el centro, una fortaleza cuyos muros tenían diez metros de altura y en el interior de la cual residía al-Hayy ‘Umar con sus mujeres, sus hijos y sus hombres de confianza. Los viajeros también contaban que los discípulos obligaban a pronunciar la famosa frase: «No hay más dios que Dios...» Y a quien se negaba... zas, le cortaban la cabeza.

A quienes los comparaban con los peul de Cheik Amadu unos años antes, los viajeros les aseguraban que las gentes de Macina eran seres pacíficos y tolerantes al lado de las hordas de al-Hayy ‘Umar.

Una vez que el polvo levantado por los cascos de los caballos se hubo posado de nuevo en el suelo, Olubunmi regresó abatido a la concesión. Mohamed había partido con los adultos, que lo trataban como a un igual dado su conocimiento del islam y de la vida en Hamdallahi. ¿Qué aventuras le esperaban? ¿Tendría oportunidad de hacerse un nombre glorioso? En cualquier caso, escapaba a la rutina de la vida en Segu, y eso ya era envidiable.

Olubunmi había asistido a unos cursos de enseñanza coránica al tiempo que recibía la enseñanza iniciática de las sociedades secretas. Es decir, que llevaba grisgrises alrededor de la cintura, mezclados con rectángulos de pergamino que contenían versículos del Corán, del que por lo demás era capaz de recitar algunas azoras. Vestía al estilo musulmán, pero llevaba el cabello largo y trenzado. En una palabra, encarnaba la época de transición que estaba atravesando Segu. Por añadidura, no lograba olvidar la sangre extranjera que corría por sus venas. Una madre *agouda* de Benín. ¿Quién podía presumir de semejante originalidad en Segu? ¡Y un padre que había llegado hasta la costa, cuando la mayoría de los bambara jamás habían cruzado el Djoliba!

Olubunmi experimentaba sentimientos tremendamente contradictorios hacia su padre. Por un lado, lo admiraba y lo envidiaba porque había efectuado esos viajes con

los que él soñaba. Por otro, pensaba que, al haber muerto lejos y no haber recibido sepultura entre los suyos, sin duda se había convertido en uno de esos espíritus hostiles que ansían reencarnarse y vagan por las regiones invisibles. En ocasiones, por la noche, le parecía oír sus lamentos en el silbido del viento, el repiqueteo de la lluvia o el crepitar de la manteca de la lámpara. Nunca olvidaba ofrecer sacrificios en su memoria, pese a que Mohamed le repetía las palabras del Profeta: «Ni su carne ni su sangre tendrán efecto alguno. Tan sólo tu piedad logrará...»

Olubunmi entró en casa del viejo Samba, al que encontró sentado en su cama de bambú.

—¿Qué? ¿Se ha ido tu hermano? —dijo éste haciendo una mueca.

Con el corazón un tanto oprimido de pensar que Mohamed galopaba a lomos de su hermosa montura, Olubunmi se encogió de hombros.

—Sí, el emborronador de tablillas se ha ido... Samba, háblame de tus viajes.

El viejo Samba se hizo de rogar.

—Ya te he hablado de eso decenas de veces. ¿Qué más quieres oír?

A continuación llenó la pipa que acababa de darle prestigio ante Olubunmi, pues estaba hecha de brezo de Escocia y venía de un país de los blancos, y comenzó:

—Vosotros no podéis imaginar lo que es el mar. El Debo ya os impresiona, y eso que se ve la orilla opuesta, que en su superficie flotan islotes y que vuestras barcas zigzaguean entre los carrizos. El mar es como un gran cielo que estuviera siempre en movimiento. No se lleva bien con el viento, y cuando éste se levanta, aquél se enfada, arquea el lomo igual que una pantera furiosa y no tiene piedad de los barcos que navegan por él. Yo fui *laptot*^[210] durante tres años. Cuando era pequeño, unos moros me raptaron y me llevaron a Cayor. Allí fue donde conocí a los franceses.

—¿Cómo son los franceses?

Al viejo Samba no le gustaba que lo interrumpieran y fingió no oír aquella pregunta directa.

—El señor Richard me empleó. Aquel hombre traía toda clase de plantas de su país y experimentaba con ellas. Y además inventaba otras. ¡Si supieras lo que sus manos hacían brotar de la tierra! Algodón, índigo, cebollas de Gambia, bananos, papayos, senas, cacahuetes... ¡Decía que nuestros países son jardines! Un día, cansado de doblar el espinazo, me fui. Eché a andar y así fue como llegué a Freetown. Allí, cuidado, hay otros blancos: los ingleses...

—¡Háblame de Freetown, Samba!

Una vez más, Samba hizo caso omiso de la pregunta y prosiguió:

—Yo no he trabajado nunca con los ingleses, porque como ya conocía la lengua de los franceses, monté en sus barcos. Bajé hasta Cape Coast...

—¡Mi padre también fue allí!

El viejo Samba escupió una sustancia negruzca.

—Es posible, ¡pero él no era *laptot*!

Olubunmi tuvo que admitirlo e insistió:

—Háblame de Freetown...

—Pero ¿qué quieres que te diga? No has visto nunca el mar. No sabes lo que es un bricbarca, una goleta, un bergantín, una falúa... Sólo conoces las piraguas de los somono.

Olubunmi agachó la cabeza, avergonzado, y el viejo Samba continuó:

—Me han dicho que ahora los blancos hacen funcionar los barcos con vapor.

—¡Con vapor!

Para evitar que su joven interlocutor le hiciera preguntas sobre ese tema que no dominaba, Samba cambió de conversación.

—Con los blancos uno puede hacerse también soldado. Un fusil doble, unos pantalones rojos con galones, y ya está...

—¿Y qué se hace cuando se es soldado?

—¡Vaya pregunta! Pues se lucha.

—Pero ¿contra quién?

Ni el anciano ni el muchacho podían contestar a esa pregunta. Los blancos no necesitaban luchar para conseguir esclavos, ya que se los llevaban hasta la costa. ¿Qué apuntaban entonces con sus fusiles? Olubunmi no se atrevía a pensar que el anciano estaba equivocado, pero aquello le parecía francamente inverosímil. ¿Soldados? ¿Se irían quizás al país de los blancos para luchar contra sus enemigos?

Olubunmi, perplejo, reanudó el camino hacia la concesión. ¡Y pensar que Mohamed galopaba con su bonito *buba* azul cielo, mientras él seguía allí aburriéndose y arrastrando los pies por aquella tierra blanda de fines de invierno! En la entrada de la concesión había una multitud congregada, mientras que en los patios reinaba un silencio de muerte. Parecía que hasta los niños hubieran renunciado a sus juegos y su bullicio. De pie entre los adultos, permanecían como petrificados.

—¿Qué pasa? —preguntó Olubunmi en voz baja.

—Es Yasa. Ha ingerido los venenos de *fa* Tiefolo...

Aquella breve información contenía tanto horror que Olubunmi se quedó sin habla. ¡Ingerir venenos de caza! Si bien, debido a la edad y las responsabilidades, Tiefolo había reducido el número de sus expediciones a la sabana, seguía siendo uno de los grandes *karamoko* de Segú y participaba en todos los *fututegue*.^[211] Guardaba los carcaj con flechas en una pequeña cabaña donde también hacía macerar venenos compuestos de una mezcla de estrofanto y podredumbre de cadáveres. El año anterior, unos corderos que se habían escapado y, curiosos, habían probado esos brebajes, habían caído fulminados echando espumarajos por la boca.

—¿Ha muerto? —balbució Olubunmi.

—Le están haciendo beber decocciones de *tiliba*...

Olubunmi nunca le había prestado mucha atención a Yasa. No era más que una esclava, unida, eso sí lo sabía, a su padre Siga. De pronto, ese acto irracional la dotaba de individualidad. ¿Por qué había hecho aquello? Miraba la cabaña donde Yasa quizás agonizaba como un templo donde actuaban fuerzas misteriosas. ¡Matarse

a uno mismo! ¡Qué acto tan terrible! ¿Es lícito provocar hasta ese punto a los ancestros?

Una mujer salió al patio y echó a los curiosos y los niños que permanecían allí de pie, con los brazos colgando. La siguió otra que llevaba un calabacino cubierto con un paño y del que emanaba un olor fétido.

En el interior de la cabaña, sin embargo, la muerte no había querido saber nada de Yasa. Tras haberla olfateado y haber jugado con ella como una fiera con su presa, la había dejado irse. Pero, como consecuencia de ese terrible enfrentamiento, el cuerpo de Yasa se había abierto, expulsando antes de hora el fruto que llevaba. Había nacido un niño, bola de membranas y mucosidades.

Musokoro, la partera que habían mandado buscar, cogió el cuerpecito y se dirigió hacia el umbral de la cabaña para verlo mejor. ¿Había nacido muerto? Es decir, ¿era un ser que había perdido sus componentes espirituales, los cuales habría que buscar pacientemente allí adonde hubieran huido antes de enterrarlo? Musokoro notó una débil palpitación bajo sus dedos. ¡No, estaba vivo! Ordenó, pues, a una mujer que le llevara cerveza de mijo mezclada con agua, a fin de purificarlo tras su terrible viaje. Luego distinguió un brote frágil como el retoño de un arbusto y su corazón se llenó de alegría.

—¡Ve a informar a *fa* Tiefolo de que la familia cuenta con otro *bilakoro*! —dijo, volviéndose hacia una de sus ayudantes.

Al enterarse por fin de que madre e hijo estaban con vida, Fátima, la viuda de Siga, que en su calidad de tal debía comportarse como la hermana mayor de Yasa, entró precipitadamente. Fátima no había odiado nunca a Yasa, a quien consideraba el último goce ofrecido a un hombre que había disfrutado de pocos. Se arrodilló junto a la joven, que seguía inerte, con los ojos cerrados, y murmuró sin demasiada severidad:

—¡Que Alá te perdone tu pecado!

A continuación fue a ver al recién nacido, al que Musokoro estaba bañando en cerveza de mijo antes de untarlo con manteca de karité. Era tan pequeño —apenas mayor que un puñado de polluelos— que aún no se distinguían sus rasgos. Con todo, a Fátima le pareció reconocer la frente amplia de Siga y la curva de su barbilla, y la emoción la embargó.

—¡Bienvenido, Fanko! —musitó para sí, pues sabía que, al haber nacido después de morir su padre, le pondrían ese nombre.

Tiefolo y el fetichero Sumaworo entraron también. Había habido un nacimiento y eso era motivo de alegría. Sumaworo se agachó para degollar un gallo rojo y dejó manar la sangre para untar con ella el sexo y la frente del niño. Mientras realizaba el sacrificio, lo observaba. ¿A qué difunto reencarnaba? Pusieron al niño entre los brazos de Yasa. Era tan débil, tan frágil... Los párpados parecían minúsculas conchas que cubrían los ojos. La nariz no era mayor que un tallo de mijo; la boca, tomate naciente, redonda y ligeramente fruncida. Yasa contemplaba aquella maravilla. ¿Qué

lo había creado? ¿Su cuerpo, que rechazaba el placer de Siga porque le repelía su olor a enfermedad y muerte? ¿El de aquel viejo que resoplaba al penetrarla? No, los dioses se habían apareado para ofrecer semejante prodigio. Los dioses, a los que había que darles las gracias.

Estrechó al pequeño ser recién nacido contra sí. Con una avidez sorprendente viniendo de un cuerpo tan insignificante, éste se pasaba la lengua por los labios como para saborear las últimas gotas de leche de cabra con las que se los habían humedecido. Aquel gesto revelaba la fuerza vital que había en él y de la que ella había estado a punto de privarlo para siempre. ¡Ah, no le bastarían todos los días de su existencia para expiar a fuerza de amor, de cuidados y de ternura el crimen que había intentado cometer!

—Bienvenido al mundo de los vivos, Fanko, donde ahora tienes un sitio conmigo —le susurró al oído.

Alhadji Guidado, uno de los siete morabitos responsables de la policía de Hamdallahi, también formaba parte del Gran Consejo, sin el cual no se tomaba ninguna decisión en Macina, y por lo tanto era uno de los hombres más influyentes del reino.

El Gran Consejo se componía de cuarenta miembros, todos doctores en derecho y teología, treinta y ocho de los cuales se hallaban sentados en la sala de las Siete Puertas que comunicaba con el sepulcro de Cheik Amadu, convertido en lugar de peregrinación para los musulmanes de la región. Alhadji Guidado era de los que se oponían a cualquier tipo de alianza con Segu, pues pensaba que si el islam se aliaba con el politeísmo dejaba de ser el islam. Desgraciadamente, por primera vez sus consejos no habían sido escuchados y él y sus partidarios se habían quedado en minoría. No obstante, supo contener su pesar y su cólera, limitándose a decir:

—¡Haga Alá que no lamentemos las decisiones que hemos tomado hoy! Pero, lo repito, disponerse a agrupar nuestras tropas para ayudar a unos infieles contra unos musulmanes, y considerar que es lícito luchar contra éstos, no es compatible con la fe.

Todas las miradas se volvieron hacia Amadu Cheiku, que ocupaba el lugar donde antes se sentaba su padre. Pero, desde hacía casi tres meses, Amadu Cheiku se hallaba debilitado por una enfermedad contra la que médicos y oraciones se revelaban impotentes y se dejaba manipular totalmente por el jeque al-Bekkay, de Tombouctou, convencido de la necesidad de una alianza con el *mama* de Segu. Estas relaciones entre los dos hombres resultaban tanto más sorprendentes cuanto que, tiempo atrás, el jeque al-Bekkay no había disimulado su hostilidad hacia Macina, que tenía sometida a Tombouctou y le imponía sus leyes. ¡Pero era el signo de los tiempos! Los amigos del pasado se convertían en los enemigos del presente. Los enemigos, en los amigos.

Amadu Cheiku no dijo nada, exponiendo ante todos su rostro de tez cerosa y mirada ya ausente, lejana, que conversaba con lo invisible. Alhadji Guidado se puso las babuchas, que había dejado junto a la puerta, y añadió:

—Permitid que me retire. Ya sabéis que hoy caso a mi tercer hijo, Alfa.

Los presentes murmuraron las frases rituales de bendición, mientras que Amadu Cheiku preguntó bondadosamente, sin tener en cuenta el espíritu rebelde del morabito:

—¿Con quién lo casas, Alhadji?

—Con Ayisha, la hija de Tiyani Baris, cuyo padre, Modibo Amadu Tasiru, vivía en Tenenkou...

Amadu Cheiku asintió con la cabeza para indicar que esa genealogía le satisfacía y luego dijo:

—Dentro de un rato iré a participar en las plegarias de los jóvenes esposos.

Eran palabras de cortesía, pues todo el mundo sabía que ya no se desplazaba al exterior. Después de aquello, Alhadji se retiró. Al salir de la sala de las Siete Puertas, pasó por delante del sepulcro del maestro y su corazón se llenó de dolor. ¡Ah, si ese santo hubiera vivido, jamás habría cedido a consideraciones de tipo político! ¡Él, que toda su vida había luchado contra los infieles de Segu! Afortunadamente, los hijos no se parecen a sus padres. Así que, ¿quién sabía si las decisiones que había tomado Amadu Cheiku no serían rectificadas a su vez por su hijo Amadu Amadu? Una débil esperanza invadió a Alhadji, que a partir de ese momento se esforzó en no pensar más que en la boda de su hijo. A decir verdad, esa unión no le satisfacía. Sí, Ayisha era bonita, perfecta, pero pertenecía a una familia de musulmanes mediocres, gente que apenas recitaba unas azoras y nunca había leído un texto religioso. Alhadji incluso sospechaba que llevaban grisgrises bajo la ropa y ofrecían de vez en cuando sacrificios a «fetiches». Pero, aparentemente, Alfa se había encaprichado de la muchacha, y la juventud de entonces presumía de amar y de no guiarse sólo por la elección de los padres. Si Alhadji se había dejado convencer era porque, en cierto modo, Alfa le preocupaba. Era un hijo excelente. Acababa de terminar su primera educación religiosa, despertando la admiración de todos sus maestros por la profundidad de su espíritu. Pero, si no se le corregía, corría el peligro de que su gusto por el monaquismo acabara estropeándolo.

Repetía constantemente la azora del Altísimo: «Pero prefería la vida en este mundo. Y sin embargo, la vida futura es mejor y eterna. En verdad, eso está en los libros antiguos de Abraham y de Moisés.» Si Alá quería, esa boda quizá lo devolviera a la tierra. Porque no es bueno que el hombre acabe siendo un eunuco, incapaz de arder por el cuerpo de una mujer.

La concesión de Alhadji Guidado estaba situada enfrente de la mezquita. Mientras que muchos peul de Macina hacían construir, a la manera de los bambara o de los habitantes de Djenné, grandes casas de tierra con tejados en terraza, Alhadji había convertido en una cuestión de honor el hecho de conservar los usos de su etnia. Su concesión estaba formada por cabañas de forma circular, con las paredes de paja trenzada. En el centro del patio se alzaba un cobertizo sostenido por columnas hechas con troncos de árbol unidos. Allí era donde se congregaba la multitud, rodeando a los futuros esposos. Unos chiquillos sujetaban por los cuernos a unos corderos de lana sedosa de Fermagha que iban a ser sacrificados. Las mujeres hacían circular lebrillos de leche cuajada, mezclada con dátiles y hojas de menta, mientras que de las cocinas salía el perfumado olor del *tatiré macina*.

¡Qué guapa estaba Ayisha! Llevaba un vestido de una sola pieza confeccionado en Tombouctou. Sin embargo, lo que atraía todas las miradas era su peinado: una alta cimera central perfectamente tensada y flanqueada por gruesas trenzas con hilos de

oro y plata entremezclados. Para la ocasión, su madre y las mujeres de la familia le habían colgado de las orejas unos pendientes de oro de seis centímetros de diámetro o más, aunque tan ligeros que se balanceaban al menor soplo de aire. Aparte de eso, lucía innumerables pulseras, anillos y collares en las muñecas y los tobillos. Alfa vestía con su acostumbrada sencillez un *bubu* de tela fina. Cuando debería haberse sentido transportado a la cúspide de la felicidad y del orgullo, miraba a Ayisha sin embriaguez alguna. Si hubiera seguido la dirección natural de sus inclinaciones, jamás se habría casado. Pero Ayisha lo amaba tanto que lo había conquistado. Era como un fuego al que había sido expuesto por sorpresa y cuyo resplandor lo había fascinado. Alfa lamentaba la ausencia de Mohamed. ¡Cómo se habría burlado de él su amigo! «Así que tú también sucumbes a la atracción de la mujer, ¿eh?», habría dicho.

A decir verdad, Mohamed, incluso estando ausente, había sido un elemento decisivo en aquella unión. ¿No era Ayisha su hermana? ¿Y no era aquél un medio de acercarse más a él? Sin embargo, cada vez que había intentado abordar el tema con su prometida, ésta se había escabullido dejando traslucir un extraño malestar.

En espera de la llegada del imán, que era también hermano de Alhadji Guidado, la gente mantenía animadas conversaciones. Todas giraban en torno a Segu. Los vigías habían anunciado que la delegación había atravesado Sansanding y entrado ya en Diafarabé.

Algunos aceptaban la reconciliación con Segu. Simplemente pedían que Amadu Cheiku enviara hombres de confianza para ver cómo estaban allí las cosas desde el punto de vista religioso. Si los bambara eran sinceros, que rompieran sus cabañas fetiche y multiplicaran la construcción de mezquitas.

Otros se negaban en redondo. Y además deseaban que Macina volviera a la norma de sucesión colateral de la que se había apartado a la muerte de Cheiku Amadu. Entonces Ba Lobbo, hermano del jeque y jefe supremo del ejército, ascendería al trono. ¡No había musulmán más intransigente que él! ¡No habría dudas sobre qué bando sería el suyo!

Y otros, por último, no se atrevían a confesar que se sentían tentados por la vía tiyani. Habían leído *Ar-Rimah*,^[212] la obra maestra de al-Hayy ‘Umar, y les atraía ese islam intransigente, similar al de Hamdallahi en tiempos pasados, que en cierta forma recuperaba las virtudes de las tariqa^[213] anteriores. Repetían once o doce veces la *Djawharatul-Kamal*:^[214]

*Oh Dios, difunde tus gracias y tu paz
por la fuente de la misericordia divina, resplandeciente como
el diamante, auténtica en su verdad, que abraza
el centro de las inteligencias y de los significados...*

La aparición del imán puso fin a todo aquel parloteo. Le cubrieron la cabeza a Ayisha con un velo blanco y la ceremonia de la boda comenzó.

En el mismo instante, la delegación de Segu entraba en Hamdallahi. Con una pompa desterrada en aquella ciudad musulmana, los griots iban en cabeza. El sonido amplio del *dunumba* alternaba con el de los *tamani* y de vez en cuando se interrumpía para dejar que se oyera a los flautistas y los violinistas. Unos jinetes vestidos de amarillo disparaban sus fusiles y se respiraba un olor de pólvora que Hamdallahi había olvidado hacía mucho tiempo. Los habitantes salían apresuradamente de sus concesiones y se quedaban ante los *kakka*^[215] de tallos de mijo, divididos entre la admiración que causaba un espectáculo tan hermoso y el desprecio que les inspiraban aquellos fetichistas.

Mohamed avanzaba lentamente, casi en la cola de la delegación, justo delante de los esclavos que llevaban los presentes que el *mansa* Demba enviaba al soberano. Desde hacía varias noches lo torturaba un sueño. Siempre el mismo. Entraba en la concesión de Ayisha, que estaba descansando sobre su estera con los ojos cerrados, la cabeza en dirección norte y los pies en dirección sur. La familia lloraba a su alrededor, y mientras él, trastornado, sin dar crédito a sus ojos, se acercaba al cuerpo, una voz le susurraba: «Como ves, no te estaba destinada. Ahora está perdida para siempre.» Entonces se despertaba, bañado en sudor y tiritando como si padeciese *suma*.^[216]

La delegación de Segu llegó a la mezquita y la concesión de Amadu Cheiku que quedaba frente a aquélla. Los talibanes, curiosos, salían desordenadamente para ver a los bambara y les sorprendía comprobar que eran altos, apuestos, de facciones nobles, cuando se los habían pintado como diablos de aliento apestoso y dientes oscurecidos por el tabaco, cuyo consumo estaba prohibido en Hamdallahi. La considerable multitud congregada ante la concesión de Alhadji Guidado para presenciar la boda de Alfa y Ayisha, se precipitó también para contemplar a los bambara. Algunos reconocieron a Mohamed, que había pasado muchos años entre ellos. Hubo risas, saludos y bendiciones.

—Llegas justo a tiempo para asistir a la boda de tu amigo.

—¿Alfa Guidado?

Mohamed no dijo nada más. Una terrible intuición, rápidamente transformada en certeza, lo había asaltado. Si Alfa Guidado había cedido por fin a los encantos de una mujer, ésta sólo podía ser la que él amaba. ¿Acaso no era Alfa su *alter ego*? Bajó del caballo y cruzó el umbral de la concesión. Su aspecto era tal que, a medida que avanzaba, los ruidos se apagaban, dejando paso a un silencio cargado de estupor. Ayisha, por su parte, desde hacía varias noches tenía el mismo sueño. El imán acababa de pronunciar las palabras rituales. Su mano descansaba en la de Alfa mientras el poeta Amadu Sandji, echando la cabeza hacia atrás, recitaba una de sus composiciones más bellas. Fue entonces cuando Mohamed hizo su aparición, luciendo un *tilak* tuareg en la cabeza.

Así pues, cuando Mohamed asomó vacilante entre los músicos, súbitamente aterrorizados, Ayisha creyó que su sueño estaba haciéndose realidad y realizó un

gesto instintivo para protegerse.

Lo que no había tenido en cuenta es que Mohamed no era violento. Si avanzaba hacia ella, no era para amenazarla o golpearla. Era simplemente para abrazarla y caer a sus pies llorando.

—¿Por qué no me dijiste nunca que querías casarte con ella?

Mohamed volvió la cabeza. ¿Cómo podía explicarlo? Pura y simplemente, le daba vergüenza. ¡Alfa era tan puro! Dedicaba todos sus pensamientos a Dios. No veía la tierra. No veía a los humanos. Para él, la belleza de una mujer no existía. Entonces, ¿cómo iba a hablarle de emociones del corazón, de avidez del cuerpo? ¿Cómo iba a describirle ese deseo de ser uno con Ayisha? Hubiera exclamado: «¡Las criaturas sólo deben aspirar a reunirse con su creador!»

Alfa miró a Mohamed.

—¿Sabía ella que tú la amabas?

Mohamed era incapaz de mentir, y Alfa montó en cólera.

—¡Mujer impura y taimada!

—¡No la insultes! —protestó Mohamed, pese a su debilidad—. ¿Cómo puedes comprender tú lo que el amor nos empuja a hacer? Tú sólo sabes pensar en Dios...

¿Sólo en Dios? La enormidad de la blasfemia era tal que Alfa se preguntó si Satán se habría apoderado del espíritu de su amigo.

Tras la escena, habían trasladado a Mohamed, semiinconsciente, a una cabaña para visitantes. Por delicadeza, habían fingido achacar su conducta al cansancio de un largo viaje bajo el sol. Pero nadie era tan ingenuo para creerlo, y Ayisha sería siempre aquella cuya boda había sido mancillada por un amor culpable. Alfa se acercó a la puerta de la cabaña. La fiesta continuaba. Desde donde estaba, oía la voz del poeta Amadu Sandji acompañada por el canto modulado de la flauta:

*Llenos los vientres, la paz a mí me colma.
¡Oh mis innumerables mujeres, mis innumerables hijos,
yo tengo innumerables campamentos
e innumerables pueblos serviles!*

Alfa no podía permanecer más tiempo junto a su amigo sin ser descortés con sus parientes e invitados. Debía volver con ellos y comportarse con naturalidad. Afortunadamente, según lo establecido pasarían tres días antes de que se quedara a solas con Ayisha, pues parecería indecente que su matrimonio se consumase con demasiada premura. Así pues, tendría tiempo de prepararse para enfrentarse a ella. De momento, incapaz de mirarla a la cara, pasó junto a ella y se acercó a su padre, que estaba hablando con el imán de la mezquita que acababa de celebrar la boda.

Los dos ancianos hablaban de al-Hayy ‘Umar, que había partido de Dinguiraye, su capital, en dirección a Kaarta. Alhadji Guidado insistía en su postura: no a la alianza con Segu, no a la alianza con los fetichistas. Según él, Amadu Cheiku debería

haber enviado refuerzos al tucoror para ayudarlo en su gran obra. ¿No dijo el Profeta: «¡El creyente y el infiel, sus llamas no se encuentran!»?

Alfa escuchaba aquella conversación con la cabeza en otro sitio. Sufría. No tanto por la traición de Ayisha —al fin y al cabo, ¿no está hecha la mujer para sembrar la discordia a su alrededor?— como por el comportamiento de su amigo. De modo que Mohamed le había ocultado algo. ¡Él, a quien creía tan cercano! ¡Él, con quien lo compartía todo! Pensaba que sus almas estaban hechas del mismo material, que un mismo aliento animaba su pecho. ¡Por desgracia, Mohamed sólo tenía en el vientre ganas de fornicar!

En cuanto a Ayisha, ocultaba su rostro bajo el velo blanco. Aquel día del que esperaba tanta alegría finalizaba envuelto en vergüenza y pesadumbre. Sabía que Alfa no le perdonaría jamás haberle hecho daño a su amigo. Pero ¿era ella culpable? ¿De qué? ¿De ser atractiva? ¿De inspirar unos sentimientos que no compartía? Culpable. Culpable. La mujer siempre es culpable. ¿Cuándo había empezado a enamorarse de Alfa Guidado? Le parecía que siempre había estado presente en su corazón. Por las mañanas esperaba impaciente oír su voz, más ferviente que la de sus compañeros, cuando mendigaba con ellos alimento en la puerta de las concesiones. Todas las noches guardaba restos de comida para él y corría a depositarlos en su calabacino. A su lado, los otros talibanes, incluido Mohamed, parecían vulgares, hechos de un barro tosco, como el de algunos campos. El amor no puede confundirse con otro sentimiento. Mohamed era un hermano al que quería con ternura. Alfa era el dueño que había elegido.

Amadu Sandji entonaba un canto tradicional de desposada:

*Hace bien el rey en fustigarnos.
Toca el tambor real para que oigamos su sonido,
envuelve para nosotros mujeres de piel clara
y las hace entrar en cámaras nupciales,
compra nueces de cola para que nos las comamos,
compra corceles para que los montemos...*

Las mujeres repetían a coro el estribillo:

Hace bien el rey en fustigamos.

De pronto, un talibán entró corriendo en el patio, se dirigió hacia Alhadji Guidado y le susurró algo al oído. Inmediatamente, el morabito dio unas palmadas con sus finas manos. Se trataba de una noticia importante. Amadu Cheiku acababa de ponerse gravemente enfermo y exigía la presencia de todos a su lado.

Aquella noticia, que debería haber estropeado la fiesta, alivió el malestar general. Los morabitos se marcharon para rezar en voz alta; el imán, para dirigir una recitación pública del Corán; los curiosos, para merodear en torno a la concesión del

soberano. Se presentía que Hamdallahi iba a vivir días tejidos de intrigas y de pactos. ¿Quién sucedería a Amadu Cheiku? ¿Quién recibiría su gorro, su turbante, su sable y su rosario, símbolos de soberanía? ¿Su hijo Amadu Amadu? ¿Su hermano menor? ¿O uno de los hermanos pequeños de su padre? Se decía que Amadu Amadu ya había sido designado unos meses antes por su padre como sucesor.

En resumen, la fiesta acabó antes de lo previsto y las mujeres se quedaron con los lebrillos medio llenos de *tatiré macina*, las fuentes, de dátiles frescos, y los cuencos, de leche cuajada con harina de mijo.

Alfa volvió a la cabaña para visitantes donde había dejado a Mohamed. Estaba vacía. Y por más que preguntó ansiosamente a los esclavos y las mujeres, nadie sabía dónde se había metido su amigo.

Mohamed llegó a la marisma de Amba. En aquella estación, las aguas alcanzaban un nivel alto y un movimiento de vaivén las agitaba, formando una depresión en el centro. Algunos *dyi kono*, pájaros de invierno, volaban rozando la superficie y sumergían el pico en busca de un pez o un resbaladizo tallo de *burgú*. Mohamed desmontó del caballo y le dio una palmada a fin de que se alejara y no se quedara allí mirándolo, pero el animal relinchó y se negó a obedecerle.

Mohamed había recorrido el camino desde Hamdallahi hasta allí de un tirón. Sólo tenía una idea: acabar. ¡No, no debía vivir! No debía aceptar que su dolor se calmase, que se volviera vagamente inoportuno, como una esposa a la que ya no se ama pero a la que se está unido por mil vínculos. No quería llegar a ser igual que todos esos hombres que viven sin verdadero deseo ni verdadera alegría, porque no tienen valor para desligarse de la cotidianidad. Morir a los veinte años. Es decir, rechazar la existencia con otra que no fuese Ayisha. Mohamed se quitó metódicamente la ropa. Primero, el caftán de seda blanca con el escote ribeteado de bordados de estilo hausa; después, la túnica semilarga; a continuación, la camisa de algodón sin mangas; y por último, el pequeño casquete que le cubría el cráneo. Se quedó sólo con los pantalones bombachos, temblando, pues soplaban un aire fresco. Bajo sus pies, la tierra empapada de agua estaba blanda. Se decidió a avanzar.

Cuando estaba a punto de llegar a la orilla, cuajada de nenúfares, Mohamed vio aparecer un pastor peul a su izquierda. Llevaba un pareo negro de lana y un sombrero cónico y permanecía totalmente inmóvil, con una pierna apoyada y la otra levantada, como las garzas. La aparición le sorprendió, pues al llegar le había parecido que en las inmediaciones de la marisma no había nadie. Además, ¿qué hacía allí aquel pastor sin rebaño al anochecer? Estuvo a punto de retroceder, pero se avergonzó de esa reacción de miedo, indigna de un creyente. No obstante, sacó el rosario de un bolsillo del pantalón y se puso a desgranarlo. ¿Qué haría ahora? ¿Arrojarse al agua ante un testigo? Mohamed, medio desnudo, permaneció allí temblando hasta que de repente se levantó un fuerte viento. Las aguas de la marisma chapalearon con furia al tiempo que una nube de cangrejos de cuerpo traslúcido salía desordenadamente de sus refugios. Una gran serpiente negra y blanca apareció sobre un lecho de nenúfares y

comenzó a balancear su cabeza plana, con ojos de color ámbar, de derecha a izquierda. Aquellas cosas no eran naturales. Mohamed había empezado a batirse en retirada cuando oyó su nombre. Era la voz de Tiekoro, la voz de su padre, que no había oído desde hacía años y cuyo sonido lo convertía de nuevo en un chiquillo temeroso que trazaba letras con mano torpe en una tablilla.

—Padre, ¿eres tú? —dijo, cayendo de rodillas.

El pastor peul se quitó el sombrero, dejando al descubierto su rostro, marcado por el dolor. Una lágrima resbalaba por sus mejillas.

—Padre, ¿por qué lloras? —balbució Mohamed.

Pero ¿acaso no sabía de sobra la respuesta? Su padre lloraba porque iba a condenarse al fuego eterno destruyendo deliberadamente el templo de su cuerpo. ¿Y por qué? Por el amor de una mujer. Entonces vio todo el horror de su resolución. Debía vivir. ¡Vivir! Vivir purificado de deseos y de emociones frívolas. ¡Ah, cómo se alegraba de que Ayisha no hubiera compartido sus sentimientos, pues, de haber sido así, habría vivido encadenado a su cuerpo! Ahora, en cambio, estaba solo. Solo con Dios.

—Padre, perdóname —balbució.

Mientras se precipitaba hacia la forma inmóvil para abrazarla y expresarle su arrepentimiento, el pastor peul desapareció. Fue algo tan repentino que Mohamed creyó haber sufrido una alucinación. ¡Imposible! Todavía oía su nombre. Todavía notaba en su rostro el calor de una mirada. Entonces comprendió que, por amor a él, Tiekoro había dejado unos instantes el mágico Djanna, lugar de refugio de quienes han sabido preservar su corazón de pasiones. Una fuerza nueva lo invadió. Sí, iba a vivir. Y a luchar. En lo sucesivo sería un soldado de Alá. Se puso apresuradamente la ropa, asió por la brida al caballo, que estaba inmóvil, como petrificado por la aparición, y lo tranquilizó:

—¡Vamos, precioso! ¡Volvamos!

Al llegar a la puerta de Damal Fakala, al sur de la ciudad, unos lanceros lo detuvieron. Amadu Cheiku había muerto.

Desde todos los rincones de la ciudad se elevaban lamentos:

Ha muerto Amadu, el padre de los pobres y su sostén.

Ha muerto Amadu, que siempre fue sumiso a Alá

y que recurrió tantas veces

a la indulgencia cuando tenía la posibilidad de ser severo.

Ha muerto Amadu, que tanto ha elevado el nombre de los peul...

Pese a ser de noche, la muchedumbre se agolpaba en las encrucijadas; las mujeres, con la cara tapada, se escondían a la sombra de sus hermanos o sus maridos. Los espíritus estaban inquietos. Se repetían la predicción del jeque al-Bekkey: «La muerte de Amadu Cheiku provocará un huracán. Antes de que el país acabe de contar

un número de años igual al de los dedos de las dos manos, un cataclismo procedente del oeste se abatirá sobre Hamdallahi y entonces nos rechinarán los dientes.»»

Desde hacía años, los peul imponían su ley en la región. Incluso los bambara habían llegado a temerles y evitaban enfrentarse abiertamente a ellos. ¿Iban a verse amenazadas de nuevo esa paz y esa seguridad? ¿Iban a volver los tiempos en que les robaban el ganado, en que repartían a sus mujeres y sus hijos entre extranjeros, en que ejecutaban a los hombres? Mohamed se reunió con los bambara en la gran casa de un piso donde los habían alojado. Empezaban a preocuparse por su desaparición. Alfa Guidado había ido a preguntar por él, cuando ellos creían que estaba en la boda. Mandé Diara, el jefe de la delegación, temía que la muerte del soberano los retuviera más tiempo del esperado en aquella ciudad que ya odiaba. Otros se preguntaban si el futuro señor de Macina adoptaría la misma postura que Amadu Cheiku o si, en vez de buscar la alianza con Segu, decidiría aliarse con el tucoror para plantarle batalla.

Mohamed se sumó a los presentes, sentados en círculo sobre alfombras de buena lana, decoradas con motivos florales, hechas en Marruecos. Hasta entonces, dada su edad en comparación con la de aquellos adultos, padres de familia y muchos de ellos protagonistas de hazañas en la guerra o en la caza, debía permanecer en silencio a no ser que le pidiesen que leyera o tradujera algún texto. Pero en aquella ocasión, contrariamente a ese hábito, tomó la palabra:

—¿Para qué lamentarse antes de hora?... Es como una plañidera que comenzara a entonar sus cánticos cuando el alma todavía anima el cuerpo...

Todos se miraron, sorprendidos. ¿Qué le pasaba al hijo de Tiekoro Traoré?

Mandé Diara tenía razón. La muerte súbita de Amadu Cheiku obligó a la delegación de Segú a quedarse casi tres meses en Hamdallahi.

Primero vino el período de luto oficial, durante el cual no se celebró ninguna reunión del Consejo. Luego, el cuerpo de Amadu Cheiku, envuelto en las siete prendas de vestir, los pantalones, el gorro, el turbante, cuyo extremo apuntaba hacia la cara, y las mantas formando capuchón, fue enterrado junto al de su padre en el interior de la concesión donde habían vivido.

Tras esta inhumación, a la que sólo asistieron los familiares y los miembros influyentes del reino, se enviaron cartas por todo Macina y a los países amigos a fin de invitarlos a la entronización del nuevo soberano, Amadu Amadu.

Amadu Amadu era aún muy joven. Su madre y su abuela lo habían mimado y rodeado de atenciones, y debido a ello era incapaz de tomar una decisión. Así pues, fue una presa perfecta entre las manos del jeque al-Bekkay, a quien no le costó ningún esfuerzo hacerle adoptar la misma política que su padre. Pronto se supo que le había hecho firmar un documento de diez puntos, el primero de los cuales insistía en la necesidad de aliarse con Segú contra al-Hayy ‘Umar.

Los bambara estaban desesperados. A ellos, Hamdallahi les parecía una ciudad horrible, atrincherada tras sus murallas como una mujer mojigata en su cabaña. Los días allí eran monótonos, marcados por las sempiternas llamadas de los muecines, tras las cuales los hombres se apiñaban como corderos balando en dirección este. Las noches eran más agotadoras aún, sin veladas alrededor del fuego, sin cuentos, sin danzas en común. En ocasiones se alzaba la voz aguda de un *dimadio*,^[217] acompañada de un ridículo instrumento tan poco melodioso como aquélla. Los funerales de Amadu Cheiku les sorprendieron enormemente. ¿Eran eso unos funerales reales? ¿Dónde estaban las ofrendas? ¿Dónde estaban los sacrificios? ¿Y los cantos y la música? ¿Y el recitado de las genealogías y de las hazañas de la familia del difunto? Comparaban esa ceremonia apresurada y sin grandeza con las que acompañaban la desaparición de los *mansa* en Segú.

Una mañana, Amadu Amadu ordenó que los convocaran. ¡Era un auténtico *bimi*! La tez muy clara, el cabello rizado como el de los moros, vestido de un modo tremendamente sencillo con un caftán blanco sin bordados, y sin embargo, sutilmente arrogante. Lo rodeaban los miembros del Gran Consejo al completo. Incluso se hallaban presentes los que residían en el interior de Fakala o a orillas del lago Debo, así como los *amirabe*^[218] de las diferentes regiones del reino. Comenzaron recitando las plegarias, esas plegarias que exasperaban a los bambara: «Oh Dios, bendice a nuestro señor Mohamed, el que ha abierto lo que estaba cerrado, el que ha clausurado lo que ha precedido, el que defiende la verdad por la verdad...»

Finalmente se sentaron.

Amadu Amadu tomó la palabra y anunció sobriamente:

—Kaarta ha caído en manos de al-Hayy ‘Umar. El *mansa* Mamadi Kandian acepta convertirse al islam. Esta carta que me ha enviado el tucoror lo confirma.

¡Kaarta! ¡El reino bambara de Kaarta! ¡El que había fundado Niangolo Kulibali, mientras que su hermano se instalaba en Segu! No habían faltado disputas entre los dos reinos bambara, de acuerdo. Sin embargo, ante el anuncio de esta noticia fueron olvidadas. Sólo hubo lugar para la pesadumbre y el deseo de venganza. Amadu Amadu le tendió a Mohamed, el único miembro de la delegación bambara capaz de leer, un pergamino autenticado por un sello circular. Era la escritura de al-Hayy ‘Umar. Mohamed lo recorrió con los ojos antes de leérselo a los suyos.

«Los infieles de Kaarta han sido sometidos. Ese país ha sido borrado del mapa. Tal ha sido la voluntad de Dios. Yo sólo quiero reformar cuanto pueda. Mi única ayuda es Alá. ¡Formemos un solo grupo contra sus enemigos, contra nuestros enemigos y los enemigos de nuestros padres: los politeístas! Los únicos sentimientos apropiados entre nosotros son el amor, el afecto, el respeto y la consideración...»

El silencio se hizo en la sala. Los bambara estaban aterrorizados. Sí Kaarta había sido derrotada, si Mamadi Kandian se había convertido, todo podía suceder.

Amadu Amadu tomó de nuevo la palabra:

—No os ocultaré que no cuento con la unanimidad del Gran Consejo. Diré incluso que he tenido que forzar la voluntad de hombres más sabios y más experimentados que yo. Con todo, ésta es la decisión que he tomado: un grupo dirigido por Alhadji Guidado y Hambarké Samatata os acompañará a Segu para destruir vuestras cabañas fetiche y levantar acta de la conversión de vuestro *mansa*...

El propio Mohamed se quedó aterrado. Ya no compartía la religión de sus antepasados, ¡pero de ahí a destruir las cabañas fetiche! ¡El pueblo de Segu no lo aceptaría jamás! Habría una sublevación en todas las concesiones. ¡El reino se tambalearía!

—Si aceptáis —prosiguió Amadu Amadu—, le escribiré una carta a al-Hayy ‘Umar informándolo de que Segu ha pasado a formar parte de mi vasallaje. Así ya no podrá atacaros y la paz será respetada.

«¡Segu ha pasado a formar parte de mi vasallaje!» ¡Eran unas palabras inaceptables! Mandé Diara, fuera de sí, se levantó con la evidente intención de abofetear a aquel peul. Tuvieron que impedirselo. La delegación bambara se retiró en medio de un gran alboroto.

Al salir de la sala de las Siete Puertas, donde se celebraba el Consejo, Mohamed se topó con Alfa Guidado. En vez de aprovechar el retiro que sigue a la boda, durante el cual la esposa se dedica exclusivamente a atender a su compañero, Alfa salía de casa todas las noches para visitar a su amigo y se quedaba allí hasta altas horas. Los dos jóvenes no hablaban nunca de Ayisha. Al principio, Mohamed se había sentido muy tentado de preguntarle cómo se comportaba con su mujer, si lo había perdonado

e incluso si había consumado el matrimonio. Pero finalmente se había reprimido. Puesto que hacía el esfuerzo de borrar de sus pensamientos a una mujer que había estado a punto de hacerle cometer el más grave de los pecados, ¿por qué iba a preguntar por ella? De modo que Alfa y Mohamed charlaban interminablemente de los hadiz, del futuro de Macina y de Segu y, sobre todo, de la aparición sobrenatural de Tiekoro, que no sorprendía a Alfa.

—Cuando un hombre posee el pleno conocimiento de la religión por dentro, lo puede todo. Tu padre era un santo. Ha podido acercarse a ti... Y no me extrañaría que regresara en todos los grandes momentos de tu vida... —Alfa pasó un brazo por debajo del de Mohamed—. *Gore*,^[219] cuando vuelvas a Segu, te acompañaré. He obtenido la autorización de mi padre para formar parte de la delegación de Macina.

Mohamed se desasíó con una violencia que le sorprendió a él mismo y exclamó:

—¡No estés tan seguro de ti mismo! Todavía no hemos decidido aceptar vuestra proposición.

Alfa lo miró con tristeza y dijo en un tono de conmiseración:

—No tenéis elección...

Los dos jóvenes se enfrentaban por primera vez, pues por primera vez Mohamed pensaba en sí mismo como un bambara y no como un musulmán. Jamás había olvidado la lección que le había dado su padre al anunciarle que partiría para Hamdallahi: «Los creyentes, aunque estén alejados por el parentesco y la distancia, son “hermanos” porque, a través de la religión, se remontan a un mismo origen: la fe.»

Además, había crecido junto a Alfa Guidado y forjado su inteligencia y su sensibilidad escuchando a los mismos maestros. Y resultaba que, de repente, se encontraba apartado de él, dispuesto a asumir una herencia que ni siquiera conocía totalmente y que, en cierto modo, había aprendido a despreciar. Segu estaba dentro de él. La reivindicaba.

Con sus cabañas fetiche. Con sus sacrificios sangrientos. Con sus prácticas oscuras y misteriosas.

En Hamdallahi, habitualmente tan tranquila, reinaba el desasosiego. La muerte de Amadu Cheiku, la instalación del nuevo soberano, el anuncio de la caída de Kaarta, es decir, de la entrada de al-Hayy ‘Umar en una región que Macina se consideraba la única con derecho a convertir, todos esos acontecimientos habían acabado por romper la reserva impuesta a la vez por el islam y por la educación peul. Se veía incluso a mujeres congregadas en los cruces, a la escucha de las noticias que circulaban y cuya procedencia se ignoraba. Los maestros abandonaban las escuelas coránicas y los niños recobraban la alegría, las risas, el alboroto. Grandes bueyes pacían sin vigilancia los tallos de mijo de los *kakka* que rodeaban las casas. Alfa y Mohamed se separaron delante de la vivienda donde estaban alojados los bambara. Por primera vez, no sentían deseos de estar juntos.

Y sin embargo, Alfa tenía razón. Segu no podía rechazar la propuesta de Amadu Amadu. Había que aceptar la alianza. Al-Hayy ‘Umar era demasiado poderoso. Sus ejércitos estaban animados por una fuerza demasiado temible.

En Guémou-Banka, había hecho matar a todos los hombres.

En Baroumba, había hecho pasar a cuchillo a toda la población.

En Sirimana, había hecho ejecutar a seiscientos hombres y llevarse a miles de cautivos.

En Nioro de Kaarta, su conducta había sido especialmente sanguinaria. Al principio le había perdonado la vida al *mansa*, que afirmaba querer convertirse al islam. Pero luego había cambiado de opinión y ordenado que lo decapitaran en presencia de sus esposas e hijos, antes de ejecutar a éstos uno a uno. A continuación, había permitido a sus discípulos pasar a la población a cuchillo y rematarla disparando. Ya se había perdido la cuenta de los muertos.

Uno acababa por preguntarse si al-Hayy ‘Umar era un hombre nacido de una mujer. ¿No sería el instrumento de una terrible furia de los dioses y los ancestros? Pero ¿qué crímenes podían irritarlos hasta tal punto? En vista de la situación, y tras reflexionar con calma, Mandé Diara tomó una decisión sensata: volver a Segu con la delegación de Macina y exponer su proposición al *mansa*.

¡Qué dolor descubrir a un enemigo en la persona que se quiere como a un doble de uno mismo! Ésta era la situación en la que se hallaba Mohamed viajando al lado de Alfa.

Aparentemente, nada había cambiado entre ellos. Y sin embargo, nada era como antes. Alfa era un peul de Macina, país que probablemente iba a imponer su ley a Segu.

Así pues, atravesaban sin hablar tierras que el invierno hacía tan oscuras como su estado de ánimo. Evitando el Djoliba, que estaba crecido, tomaron la carretera de Tayawal y cruzaron el Bani a días de marcha de Djenné. Ni un hombre a la vista. Los campesinos se escondían en sus pueblos, que habían fortificado apresuradamente. Rebaños de búfalos iban a mirar los caballos, mientras que el canto de los griots bambara que acompañaban a sus señores hacía huir a las gacelas, manchas anteadas al pie de los árboles de karité.

Los hombres pasaban la noche en campamentos montados por esclavos peul, acostumbrados por las antiguas tradiciones nómadas a protegerse de la naturaleza en todo tipo de lugares. Éstos cortaban ramas jóvenes de los árboles de karité, las clavaban en el suelo y enrollaban a su alrededor grandes esteras de *secco*,^[220] sujetas con tallos de mijo. Llegaron a Segu antes del mediodía.

Mohamed no se había preguntado nunca si amaba Segu. A su regreso, finalizados los estudios, había experimentado mucha alegría al verla de nuevo. Era un lugar donde él había sido un niño, mimado por su madre y sus hermanas. Un lugar de recuerdos personales, íntimos. De pronto, veía la ciudad con otros ojos.

Las murallas de tierra se alzaban por encima de las aguas grises del Djoliba. Pero, en vez del acostumbrado tropel de mujeres, niños y pescadores, había alrededor una aglomeración de cabañas de paja y tiendas de piel, refugios rudimentarios y patéticos.

Eran de los bambara escapados del saqueo de Nioro, que se habían dirigido al reino de Segú con la esperanza de encontrar allí protección. Semblantes demacrados. Cuerpos destrozados. Los hombres habían visto violar a sus mujeres y sus hijas. Las mujeres habían visto destripar a sus maridos. Los niños habían perdido padre y madre y conservaban la vida únicamente gracias a la poderosa solidaridad de las mujeres: todas las madres ofrecían sus pechos a dos bebés, transportaban en la espalda a dos niños. Un griot cantaba de pie sobre un montículo de tierra. Los discípulos de al-Hayy ‘Umar habían matado a sus tres hijos y se habían repartido a sus mujeres, que tenían la desgracia de ser guapas. Así que sólo podía cantar:

*La guerra es buena puesto que enriquece a nuestros reyes.
Mujeres, cautivos, ganado, todo eso les proporciona.
La guerra es santa puesto que nos convierte en musulmanes.
La guerra es santa y buena.
Que incendie, pues, nuestros cielos,
de Dinguiraye a Tombouctou, de Guémou a Djenné...*

Al escuchar aquel canto, Mohamed no pudo contener las lágrimas. ¡En efecto, al-Hayy ‘Umar hacía la guerra en nombre de Alá, el único Dios verdadero! ¡Era el yihad! Sin embargo, ese pueblo era el suyo. Sus heridas eran las suyas, y se sorprendía odiando a un Dios que se manifestaba así mediante el hierro y el fuego. Detuvo al caballo delante del griot, auténtico espantajo humano con su mitra de cuero constelada de cauris hecha jirones, el cuerpo tapado de cualquier manera con una piel de cabra, las heridas abiertas y supurantes.

—¿Cómo te llamas?

El hombre lo miró con unos ojos oscurecidos por todo el sufrimiento del mundo.

—Faramán Kuyaté, señor.

—¡Sígueme!

Cojeando a causa de las heridas que tenía en los pies, envueltos en hojas de baobab, el hombre lo siguió. Y seguía cantando:

*Oh, sí, la guerra es santa y buena.
Que incendie, pues, nuestros cielos...*

La delegación de Macina entró en el palacio del *mansa*, donde iba a ser alojada junto a los dignatarios bambara. Mohamed tomó el camino de la concesión familiar, aminorando el trote del caballo para no distanciarse demasiado de Faramán. Se alegraba de haberse separado de Alfa. En otros tiempos, sin duda alguna lo habría alojado en su casa, habría compartido con él una cabaña, se lo habría presentado a los

suyos, en particular a Olubunmi. Ahora, si actuase así tendría la impresión de ser un traidor. ¿No sería simplemente que era un mal musulmán? El amor de una mujer ya se había impuesto en su corazón sobre el amor de Dios. Ahora, el apego hacia los de su pueblo se imponía sobre la fraternidad del islam. Pensó en su padre. Él había recibido a al-Hayy ‘Umar, fundador de una *zawiya*, plantado cara a un rey. Una sensación de indignidad lo invadió. Jamás igualaría ese modelo.

Olubunmi, que había oído anunciar la llegada de la delegación, estaba en la entrada de la concesión con Mustafá, el pequeño Kosa y otros hermanos. Los dos jóvenes se abrazaron.

Olubunmi dijo en tono de broma:

—Ya tenemos al *bimi* de vuelta...

¿*Bimi*? Sí, claro, llevaba sangre *peul* por parte de madre. Mohamed se percató de que lo había olvidado. Pasando un brazo por debajo del de Olubunmi, entró en la concesión y sintió alegría al ver la sólida alineación de cabañas, el *dubal* en el centro, el olor de las fumigaciones de *makalanikama*, que favorece la unidad de la familia.

Olubunmi, feliz por el regreso de su compañero favorito, no paraba de hablar.

—¿Sabes que Yasa ha tenido un hijo? Le han puesto de nombre Fanko... Es mi homónimo y yo lo cuido mucho. Así que todo el mundo se ríe de mí y me pregunta si me he convertido en una mujer.

Mohamed se dio cuenta de que Faramán lo había seguido hasta allí sin decir palabra y estaba esperando que se dignase ocuparse de él. Sintió un poco de vergüenza por su despreocupación. Asíó, pues, al griot de la mano y lo condujo al patio donde vivía la *bara muso* de Tiefolo, a fin de que le ofreciera comida y techo.

El *mansa* Demba aceptó la proposición de Amadu Amadu transmitida por la delegación de Macina.

Bajo la supervisión de los *peul*, pequeños grupos de *tondyon* entraron en todas las casas de Segu y atravesaron la sucesión de patios hasta llegar a las cabañas donde se daba cobijo a los *pembelé* y los *boli*. Los sacaron a la calle y después los transportaron a la plaza del Palacio, donde tenía lugar el auto de fe presidido por Alhadji Guidado y Hambarké Samatata, flanqueados por los morabitos reales. Las crepitantes llamas devoraron los pelos, las cortezas, las raíces, los leños y las colas de animal que los componían. Desde todos los rincones de la ciudad, los *tondyon* llevaban montañas de objetos sagrados. Las piedras rojas que representaban a los ancestros, como no podían arder, las partían. A continuación se dirigieron al barrio de los forjadores-feticheros, adosado a la muralla, bastante cerca de la puerta Mougou Sousou. Los útiles de los grandes ancestros escondidos en agujeros practicados en el suelo, evocación de las antiguas viviendas subterráneas de los forjadores en Gwonna, fueron sacados de sus santuarios. Como no se podía quemar el hierro de las azadas, los picos y las hachas que había en las forjas, les arrancaron los mangos de madera. Luego condujeron a aquellos hombres santos a la plaza, donde los despojaron de los collares de cuernos de animal, dientes, plumas y hojas que llevaban alrededor del

cuello, así como de los objetos mágicos que lucían en torno a la cintura. A continuación, los obligaron a arrodillarse a fin de que un barbero rapara sus venerables cabezas. Cada vez que caía un mechón de pelo, la multitud apiñada en la explanada del palacio dejaba escapar un gemido de dolor y de ira. Llevado por un exceso de celo, un *tondyon* rasgó la vestidura hecha de fibras vegetales de un sumo sacerdote del Komo y el anciano, estupefacto, se quedó inmóvil, exponiendo a las miradas de los presentes su cuerpo sarmentoso, asolado por la edad.

¿Qué tenía en mente el *mansa*? La gente no lo entendía. ¿Cómo esperaba preservar su poder dándole la espalda a los dioses de Segu e insultando a los ancestros que lo habían protegido? ¿Ceguera, locura! Tras tamaños crímenes, el nombre de Segu desaparecería de la faz de la tierra. Y si no, se convertiría en el de una miserable aldea que vegeta a orillas de un río y de la que la gente no tendría noticias. Dirían: «¿Segu? ¿Dónde está eso?»

Los hombres vacilaban. ¿Había que lanzarse y defender los fetiches? Cuidado, los *tondyon* tenían fusiles, y esos cerdos no dudarían en disparar. Entonces, ¿qué? ¿Había que quedarse de brazos cruzados? ¿No equivalía eso a convertirse en cómplice, a hacerse responsable en parte del crimen y del castigo que seguiría?

Al tiempo que se realizaba el auto de fe, otros *tondyon* y otros *peul* recorrían la ciudad tomando nota del emplazamiento de las mezquitas. No incluían en el recuento las mezquitas de los somono y de los moros, ya que se trataba de comunidades tradicionalmente islamizadas. Sólo se consideraban satisfechos si el imán, el muecín y los fieles eran bambara. En vista de ello —¡el colmo de la superchería!—, el *mansa* había enviado hombres con túnica larga y la cabeza rapada, que salmodiaban a coro: «*Al hamdu lilahi*»,^[221] «*La ilaha ill' Allah*»^[222] y otras frases obscenas. Asimismo, contaban las escuelas coránicas e interrogaban a los maestros acerca del número de alumnos y el nivel de estudios. En ocasiones les hacían preguntas para ponerlos a prueba, como por ejemplo: «¿En qué consiste el *ihsan*?»,^[223] «¿Cuál es la enseñanza oculta de la *shahada*?» Y los seudomaestros, debidamente aleccionados, respondían a la perfección.

¿Quién había organizado aquella mascarada? Ésa era la pregunta que Mohamed se hacía. Los *peul* de Macina sabían perfectamente que no estaban tratando con verdaderos musulmanes, que los grandes fetiches reales permanecían intactos y a buen recaudo en las cabañas de los altares de palacio, donde había también algunos albinos que podrían ser ofrecidos ritualmente a Faro en caso necesario. No ignoraban que aquellas conversiones ostentosas no significaban nada ni tenían efecto alguno en el conjunto de los habitantes, que se apresurarían a pedir a sus feticheros que les hicieran de nuevo *boli* y *pembelé* y ofrecerían el doble de sacrificios para tratar de apaciguar a los dioses. ¿Qué vergonzosa alianza estaba tramándose y en torno a qué? ¿Con qué finalidad? El desprecio y la cólera rivalizaban en su corazón.

Mohamed, acompañado de Faramán Kuyaté, que no se apartaba de él, estaba en la plaza del Palacio cuando un hombre se acercó a él.

—¿Eres tú un Traoré, hijo de Tiekoro Traoré y nieto de Dusika? Mohamed asintió.

—Entonces, date prisa —dijo el hombre haciendo un gesto vivo—. La desgracia acaba de abatirse sobre tu casa.

Mohamed echó a correr.

Cuando Alhadji Guidado se dirigió desde la plaza del Palacio a la concesión de los Traoré, estaba encargado de realizar una misión de gran importancia. Todo el mundo sabía que lo que más odiaba al-Hayy ‘Umar era la tolerancia del islam con el fetichismo, la mezcla del islam y los ritos fetichistas. Y había una buena manera de demostrarle que Macina toleraba ya tan poco como él semejante práctica y había dejado de tomarse las cosas a la ligera. Tiekoro Traoré había sido un santo, un mártir de la verdadera fe. Ahora su tumba se encontraba dentro de una concesión de no creyentes, a dos pasos de cabañas con altares inundados de sangre, entre los vapores deletéreos de plantas con poderes mágicos. Se decía que un musulmán venido de Bakel con objeto de solicitar convertirla en un lugar de peregrinación para los creyentes, había esperado más de seis meses para acabar recibiendo una respuesta vaga. Pues bien, ¡todo eso iba a cambiar! Con un gran despliegue de fuerzas, destruirían las cabañas de los altares y le darían a la tumba de Tiekoro Traoré la preeminencia que siempre debería haber tenido. Si era preciso derribar cabañas cercanas a fin de que destacara como una azucena en medio de un matorral de ortigas, los *tondyon* se encargarían de hacerlo.

Pero, al mismo tiempo, Alhadji Guidado odiaba esa misión. ¡El colmo de la hipocresía! La Macina de Amadu Amadu practicaba la *muwalat* con el reino del *mansa* Demba para tener acceso a la fortuna que éste poseía. Un versículo del Altísimo condenaba ese acto con absoluta claridad: «Oh vosotros que creéis, no toméis como aliado a un pueblo con el que Alá está enojado...»

¡Oh Amadu Amadu, indigno hijo de su padre, Amadu Cheiku, enemigo de los infieles, amigo de Alá, temeroso de Alá!

Alhadji Guidado se encontró ante la concesión de los Traoré e, impresionado a su pesar, admiró la fachada decorada con nervaduras en relieve y realzada por la alternancia de los ornamentos murales coloreados en rojo o blanco de caolín. ¡Ah, esa gente sabía construir!

Alhadji Guidado entró en el primer patio seguido de su hijo, de algunos dignatarios peul y de numerosos *tondyon*, y se encontró de cara con un apuesto anciano que se presentó con determinación:

—¡Soy Tiefolo Traoré, *fa* de esta morada!

Tiefolo llevaba una camisa corta confeccionada con dos tiras de algodón teñidas de rojo, que se ataba en los laterales con tres cordoncillos, un taparrabos de piel adornado con cauris, y un tocado alto hecho con pieles de animal y totalmente recubierto de cauris y grisgrises de toda clase. Lo más impresionante eran los collares y el cinturón de colas de animal que ornamentaban su pecho y sus brazos, mientras que en el hombro izquierdo llevaba colgados un arco y un enorme carcaj lleno de

flechas. Alhadji Guidado miró todo aquello con repugnancia. Sospechaba que Tiefolo no se había vestido así por casualidad y que semejante exhibición de grisgrises no era gratuita.

—Soy un enviado de Alá —dijo secamente—. Déjame cumplir con mi deber.

—¿Quién es Alá?

Alhadji detestaba la misión que tenía encomendada, pero era un musulmán austero y convencido. No iba a permitir que se ridiculizara el nombre de Dios, y mucho menos teniendo en cuenta que de los patios interiores habían salido en tropel mujeres, hombres y niños para presenciar su enfrentamiento con el *fa*. La tranquila impertinencia de este último, que fingía no conocer el nombre de Alá, lo enfureció.

—¡Impío, inclínate ante el único Dios verdadero! —le ordenó, avanzando hacia él.

Lo que pasó a continuación no está claro. Los Traoré afirmaron que Alhadji Guidado acompañó estas palabras de un violento empujón. Tiefolo, sintiéndose insultado, echó mano al carcaj. Entonces, los *tondyon* se abalanzaron sobre él y lo derribaron. Los *peul* aseguraron, por el contrario, que Tiefolo le escupió a Alhadji a la cara y que éste, no pudiendo soportar tal ofensa, ordenó a los *tondyon* que prendieran a su adversario, el cual, al tratar de desasirse, cayó al suelo. La cuestión es que Tiefolo permaneció unos instantes clavado en el suelo, haciendo unos movimientos para levantarse que, debido a la cólera, resultaban todavía más torpes. Consiguió arrodillarse y agarrar una punta del caftán de seda blanca de Alhadji, al tiempo que separaba los labios como si fuese a hablar. Pero no pronunció sonido alguno y cayó de nuevo al suelo. Inerte.

Durante unos instantes reinó un silencio total. Ni los miembros de la familia Traoré, ni los *peul* de Macina, ni los morabitos reales y los *tondyon* que los acompañaban se atrevieron a moverse. Luego, la *bara muso* de Tiefolo se acercó a su marido. Había caído de costado, con la cara contra el barro de la concesión. Le dio la vuelta y se vio su rostro crispado, con un poco de baba espumeante en los labios, tan rojos como si se los hubieran teñido con *ngalama*.

—¡Alá ha matado a mi marido! —gritó la *bara muso*.

El grito galvanizó a todos los hombres de la familia. Incluso los que se habían convertido secretamente al islam o estaban pensando hacerlo, pues deseaban despertar la admiración de las mujeres escribiendo en tablillas, cogieron armas improvisadas: palos, piedras, flechas... ¿Podrían mantener a raya así a los *tondyon*, armados con fusiles? En un abrir y cerrar de ojos, se vieron acorralados contra las paredes de las cabañas mientras bocas negras y circulares los apuntaban. Sin dirigir una mirada al cadáver de Tiefolo, Alhadji Guidado y algunos dignatarios *peul* se encaminaron hacia el último patio, donde, ahora lo sabían, estaban las cabañas de los altares. Hicieron añicos los *boli*, derribaron el *pembelé*, dispersaron las piedras rojas y rompieron las vasijas que contenían el aliento de los difuntos de la familia, en espera

de nacimientos que les permitieran reencarnarse. Después soltaron las aves blancas que tenían encerradas en un corral para ser sacrificadas al dios Faro.

Alfa Guidado permanecía postrado junto al cuerpo de Tiefolo. Antes de aquello, ni por un instante había puesto en duda su fe. Jamás había vivido sino para Alá y por Alá. Era capaz de estar cuarenta y ocho horas sin comer ni beber. Lo consideraba un acto al que lo condenaba su condición de hombre casado, pues no había repudiado a Ayisha como una deshonra, y empezaba a rezar en cuanto abría los ojos. Y sin embargo, ese grito resonaba en su cabeza: «¡Alá ha matado a mi marido!» De pronto había comprendido que no hay ningún dios universal, que todo hombre tiene derecho a adorar al que le plazca y que arrebatarse a un hombre su fe, piedra angular de su vida, es condenarlo a muerte. ¿Por qué era mejor Alá que Faro o Pemba? ¿Quién lo había decidido?

Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Tenía la frente apoyada en el torso de Tiefolo, como si lo hubiesen privado de padre también a él, al igual que a los huérfanos de la concesión, que empezaban a tomar conciencia de su desgracia. Olubunmi, que excepcionalmente no había acompañado a Mohamed a la plaza del Palacio, se arrodilló junto a él. Luego los dos, llorando, levantaron el cuerpo y lo trasladaron a su cabaña.

Tiefolo parecía un árbol caído mientras la savia todavía lo irriga, las hojas conservan su brillo y la copa se extiende orgullosamente. Poco a poco, la paz de la muerte se había posado sobre sus facciones. Sólo quedaba sobre los labios una costra blanca, que las mujeres encargadas del aseo mortuario no tardarían en lavar con agua caliente aromatizada con albahaca. Como Tiefolo había sido uno de los mejores cazadores de su generación, los esclavos recorrían todo Segu para anunciar su fallecimiento a las hermandades de cazadores. Unos karamoko y unos discípulos, enterados de la noticia y, sobre todo, de las circunstancias de dicha muerte, acudieron a toda prisa disparando sus fusiles en espera de apuntarlos contra los peul, culpables de todo. Las mujeres de la familia y del vecindario, excepto las esposas de Tiefolo, habían comenzado a gritar. Ya estaba organizándose la algarabía de la muerte.

Mohamed entró como un loco en la concesión en el momento en que Olubunmi y Alfa salían de la cabaña de Tiefolo. Sin pronunciar palabra, los tres jóvenes se abrazaron. Mohamed y Alfa se habían encontrado de nuevo. Se estrechaban uno contra otro igual que una pareja de enamorados que ha estado a punto de perderse. Habían aprendido en poco tiempo todo el horror del fanatismo religioso, con el de los pactos para acceder al poder que a menudo se ocultan tras él. A Alfa le parecía que la visión de su padre profanando los altares de los Traoré no se borraría jamás de su mente. Dios es amor. Dios es respeto hacia todos. Ah, no, Alhadji Guidado no servía a Dios. No era más que el instrumento de la ambición terrenal de Amadu Amadu y él no lo sabía.

Mientras tanto, el consejo de familia se reunía. Sí, era demasiado pronto para designar al sucesor de Tiefolo en la responsabilidad de *fa*, aun cuando se sabía que

ese papel le correspondería al hermano que le seguía en edad. Pero era importante vengar su muerte y presentar reivindicaciones al *mansa*. Había que exigirles una reparación a esos *peul* que habían entrado en la concesión como en una tierra conquistada. Algunos vacilaban. ¿Había que esperar hasta que se llevara a cabo la inhumación de Tiefolo? ¿No era faltarle al respeto invertir en otra actividad el tiempo que exigían las ceremonias funerarias? Otros, en cambio, afirmaban que era preciso actuar de inmediato. Estos últimos impusieron su opinión. Así pues, de la concesión partió un cortejo formado por varios hermanos del difunto, los hijos mayores de éste y unos maestros cazadores amigos suyos. Mohamed, Olubunmi y Alfa cerraban la marcha. Les había costado no poco que aceptaran su presencia, pues los consideraban demasiado jóvenes.

Sin embargo, cuando llegaron a la plaza del Palacio, en la que todavía humeaban los últimos *boli*, se oyó el sonido del gran *tabala* real. El *mansa* Demba había muerto.

Generalmente, la muerte de un *mansa* deja al reino huérfano. La vida se reduce a cantos fúnebres, lamentos, lloros. Además de las grandes ceremonias públicas, todo el mundo degüella un cabrito antes de ir a desfilar ante los despojos expuestos en el primer vestíbulo del palacio. Reina la desolación.

La muerte de Demba fue una excepción a esta regla y tuvo casi un carácter de festividad popular. Para todos los *segukaw*, era la señal de que los dioses, ofendidos, se habían apresurado a asestar un duro golpe, de que Alá había sido vencido. Se contaba que Demba, que gozaba de una salud excelente, se había visto asaltado por unos misteriosos dolores mientras mantenía una conversación con los *peul* de Macina. Había empezado a sangrar por la boca, lo que había obligado a interrumpir la entrevista. Luego todo su cuerpo, la cara en particular, se había cubierto de pústulas. Unos minutos después estaba muerto, e inmediatamente el cadáver había empezado a exhalar una terrible pestilencia.

¡Alegría, dicha! Como, por miedo a los *tondyon*, nadie se atrevía a manifestar esos sentimientos abiertamente, la gente bailaba tras los muros de las concesiones y de vez en cuando se oían carcajadas. Circulaba una canción:

*Pemba, tú eres el constructor de las cosas,
Faro, todas las cosas del universo
están en tu poder.
¡El-que-se-sienta-sobre-la-piel-de-buey^[224]
lo había olvidado!*

Enseguida fue prohibida. Pero ¿cómo impedir que una canción corra de boca en boca, que surja en el lugar más inesperado? Una canción es inaprensible, como el aire. Y las mujeres canturreaban a coro mientras golpeaban los morteros con las mazas:

¡El-que-se-sienta-sobre-la-piel-de-buey

lo había olvidado!

Los Traoré, pese a su reciente pérdida, estaban más contentos que nadie. ¿Qué sentido tiene buscar una reparación individual cuando estalla la venganza? La venganza divina. La familia había distribuido a las mujeres de Tiefolo y designado a un nuevo *fa*, Ben, hermano menor del difunto, un apacible agricultor siempre dispuesto a dar un golpe de *daba*^[225] al lado de los esclavos y que mantenía una actitud hacia el islam más conciliadora que la de su hermano mayor, ya que había enviado a tres de sus hijos a la escuela coránica de los moros.

Mientras que los *peul* de Macina se hallaban retenidos en palacio a causa del duelo oficial, en espera del nombramiento de un nuevo *mansa*, Alfa Guidado había abandonado a su padre y la compañía de aquellos dignatarios. Compartía la cabaña de Mohamed y Olubunmi y saboreaba con ellos la dicha de ser joven, sin preocupaciones ni responsabilidades inmediatas. Él, que no había sabido cómo enfocar su matrimonio, tenía la impresión de que Dios había dispuesto las cosas del mejor modo posible. Llevaba semanas lejos de Ayisha, en Segou, donde había recuperado a su amigo y encontrado a otro compañero. Al igual que a Mohamed, el carácter de Olubunmi le encantaba. Le atraía esa curiosidad que él no poseía, ese deseo de comprobar cómo era el mundo más allá del Djoliba, del Bagoé, del desierto que llegaba hasta las puertas de Tombouctou. Olubunmi los había llevado a casa del viejo Samba, quien les había contado sus habituales historias de barcos y de blancos.

—¿No sabéis que los blancos también temen a al-Hayy ‘Umar? Los *tubab*^[226] han construido un fuerte sobre el río Senegal y al-Hayy ‘Umar quiere expulsarlos de allí...

Aquello provocaba discusiones interminables. ¿Por qué habían construido los *tubab* un fuerte sobre el río? ¿No tenía razón al-Hayy ‘Umar al querer expulsarlos de allí? Los jóvenes no compartían la admiración del viejo Samba por los blancos, sus fusiles y sus medicamentos. Esos intrusos con piel de albino no tenían nada que hacer en la región. Ésos sí que eran verdaderos infieles, a la vez consumidores de alcohol y de carnes inmundas, que además hablaban una jerga informe que nadie entendía.

Sólo había dos puntos en los que Mohamed y Alfa no coincidían con Olubunmi. El alcohol y las mujeres. Olubunmi nunca le hacía ascos a entrar en una taberna para llenarse la barriga de *dolo*. Asimismo, apenas pasaba una noche sin que tuviera comercio carnal con alguna esclava de la concesión. Se burlaba de sus amigos, sobre todo de Mohamed, que no había estado nunca con una mujer.

—Si no lleváis cuidado, se os va a pudrir la verga entre las piernas...

Así fue como Mohamed y Alfa llegaron a hablar por fin de Ayisha. Estaban solos en su cabaña al anochecer, saboreando la paz de la hora y la paz de aquel período, conscientes de su fragilidad y de que la amenaza de al-Hayy ‘Umar continuaba rugiendo a lo lejos. Yasa había pasado cerca de allí con su hijo colgado del pecho, y era una maravilla ver cómo ese pequeño ser había devuelto la alegría a su madre.

Entonces los había agitado el deseo de un cuerpo de mujer y, más lejano pero igualmente turbador, el deseo de la paternidad, sumándose al recuerdo de las descripciones líricas de Olubunmi. Había sido Mohamed quien había sacado el tema.

—Entonces, nunca has amado a Ayisha pero sí la has poseído. ¿No es pecado tomar a una mujer sin amor?

Al principio, Alfa permaneció en silencio. A Mohamed le parecía que la belleza de su amigo era cada vez mayor. Quizá porque se imponía menos mortificaciones religiosas y se dejaba mimar también por las madres de la concesión, siempre dispuestas a ofrecer un plato de *to* y una succulenta salsa de hojas de baobab.

—Yo no quería tomarla por ese motivo —dijo por fin, volviéndose hacia su compañero—, y también porque te había hecho daño. Pero se echó a llorar...

—¿Lloró por amor... a ti?

A su pesar, a pesar de los propósitos que se había hecho, Mohamed estaba muerto de celos. ¿Por qué amaban las mujeres a éste y no a aquél? Él, que había querido morir por Ayisha, nunca había conseguido de ella más que sonrisas y miradas de benévolo afecto. Alfa prosiguió, y se notaba perfectamente que aquella conversación era para él un suplicio que, sin embargo, estaba decidido a soportar hasta el final:

—Lloraba. Se acurrucó contra mí. Estaba medio desnuda. Ni yo mismo sé qué me pasó...

Mohamed se acercó y preguntó febrilmente:

—¿Era agradable, aun de esa forma?...

Alfa se quedó de nuevo un momento en silencio antes de responder con voz trémula:

—¿Agradable? El feérico Djanna no debe de ofrecer más deleites que el cuerpo de una mujer.

Mohamed se quedó aterrado.

—¿Aunque no se la ame?

—Creo que, si me hubiera quedado en Hamdallahi, habría... habría acabado por amarla. Por eso pedí acompañar a mi padre, para alejarme de ella.

Los dos jóvenes se quedaron en silencio. Después de semejante confesión, ¿qué se podía decir? Mohamed se sentía torturado por los celos y a la vez por la curiosidad. Sentía celos al imaginar a Ayisha y a su amigo en brazos uno de otro, las caricias que se prodigaban, los suspiros que exhalaban, la voluptuosidad que compartían. Sentía curiosidad al preguntarse cuándo experimentaría por fin esas sensaciones. La familia no tardaría en pensar en casarlo. Lo que complicaba un poco la operación era que, siendo hijo de Tiekoro y habiendo sido educado en Hamdallahi, sólo podían proponerle a una musulmana o a una muchacha dispuesta a convertirse. Pero ¿poseería esa esposa la belleza de Ayisha y, como Alfa, llegaría a amarla después de haberla deseado?

En el patio vecino, cantaban. Reían y se oían las voces alegres de los niños posponiendo una y otra vez la hora de irse a dormir. ¡Qué calor en aquella concesión!

Alfa y Mohamed recordaban su educación austera en Hamdallahi. Hambrientos, transidos de frío, apaleados por un maestro. ¡Y todo en nombre de Alá! Se levantaron y se unieron al círculo familiar.

Bajo el *dubal*, Faramán Kuyaté deleitaba a los oyentes con su canción, que, cosa extraña, había dado la vuelta a Segu, como si simbolizara la actitud a la vez burlona y fatalista del pueblo ante las decisiones de los poderosos:

*La guerra es buena puesto que enriquece a nuestros reyes.
Mujeres, cautivos, ganado, todo eso les proporciona.
La guerra es santa puesto que nos convierte en musulmanes.
La guerra es santa y buena.
Que incendie, pues, nuestros cielos,
de Dinguiraye a Tombouctou,
de Guémou a Djenné...*

Desde que vivía en la concesión, el griot se había transformado. Las mujeres habían curado sus heridas y lo habían alimentado. De modo que se dejaría matar por los Traoré y veía a Mohamed como un dios.

Segu recibió el mismo día dos terribles noticias. Apenas entronizado, el nuevo *mansa*, Oitala Ali, renovaba la alianza establecida por su hermano mayor con Macina y, para concretarla, enviaba soldados en apoyo de los batallones peul que iban a intentar detener a al-Hayy ‘Umar en Beledougou.

Todo el mundo se quedó atónito. ¿Es que los soberanos no aprenden las lecciones que se les dan? Demba había muerto, ¡y de qué forma! Y Oitala Ali se empeñaba en cometer el mismo error. ¿Acaso quería tener el mismo fin?

No obstante, algunas voces se alzaban para defender al *mansa*. ¿Qué querían que hiciese? ¿Que se cruzara de brazos esperando la llegada de al-Hayy ‘Umar a las puertas de Segu? ¿Que se enfrentara a él completamente solo? ¿No veían que eso era imposible?

Los que se apresuraban a hablar de victoria de los dioses ancestrales harían bien en reflexionar. ¿Victoria? ¿Victoria, cuando ese azote de Alá lo destruía todo a su paso?

Demba había muerto, pero ¿por qué? ¿Por haber tocado los fetiches del pueblo de Segu? ¿O por haberse negado secretamente a destruir los suyos, creyendo que saldría del paso gracias a un subterfugio? A Dios no se le engaña. Ese discurso, que era el de los musulmanes de la ciudad, empezaba a tapar todos los demás, y los espíritus estaban confusos. Los forjadores-feticheros, que habían recuperado su prestigio tras la muerte del *mansa*, empezaban a perderlo otra vez a marchas forzadas. Morabitos musulmanes, ataviados con largos caftanes y albornoces, recorrían las calles clamando:

—¡Convertios! ¡Convertios! Segu es una mujer aquejada de viruela. Las pústulas aún no han invadido su rostro, pero la muerte ya está trabajando en su interior.

Un exaltado se había instalado en la plaza del Palacio, al lado de un barbero, y exhortaba a los transeúntes:

—Despojaos del hombre viejo... Cortaos las trenzas... ¡Reunios con Dios!

La gente vacilaba. Esas conversiones públicas no gustaban. Los *segukaw* seguían sin comprender esa ostentación del islam. ¿No debe ir toda religión acompañada de secreto? Sin embargo, lo que acabó de sembrar el malestar fue que el *mansa* comenzó a hacer una leva, como si no bastara con los *tondyon*. ¡Se reclutaba hasta a los esclavos! Se pedían hombres cuya edad no superase veintidós estaciones secas. Se les proporcionaba un hacha, una lanza, un arco con flechas o, más raramente, un fusil, y bajo la dirección de un jefe que llevaba un sable curvo colgado del hombro, se les enviaba a reunirse con los lanceros peul que esperaban al otro lado del vado de Thio.

No faltaron voluntarios, como si el peligro que representaba al-Hayy ‘Umar provocase reacciones extraordinarias. Muy pronto, todas las familias de Segu

contaron con media docena de jóvenes voluntarios que acampaban en el patio del palacio real a la espera del día de su partida. Las madres no sabían si tenían que llorar o sentirse orgullosas. Los padres lamentaban en secreto haber sobrepasado la edad exigida. ¡Porque no sería desagradable acabar con el tucoror!

No era la primera vez que Segu se alzaba en armas, por supuesto, pues desde su fundación vivía de la guerra, de las correrías, de los botines y los cautivos, de los impuestos cobrados a los pueblos sometidos. Pero el número de participantes nunca había sido tan elevado, como si la propia existencia del reino se viera amenazada, como si cada combatiente supiera al partir que se trataba de vencer o morir.

Olubunmi entró en la concesión. Se había pasado toda la mañana vagando por Segu, excitado por el olor de la pólvora, el sonido de las trompas, los redobles de los tambores. El *tabala* recubierto con una piel de buey que acababan de cambiar tras la muerte del *mansa*, sostenido horizontalmente por dos hombres mientras un tercero, semidesnudo, con un hilo de sudor resbalándole entre los omóplatos como consecuencia del esfuerzo, lo golpeaba acompasadamente, no dejaba de sonar. Por encima de él, estallaban las voces juveniles de los nuevos soldados gritando a coro la divisa de los Diara:

León, rompedor de gran hueso... Tú has curvado el mundo como una hoz para estirarlo como un camino. No puedes resucitar un gran cadáver, pero puedes forzar muchas almas frescas.

La mente de Olubunmi se inflamaba, llenándose de violentas imágenes de gloria y aventuras. ¡Ah, dejar la tutela de los mayores! Partir como hiciera su padre Malobali antes que él. Para Olubunmi, ir a la guerra no era más que el prelude de otros vuelos. Las disputas de religión no le interesaban.

Tendidos sobre una estera a la sombra del *dubal*, Mohamed y Alfa bebían té verde que les había preparado una esclava mientras comentaban un hadiz. Por primera vez quizás, Olubunmi experimentó un sentimiento de exasperación ante aquellos compañeros a los que, sin embargo, quería. ¿Iban a pasarse la vida hablando de Alá, revolcándose en el polvo cuando no estaban inclinados sobre una estera? ¿Transcurrirían sus días sin que ni su espíritu ni su sexo aspirasen a alguna satisfacción terrestre? Se sentó junto a ellos y dijo:

—Acabo de alistarme.

—¿De alistarte?

—Sí, yo también voy a ir a la guerra.

En realidad, se trataba de una bravata para sacar a Alfa y Mohamed de su inercia y no esperaba en absoluto que le creyeran. Pero Alfa, mirándolo con sus ojos brillantes, murmuró:

—¿Sabéis qué he soñado? Iban a circuncidarme otra vez. Entonces yo protestaba. Me tapaba el sexo para que no volvieran a cortarme y proclamaba a gritos que ya era

un hombre. De repente, alguien a quien no le veía la cara rompió a reír y dijo: «¿Tú? ¿Tú, que ni siquiera eres capaz de proteger la concesión de tu madre?»

—Y en tu opinión, ¿qué significa ese sueño?

Alfa se puso más serio aún.

—¡Mi madre! Por supuesto, cabe pensar que se trata de la que me trajo al mundo. Pero ¿no cabe pensar también que es la tierra donde nací, mi país? —Se quedó callado y miró a sus compañeros, que lo observaban sin comprender todavía adónde quería ir a parar—. ¡Mi país, Macina, que el tucoror acabará por destruir! Se dice que le ha escrito a Amadu una carta sumamente violenta.

Olubunmi se esperaba cualquier cosa menos aquella reacción de Alfa, a quien consideraba más indeciso aún que Mohamed, así que, pillado por sorpresa, farfulló:

—¡Preparado para proteger la concesión de mi madre!

Alfa bajó la mirada.

Mohamed se quedó sin habla, mirando a sus compañeros como si de repente se hubieran vuelto locos. ¡Él no tenía ningunas ganas de ir a la guerra! Además, en el fondo, ¿por qué? ¡Al-Hayy ‘Umar era musulmán, y si sembraba la muerte lo hacía en nombre de Alá! ¡Sería un crimen empuñar un arma contra él! Pero, al mismo tiempo, se preguntaba qué sería de él si sus dos compañeros se marchaban, si se quedaba solo en la concesión con los padres de familia, las mujeres y los niños, solo en una Segu desprovista de la savia de su juventud.

Olubunmi imaginaba lo que estaba pasando por su mente y le dijo con una sonrisa sarcástica:

—¿Qué temes dejar tras de ti? ¡La mujer a la que amas ni siquiera te pertenece!

La larga columna, formada por diez mil combatientes, atravesó la localidad de Ouossebouyou. Llovía. Los hombres se hundían hasta la rodilla en el fango, lo que acababa de desmoralizar a los recién reclutados y de inquietar a los *keletigui*.

El invierno no es una buena estación para la guerra, pues cobra un tributo demasiado elevado. Extenúa a hombres y animales, ralentiza la marcha, corta las carreteras haciendo que los ríos se desborden.

Tan sólo los lanceros de Macina, protegidos por sus casacas acolchadas, eran insensibles a las inclemencias. Aparte de ellos, como no había uniforme reglamentario, cada cual se había puesto lo que había podido. Unos vestían gruesos albornoces musulmanes; otros llevaban mantas de lana; otros más, túnicas de cazador o blusones de algodón. Los fetichistas exhibían sus grisgrises. Los musulmanes, sus versículos del Corán. Pero todos llevaban, escondidos en los repliegues de la ropa, los talismanes que les habían entregado sus madres antes de partir. Las tropas no contaban sólo con voluntarios. Además de los lanceros, había dos destacamentos de *sofas*^[227] de la guardia personal del *mansa*, que vestían amplios pantalones rojos y habían sembrado el terror en todos los campos de batalla de la región.

Pero no era la presencia de sus compatriotas *sofas* lo que tranquilizaba en parte a los jóvenes reclutas, sino la de los lanceros peul enarbolando la bandera

confeccionada con tela de algodón blanco que habían hecho célebre en Noukouma. [228] Tenían fama de invencibles, con sus caballos entrenados especialmente para romper los muros que rodeaban las poblaciones. Además de lanzas de enorme punta plana cordiforme, [229] llevaban un sable, un cuchillo y un largo bastón curvado en forma de hoz, así como una traba de hierro compuesta de una cadena con una bola en la punta. Lo extraño era que los *amirabe* peul se entendían perfectamente con los *keletigui* bambara, como si de momento dejaran a un lado toda disputa religiosa y étnica. Se habían puesto de acuerdo en el número de exploradores encargados de limpiar, ampliar y terraplenar la pista. Detrás de los exploradores iba el «ombligo» o grueso de las tropas, protegido precisamente por los lanceros, mientras que unos centinelas cerraban la marcha. Espías montados en pequeños y veloces caballos regresaban regularmente para informar de los secretos que habían podido descubrir. Alrededor corrían los griots cantando y tocando sus instrumentos, a fin de excitar el valor de los hombres.

Llevaban dos días caminando y aún no habían detectado la presencia de al-Hayy ‘Umar, como si éste se escondiera. O como si sólo existiera en la imaginación y los terrores populares. Dado que la mayoría de los presentes no habían visto nunca a un tucoror, se los representaban como hombres bastante brutales, bajos y rechonchos, cosa que desmentían los que tenían conocimientos de geografía y sabían que estaban emparentados con los peul, o sea, que eran altos y de tez clara.

Faramán Kuyaté caminaba a la altura del *bolo* [230] de Mohamed, quien iba flanqueado por sus dos amigos. Para infundirle valor, cantaba:

*La guerra es buena puesto que enriquece a nuestros reyes.
Mujeres, cautivos, ganado, todo eso les proporciona...*

Porque él sabía que, si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo, Mohamed habría vuelto a Segu. Mohamed no había tenido una infancia fácil. Sin embargo, los sufrimientos que había padecido tenían un significado, ya que estaban destinados a hacerlo lo más perfecto posible, a acercarlo al divino modelo. Pero, allí, ¿por qué se sufría? ¿Por el islam? ¿Cuál de ellos? ¿El de los peul de Macina? ¿El de al-Hayy ‘Umar? No, se luchaba para satisfacer orgullos e intereses reales. Sentía deseos de ponerse en pie y gritar. Pero su voz quedaría sofocada por el sonido de los tam-tam de guerra... ¡Por eso hay tam-tam de guerra, para tapar los gritos de rebeldía de los hombres!

Como no paraba de llover e iba a caer la noche, se detuvieron en una llanura desnuda como la palma de la mano, salpicada de piedras azules que adquirirían un magnífico lustre bajo la lluvia. El ejército se dispersó. Los *sofas* encendieron fogatas que tardaron bastante en prender; luego asaron mazorcas de maíz tiernas y cuartos de cordero. No era lo corriente para el «ombligo» de la tropa, alimentado a base de agua

mezclada con mijo triturado. Los lanceros, por su parte, vaciaban odres de leche cuajada sin bajar de sus monturas.

Una vez más, Mohamed se preguntó por qué se había embarcado en esa aventura, por qué no le había puesto freno a Alfa y a continuación convencido con su ayuda a Olubunmi. ¡Pobre Olubunmi! ¿Qué esperaba? ¡Menuda aventura con sabor de fango! Todos esos sueños que su mente había fraguado no resistirían una campaña.

Gracias a la habilidad de los peul, consiguieron levantar refugios y todos se tumbaron enrollándose en la ropa para protegerse del barro. Mohamed se retiró sin más y cerró los ojos. Desde que había partido para combatir, Ayisha había vuelto a adueñarse de él por completo. ¡Qué equivocado estaba al creer que la había borrado de sus pensamientos! Estaba presente allí día y noche. Tal vez porque él necesitaba luchar contra la fealdad que lo rodeaba conservando en su interior esa imagen de belleza. La cuestión es que ella iba y venía bajo sus ojos cerrados, peinándose los largos cabellos, frotándose la piel con perfume hausa o manteca de karité, poniéndose aros de oro en sus delicadas orejas. ¿En qué ocupaba el tiempo en ausencia de su marido? ¿Esperaba con impaciencia su regreso? ¿Le habría plantado él la semilla de un hijo antes de dejarla, y ella miraba cómo crecía su vientre? ¡Ah, no! ¡Alá no permitiría eso! ¡Ayisha embarazada de un hombre que no era él! En ese momento, Alfa entró en el refugio y se puso a rezar. Mohamed se percató de que a él ni se le había ocurrido hacerlo y se avergonzó de sí mismo.

Hacía menos de tres o cuatro horas que los hombres se habían dormido cuando los despertaron. Los centinelas sospechaban que al-Hayy ‘Umar se encontraba en los alrededores. Las ruinas de algunos pueblos todavía humeaban y habían encontrado trozos de cuerpos atrocemente mutilados. La columna se puso de nuevo en marcha. Al alba, llegó a un pueblo totalmente desierto. ¿Dónde estaban los habitantes? ¿Escondidos en las breñas cercanas?

Había parado de llover, pero aquel calor cargado de agua resultaba agotador. De común acuerdo, los *keletigui* y los *amirabe* ordenaron a los hombres que se detuviesen. El alivio fue general. Como el terreno formaba un circo, levantaron los refugios de paja al fondo del declive, no lejos de una pequeña marisma. Las inmediaciones estaban hundidas como resultado del paso de elefantes e hipopótamos, y en los enormes agujeros se acumulaba agua turbia. Faramán se puso a frotar los pies doloridos de Mohamed, ya que las sandalias de piel de buey se le habían hecho jirones. Olubunmi, impaciente y desbordante de actividad, como siempre, se alejó con unos jóvenes reclutas en busca de frutos silvestres y se oían sus risas. ¿Reír? ¿Cómo se puede reír cuando se está en la guerra? Mohamed se reprochó esos pensamientos negativos y se apoyó en un costado. Junto a él, Alfa, aparentemente indiferente a la mugre y la promiscuidad, insensible al hambre, leía el Corán. ¿Pensaba alguna vez en su joven esposa, cuyo cuerpo, según su propia confesión, había amado? ¿La deseaba? Mohamed miró el cielo a través de los intersticios de las esteras, oscuro como el hierro de una forja, bajo como una tapadera. Cerró los ojos.

Se durmió y tuvo un sueño. La guerra había acabado. Regresaba a su casa y veía, en la otra orilla del Djoliba, las murallas de Segu. Tras él, Faramán cantaba. Los dos montaban en una barca, pero cuando ésta se acercaba a la orilla, el trozo de muralla situado entre la puerta Tintibolada y la puerta Dembaka se venía abajo y empezaban a salir hileras de termitas de color sangre que atacaban las embarcaciones somono. El efecto de este sueño fue tal que Mohamed se despertó. A su alrededor, sus compañeros, exhaustos, dormían. Alfa se había abandonado al sueño: el rostro enjuto, las mejillas oscurecidas por la barba, la cabeza enrollada con un turbante que le servía de almohada. Mohamed notó que el afecto le henchía el corazón. Sintió un poco de remordimiento porque no había sido un compañero muy agradable desde que habían partido de Segu, como si pretendiera hacer al mundo entero responsable de su condición de soldado. ¡Bien, pues ya que estaba en la guerra, debía hacerla! Quizás hasta acabaría por encontrarle el gusto.

En ese momento oyó unos gritos, unos alaridos feroces. En un abrir y cerrar de ojos, toda la compañía estuvo en pie. Los reclutas se precipitaron hacia la puerta de los refugios. Las pendientes del circo estaban alfombradas de hombres que descendían como una riada. Llevaban un ancho sombrero cónico, coronado por un manojo de paja, sobre un gorro de un amarillo terroso. Sus *bubus* tenían el color del óxido, y agitaban por encima de sus cabezas un inmenso pabellón rojo. Unos jinetes, cuyo jefe llevaba un turbante azul, espoleaban con fuerza a sus monturas.

Alguien gritó:

—¡Los tucoror! ¡Los tucoror! ¡Son ellos!

Al mismo tiempo, trompas y tam-tam empezaron a sonar todos a la vez, dominados de inmediato por la voz de los griots, como si la inminencia del combate los dotara de una violencia excepcional. Mientras los *keletigui* ponían orden en las filas de los reclutas, aterrorizados, los lanceros de Macina se lanzaban al ataque.

—*La ilaha ill' Allah...*

¿Quién había dicho eso? Sin duda todos los que creían luchar en nombre de Dios. Mohamed se vio arrastrado por otros cuerpos entre un olor acre de sudor, de pólvora y de boñiga de caballo. No tardó en oír el entrechocar de las armas, sables contra sables, lanzas contra lanzas, y de vez en cuando disparos de fusil. Sintió fugazmente el deseo de huir, de darle la espalda a aquella batalla a la que no le encontraba sentido. Alfa y Olubunmi, como si notaran su debilidad, lo rodearon.

Tras él, Faramán Kuyaté empezó a cantar:

La guerra es buena puesto que enriquece a nuestros reyes.

Mujeres, cautivos, ganado, todo eso les proporciona.

La guerra es santa puesto que nos convierte en musulmanes.

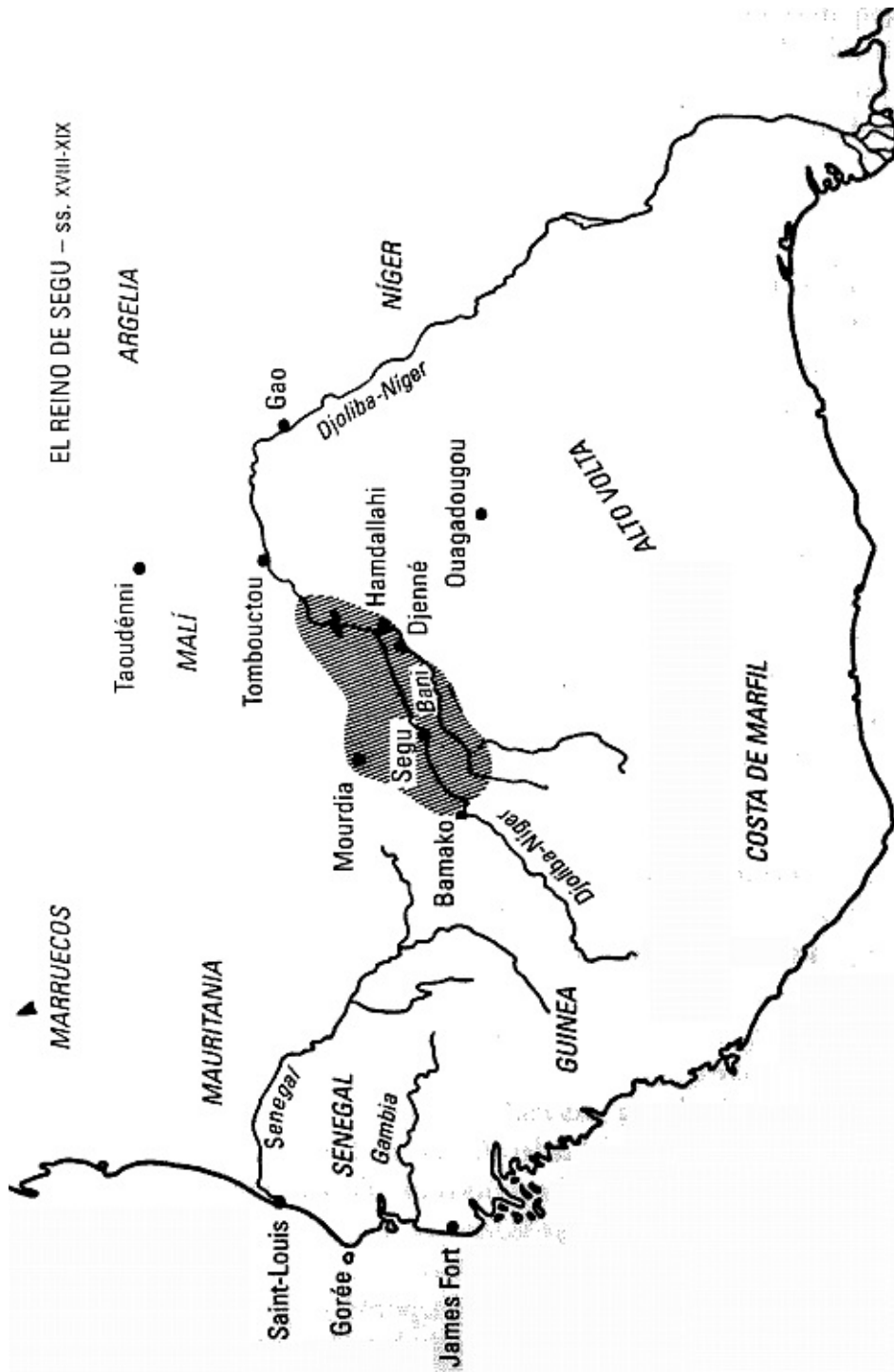
La guerra es santa y buena.

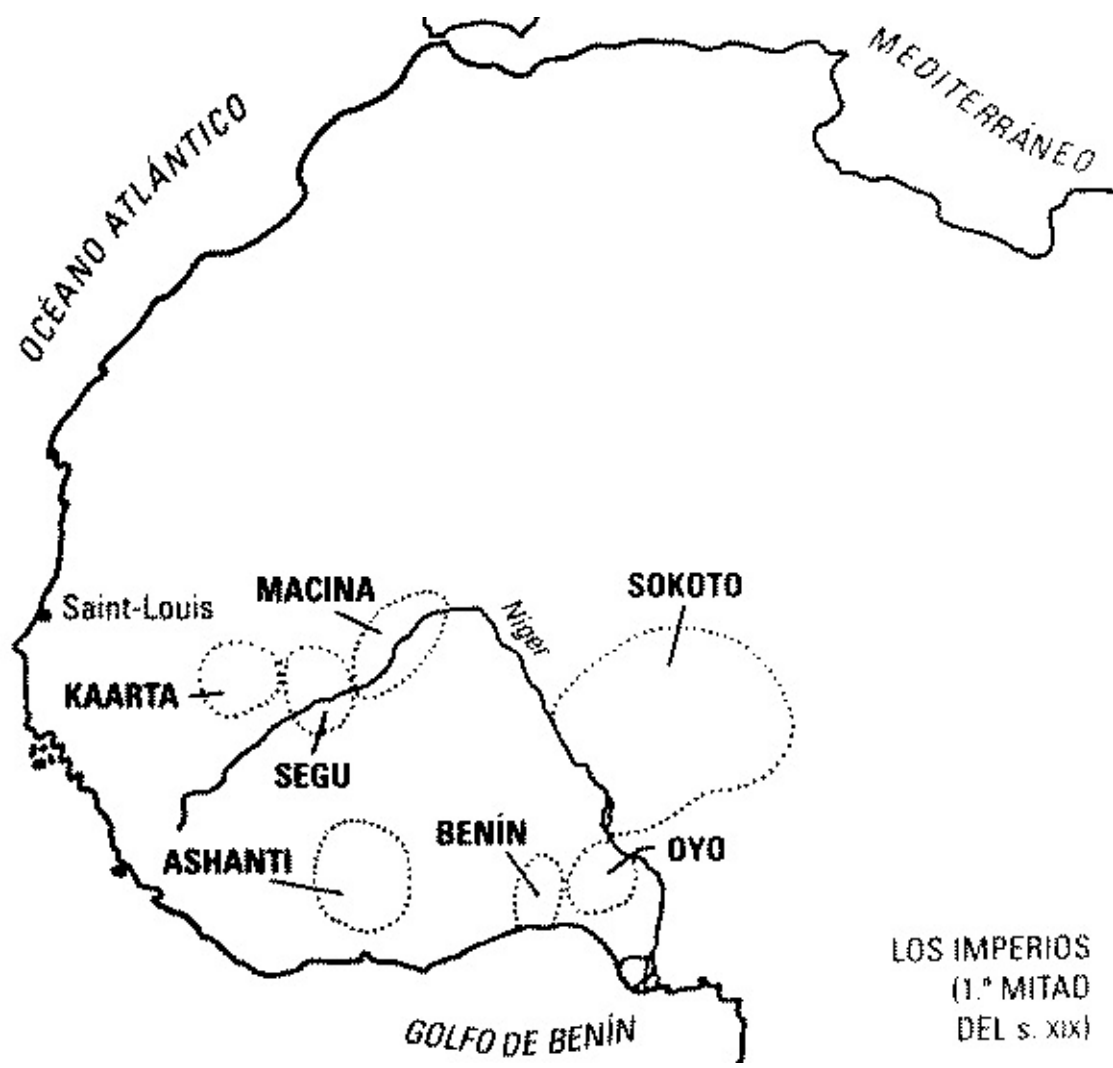
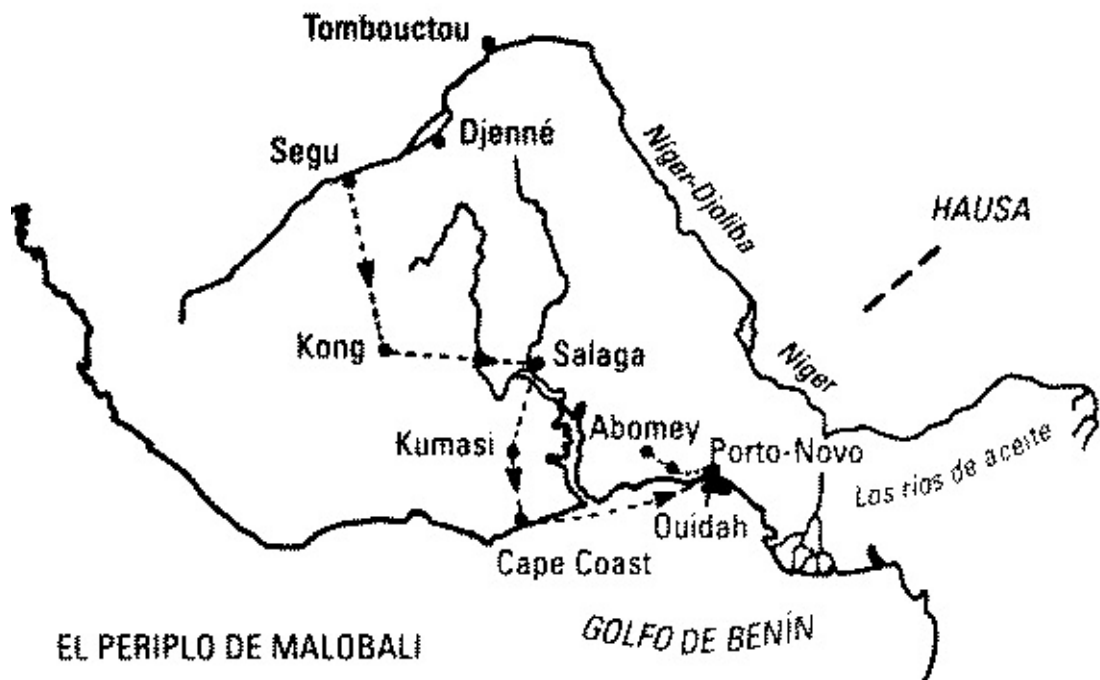
Que incendie, pues, nuestros cielos...

Mohamed pensó en su madre, Maryem, a quien no había visto desde hacía muchos años. Pensó en Ayisha. Luego apretó los dientes y ya no pensó en nada más. Tan sólo en seguir con vida.

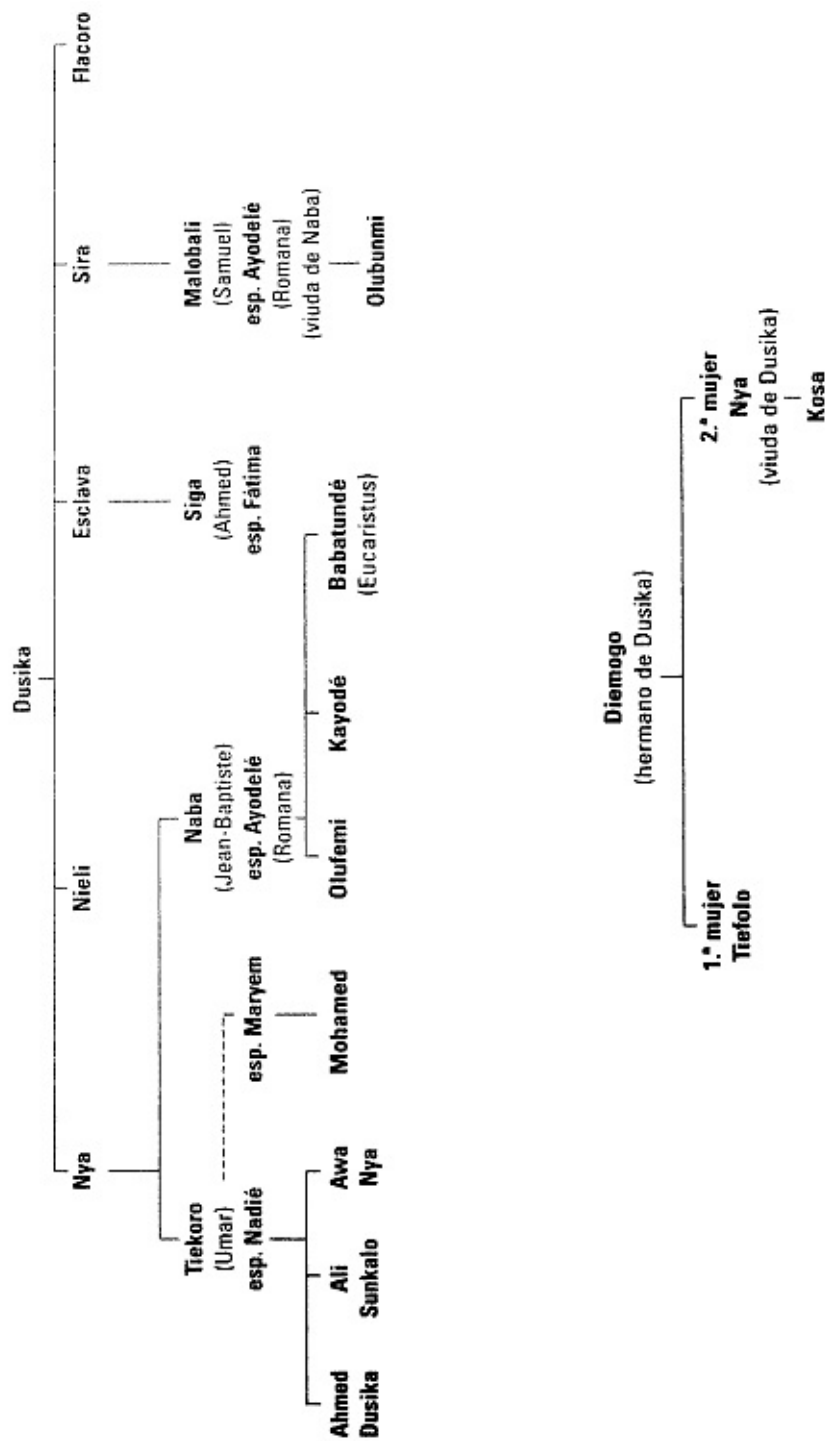
APÉNDICES

Mapas





Árbol Genealógico de la 1.^a Generación



NOTAS HISTÓRICAS Y ETNOGRÁFICAS

Siguen el orden en que aparecen los temas en el relato.

Los bambara forman parte del grupo mandé, que también comprende a los malinké, los senufo, los sarakolé, los diula, los kasonké, etc. Viven principalmente en el actual Malí y constituyen numéricamente su pueblo más importante. Del siglo XVII al XIX formaron dos poderosos estados, uno de los cuales tenía su centro en Segu mientras que el otro ocupaba la zona llamada de Kaarta, entre Bamako y Nioro. Son agricultores y cultivan mijo, fonio, arroz y maíz. Viven en simbiosis con un pueblo de pescadores, los bozo.

La religión bambara es denominada incorrectamente fetichismo. Los bambara conciben el mundo cómo un conjunto de fuerzas en las que el hombre puede llegar a influir, principalmente gracias a los sacrificios. La existencia de la vida en la tierra se debe a dos principios complementarios: Pemba y Faro. Pemba es el creador y transmite su verbo y su poder a Faro. El propio hombre es un microcosmos que agrupa la totalidad de los seres y las cosas. Es la «semilla del mundo».

La limadura de los dientes consiste en tallar en punta los incisivos superiores e inferiores, operación que es efectuada por un forjador-fetichero cuando el niño tiene todos los dientes. Se supone que la limadura confiere a la palabra su verdadero poder.

El *mansa* Manson reinó de 1787 a 1808. Pertenece a la segunda dinastía reinante en Segu; la primera fue la de los Kulibali. Ascendió al trono de Segu tras un largo período de anarquía, a raíz del cual su padre, Ngolo Diara, usurpó el poder. Es uno de los soberanos más prestigiosos que recuerdan los griots.

Daa Manson sucedió a su padre, Manson. Reinó de 1808 a 1827 y tuvo que hacer frente a la dura tarea de defender al imperio contra el peul Amadu Hamadu Bubu, del clan Baris, comúnmente llamado Cheik Amadu de Marina. Es, junto con su padre, uno de los soberanos más cantados y honrados por la tradición bambara.

Los peul son pastores de bovinos que se encuentran dispersos desde Cabo Verde, en el océano Atlántico, hasta la cuenca del Nilo, pasando por el lago Chad y Adamaua. Se les han atribuido orígenes muy diversos, llegando a considerárseles semitas perseguidos por los sucesores de Alejandro Magno en el siglo IV a. de C. y por los romanos que llegaron a África. Por lo general permanecen apartados de los agricultores y en ocasiones crían bueyes. En Malí constituyen nutridos grupos, de los que forman parte esclavos y descendientes de esclavos. En otros tiempos eran nómadas o seminómadas, pero han experimentado una sedentarización gradual. Hablan, al igual que los tucoror, la lengua peul. En el siglo XVIII se convirtieron al islam, religión de la que se hicieron ardientes propagadores.

Cheik Amadu, del clan Baris, fundador del imperio musulmán de Marina, cuya capital fue Hamdallahi. Nacido en Malangal, hijo de un morabito originario de Fittouga. Cursa estudios en Djenné hasta que su fama de sabiduría y de autoridad

hace sombra a los marroquíes, que en aquel tiempo controlan la ciudad y le obligan a huir. Más tarde proclama la guerra santa, el yihad, adopta el nombre de Cheik y se enfrenta a los bambara. Aunque nunca logra aniquilarlos por completo, libera a los peul de la tutela de Segu y funda el reino de Marina, estado poderoso en el que a partir de entonces reinarán sus hijos. Muere el 18 de marzo de 1843.

En el siglo VI de la hégira (siglo XII de la era cristiana) aparece en el mundo musulmán el sufismo, cuyos grandes vehículos son las cofradías (tariqa). Las principales están en África, al sur del Sahara, y son:

La Quadiriyya, que toma el nombre de su fundador, ‘Abd al Qadir al-Yilani, nacido en Persia en 472 (1078) y fallecido en 561 (1166). Su centro fue Bagdad.

La Kunti, por el nombre de una antigua familia de origen árabe de Tombouctou, los Kunta.

La Tiyaniyya, cuyo origen se remonta al jeque Ahmed Tiyani, nacido en Argelia en 1150 (1737) y fallecido en Marruecos en 1230 (1815). Su tumba se encuentra allí.

Las cofradías se inspiran en la ley islámica y la revelación coránica, y constituyen un esfuerzo de profundización e interiorización de éstas.

Ahmed Baba, cuyo verdadero nombre es Abu Abbas Ahmed al-Takruri al-Mafusi, nace en 1556 cerca de Tombouctou, en el seno de una familia ilustrada. Cuando las tropas marroquíes entran en esta ciudad en 1591, se convierte en el alma de la resistencia de los intelectuales a la ocupación extranjera y se exilia a Marruecos. Es autor de una obra considerable.

El tatuaje con que las mujeres bambara se adornan el labio inferior consiste en introducir, mediante espinas vegetales, una pomada hecha con manteca de vaca y carbón. La operación la realiza una mujer de la casta de los zapateros. Según reza el proverbio, al no ser la mujer dueña de su palabra, este defecto es paliado por el tatuaje.

Anne Pépin, *signare* —es decir, mestiza de padre francés y madre africana—, nacida hacia 1760 y célebre por su vínculo con el caballero de Boufflers. Era hija del cirujano Jean Pépin. Durante un tiempo fue, con su hermano Nicolás, una de las personas más ricas de Gorée, donde todavía perduran las ruinas de su casa. Otras *signares* célebres son Caty Louet, Hélène Aussenac, Jeanne Laria y Maria-Thérèse Rossignol.

El caballero de Boufflers, gobernador de Senegal de 1785 a 1787. Detesta Saint-Louis y decide establecerse en Gorée, donde según él mismo dice lleva una vida deliciosa. Convierte esta isla en sede del gobierno y en el puerto de atraque de la ruta naval africana. Mantiene con su amiga la condesa de Sabran una correspondencia publicada por la editorial francesa Plon en 1875.

Michel Adanson, botánico francés, fue a estudiar las posibilidades agrícolas de la región. Hasta 1754 pasó largos meses en Gorée, en Cabo Verde, en Saint-Louis y en el río Senegal. Su conclusiones se publicaron en un libro titulado *Voyage au Sénégal*.

Comandante Schmaltz, enviado con un contingente de trabajadores agrícolas para revalorizar la península de Cabo Verde tras la abolición de la trata de esclavos. Esta colonización agrícola es un fracaso, pero, con ayuda, Schmaltz se empeña durante muchos años en plantar índigo, café y caña de azúcar en la orillas del río Senegal. En 1820 lo reclaman en Francia y es sustituido por el barón Roger, que creará el Jardín experimental de Richard Toll.

Juan VI, rey de Portugal de 1816 a 1826. Abandona su país en 1811, a causa de las guerras napoleónicas, y se refugia en Río, en Brasil. Su hijo será el primer emperador del Brasil independiente en 1822, con el nombre de Pedro I.

Los malé: probable deformación de malinké, ya que éstos fueron a Brasil con los hausa musulmanes. Según otra etimología, la palabra podría significar «renegado» en yoruba. Esclavos musulmanes conocidos principalmente en la región de Bahía por su resistencia a la esclavitud. Protagonizaron sucesivas revueltas entre 1822 y 1835, fecha en la que tuvo lugar la conspiración mejor elaborada, justo el día de la fiesta de Na Sa da Guia, ocho días después de la del Senhor de Bomfim. Durante la investigación, la policía descubrió papeles escritos en árabe. Murieron al menos cuarenta esclavos, y hubo centenares de heridos y de fugitivos.

Ganhadores. En Brasil, esclavos liberados que vivían casi exclusivamente del fruto de su trabajo.

Los ashanti. Entre los siglos XI y XII, la región comprendida entre los ríos Bandama y Volta fue escenario de numerosas migraciones. Los akan llegados del norte constituyeron pequeños principados que se reagruparon bajo el liderazgo de un jefe prestigioso, Osai Tutu, que reinó de 1697 a 1712. Éste fue el origen de la confederación ashanti, cuyo jefe tomó el título de *asantehené*. La confederación alcanzó su apogeo con Osai Kodjoe e infligió una serie de derrotas a los ingleses, que trataban de implantarse en la región atraídos en particular por el oro. El *asantehené* Osai Bonsu los derrotó en 1824 en Bonsaso. Finalmente, los ingleses lograron imponerse a los ashanti con no poco esfuerzo. Los fanti son también un pueblo akan, cuya lengua es la misma que la de los ashanti, el twi. Sin embargo, su posición en la costa los convirtió en protegidos de los ingleses contra sus vecinos, lo que provocó numerosos y sangrientos enfrentamientos con los ashanti.

Warge, nacido en Kisliar (Astraján), era probablemente musulmán. Hacia 1787 cae en manos de los turcos, que lo convierten en esclavo. Logra comprar su libertad e instalarse en Estambul antes de recorrer el mundo. Hacia 1817 decide cruzar el Sahara y visita Kano, Djenné, Kong y Tombouctou. Es retenido como prisionero en Kumasi, capital del reino ashanti, y más tarde enviado con fuerte escolta a la costa, a fin de que los ingleses le proporcionen medios para regresar a su casa.

MacCarthy fue gobernador de Sierra Leona y residió en Cape Coast de 1822 a 1824. Murió en la batalla de Bonsaso contra los ashanti.

Los *agoudas*. A partir de 1835, millares de africanos emancipados de Brasil inician un gran movimiento de regreso a los puertos de Ouidah, Porto-Novo, Lagos,

etc. Son en su mayor parte católicos, aunque también hay musulmanes, que se mezclan con los comerciantes de esclavos de Portugal y Brasil a través de sus sirvientes, designados con la confusa expresión de *agoudas*. Todos hablan brasileño y, más raramente, español (en el caso de *agoudas* provenientes de Cuba). Los antiguos esclavos llevaban el patronímico de sus amos y representaron el papel de intermediarios entre africanos y europeos.

Los yoruba viven en la actual Nigeria, en la región selvática del sudoeste. Son uno de los pueblos más dinámicos y creadores de África. Su cuna es Ifé, ciudad madre donde los dioses y los hombres aparecieron por primera vez en la tierra. Los yoruba fundaron numerosos reinos, entre ellos el de Oyo, tal vez el más poderoso. Ejercieron su influencia en toda la región y sojuzgaron a muchos pueblos, uno de ellos los edos de Benín. En el siglo XIX, la gran pujanza peul los arrolló. En 1830 Oyo fue destruida e Ifé parcialmente saqueada.

Dahomey fue uno de los más poderosos reinos africanos de los siglos XVIII y XIX. Su capital era Abomey. Conquistó todos los reinos que le impedían el acceso al mar (Aliada, Ouidah) y monopolizó el comercio con los europeos, que fue declarado monopolio real. Su apogeo se sitúa sin duda bajo el reinado de Guézo (1818-1856). Más tarde, los intereses coloniales de Francia, que deseaba abrir una puerta al mar a los territorios del Níger, le asestaron un golpe fatal. En 1894, el rey Béhanzin fue derrotado por el general Dodds y se estableció un protectorado en Agoli-Agbo. Aquello fue el final de la monarquía en Dahomey. El yoruba y el fon, las lenguas que se hablaban en el reino, pertenecen al mismo grupo y al parecer derivan, junto con el goun de Porto-Novu y el mina, de una raíz común. Hay que señalar que las fronteras del antiguo reino de Dahomey no coinciden con las del actual Benín, anteriormente llamado Dahomey.

Chacha Ajinaku, llamado en realidad Francisco Félix de Souza, nació en fecha desconocida y murió en 1849. ¿Era brasileño o portugués? Los escritos que hablan sobre él difieren. En cualquier caso, fue el hombre más rico de su época y amigo personal del rey Guézo, a quien ayudó a ascender al trono en detrimento de su hermano. Algunos historiadores afirman que se refugió en Ouidah para escapar a la prisión en su país. Sea como fuere, lo cierto es que llegó pobre, probablemente como funcionario de la factoría de Ajuda, y que tuvo decenas de concubinas y un número incalculable de hijos.

Guézo, rey de Dahomey de 1818 a 1856. Fue uno de los más grandes monarcas de este reino, cuyos límites amplió enormemente, y se hizo célebre por un cuerpo de ejército, el de las Amazonas. Las campañas más encarnizadas que acometió fueron contra los mahi, al norte, y los yoruba, al este. Guézo tenía el sobrenombre (expresión cargada de una fuerza y un valor eficaces) de «el pájaro cardenal no prende fuego a la sabana». La organización del reino de Dahomey sorprendió a los viajeros europeos de la época. La única sombra eran los sacrificios humanos que se celebraban con motivo de los funerales reales y de las grandes ceremonias religiosas.

Los tucoror llegaron muy tarde a Malí, donde su implantación tiene lugar a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Son originarios de las riberas del Senegal, Futa Yallon y Futa Toro, y hablan peul. Su vinculación casi fanática al islam hizo de ellos conquistadores legendarios.

Al-Hayy ‘Umar Saidu Tall, originario del Futa Toro e hijo de un famoso morabito, nace hacia 1797. Primero se dedica a la enseñanza y es maestro durante doce años, antes de emprender una peregrinación a La Meca en 1825. En aquella ocasión, visita todos los estados islámicos del oeste africano y reside durante largo tiempo en el reino de Sokoto (actual Nigeria). Las enseñanzas de un sabio marroquí, Mahomed al-Gali, lo convierten en tiyani (véase cofradía). De regreso en su país, va adueñándose poco a poco de toda la región del alto Senegal. Desencadena en 1854 un yihad más mortífero que el protagonizado por los peul de Macina, se enfrenta a los franceses, que comienzan a implantarse en la región, después desafía a los peul y entra en Segu como conquistador el 9 de marzo de 1861. Su muerte, en 1864, es un misterio. Al parecer saltó por los aires al explotar un barril de pólvora durante el asedio de los peul de Macina sublevados en Hamdallahi. El propio al-Hayy ‘Umar da su versión del conflicto que lo enfrentó a Macina por la conquista de Segu en *Bayan ma waga’a*, presentado y traducido por Sidi Mohamed y Jean-Louis Triaud: *Voilà ce qui est arrivé* (ed. CNRS).

Sierra Leona. En 1787, un filántropo inglés llamado Granville Sharp, amigo de Wilberforce, líder del movimiento abolicionista, tuvo la idea de comprar en la costa occidental de África algunas fanegas de tierra para que sirvieran como refugio a los esclavos emancipados, repatriados de las Antillas y liberados en el mar por la flota británica. Éste fue el origen de Freetown, capital de Sierra Leona, donde en 1827 se creó la primera institución de enseñanza superior, el Fourah Bay College, seminario para la formación de sacerdotes y profesores.

Samuel Ayaji Crowther. Yoruba hecho esclavo hacia 1821 y salvado por un navío inglés que lo llevó a Sierra Leona. Fue el primer estudiante del Fourah Bay College y, en 1841, miembro de la expedición al Níger. En 1842 fue ordenado sacerdote en Islington (Inglaterra), y en 1864, nombrado obispo de Nigeria, siendo el primer africano en desempeñar esta función. El final de su vida es triste: víctima del racismo, fue destituido de su cargo y murió, amargado y frustrado, en 1890.

Nanny of the Maroons, figura semilegendaria del pasado jamaicano. No se sabe si era la hermana o la mujer de Kodjoe, otro sublevado célebre. Fundó una ciudad en las Blue Mountains, en la confluencia de los ríos Nanny y Stony, desde donde hizo frente a los ingleses hacia 1734. Su tumba (?) puede visitarse en More Town, provincia de Portland, Jamaica.

Mungo Park, escocés que descubrió en qué sentido fluía el Níger (Djoliba para los bambara). No se le permitió entrar en Segu.

Ignatius Sancho, nacido en 1729 a bordo de un negrero. Tras ser sus padres vendidos, pasa a servir a dos inglesas que lo tratan muy mal. Después es recogido por

John, duque de Montagu, quien le proporciona medios para instruirse y le lega una considerable suma de dinero. Ídolo asimismo de la aristocracia inglesa, es pintado por Gainsborough y mantiene correspondencia con escritores célebres, en particular con L. Sterne. Sus cartas pueden leerse en *Letters of the Late Ignatius Sancho, an African*, publicado por Dawson of Pali Malí. Uno de sus hijos, Billy, tuvo una librería en el número 20 de Charles Street, en Westminster.

Sir Thomas Fowell Buxton, célebre filántropo y abolicionista inglés nacido en Essex en 1786. Sucedió a William Wilberforce. Es autor de la obra *The African Slave-Trade and its Remedies*.

Canguro: acróbata negro que actuaba en Argyll Rooms, en Haymarket, hacia 1840.

El jeque al-Bekkay, perteneciente a la gran familia de los Kunta, adoptó en 1847 el título de jeque al-Kunti, que en realidad le correspondía a su hermano mayor. Luchó con todas sus fuerzas contra la hegemonía de los tucoror, motivo por el que aconsejó a los descendientes de Cheik Amadu aliarse con Segu.

Amadu Cheiku, también llamado Amadu II, y Amadu Amadu, también llamado Amadu III, hijo y nieto respectivamente de Cheik Amadu. El primero reinó sin tropiezos de 1844 a 1852. El segundo vio interrumpido su reinado por la llegada de al-Hayy ‘Umar; su muerte, acaecida en 1862, está rodeada de misterio.

El sueño es muy importante entre los bambara y se basa en su concepción de la persona, enormemente compleja. Además de cuerpo, el hombre posee un alma (*ni*) que, durante las semanas que siguen al parto, es visible en los movimientos de la fontanela; un doble (*dya*), de sexo contrario; un *tere*, que reside en la sangre y la cabeza; y un *wanzo*, fuerza nefasta que reside principalmente en el prepucio o el clítoris. El *ni* abandona el cuerpo durante el sueño, razón por la cual todo sueño es el recuerdo de lo que éste ha visto y constituye una premonición importante para el individuo o la comunidad. La muerte tiene como efecto disociar los elementos que componen la persona. El *dya* permanece en el agua hasta el nacimiento de un niño, el *ni* escapa con el último suspiro, y el *tere*, asimismo liberado, puede atacar a los vivos si la muerte no ha sido natural. Todos estos elementos son transmitidos intactos al recién nacido en la familia del difunto, después de los sacrificios y de las acciones rituales llevadas a cabo por los sacerdotes-feticheros.

Los albinos se supone que son concebidos por haber infringido una prohibición, es decir, haber mantenido relaciones sexuales en pleno día, lo que explica su color. Se creía que poseían fuerzas temibles, y por ello eran las víctimas más buscadas en los sacrificios humanos que practicaban los bambara.

Oitala Ali, último *mansa* bambara antes de la llegada de al-Hayy ‘Umar a Segu, reinó de 1856 a 1861.



MARYSE CONDÉ (Guadalupe, 1937) es una escritora francesa, reconocida feminista y activista difusora de la historia y la cultura africana en el Caribe. Destaca su vasta productividad como autora y su versatilidad para escribir ficción histórica, cuentos, novelas, ensayos, poemas y otros géneros.

Nacida como Maryse Boucolon, fue la menor de ocho hermanos. Tras graduarse de la escuela secundaria fue enviada al Lycée Fénelon y a la Sorbonne en París, donde obtuvo un doctorado en Literatura Comparada. En 1959 contrajo matrimonio con Mamadou Condé, un actor guineano. Tras su graduación fue profesora en Guinea, Ghana y Senegal. En 1982 se divorció, pero volvió a casarse al año siguiente con Richard Philcox, traductor al habla inglesa de la mayoría de sus novelas. En 1985 Condé obtuvo una beca Fulbright para enseñar en Estados Unidos y es profesora en la Universidad de Columbia en Nueva York.

Además de sus escritos, Condé tuvo una distinguida carrera académica. En 2004 se retiró de la Universidad de Columbia como Profesora Emérita de Francés. Anteriormente enseñó en la Universidad de California, Berkeley, UCLA, la Sorbonne, La Universidad de Virginia y la Universidad de Nanterre.

Maryse Condé es especialmente conocida por su novela *Segu* (1984-1985), que escribió tras haber vivido muchos años en África y haberse reencontrado con sus raíces. Además de *Segu*, cabe destacar de su extensa producción novelística: *La bruja de Salem* (Gran Premio Literario de la Mujer, 1986), *La vie scélérate* (premio Anaïs

Nin de la Academia Francesa, 1988), *La colonie du nouveau monde* (1993), *La migration des coeurs* (1995) y *Desirada* (1997).

En 2018 recibió el Premio Nobel Alternativo de Literatura.

Notas

[1] Rey <<

[2] Pasta de harina de mijo, plato muy apreciado. <<

[3] Nombre dado por una esposa a su marido, pues le está vedado pronunciar su nombre. <<

[4] Nombre bambara del río Níger. <<

[5] Alusión al poder de los Traoré. <<

[6] Cuerpo de soldados, creado por el antepasado fundador Biton Kulibali. <<

[7] Geománticos. <<

[8] Morabitos musulmanes. <<

[9] Hombres de casta. <<

[10] Jefes guerreros peul, originarios del clan Diallo. <<

[11] Importante sociedad secreta, encabezada por un clero que dirige un sumo sacerdote. <<

[12] Niño sin circuncidar. <<

[13] Casta peul que trabaja la madera. <<

[14] Lengua de los peul de Macina. <<

[15] Literalmente, «los que llevan el nombre patronímico de Diallo». Dinastía peul reinante. <<

[16] En songay, rey. <<

[17] Célebre universidad sudanesa. <<

[18] Cerveza de mijo. <<

[19] Pantalón bombacho de tiro largo. (*N. de la T.*) <<

[20] Pieza de tela alargada que se lleva sobre las demás prendas y que a veces las mujeres utilizan para cubrirse la parte inferior de la cara. (*N. de la T.*) <<

[21] Tam-tam que se toca rodeándolo con el brazo, bajo la axila. <<

[22] Mitcal en bambara: unidad de medida, moneda. <<

[23] Trompas. <<

[24] Xilófonos. <<

[25] Arcilla mezclada con agua, arena, estiércol y paja que se utiliza en las construcciones. <<

[26] Pan de harina de mijo. <<

[27] Habitantes de Segu. <<

[28] Griot en bambara. <<

[29] Especie de juego de damas. <<

[30] Las cuatro letras que forman el nombre de Alá en árabe. <<

[31] Saludo musulmán: «La paz sea con todos vosotros.» <<

[32] Prenda de vestir tradicional africana, larga y amplia, que llevan los hombres y en ocasiones las mujeres. (*N. de la T.*) <<

[33] Pieza de tela o velo con que las mujeres musulmanas y los tuareg se cubren la parte inferior del rostro. (*N. de la T.*) <<

[34] El diula, el bambara y el malinké son lenguas mandé. <<

[35] En songay, jefe de los arrieros. <<

[36] En songay, policías. <<

[37] Ser imaginario que vive en el desierto y es hostil al hombre. (*N. de la T.*) <<

[38] Planta cuya presencia en un terreno indica que éste puede volver a ser sembrado.

<<

[39] Maestro cazador. <<

[40] Etnia de cazadores, señores de la sabana. <<

[41] Veneno potente. <<

[42] Pacto de sangre. <<

[43] Especie de condimento. <<

[44] Se llama así a los peul que viven en el seno de otras etnias y se ocupan de cuidar sus rebaños. <<

[45] Afluente del Djoliba. <<

[46] Nombre dado también a la etnia sarakolé. <<

[47] Expresión bambara para designar a los ladrones de niños. <<

[48] La hiena, el camello y el león en bambara. <<

[49] Región aurífera. <<

[50] En bambara, pene. <<

[51] Nombre patronímico. <<

[52] Hay dos familias de Kulibali, los de Segu y los de Kaarta. Estos últimos son los Masasi. <<

[53] Se llamaba así a los esclavos de sexo masculino que tenían alrededor de dieciocho años. <<

[54] Telas de algodón estampadas en colores tornasolados, procedentes de la India. <<

[55] Se conocen con el nombre de hadiz las palabras, los actos y las aprobaciones mudas que han sido recogidas como provenientes del Profeta. <<

[56] Los nobles bambara desprecian el comercio y consideran que el único trabajo digno de ellos es cultivar la tierra. <<

[57] Pequeño reino bambara, independiente de Segu. <<

[58] En bambara, señor. <<

[59] Literalmente, «hombres de religión». Doctores en las disciplinas religiosas y jurídicas musulmanas. (*N. de la T*) <<

[60] Mulata. <<

[61] Palmera de tallo ramoso que alcanza una altura de diez metros y un perímetro de un metro en la base. (*N. de la T*) <<

[62] Los albinos suscitan temor. <<

[63] Etnia que vive en Cabo Verde. <<

[64] Rey. <<

[65] Reino situado en el actual Senegal. <<

[66] Reinos situados en el actual Senegal. <<

[67] Nombre yoruba que significa «la alegría ha entrado en mi casa». <<

[68] Tam-tam de júbilo. <<

[69] La tradición prohíbe hacer el amor a pleno sol. El castigo es un hijo albino, fuerza maligna. <<

[70] Proverbio que significa que cada cual sabe lo que más le conviene. <<

[71] En songay, amigo-hermano. <<

[72] Planta acuática. <<

[73] Pez de agua dulce, de gran tamaño y carne muy apreciada. (*N. de la T.*) <<

[74] Jefe de campamento. <<

[75] Peinado de la mujer casada, por oposición a la virgen. <<

[76] Religioso encargado de dar a los neófitos la educación básica. <<

[77] Gran familia de religiosos y comerciantes de origen árabe que fundó la cofradía religiosa de los Kunti. <<

[78] Ceremonia de protección. <<

[79] Región del sur marroquí, eje entre el Mediterráneo y el Sahel. <<

[80] Fuerte de la región de Ouidah, en el actual Benín. <<

[81] Isla situada a la altura de Guinea Ecuatorial, que servía de escala entre Brasil y Angola durante la trata. <<

[82] Sinónimo de yoruba, etnia de la actual Nigeria. <<

[83] En bambara, madre. <<

[84] Tambor real que anuncia la muerte, la guerra u otros acontecimientos importantes.

<<

[85] O acedera de Guinea. <<

[86] En bambara, hermano mayor. <<

[87] Letrado musulmán. <<

[88] «La perla de los significados», del jeque Ahmed Tiyani. <<

[89] Gachas de mijo. <<

[90] Harina de mijo con leche cuajada. <<

[91] Oraciones propias de la Tiyaniyya que se recitan dos veces al día. <<

[92] Las cinco plegarias diarias de un musulmán. <<

[93] Madera tierna (literalmente, la perfumada). <<

[94] Niños que estudian en una escuela coránica bajo la tutela de un morabito. <<

[95] Nombre dado al morabito que sólo vive de los donativos de los fieles. <<

[96] La sociedad teocrática musulmana. <<

[97] Dos regiones que rodean la ciudad de Djenné, situadas entre el Djoliba y el Bani.

<<

[98] Cofradías islámicas de África. <<

[99] En África, a los hijos de varios hermanos no se les considera primos, sino hermanos. <<

[100] Medida de capacidad. <<

[101] Sobrenombre aplicado por los bambara a los peul. <<

[102] Alusión a la tablilla que utilizan los niños en las escuelas coránicas. <<

[103] Sobrenombre aplicado por los bambara a los peul. <<

[104] Se trata de Hamdallahi, que significa «alabanza a Dios» <<

[105] Región próxima a Djenné, en la carretera de Segu. <<

[106] Flauta. <<

[107] Mandé o Malí, imperio que alcanzó su apogeo en el siglo XIV, a caballo entre las actuales Guinea y Malí. <<

[108] Esclavo doméstico, por oposición al cautivo de guerra. <<

[109] Plegaria de la entrada de la noche. <<

[110] Etnia que ocupa la actual Burkina Faso. <<

[111] Fez la nueva. <<

[112] Fez la vieja. <<

[113] La universidad de Fez, fundada en el año 860. <<

[114] Nobles. <<

[115] Descendientes de judíos conversos. <<

[116] Mestizos de negros y bereberes. <<

[117] Originaria de Fez. <<

[118] Barrio judío de Fez. <<

[119] Artesano bambara que trabaja el cuero. <<

[120] Ciudad situada junto al delta del Níger, en la actual Nigeria. <<

[121] El interior árido de Brasil. <<

[122] Pasteles de maíz. <<

[123] Ciudad situada en el sur de Brasil, en la región aurífera. <<

[124] En yoruba, «mamá». <<

[125] Obrero que «sangra» las arterias de caucho en la selva. <<

[126] Negros que ganan dinero. <<

[127] Ciudades de la actual Nigeria, en otros tiempos poderosos reinos. <<

[128] Especie de balsas. <<

[129] Bebida alcohólica muy fuerte que se extrae de la caña de azúcar. <<

[130] Nombre dado a las cabañas de los esclavos por oposición a la Mansión del amo.

<<

[131] En yoruba, papá. <<

[132] Capataz de la plantación. <<

[133] Se llamaba así a los esclavos hausa o de otro origen, en su inmensa mayoría musulmanes. <<

[134] Nombre yoruba que significa «papá ha regresado». <<

[135] Palabra brasileña que significa «brujo». <<

[136] «Maestro del Komo», es decir, sumo sacerdote. <<

[137] Pez del Djoliba. <<

[138] Lengua que hablan los ashanti. <<

[139] Especie de pasta preparada en un mortero. <<

[140] Medida ashanti para pesar el oro. <<

[141] Se llama «papá», en señal de respeto, a un hombre mucho mayor que uno. Y «mamá» a una mujer. <<

[142] En fon, dioses. <<

[143] Palabra bambara que significa «hombre» y, por extensión, «hermano» <<

[144] Nombre yoruba que significa «doy gracias». <<

[145] Harina de mandioca. <<

[146] Golosinas brasileñas. <<

[147] Palabra fon que significa «¡cuidado!». <<

[148] Sacerdote-adivino yoruba (la palabra significa «padre del secreto»). <<

[149] Dios yoruba de la adivinación. <<

[150] Árbol de los países tropicales que crece en las regiones húmedas y que se cultiva por su madera, utilizada en ebanistería. (*N. de la T.*) <<

[151] En fon, la muerte. <<

[152] Reino situado en el actual Senegal. <<

[153] Se llamaba Ríos de Aceite al delta del Níger, cuyo curso aún no se conocía. <<

[154] Ordalía. <<

[155] Ministro de Justicia. <<

[156] Plato de harina frita con aceite y sazonada con diversos condimentos. (*N. de la T.*) <<

[157] En fon, tribunal. <<

[158] Palabra bambara que significa «asunto concluido». Se les pone a los niños que nacen cuando ya no se espera tener hijos. <<

[159] Equivalente aproximado del griot. <<

[160] Título dado al rey de Oyo. <<

[161] Especie de cerveza negra. (*N. de la T.*) <<

[162] Personajes del folclore brasileño. <<

[163] Fiesta de la cosecha en Brasil. <<

[164] Oosa, u Oosala, y Eshu: dioses del panteón yoruba. <<

[165] En yoruba, «dios (te) colmará». <<

[166] En fon, puesto de aduana. <<

[167] Cuerpo del ejército compuesto únicamente de mujeres. <<

[168] Ceremonia en el transcurso de la cual el rey reparte presentes entre su pueblo. <<

[169] Sobrenombre dado a los franceses por los fon. <<

[170] Los blancos en general. <<

[171] Dioses yoruba equivalentes a los vodun fon. <<

[172] Los babalawo son yoruba. Los bokono son sacerdotes-advinos fon. Tienen la misma función. <<

[173] Nombre dado también a Guézo. <<

[174] Se llama así a las fiestas en honor de los reyes difuntos y las divinidades. <<

[175] Estancia redonda del palacio real donde los bokono están permanentemente a disposición del rey. <<

[176] Rey de Dahomey de 1775 a 1789. <<

[177] Uno de los hijos de Guézo. <<

[178] Dios fon de la adivinación (el Ifa de los yoruba). <<

[179] Escuela de enseñanza coránica y de meditación. <<

[180] En peul, «yo digo». Sobrenombre dado por los bambara a los peul. <<

[181] «La perla de los significados». <<

[182] Lo llama así porque tienen el mismo nombre: Tiefolo. <<

[183] Teología. <<

[184] Recitación. <<

[185] La vía espiritual iniciática. <<

[186] «En el nombre de Dios.» <<

[187] Jefe religioso peul. <<

[188] Plato preparado con arroz, pescado y manteca fresca. <<

[189] Genio protector de los cazadores. <<

[190] Título que se concede a quien ha estado en La Meca. <<

[191] Sabio. <<

[192] Representante oficial del islam. <<

[193] Vínculos de solidaridad y de amistad. <<

[194] Oraciones compuestas de extractos del Corán. <<

[195] Fruto del baobab. (*N. de la T.*) <<

[196] Uno de los libros más importantes del islam. <<

[197] Libros de santos musulmanes. <<

[198] Se trata de antiguos esclavos que han regresado de Brasil o de Cuba, como los *agouda*. <<

[199] Vivienda urbana brasileña, por oposición a la hacienda. <<

[200] Buñuelos de judías. <<

[201] Canción inglesa de la época: *Beware of the Bight of Benin*. <<

[202] La expresión es de Mary Kingsley, viajera inglesa. <<

[203] Vendedores de frutas y verduras. <<

[204] De John y Charles Wesley, reformistas religiosos británicos del siglo XVIII. (*N. de la T.*) <<

[205] El otorgado a los alumnos que se han aprendido de memoria todo el Corán. <<

[206] Sobrenombre dado por los peul a los bambara; la palabra significa «yo digo». <<

[207] Plantas espinosas de la región. <<

[208] Plegarias suplementarias, distintas de las cinco plegarias canónicas obligatorias.
<<

[209] Palabra bambara que significa «nacido después que el padre». <<

[210] Ayudante de marineru africano. <<

[211] Ceremonia aniversario de la muerte de un cazador. <<

[212] *Las lanzas.* <<

[213] Cofradías del islam. <<

[214] «La perla de la perfección», plegaria de bendición. <<

[215] En peul, cercados. <<

[216] Paludismo. <<

[217] Esclavo peul. <<

[218] Jefes militares peul. <<

[219] En peul, amigo, hermano. <<

[220] Paja seca de duma. <<

[221] Alabado sea Dios. <<

[222] No hay más dios que Dios. Es la shahada. <<

[223] Comportamiento perfecto. <<

[224] Expresión que designa al *mama*. <<

[225] Azada. <<

[226] Los blancos. <<

[227] Jinetes <<

[228] Lugar de una célebre batalla de los peul contra los bambara en 1818. <<

[229] En peul, *gawal*. <<

[230] Nombre bambara de las unidades de combate. <<